LA VIDA INTERIOR

Joseph Tissot

INDICE

INTRODUCCIÓN
EL FIN
CAPÍTULO PRELIMINAR
LA VIDA
LOS ELEMENTOS
EL FIN DE LA CREACIÓN
MI FIN
LA UNIÓN
EL ORDEN DE MIS RELACIONES DIVINAS
DEPENDENCIA DE MI SATISFACCIÓN
EL USO DE LAS CRIATURAS
LAS SATISFACCIONES CRIADAS
EL ORDEN DE MIS RELACIONES CON LAS CRIATURAS
EL ORDEN ESENCIAL DE LA CREACIÓN
EXPOSICIÓN DEL «PADRENUESTRO»
LA ORGANIZACIÓN
MIS OBLIGACIONES
ESENCIA DE LA PIEDAD
LA VIRTUD DE LA PIEDAD
LA GLORIA DIVINA
EL SACRIFICIO
EL DESORDEN
Apego a lo criado
EL DESORDEN
Apego a mí mismo
EL DESORDEN
Sus efectos
EL DESORDEN
Sus grados
FUGA DEL PECADO MORTAL
EL CRECIMIENTO
FUGA DEL PECADO VENIAL
LA IMPERFECCIÓN
Dominación de lo humano
LA IMPERFECCIÓN
Ausencia de la ofensa formal
LA IMPERFECCIÓN
LA PERFECCIÓN
EL ESTADO DE PERFECION
LA PERFECCIÓN Y EL SACRIFICIO
EL ESTADO DE MI ALMA
EL ESTADO GENERAL
¿DÓNDE ESTÁ EL MAL?
EL ENDEREZAMIENTO
LAS CUMBRES
LA SANTIDAD
LA MUERTE MISTICA
LA TRANSFORMACIÓN
LA CONSUMACIÓN
EL PURGATORIO
OJEADA GENERAL
OJEADA GENERAL
La paz
A LOS SACERDOTES
EL CAMINO
CAPÍTULO PRELIMINAR 2
LA VOLUNTAD DE DIOS
LA VOLUNTAD MANIFESTADA
MANDAMIENTOS Y CONSEJOS
LOS DEBERES DE ESTADO
CONOCIMIENTO DEL DEBER
CONOCIMIENTO DEL DEBER

AMOR Y EJECUCIÓN
PIEDAD SACERDOTAL
PIEDAD RELIGIOSA
EL ESPÍRITU DE PIEDAD
LA VOLUNTAD DE BENEPLÁCITO
LA ACCIÓN DIVINA
OBJETO DE LAS OPERACIONES DIVINAS
LOS DOS MODOS DE LA OPERACIÓN DIVINA
LA MARCHA DEL TRABAJO DIVINO
LA PIEDAD PASIVA
ESPERANDO A DIOS
GOZOS Y PENAS
¡GRACIAS!
EL ACÍBAR
CONCURSO DE LAS DOS VOLUNTADES
NECESIDAD DEL CONCURSO
NATURALEZA DEL CONCURSO
LA ALIANZA DIVINA
ACCIÓN DIVINA Y ACCIÓN HUMANA
LA DIRECCIÓN DIVINA
LAS RESOLUCIONES HUMANAS
LAS RESOLUCIONES HUMANAS
Su necedad
LAS RESOLUCIONES CRISTIANAS
LA RESOLUCIÓN FUNDAMENTAL
EL CONCURSO RESTABLECIDO
LOS MEDIOS
CAPÍTULO PRELIMINAR 3
LAS PRÁCTICAS DE PENITENCIA
LA PENITENCIA
LA MORTIFICACIÓN
LA MORTIFICACIÓN
Reglas generales
LA MORTIFICACIÓN
Reglas especiales
LA ABNEGACIÓN
Su oficio
LA ABNEGACIÓN
Su práctica
LA HUMILDAD
Su práctica
LA HUMILDAD
OBJETO DE LOS EJERCICIOS DE PIEDAD
LA FIDELIDAD FARISAICA
EL AISLAMIENTO
Efectos generales
EL AISLAMIENTO
Efectos particulares
LA INCONSTANCIA
EL EXAMEN DE CONCIENCIA
EL GOLPE DE VISTA
EL EXAMEN DE LOS DETALLES
CONTRICIÓN Y RESOLUCIÓN
DE LOS DIFERENTES EXÁMENES
A UNIDAD DE LOS EJERCICIOS
NATURALEZA DE LA GRACIA
FUENTE DE LA GRACIA
NECESIDAD DE LA GRACIA
MI DEBILIDAD
REMEDIOS PARA LA DEBILIDAD
LA ORACIÓN
LOS SACRAMENTOS
LA SANTÍSIMA VIRGEN
JESUCRISTO
RESUMEN GENERAL

INDICE

Al lector

Las páginas que componen este precioso libro no son mías. Su autor me las dió manuscritas, dándome libertad para hacer de ellas el uso que quisiera. Contra lo que él esperaba, pero no sin su autorización, me decidí a imprimirlas, así que las hube meditado. Me han proporcionado goces íntimos y también — así me atrevo a esperarlo — un gran aprovechamiento espiritual, gracias a Dios. Remorderíame la conciencia si las guardase para mí solo, y he recordado las palabras del Sabio: "Lo que aprendí lo comunico a los demás sin envidia, y no oculto su valor (Sab. 7 13)[1].

¿Qué encerraba este manuscrito? En substancia nada de nuevo; porque partiendo del tan conocido Principio o Fundamento de San Ignacio, admirablemente comentado, llega a conclusiones que la lógica más sencilla basta para deducir.

Pero precisamente, esa sencillez y esa lógica irresistible de su argumentación, junto a la asombrosa riqueza de textos sagrados can que está corroborada, es lo que me ha encantado.

No abundan, en nuestro siglo sobre todo, los tratados espirituales que apoderándose de la inteligencia la persuadan, con ayuda de la razón y de la fe, obligándola a orientar la voluntad hacia el deber y la perfección. Y esta base es bastante más sólida que la del sentimentalismo, tan explotado en nuestros días, puesto al servicio, o mejor dicho, en perjuicio de la piedad

¿Está acaso el sentimiento excluido de estas páginas? Podría afirmarse esto al ver los esfuerzos que hace el autor para reducirlo a segundo término. Sin embargo, de la luz de una doctrina clara e irrefutable brota pronto un calor que se apodera del corazón: La gran ley del amor, Diliges Dominum, desprendiendo al alma de toda mira egoísta, la penetra con un fuego benéfico, activo y rico en suaves consuelos.

Y así ocurre que, en apariencia sin quererlo, pero en realidad por una consecuencia eminentemente lógica, este libro sube de las regiones del ascetismo a las del más seguro y delicado misticismo. Y por esto mismo —y es lo que para mí le da un atractivo familiar — esta doctrina se identifica con la de San Francisco de Sales y con la de sus mejores intérpretes[2].Con frecuencia se cita a este suave Doctor, que parece ser quien ha inspirado el plan y las deducciones prácticas de este trabajo, en sus consejos a Mme. Brulart: "Es necesario no juzgar las cosas según nuestro gusto, sino según el de Dios; ésta es la gran palabra. Si somos santos según nuestra voluntad, no lo seremos nunca bien; es preciso que lo seamos según la voluntad de Dios."[3]

Quería explicar en breves palabras mi humilde intervención en la publicación de este libro. Suplico ahora al lector que no omita una línea en su lectura, comenzando desde la Introducción. Esta recomendación es necesaria para poder comprender, gustar y practicar sus enseñanzas.

El autor, al entregarme su obra, me decía ingenuamente que me confiaba un niño abandonado, y me suplicaba que lo adoptase. Lo adopto con el único sentimiento de no tener la honra de ser su padre. Lo he bautizado dándole un título que me parece convenirle, y he tenido la buena fortuna de encontrar para él un padrino eminente en mi reverendo Prelado, cuya aprobación asegurará, con la ayuda de Dios, el éxito de esta obra.

Annecy, en el día de la fiesta de Nuestra Señora del Buen Consejo, 26 de abril de 1894.

JOSÉ TISSOT

Misionero de San Francisco de Sales

APROBACIÓN

DE MONSEÑOR EL OBISPO DE ANNECY

Vivir una vida interior es la legítima y noble ambición de las almas que tienen conocimiento de lo que la Religión espera de ellas y les promete. Porque hay dos vidas para el cristiano. La una le es común con los hombres que no tienen la dicha de poseer la fe de la Iglesia; la otra le es propia. El cristiano tiene y debe conservar las relaciones que consigo trae el comercio con los hombres, pero tiene además relaciones habituales y constantes con Dios y con los Santos, que es lo que el Apóstol llama "nuestra conversación con el Cielo".

Esta vida superior, esta conversación íntima es llamada vida interior por todos los escritores místicos. Tiene dos factores: la gracia de Dios y la acción del alma; acción que está sometida a variedad de formas y modo, según el carácter, las disposiciones, los hábitos del espíritu y los movimientos del corazón en cada sujeto.

La dirección del alma, en esta unión de su acción propia con las gracias que recibe de Dios, es una ciencia y un arte. Esto explica que sea tan grande el número de libros que se han escrito sobre esta materia: cuáles sean los medios más seguros y más fáciles que hay que emplear para procurar al alma la felicidad indecible de vivir dentro de sí misma con Dios, de comenzar la vida del Cielo por la vida interior. Lograr la sencillez en estos procedimientos es el fin que se ha propuesto el autor desconocido, pero en verdad muy competente, de la obra que nos ha sido presentada, para su aprobación, por el R. P. Superior de los Misioneros de San Francisco de Sales de Annecy, titulada: La vida interior simplificada y reducida a su fundamento.

El deseo de hacer la vida interior más accesible, disminuyendo el aparato con que frecuentemente la rodean muchos maestros de la vida espiritual, es, a no dudarlo, excelente; pues no son pocas las almas que permanecen alejadas a causa del gran número de actos que se les exige por algunos para vivir en unión con Dios, y por lá multitud de distinciones y la minuciosidad de los detalles. Este pensamiento, bueno en sí mismo, ha sido expuesto y desarrollado de una manera feliz.

Por esto aconsejamos y recomendamos la lectura atenta y repetida de este libro a los sacerdotes y a los fieles. Los sacerdotes sacarán de él gran utilidad para su propio aprovechamiento en la vida interior y grandes luces para guiar a las almas cuya dirección les está confiada.

Annecy, 23 de Abril de 1894.

+ Luis, Obispo de Annecy

APROBACIÓN

DE S. E. EL CARDENAL BOURRET

OBISPO DE RODEZ

Mi Rdo. Padre : El libro que acabáis de publicar con el título La vida interior simplificada y reducida a su fundamento, combate un mal que desnaturaliza la piedad en muchas almas, cual es la religiosidad vaga, sentimentalista, embarazada con prácticas minuciosas. Concentra tanta luz al tratar del cumplimiento y aceptación de la voluntad de Dios, que ilumina por completo este punto y lo llena de resplandor.

El prólogo dibuja ya claramente el plan de la obra. Pero cuando después de un comentario muy ceñido del "Principio" de San Ignacio, se eleva el autor, por vía de consecuencia, al análisis de los diversos grados de la piedad, y sobre todo cuando trata del beneplácito divino y de su aceptación, me parece verdaderamente original y sugestivo.

Lleno, por otra parte, de textos sagrados admirablemente comentados, de pasajes de los Santos Padres y de Santo Tomás, este libro deja muy atrás a esa multitud de pequeñas obras sin teología, sin profundidad y sin unción.

Bien meditado puede transformar y santificar un alma elevada y dócil a las lecciones de la lógica y de la Fe.

Creo hacer una buena obra recomendándolo...

Rodee, 25 de Junio de 1894.

+ JOSÉ, CARDENAL BOURRET, Obispo de Rodez

INTRODUCCIÓN

1.º ¡Las almas están enfermas!—Al decir esto no quiero referirme a esa pobre sociedad que agoniza alejada de Dios, agitada y perpleja entre los dos opuestos extremos del materialismo y del ocultismo. Las incertidumbres, las conmociones y angustias, cada día más agudas, nos revelan la profundidad del mal. Lo que llama mi atención en este momento no es esa sociedad que ha dejado ya de ser cristiana para volver a ser pagana; es, sobre todo, la sociedad cristiana, la que se llama y se cree tal, y que de hecho conserva las apariencias y las prácticas de la vida cristiana. Y dentro de esta sociedad me refiero especialmente a las almas que hacen profesión de piedad, a las que por su estado, por inclinación o por vocación, se entregan a los ejercicios de una vida más religiosa. Las miro y veo un gran número cuya existencia languidece en la tibieza. La anemia de las almas es más alarmante que la de los cuerpos. ¡Pobres almas que viven vacilando, apuntaladas con una multitud de pequeñas prácticas y que nunca llegan a tenerse de pie!. ¡Tísicos que temen el aire libre, quienes, sin conocerlo ni advertirlo, se ahogan en la atmósfera tibia de un sentimentalismo enervante!. ¡Estómagos condenados a las ligeras salsas de las devociones hueras!. ¡Ojos acostumbrados a ver solamente en las obscuridades de libros sin doctrina y de frases sin substancia!. ¡Cuántas postraciones y cuántas dolencias!. Para verse condenadas a semejante régimen, preciso es realmente que la constitución de estas almas esté singularmente atacada. Muchos piensan que conviene mejorar el régimen; los inteligentes juzgan que lo que hay que mejorar es la constitución. Yo soy de este último sentir, y quisiera, en la medida de mis débiles fuerzas, buscar una luz que nos ayude a dar con el verdadero remedio.

Éste es el fin de este pequeño trabajo. Si alguna alma encuentra en él un rayo de luz, atribúyalo a Aquel que es luz sin tinieblas (1 Juan 1, 5)[4]. Elhombre de suyo es siempre tinieblas; sólo es luz en el Señor (Efes. 5, 8)[5].

2.º Falta de substancia.—La piedad padece hoy una enfermedad general[6]: carece de substancia y de fondo; le falta el elemento sólido. ¡Es todo tan superficial en algunas almas... y en algunos libros!...

¿Será que la piedad ha seguido el camino descendente del siglo, o que el siglo ha decaído por haberse debilitado la piedad? No lo sé: tal vez han ocurrido ambas cosas. ¿ No sería más exacto afirmar que, habiéndose desvirtuado la sal, ha dejado que la tierra se corrompa? "Vosotros sois la sal de la tierra" (Mat. 5, 13.)[7]: estas palabras, dirigidas a los Apóstoles y a los que tienen participación en su ministerio, pueden también ser aplicadas a las almas superiores que por aquella virtualidad amarga, oculta en la piedad, son llamadas a purificar el mundo y a preservarlo de la corrupción. Y si la sal ha perdido su eficacia, ¿con qué se salará?

3.º Sentimentalimo.—Sea de esto lo que fuere, el mal es uno mismo en todas partes. De las regiones de la idea y de los principios hemos descendido al fango de las emociones y de los sentidos. En la vida pública lo mismo que en la vida privada, en la vida intelectual como en la vida moral y hasta en la misma vida espiritual se buscan con demasiada frecuencia las emociones y se vive muy fácilmente por los sentidos. La vida tiende a animalizarse y a no ser más que una serie continua de sensaciones. Los caminos profundos del espíritu y del corazón son cada vez más ignorados; el romanticismo va penetrando en todas partes, hasta en la piedad.

Ah, Señor, hasta qué punto el sentimentalismo ha falsificado la piedad! Aficionándose a las exterioridades empalagosas que embellece con las flores más brillantes del misticismo, meciéndose en los enervantes vapores de los sentidos, logra, con sus engañadoras apariencias, ocultar a las almas el vacío absoluto que encubre, de suerte que apenas si se dan cuenta muchas veces de que ya no tienen más que exterioridades de piedad, y de que están muy alejadas de la virtud (2 Tim. 3, 5)[8]. El hechizo de la vanidad obscurece el bien verdadero (Sab. 4, 12)[9] y no deja ver más que la apariencia seductora de la superficie.

4.° Vida superficial.—Viviendo por los sentidos se vive en lo exterior, no se penetra en lo íntimo del alma. Ésta tiene profundidades insondables. "Dios—se ha dicho—habla en lo hondo del alma. Escuchar allí que es donde la verdad se deja oír y donde se recogen las ideas, ir por medio de la piedad al Maestro interior"[10],¿cuántos hay que sepan hacerlo? ¿Cuántos que piensen en esto?. ¿Cuántos que, conociendo la vía intelectual por la cual Dios viene a nosotros, salgan a su encuentro sabiendo andar por el interior de su morada, en la inocencia de su corazón? (Salmo 100, 2)[11] ¡ Cuán poco conocemos nuestro interior! ¡Cuán poco sabemos entrar en él !... A veces ni nos cuidamos de penetrar, y con mucha frecuencia, hasta tenemos miedo de hacerlo.

Nos contentamos con una mirada somera y superficial, lo bastante para establecer en el exterior una enmienda, relativa; pero la purificación profunda del alma, la transformación progresiva de la vida humana en la vida divina, despojarnos del hombre viejo y revestirnos del nuevo, todo este trabajo de las profundidades del alma lo ignoramos casi por completo y dejamos que toda clase de miserias invadan esas profundidades. El buscarnos en todo a nosotros mismos, que es el resumen de todos los vicios del hombre y la causa de todas sus faltas, se acomoda muy bien con este sentimentalismo superficial. ¡ Es tan agradable estar contento de sí mismo... y de Dios!... Y hallándonos a gusto en este Tabor, ¿por qué no hemos de hacer en él tres tiendas?(Mat. 17, 4)[12]. Sí, pero en ellas no se alojarán ni Jesús ni Moisés

ni Elías, En ellas únicamente se alojará, en compañía de la piedad sensible, una virtud tibia, y tal vez la sensualidad y el orgullo.

5.º Ignorancia de las profundidades.—No es éste el lugar que Dios ha designado para campo de las ascensiones del corazón ; las ascensiones del corazón parten de punto más profundo, se levantan del valle de lágrimas (Salmo 83, 6)[13].Y aquí, en estas profundidades, está la lucha, está el dolor. Es preciso arrancar de raíz ese egoísmo personal, ese amor de sí mismo que tan vivo está y que tan profundamente ha arraigado en nuestro corazón. El trabajo es rudo y los goces escasos, al menos para los sentidos. Pero hay en esta lucha goces más verdaderos y más completos. Dios mismo se asocia a este trabajo y comunica al trabajador el gozo de su presencia, y por esto es bienaventurado, según lo dice el sagrado texto.

Pero los sentidos ignoran estos goces; no ven más que las lágrimas y el dolor, el trabajo penoso de la ascensión y la lucha; por eso, instintivamente, temen las profundidades donde este trabajo se realiza. ¡ Es tan fácil ilusionarse cuando, por una parte, se experimentan sin gran dificultad gozos que se creen muy puros, y por otra se ven combates que no se estiman necesarios !...

Por eso abundan los pretextos para dar preferencia a los goces inmediatos y fáciles de la superficie, y rehuir el trabajo y la lucha de las profundidades.

Y así acontece lo que dice San Juan de la Cruz: "Porque es cosa cierta que por el poco saber de algunos, se sirven de las cosas espirituales sólo para la satisfacción de los sentidos, dejando al espíritu vacío, que apenas habrá a quien el jugo sensual no le estrague buena parte del espíritu, bebiéndose el agua antes que llegue al espíritu, dejándole seco y vacío."[14]

6.º Piedadexterior.—Viviendo en la superficie del alma se vive también en la superficie de las cosas; porque el hombre que no sabe penetrar en el fondo de su alma, tampoco sabe penetrar las profundidades de las cosas. Se ocupa sólo en lo exterior y sólo da importancia a las pequeñeces. Así, en los deberes y en las obligaciones, pone su cuidado en la letra más que en el espíritu, en la corteza más que en la savia, en el cuerpo más que en el alma. Sabe que tales y cuales pormenores están prescritos, y tales otros prohibidos. Ve la parte externa de la ley, el hecho material de la prescripción. y esto es lo único a que concede alguna importancia. No ve su aspecto interno, la razón, el fin de la prescripción, el espíritu de la ley, y procura, con una fidelidad externa y mecánica, observar materialmente la letra que ve y que mata, sin atender al espíritu que vivificaría y que no ve (2 Cor. 3, 6)[15].

Pocos son los que se preguntan a qué necesidades profundas responden las prácticas impuestas por la ley o introducidas por la costumbre. Los motivos fundamentales ya no se conocen. Hay necesidad, sobre todo, de agitación por fuera, de sensaciones en la superficie, y no encontrando esto en la ley, se va a buscarlo en prácticas artificiales, propias para conmover. Entre tanto, para lo que es de obligación, nos contentamos con poner cuidado en lo material y externo, lo cual, en verdad, cuesta menos. "El espíritu se queda en lo que es secundario, en la mera palabra, y no penetra verdaderamente en la región profunda del pensamiento. Por falta de piedad el espíritu no va, ni de la palabra a la idea ni de la idea al alma, y menos todavía del alma a Dios."[16] .Y de esta suerte, un alma cuya fidelidad a las prácticas externas apenas deja que desear, no adelanta porque no penetra en el interior donde bebería la vida: es a manera de autómata, cuyos movimientos están determinados, pero que son siempre los mismos. Esto es el materialismo en la piedad.

7.° Rebajamiento de las almas.—Atada a las prácticas exteriores el alma no puede volar. Está aprisionada, encadenada, embotada. Viendo las cosas por su aspecto mezquino se achica y se contrae. Las prácticas pequeñas hacen a las almas pequeñas porque el alma llega siempre a adquirir las proporciones de las cosas a las cuales se apega. Me hago pequeño si me apego a cosas pequeñas, o mejor dicho, si miro las cosas por su lado pequeño; porque las cosas pequeñas miradas por otro lado son grandes, así como las grandes consideradas a otra luz son pequeñas. Hay almas que no saben aficionarse sino al lado pequeño, lo mismo en las cosas grandes que en las menudas, y así se hacen enteramente mezquinas y estrechas. Otras, por el contrario, lo mismo en las cosas pequeñas que en las grandes, ven siempre su aspecto grande, al cual se aficionan, dilatándose sin cesar.

En la piedad, como en todas las demás cosas, lo exterior es el lado pequeño. Desde el momento en que le doy principal importancia, todo se marchita en mí, todo se hace mezquino; mi horizonte espiritual se achica y me hago esclavo de pequeñeces que no me dejan expansionarme. Estimo que algunas infidelidades exteriores matan la piedad; es verdad, matan la mía que es toda exterior. Así, si soy fiel a mis pequeñas prácticas, quedo en ellas preso y encadenado; si las dejo, no me queda nada. Esto enseña la experiencia de todos los días. He aquí por qué se ven tantas pobres almas que andan yendo y viniendo sin cesar, como una lanzadera, volviendo a empezar sus prácticas, abandonándolas luego poco a poco, tornando a ellas de nuevo para dejarlas después otra vez.

8.° División.—De aquí nace el fraccionamiento y la división. Nos arrastramos en la piedad en pos de una multitud de cosas menudas sin cohesión y sin alcance. No hay unidad en el alma;sus fuerzas se desparraman sobre una multitud de prácticas que no tienen un centro común ni un fin elevado. Nada es tan deplorable como ver la falta de coordinación en las ideas, de consecuencia en la voluntad y de encadenamiento en los actos. La piedad no es ya un cuerpo vivo; es una serie de ensayos, de tanteos y de vacilaciones. Se diría que falta la brújula; tan incoherentes son las maniobras del navío. Y falta, en efecto: falta un alma a este cuerpo.

9.º debilidad aquí ¡cuánta debilidad!. — El alma no vive; se arrastra a duras penas, a pesar de su buena voluntad. "No comprendo lo que me acontece", me decía un venerable veterano en las luchas sacerdotales. "Cuanto más adelante voy, más retrocedo. Me parece que hago esfuerzos, que los he hecho en gran número, y a pesar de esto conozco y me siento menos adelantado." Admito que hubiese en estas palabras algo de la humildad que ignora su propio progreso; pero había también mucho de esta triste verdad, comprobada en gran número de almas.

"Marta, Marta, estás inquieta y turbada porque te ocupas en muchas cosas." (Luc. 10, 41)[17] .La multiplicidad era causa del desasosiego de Marta, la cual era, no obstante, amada por Jesús y cuya fidelidad apreciaba el Señor. Pero ella tenía demasiadas cosas en la cabeza. La multiplicidad la dividía; dividiéndola, la inquietaba; inquietada, se turbaba, y la turbación la debilitaba de tal suerte que le era imposible atender a todo y se veía obligada a pedir el auxilio de su hermana. Lo propio nos sucede a nosotros. Las múltiples ocupaciones de la vida, las mil preocupaciones del interés personal dividen el alma; la multiplicidad incoherente de los ejercicios de piedad, en vez de darle unidad, fuerza y paz, aumenta su mal dividiéndola, perturbándola y debilitándola más todavía. ¿ Por qué asombrarnos de la languidez de algunas almas, si lo que debería darles salud y vida, aumenta el mal que padecen?

10.º Edificio sin cimiento.— Siestas almas supiesen cuál es la única cosa necesaria! (Luc. 10, 41)[18] .¡Si sólo se ocupasen en ella!. ¡Si sólo pensasen en levantar el edificio único sobre el único cimiento!. Pero edifican sobre arena, y ¿qué extraño es que la casa no se mantenga en pie?. ¡Tantos vientos soplan, tantos torrentes se precipitan sobre ella! (Mat. 7, 27)[19]. Y cuando el ruinoso edificio está casi en tierra, sólo les ocurre ir a un retiro y tratar de volver a construirlo. Y semejantes a un niño que ha visto caer su castillo de naipes y que intenta levantarlo de nuevo, proyectan tomar nuevas resoluciones, nuevas prácticas, tan exteriores, tan poco profundas, tan incoherentes como las anteriores, y por consiguiente, tan poco duraderas como aquéllas, y la nueva construcción se verá condenada a derrumbarse otra vez al impulso del viento y de las aguas. Y no les ocurre buscar la roca, no piensan en edificar sobre cimiento sólido y profundo. Tal vez hasta ignoran que para este edificio es necesario un cimiento.

11.º Iluminar las buenas voluntades.—Estas observaciones—no hay necesidad de decirlo—no tienen un alcance universal ni se refieren a todos. Señalan imperfecciones y no hablan de las virtudes. Sería pretensión necia querer establecer el balance de unas y otras.

Hay muchas almas virtuosísimas que van por los verdaderos caminos de Dios y que no tienen necesidad alguna de mis pobres reflexiones para ir a Él. Sus luces exceden con mucho a todo lo que ellas pudieran encontrar aquí. Pero también es verdad, y mi ministerio me ha hecho comprobarlo con frecuencia, que hay almas ignorantes que viven engañadas. Estas almas, animadas por otra parte de buena voluntad, están expuestas a los peligros aquí señalados y respiran, coma en una atmósfera viciada, un gran número de ideas falsas que engendran en ellas una piedad enfermiza.

Si algún débil rayo de luz brotase de este libro e iluminase alguna alma, si llevase siquiera a una de ellas un pequeño remedio que ayudase a su curación, este mi trabajo quedaría premiado con exceso. Pero sólo Vos ilumináis, ¡Dios mío! sólo Vos curáis. Si hay aquí algo vuestro, esto es lo que iluminará y lo que curará. Sólo Vos sabéis si valen algo estas reflexiones. Qué consuelo, si verdaderamente llevasen un rayo de vuestra luz y de vuestro amor!. Esto es todo lo que desean llevar—y lo que os pido—a esas almas de buena voluntad, a esas almas que yerran porque ignoran (Hebr. 5, 2)[20]. A ellas especialmente se dedican estas consideraciones, pues, de una manera general, los consejos que aquí se dan se dirigen a los que no saben, más que a los que no quieren; tienden a iluminar las buenas voluntades, más que a despertar las malas.

12.ºBase de la vida espiritual.—Todos estos males: sentimentalismo, decaimiento, incoherencia, división y debilidad, tienen una fuente común y reconocen una misma causa: la falta de cimiento. Y nada podremos curar mientras no se fije nuestra atención en este punto esencial, que yo desearía ilustrar.

Para levantar un gran edificio lo primero que hay que hacer es asentar la fábrica en sólidos cimientos, porque de los cimientos dependen la elevación y solidez de una construcción. Sin cimentación; nada hay sólido, nada fuerte, nada duradero. Lo importante, por consiguiente, es conocer bien el fundamento de la vida espiritual, establecerlo con firmeza y asentar sólidamente el edificio de la perfección sobre la base única, fuera de la cual ninguna obra viva puede levantarse, porque "nadie puede poner otro fundamento que el que ya ha sido puesto" (1 Cor. 3, 11)[21].

Este fundamento único es el que yo quisiera mostrar y exponer en plena luz, si pudiese. Quisiera poder decir a las almas: mirad, ved ahí el único fundamento, y me consideraría feliz si pudiese añadir como San Pablo: "Como sabio arquitecto eché el cimiento del edificio según la gracia que Dios me ha dado; otro edifica sobre él, pero mire bien cada uno cómo edifica." (1 Cor. 3, 11)[22].

13.ºEste libro no es sino un prefacio.—No es mi ánimo esclarecer del todo este fundamento de que habla San Pablo, que es Cristo Jesús; esto daría lugar a un tratado inmenso. La persona misma de Jesucristo, jefe y modelo de los predestinados, no será directamente objeto de estas consideraciones. Este libro no es más que un prefacio, una preparación que se hace necesaria para que vuelva a entrar Jesucristo en nuestras almas. Nuestro cristianismo artificial y exterior, deja a Jesucristo a la parte de afuera y en la superficie. Y Él tiene declarado que quiere tener su morada en el interior del alma, y que el alma debe morar en El (Juan 15, 4)[23]. Y aquí es adonde se hace preciso traer hoy a tantas almas que han olvidado los caminos de la vida interior. Cuando la leña está verde, es necesario secarla antes de quemarla; si no se hace esto, sólo da humo nauseabundo en vez de vívida llama. Este libro no tiene la pretensión de encender el fuego ; no intenta sino preparar un poco la leña verde.

Sólo hay en él reflexiones elementales que se concentran sobre uno de los ángulos del gran edificio, sobre aquel que San Ignacio en sus Ejercicios llama Principio y Fundamento. Todo se limitará a esta idea única y verdaderamente fundamental; todo convergerá hacia esta unidad y este fundamento, y nada se dirá que no tenga con él relación directa e inmediata. Por eso he titulado este trabajillo: La vida interior simplificada y reducida a su fundamento.

14.° La raíz, el tallo y la flor.—Bueno será que exponga la manera de proceder. Sobre la raíz de David se levantará un tallo, y sobre este tallo una flor, y sobre ella descansará el Espíritu de Dios (Is. 11, 1)[24]. Con esta imagen anuncia Isaías a Jesucristo. Ahora bien: Jesucristo es la cabeza y modelo de los cristianos, es el arquetipo de la vida espiritual, y lo que a Él conviene, conviene, en la debida proporción, a todo lo que de Él nace.

Por eso la piedad está bien representada por esta imagen. Hay una raíz que es la razón, un tallo que es la fe y una flor que es la espiritualidad. Sin raíz no hay tallo, sin tallo no hay flor. La flor se levanta sobre el tallo y éste sobre la raíz. La savia misteriosa, fecundando la raíz, sube por el tallo y viene a dilatarse en la flor. Así también por la acción misteriosa de la savia divina, que se llama la gracia, la razón, que es la raíz, es fecundada; sobre ella se levanta el tallo de la fe, y sobre este tallo de la fe se despliega la admirable flor de la espiritualidad [25].Así, la espiritualidad es la flor de la fe y de la razón, y se apoya a la par sobre la razón y la fe ; y toda espiritualidad que no tenga este tallo y esta raíz, digamos con propiedad, toda espiritualidad que en sus fundamentos no es teológica y racional, no es la flor sobre la cual descansa el Espíritu de Dios.

15.º Importancia de la razón en la piedad.—Por eso dirigimos este libro en primer término a la razón, y hay en él poco lugar para el sentimiento. Permítasenos esto, ya que son tantos los libros que exageran los fueros del sentimiento.

Además, queriendo ir al fundamento y a la raíz, se hace preciso hablar a la razón, y así un sencillo silogismo, fundado sobre una idea racional, bastará para llevarnos hasta las últimas conclusiones de la santidad más perfecta.

La razón, sin duda. será iluminada por la fe; la raíz no será separada del tallo para dar su flor; pero no es menos cierto que esta flor de la piedad aparece como la completa y perfecta expansión de la razón por la fe. Nos convenceremos de esto cuando expliquemos estas ideas, y veremos que para ser uno santo, en todo el rigor de la expresión, bastaría, con la ayuda de la gracia, no digo poseer la razón, pero sí conducirse según la razón; de suerte que si se ha definido al hombre diciendo que es un animal racional, es preciso convenir en que este animal racional se pasa la vida desrazonando. La piedad es la delicada flor de la fe y de la razón, y ni la razón ni la fe tienen su completa expansión sino en la piedad.

16.º La razón y el sentimentalismo.—Espero que nadie se engañará sobre el alcance de las reivindicaciones aquí enunciadas en favor de la razón, y cualquiera se convencerá fácilmente de que no son en detrimento de la fe ni de la gracia, sino únicamente en detrimento del sentimentalismo (iba a decir del animalismo: ¡tan estrecho es el parentesco entre ambas cosas!). El sentimentalismo ha tomado en la dirección de la vida una importancia que no le ha sido concedida ni por la naturaleza ni por la gracia, y menoscaba por este hecho la naturaleza y la gracia.

La inteligencia es la facultad maestra del hombre, y a ella es a quien pertenece la dirección del mismo. La inteligencia es la que prepara los caminos a la fe, y en ella es donde reside esta gran virtud[26].Cuando la inteligencia se ve suplantada en sus funciones directoras, no sólo la naturaleza sino también la fe y la espiritualidad padecen quebranto. Y esto es lo que acontece en nuestros días. La sensibilidad, que ocupa un lugar secundario en las facultades del hombre, escala el primer lugar y aspira a dirigirlo todo, hasta la misma piedad. Y así resulta—ya lo hemos dicho—que la vida llega a ser un negocio de sentimiento, la fe una impresión, la piedad una sensación. Todo se animaliza y se materializa; todo, hasta lo más alto, desciende y se hunde; todo se exterioriza y queda vacío, todo vacila y cae, todo vegeta y se marchita. ¿Por qué?—porque el árbol no está sobre sus raíces, el edificio no está ya sobre su cimiento, la montaña no descansa en su base, el cuerpo no tiene ya alma.

Es necesario poner remedio a este desorden, derribar esta usurpación de la sensibilidad y devolver a la razón su papel de primera sirviente de la fe. Por esto lo que aquí enérgicamente reclamamos en favor de la razón redunda más todavía en beneficio de la fe y de la piedad. Queremos devolver a ambas su base y su raíz, a fin de que puedan desarrollarse con la fuerza y verdad que les son propias.

17.º División del libro. — Tres grandes ideas resumen este humilde trabajo: el fin, el camino y los medios. ¿Cuál es el fin de. toda la vida sobrenatural?. ¿Cuál es el camino?. ¿Cuáles son los medios?. El fin a donde es preciso llegar; el camino que es menester seguir; los medios que es necesario emplear. Mostrar el fin único y supremo, el camino que conduce a ese fin, y los medios para recorrer ese camino: tal es el triple objeto de esta obra, que de esta suerte queda dividida en tres partes.

Esta división es fundamental. Las preocupaciones dominantes en la época presente se concentran generalmente demasiado en las cuestiones sobre los medios. Continuamente estamos oyendo multitud de consideraciones, recomendaciones y exhortaciones que dan lugar a que se piense que el punto fundamental de la religión son las prácticas exteriores: devociones, cofradías, sacramentos; dentro de poco no vamos a oír hablar de otra cosa en materia de religión. Todas estas cosas son buenas, muy buenas; son santas, muy santas; pero en su oficio y lugar correspondientes. Todas estas cosas son medios, y los medios sólo se

emplean en el camino, y el camino sólo sirve para el fin. Las cuestiones de medios son cuestiones de tercer orden en la verdadera religión. Las cuestiones de camino las preceden y las explican, y las cuestiones de fin preceden y lo explican todo: el camino y los medios. Sin el fin, no se entiende nada respecto al camino; y sin éste, nada tocante a los medios; los medios pasarán, el camino pasará, el fin es lo único que permanecerá.

Es necesario colocar las cosas en su lugar y poner un poco de substancia y de orden en las ideas. Por esta razón la primera parte de este libro, que es la más importante, está consagrada al fin, la segunda está dedicada al camino y la tercera trata de los medios. Este es el orden lógico de las cosas.

18.º Aquí no se encuentra sino la armazón de la piedad.—Estas cuestiones las trataremos en sus líneas generales ; nos ocuparemos únicamente de los principios más fundamentales, sin descender a detalles y a la aplicación, lo cual sería inacabable por ser fuera del propósito. Aquí sólo hallará el lector lo que pudiéramos llamar el bosquejo, o mejor aún, el esqueleto, la armazón de la piedad. ¿Qué sería un bordado sin bosquejo, un cuerpo sin esqueleto, un edificio sin armazón? La piedad es eso actualmente con demasía : hay que volver, pues, al bosquejo, al esqueleto, a la armazón.

Por esto no haremos más que indicar las piezas maestras y su encadenamiento.

Así, en la primera parte no trataremos en particular de ninguno de los hábitos, virtudes o disposiciones que constituyen la vida interior; no será la consideración detallada ni de los actos ni de las virtudes, sino la consideración de la disposición única en la cual se condensan y reúnen todas las disposiciones, y en la cual, por consiguiente, se resume y condensa la vida interior.

Del mismo modo, en la segunda parte no estudiaremos el detalle ni de los mandamientos ni de las operaciones de Dios, sino que concentraremos el pensamiento sobre la voluntad divina, que es la regla primera y la única fuente de los mandamientos y de las operaciones.

En fin, en la tercera parte no se encontrará ninguna regla ni práctica especial para los ejercicios espirituales, sino que nos ocuparemos exclusivamente de las condiciones de su unidad viva.

A quien quiera reflexionar, nada le parecerá acabado, en todas partes creerá ver sólo hitos. Apenas bosquejada una idea, pasamos a otra. Y hacemos esto de propósito, a fin de obligar a los demás a construir por sí mismos y acabar en todas sus partes el gran trabajo cuyo plan les damos aquí. Lo diremos una vez más: esto es un esqueleto que hay que revestir de carne, de venas, de nervios, de músculos y de piel, para llegar a la perfección de un cuerpo completo.

Jesucristo es la forma perfecta (Rom. 8, 29)[27];la vida de este cuerpo, su revestimiento (Rom. 13, 14)[28] y perfección. Él es la verdadera sangre que circula en esas venas y lleva a todas partes, hasta las extremidades, las formas perfectas de la vida. La forma perfecta de la vida sólo es dada por Él. Pero, ya lo hemos dicho, de su persona sagrada y de su papel vivificador apenas si nos ocupamos en este libro. En una palabra, aquí hay un bosquejo, pero no un bordado ; un esqueleto, pero no un cuerpo perfecto y acabado; una armazón, pero no un edificio concluido ; no hay nada terminado, pero todo está preparado. ¡Que lo esté con solidez suficiente para la construcción de un edificio de gran valor, y con fuerza bastante para el crecimiento de un cuerpo de perfecta belleza!

19.ºEncadenamiento de las ideas.—Los principios y las ideas están aquí encadenados de tal suerte que el lector no puede formar juicio exacto y acabado hasta después de leer, seria y atentamente, todo el libro por completo. Tal vez surjan al principio algunas dificultades en el espíritu, pero me atrevo a esperar que se esclarecerán y disiparán en el curso de la lectura. Es necesario únicamente saber tener paciencia, no ofuscarse sistemáticamente, y dejar que la multitud de cuestiones que salgan al paso vengan a ordenarse y ser tratadas en su lugar y momento oportunos. No es éste un libro en el cual se puede tomar a capricho una pieza y desprenderla del todo a que pertenece; aquí todo está unido, todo se encadena, todo se relaciona; si rompéis esta ilación perdéis lo mejor de este trabajo y no lo entenderéis.

20.º Profundizar la idea fundamental.—Debo hacer una observación que tiene su importancia. La idea fundamental podrá parecer, a primera vista, tan conocida que baste pasar rápidamente sobre ella. Suplico no obstante a mis lectores que la mediten bien y profundamente, porque de ella precisamente ha de deducir la razón conclusiones lógicas de una exactitud rigurosa y de un alcance práctico, que acaso ni remotamente sospechaba al principio. Viene a ser una caja de humilde apariencia, pero que en su interior contiene tesoros. Mientras no se abre, se ignora su contenido y estamos como si nada poseyésemos. Para abrirla es preciso buscar el secreto de la cerradura. Busca ese secreto, amado lector, y reflexiona. Y si en el interior de esa caja encuentras alguna perla preciosa, pide al Autor de todo don perfecto, al Padre de las luces (Santiago 1, 17)[29], que no deje desamparada la pobre alma del que te dice estas cosas.

21.º No se trata de un método.—Una palabra más. Algunos creerán, al leer este libro por primera vez, encontrar aquí un nuevo método de piedad. Nada más lejos del pensamiento del autor. Nuestro único propósito es recordar principios, y exhortamos al lector a que no vea más que los principios y a que se desembarace de todo aquello que pudiera parecerle método. Únicamente los principios son el fundamento; el método es siempre accesorio. El que conservase de este libro la menor idea de método mostraría no haber visto el fondo de la idea que ha inspirado y dirigido este trabajo.

Insisto sobre esta recomendación, porque la experiencia está demostrando todos los días a cuantas ilusiones da lugar la manía de buscar expedientes allí donde sólo hay principios. Las almas de vida rudimentalmente cristiana, y con más razón aún las almas superficiales, sólo tienen necesidad de expedientes; a esas almas les suplico que no abran este libro, porque no lo entenderán; no se ha escrito para ellas. Las almas serias y de piedad sincera se nutren de principios; me atrevo a esperar que a éstas puede hacerles algún bien este libro, y que lo entenderán; en todo caso ha sido escrito para ellas expresamente.

PRIMERA PARTE

EL FIN

CAPÍTULO PRELIMINAR

LA VIDA

— 1. Vida perfecta e imperfecta.

— 2. Vida natural y sobrenatural.

— 3. Creced.

— 4. La vida cristiana.

— 5. Objeto propio de esta primera parte.

— 6. Su división.

1.° Vida perfecta e imperfecta.—El título de esta primera parte es EL FIN. El fin, es vivir; porque el hombre ha sido criado para vivir(Gén. 2, 7)[30]. Y si he sido criado para vivir, y éste es mi fin, conviene colocar a la cabeza de esta primera parte un capítulo preliminar titulado LA VIDA.

¿Y qué es vivir?—Es tener en sí una actividad propia, proveniente de un principio íntimo que tiene el poder de desarrollarse en su acción y de poseer su desarrollo[31].

Hay dos clases de vida, la vida perfecta y la vida imperfecta. La vida perfecta es la del ser que se posee y se ejerce en la plenitud de un movimiento a quien nada le queda por adquirir: la plenitud absoluta de esta vida está solamente en Dios. El acto divino por el cual Dios se posee, se conoce y se ama en la trinidad de sus personas, es un acto infinito, y este acto es la vida de Dios en sí mismo.

En el cielo tendré la plenitud de vida de que mi ser se haya hecho capaz, y poseeré eternamente y sin alteración, en un solo acto, en el que se ejercerá toda mi fuerza vital, el desarrollo que yo haya alcanzado. Será esto, en mi medida propia y finita, la vida perfecta.

Aquí abajo la vida es imperfecta. ¿Y qué es la vida imperfecta?—Es el movimiento de adquisición por el cual un ser se desarrolla. El principio de actividad interna va creciendo y dilatándose en su acción. Es una vida que se hace, que se construye, que se organiza. El signo característico de esta vida es adquirir y crecer. El crecimiento del ser imperfecto es la manifestación esencial de su vida. Y tal es la condición de mi vida presente.

2.° Vida natural y sobrenatural. — He sido criado para vivir. ¿ Qué quiere decir esto ?—Quiere decir que estoy llamado a desarrollar en mí los frutos de la santidad en este mundo, a fin de poseer en el cielo, como fin y sin fin, la vida eterna (Rom. 6, 22)[32]. La vida de este mundo es un crecimiento, la vida del cielo es una posesión, y ambas son la actividad propia de mi ser.

Tengo un alma y un cuerpo ; y mi alma vive por sí misma una vida que ha recibido de Dios, y mi cuerpo vive por mi alma, que es quien le da animación. Mi alma puede obrar y obra por medio de las potencias que hay en ella ; mi cuerpo puede obrar y obra por medio de los sentidos que hay en él, y que están animados y regidos por el alma. El alma tiene un conjunto de facultades que conocen, quieren y obran ; y el cuerpo tiene una serie de órganos unidos a las facultades del alma y que obran por ellas. En la acción de estas facultades y de estas potencias consiste mi vida natural.

Tengo por la gracia de Dios otra vida, es decir, otra capacidad de obrar, no ya por mí, sino por Dios: es la vida sobrenatural en la que Dios, uniéndose por un vínculo inefable a mi naturaleza,

me eleva por encima de mí mismo y da a mis facultades el poder de hacer actos divinos; se hace El la vida de mi vida, el alma de mi alma ; ¡misterio de amor!

Y esta vida es la vida sobrenatural, es decir, la vida eterna (Rom. 6, 23)[33], porque es el ejercicio aquí abajo de la vida que poseeré allá arriba.

3.º Creced.—He sido criado para vivir y sólo para vivir. ¿Qué haré en el cielo?—Viviré eternamente en el acto único de la alabanza eterna, eternamente beatífica. ¿Qué tengo que hacer aquí abajo ?—Tengo que vivir, es decir, desarrollarme, puesto que la vida imperfecta, la única que ahora tengo, consiste en desarrollarse. "Creced"(Gén. 1, 28)[34], dijo el Señor al hombre, dándole el poder de desarrollar y de comunicar la vida. Y esta palabra es la primera palabra que le dirigió el Criador. Y la plenitud y la majestad de esta palabra contiene y expresa la ley total de la vida. Todas mis obligaciones, sin excepción alguna, tienen su base y su explicación en esta primera obligación ; ella es la que da el sentido y la medida de todos los deberes que puedo tener en orden a Dios, a los seres y a mí mismo. Es preciso crecer; es preciso desarrollar la vida física del cuerpo, la vida moral del corazón, la vida intelectual del espíritu. Y ésta es la razón de los cuidados y de las precauciones que hay que tomar para la conservación del cuerpo, la educación del corazón y la instrucción del espíritu. Todos estamos obligados a trabajar en la adquisición y conservación del pleno desarrollo de nuestras facultades.

4.° La vida cristiana.—Y este desarrollo natural debe ser dirigido y referido a Dios. Las facultades desarrolladas deben servir como instrumento a la vida sobrenatural. "No entreguéis vuestros miembros al pecado para servir de instrumentos a la iniquidad", dice San Pablo; "sino antes bien entregaos todos a Dios, como resucitados de muerte a vida, y ofreced a Dios vuestros miembros para servir de instrumentos a fin de producir obras de justicia." (Rom. 6, 13)[35]. La vida sobrenatural crece así a medida del desarrollo de la vida natural y de la perfección de la unión de lo humano a lo divino.

Y es privilegio de dicha vida el crecer, aun en medio de la forzosa e inevitable decadencia que la ley de la muerte impone a la naturaleza. San Pablo expresa magníficamente, en el capítulo IV de su segunda epístola a los corintios, este triunfo de la vida, aun en la muerte. "Por lo cual", concluye, "no desmayamos; antes, aunque en nos otros el hombre exterior, o el cuerpo, se vaya desmoronando, el interior, o el espíritu; se va renovando de día en día." (2 Cor. 4, 16)[36].

5.° Objeto propio de esta primera parte. — Esta vida con sus crecimientos y sus resultados, es la que quiero estudiar aquí. Debo vivir: ¿para qué?. ¿Cómo?. ¿Hasta dónde?. La vida: tal es la idea soberana, central, sintética, una, a la cual convergerán todas las investigaciones y todas las ideas. La vida, pero no en sus menudencias exteriores ni en alguna particularidad aislada, no ; la vida en su completo apogeo, en su unidad; la vida interior, el título mismo de esta obra ; la vida sobrenatural y divina; en una palabra, mi fin total y último en las grandes líneas de su construcción y de su perfección acabada.

El objeto propio de esta primera parte es exclusivamente la vida en si misma, es decir, lo que se edifica, lo que se adquiere, lo que una vez adquirido permanecerá eternamente, pues en esto consisten propiamente la vida y el fin.

En cuanto al trabajo por el cual la vida se construye, su marcha y sus reglas; cuanto a los medios, modo y condiciones de su empleo, si bien sirven para la construcción y le son indispensables, no son, sin embargo, la construcción misma. El trabajo y las reglas del mismo pasan; los medios y modo de emplearlos pasan; la construcción permanecerá eternamente. Y aquí, en esta primera parte, quiero considerar únicamente lo que permanece, lo que constituye el fin. El trabajo y los medios, que son transitorios, serán, como ya he dicho en la Introducción[37],objeto de la segunda y tercera parte.

6.º Su división.—En lo que verdaderamente es la construcción eterna de mi ser, en Dios, consideraré cuatro cosas:

1.a Los elementos de esta construcción;

2.a La organización de estos elementos;

3ª Los primeros desarrollos de la construcción;

4ª Los desarrollos superiores.

En consecuencia, esta primera parte se subdivide en cuatro libros:

Libro I. Los elementos.

Libro II. La organización.

Libro III. El crecimiento.

Libro IV. Las cumbres.

LIBRO I

LOS ELEMENTOS

San Pablo en sus epístolas, donde tan divinamente trata de la vida divina, la compara a la construcción de un edificio, al crecimiento de la planta, al desarrollo del cuerpo. Los engrandecimientos del edificio, de la planta y del cuerpo suponen principios para organizar y materiales que organizar.

¿Cuáles son los principios orgánicos y los elementos fundamentales que deben servir para la edificación de mi ser?. Esto es lo que debo y quiero saber ante todo. Y como estoy colocado entre Dios y las criaturas, teniendo con Él y con ellas relaciones necesarias para mi vida, los principios primeros y elementales de mi crecimiento divino son las relaciones fundamentales que existen entre El, ellas y yo. Esas primeras relaciones son las que voy a estudiar en este primer libro.

CAPÍTULO 1

EL FIN DE LA CREACIÓN

— 1. Dios ha criado todo.

— 2. Para sí mismo.

— 3. El es el principio y el fin.

— 4. La gloria de Dios es el bien esencial de los seres.

1.º Dios ha criado todo.—Dios ha criado todas las cosas. "Todo ha sido hecho por Él, y nada ha sido hecho sin El." (Juan 1, 3)[38] "Dijo, y todo fué hecho; mandó, y todo fué criado." (Salmo 148, 5)[39] "Él es quien da vida a todo, la respiración y todas las cosas (Hech. 17, 25)[40];... porque en Él tenemos la vida, el movimiento y el ser." (Hech. 17, 28)[41].

Ésta es una verdad que la razón demuestra y que la fe me enseña a adorar. Si, Dios mío, "Vos lo habéis hecho todo con vuestra palabra (Sab. 9, 1)[42] y sólo ha sido hecho lo que habéis querido"(Jud. 4, 4)[43]. "El día y la noche son obra vuestra; habéis formado la aurora y el sol, y habéis fabricado el mundo y circunscrito sus límites." (Salmo 73, 16)[44]. "Habéis hecho el cielo y la tierra y todas las criaturas que se mueven en la órbita inmensa de los cielos." (Est. 13, 10)[45].

2.° Para sí mismo.—"Dios,que ha criado el cielo, que ha hecho la tierra y que le ha dado la configuración que tiene, no la ha criado en vano." (Is. 45, 18)[46]. Porque "por la sabiduría fundó el Señor la tierra, y por la prudencia estableció los cielos"(Prov. 3, 17)[47]. Si Señor, "todo lo habéis criado con sabiduría" (Salmo 103, 24)[48], y "todo lo habéis dispuesto con número, peso y medida"(Sab. II, 21)[49]. Y "la sabiduría tiene en sí la fuerza de alcanzar todos sus fines, y de adaptar con armonía a ellos todas las cosas" (Sab. 8, I)[50]. Siendo Dios sabiduría infinita se ha propuesto un fin al criar, y a este fin ha adaptado sus criaturas.

Las criaturas tienen un objeto, existen para un fin. ¿Cuál es este fin? No puede ser otro sino Dios mismo. Porque si Dios hubiese criado para otro fin que no fuese Él mismo, hubiera referido y subordinado su acción a este fin, se hubiera subordinado Él mismo, puesto que su acción es El mismo. Y así este fin estaría sobre Dios; es decir, que Dios no sería Dios. Dios no ha podido, pues, criar sino para sí mismo; las criaturas no pueden existir sino para El y para su gloria.

3.° Él es el principio y el fin.—"Yo soy el Señor, dice Él ; yo soy el que crió los cielos y quien los extendió, quien afirmó la tierra y todo lo que en ella crece, quien da aliento a los que la habitan y vida a los que se mueven. Yo soy el Señor, éste es mi nombre, y no daré mi gloria a ningún otro." (Is. 42, 1)[51]. "Por mí, por mí solo obraré, y a ningún otro daré mi gloria. Escucha Jacob, escucha Israel, yo soy, yo el primero, yo el último." (Is. 48, II)[52] ."Yo soy el principio y el fin, el alphay omega, el primero y el último." (Apoc. 1, 8)[53].

Es pues, para Él mismo para quien Dios ha criado todo (Prov. 6, 4)[54] . Todo ha sido hecho por Él y para Él. Nada existe sin El, nada existe sino para Él. De Él procede todo y todo termina en El. Él es el principio único, Él es el fin total. El solo es el principio, Él solo es el fin. El es el primero, Él es el último. Imposible que exista cosa alguna si no es por su poder; imposible que exista cosa alguna si no es para su gloria. Su poder es la única razón de ser de las cosas como principio; su gloria es la única razón de ser de ellas como fin.

4.º La gloria de Dios es el bien esencial de los seres.—Si la gloria de Dios es la única razón de ser y el único fin de las cosas, es asimismo su único bien, porque no puede haber para un ser otro bien esencial que su único fin. El bien es lo que todo ser desea y busca, y lo que todo ser desea así y busca es para él su fin; el fin es, pues, para todo ser su verdadero bien[55]. Y como la gloria de Dios es el único fin esencial de los seres, es también su único bien verdadero. "El único y soberano Bien se llama fin", dice San Agustín, "precisamente porque por él queremos todas las demás cosas, y a él lo queremos por sí mismo."[56]. Los medios para llegar al fin no son bienes sino en cuanto sirven para alcanzar este fin. En los medios no hay más bien verdadero que lo que conduce al fin.

NB.—La palabra "esencial" se emplea aquí siempre en su significación filosófica más absoluta. No servirá nunca sino para designar lo que es de la esencia misma de las cosas, es decir, aquello que en los seres y en sus relaciones es de una necesidad tal que sin ello ni los seres ni sus relaciones existirían.

CAPÍTULO II

MI FIN

— 5. Dios me ha criado.

— 6. Para su gloria.

— 7. Esto es todo el hombre.

— 8. En la tierra.

— 9. En el cielo.

— 10. Para mi felicidad.

— 11. Unión de ambos fines.

5.º Dios me ha criado.—Todoha sido hecho por Dios ; yo también he sido, pues, hecho por El. Él es, y no yo, quien me ha dado el ser. (Salmo 99, 3)[57]. "Son vuestras manos, Dios mío, las que me han hecho y formado por completo." (Job 10, 8)[58].Para la formación del primer hombre, dijo Dios: "Hagamos al hombre a imagen y semejanza nuestra, y domine a los peces del mar, y a las aves del cielo, y a las bestias, y a toda la tierra, y a todo reptil que se mueve sobre la tierra. Y Dios crió al hombre a imagen suya." (Gén. I, 26)[59]."Lo formó del lodo de la tierra e inspiróle en el rostro un soplo de vida, y quedó hecho el hombre viviente con alma racional." (Gén. 2, 7)[60].

Obra maestra de la creación visible e imagen de Dios, el hombre es el último y supremo anillo de los seres terrestres ; en él se detiene la obra criadora. Poseyendo un cuerpo material y un alma espiritual toca al mundo visible y al mundo invisible; llevando en su cuerpo la semejanza de los seres inferiores, llevando en su alma la semejanza del mismo Dios, está colocado entre Dios y la criatura como punto de unión del espíritu y la materia, como vínculo o lazo del cielo y de la tierra.

6.º Para su gloria.—¿Y para qué me ha criado Dios?—Todo ha sido hecho para Dios; yo también, por tanto, he sido criado para Él únicamente. Sólo Él es mi fin esencial, mi fin total; Él es la razón de mi existencia, el único fin de mi vida. No tengo otra razón de ser que su gloria, no existo sino para procurar este único bien. Para Él y únicamente para Él vivo, para Él muero y para Él viviré en la eternidad. No es para mí para quien vivo ni para quien muero, pues ninguno de nosotros vive Ora sí mismo. Si vivimos, vivimos para el Señor; si morimos, morimos para el Señor, porque así en la vida como en la muerte somos del Señor (Rom. 14, 7 y sg.)[61].

"Y a todo el que invoca mi nombre, dice el Señor, lo he criado para mi gloria, lo he formado para mi gloria." (Is. 42, 7)[62].

7.º Esto es todo el hombre.—La gloria de Dios es todo el fin de mi vida : ella es mi todo, ella es todo mi yo, porque si no la procuro no tengo razón de ser, para nada sirvo, nada soy. "Escuchemos todos la última palabra que resume todo : Teme al Señor y guarda sus mandamientos ; esto es todo el hombre." (Ecles. I2, 13)[63]. ¡Esto es todo el hombre! "¿Cómo", dice San Agustín, "expresar con más concisión una verdad más importante?. Teme a Dios y guarda sus mandamientos: esto es todo el hombre. Todo hombre, en efecto, quienquiera que sea, esto es: guardador de los mandamientos de Dios. Y el que esto no es, nada es. La imagen de la verdad no puede volver a formarse allí donde persiste la semejanza de la vanidad."[64].

Esto es todo el hombre, en la tierra y en el cielo, en su vida mortal y en su vida eterna. Porque yo tengo este doble destino del tiempo y de la eternidad ; o mejor, este único destino compuesto de dos períodos, porque el tiempo prepara la eternidad. He sido criado para vivir algún tiempo en este mundo y crecer para vivir después sin fin en las moradas eternas poseyendo, en la inmutabilidad de su plenitud, la grandeza que en el período del tiempo me haya preparado.

8.º En la tierra.— Para qué debo, pues, crecer en la tierra?—Para Dios y para su gloria. Todo lo que he recibido en fuerzas y recursos, todo lo que me ha sido impuesto como ley y obligación, todo lo que me es dado como medios y auxilios, todo ha sido en orden a este término final, superior, absoluto, infinito : la glorificación de la soberana Majestad. Mi alma y mi cuerpo, mi espíritu, mi corazón y mis sentidos, mis días y mis noches, mi actividad y mi descanso, mi vida y mi muerte, todo debe alabar a Dios. Esto es todo el hombre, el todo de su vida, la plenitud de su existencia. Más adelante veré mejor aún el alcance inmenso y la significación profunda de esta expresión : esto es todo el hombre. Por esto es algo el hombre, por esto existe. Fuera de esto, nada es, es como si no fuese. Por esto se completa y crece su vida. Fuera de esto, se agota y su vida se pierde.

9.° En el cielo.—Esto es todo el hombre en el cielo. Porque, ¿qué hacen los santos en los esplendores de la gloria ?—Una sola cosa, la misma que comenzaron en su vida de transición: alaban a Dios. En el cielo resuena únicamente el canto de las alabanzas sagradas, que lo llena todo. Este canto basta a los ángeles y a los hombres; él solo llena la eternidad. En la unidad del cuerpo de Jesucristo, todos los elegidos están unidos para exaltar, en un concierto sin fin, el nombre de la Trinidad, tres veces santa. Cada uno en el concierto universal tiene su parte propia, según las cualidades de su vida y de su vocación; cada uno tiene su lugar marcado en este gran cuerpo. Y todos juntos, armónicamente organizados, correspondiéndose en maravillosa concordancia, cual es la eterna comunión de los santos, resumen su vida en el himno supremo que regocija el corazón de Dios. Ésta es la vida eterna. ¡Oh! Cómo tendrá entonces toda su plenitud la expresión del texto sagrado. ¡Esto es todo el hombre!

10.º Para mi felicidad.—Al criarme para Él, Dios me ha manifestado el amor esencial que se tiene a sí mismo. "Dios es amor" (1 Juan 4, 8)[65] y ha criado todo por amor, por amor a sí mismo ante todo, y por esto ha hecho todo para su gloria; pera también ha criado por amor hacia mí, y así ha hecho también todo para mi felicidad. Mi felicidad; he aquí el fin secundario de mi creación. He sido criado para ser feliz: éste es también el fin de mi ser. Todo en mí aspira a la felicidad; desea, reclama y busca la felicidad: es la necesidad irresistible de mi naturaleza. Que quiera o que no quiera, sea por deliberación sea por instinto, busco siempre mi satisfacción porque Dios ha dispuesto así mi ser. La satisfacción en este mundo, la satisfacción en la eternidad; esta necesidad es tan profunda que sólo el infinito puede llenarla. Mis sentidos, mi alma, mi corazón, mi espíritu, todo en mí está hecho para la felicidad. Dios ha querido que ya en este mundo encuentre múltiples satisfacciones en el transcurso progresivo de mi vida hacia Él, durante la adquisición de este ser que constituye mi existencia temporal, y que por fin en la eternidad encuentre esta satisfacción única, infinita, último y completo reposo de todo mi ser, que se llama la salvación.

La felicidad en este mundo, la felicidad en el otro: éste es también mi fin.

11.º Unión de ambos fines.—Acaso hay dos fines asignados a mi existencia? Si y no. Si,porque hay en mi vida la parte de Dios y la mía, sus derechos y mis esperanzas; no, porque esos dos fines deben, según la idea de Dios, confundirse de tal manera en uno solo, que el término supremo y último de mi existencia es mi consumación en la unidad con Dios (Juan 17, 22)[66].

Dios ha hecho lo que ha querido y ha querido unir mi felicidad a su honor, ha querido hacerme dichoso glorificándose, y de esta suerte ha unido mi interés al suyo,. mi vida a la suya, mi ser a su ser. Mi existencia tiene, pues dos fines; pero estos dos fines no son más que uno, porque Dios los ha unido de tal manera que mi felicidad no se encuentra, en último término, sino en Él. Lo que pretende como término final de su obra es mi unión eterna con Él, mi consumación en la unidad con Él, para su gloria y para mi felicidad. Quiere ser Él la vida de mi vida, el alma de mi alma, el todo de mi ser; quiere glorificarse en mí y hacerme feliz en Él. Las maravillas de esta unidad y los medios de realizarla es lo que deseo meditar aquí.

CAPÍTULO III

LA UNIÓN

— 12. La Encarnación.

— 13. La Iglesia eterna.

— 14. La gloria por la unión.

— 15. Distinción de la gloria y de la unión.

— 16. La oración del Salvador.

— 17. Mi oración.

12.º La Encarnación.—"Dios conoció eternamente", dice San Francisco de Sales, "que podía criar cantidad innumerable de criaturas de diferentes perfecciones y cualidades a quien poder comunicarse. Y considerando que entre todos los modos de comunicación, el de mayor excelencia era juntarse a alguna naturaleza criada, de tal suerte que la criatura quedase como injertada e ingerida en la Divinidad, haciendo con ella una persona, su infinita bondad... resolvió y determinó hacer esta comunicación.

"Pero entre todas las criaturas que esta omnipotencia soberana pudo producir, tuvo por bien escoger de aquella humanidad que después, con efecto, se unió a la persona de Dios Hijo, y a ella destinó esta honra incomparable de la unión personal con su Majestad divina, para que eternamente gozase por modo excelentísimo de los tesoros de su gloria infinita.

"Habiendo, pues, preferido para esta dicha la humanidad sacrosanta de nuestro Salvador, dispuso más la suprema Providencia, que su bondad no se limitase solamente a la persona de su querido Hijo, sino se extendiese, en gracia de Él mismo, a otras muchas criaturas. Y en aquel lleno de la innumerable cantidad de cosas que pudo criar, hizo elección de los hombres y de los ángeles como para que hiciesen compañía a su Hijo, participasen de sus gracias y de su gloria, y le adorasen y loasen eternamente."[67].

13.° La Iglesia eterna.—La primera cosa que hay en la intención se encuentra realizada, en último término, en la ejecución. El resultado fina: de toda la obra criadora, su coronación y complemento, será la Iglesia eterna. La Iglesia eterna, es decir, la sociedad de los ángeles y de los santos, unidos en la unidad del gran cuerpo de Cristo: siendo El, Dios y Hombre, su cabeza; y ellos, ángeles u hombres solamente, pero participando en El y por El de la vida divina. Este cuerpo de elegidos es el que cantará la gran alabanza querida y deseada por el Dios criador. Cada uno de los elegidos, ángel u hombre, tiene allí su lugar y su función según su vocación. Y desempeñando cada uno de ellos en el concierto general la parte que le ha sido asignada, resultará esa armonía que será el encanto de la eternidad y la bienaventuranza del cielo.

A esta sociedad estoy incorporado desde ahora por la gracia y lo seré definitivamente por la gloria. Tendré allí mi parte propia en el cántico eterno. Aquí en la tierra me preparo, me ejercito, me hago capaz de la alabanza beatífica. Loaré a Dios con tanta mayor plenitud y perfección cuanto más haya trabajado aquí abajo en emplear mi vida para Dios y según Dios.

PRIMERA PARTE.

LIBRO I.

14.° La gloria por la unión.—Es, pues, por Jesucristo, con Él y en Él, por quien debe rendirse todo honor y gloria a Dios Padre, en unidad con el Espíritu Santo[68].Hay así, presidiendo a la obra creadora, como dos ideas divinas. La una, general, absoluta, anterior a todo, expresada en esta palabra: la gloria de Dios; la otra, particular, libre, concretando la primera bajo una forma particular, expresada en esta palabra: la unión. Por este modo especial de la unión con Dios en Jesucristo es por el que soy llamado a alabar a Dios. Y en esta unión consistirá mi felicidad.

Hablando absolutamente, toda criatura posible no puede servir finalmente sino para proclamar la gloria de Dios; en realidad de hecho, toda criatura efectivamente llamada a existir debe servir para procurar el honor divino por el modo especial de la unión. Por tanto, la última palabra de la idea creadora es la gloria de Dios por la unión en Jesucristo.

15.º Distinción de la gloria y de la unión.—Sin embargo, los dos términos de esta idea total permanecen distintos: la gloria permanece siendo el fin esencialmente impuesto; la unión, el modo libremente propuesto de alcanzar ese fin. Y en la realidad de los hechos estas dos partes de la única idea creadora se afirmarán eternamente distintas; porque habrá seres llamados a la unión divina, y que sin embargo no la alcanzarán. ¿Esos seres no glorificarán a Dios?—Sí, ciertamente, le glorificarán, pero de un modo distinto de aquel al cual no quisieron elevarse. Habrán perdido el honor y la dicha de la unión beatífica, pero Dios no perderá su gloria. Se glorificará en los condenados, pero se glorificará en su sumisión al castigo vengador en vez de glorificarse en la unión a su bienaventuranza. El modo libre y misericordiosamente ofrecido para la eterna alabanza se encontrará trocado, y la alabanza misma se volverá a encontrar imperecedera en su fondo absoluto.

16.°La oración del Salvador.—La gloria por la unión en Él es lo que pide, en su postrera y omnipotente oración, Aquel que es el primogénito de toda criatura y que, habiendo venido a este mundo a decir la última palabra de todas las cosas, nos ha revelado los secretos del Padre. "¡Oh Padre mío! Os ruego no solamente por mis apóstoles, sino también por aquellos que han de creer en mí por la palabra de ellos, a fin de que todos sean una misma cosa, y que, como Vos, ¡oh Padre! estáis en mí y yo en Vos, así sean ellos una misma cosa en nosotros, para que crea el mundo que Vos me habéis enviado. Yo les he dado la gloria que Vos me disteis, para que sean uno como también nosotros somos uno. Yo estoy en ellos y Vos estáis en mí, a fin de que sean consumados en la unidad." (Juan 17, 20)[69].

17.º Mi oración.—Dios mío, yo adoro vuestra grandeza y vuestra bondad. La grandeza, que impone vuestra gloria a toda criatura, sin que nada pueda sustraerse a ella. La bondad, que llama a sus criaturas de predilección a los honores del banquete divino. ¡Dios mío! Yo soy uno de los llamados; haced que no sea uno de los indignos. "¡Los llamados son muchos, los escogidos tan pocos!". (Mat. 20, 16)[70] .¡Y por vuestra gloria quisiera tanto ser del número de los escogidos ! Deseo sentarme en el festín de vuestra eternidad; no sólo ni principalmente para gozar de Vos, sino sobre todo para rendiros la perfecta alabanza que resultará de mi unión con Vos. ¡Oh!. ¡Que mi alabanza sea perfecta, Dios mío! ¡Que mi vida se dilate a fin de extender vuestra gloria!. La plena bienaventuranza de esta alabanza es lo que deseo, lo que

espero y lo que pido. Por esto, Señor, por la gloria de vuestro nombre, libradme de todo lo que retarda mi unión a Vos (Salmo 78, 9)[71].

CAPÍTULO IV

EL ORDEN DE MIS RELACIONES DIVINAS

— 18. La esencia inteligible de las cosas.

— 19. La esencia real.

— 20. ¿Está mi satisfacción en la esencia de las cosas?

— 21. Puedo perderla.

18.° La esencia inteligible de las cosas.—Estoy, pues, llamado a la dignidad de hijo de Dios, viviendo de su vida; Dios ha querido mi unión con Él. En esta unión hay la parte de su gloria y la de mi satisfacción. Pero en esta unión de mi satisfacción con su glorificación, ¿qué orden debe guardarse? No puedo separarlas; ¿cómo unirlas?. ¿Estas dos partes tienen la misma importancia? ¿Se encuentran en esa unión ambos intereses en la misma línea?. No, ciertamente. La parte de Dios es el fin supremo, el fin absoluto, el bien esencial. Es lo único necesario (Luc. 10, 42)[72], lo único absoluto. De tal suerte necesario, de tal modo absoluto, que aun antes de que los seres existieran, era verdad, eterna e invariablemente verdad, que todos los seres posibles no podían existir sino para la gloria de su Autor.

El modo de glorificación, la medida del honor que rinden, pueden variar hasta lo infinito según la naturaleza y la acción de los seres. Y de hecho, este modo y esta medida varían sin medida según la capacidad y la conducta de las criaturas. Personalmente puedo rendir a mi Criador una gloria más o menos grande según que progrese más o menos en mi unión con Él. Puedo no elevarme hasta ese modo supremo de glorificación que consiste en mi unión con Dios, y procurarle únicamente la gloria del suplicio merecido y de la justicia vengada por ese suplicio. Los modos particulares de glorificación no están en la esencia absoluta, en esa necesidad preexistente a todo, que se llama la esencia inteligible de las cosas.

Lo que está en esta esencia es la obligación para todos los seres de ser ordenados en toda la medida de su ser, pero bajo una forma cualquiera, al honor de su Criador. Esta ordenación final, absoluta, que es la gloria exterior, es esencialmente necesaria.

19.° La esencia real.—Esta gloria divina, independientemente del modo y medida conque es procurada, pertenece también a la esencia real de los seres. Llámase esencia real aquello que entra de tal suerte en la constitución propia de un ser, que sin eso aquel ser no sería. Y la gloria divina entra de tal manera en la constitución real de las criaturas, que sin ella las criaturas no existirían; penetra tan profundamente en la naturaleza del hombre, domina tan completamente su vida, que hasta los mismos condenados, bajo los golpes de la justicia, rinden a Dios forzosamente la gloria que no quisieron rendirle ante las solicitaciones de su misericordia. Dios ha hecho todo para sí; todo, hasta el impío reservado para el día de la

eterna desgracia (Prov. 16, 4)[73]. Y San Agustín afirma que la bondad de Dios no podría permitir el mal si su omnipotencia no pudiese sacar bien del mismo mal[74].

20.° ¿Está mi satisfacción en la esencia de las cosas?—Primeramente, Dios podía no haberme criado: nada en la esencia de las cosas reclamaba mi existencia. Me ha criado, pues, libremente, por un decreto puramente gratuito de su bondad. Y desde el instante mismo en que me crió, la esencia absoluta de su naturaleza y de mi naturaleza exigía que fuese para su gloria. Pero puesto que me criaba, .qué es lo que le obligaba a escoger para su glorificación este modo supremo de la unión sobrenatural, en la cual llego a ser participante de la misma vida de Dios? Ha querido elevarme hasta este honor de hacerme partícipe de su propia felicidad y ha dado a mis facultades ese modo especial de acción por el cual se unen a su objeto, se nutren con él, se lo asimilan, o más bien, ellas se asimilan a él y viven de él. La capacidad inicial y la necesidad de la unión beatífica están en todas mis potencias, siendo estos dones puramente gratuitos y esplendores del libre beneplácito divino. Mi creación es, pues, una liberalidad graciosa que no era reclamada por la esencia de las cosas, y mi adaptación a la unión divina es otra liberalidad más graciosa y gratuita todavía que mi naturaleza misma no reclamaba en manera alguna.

21.º Puedo perderla.—De hecho puedo sufrir en este mundo y condenarme por toda la eternidad sin perder mi naturaleza y sin que el orden esencial de las cosas sea destruido. Si mi placer en este mundo y mi salvación eterna estuviesen en la esencia inteligible de las cosas no podría absolutamente perder ni el placer ni mi salvación, porque lo que es de la esencia de las cosas es invariablemente necesario y no puede ser de otra manera; si simplemente estuviesen en la esencia real de mi naturaleza tampoco podría perder ninguna de ambas cosas sin perder mi naturaleza: desde el momento que puedo perderlas, no son cosa esencial. No hay más que una sola cosa enteramente esencial: la gloria de Dios, procurada bajo una forma cualquiera. Mi felicidad, mi salvación misma, en tanto que es una satisfacción para mí, es cosa relativa, o más bien correlativa, a la gloria de Dios.

Puedo, pues, y debo honrar a mi Criador con ese honor supremo que consiste en mi unión a Él; y a este modo de honrarle va aneja mi felicidad. Pero también puedo, abusando de mi libre albedrío, rehusar esta gloria a mi Señor, y entonces su justicia vengará en mí el orden violado por mí; sacará de mí su gloria de un modo distinto, y yo no sacaré de Él mi felicidad.

CAPÍTULO V

DEPENDENCIA DE MI SATISFACCIÓN

— 22. El gozo del cielo.

— 23.Mi gozo en este mundo.

—24. Está subordinado a la gloria de Dios.

— 25.Nace de ella.

— 26.El gozo del Señor.

22.º Elgozo del cielo.—No solamente mi satisfacción no es esencialmente necesaria, sino que esta satisfacción que la bondad de Dios me ha dado gratuitamente, es por necesidad dependiente de su gloria. Mi satisfacción eterna, que es mi salvación, depende absolutamente de la gloria de Dios, porque yo no puedo obtenerla sino trabajando en este mundo por el honor de mi Dios,y en el cielo seré feliz porque cantaré las alabanzas divinas. El canto de las alabanzas de Dios es la fuente de la bienaventuranza de los santos. "Bienaventurados, Señor, los que habitan en vuestra casa."—, Por qué son bienaventurados?—"Porque os alabarán por los siglos de los siglos." (Salmo 83, 5)[75].

23.º Mi gozo en este mundo.—En este mundo, es verdad, puedo buscar la satisfacción de mi engrandecimiento olvidando la gloria de Dios; pero es una satisfacción falsa y engañosa, pasajera e incompleta, impura y perturbada, y que viene a ser pronto cruelmente expiada.

No concibo mi satisfacción verdadera, aun en

este mundo, ni antes de la gloria de Dios ni sin ella; de la misma suerte que no concibo el salario sin el trabajo, la recompensa sin el mérito, el precio de una cosa sin la cosa misma. El salario depende del trabajo y es proporcionado a él, la recompensa lo es al mérito, el precio lo es a la cosa: éste es el orden. Así también mi satisfacción depende de la gloria de Dios y guarda esa misma proporción. Nuestro Señor dijo a sus Apóstoles: "Os he dicho estas cosas a fin de que mi gozo esté en vosotros y que vuestro gozo sea completo." (Juan 15, II)[76] .Estas cosas a que se refería era que permaneciesen en su amor por la observancia de sus mandamientos, esto es, que procurasen la gloria de Dios. Y a esto llama Jesús su gozo. Este gozo de Jesús, que es la gloria de Dios, debe estar en ellos para que su gozo, es decir, su satisfacción sea completa, plenamente verdadera.

24.° Está subordinado a la gloria de Dios.—Mi satisfacción depende de la gloria de Dios en dos maneras. En primer lugar, en cuanto es secundaria y la gloria de Dios es lo principal. Mi satisfacción no puede, pues, jamás ni anteponerse ni predominar. El honor de Dios debe ser lo primero en todo, sólo después debe venir mi felicidad; en todo la gloria de Dios debe ser la regla; el interés de Dios, el supremo interés; el interés humano debe estarle absolutamente subordinado. "El discípulo no está sobre el maestro ni el esclavo sobre su señor." (Mat. 10, 24)[77]. La gloria de Dios y la felicidad del hombre son dos páginas de la misma hoja de un libro, siendo la una continuación de la otra; preciso es no separarlas ni trastrocarlas, so pena de hacer perder su sentido al libro de la creación. Por tanto, subordinación y coordinación del interés humano al interés divino; Dios el primero, yo el segundo; la gloria de Dios ante todo, mi satisfacción después de ella, sometida a ella, conforme a ella: he aquí la primera parte del. plan divino.

25.° Nace de ella.—Pero hay más. No solamente mi gozo no debe jamás rebasar, dominar o contrariar la gloria de Dios, sino que debe nacer de ella, debe venir píe ella, o más bien, debe estar en ella. "El justo tendrá su gozo en el Señor" (Salmo 63, 11)[78]. "Justos, regocijaos y

saltad de alegría en el Señor." (Salmo 31 , 11)[79]. "Regocijaos en el Señor siempre, os lo repito, regocijaos en el Señor." (Filip. 4, 4)[80]. La Sagrada Escritura está Llena de pasajes que repiten este profundo pensamiento: el gozo del justo está en el Señor. ¿Qué quiere decir el gozo del justo?—El gozo que es propio del justo, el suyo, porque hay un gozo del justo y otro que no es el del justo. "Os doy la paz, mi paz, no la del mundo", dijo el Salvador (Juan 14, 27)[81]. Este gozo del justo, que es el suyo propio, que es el verdadero gozo, el único verdadero, porque es el solo conforme al orden divino, ¿ dónde está?. ¿De dónde mana?. ¿De dónde viene?. ¿Adónde va?. ¿Dónde mora?—In Domino, en el Señor; está en Dios, viene de Dios, habita en Dios.

26.º El gozo del Señor.—Quiere ser Él, y Él solo, la fuente plena e infinita de mi felicidad; en Él y en Él solo quiere beatificarme. ¡Y en qué medida!. ¡Y de qué manera!... Quiere abarcar mi vida en la unidad de su vida; darme eternamente los arrobamientos de la visión beatífica, embriagarme con las riquezas de su casa, servirme a torrentes sus deleites (Salmo 35. 9)[82]. La felicidad será completa, y tal que no solamente entrará ella en mí, sino que yo entraré en ella porque me rebosará por todas partes sin que yo pueda alcanzar sus límites por ningún lado. "Entrad en el gozo de vuestro Señor" (Mat. 25, 21)[83] ésta será la inefable palabra que invitará al siervo al festín de la eternidad. Gozo de tal suerte inmenso que es sobrenatural, y de tal manera sobrenatural que excede a la capacidad propia de toda criatura posible. Dios no ha querido contentarse con recibir de mí una gloria puramente natural, sino que ha querido dar a mi naturaleza, en su unión con Él, una capacidad sobrenatural para glorificarle. Del mismo modo no se contenta con darme una rapacidad natural para una felicidad finita, sino que me da también una capacidad sobrenatural para una felicidad infinita. ¡Dios mío!. Conceded a mi ser que se dilate en toda la capacidad sobrenatural de gloria y de felicidad que le habéis dado.

CAPÍTULO VI

EL USO DE LAS CRIATURAS

— 27. Las criaturas.

— 28. Su uso.

— 29. Los instrumentos.

—30. Manera de servirse de ellos.

— 31.Para Dios.

—32. Para mí.

— 33. En la tierra y en el cielo.

27.º Las criaturas.—Acabo de ver, en sus nociones primeras y fundamentales, mis relaciones con Dios: su gloria, como fin esencial; mi felicidad en Él, como fin anejo al primero ; mi unión a Él, como modo supremo y perfecto de glorificación; la subordinación de mi felicidad a su

honor, como orden en la unión. Ahora es necesario ver, en sus principios generales, mis relaciones esenciales con los otros seres criados.

La existencia que Dios me ha dado no puedo conservarla por mí mismo. Salido de la nada, recaigo en ella por mi propio peso. Sólo Dios tiene la vida en sí mismo (1 Tim. 6, 6)[84] ; yo no tengo la vida en mí mismo, ni mi cuerpo ni mi alma encuentran en sí los medios de subsistencia ; es preciso que los busquen fuera de sí y que los pidan a las otras criaturas. Para eso han sido puestas para mi uso.

Por criaturas entiendo, de una manera universal, todo lo que no es Dios, todo lo que ha sido criado. Por consiguiente, lo mismo las cosas es

pirituales que las cosas materiales: la gracia, las virtudes, los sacramentos, la Iglesia, etc. ; los alimentos, las plantas, los animales y toda la creación material; en una palabra, todo lo que ha sido hecho en el mundo espiritual y en el mundo corporal. Y no solamente todo lo que ha sido hecho, sino también todo lo que sucede cada día, los acontecimientos que ocurren, acontecimientos físicos en la marcha del mundo, acontecimientos morales en la conducta de los hombres, acontecimientos divinos en la intervención de la gracia; todo está comprendido en la denominación genérica de "criaturas".

28.° Su uso. — Cuando hablo del uso de las criaturas hablo de la manera con que debo usar las cosas existentes, sean espirituales o corporales, o sucesos que acontecen. La palabra "criaturas" tiene, pues, un sentido absolutamente universal y designa todo lo que no es Dios, todo lo que existe entre Dios y yo, todo lo que es y todo lo que sucede alrededor de mí, en mí, para mí o contra mí. Jamás se empleará aquí esa palabra en el sentido restringido que le da el lenguaje corriente, para designar únicamente los seres materiales. En su significación amplia y absoluta me es muy a propósito para explicar brevemente y con claridad los grandes principios de mi vida; ella sola resume todas cuantas cosas sirven para mi uso.

Por consiguiente, no tengo que descender a particularidades ni me veo obligado a hablar primero de unas cosas y después de otras; del uso, por ejemplo, de la gracia, de los sacramentos, de los alimentos, de los acontecimientos, etc.; no, todo esto lo designo con estas dos palabras, uso de las criaturas, y en estas dos palabras resumo todo lo que está y lo que puede estar al servicio de mi alma y de mi cuerpo. Me importa mucho fijar esta significación profunda, atribuida a la palabra "criatura", y que se comprenda su alcance, porque esa palabra será empleada con frecuencia en esta obra.

29.º Los instrumentos. — Las criaturas son para que yo haga uso de ellas. Dios me las ha dado. ¿Para qué?. ¿Es acaso para mí, en definitiva, para lo que Dios las pone a mi disposición?—Él las ha criado para sí ante todo. Si me concede su uso, no es a la verdad principalmente para mí, sino esencialmente para Él; es con el único fin que tienen todas las cosas, la gloria de Dios. Me las ha dado como dió a Israel los países de las naciones, como le dió la posesión de los trabajos hechos ya por aquellos pueblos, esto es, para que guardase sus mandamientos y cumpliese su ley (Salmo 104, 45)[85].

¿Qué son, pues, en realidad para mí las criaturas ?—Son medios de procurar la gloria de Dios... Medios, instrumentos propios para este trabajo; criados, dispuestos y dados principalmente con este designio. ¡Medios e instrumentos!... Esencialmente las criaturas no tienen, respecto de mí, más que este único destino: medios e instrumentos de glorificación divinal... En último

fin, no me son dadas ni para ellas ni para mí, sino para la gloria de Dios. He aquí lo que es preciso que medite profundamente para comprenderlo con claridad.

30.° Manera de servirse de ellos.—Medios e instrumentos... No debo, pues, emplearlos sino como se emplean los instrumentos. ¿Y cómo se emplean los instrumentos?—Se les emplea en el trabajo para el cual se han hecho. Así nos servimos del cuchillo para cortar, del anteojo para mirar, del coche para trasladarnos de un punto a otro. ¿Quién ha soñado jamás en mirar con un cuchillo, en cortar con un coche o en trasportar con un anteojo?

Sólo los locos y los niños, que ignoran lo que es un instrumento, se sirven de esos objetos de manera tan ridícula. Ningún hombre sensato emplea un instrumento sino para aquel uso a que está destinado. Y no solamente no se dedica a otros usos, sino que nos servimos de él en la medida..., ni más ni menos..., en que nos es útil al fin que nos proponemos. Esto está en la naturaleza del instrumento, y ésta es la manera de servirse de él.

31.ºPara Dios.—Las criaturas, todas las criaturas no son esencialmente para mí otra cosa que instrumentos...; instrumentos dispuestos para la santificación del nombre divino: éste es su destino esencial. Nada debe ponerse en contacto con mi vida si no es con este fin superior. Las relaciones que dependen de mi movimiento libre, lo mismo que aquellas que se imponen por sucesos independientes de mi voluntad; los contactos de mi alma y de mi cuerpo, de mi espíritu, de mi corazón y de mis sentidos; con los ángeles y los hombres, los animales y las plantas, los elementos inanimados y los astros; todas estas concurrencias, sean queridas voluntariamente o impuestas, interiores o exteriores, ¿qué orientación deben tener? ¿Qué resultado deben producir?—Desarrollar mi vida según Dios y para Dios, y aumentar en mí la gloria santa. Éste es el fin superior, querido por Dios, de todos los encuentros criados. Mi vida debe ser como una lira dispuesta para cantar un himno en alabanza de su Criador. Los contactos criados vienen sucesivamente a herir las diferentes cuerdas a fin de hacerlas resonar según los designios y deseos de su Autor: los contactos que yo escojo, lo mismo que los que sufro, deben producir esta armonía.

32.° Para mí.—Al lado de esta utilidad primera para su gloria, Dios ha puesto en las criaturas otra utilidad, para mi felicidad. No ha querido ser solo en gozar de su gloria; su amor ha querido hacerme partícipe de sus bienes y le ha hecho encontrar esta disposición maravillosa de ternura por la cual las criaturas, instrumentos de su gloria, vienen a ser al mismo tiempo instrumentos de mi satisfacción. Toda criatura dice en primer término gloria a Dios, y después, paz a su siervo (Salmo 34, 27)[86].Y de esta manera llego a ser socio de Dios y tengo parte en los beneficios de la obra inmensa de la creación.

¿Qué digo, parte en los beneficios?... Tengo todos los beneficios, porque, como dice San Francisco de Sales, "el reparto que su divina bondad hace con nosotros es éste: nos cede el fruto de sus beneficios, y se reserva el honor y la alabanza"[87]. "No tiene necesidad de que nosotros seamos servidores suyos", dice San Agustín, "pero nosotros tenemos necesidad de que Él sea nuestro dueño para obrar en nosotros y poseernos. Por eso también sólo Él es verdaderamente Señor y Amo, puesto que nosotros le servimos sin utilidad para Él, tornándose toda la utilidad a nosotros y a nuestra salvación. Si Él tuviese necesidad de nosotros ya no sería totalmente Señor, puesto que Él mismo sería esclavo de una necesidad que encontraría remedio en nosotros." [88]. He aquí el prodigio de su amor hacia mí: ha hecho todo para su gloria y para mi utilidad.

33.º En la tierra y en el cielo.—Diosquiere que yo crezca en este mundo y que aumente para la eternidad la capacidad de mi ser, para glorificarle; las criaturas están encargadas de proporcionarme este aumento. Ahora bien, todo crecimiento es para mí un goce porque los seres gozan en la medida en que se perfeccionan. Las criaturas, perfeccionando mi ser para Dios y según Dios, me aportan, pues, al mismo tiempo una parte proporcional de felicidad, dan a mis aspiraciones una satisfacción y reposo más o menos amplios. Si, en la dilatación de mi ser, con la mira en Dios, por medio de las criaturas, tengo goces, goces verdaderos, profundos y macizos. Sin duda sólo son parciales porque mi crecimiento espiritual sólo se hace por partes; pero vendrá el gran gozo, la eterna felicidad, la inmensidad de la dicha a la cual me prepara el trabajo hecho en mí por los instrumentos de Dios. Las criaturas me proporcionan, pues, una pequeña parte de verdadera felicidad en este mundo y me preparan para la infinita satisfacción de la salvación eterna. ¡Oh bondad de mi Dios!. ¡Si yo os conociese¡...¡Oh Amor!. ¡Si yo os amase!...

CAPÍTULO VII

LAS SATISFACCIONES CRIADAS

— 34. Variedad de los placeres criados.

— 35. La gota de aceite.

— 36. Antes y después del pecado.

— 37. Placer únicamente instrumental.

34.º Variedad de los placeres criados.—Adrede empleo esta palabra "satisfacción" por ser la que mejor expresa la naturaleza de la necesidad que siento en el deseo y la del contento o gusto cumplido que experimento con la posesión. Tengo necesidad de estar satisfecho y por eso deseo y busco lo que puede satisfacerme, y gozo y descanso cuando he satisfecho mi necesidad.

Ahora bien; Dios no me ha dado únicamente esta satisfacción, esencialmente sosegada, que consiste en mi engrandecimiento para Él, en mi unión con Él: este goce es final, forma parte del objeto mismo de mi vida. Su bondad me ha proporcionado también, para animarme, otras satisfacciones cuyo lugar y papel son diferentes en mi existencia: éstas son las satisfacciones criadas.

Hay, en efecto, para mí en las criaturas, sembrados por la mano de su Autor, placeres infinitamente variados: placeres materiales de la vista, del oído, del olfato, del gusto, del tacto; las bellezas de la naturaleza y de las artes, los encantos de la música, los perfumes de las flores, el sabor de los alimentos, etc.: placeres morales de la familia, de la amistad, de la práctica de la virtud, etc.: placeres intelectuales de la literatura y de las ciencias, de la investigación y contemplación de la verdad: placeres sobrenaturales, en fin, en la oración, en las prácticas religiosas y en los toques divinos de la gracia. ¡Cuántos placeres, cuán variados y extensos!. ¿Qué son estos placeres en la idea de Dios, que los ha criado, y qué papel desempeñan?

35.º La gota de aceite.—Para saber lo que son no tengo más que ver dónde están. ¿Dónde están ?—En la criatura. ¿Y qué es la criatura?—Instrumento, nada más que instrumento. Por consiguiente, el placer que en ella está no es más que lo que ella es: es, pues, un placer instrumental, es una cualidad dada por Dios a los instrumentos puestos a mi uso: ¿Para qué les ha sido dada?—Para facilitar el uso de dichos instrumentos.

Un instrumento cortante no puede cortar siempre porque llega un momento en que el filo se desgasta, y cuando esto sucede es preciso afilarlo en la piedra. La máquina que da vueltas con rapidez se recalentará y deteriorará pronto sin la gota de agua, o de aceite, que viene a mantener la igualdad en la temperatura y la suavidad en el roce. Así también mis facultades se fatigan y se gastan pronto, necesitan también la gota de aceite que suaviza, la gota de agua que refresca, el paso por la piedra que afila; les es necesario vigor y ayuda, fuerzas y descanso, comodidad y alegría. Cuando los engranajes de mi alma están bien engrasados y suaves, mis labios cantan con maravillosa facilidad las alabanzas de mi Dios (Salmo 62, 6)[89]. He aquí el papel que desempeña este aceite de gozo que Dios ha puesto en las criaturas para servicio de las almas que quieren amar la justicia y odiar la iniquidad (Salmo 44, 8)[90].

36.º Antes y después delpecado.— He aquí lo que es, en la idea de Dios, el placer criado; he aquí su papel, he aquí por qué su bondad infinitamente previsora lo ha puesto en todos los instrumentos. En el primer plan de Dios todas las criaturas eran instrumentos, ninguna era obstáculo, y cada una de ellas llevaba en sí su pequeña gota de aceite,.. es decir, su gozo que facilitaba su uso en orden a Dios. Hoy el pecado ha trastornado este hermoso orden: encuentro obstáculos a cada paso, y dolores en cada uno de esos obstáculos. Dios no había hecho ni los obstáculos ni los dolores; éstos son el castigo del pecado. Al reparar el orden perturbado, Jesucristo no ha suprimido ni el obstáculo ni el dolor, pero ha dado a ambos una utilidad que estudiaré más adelante.

A pesar del pecado, quedan todavía una multitud de placeres; el aceite del gozo no falta a mis facultades. Allí donde tengo un deber que cumplir encuentro instrumentos idóneos, y en esos instrumentos, con frecuencia todavía, el placer que me facilita su uso. Así, ¿por qué el placer de la familia?—Para facilitar a los padres y a los hijos el gran deber de la educación. ¿Por qué el placer de la amistad?—Para dar a dos almas, unidas por sus vínculos, los impulsos para el bien. ¿Por qué el placer de la comida?—Responde al deber fundamental de la conservación del individuo. ¿Por qué el placer de la oración, de los sacramentos, de la meditación y de todos los consuelos espirituales?—Responde al grande y santísimo deber de las relaciones con Dios, contribuyendo a aumentar el fervor. Así, siempre el placer responde a un deber, para facilitar su cumplimiento. Y el placer es tanto más intenso cuanto más importante sea el deber.

37.º Placer únicamente instrumental. — Este placer es, pues, verdaderamente una satisfacción, puesto que responde a una necesidad de mis facultades y satisface esa necesidad. Pero no es más que una satisfacción instrumental de la cual debo servirme, y no una satisfacción final en la cual pueda descansar. Es un medio y no un fin. Cuando digo que he sido criado para la felicidad y que la felicidad es el fin secundario de mi existencia, no se trata, en manera alguna, de la felicidad que puedan proporcionarme las criaturas: no hay en ellas razón alguna de fin para mi; mi fin está en Dios, mi felicidad final está en Él; ellas no contienen sino medios.

Equivocarse sobre el placer criado y vivir para gozar de él es desquiciar y trastornar horriblemente el plan divino!. ¡Ah!. ¡Y qué frecuente es ese trastorno! Éste es, en efecto, el punto sobre el cual me engaño cuantas veces salgo del orden. Más adelante veremos[91]que el único desorden es éste. Me adormezco en el goce, en vez de emplearlo para cumplir el deber. Uso, para alejarme de Dios, de aquello mismo que debería hacerme más diligente en glorificarle.

¡Ah! Ciertamente el placer es bueno, pero es cuando está bien empleado. Si abuso de él se convierte en el peor de todos los males y en fuente de todas mis aberraciones. Bien empleado hace santos; mal empleado hace condenados. Bienaventurado el hombre que sabe usar de él; desgraciado aquel que abusa. No pervirtamos jamás las ideas de Dios. Ningún placer es malo en sí; sólo el abuso puede hacerlo malo. Todo placer que conduce a facilitar el deber es sano, fortifica y eleva. Pero si contraría el deber se hace pernicioso, mortal, envilecedor. En el primer caso nutre virtudes; en el otro hace bestias. A mí me corresponde ver cómo quiero usar de él.

CAPÍTULO VIII

EL ORDEN DE MIS RELACIONES CON LAS CRIATURAS

— 38. El placer.

— 39. La utilidad humana.

— 40. La utilidad corporal.

— 41. La utilidad intelectual y moral.

— 42. La utilidad divina.

—43. El orden completo de los instrumentos.

38.º El placer.—Dos cosas hay para mí en las criaturas : la utilidad y el placer. La utilidad, como instrumento para el desarrollo de mi vida; el placer, como medio para facilitar este desarrollo: Es necesario, pues, ver el orden del placery el orden de la utilidad.

Es evidente desde luego que, siendo el placer para facilitar el uso del instrumento, debe estar subordinado a este uso. El aceite se pone en la máquina según la naturaleza de los engranajes y las necesidades del trabajo. Un reloj no exige ni la misma cantidad ni la misma calidad de aceite que una máquina de vapor: a cada instrumento y a cada trabajo debe dársele su medida. La distribución y la economía del engrasamiento se regulan por la utilidad y la necesidad: del mismo modo deben regularse la economía y la distribución del placer en la vida humana. Debe estar subordinado no sólo al fin, sino también al instrumento y al trabajo del instrumento. El placer de la comida y de la bebida, por ejemplo, subordinado a las necesidades de la alimentación; el placer del sueño, subordinado a las necesidades del descanso; los placeres de la recreación, subordinados a las necesidades de la reparación de las fuerzas. Y de la misma manera en toda la escala de los placeres, desde los más bajos a los más elevados, desde los más materiales a los más espirituales. La regla absoluta es tomar las satisfacciones criadas en la medida y condiciones necesarias para la buena marcha del deber. Que la faciliten, pero que no la embaracen, y sobre todo, sobre todo que no la detengan.

39º. La utilidad humana —He aquí una primera subordinación, la del placer a la utilidad. Mas la utilidad misma, ¿cómo debe ser regulada?—Hay en las criaturas una doble utilidad para mí, la que contribuye a mi desarrollo humano natural, que es la utilidad humana, y la que coopera a mi desarrollo divino sobrenatural, que es la utilidad divina. ¿Cuál es el orden de relación de estas dos utilidades?—Deben, sin duda alguna, encadenarse y unirse a fin de no contrariarse. ¿Cómo se establecen este encadenamiento y esta unión?

La utilidad humana es la destinada al desarrollo de mi ser natural: desarrollo material de mi vida física, desarrollo virtuoso de mi vida moral, desarrollo racional de mi vida intelectual. ¡Cuántos seres e influencias, destinados por la omnipotente sabiduría del amor a concurrir a este triple engrandecimiento de mi vida de hombre!

Y todos estos seres y todas estas influencias conservan el orden de su utilidad si trabajan en mi dilatación vital según la regla de su subordinación. Porque, en la utilidad humana misma, hay una subordinación necesaria del interés material al interés intelectual, y de estos dos al interés

moral. Mi salud es importante, pero lo es menos que mis conocimientos; mis conocimientos son necesarios, pero lo son menos que mis virtudes.

40.ºLautilidad corporal.—Así, pues, las cuestiones que se relacionan con la protección, conservación y desarrollo de la vida material tienen su importancia, y son fuentes de obligaciones. Las múltiples preocupaciones económicas del trabajo, del comercio, de la industria, de la higiene, etc., son laudables en sí mismas, pues concurren a un objeto necesario. Esto no obstante, el interés material, si bien es el primero en el orden de las necesidades vitales, es el último en el orden de la importancia y de la dignidad. Debe, por tanto, estar subordinado y referido a los intereses que le son superiores. Debo cuidar mi cuerpo, y siguiendo las condiciones de mi vocación no abandonar las ocupaciones del orden material que me incumben. Es éste un deber para mí, que, si bien es el menor en el rango de dignidad, encierra ya, sin embargo, una porción de obligaciones graves.

41.° La utilidad intelectual y moral.—El engrandecimiento del espíritu es de un orden más superior, porque somos más hombres por el espíritu que por el cuerpo ; pero el engrandecimiento moral termina y acaba la dignidad humana, porque somos más hombres todavía por, el corazón que por el espíritu. Por tanto, los medios que contribuyen al desarrollo físico están subordinados y coordinados a aquellos que contribuyen al desarrollo intelectual, y éstos, a los que concurren al desarrollo moral. La salud para los conocimientos, los conocimientos para las virtudes; éste es el orden natural. Y así es cómo debo medir y apreciar el empleo de mis instrumentos. Mi fuerza corporal debe servir a mi vigor intelectual, y mi vigor intelectual a mi energía moral, y los tres, unidos y de acuerdo, llegar a la plenitud de su desarrollo. Vayan unidos y concordantes, conservando la gradación de su dignidad, de manera que el inferior no se sobreponga al superior ni el uno excluya al otro. Cualquier desarrollo no es un desarrollo normal. Un lobanillo y una joroba son crecimientos; pero de esos que es preferible no tener.

42.º La utilidad divina.—La utilidad divina es aquella que coopera al desarrollo sobrenatural de la vida divina, al aumento de la gloria de Dios. Y hay en los seres y en sus influencias sobre mí

una virtud especial para elevarme a esta altura. El crecimiento natural de mi vida no puede terminar en mí, puesto que he sido hecho para Dios; por consiguiente, la eficacia natural de los medios criados debe estar subordinada a su eficacia divina.

En efecto, si las criaturas tienen misión de desarrollarme, es con la mira en Dios. Si yo uso de ellas de un modo egoísta, deteniéndolas en mí, les quito su papel esencial. Es preciso, por consiguiente, que al utilizarlas no deje a un lado, o no relegue a segundo término, lo que constituye su primer objeto; es preciso que el motivó, práctica y eficazmente dominante y determinativo del uso que de ellas hago, sea finalmente el de la gloria divina. Puedo y debo ver en ellas instrumentos de mi aprovechamiento, pero siempre con la mira en Dios; puedo y debo amarlas por el provecho que ami vida reportan, pero según Dios; puedo y debo desearlas por el trabajo de dilatación que operan en mi existencia, pero para Dios. Poco importa que la intención de la gloria divina sea actualo virtual; lo esencial es que sea ella, de alguna manera, el término superior y final; lo esencial es que el crecimiento humano venga a para, a Dios, puesto que el hombre ha sido hecho para Dios.

43.º El orden completo de los instrumentos.— He aquí, pues, cuál es el orden que hay que guardar en el uso de los instrumentos de mi vida. El placer, sometido a la utilidad ; la utilidad humana, organizada según la dignidad de los intereses y referida a la utilidad divina. Es preciso que yo tome las cosas, y los goces de las cosas, para desarrollarme yo mismo y elevarme hacia Dios ; es preciso que las criaturas y sus placeres produzcan en mí un movimiento de ascensión hacia Dios, y no una necesidad de descanso n mí o en ellas. San Agustín nota que Dios, después de haber criado, gozó y descansó, no en la criatura, sino en sí mismo; pues descansó, no en sus obras, sino de sus obras en sí mismo[92]. De esta suerte, las criaturas y sus goces no tienen por objeto más que hacerme crecer y descansar en Dios. Me sirvo de ellas y descanso en Él; ésta es la ley del justo y éste el plan de Dios.

Y el orden de la creación no existe en su plenitud, el plan de Dios no se realiza en su integridad, yo no alcanzo mi fin en su totalidad, sino cuando Dios es para mí todo en todas las cosas (1 Cor. 15, 28)[93], cuando no busco ni deseo nada fuera de Él, cuando todo me conduce a Él, cuando, en fin, su gloria, dominando y absorbiendo mi satisfacción, es mi único fin, mi gozo y mi descanso.

CAPÍTULO IX

EL ORDEN ESENCIAL DE LA CREACIÓN

— 44. Resumen.

— 45. Quærite primum regnum Dei.

— 46. Mi grandeza: todo es para mí.

— 47. Yo soy para Dios.

44º Resumen.—He aquí, pues, cuál es el orden esencial de la creación. En primer término, la gloria de Dios, único bien esencial, fin supremo de todo, que debe ser procurada por ella misma, en todo y ante todo.

En segundo lugar, mi satisfacción en el cielo y en este mundo; bien secundario, subordinado y unido al bien fundamental, y que no debo procurar sino en segundo término, conforme a la gloria de Dios, en ella y por ella.

En tercer lugar, los demás bienes criados, con su doble utilidad humana y divina, medios e instrumentos de los dos bienes anteriores, de los cuales debo usar finalmente, y ante todo, para la gloria de Dios y en la medida, ni más ni menos, en que a ella conducen.

En cuarto lugar, las satisfacciones criadas, pura cualidad instrumental, pero exquisita delicadeza del Criador que ha querido, por medio de ellas, hacer fácil y rápido mi viaje hasta Él, a través de las criaturas.

Tal es el orden esencial de mi creación, tal es la regla suprema de mi vida.

45.º Quærite primum regnum Dei.—"Buscad, pues, ante todo el reino de Dios y su justicia, y todas las demás cosas os serán dadas por añadidura."(Mat. 6, 33)[94] El reino de Dios y la justicia de Dios, ¿qué es lo que esto significa?—Quiere decir la gloria divina y mi felicidad en ella. Éste es el fin, doble y uno, hacia el cual debe orientarse mi vida, al cual debo consagrarme. Estoy obligado a aspirar a él porque Nuestro Señor formalmente me manda que lo busque. Y me manda que lo busque ante todo, en primer lugar. No separa, el reino de Dios de su justicia porque mi felicidad está unida a su inmensidad.

Las otras cosas son los medios, son lo múltiple, lo contingente, es lo que debe servir para el fin. "Así", dice San Agustín, "el reino de Dios y su justicia, he aquí nuestro bien, he aquí lo que debemos ambicionar, he aquí en lo que es preciso poner nuestro fin, he aquí para qué debemos hacer todo lo que hacemos. Pero esta vida es la lucha que debe conducirnos a ese reino, y esta vida está sometida a necesidades. Pues bien, para esas necesidades, dice el Salvador, todo os será dado por añadidura. Por vuestra parte buscad en primer lugar el reino de Dios y su justicia. Esto ante todo, lo otro después; después, no en el orden del tiempo, sino en el orden de la dignidad.

Lo uno es mi bien, lo otro me es necesario, y me es necesario para aquello que es mi bien." [95]

46.º Mi grandeza: todo es para tí.—En este orden es donde veo mi grandeza. "Todo es vuestro", dice San Pablo, "todo: y Pablo, y Apolo, y Cefas, y el mundo, y la vida, y la muerte, y las cosas presentes, y las cosas futuras; sí, todo es vuestro. Pero vosotros sois de Cristo, y Cristo es de Dios." (1Cor. 3, 22 y sg.)[96]. Todo es mío; todo lo que hay en el mundo, en la vida y en la muerte, en el tiempo y en la eternidad, todo es mío, todo es para mí. Soy dueño de todo, domino todo. Señor, "¿qué es, pues, el hombre... que así lo habéis elevado sobre las obras de vuestras manos? ¡Qué gloria y qué honor! Todas ellas las pusisteis a sus pies : los animales domésticos y las bestias del campo, las aves que cruzan el espacio y los peces del mar que hienden sus ondas." (Salmo 8, 5-9)[97]. He aquí mi dignidad; estoy por encima de todo, poseedor de todo, dueño de todo: Dios ha criado todo para mí, ha puesto todo a mi disposición.

47.° Yo soy para Dios.—Pero todo esto no es todavía sino el lado pequeño de mi grandeza. Yo, yo soy de Dios y para Dios: he aquí mi verdadera grandeza. Dios ha querido elevarme hasta Él, hacerme partícipe de su gloria y unirme consigo. Fuera de Dios nada hay bastante grande para ser mi fin. El está infinitamente por encima de mí, y quiere que me eleve hasta Él en la medida en que me es dado alcanzarlo. Este es todo el objeto de mi vida: ir a Dios sirviéndome de las criaturas. ¡Dios mío, cuán admirable sois!... ¡Cuán grande es el hombre en vuestras ideas!... ¡Y cuán pequeño en las suyas! "Porque el hombre, enriquecido con tanto honor, no lo ha comprendido, se ha rebajado al nivel de los brutos insensatos y se ha hecho semejante a ellos." (Salmo 48, 13)[98].¿Cuándo, en :in, comprenderé yo mi dignidad... y la estimaré lo suficiente para no rebajarme jamás?... Llamado a elevarme hasta Dios, ¿cómo descenderé hasta el animal?

CAPÍTULO X

EXPOSICIÓN DEL «PADRENUESTRO»

— 48. Grandeza de esta oración.

— 49. Santificado sea el tu nombre.

— 50. Venga a nos el tu reino.

— 51. Hágase tu voluntad.

— 52. El pan nuestro de cada día dánosle hoy.

—53. Las tres últimas peticiones.

— 54. Todo está ahí.

48.° Grandeza de esta oración.—Encuentro una confirmación luminosa de esta doctrina en el Padrenuestro. El Padrenuestro es la oración perfecta; en él están contenidos todos los bienes, los únicos verdaderos bienes y el orden en que debo pedirlos. Estos bienes y el orden de su dignidad son precisamente los mismos que acabo de ver. Es, pues, de suma utilidad para mí detenerme un momento a meditarlo, a fin de penetrarme más profundamente de lo que es el orden esencial de mi vida.

¡Todo es tan divino en el Padrenuestro!. Verdaderamente él es el resumen de toda oración; y no sólo de toda oración, sino de toda la fe y de toda la religión. El alma que lo medita encuentra en él las profundidades de lo infinito: esta meditación sería suficiente para hacerle penetrar las profundidades mismas de Dios (1 Cor. 2, 10)[99]. Verdaderamente es la palabra abreviada que Dios ha hecho en la tierra (Rom. 9, 28)[100] y Nuestro Señor ha depositado en él los tesoros de ciencia y sabiduría escondidos en su corazón. ¡Cuántos consuelos, si la caridad, instruyendo mi corazón, derramara en él todas las riquezas de la plenitud de la inteligencia para conocer este misterio de Dios Padre y de Cristo Jesús! (Col. 2, 2 y sg.)[101].

Encuentro expuestos en el Padrenuestro no sólo lo que constituye mi fin, sino también el camino y los medios para llegar a él; esto es, las tres ideas que resumen todo lo que quiero meditar en esta obra, y las encuentro por su orden y con su mutuo encadenamiento. El Padrenuestro es, pues, para mí una luz y un apoyo, y es de sumo interés meditarlo siguiendo a Santo Tomás[102]en la breve pero sublime explicación que de él ha dado.

49.º Santificado sea el tu nombre.—¿Cuál es el objeto de esta primera petición?. ¿Qué es este primer bien que pido antes que todos los demás?—La santificación del nombre de Dios. Pero esto, ¿qué otra cosa es sino su gloria? El nombre de Dios expresa a Dios y todo lo que hay en Él; la santificación expresa todo lo que el hombre puede hacer por el honor de su nombre. Por consiguiente, la santificación del nombre de Dios es la gloria de Dios por sí mismo, es la alabanza que le es debida por todas las criaturas; el bien primero, esencial, fundamental, único, necesario: he aquí lo que ante todo deseo y pido. Este primer bien domina y contiene todos los demás bienes, y los bienes que pido a continuación dependen de éste y hacen relación a éste. Así esta primera petición del Padrenuestro domina y contiene todas las demás peticiones, como el primer mandamiento de la ley de Dios contiene y domina los otros mandamientos.

50.º Venga a nos el tu reino.—¿Qué es el reino, o el reinado de Dios, sino las riquezas y bienes que comunica a aquellos a quienes quiere hacer partícipes de este reino? He aquí mi bien secundario, el bien propio mío, mi participación en los bienes de Dios, mi satisfacción final en este mundo y en el otro. Por esto pido que este reino de Dios, donde están comprendidas todas las excelencias que Dios comunica a su criatura, venga. ¿A quién?—A mí. Lo que pido es entrar a participar de los bienes de Dios aquí abajo y allá arriba. Y esto lo pido en segundo lugar. Ésta no podía ser la primera petición porque mi utilidad, aun la eterna, no viene sino después de la gloria de Dios. Por esto la petición: Venga a nos el tu reino, sigue a la petición: Santificado sea el tu nombre, que es necesariamente la primera.

51.º Hágase tu voluntad. — Para procurar la gloria de Dios existe un camino que hay que seguir. ¿ Cómo procurarla si no conozco lo que a ella conduce? La voluntad de Dios me traza el camino; ella me indica por dónde debo ir, lo que debo evitar y lo que debo hacer para procurar su gloria y encontrar mi felicidad; ella me da la dirección para procurar a Dios la santificación de su nombre y a mí el advenimiento de su reino. Después de las dos primeras peticiones viene, pues, naturalmente esta tercera: Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo.

52.º El pan nuestro de cada día dánosle hoy.—No basta conocer el camino; es necesario además tener medios para andar por él. De nada me serviría conocer el camino si caigo de desfallecimiento en él y no puedo dar un paso. Mi alma, lo mismo que mi cuerpo, necesita alimento que conserve sus fuerzas y su vida; esto es: el pan de cada día. Con esta palabra se expresa todo lo que debe servirme de medio para marchar por el camino de la voluntad de Dios, hasta el término, que es la gloria de Dios. Está, pues, en el orden que esta petición de mi pan cotidiano venga inmediatamente después de aquella en que pido que la voluntad de Dios se cumpla.

53.º Las tres últimas peticiones.—Quinta petición: Perdónanos nuestras deudas así como nosotros perdonamos a nuestros deudores.

Conozco el fin, el camino y los medios, ¿qué me resta que pedir?—Que desaparezcan los obstáculos. Ahora bien, hay tres obstáculos que se oponen respectivamente a cada una de estas tres cosas: al fin, al camino y a los medios.

El obstáculo primero, esencial, radical, es el pecado. El pecado es el obstáculo que nos aparta del fin. Por esto pido ante todo el perdón de él; éste es el objeto de la quinta petición.

Sexta petición: No nos dejes caer en la tentación.

Después del pecado, el obstáculo más grave es lo que puede inducirme al pecado, la tentación. La tentación es el obstáculo que intenta desviarme del camino de la voluntad divina. Pido a Dios que me defienda contra ella o que me preserve de sucumbir, porque es por su naturaleza un obstáculo y siempre un peligro.

Séptima petición: Mas líbranos de mal.

Un último obstáculo, además del pecado y de la tentación, son los otros males del alma y del cuerpo que me privan de los medios necesarios para mi adelantamiento. Pueden, pues, ser un obstáculo para mi fin, y pido su alejamiento, pero únicamente en la medida en que pueden menoscabar la gloria de Dios y mi verdadera felicidad.

Tal es el Padrenuestro, fórmula perfecta de mi oración, fórmula también perfecta de mis deberes. Nuestro Señor ha trazado en él a grandes rasgos los fundamentos de toda oración y de toda la vida espiritual.

54.º Todo está ahí.—¡Qué hermoso cuadro suministraría el Padrenuestro para un tratado completo de vida cristiana!. Todo está ahí: el bien y el mal; el bien que hay que obrar y el mal que hay que evitar. Todo está ahí guardando la gradación de su importancia y la coordinación de su encadenamiento: el orden del bien que ha de hacerse, el del mal que es preciso evitar. Todo está ahí para mí y para los demás; lo que debo y puedo hacer para mí, lo que debo y puedo hacer para los demás.

Para mí, si quiero tener la regla segura de mi vida, no tengo más que meditar el Padrenuestro: él me dirá lo que es el bien, lo que es mi bien, el orden, la dignidad y la conexión de los bienes, el camino que hay que seguir y los medios que hay que emplear; él me dirá lo que es el mal, por qué, cómo, en qué medida es mal, en qué orden es preciso evitarlo: tengo, pues, ahí toda la regla de mi progreso espiritual.

Tengo también toda la regla de mi sacrificio y abnegación. Si deseo saber el bien que debo hacer a mi alrededor, el Padrenuestro me dice: da el pan de Dios, para facilitar la voluntad de Dios, con la esperanza del reino de Dios, con la mira de santificar el nombre de Dios; si deseo saber el mal que debo evitar a mi prójimo, me dice: líbrale de los males físicos, morales e intelectuales; líbrale de la tentación; sácalo del pecado. He aquí la forma ascendente del sacrificio. ¡Qué programa de vida!... ¡Si yo supiese meditarlo!... ¡Si yo supiese practicarlo!...

LIBRO II

LA ORGANIZACIÓN

Conozco los principios elementales de la organización de mi vida; es necesario ahora verlos puestos en acción. La vida está en la unidad, y la vida orgánica es la unidad de elementos múltiples, traídos y enlazados en y por la actividad de un mismo principio. "Todo ser vive en la medida en que alcanza la unidad", dice San Agustín[103].Lo que voy a considerar en este libro es la unidad de mi vida; y como mi vida es un compuesto de movimientos, de actos y de hábitos múltiples, lo que tengo necesidad y propósito de examinar no es la multiplicidad de los elementos, es la unidad viva.

Para vivir tengo que ejecutar numerosos actos, tengo que contraer múltiples hábitos, tengo que adquirir y formar diversos conocimientos y virtudes. Caracterizar la naturaleza, la necesidad y hasta el lugar de cada uno de estos hábitos, de estos conocimientos y de estas virtudes en la construcción de mi vida, todo esto es, ciertamente, de gran importancia para la vida interior; pero esto no entra en el objeto que yo me propongo, que es más simple y más fundamental. Yo debo ser uno; todas las disposiciones de mi ser deben condensarse en la unidad. Esta disposición única, resultante universal de las disposiciones parciales, es la que tengo interés en contemplar. Lo que busco es el secreto de la unidad, en el cual está la vida.

¿Cómo se constituye y en qué consiste la unidad total y viva de mi ser?. ¿Cómo, por otra parte, se produce y en qué consiste la desorganización de esta unidad y de esta vida?. Doble cuestión que resume todo este segundo libro.

CAPÍTULO I

MIS OBLIGACIONES

— 1. Saber, querer y hacer.

— 2. Mi espíritu debe conocer a Dios.

— 3. La verdad.

— 4. Mi corazón debe amar a Dios.

— 5. La caridad.

— 6. Mi acción debe servir a Dios.

— 7. La libertad.

1.° Saber, querer y hacer.—¿Qué deberes se desprenden para mí de los grandes principios según los cuales ha querido Dios organizar mi vida?—Porque es evidente que ellos deben ser la regla de mi conducta; mi vida debe conformarse a ellos y ser la práctica de los mismos. Para obrar es necesario conocer, es necesario querer, es necesario hacer: conocer, querer y hacer son los tres elementos de una acción humana completa. Tengo, pues, una obligación que es triple y una a la vez: triple, porque alcanza a mi inteligencia, a mi voluntad y a mis acciones; una, porque estas tres cosas no deben separarse.

2.º Mi espíritu debe conocer a Dios.—La inteligencia es el primer principio de los actos humanos. El espíritu conoce y juzga: conoce lo que es preciso hacer y lo que es preciso evitar, ve los medios de hacer y juzga si son proporcionados al fin. He sido criado para la gloria de Dios; las criaturas son los instrumentos puestos en mis manos para procurar esta gloria; he aquí el gran principio. ¿Qué obligación práctica impone a mi espíritu esta verdad fundamental?—Le impone la obligación de ver a Dios como el único fin esencial de mi vida. Digo de "ver", esto es, de tenerlo ante la vista, de saber y recordar que su gloria es el gran fin que debe dominarlo todo, inspirarlo todo y dirigirlo todo en mi conducta.

Le impone la obligación de considerar las criaturas tales como son en realidad, es decir, como medios de glorificar a Dios. Mi espíritu; por consiguiente, debe aplicarse a conocer lo que en cada criatura sirve para la gloria de Dios, y en qué medida cada una de ellas es útil o perjudicial para este fin. La criatura es un instrumento: ¿este instrumento es bueno?. ¿Cómo puedo servirme de él?. He aquí lo que ante todo debo saber de las criaturas puestas para mi uso (recuérdese el sentido amplio de la palabra "criaturas").

Ver a Dios en todo, ver todas las cosas según Dios y para Dios: he aquí el deber absoluto de mi espíritu. Es necesario que en todos mis pasos tenga a Dios presente ante mi espíritu y sea Él quien los dirija todos en la rectitud (Prov. 3, 6)[104], y que yo permanezca en la verdad, que es el resumen de las obligaciones y de la vida de mi inteligencia.

3.º La verdad.—Dios es la verdad substancial y sus ideas son la verdad de las cosas, porque las cosas no son verdaderas sino en cuanto son conformes a las ideas divinas. Poseer la verdad es, pues, ver a Dios y las ideas de Dios; ver a Dios en si mismo y verle en las cosas.

Ver a Dios en sí mismo. Verle aquí abajo, en la luz velada de la fe, pues los velos que detienen la visión directa no desaparecen en esta tierra; verle allá arriba, en los resplandores de la gloria; aplicar mi espíritu a su conocimiento, nutrir mi inteligencia con la substancia de sus ideas. La verdad se hace en mí en la medida en que mi espíritu penetra en el conocimiento de Dios.

Ver a Dios en las cosas. Cuando en las criaturas veo a Dios y lo que conduce a Dios, veo la verdad. Porque el aspecto verdadero, totalmente verdadero, de la criatura es el que glorifica a Dios, puesto que éste es su destino esencial y la razón fundamental de su existencia. Toda la constitución y cualidades de los seres están ordenadas y dispuestas para procurar la glorificación de su Autor. La verdad grande y plena de las cosas es su aptitud para revelar las grandezas de Dios. Cuando las veo desde este punto de vista poseo la verdad, que es la ley y la vida de mi espíritu.

4.º Mi corazón debe amar a Dios.—La voluntad es determinada por la inteligencia, según el antiguo adagio filosófico, "quien no conoce no quiere"[105]; pero no es determinada necesariamente, porque puedo conocer y sin embargo no querer: hay, pues, también un deber para mi voluntad.

La voluntad estima, aprecia, ama[106]: debo, pues, con mi voluntad estimar, apreciar, amar, como mi único bien esencial, la gloria de Dios; no amar nada sobre ella, nada contra ella, nada fuera de ella; sentir que esto debe ser para mí todo y que sin eso todo lo demás es para mí nada. Debo estimar, apreciar, amar en las criaturas, ante todo, lo que es esencial en ellas, es decir, el medio de lograr mi todo: esto es lo que debo amar y estimar en ellas en sumo grado. No las debo amar por sí mismas ni por mí mismo, sino por Dios ante todo. La medida de mi

amor, la razón de mis preferencias debe ser precisamente la medida en que ellas me sirven para glorificar a Dios. Si ante todo mi voluntad se aficiona a lo que en las criaturas me conduce a Dios, cumple plenamente su deber. Esta plenitud del deber de mi voluntad está totalmente expresada en la gran palabra por la cual San Juan define a Dios mismo: la caridad.

.

5.º La caridad.—"Dioses caridad, y el que permanece en la caridad, en Dios permanece, y Dios en él." (1 Juan 4, 16)[107]. La caridad es, pues, Dios amado; amado en sí mismo y amado en todas las cosas.

Dios amado en sí mismo. El amor es el deseo del bien, la voluntad del bien; y el bien es Dios. Es el Bien soberano, principio de todo bien; la Bondad suprema, causa primera de todo lo que es bueno; el Amor esencial, fuente de todo lo que es verdaderamente amor. Amar a Dios en sí mismo y por sí mismo, aplicar a su dilección las fuerzas de mi voluntad, nutrir mi corazón con la substancia de su amor: la caridad se hace en mí en la medida en que mi corazón entra en el Amor de Dios.

La caridad es, además, Dios amado en las criaturas. Si en todas las cosas mi corazón va buscando y abrazando lo que contribuye al honor de la bondad divina, tengo y conozco esta caridad de Cristo que sobrepuja todo entendimiento, y por ella soy lleno de toda la plenitud de Dios (Efes. 3, 19)[108].La caridad me hace entrar en la plenitud de Dios y de todas las cosas. Las cosas no tienen su plenitud sino en la gloria de Dios, porque lo que constituye su fondo, su esencia, el todo de ellas mismas, es lo que en ellas conduce a Dios. La tierra tiene su plenitud en la posesión de Dios (Salmo 103, 24)[109], está llena de su alabanza (Hab. 3, 3)[110].Esta plenitud es abrazada por la caridad, que no ama en todas las cosas sino lo que va a la gloria divina, y que de esta suerte se apodera del todo de todas las cosas: por esto la caridad es la plenitud de la ley (Rom. 13, 10)[111].

6.º Mi acción debe servir a Dios.—En la acción busco, escojo, empleo. Debo, pues, buscar ante todo y en todo la gloria de Dios; debo servir a Dios y servirme de todas las cosas para Dios.

Servir a Dios; esto es, dedicar y referir a su honor y a su culto mis fuerzas de acción, sacrificarle y consagrarle mis esfuerzos y mi movimiento, ofrecerle mi trabajo y mis ocupaciones de suerte que no haya en mí nada que no esté dedicado a su servicio en la forma y medida de mi vocación.

Servirme de todas las cosas para Dios; y a este fin buscar, escoger y emplear las criaturas en tanto en cuanto me ayuden a glorificarle... ni más... ni menos... No tengo otra razón esencial para desear las criaturas ni otra razón esencial para desecharlas. Indudablemente puedo buscar aquellas que me proporcionan alguna satisfacción y rehuir las que me acarrean algún dolor: el aceite es necesario a la máquina y el goce y el descanso al ejercicio de mis facultades; pero no lo debo hacer sino secundariamente y siempre de conformidad y con la mira puesta en el gran empeño. Jamás mi satisfacción debe ser la regla principal y primera de mis acciones.

Obrar según lo pida la gloria de Dios, preferir lo que más contribuye a ella, relegar a segundo término lo que sea menos útil para este fin, apartar lo que sea un obstáculo... He aquí la regla de mis acciones. Si me ajusto a ella, mis obras son perfectas y voy por caminos rectos; por consiguiente soy justo, puesto que "al justo conduce Dios por caminos rectos" (Sab. L0, 10)[112].

7.° La libertad.—Cuando en cada instrumento veo lo que puede servirme para ir a Dios, cuando mi amor se adhiere a esto, llego a emplear cada cosa en la medida en que me sirve para la gloria divina que veo y amo sobre todo lo demás. Si, en efecto, nada veo ni estimo tanto como esta utilidad divina de mis instrumentos, los emplearé según su utilidad..., ni más... ni menos... Llegar a esto es obrar con gran libertad, digo mejor, esto es la libertad.

Estas palabras "ni más... ni menos" indican bien, en efecto, el grado de libertad a que debe llegar mi acción: debo llegar a ser suficientemente dueño de mis instrumentos para poder libremente tomarlos, emplearlos o dejarlos, según su utilidad; utilizar cada cosa en cuanto es o puede ser conducente para la gloria de Dios, sin que mis gustos me hagan rebasar la medida ni mi repugnancia me impida completarla ; emplear lo que es útil, en tanto en cuanto es útil ; apartar lo que sea perjudicial, en cuanto lo sea ; no permitir que mi acción sea modificada en su fondo por ninguna preferencia o repugnancia de mi naturaleza, es tener la grande, la soberana, la real libertad de los hijos de Dios. Y a esta plena libertad de acción es a la que soy llamado (Gál. 5, 13)[113]. Que mi espíritu permanezca en la verdad, mi corazón en la caridad y mis acciones en la libertad, y cumpliré todas las obligaciones de mi vida.

CAPÍTULO II

ESENCIA DE LA PIEDAD

— 8. Ver, amar y buscar a Dios.

— 9. Veritatem facientes in caritate.

— 10. Unión de estas tres operaciones en la piedad.

— 11. Otros textos.

— 12. El gran mandamiento.

—13. Definición del catecismo.

8.º Ver, amar y buscar a Dios.—Ver, amar y buscar siempre la gloria de Dios; considerar, estimar y utilizar todas las cosas con la mira puesta en Dios, es cumplir ese deber esencial llamado la piedad. Tener en el espíritu la verdad, en el corazón la caridad, en la acción la libertad, esto es tener la piedad. La piedad es la unidad: la piedad no es, pues, otra cosa que el conocimiento, el amor y el deseo de la gloria de Dios en todo y ante todo ; es conocer, amar y servir sólo a Dios por Él mismo, y todo lo demás por Dios.

Conocer, amar y servir: la piedad es todo esto a la vez, porque estos tres actos son los que, unidos y concentrados en Dios y aplicándose a todas las criaturas, constituyen la piedad; disposición única y universal que es útil para todo, según dice San Pablo (1 Tim. 4, 6)[114]. A este profundo maestro de la vida espiritual, el primero de los teólogos, es preciso ir a preguntar la definición de la piedad. Voy a tratar de penetrar su sentido, en cuanto sea permitido a mi ignorancia.

9.º Veritatem facientes in caritate. — "Hagamos la verdad en la caridad, para que en todas las cosas crezcamos en Aquel que es la cabeza, Cristo Jesús."(Efes. 4, 15)[115] Estas palabras del gran Apóstol indican, con la profundidad de sentido y la brevedad de expresión que le son propias, todo lo que constituye la piedad: su fin, sus medios, sus operaciones.

Su fin es crecer en Dios por Jesucristo; o mejor crecer en Jesucristo para la gloria de Dios. Porque Jesucristo es la cabeza del cuerpo del cual debo ser miembro y en el cual es preciso que yo crezca, si quiero procurar a Dios la gloria que debo rendirle. Más adelante veremos los grados de ese crecimiento, que San Pablo llama crecimiento en Dios (Col. 2, 19)[116].

Sus medios son todas las cosas, todas las criaturas, per omnia. Todas las criaturas en el plan de Dios, según queda dicho[117] son instrumentos. Estos instrumentos están en manos de la piedad; ella es la que debe manejarlos y utilizarlos en la grande obra, y sólo ella es la que los maneja bien y los utiliza con eficacia: ella es la que utiliza todo.

Sus operaciones son ver, amar y buscar a Dios en todo; eso es lo que expresan estos tres términos: hacer la verdad en la caridad.

10.° Unión de estas tres operaciones en la piedad.—Esas tres operaciones no deben en manera alguna separarse, porque la piedad, en su esencia completa, es a la vez conocimiento, amor y acción: verdad, caridad, libertad. De la unión íntima, de la compenetración mutua de esos tres elementos es de donde nace esta única y gran disposición, la piedad. Esta unión la expresa con singular energía la palabra de San Pablo. De los tres términos empleados para designar estos tres elementos de la piedad toma el tercero, el de la acción, y lo junta al primero, la verdad, de tal suerte que en el original griego se expresa todo con un solo verbo, ???de???te? , verdaderamente intraducible, que a falta de otra más propia traducimos diciendo: hacer la verdad. Y a este verbo, donde están ahora concentrados los dos términos extremos de la piedad, da por régimen el otro tercer término, de suerte que todo se encuentra finalmente reunido in caritate, en la caridad. Así la caridad es el centro de la piedad, el vínculo de la perfección (Col. 3, 14)[118]. Conozco para amar y obro amando; el desarrollo del cuerpo de la piedad se verifica así por la edificación en la caridad (Efes. 4, 16)[119].

11.º Otros textos.—Esta unión de todas las facultades humanas, obrando en la caridad, está indicada en numerosos pasajes de los libros santos. El mismo San Pablo dice en otra parte: "Porque, para con Cristo Jesús nada vale el ser circunciso o incircunciso, sino la fe que obra por la caridad." (Gál. 5, 6)[120]. La fe, haciendo sus obras por la caridad, ¿no es acaso toda la piedad en la plena síntesis de sus tres términos? Y el Apóstol del amor, en ese llamamiento donde parece resumir todos los deseos de aquel Corazón sobre el cual descansó, habla lo mismo que el Apóstol bajado del tercer cielo. "Hijitos míos", dice, "no amemos de palabra ni de lengua, sino de obra y de verdad." (1 Juan 3, 18)[121]. Para San Juan el amor no es verdadero si sólo es cuestión de palabras y operación de la lengua. Recomienda el amor: es la recomendación que hace toda su vida y el resumen de toda su doctrina. Pero el amor que recomienda debe estar precedido de la verdad y seguido de las obras. Es preciso amar con obras y en la verdad. De esta manera es como también el Discípulo amado exhorta a la piedad.

12.° El gran mandamiento.—Aquí es bueno recordar, para meditar su profundidad infinita, el mandamiento que es el mayor y el primero de todos los mandamientos (Mat. 22, 38)[122]:

"Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente y con todas tus fuerzas." (Marc. 12, 30)[123]

Amarás, es el acto central de la vida. El amor es la más alta expresión, la última palabra de mi poder. Cuando amo, me concentro y me resumo todo entero en mi amor, me doy totalmente al servicio de aquel a quien amo.

Amarás,¿a quién?—Al Señor tu Dios, a Él solo. ¿Por qué?—Porque es tu Señor y tu Dios, es decir, tu Dueño y tu Todo. Le amarás por sí mismo, porque es Él.

¿Y cómo le amarás?—Ex toto, con todo tu ser. Recogerás, unirás todo tu ser en el amor. Le amarás con todo tu ser, dice el Señor, y cuando Dios dice "todo", es todo. Es la totalidad de mis facultades y de sus actos, es decir, de mi vida unificada en el amor. Con toda tu mente: he aquí el conocimiento, la verdad. Con todo tu corazón : he aquí propiamente el amor, la caridad. Con toda tu alma y con todas tus fuerzas: he aquí la acción, la libertad.

Y el mandamiento no atribuye el amor a todas las potencias, pues sólo el corazón ama; sino todas las potencias al amor, pues todos nuestros actos deben unirse y enlazarse en el amor para formar esa única disposición, resultante general y viva, que es la piedad. Este mandamiento: Amarás, es la gran ley que resume todas las leyes, es El gran deber que resume todos los deberes.

13.º Definición del catecismo.—Con una apariencia más humilde, pero con un sentido no menos profundo, el catecismo enseña al niño toda la doctrina de San Pablo y de San Juan. ¿Para qué fin, pregunta, ha criado Dios al hombre?—Para conocer, amar y servir a Dios y así merecer la felicidad eterna. Conocer, amar y servir son los tres términos constitutivos de la piedad, las tres palabras que resumen toda la religión. Ahí está el todo de la vida, el todo del hombre el único porqué de la existencia. San Pablo lo afirma, San Juan lo proclama, el catecismo lo repite.

Conocer, amar, servir; inteligencia, voluntad, acción; vista, amor, ansia; verdad, caridad, libertad: son siempre los tres mismos términos, unidos en el mismo orden. Conocer para amar, amar para servir; servir amando, amar conociendo: ésa es toda la vida cristiana según el catecismo, y ésa es toda la piedad, según San Pablo.

Y este conocimiento, este amor y este servicio que constituyen la piedad y la gloria de Dios merecen la infinita recompensa de la eterna salvación. Gloria de Dios en el conocimiento, amor y servicio de su Majestad; felicidad del hombre en la posesión de su bondad : he ahí toda la religión, toda la piedad en la tierra y en el cielo. ¡Cuántas cosas encierra una sencilla contestación del catecismo!

CAPÍTULO III

LA VIRTUD DE LA PIEDAD

— 14. Unidad viva de mi ser en la piedad.

— 15. Facilidad y prontitud.

— 16. La piedad es la gran disposición.

— 17. El cuerpo y el alma de la piedad.

— 18. La piedad es asunto del espíritu.

— 19. Papel del sentimiento.

— 20. Pérdida de las impresiones sensibles.

14.º Unidad viva de mi ser en la piedad.—Tal es la piedad. Si rompo este haz, si suprimo uno de estos elementos, tendré una piedad truncada y falsa; si introduzco un elemento extraño, mi piedad será mestiza e impura; si uno de esos elementos se debilita o altera, mi piedad se hace lánguida y enfermiza; si la unión de esos elementos se afloja, si su vínculo se rompe, mi piedad se divide, se disuelve y desaparece.

La piedad debe ser, pues, verdadera, completa y fuerte, y para esto es preciso que cada uno de sus elementos sea puro; debe ser una, y para esto es menester que la unión de sus elementos sea intima y estable; debe crecer hasta su consumación, y para esto es necesario que cada elemento vaya dilatándose, perfeccionándose, extendiéndose, que su unión se haga cada vez más íntima y que por fin se constituya en mí ese hábito que forma la virtud de la piedad.

15.°Facilidad y prontitud.—Porque no es el acto de conocer, de amar y de buscar a Dios. lo que constituye la piedad. La piedad es un hábito; como todo hábito es una facilidad, una prontitud para ejecutar los actos que le son propios; lo que constituye la virtud de la piedad es la facilidad, la prontitud en conocer, amar y buscar a Dios en todas las cosas. La virtud de la devoción —así la llama San Francisco de Sales—no consiste en guardar los mandamientos, sino en guardarlos con prontitud y con gusto[124] pues la devoción es una virtud general, opuesta a la pereza espiritual, que nos hace estar prontos para el servicio de Dios[125]

No he adquirido, pues, la virtud de la piedad sino cuando he llegado a adquirir esta facilidad y prontitud para conocer, amar y buscar a Dios en todas las cosas. ¡Dios mío!¡Cuán lejos estoy de esta prontitud!... Pobre hijo del hombre, ¿hasta cuándo tendré el corazón tan pesado?. ¿Hasta cuándo amaré la vanidad y buscaré la mentira? (Salmo 4, 3)[126]. ¿ Cuándo se dilatará mi corazón para correr gozoso por las vías de la piedad? (Salmo 118, 32)[127]. ¿Quién me dará alas como a la paloma para volar y descansar en Dios? (Salmo 54.7)[128]

16.º La piedad es la gran disposición.—Así comprendida, la piedad es el gran deber que resume todos los deberes, es la gran virtud, la virtud general de donde fluyen y adonde van a parar todas las virtudes. Comprendo a San Pablo cuando dice de ella que es útil para todo y lleva consigo las promesas de la vida presente y de la futura (1 Tim. 4, 8)[129]. Comprendo que diga que, aunque sólo tuviese lo necesario, tengo, sin embargo, un gran tesoro si tengo la piedad (1 Tim. 6, 6)[130]. Comprendo que el apóstol San Juan la llame su mayor gozo. "No tengo", dice. "mayor gozo que el saber que mis hijos van por el camino de la verdad." (3 Juan 4)[131]

En suma, las virtudes humanas, prudencia, fortaleza, justicia y templanza, utilizadas por las virtudes divinas, fe, esperanza y caridad, vienen como a condensarse y concentrarse en la piedad. Y no solamente las virtudes del corazón, sino también los conocimientos del espíritu y también los actos del cuerpo : todo lo que es movimiento de vida, todo lo que es hábito o acto

humano, todo se centraliza y se unifica en esta única y soberana disposición. La piedad es, de esta suerte, el conjunto de todas las disposiciones, ideas, virtudes o acciones humanas en el conocimiento, amor y ansia de Dios. La palabra "piedad"resume todo lo que se hace para Dios, así como la palabra "impiedad" resume todo lo que se hace contra Dios.

17.º El cuerpo y el alma de la piedad.—¿Y cómo se verifica este conjunto, esta unión viva, orgánica, de toda mi actividad en la piedad?—La piedad es un... todo... Su totalidad indica que tiene un cuerpo, su unidad indica que tiene una alma. ¿Cuál es su cuerpo?. ¿Cuál es su alma?.

El cuerpo de la piedad se compone de miembros; estos miembros son todos y cada uno de los conocimientos de mi espíritu, todas y cada una de las virtudes de mi corazón, todas y cada una de las acciones de mis fuerzas. No hay manifestación alguna de la vida humana que no pueda y no deba ser un miembro del cuerpo de la piedad.

El alma de este cuerpo es la caridad divina ; ella es la forma viviente, el principio de animación sobrenatural. Y cuando esta alma se une a este cuerpo, resulta esta unidad y esta totalidad viviente que se llama la piedad. Así se revela mejor la profundidad de la palabra de San Pablo, antes citada[132]. Después de haber aconsejado la práctica de las diferentes virtudes, termina diciendo: Pero por encima de todas estas disposiciones, para animarlas y unirlas en un todo vivo y perfecto, tened la caridad, que es el vínculo de la perfección. No es por sí sola toda la perfección, pues no va jamás sin las otras virtudes[133] pero es el alma que les da la vida, el lazo que les da perfección. Así, en el orden sobrenatural como en el orden natural, la vida humana tiene su perfección en la unión del alma con el cuerpo.

De esta suerte la piedad es útil para todo, porque en su unidad viva no deja perder ni la más pequeña partícula de la actividad humana. Todo tiene para Dios y a los ojos de Dios un valor inmenso: el sueño y el alimento, el trabajo y la oración, la ciencia y la virtud, un suspiro y una sonrisa, las cosas pequeñas lo mismo que las grandes; todo, todo vive, todo glorifica, todo es meritorio, todo es eterno. Fuera de ella, ¡ay!¡cuánto se pierde, cuánto hay inútil y muerto¡... ¡Oh vivificante unidad, oh piedad santa!. ¿Cuándo estarás en mí?. ¿Cuándo estaré yo en ti?.¡Dios mío!. ¡Sea ella la vida de mi vida, la condensación y la organización de mi ser, la total y única ocupación del tiempo y de la eternidad!

18.° La piedad es ocupación del espíritu.— De la consideración de los elementos de la piedad se desprende que la piedad es, ante todo, objeto de la inteligencia y de la voluntad. La inteligencia conoce, el corazón ama y la acción sigue; si la inteligencia no conoce, o conoce mal, la piedad es falsa o nula. La piedad comienza en la inteligencia, continúa por la voluntad y termina en la acción; es el más alto ejercicio de las facultades del hombre. Tiene su principio en la verdad, su centro y su cima en la caridad, su complemento en la libertad.

La piedad no es, pues, cuestión de sentimiento. Es abusar extrañamente de las palabras dar este hermoso nombre de piedad a las frivolidades que tantas almas mezquinas practican en sus ejercicios espirituales. Los espejismos de la imaginación, las emociones de la sensibilidad, por dulces y suaves que sean, no son frecuentemente sino vanos pasatiempos de almas ilusas, que tienen ciertas apariencias de piedad, pero que carecen de esta virtud(2 Tim. 3, 5)[134].

19.° Papel del sentimiento. — Los sentimientos y afectos sensibles, así como la imaginación, son buenos en sí, pues también esta parte inferior del alma que confina con los sentidos es

uno de los hermosos dones que Dios ha dado a nuestra naturaleza. La imaginación y la sensibilidad tienen gran utilidad en la vida y desempeñan en ella un papel importante; ¿pues no están llamadas a embellecer la tan severa osamenta del deber, a adornarla con delicadas gracias y puros atractivos, a animarla dándole calor y poesía, a comunicarla el reflejo de lo bello y el relieve del vigor, a asegurarle la finura del gusto y revestirla con los esplendores del arte, etc.?. ¡Su función bien ordenada es tan brillante, tan alentadora, tan exaltante!. Tienen por tanto un lugar que ocupar en la piedad. Su auxilio no es de despreciar, porque la gracia emplea y utiliza todos los recursos naturales. Querer suprimir en la piedad su papel normal sería herir a la naturaleza y poner obstáculos a la gracia. Que ocupen, pues, su lugar ; que encuentren en la piedad su más noble y legítima expansión, nada mejor; que las almas tiernas, sobre todo en las que domina la sensibilidad, vayan a Dios por este camino; no hay mal en ello.

Pero a condición de no dejar desempeñar a la sensibilidad y a la imaginación un papel funesto. Si pretenden ser lo principal o el todo en la piedad, también esto hiere a la naturaleza y estorba a la gracia, porque las facultades sensibles sólo son servidoras asalariadas de la inteligencia y de la voluntad. Guiarse por el sentimiento es dar la dirección de la casa al criado y hacer abdicar al dueño. Lo malo no es el sentimiento, sino la importancia que se le señala; lo malo es suprimir, o por lo menos disminuir, en sus relaciones con Dios, toda la parte superior del alma y encerrarse en las regiones inferiores de la sensibilidad.

20.° Pérdida de las impresiones sensibles.—Las emociones constituyen en ciertas almas hasta tal punto toda la piedad, que están persuadidas de haberla perdido cuando en ellas desaparece el sentimiento. ¡Dios mío! No tengo ya devoción, no "siento" ya nada!... No tenían más que el sentimiento, y en cuanto éste desaparece, nada, en efecto, les queda. Pero no es la piedad lo que han perdido, porque apenas si la tenían. ¡Si esas almas supiesen comprender que ése es precisamente el momento de principiar a tenerla!. El mayor obstáculo ha desaparecido; el camino obstruido por el sentimentalismo está ahora libre; pero se sabe muy poco lo que es la piedad; estarnos muy lejos de sospechar su plenitud.

CAPÍTULO IV

LA GLORIA DIVINA

— 21. ¿Qué es glorificar a Dios?

— 22. Los elementos material y formal de la gloria.

— 23. La gloria intrínseca.

— 24. La gloria extrínseca.

— 25. Plenitud de la palabra"gloria".

— 26. Crescamus,

21.° ¿Qué es glorificar a Dios?—Ahora me es ya posible precisar la significación de la palabra "gloria" y la naturaleza de la obligación que con ella se expresa. He sido criado para la gloria de

Dios: ¿qué quiere decir esto?. Quiere decir que debo dedicar a su conocimiento, a su amor y a su servicio los recursos de vida que hay en mí, y por el empleo de mis facultades intelectuales, volitivas y activas, referir a Él mi ser todo entero. El siervo que ha recibido cinco talentos devuelve otros cinco más a su amo; el que ha recibido dos devuelve también otros dos (Mat. 25, 15.)[135]; uno y otro se han aplicado a utilizar para su amo lo que les fué confiado y le devuelven el fruto de su aplicación, y esta aplicación y este rendimiento son los que glorifican al dueño. El mal siervo no se aplicó y nada devolvió; no honró a su amo y fué castigado. Así, pues, dedicar las facultades que me ha dado a conocerle, amarle y servirle, y de esta manera devolverle todo mi ser, esto es para mí glorificar a Dios.

22.° Los elementos material y formal de la gloria.—Hay en la gloria dos partes: una que es como la materia de la gloria y otra que es como la forma cíe la misma.

La materia de la gloria, o sea el objeto aglorificar, son las cualidades del ser glorioso. En la gloria divina son todas y cada una de las perfecciones del ser infinito. Cada una en particular, como todas en conjunto, pueden ser el objeto de la glorificación que debemos rendir al Criador.

La forma de la gloria, o el acto glorificante, son todos y cada uno de los actos por los cuales son reconocidas y exaltadas las perfecciones del ser glorioso; y en la gloria que yo puedo y debo dar a Dios, son todos y cada uno de los actos de mi vida, aplicados a la exaltación y alabanza de las perfecciones divinas.

La concurrencia y unión de estos dos elementos es lo que constituye propiamente la gloria. Un ser que tuviese grandes perfecciones sin que éstas recibiesen el honor que les es debido, sería un ser glorioso, pero no glorificado. Del mismo modo, el honor rendido a defectos y vicios no es una glorificación, sino una abominación: la gloria es la concurrencia de las cualidades gloriosas y del acto glorificante.

23.° La gloria intrínseca.—Dios tiene en sí mismo, por sí mismo y para sí mismo una gloria eterna, infinita, infinitamente digna de ti; una gloria que le es propia, que es tan grande como Él, que es su vida, que es Él. En la unidad de su substancia tiene todas las perfecciones en grado infinito, o mejor, tiene una única y soberana perfección, que es la plenitud del ser divino ; en la unidad de su ser, Dios es infinitamente glorioso.

En la trinidad de sus personas es infinitamente glorificado. En el acto infinito por el cual el Padre comunica al Hijo todas las perfecciones divinas, por vía de conocimiento, y el Padre y el Hijo conjuntamente comunican al Espíritu Santo esas mismas perfecciones, por vía de amor, hay una glorificación igual en todo al ser glorioso; y es la vida íntima, infinita de Dios en sí mismo ; y en esta vida es infinitamente glorioso e infinitamente glorificado: esto es lo que se llama la gloria intrínseca de Dios.

24.º La gloria extrínseca.—La gloria que las criaturas rinden a su Criador se llama extrínseca. En ésta el objeto glorificado son también todas y cada una de las perfecciones divinas; el acto glorificante es la manifestación y la exaltación de estas perfecciones hecha por la criatura. El objeto es infinito, la alabanza es finita; mas aunque sea finita, la alabanza es, sin embargo, plena cuando el ser glorificante agota en ese acto toda su fuerza de vida.

En cuanto a mí, personalmente, yo puedo exaltar las perfecciones de mi Dios dedicando mi vida entera a conocerle, amarle y servirle. Y como el conocimiento, el amor y el servicio de Dios constituyen la piedad, en definitiva es mi piedad quien glorifica a Dios.

Y como mi piedad es una obra esencialmente sobrenatural, que participa en cierta medida, por la gracia, de la naturaleza y de la vida misma de Dios, soy por esto capaz y responsable de dar a mi Señor y a mi Dios una gloria toda sobrenatural y en cierto modo infinita.

Las cualidades gloriosas del Ser infinito están todas expresadas en la Escritura con esta sola palabra : el nombre de Dios;los actos por los cuales puedo glorificar las perfecciones divinas están todos resumidos en esta sola palabra: la piedad; por consiguiente, la concurrencia ele mi piedad con el nombre de Dios es lo que constituye la gloria de Dios. Esto es lo que tan magníficamente está expresado en la primera petición del Padrenuestro: Santificado sea el tu nombre.

25.º Plenitud de la palabra "gloria".— Las perfecciones divinas son infinitas y los actos por los cuales yo puedo ensalzarlas son múltiples. Cuando hablo de la santidad, del poder, de la bondad de Dios, etc., no veo más que un aspecto de su todo; del mismo modo, cuando hablo de la sumisión, de la gratitud o del amor, etc., sólo nombro uno de los actos particulares de mi ser. La palabra "gloria" es completamente general ; indica a la vez todas las perfecciones que yo puedo glorificar en Dios y todos los actos por los cuales yo puedo glorificarle: la plenitud de esta palabra responde a todo el ser de Dios y a todo mi ser.

Al explicar la palabra "criatura"[136] hemos visto cuán cómoda era la amplitud de esta expresión

para enunciar en un solo principio la regla universal del uso de todas las cosas: nada es tan poderoso para expresar como las palabras que no tienen límite. "La gloria divina" es también una expresión universal, que por si sola basta para formular en su comprensión total la regla más absoluta de mi existencia.

El "nombre" de Dios dice todo lo que hay en Dios; la palabra "piedad" dice todo lo que hay en mi; la palabra "gloria" dice a la vez todo lo que hay en Él y todo lo que hay en mí, en la concurrencia en la cual nos unimos: es la expresión más universal de mi vida.

26.° Crescamus. — "¡Oh, alma mía! Alaba al Señor", dice el Salmista.—Sí, responde el alma, "alabaré al Señor durante toda mi vida, bendeciré a mi Dios mientras durare mi ser." (Salmo 145, 2)[137] . Es mi vida la que glorifica a Dios (Salmo 118, 175)[138]. Mi vida; es decir, aquí abajo el crecimiento, allá arriba la plenitud de mi ser. "Creced", dijo Dios al principio ; y el Apóstol, recogiendo y explicando la primera orden del Criador, dice: Crezcamos en Jesucristo por medio de todas las cosas, hacienda la verdad en la caridad. ¡Oh, Dios mío! Dadme el ansia, el deseo, la voluntad, la fuerza de crecer para Vos, en toda la medida de los recursos que habéis depositado en mi ser. Vuestro amor espera de mí la parte de gloria para la cual me habéis criado. Oh, si yo pudiese no frustrar en nada las esperanzas y deseos de vuestro corazón! Vuestra gloria puede crecer en mí, puesto que yo puedo crecer; debe ensancharse, puesto que yo debo desarrollarme. ¡Oh, que mi vida sea un verdadero, constante y completo crecimiento ; que mi ser alcance la plena capacidad de alabanza de que es susceptible! Haced que viva, porque la vida es la que os glorifica (Is. 38, 19)[139]. "No son los hombres de la muerte ni los que bajan al infierno los que os alabarán, ¡Dios mío! Mas nosotros que tenemos la vida, nosotros glorificaremos a Dios ya desde ahora y después en la eternidad." (Salmo 113,

18)[140] . No, "no moriré, sino viviré y cantaré las maravillas de Dios." (Salmo 117, 17)[141]. "Sois mi Dios y os alabaré, sois mi Dios y os ensalzare. (Salmo 117, 28)[142]

CAPITULO V

EL SACRIFICIO

— 27. Multiplicamini.

— 28. Honor divino.

— 29. Vínculo humano.

— 30. Vínculo eterno.

—31. El sacrificio según la vocación.

27.° Multiplicamini.—¡Vivir para Dios! Noble ambición de las almas de sacrificio, de las almas que saben. abnegarse. Si yo tengo esta ambición, agrandaré su gloria, no solamente en mí, sino también a mi alrededor. Siendo glorioso a Dios todo crecimiento del alma, ensancharé primero la mía y después en mi derredor el mayor número de almas que pueda. Nadie vive aislado en este mundo y ninguna vocación es egoísta. Cuando establecía las leyes de la vida, su Autor no proclamó sólo la ley de su crecimiento individual, sino que proclamó al mismo tiempo la ley de su multiplicación social:"Creced y multiplicaos." (Gén. 1, 28)[143]. En virtud de esta ley el individuo tiene el poder y el deber de desarrollarse, la sociedad tiene el poder y el deber de multiplicar el desarrollo. Este privilegio de crecer y multiplicarse, que se realiza desde el primer punto de partida de toda vida humana, se aplica a toda propagación de vida natural y sobrenatural. Y de hecho Dios no ha querido las relaciones humanas sino con la mira de la multiplicación de la vida.

28.º Honor divino.—Dios pudo reservarse ser, Él solo, autor de la vida; pero ha querido asociar al hombre al poder de su bondad. Yo puedo dar la vida; puedo con socorros materiales y cuidados corporales favorecer la vida física; puedo por medio de consejos, alientos y ejemplos, etc., ejercer una influencia moral; puedo con palabras, enseñanzas y escritos dilatar la vida de la verdad en las inteligencias; puedo con todo el movimiento de mi actividad atraer al bien, educar y santificar a todos los que están a mi alrededor. Más todavía, en virtud de la comunión de los santos, puedo hacer llegar la eficacia de mis oraciones y de mis sacrificios a todos los miembros del cuerpo de la Iglesia, del cual formo parte; puedo de esta manera ser útil a los justos y a los pecadores, a los vivos y a los difuntos; la tierra y el purgatorio están abiertos a mi celo; Dios me ha dado este poder inmenso de extender la vida por todas partes, para su gloria. ¿Sabré comprender mi poder y cumplir mi deber?. Si amo a Dios, si deseo su gloria, ¡qué gran campo tengo abierto a mi abnegación cuando pienso que Dios aprecia como hecho a Él mismo cuanto hacemos por el más pequeño de los suyos (Mat. 25, 40)[144] y que el menor servicio prestado a éstos, sólo un vaso de agua fría, tiene ante sus ojos un valor eterno! (Mat. 10, 42)[145]

29.° Vínculo humano. — Ved ahí el honor que se me hace y la felicidad que me es dada. Es un honor divino comunicar la vida, y es también un vínculo humano. Estoy ligado a todos aquellos a quienes doy, y a todos aquellos de quienes recibo; ligado por los lazos mismos de la vida. Hemos sido hechos los unos por los otros y vivimos los, unos en los otros, habiendo en mí algo de los demás y en los demás algo mío: este algo de los otros que hay en mí es su vida ; ese algo mío que hay en ellos es mi vida. Nuestras vidas se compenetran mutuamente v se identifican más o menos según sea más o menos lo que se reciba y lo que se dé, lo que yo recibo de mis padres, de mis amigos, de todos los que ejercen sobre mí una influencia vital, es como una parte de su vida que se coordina en mi vida; lo que yo doy a aquellos por quienes me sacrifico es como una parte de mi vida que se coordina en ellos. ¡Cuán íntimos son estos vínculos, cuán fuertes y cuán dulces! Este cambio, esta compenetración de vida es el gran secreto del encanto de las relaciones humanas.

30.º Vínculo eterno.—Y estos vínculos traspasarán las fronteras de la muerte para revelarse en el cielo, en la plenitud de su fuerza y de su dulzura: sólo allí es donde se manifestarán completamente. Aquí abajo vivimos en una región de obscuridad y de enigma; ¡tan poco es lo que vemos!. ¡Tan velado está para nosotros el misterio de nuestras influencias recíprocas!. Pero la región de allá arriba será la región de la luz y de la vista, claras y manifiestas. Nada de lo que hoy está secreto dejará entonces de ser manifiesto; todo lo que ahora está oculto será entonces conocido y puesto a la luz del día (Luc. 8, 17)[146]. En la eternidad nada de lo que es vital perece, todo se dilata y agranda: los vínculos con mis padres que tanto han hecho para educarme, los vínculos con los maestros que me han cuidado en mi juventud, los vínculos con los amigos que me han alentado y sostenido en la vida, los vínculos con los hermanos cuyo ejemplo y consejos me han reanimado con tanta frecuencia.

Y por otra parte, si yo sé sacrificarme, ¡qué vínculos con las innumerables almas a las cuales habré comunicado un acrecentamiento de vida con mis oraciones, mis limosnas y mis penitencias; con mis palabras, mis ejemplos, mis cuidados y mi actividad toda!.Los secretos y los detalles de esta abnegación, de esta comunicación de vida, serán precisamente los que se proclamarán en el Juicio universal como motivos y fuente de inmortal bienaventuranza (Mat. 25, 35)[147]. ¡Dios mío! ¡Cuán bueno sois por habernos unido de esta manera para la eternidad!. Gracias os damos, Señor, porque nos hacéis vivir así, los unos en los otros y todos juntos en Vos.

31.º El sacrificio según la vocación. — Vivir para Dios, hacer vivir para Dios, es amarme a mi mismo, es amar al prójimo y es también amar a Dios. Estos tres amores se funden en un solo amor, porque en los tres es siempre la gloria única de Dios lo que se procura. ¡Que Dios me haga la gracia de vivir y de hacer vivir para Él según toda la extensión de las obligaciones y de las posibilidades de mi vocación! Digo bien "de mi vocación", porque conforme a ella es como debo glorificar a Dios, en mí y alrededor de mí. Toda vocación tiene una responsabilidad, y esta responsabilidad debe efectuarse y cumplirse para honra de Dios. Nadie se da a sí mismo su vocación ; Dios es quien traza a cada uno, al criarle, el programa de su vida.

Por Él y para Él tengo mi vocación. Debo, pues, no solamente dilatar su gloria en mí, por el pleno crecimiento espiritual de mi ser en la piedad, sino dilatarla también alrededor de mí, en el radio de influencia que plugo a la Bondad infinita asignar a mi destino. ¡Dios mío!. Concededme, por la gloria de vuestro nombre, que crezca bastante para que sea capaz de llenar toda mi vocación; dadme la plenitud del sacrificio por vuestros intereses y por vuestro servicio.

CAPÍTULO VI

EL DESORDEN

Apego a lo criado

— 32. El viaje lejos de Dios.

— 33. La detención.

— 34. El apego.

— 35. El descanso.

32.º El viaje lejos de Dios.—Acabo de ver la organización de mi vida según el plan divino; es preciso ver ahora la desorganización producida por el desorden humano. Hemos sido criados para la vida, dice San Pablo, y "Aquel, que nos ha criado para esto es Dios, que nos ha dado ya su Espíritu, prenda de inmortalidad: por eso tenemos ánimo, sabiendo que nuestra vida mortal es una peregrinación lejos de Dios. Caminamos, en efecto, por fe y no por visión clara; mas tenemos valor y buena voluntad y deseo de desprendernos del cuerpo y de acercarnos a Dios." (2 Cor. 5, 5)[148]

Este viaje lejos de Dios es mi paso por este mundo, a través de las criaturas: debo pasar por ellas para ir a Él. Pero es necesario que las pase y deje atrás, a fin de encontrar a Él solo por encima de ellas, a fin de adherirme a Él solo despreciando todo lo que no sea Él. Si sé pasar sirviéndome de ellas, mi peregrinación por la tierra se realiza según el orden divino.

33.ºLa detención.—Pero he aquí el mal: en vez de pasar sin detenerme, me retraso, me desvío y me paro; me retraso por las criaturas, me desvío de Dios y me paro en mí mismo. Y éste es el mal. de mi vida, todo el mal de mi vida; esto es el desorden.

¿En qué consiste, pues, el desorden?—En un retraso, una desviación, una parada de mi vida que, en todo o en parte, no se eleva hasta Dios. Cuando una parte de mi ser, o de mi movimiento, no alcanza, al menos indirectamente, esta unión sobrenatural que Dios quiere hacerme contraer con Él, para su gloria y para mi felicidad; cuando alguna cosa de mi ser no viene a parar en último término al fin total y verdadero, hay desorden: desorden más o menos pronunciado, según la naturaleza y la extensión del extravío. La excelencia del fin a que soy llamado no me permite jamás quedarme fuera y por debajo de él; y si lo hago así, causo una lesión a mi vida y hago una injuria a Aquel que es el autor, el director y el consumador de mi vida.

34.º El apego.—¿Y de dónde. proviene el desorden?—Siempre del mismo punto: del placer, delplacer criado. He sido criado para ser feliz; en todas mis facultades hay una ansia intensa de felicidad; y en mi viaje por este mundo, lejos de Dios, a quien no veo, puesto que marcho guiado por la fe y no por la visión clara; en medio de las criaturas, a las que veo y cuyo placer me afecta, me dejo engañar por lo que veo y olvido aquello que no veo. En vez de conservar la

actividad de mi carrera con el aceite del gozo puesto a mi servicio, quiero satisfacerme y descansar en él y por él. El placer cesa de ser instrumento y se convierte en fin para mi. La fascinación de esta bagatela me hace perder de vista el bien, y la veleidad de la concupiscencia trastorna el buen orden de mi alma (Sab. 4, 12)[149].

El placer, que debería hacer que mi alma se deslizase a través de lo criado, la enliga ahora, viene a ser como una viscosidad que me apega y me retiene en mí mismo y en las criaturas. Permanezco retrasado, desviado y parado por aquello mismo que más debería contribuir a la rapidez de mi ascensión. Semejante a la máquina que no se tiene cuidado de limpiar y en la que el uso del aceite concluye por producir un engrasamiento de tal naturaleza, que aminora primero y detiene por fin su marcha, yo también contraigo adherencias a lo criado; yo, que he sido hecho para adherirme a Dios únicamente.

35.º El descanso.— En el cielo el gozo del bienaventurado consiste en alabar a Dios; su satisfacción procede de ahí; su descanso está en Dios.En la tierra las criaturas tienen para mi servicio sus múltiples goces: si yo tomo esos goces para detenerme y descansar en ellos, si me detengo para disfrutarlos, si coloco en este goce mi reposo, mi gozo no es ya el gozo del justo ni aun siquiera es el gozo de la razón; es un gozo pervertido, falseado, desnaturalizado; es el gozo del hombre animal, el gozo de la naturaleza corrompida, el gozo del mundo maldito; es el gozo anatematizado con tanta frecuencia por Dios y por sus santos.

Toda criatura en la cual descanso únicamente por el placer que en ella encuentro, detiene mi marcha hacia Dios y mi unión a Él. Por noble que esa criatura sea, por elevada, por sobrenatural que yo la suponga, aunque sean los dones más eminentes de Dios, no siendo nada de esto Dios, sino únicamente don de Dios, si me apego a ella, si me detengo y descanso en ella, me detengo, me apego y descanso fuera de Dios. Y El debe ser, Él solo, el término de mi movimiento y el lugar de mi descanso.

CAPÍTULO VII

EL DESORDEN

Apego a mí mismo

— 36. La apropiación.

— 37. El amor de mí mismo.

— 38. El mal no está en la satisfacción, sino en el trastorno.

—39. Gloria mea nihil est.

36.° La apropiación.—Al apegarme a las cosas criadas y descansar fuera de Dios, detengo en mí algo de las criaturas y detengo en las criaturas algo que es mío: robo así a Dios una parte de mi vida y una parte de las cosas que deben servirme para ir a Él. Lo que quito a Dios de las criaturas y lo que le quito de mi vida es para apropiármeloyo: de aquí es de donde nace el espíritu propio, el amor propio y el interés propio. Lo que de mi espíritu y sus conocimientos se

detiene en mí, sin remontarse más alto, constituye el espíritu propio; lo que de mi voluntad y sus afectos se apega a mí, sin ir hasta Dios, constituye el amor propio; lo que de mis fuerzas y sus actos descansa en mí, sin pasar más allá, constituye el interés propio.

Contra esta apropiación indebida es contra la que los santos han lanzado en sus escritos tan terribles anatemas. Los autores místicos, especialmente, nos revelan sobre este punto pensamientos de una profundidad aterradora, en los que se ve de más cerca lo que es el todo de Dios y la obligación esencial, absoluta, de referir todo a Dios. Dios quiere el sacrificio de alabanza completo, universal, el holocausto perfecto, y no puede sufrir sin aversión el menor hurto en este sacrificio (Is. 61, 8)[150].Quiere mi unión a Él; y esta unión superior, suprema, no tolera ninguna otra adherencia o unión que me detenga en las cosas criadas.

37.° El amor de mi mismo.______ Cuando veo en las criaturas y en sus goces, medios de satisfacer mi gusto antes que de glorificar a Dios; cuando las amo más para mi provecho que para el honor divino, cuando las utilizo más para mi placer que para agradar a Dios, mi vida no se emplea ya en ver, amar y servir a Dios, sino en verme, amarme y buscarme a mí mismo.

Buscarme yo a mí mismo, yo en lugar de Dios, he aquí mi gran tentación. Mi satisfacción ante todo: ésta es la continua tendencia de mi naturaleza, su primera necesidad, su más fuerte inclinación. Satisfacer mi gusto en las criaturas y por ellas hasta olvidar, menospreciar y pisotear la gloria de Dios, es la propensión de mi naturaleza corrompida. Satisfacción del espíritu por el orgullo, satisfacción del cuerpo por la sensualidad; todo el mal está ahí. Y como la sensualidad y el orgullo no son en el fondo más que una misma cosa, el ansia de mí mismo, el buscarme a mí mismo; cuando nombro esto nombro el obstáculo a mi piedad y a la gloria divina, nombro la fuente de mis faltas, la causa de mis pecados, la razón profunda del mal que hay en mí y en mi vida. Cada vez que me desvío de la ley de mi creación es para buscarme a mí mismo en el placer criado y porque mi satisfacción egoísta se ha colocado en el primer término, usurpando el lugar que corresponde a la gloria de Dios.

38.º El mal no está en la satisfacción, sino en el trastorno.—Elmal en sí no consiste en buscar mi satisfacción. Ni la satisfacción final de mi crecimiento en Dios ni la satisfacción instrumental de los placeres criados son malas por sí mismas: una y otra son, por el contrario, buenas, muy buenas. Dios las ha querido ambas, las ha hecho para mi, y por tanto, ni una ni otra pueden ser malas en si: todo lo que procede de Dios es bueno. El mal no está en mi satisfacción misma; está en la manera con que la busco, está en el trastorno que obro para lograrla. Mi satisfacción debe ser pospuesta a la gloria de Dios, debe venir después de ella y servir a la misma, y yo voy a procurarla en la criatura, la antepongo a Dios y sobre Dios; el mal está en este desorden y en este trastorno.

39.º Gloria mea nihil est. — "Escierto", dice San Francisco de Sales[151],"que lo que hacemos por nuestra salvación se hace por el servicio de Dios, si enderezamos nuestra salvación a su gloria como a último fin; ni es menos cierto que nuestro Salvador no hizo en este mundo más que nuestra salvación ; pero se ha de entender que ésta fué el fin próximo y que la refirió y enderezó al fin último de la gloria de su Padre, pues el mismo Señor dice que no había venido a buscar su gloria, sino la gloria del que le envió; llegando a protestar que, si buscara su gloria, ésta seria nada (Juan 8, 50)[152],esto es, sería vana si el principal fin suyo no fuese la gloria de Dios." Entre las satisfacciones y bienes criados, la gloria de Nuestro Señor tiene, sin género de duda, el puesto más eminente. ¿Qué es mi gloria en comparación de la gloria de Nuestro

Señor?. Y si Nuestro Señor ha declarado que su gloria sería vanidad y nada, fuera de la de su Padre, ¿qué será cualquiera otra satisfacción de la criatura?. Vanidad, nada, desorden. ¡Esto, y sólo esto es toda satisfacción buscada fuera de la gloria de Dios !...

CAPÍTULO VIII

EL DESORDEN

Sus efectos

— 40. La perversión.

— 41. El mal.

— 42. La mentira.

— 43. La vanidad.

— 44. La esclavitud.

— 45. El gemido universal.

— 46. La muerte.

40.° La perversión. — Todo lo que yo hago contrario a la gloria de Dios y que no se endereza directa o indirectamente a este fin es la perversión y el mal, la mentira y la vanidad, la esclavitud para mí y para las criaturas, y en fin la muerte.

Lo que en mí va contra la gloria de Dios es la perversión radical..., es la iniquidad... que destruye el plan de Dios..., rompe el orden de mi vida... y anonada la razón por la cual Dios me ha criado y ha criado para mí todo lo que se relaciona con mi vida... Es la perversión que me pone en lucha con la esencia de las cosas... y que, destruyendo la razón de mi ser, destruiría mi ser y todos los seres si las obras de Dios pudieran ser destruidas y si Dios con su poder no me redujese a rendirle de otro modo esta gloria que yo intento destruir. ¡Ninguna criatura podrá jamás comprender lo que es un solo pecado!... ¡La perversidad del pecado!... ¡Misterio insondable!... ¡Es el "mal"!...

41.° El mal. — No hay más que un solo mal..., corno no hay más que un solo bien... El bien único, esencial, es la gloria de Dios; el mal única, esencial, es el que destruye ese bien, el que ataca a la gloria de Dios, el pecado... ¡Es el mal!... Todos los bienes criados no tienen de bien en sí más que aquello que procura la gloria deDios; todos los males del mundo no tienen de mal sino lo que participa del pecado... Lo malo en todos los males es la parte de pecado que se ha infiltrado en ellos. Nada es malo sino el pecado y lo que de éste participa. Gloria de Dios, bien único y universal... Pecado, mal único y universal... ¡Dios mío! ¡Cuántos males hay en el mundo, y sin embargo sólo hay uno! ¡Si yo supiese comprenderlo!...

La gloria de Dios es el único bien de Dios, puesto que Él no puede obrar sino para su gloria ; es también mi único bien, porque ella es todo mi fin; fuera de esto no hay otro bien que lo que

conduce a este bien supremo. Del mismo modo el pecado es el mal de Dios, puesto que se opone al único bien de Dios, y es mi mal supremo, porque me priva de mi soberano Bien: fuera del pecado nada es malo sino lo que a él conduce o cíe él procede.

¡El bien y el mal! Sólo Dios los conoce verdaderamente. "Seréis como dioses y tendréis la ciencia del bien y del mal" (Gén. 3, 5)[153]: ésta es la pérfida promesa del tentador. En verdad, si yo conociese el bien y el mal, llegaría a ser semejante a Dios, participando de su ciencia: saber lo que hay de bien y de mal en todas las cosas, lo que es conforme a la gloria de Dios y lo que a ella se opone, es, en efecto, la gran ciencia que a toda costa es preciso adquirir.

42.° La mentira.—El desorden puede existir en mi espíritu, en mi corazón y en mis acciones: en mi espíritu produce la mentira, en mi corazón la vanidad, en mi acción la esclavitud.

Cuando pongo la vista en mí mismo, apartándola del conocimiento de Dios, mi espíritu miente a su destino, porque está hecho para conocer a Dios; y cuando yo no miro en la criatura sino aquello que puede satisfacerme, cuando la contemplo exclusivamente desde el punto de vista de mi utilidad humana, mi espíritu está en el error y en la mentira, porque ha sido hecho para veten las criaturas los medios de ir a Dios. ¿ No es, en efecto, la gran mentira verme a mí mismo en las criaturas, creer que han sido hechas principalmente para mí, y colocarme en el lugar de Dios?. Me engaño así a mi mismo y hago mentir a las criaturas en su destino.

Así el gran homicida desde el principio, Luzbel, padre de todos aquellos que rehusando la gloria a Dios la buscan para sí mismos, no permaneció en la verdad, "porque no hay verdad en él ; cuando habla mentira habla como quien es, por ser de suyo mentiroso y padre de la mentira" (Juan 8, 44)[154]. Es el gran mentiroso, porque en todas las cosas intenta usurpar la gloria de Dios; es el padre de la mentira, porque trata de inducir a los hombres a que no vean en las cosas sino su satisfacción, y les quita la vista de la alabanza que deben a su Criador.

43.º La vanidad.—El amor que perezosamente se detiene en el goce sólo abarca la vanidad y el vacío. ¡Cuán vacía es la criatura cuando no busco en ella lo que constituye su plenitud y su esencia! "¡Vanidad de vanidades, dice el Eclesiastés; vanidad de vanidades y todo es vanidad" (Ecles. 1, 2)[155]: la vanidad es la criatura vacía de Dios. Toda criatura a la que amo exclusivamente para mi satisfacción es, para mí, vanidad, porque está para mí vacía de Dios. ¡Cuán vacíos son los placeres del mundo y qué vacío abren en el alma! ¡Ah! ¡Es preciso haber experimentado lo que es la plenitud, para tener el sentimiento del vacío! Sólo después de haber sentido algo de la plenitud de Dios, de esa plenitud que procede del amor de su gloria, es cuando una alma comienza a sentir la vanidad de su satisfacción egoísta ; entonces es cuando sabe lo que es el vacío; entonces siente su profundidad y sufre su peso.

Si; todo lo que en mi vida no sirve, no contribuye de alguna manera al amor de la gloria divina, de nada sirve, es nulo y perdido. Habiendo sido criado únicamente para esto, si esto no hago para nada sirvo, nada valgo, nada soy. ¡Vanidad de vanidades y todo es vanidad!. ¡Dios mío!. No soy yo una vanidad completa, yo que vivo tan poco y tan raras veces en el amor de vuestra gloria?

44.0 La esclavitud.—Cuando en la criatura busco mi placer humano, es decir, el reposo de mi vida, me hago esclavo de ella ; nacen en mi necesidades profundas, insaciables, que crecen sin cesar. Y no soy ya dueño de mandar ni a mis apetitos ni a la influencia seductora y dominadora

de los elementos que me rodean. ¡Triste servidumbre, que convierte mi existencia en juguete de los seres puestos a mi servicio!

En efecto, lo que es para mí una necesidad final es una esclavitud; no puedo sustraerme al imperio que sobre mí ejerce el fin que me es necesario; estoy dominado por él, es mi señor y yo su siervo. Desde el momento en que yo pongo el fin de mi vida en el goce de las criaturas, éstas llegan a ser la necesidad dominante de mi vida, se me imponen con imperiosa tiranía, y soy su esclavo.

Y veo claramente que es así; porque, ¿cuál es el origen de mis inquietudes, de mis perturbaciones, de mis agitaciones, de mis desalientos, de mis tristezas, cosas todas que son las señales de mi esclavitud?. La fuente única de todo esto es que busco mi placer, estoy inquieto cuando temo verme privado de él, perturbado cuando lo he perdido, agitado cuando me cuesta trabajo obtenerlo, desalentado cuando no veo medio de volverlo a encontrar, triste cuando me falta del todo.

Soy tanto más esclavo y tanto más desgraciado cuanto con más afán busco mi placer y con más ansia cifro en él mi felicidad humana. ¡Justo castigo del orden violado!. "Porque", dice San Agustín, "el que no da a Dios lo que le debe, haciendo lo que debe, se lo da sufriendo lo que debe. Y no hay medio entre estas dos cosas: en el instante mismo en que no hace lo que debe, sufre lo que debe, porque la belleza del orden universalno puede sufrir ni un solo instante ser manchada con la fealdad del pecado sin ser reparada por la belleza del castigo." [156]

45.° El gemido universal.—Las criaturas, todas las criaturas no son esencialmente para mí otra cosa que instrumentos... — instrumentos dispuestos para la gloria de Dios: éste es su destino esencial. Si me sirvo de ellas para otro fin, si las empleo principalmente con otro objeto, entonces el uso que de ellas hago es para mí insensato siempre, habitualmente perjudicial y con frecuencia culpable; para las criaturas es un uso violento y contra naturaleza, porque, al usarlas contra sus leyes propias y en servicio del mal, las desvío y aparto violentamente del gran fin de su creación. San Pablo expresa en su enérgico lenguaje la violencia que se les causa: "Toda criatura", dice, "espera con grande ansia la manifestación de los hijos de Dios, porque se ve sujeta a la vanidad, contra su voluntad y su naturaleza, por aquel que la puso tal sujeción, con la esperanza de que será ella misma libertada de esa servidumbre de la corrupción, para participar de la libertad y gloria de los hijos de Dios. Porque sabemos que hasta ahora todas las criaturas están gimiendo y como en dolores de parto." (Rom. 8, 19—22)[157]. ¡Sabemos que todas las criaturas están gimiendo!... San Pablo oía con dolor este gemido universal: "sabemos", dice. Y yo, ¿qué es lo que sé?... Yo hago gemir a todas las criaturas, y siempre sordo, nada oigo...

46.° La muerte.—En fin, si el orden es la vida, el desorden es la muerte. ¿Qué es la muerte?— Es una separación, una disgregación, un aniquilamiento; separación del principio de vida, disgregación de los elementos propios del ser, aniquilamiento de su existencia: la muerte es completa cuando su triple obra es acabada; la muerte ha principiado dondequiera que su triple obra ha principiado. Su imperio se extiende a cuanto es separación, disgregación, disminución.

El desorden es mi muerte, porque me aparta de Dios estableciendo entre Él y yo una separación más o menos pronunciada. Es mi muerte, porque disgrega la unidad de mis facultades, que extiende y desparrama en lo criado; es mi muerte, porque impide mi crecimiento para Dios, menoscaba mi ser y agota o aniquila tisis méritos: por él soy separado de Dios, desparramado en la criatura, rebajado en mí mismo. El reino de la muerte está en mi,

y obra sus siniestras destrucciones allí donde la vida únicamente debería tener su crecimiento. ¡Ah! ¡Cuán lamentables siento en mi las operaciones de la muerte!. ¡Estoy tan lejos de Dios, tan derramado en las criaturas, tan débil en mí mismo!

CAPÍTULO IX

EL DESORDEN

Sus grados

— 47.El descenso.

— 48. El reparto.

— 49. La dominación.

— 50. La exclusión.

— 51.Las tres etapas del mal.

— 52. Las tres etapas de la vida.

47.º El descenso.—El desorden es muy extenso: se extiende desde el cielo hasta el infierno. ¡Cuánta distancia entre un alma que toca al cielo y que no lleva más que una imperceptible señal del polvo terrestre, y otra que va a ser precipitada en las brasas eternas!. El desorden tiene, pues, grados: ¿es posible medirlos de alguna manera?—No puedo, evidentemente, pensar en calcular cada uno de los progresos que pueden realizarse en mi alma, ni cada uno de los retrocesos que el desorden puede ocasionar; pero lo que sí es posible y conveniente es caracterizar en sus grandes líneas esta marcha del mal que me aparta de Dios.

Y puesto que es un apartamiento, es necesario, para apreciarlo, ver, ante todo, dónde comienza, a fin de hacer constar después adónde va a parar. Procediendo, pues, de arriba abajo, es decir, siguiendo la marcha descendente del alma que se aleja de Dios, es como debo darme cuenta del desorden. Cuando después quiera considerar la manera de corregirlo, deberé proceder de abajo arriba, es decir, siguiendo la marcha del alma que asciende. Veamos, pues, primero el descenso.

48.°El reparto. — Siendo el desorden, en su fondo, una aberración del alma que se deja seducir por el placer criado, se produce en la primera separación de Dios una división o reparto; la corriente de la vida no va ya toda completa a Dios; es dividida en dos partes, y una de ellas comienza a ir a la criatura; y de esta suerte mi interés privado, mi placer humano se coloca, en cierto modo, al mismo nivel que Dios. No considero ya a Dios como a mi único "todo"; juzgo que no es ya bastante Él solo a mi esperanza, a mi bienaventuranza y a mi vida; hay para mí algo fuera de Él, algo que participa con Él el honor de ser, en cierta medida, el objeto de mi movimiento vital ; me apego a mi mismo y a las criaturas, se produce en mí una hendidura por la que fluye algo de mí mismo, y esta efusión defrauda a Dios, que tiene derecho a esperar todo y que exige efectivamente todo de mi: Diliges ex toto.

Es hacer a Dios sorprendente injuria el compararle con la criatura, hacer entrar a ésta con Él en el reparto de mi vida, y defraudarle de esta manera de una parte de mi ser y de una parte de los seres destinados a glorificarle por mí, y que yo me apropio para mí.

49.° La dominación.—Pero la apropiación no siempre se contenta con este reparto; "pasa más adelante", como diría San Francisco de Sales; llega a la dominación. No es ya entonces una yuxtaposición del falso interés humano al interés divino; es una superposición. El placer criado concluye por tomar una preponderancia, más o menos pronunciada, sobre la gloria inmortal: en el espíritu, ciertas maneras de ver y de juzgar dan a las cosas humanas la preferencia sobre las cosas divinas; en el corazón, ciertos afectos adjudican esta preferencia a la satisfacción humana; en las acciones, ciertas diligencias colocan el interés egoísta por encima del interés divino.

Todo esto es ya un desorden mayor, es el trastorno, es el hombre colocado sobre Dios. No es ya sólo el simple desconocimiento; es la falta de reconocimiento de la soberanía del Señor. Trastorno más o menos extendido, más o menos consciente, en el que aquello que no debería ser más que una facilidad instrumental, subordinada al uso mismo del instrumento, llega a predominar sobre la gloria divina; lo que es muy secundario tiende de esta manera a convertirse en principal, lo accidental tiende a llegar a ser esencial, la satisfacción egoísta a colocarse en primer término, el siervo a ponerse sobre el señor, la criatura antes que el Criador.

50.ºLa exclusión.—Y avanzando más todavía las usurpaciones del placer sobre los derechos ele Dios, el desorden Llega por fin a un exceso en el que el soberano Señor es absolutamente desconocido y sus derechos excluidos. La orientación del alma hacia la satisfacción desordenada es tal que se encuentra totalmente apartada de Dios: la unión sobrenatural se rompe, la vida divina se pierde, la gloria santa es aniquilada; destrucción de la vida, exclusión de la gloria divina; éste es el último fondo del abismo.

51.º Las tres etapas del mal.—He aquí, pues, en el descenso que hacemos cuando nos alejamos de Dios, tres etapas sucesivas: la división o reparto, la dominación y la exclusión; el falso placer participando primero, dominando después, excluyendo por fin la gloria divina. En realidad son tres etapas.

Porque la división o reparto recorre un camino muy largo antes de llegar a la dominación, la dominación misma avanza muy lejos antes de llegar a la exclusión, y la exclusión, por fin, crece con la multiplicación de la iniquidad: son, por consiguiente, tres etapas del mal.

52.° Las tres etapas de la vida. — La piedad, que es el viaje de regreso a Dios, sube estas tres etapas saliendo de las profundidades para llegar a la cumbre.

Comienza por devolver la vida al alma y la saca de ese abismo del mal, que es la exclusión de la gloria divina: ésta es la primera etapa de sus ascensiones, la que puede llamarse el despertar de la vida, o Dios reconocido; es la unión hecha de nuevo.

Corregirá después el desorden que consiste en que mi satisfacción prepondere y se sobreponga a la gloria de Dios;irá borrando, suprimiendo la mentira de las preferencias

humanas, la usurpación de lo humano sobre lo divino: ésta será su segunda etapa, que podemos llamar el crecimiento de la vida, o sea, Dios en primer término; es la unión perfeccionada.

Querrá por fin purificar, limpiar todas las huellas de la división o reparto, no permitirá que el falso interés humano venga a equipararse y tener parte con el interés divino, y ésta será su tercera y suprema etapa, la que llamaré las cumbres de la vida, o Dios solo; es la unión consumada.

Estas tres etapas de la vida se encuentran en los autores espirituales bajo diferentes denominaciones. Así los unos dicen: el estado de los principiantes, de los que avanzan y de los perfectos; otros las llaman: vida purgativa, vida iluminativa y vida unitiva: otros, vida cristiana fundamental,vida ascética y vida mística; San Ignacio dice: primero, segundo y tercer grado de humildad. Estas diversas denominaciones no son, sin embargo, sinónimas, porque consideran la vida desde puntos de vista diferentes y no atribuyen uniformemente a sus tres grados la misma extensión y los mismos caracteres. Se asemejan, no obstante, en que todas dividen la altura total del edificio espiritual en tres grados.

Consideremos ahora estas etapas de la vida. En el último capítulo de este segundo libro, voy a ver rápidamente la primera etapa, el despertar del alma; en el tercer libro estudiaremos con más amplitud el crecimiento de la vida, y el cuarto libro se ocupará de las altas cumbres de la santidad.

CAPÍTULO X

FUGA DEL PECADO MORTAL

Primer grado de la piedad

— 53. El pecado.

— 54. El enderezamiento.

— 55. El hábito.

— 56. La multiplicidad de los actos y la unidad de la disposición.

— 57. Evitar el apresuramiento.

—58. Altura de este primer grado.

53.° El pecado.—Si yo prefiero y antepongo mi satisfacción a la gloria de Dios, hasta el punto de romper con Él y apartarme de su amistad, esto constituye el pecado mortal. El pecado mortal es la dominación de la satisfacción humana cuando esta dominación llega hasta la infracción grave y formal de un precepto divino; es el trastorno completo, radical, del orden esencial de mi creación; es la destrucción en mí del plan de Dios; es el desorden en toda su horrible perversidad; me pongo antes que Dios y pisoteo y menosprecio su gloria, que sacrifico a mi placer. "Todos los que pecan están vacíos de la gloria de Dios." (Rom, 3, 23)[158]

Éste es el mal que es preciso llorar con esas lágrimas que la Escritura llama sin remedio(Tob, 10, 4)[159]. Así lo lloraba Jeremías: "¡Mirad si se ha visto jamás cosa semejante; ved si alguna nación cambió sus dioses, aunque verdaderamente no son dioses!... ¡Y a mí, que soy su Dios, a mí, que soy su gloria, mi pueblo me ha sustituido con un ídolo!. Pasmaos, cielos, a vista de esto; y vosotras, puertas celestiales, horrorizaos en extremo sobre este hecho, dice el Señor." (Jer. 2,10)[160].

54.º El enderezamiento.—Restablecer en esto el orden, es decir, colocar mi satisfacción por debajo de la gloria de Dios y a su servicio, no permitir jamás que esa gloria sea pospuesta mortalmente ni excluida, éste es el primer grado de la piedad. El grado más profundo en el abismo del desorden consiste en ver, amar y buscar mi placer en la criatura, hasta romper con Dios y destruir su gloria. El primer grado de la piedad consiste en ver, amar y procurar la gloria de Dios, con preferencia a mi placer, en todas las circunstancias graves en que mi placer tienda a separarme de Dios;en mantener esta gloria divina en su lugar, como objeto principal de mi conocimiento, de mi amor y de mi acción.

En cuanto a mi placer, si puedo conciliarlo con la gloria de Dios, me contentaré con colocarlo en su lugar y mantenerlo en su puesto; pero si no puedo conciliarlo, si es absolutamente malo, lo sacrificaré; y si para esto debiera sacrificar la vida, la sacrificaría: a este precio es preciso mantener la gloria de Dios por encima de mi existencia. Por ningún placer, ni aun por el de mi vida, debe ser suplantada la gloria de Dios.

55.º El hábito.—La piedad ha alcanzado en mí este grado cuando he adquirido suficientemente la prontitud y facilidad u hacer los sacrificios necesarios para evitar el pecado mortal. Cuando estoy en tal disposición que enderezo y si es preciso sacrifico toda satisfacción antes que cometer voluntariamente un solo pecado mortal, cuando en tales ocasiones obro así con prontitud y facilidad, cuando esta disposición está perfectamente arraigada en mi alma, entonces he llegado al primer grado de la piedad.

Para ser perfecta esta disposición debe estar establecida en todo mi ser, dominar todas mis facultades y abarcar toda mi vida. "Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con todo tu espíritu, con toda tu alma y con todas tus fuerzas." El pecado mortal no debe tener ya lugar ni en mi espíritu ni en mi corazón, ni en mi alma ni en mi cuerpo: ninguna criatura, ninguna circunstancia, ha de poder darle entrada, a no ser por sorpresa. Digo por sorpresa, porque la pobre flaqueza humana es tal que estas miserias son siempre posibles, aun con las mejores y más arraigadas disposiciones. Pero estos accidentes pasajeros no impiden que subsista el hábito adquirido y no hacen decaer al alma del estado a que ha llegado. Al hablar del estado del alma, o de un grado de virtud, es necesario no tener en cuenta las caídas que provienen de faltas de pura fragilidad.

56.° La multiplicidad de los actos y la unidad de la disposición..—Y aquí se trata, en efecto, del estado del alma, de un grado de virtud, pues no pretendo estudiar ahora ni los actos ni la práctica de tal o cual virtud particular. No quiero considerar más que la sola y única disposición central, resultante universal de todos los actos y de todas las disposiciones; la que condensa y resume, en su unidad viva, todas las virtudes y que se llama la piedad. Sobre este todo, sobre esta unidad fijo mis miradas, y lo que ahora voy a ver es su desarrollo y sus grados de crecimiento. La fuga del pecado mortal es el primer grado, es la primera etapa del viaje de retorno a la vida.

Este grado, como todos los que le siguen, no está caracterizado por la multiplicidad; más o menos grande, de los actos producidos, sino por la unidad y la perfección que ha alcanzado la disposición. El alma no llega a constituirse en un estado definido sino en la medida en que alcanza la unidad de la disposición que caracteriza a dicho estado. Sé muy bien que esta disposición se adquiere por la repetición de actos ; pero la repetición de actos, si bien contribuye a formar el hábito, no es, sin embargo, el hábito mismo. En efecto, el hábito tiene su raíz natural en las tendencias del alma y su raíz sobrenatural en las gracias infusas, y se desarrolla no sólo por mi trabajo humano, sino sobre todo por el trabajo de Dios en mí: esto lo veremos en la segunda parte. La repetición de actos no entra, pues, sino como cuarto y último factor en la formación de la piedad. Como factores de mi vida existen, ante todo, las tendencias naturales, después las gracias sobrenaturales, sigue la acción providencial y por último, mi acción personal: la piedad es el resultado final de estos cuatro factores.

57.º Evitar el apresuramiento. — Estas reflexiones, que tendrán más adelante su necesaria explicación, deben ser aquí recordadas a fin de prevenirme contra la impaciencia y la inquietud del movimiento humano. En efecto, con la manía de agitación febril que arrebata en nuestros días a las almas de buena voluntad, me vería inmediatamente arrastrado a precipitarme en un movimiento preocupado o impaciente, que me haría, bien sea temer la imposibilidad, o bien buscar demasiado pronto la posibilidad de constituirme en aquel estado cuya belleza me atrae; y me fatigaría con temores ansiosos y vanos, o gastaría mis fuerzas en trabajos inconsiderados e infructuosos.

No, no es conveniente tanta prisa; nadie edifica sin tener antes un plano; nadie se pone en marcha sin saber antes adónde va: el arquitecto se toma el tiempo necesario para trazar sus planos y no pone los obreros a trabajar sino cuando los tiene acabados; el viajero se toma también tiempo para estudiar y preparar su viaje, y no se pone en camino hasta que ha terminado todos sus preparativos.

Del mismo modo voy también a precaverme contra los accesos de temor o de precipitación; voy a considerar el plan divino de mi vida; voy a darme cuenta de él con calma, sin preguntarme ya desde el principio cómo llegaré a su ejecución. Porque no conviene mezclar y confundir los trabajos. Principiaré por dedicarme a estudiar bien el fin: las cuestiones de caminos y de medios vendrán después, a su tiempo y en su lugar. Sea cualquiera, la impaciencia, la incertidumbre, el temor, las dificultades al parecer insuperables, y el desaliento que se apoderen de mí, nada de esto debe distraerme ni preocuparme: cada cosa a su tiempo y cada cuestión en su lugar.

Consignado esto como precaución, vuelvo a la consideración de este primer grado de la piedad, que consiste en la fuga del pecado mortal.

58.° Altura de este primer grado.—La fuga del pecado mortal es ya un grado de la piedad, puesto que lo que nos hace evitar el pecado es el conocimiento, amor y servicio de Dios: dondequiera que se encuentren unidas estas tres cosas, conocimiento, amor y servicio de Dios, hay piedad. Por débiles que sean los comienzos, estos comienzos no dejan de pertenecer a la gran disposición, que es el resumen y la unidad viva de la vida cristiana.

Por lo demás, no es tarea de un día el llegar, no simplemente a arrojar actualmente el pecado mortal, no sólo a la disposición de evitarlo a toda costa, sino a arraigar, a asentar, a fortificar esta disposición de tal suerte que adquiera facilidad y prontitud para hacer todos los sacrificios actualmente necesarios, incluso el de la vida, por evitar un solo pecado mortal. Y esta facilidad

y prontitud deben estar establecidas en los sentidos, en el corazón y en el espíritu: en todo mi ser.

¿He logrado subir a este primer grado de la piedad?. ¿No soy acaso como aquellos que cojean hacia dos lados, y he comprendido que el Señor es mi Dios y que es necesario que le sirva? (3 Reyes 18, 21)[161]. ¿ He resistido hasta la sangre combatiendo contra el pecado? (Hebr. 12, 4)[162].Puedo decir, Dios mío, que he subido siquiera el primer peldaño de la piedad?... ¿Estoy seguro de ello?... Mi espíritu, mi corazón, mis sentidos, ¿qué facilidad, qué prontitud tienen para rechazar el pecado... la idea del pecado?... He vivido en el pecado... ¿He salido completamente de él?... ¿No ha dejado en mí secretas y profundas complacencias?... He caído en el lodazal... ¿Estoy limpio y purificado del cieno?... ¿Qué soy yo?. ¡Dios mío!... Montón de barro y ceniza, ¡glorifícate! (Ecli, 10, 9)[163]... ¿Qué piedad es la mía si no estoy todavía en el primer escalón?...

EL CRECIMIENTO

Cuando ha eliminado el mal del pecado mortal mi alma ha restablecido en sí misma las bases del orden, ha vuelto a encontrar la vida; y cuando ha llegado a afirmarse lo suficiente para conservarse habitualmente en estado de gracia, lleva una vida fundamentalmente cristiana. Esta parte más profunda del desorden, que he llamado "la exclusión" de la gloria divina, está ya alejada; he recorrido la primera etapa de la vida, la que he llamado "el despertar del alma"; he vuelto a encontrar a Dios.

Comienza entonces a abrirse la segunda etapa, la del "crecimiento". El mal que hay que extirpar es "la dominación" de lo humano sobre lo divino, es la falsedad de ciertas preferencias criadas, dominando, y por consiguiente, menoscabando y aminorando la gloria divina. Cuando se designa esta parte de la carrera espiritual con el nombre de "vida ascética", que significa vida de ejercicio, se considera más el aspecto humano, el esfuerzo del hombre, que en esta parte de dicha carrera se ejercita más especialmente endesapegarse de lo humano y en desear lo divino, por medio de diferentes prácticas de penitencia y de oración. Cuando se la designa con el nombre de "vida iluminativa" se considera más el aspecto divino, los dones de Dios, que traen al alma los resplandores eternos. No siendo mi propósito ni precisar el esfuerzo humano ni definir los dones divinos, que son los dos factores de la vida, sino seguir la vida misma en sus detenciones y en sus progresos, caracterizo esta etapa: por el primer aspecto, o sea por el de sus detenciones, con la palabra "dominación" de lo humano; y por el segundo, o sea por el de sus progresos, con la palabra "crecimiento".

¿En qué consiste la dominación ?—Paréceme que tiene dos grados: el pecado venial y la imperfección. El crecimiento, por consiguiente, consistirá en la eliminación de este doble mal. Eso es lo que voy a considerar en este tercer libro.

CAPÍTULO I

FUGA DEL PECADO VENIAL

Segundo grado de la piedad

— 1. El pecado.

— 2. Su gravedad.

— 3.El enderezamiento.

— 4. Altura de este grado.

1.° Elpecado. — ¿Quées el pecado venial?. — Es la dominación de la satisfacción humana cuando llega hasta la infracción formal, pero leve, de un precepto divino.

Es la dominación: apegada a lo criado con la liga del placer, mi alma prefiere y antepone su satisfacción al orden de Dios, se agrada a sí misma y desagrada a Dios; el precepto está patente y obliga; mi alma lo ve, al menos un poco, y sin embargo escoge su satisfacción falsa; el placer es el que domina.

Pero no domina hasta el punto de excluir totalmente la gloria de Dios. La infracción que produce sólo es leve ; bien que el ser leve provenga de la materia, que no es grave por sí misma o por la prohibición de que es objeto, o bien que provenga de la falta de advertencia o de consentimiento suficiente de mi parte. Y precisamente porque la ofensa no alcanza a ser grave, no quita la vida, mi alma no queda del todo apartada y separada de Dios: es como una herida hecha al alma y una herida hecha también a Dios.

2.° Su gravedad. — Menos grave con mucho, por su naturaleza y por sus efectos, que el pecado mortal, este mal es, sin embargo, todavía el desorden esencial, es decir, el mal en comparación del cual todos los demás no merecen el nombre de males. Mas ¡ay! me he acostumbrado de tal modo a que mi placer sea la regla de mi vida, que me cuesta trabajo comprender esto, y más trabajo aún sentirlo así prácticamente. ¡Los males que atacan a mis gustos los comprendo tan fácilmente y los siento tan intensamente¡... El mal que ataca a la gloria de Dios, ¡qué poco lo comprendo y cuán poco lo siento! ¿Quién entiende lo que es el pecado? (Sal 18, 13)[164]¿ Dónde está la sabiduría que lo comprenderá? ¿Dónde la inteligencia que lo conocerá ?... (Os. 14, 10)[165].¡Dios mío, en qué aberración vivo cuando llamo mal a lo que frecuentemente no lo es o apenas si lo es, y en cambio me cuesta trabajo creer que es mal lo que lo es tan grande!... ¡Los males que me afligen son con frecuencia tan convenientes! ¡El pecado venial no lo es jamás! Los mayores males contienen siempre algún bien; en el menor pecado venial, como pecado, no hay ni el más pequeño rastro de bien... ¿Quién entiende lo que es el pecado ?...

3.° El enderezamiento.—El segundo grado de la piedad consiste en el enderezamiento de este desorden. En todas aquellas circunstancias en que hay pecado venial, esto es, en que mi satisfacción, anteponiéndose a la gloria de Dios, le desagrada y le ofende, llegaré a conservar a esta gloria santa el lugar y los derechos que le corresponden. Desde el momento que esté prohibido, ningún placer debe usurparlos.

Lo que constituye este grado es la facilidad y la prontitud, bien arraigadas, de ordenar mi satisfacción en su lugar correspondiente, sin permitir deliberadamente el menor desorden venial. Y esta facilidad debe dominar y señorear todo mi espíritu, todo mi corazón, todo mi

cuerpo: Diliges ex toto... debe extenderse a todas las circunstancias y a todas las criaturas; y si es preciso sacrificar mi satisfacción, si es preciso inmolar hasta mi vida antes que cometer, voluntaria y deliberadamente, el menor pecado venial, estaré pronto a este sacrificio. Nada, ni aun el temor a la muerte, me hará cometer voluntariamente un pecado venial. Cuando esta disposición esté arraigada en el alma, cuando hago con prontitud y facilidad los sacrificios necesarios antes que permitir a mi satisfacción un extravío venial, entonces he adquirido este segundo grado de la piedad, que es la fuga del pecado venial: ésta sería ya la vida sólidamente cristiana.

4.°Altura de este grado.—La perfección de este grado no se alcanza fácilmente; porque, purificar el espíritu, el corazón y los sentidos de todo afecto, de toda afición venial; deshacer, una tras otra, las apretadas y enredadas mallas de tantos hábitos de faltas veniales como envuelven a mi pobre ser humano ; purificar tantos pliegues interiores donde se ocultan las miras del orgullo, las afecciones criadas, las inclinaciones de la sensualidad; elevar todas las potencias a esta facilidad y a esta prontitud de orden perfecto que impidan toda caída en pecado venial, todo esto, preciso es confesarlo, es un trabajo difícil y, por decirlo así, casi infinito. Desde el primer grado de la piedad hasta la perfección de este segundo grado hay mucho camino que recorrer. Si no es fácil arraigarse definitivamente en la fuga absoluta del pecado mortal, ¿ qué decir de la fuga absoluta del pecado venial?. Las ocasiones de caer en faltas veniales son mucho más numerosas que las del pecado mortal.

¿Dónde me encuentro yo?... ¡Ay! ¡Cuántas faltas veniales!. El excesivo amor de mí mismo, ¿no me lleva a cada momento a desagradar a Dios... a pesar de que lo sé... y de darme cuenta de ello? ¡Cuántas faltas no hay en mí, casi ignoradas, procedentes de hábitos que no pongo cuidado en vigilar!... Mis malos instintos, poco o nada reprimidos, multiplican mis caídas sin que apenas me dé cuenta de ellas... ¡Oh! ¡Mis pecados veniales! no puedo contar su número; se han multiplicado más que los cabellos de mi cabeza (Sal. 39, 13)[166].

CAPÍTULO II

LA IMPERFECCIÓN

Dominación de lo humano

— 5. Definición.

— 6. Dominación del placer humano.

— 7.¿Qué mal hay en esto?

— 8. La fuente del mal.

5.º Definición. — Ha desaparecido con el pecado venial todo vestigio de la "dominación de lo humano"? La obra está ya muy adelantada, pero no está todavía terminada. Se ha recorrido la primera parte de esta etapa del crecimiento, pero queda una segunda parte más elevada y también más extensa: después de haberme librado de las heridas del pecado venial tengo que desembarazarme de los lazos de la imperfección.

¿En qué consiste este mal? ¿ Qué es la imperfección?—Es la dominación de la satisfacción humana cuando llega hasta la infracción simple de un consejo o la infracción no culpable de un precepto; es buscarme a mí mismo y buscar mi placerantes que la gloria de Dios, en las cosas buenas por su naturaleza o aun en cosas malas en sí, pero sin que haya ofensa formal de Dios. Cuando, sin ofensa formal de la divina Majestad, uso de una criatura con la mira puesta en mí mismo en primer término, con cierta detención en mí, orientando demasiado hacia mi satisfacción la dirección de mi acto u obedeciendo demasiado a la influencia dominante de la naturaleza, cometo una imperfección.

Dos signos caracterizan claramente este desorden: 1.° la dominación de lo humano; 2.° la ausencia de lo que se llama ofensa formal de Dios. Estos dos signos deben ser explicados. El primero, la dominación de lo humano, será el objeto de este capítulo; el segundo, la ausencia de ofensa formal, lo trataremos en el capítulo siguiente.

6.° Dominación del placer humano.—Dominación conocida o no, querida o no, actual o habitual,influyendo en el acto o en el modo del acto. Hay por este hecho imperfecciones involuntarias e imperfecciones voluntarias: estas últimas, conocidas y queridas; las primeras son aquellas a las que falta la advertencia o el consentimiento. Sin que el acto salga de los límites de lo útil y de lo honesto, esta dominación detiene, sin embargo, este acto, en cierto modo, en mi mismo en primer término: hay exceso de adhesión y de detención en el placer, que no debería ser sino un medio de elevación, y esta adhesión y esta detención quitan a mi movimiento algo de la relación que debería haber, al menos virtualmente, a la gloria de Dios en primer término ; y de esta suerte soy llevado a faltar a la plenitud del consejo dado por el Apóstol: "Sea que comáis, sea que bebáis o hagáis cualquiera otra cosa, hacedlo todo para gloria de Dios." (1Cor.10, 31)[167]

Dios no debe tener en ninguna parte ni en ninguna medida el segundo lugar. La intención de mi acto puede encaminarse a Él en primer término, sea de una manera actual o virtual[168]; lo esencial es que ella vaya de algún modo y que mi satisfacción quede subordinada a su servicio. Sin llegar hasta ofenderle formalmente, es necesario, además, que no obre yo respecto a Él, en el bien, como un hombre grosero, que continuamente pasa el primero, habla el primero y se sirve el primero. Si ya entre hombres esa descortesía es cosa tan mal vista e impertinente, mucho más todavía lo será respecto de Dios. Es ciertamente menos grave faltar a las conveniencias humanas que a las divinas.

7.º ¿Qué mal hay en esto?—Este mal es un hábito de la naturaleza viciada que se repliega en sí misma por una preocupación egoísta: según la enérgica expresión de nuestros libros santos, el alma está aquí todavía un poco encorvada (Salmo 6, 7)[169]. Obedece a la. tendencia de buscarse a sí misma, lo cual hace que instintivamente mire y busque siempre en primer lugar, en la criatura, aquello que puede halagarle. Y con frecuencia, sin yo darme cuenta de ello, la fuerza de este hábito lleva mi ojo a ver, mi corazón a amar, mis sentidos a obrar por y para una cierta preferencia personal, de suerte que hasta el mismo bien es mirado, amado y buscado desde un punto de vista humano. Y la viscosidad criada detiene en mí, hasta cierto punto, la ocupación y preocupación de mis facultades. En el fondo, obedezco en esto más a los instintos de la naturaleza que a los impulsos de la gracia.

8.° La fuente del mal.—La fuente profunda de la imperfección hay que buscarla, por tanto, en las tendencias, instintos y hábitos de la naturaleza corrompida ; y esta fuente debo

encontrarla. Me preocupo, en efecto, aquí de estudiar el interior de mi vida, y puesto que se trata de definir las ascensiones de mi alma hacia Dios, por la vía de la purificación interior, no puedo contentarme con caracterizar mis actos por el aspecto exterior y objetivo de su disconformidad con el orden divino y de sus efectos perniciosos. No consiste todo en saber que tal acto está en oposición mortal, venial o de simple imperfección con el orden querido por Dios, y que produce en mi tales resultados sensibles, es preciso además que yo sepa por qué y cómo mi alma es arrastrada a esta oposición y a esta desgracia, es preciso encontrar la fuente, el origen.

Esta fuente la he buscado desde luego por lo que se refiere al pecado mortal, la he buscado después respecto al pecado venial y la busco una vez más ahora respecto a la imperfección; y la encuentro donde siempre, en lo que es el único manantial o depósito de las manifestaciones del desorden en todos sus grados, en la adhesión o apego, más o menos profundo, de mi ser a las cosas criadas, por el placer que ellas me proporcionan. De esta suerte he llegado a reconocer la dominación de la satisfacción humana, hasta la exclusión de la gloria y de la vida divinas por la infracción grave y formal de un precepto divino, en el pecado mortal. Para el pecado venial he visto el placer humano dominarme hasta la infracción leve de un precepto ; ahora, en la imperfección, vuelvo a encontrar también esta dominación de la satisfacción falsa: el apego a lo criado está, una vez más, bastante pronunciado para establecer una preferencia, un predominio de lo humano, que produce en mí la negligencia de un consejo, o la infracción no pecaminosa de un precepto.

CAPITULO III

LA IMPERFECCIÓN

Ausencia de la ofensa formal

— 9. El segundo carácter de la imperfección.

— 10. Transgresión de un consejo.

— 11. Transgresión no culpable de un precepto.

— 12. ¡Atrás, Satanás!

— 13. Las razones del Salvador.

9.° El segundo carácter de la imperfección.—El primer carácter esencialmente constitutivo de la imperfección es, pues, cierta dominación de lo humano sobre lo divino. Un segundo carácter, inseparable del primero, es la ausencia de ofensa formal. Puesto que, siguiendo el lenguaje escolástico, la definición se hace por el género y la diferencia, diré que, en la definición de la imperfección, la dominación de lo humano es el género y la ausencia de ofensa formal es la diferencia: el predominio de lo humano la hace asemejarse al pecado, la ausencia de ofensa formal la diferencia de él.

En la imperfección, por tanto, el predominio de lo humano no llega nunca hasta el punto de llevar a mi alma a ofender formalmente a la Majestad divina. Y esto puede producirse de dos

maneras: o bien por la simple transgresión de un consejo, o bien por la transgresión no culpable de un precepto.

10.° Transgresiónde un consejo. — Llamo transgresión simple de un consejo, aquella que no va acompañada de un pecado venial o mortal, porque es claro que también el pecado quebranta los consejos; pero puede acontecerme, y de hecho me acontece, que descuide un consejo sin cometer pecado, va se haga esta transgresión por omisión o comisión, ya por un acto del espíritu, del corazón o de los sentidos, o bien por una causa interior habitual o exterior accidental. De esta manera se conservan tantos defectos y caprichos, inclinaciones y manías, modos de ver vulgarmente naturales y apreciaciones terrestres, curiosidades y futilidades, preferencias humanas y lazos molestos, acciones precipitadas, abandonos, etcétera; en una palabra, todo ese costear de una existencia habitualmente honesta, pero imperfecta, en la que lo humano domina con demasiada frecuencia y en la que lo divino no tiene por completo el lugar primero que debe tener en una vida cristiana.

11.° Transgresión no culpable de un precepto.—"He aquí un ejemplo", dice San Francisco de Sales: "Os digo que tal persona me ha encargado que os salude, que se os ofrece y que me ha hablado de vosotros con mucho afecto, y nada de esto es cierto; he aquí un pecado venial muy voluntario. Pero hago la narración de algún suceso y en mi relato se deslizan algunas palabras que no son del todo ciertas, de las cuales no me doy cuenta hasta después de haberlas pronunciado; he aquí una imperfección."[170]. ¡Cuántas veces me acontece así, que olvido un deber o que no tengo cuidado de un precepto por dejarme llevar de la precipitación humana o dejarme dominar por los instintos de la naturaleza!. Esta dominación es la que me hace imperfecto: si la gracia tuviese más imperio sobre mí, los ímpetus, aun voluntarios, de las tendencias desordenadas serían menos frecuentes.

12.° ¡Atrás, Satanás!—El Evangelio me presenta un ejemplo verdaderamente sorprendente de este dominio de lo humano sobre lo divino sin que haya ofensa formal a Dios. Es en aquel pasaje en el que San Pedro es tratado de Satanás por su divino Maestro. Nuestro Señor anunciaba a sus Apóstoles los tormentos de su Pasión; Pedro, cogiéndolo aparte, se puso a hacerle advertencias diciendo: "¡Ah, Señor! Lejos eso de ti; no será esto contigo." Y Jesús, volviéndose, dijo a Pedro: "¡Atrás, Satanás!, estorbo me eres, por que no entiendes las cosas que son de Dios, sino las de los hombres." (Mat. 16, 22)[171]. He aquí tratado de Satanás, por el dulce Salvador, aquel a quien Él mismo ha llamado poco antes bienaventurado y a quien había elegido para piedra fundamental de su Iglesia. ¿Qué crimen ha cometido, pues, para hacerse acreedor a una reprensión tan viva después de haber merecido una alabanza tan sublime? — Ha querido dar a su Maestro un testimonio de su afecto, y lo ha hecho con toda sinceridad, ciertamente: Pedro era el hombre de la generosidad sin cálculo. ¿ Quién acusará al apóstol de pecado por haber dado testimonio de afecto a su Maestro? ¿Y por ese testimonio de amor es tratado de Satanás?— Por eso precisamente. — ¿Cómo?— Nuestro Señor lo explica. Tú pones, dice, al hombre antes que a Dios, las ideas del hombre antes que las ideas de Dios, los gustos del hombre antes que los gustos de Dios ; y cuando obras así eres un escándalo para mí, y porque obras así te llamo Satanás: cede a Dios el lugar que le corresponde, quédate en el que a ti te toca, no te me pongas delante, cesa de poner lo humano por encima de lo divino y aprende que en todo Dios debe estar por encima del hombre.

13.° Las razones del Salvador.—Juntando esas dos escenas del Evangelio, donde Pedro es tratado primero de bienaventurado y después de Satanás, vienen a ser muy instructivas para mí. Por una parte Pedro reconoce y confiesa la divinidad de Cristo, y Jesús le dice: Bienaventurado eres, Pedo. — Bienaventurado, ¿por qué? — Porque has entendido y escuchado, no la voz de la carne y de la sangre, sino la voz del Padre que está en el cielo: he aquí lo divino por encima de lo humano.

Por otra parte, Pedro, siguiendo los gustos del hombre y no la sabiduría de Dios, viene a querer contrariar la Pasión del Hijo del hombre, y su Maestro le llama Satanás. He aquí cómo Nuestro Señor alaba y exalta la fidelidad en conservar a lo divino el primer lugar. Y he aquí también cómo reprueba la dominación de las miras, afectos y tendencias de la naturaleza, aun en las manifestaciones que no son pecado.

CAPÍTULO IV

LA IMPERFECCIÓN

Su mal

— 14. ¿Por qué la imperfección no es un pecado?

— 15.Su parentesco con el pecado.

— 16. Su frecuencia.

— 17. Su mal.

14.° ¿Por qué la imperfección no es un pecado? — ¿Por qué y cómo en la imperfección no hay ofensa formal a la Majestad divina? ¿Por qué? ¿Cómo?

¿ Es tal vez porque en su bondad, Dios, acomodándose a mi flaqueza, no ha querido imponer a mi pobre naturaleza decaida dificultades desproporcionadas a sus fuerzas?. Él tiene muy presente que somos polvo (Salmo 102, 14)[172],y tal vez por esto Dios, que fué tan riguroso con el ángel, es misericordioso con el hombre.

¿O es que no hay en mi voluntad un alejamiento bastante consentido?. ¡Tengo dentro de mí tantas impotencias, estoy expuesto a tantas solicitaciones externas!. Y la reunión de unas y otras produce tantos sobresaltos, tantas distracciones y decaimientos!

¿O bien el desorden en este grado no afecta lo bastante la substancia misma del acto para impedir que éste se encamine todavía a Dios de alguna manera, aunque incompleta? A pesar de la imperfección que lo corrompe, el acto conserva una substancia y accidentes que le dejan bastantes relaciones con el honor divino para no merecer la mancha y la pena del pecado formal.

Dios, el hombre, el acto que pone al hombre en relación con Dios; en Dios su bondad, en el hombre su fragilidad, en el acto su moralidad: he aquí los tres puntos fuera de los cuales es

difícil buscar, y en los cuales sin duda alguna es posible encontrar la razón de esta ausencia de ofensa formal en el desorden de la imperfección.

15.º Su parentesco con el pecado.—Sea lo que fuere, es un hecho que el pecado y la imperfección están, sin embargo, muy vecinos. Porque de una parte, cosas malas en sí son simples imperfecciones por falta de conocimiento o por falta de voluntad; y por otra parte se ve, por el ejemplo de los santos, que Dios castiga a veces, como verdaderas faltas, infidelidades que en un alma ordinaria serían simples imperfecciones. ¿Son acaso en los santos verdaderos pecados por razón de las luces inmensas con que su alma está iluminada? — No lo sé; pero el hecho de que Dios las castigue con tanto rigor es muy significativo.

16.° Su frecuencia.—Así pues, aunque llegase a evitar con bastante fidelidad el pecado, ¡puedo vivir todavía en un desorden casi continuo!.... No cometeré faltas voluntarias o cometeré pocas, y sin embargo ¡puedo no conocer como es debido, casi constantemente, el orden de mi creación!... La fuga absoluta del pecado venial deliberado es ya cosa muy elevada y poco común ... y no obstante, aunque esto lograse, mi vida puede ser todavía un desorden continuo...

Digo desorden continuo, o defecto de orden, porque las circunstancias en que es preciso evitar un pecado son mucho menos frecuentes en la vida que aquellas otras en que tengo que hacer obras buenas. La trama ordinaria de la vida se compone de una sucesión no interrumpida de actos honestos en sí y naturalmente buenos; las tentaciones que hay que vencer y las faltas que es preciso evitar son, relativamente, menos numerosas. No estoy siempre en presencia de una tentación o de un pecado; pero sí estoy siempre ocupado en alguna cosa, o con el espíritu o con el corazón o con el cuerpo. ¡Cuántos pormenores se suceden unos a otros en un solo día!. Los pensamientos, las palabras, las obras se cuentan por millares.

Pues bien; si en este trabajo incesante que constituye la vida uso habitualmente de las cosas para mí en primer término, deteniéndome de alguna manera en mí y en mi placer, olvidando a Dios y relegando su gloria a un segundo lugar, vivo en el desorden habitual; mi vida, sin ser un pecado, es, sin embargo, el trastorno del orden divino. ¡Dios mío! ¡Qué horrible debe ser el pecado si la imperfección es ya, en cierto grado, el desquiciamiento del orden que habéis establecido en la creación!... ¡Nada me ha hecho jamás penetrarme tan profundamente de la malicia del pecado!...

¡La imperfección es un trastorno del plan divino!. ¿Qué es, pues, el pecado, del que Dios se muestra tan ofendido y del que se queja con gemidos tan amargos?...

17.° Su mal.—La imperfección es todavía el gran mal, el mal esencial, el mal del cual yo debería evitar la más mínima parte, a costa de mi sangre y de mi vida... ¡Si he comprendido el plan de mi creación y el fin de mi vida, debo estar convencido, iba a decir anonadado!... Porque, en resumidas cuentas, ¿qué he hecho hasta ahora?... Si, hombre abominable e inútil, he bebido la iniquidad como agua (Job 15, 10) [173]: ¿no he respirado la imperfección como el aire? ... ¿ No entra ella en mi alma a cada instante, como el aire en mis pulmones?

Santa Catalina de Génova refiere que, cierto día, Dios le presentó una clara visión de sí misma, esto es, de sus malas inclinaciones contrarias al puro amor. Y comprendió que hubiera

preferido no existir más bien que haber ofendido al amor divino, no sólo con el menor pecado, sino con la más mínima imperfección[174].

CAPITULO V

LA PERFECCIÓN

Tercer grado de la piedad

— 18. Su objeto propio.

— 19. Alcance de esta palabra.

—20. Ex toto.

—21. La perfección según San Francisco de Sales.

18.° Su objeto propio.—Corregir el desorden de la imperfección, es decir, restablecer el orden en los detalles buenos o indiferentes de mi vida, de manera que vea, ame y busque en todo, habitualmente, a Dios en primer término y a mí únicamente después de Él, éste es el objeto propio de la perfección y ésta es la cima de la segunda etapa de la piedad. Los dos primeros grados corrigen los actos malos y los reprimen, la perfección aquilata los actos buenos y evita el desorden que los alteraría. Cuando los actos buenos son así perfeccionados no queda ya en mi vida vestigio de esta segunda parte del desorden, que consiste en preferir y anteponer mi placer a la gloria de Dios: todo este mal ha desaparecido; por eso este tercer grado de la ascensión total se llama la perfección.

19.° Alcance de esta palabra.—Esta palabra "perfección" no indica que el bien haya alcanzado la plenitud de su intensidad y que no es ya susceptible de aumento: en este sentido la perfección no está sino en Dios, donde el bien no tiene límites. No indica tampoco que el bien sea completamente puro, porque quedan todavía en mi alma aficiones ocultas que no van a Dios, y cuya multiplicidad veré más adelante ; no indica tampoco que las últimas huellas del desorden, eso que he llamado[175] división o "reparto" entre la satisfacción humana y la gloria divina, hayan desaparecido pero indica que el bien está puro del mal de las "preferencias" humanas, que no queda nada de ese vicio del trastorno de la gloria divina. nada de ese desorden de la dominación de la satisfacción humana: el buscarme a mí mismo antes que a Dios está totalmente excluido, y en este sentido el bien es perfecto, ha alcanzado una primera perfección relativa, la obra del enderezamiento está acabada; es, pues, la perfección del enderezamiento, o si se quiere, la perfección de las vías ordinarias. He aquí el verdadero alcance de la palabra "perfección".

20.° Ex toto.– ¿Qué es, pues, la perfección? — La perfección no es más sino el haber logrado cine el conocimiento, el amor y el servicio de Dios sea habitualmente lo primero en "todo"; es decir, la piedad que ha llegado a ese estado de perfección relativa, o sea, a la exclusión de "todo" trastorno. "Cualquier cosa que hagáis, sea de palabra o de obra", dice San Pablo,

"hacedlo todo en nombre de nuestro Señor Jesucristo, dando gloria, por medio de Él, a Dios Padre." (Col. 3, 17)[176]. "Así, sea que comáis, sea que bebáis o hagáis cualquiera otra cosa, hacedlo todo a gloria de Dios." (1 Cor. 10,31)[177] . Todo, absolutamente todo, dice el Apóstol; cada cosa en particular y todas las cosas en conjunto, omne quodcumque... omnia... cada cosa primeramente en su todo propio y particular, de manera que este "todo" esté verdadera y completamente ordenado y referido a Dios en primer término, omne quodcumque: ésta es la perfección particular del acto. Todas las cosas además en su conjunto general, en su todo orgánico, de tal suerte, que el encadenamiento de mi vida en su todo universal esté efectivamente subordinado al honor del nombre divino, omnia:ésta es la perfección del estado.

Este "todo" es lo que caracteriza la perfección, tanto la del acto como la del estado: Diliges ex toto... Aquí no son solamente todas las facultades del alma y del cuerpo evitando todo pecado, sino evitando además toda usurpación sobre los derechos de Dios. Esta disposición de ver, amar y servir a Dios ante todo, alcanza y comprende verdaderamente aquí todas las cosas, sin excepción alguna : Dios está realmente en su lugar, en la cumbre de mi vida.

Es Dios plenamente colocado en el lugar preferente, que es el que corresponde a su dignidad de Señor, y yo relegado en todo al segundo lugar, que es el que conviene a mi humilde condición de siervo. Un acto de mi vida es perfecto cuando esta subordinación se realiza por completo, y el estado de mi vida es perfecto cuando mi existencia entera está coordinada así.

21.° La perfección según San Francisco de Sales.—"Nooigo hablar sino de perfección", decía algunas veces San Francisco de Sales, "y veo muy pocos que la practiquen. Cada cual fabrica una perfección a su gusto... Por lo que a mí toca, ni sé ni conozco otra perfección que amar a Dios de todo corazón. Si amamos verdaderamente a Dios procuraremos agenciarle este bien de su gloria por nosotros mismos, refiriendo a su gloria nuestro ser con todas nuestras acciones, no sólo las buenas, sino también las indiferentes; y no contentos con eso, todavía desearemos y haremos diligencias y esfuerzos para atraer a nuestros prójimos a su servicio y amor, a fin de que por todos y en todas las cosas sea Dios honrado y glorificado, que en esto consiste nuestro fin y última consumación: éste es el fin de toda consumación y la consumación de todo fin (Salmo 118, 96)[178];los que nos forjan otras perfecciones, nos engañan."[179]

CAPITULOVI

EL ESTADO DE PERFECION

— 22. Elestado exterior.

— 23. El estado interior.

— 24.La perfección religiosa.

— 25 La perfecciónepiscopal y sacerdotal.

22.° El estado exterior.—Al hablar del estado de perfección es necesario distinguir entre el estado exterior y el estado interior, entre el estado de perfección por adquirir y el estado de perfección adquirida.

El estado de perfección exterior es una institución con organización de medios propios para realizar, más pronta y plenamente, el estado de perfección interior. Las órdenes religiosas han realizado este estado exterior de perfección en condiciones tan diversas como variadas son las vocaciones: son los institutos de la perfección. Las diferentes disposiciones y prácticas de culto y de disciplina están en ellas universalmente organizadas con la mira en este fin especial de facilitar a las almas escogidas las ascensiones hacia el total perfeccionamiento de su vida, y las almas que a ellas van con compromisos estables, a someterse a estas disposiciones de culto hacia Dios y de disciplina hacia sí mismas, se constituyen por este hecho en el estado exterior de perfección.

Constitúyense en él porque contraen obligaciones que las fijan en una situación permanente. Y es un estado de perfección porque, en su condición, todo — lo mismo los votos que la regla — les impone y les facilita la marcha hacia la plena reintegración del honor divino.

23.º El estado interior.—El estado de perfección interior es la perfección adquirida, es la realización efectiva del programa completo de la vida ascética; es el alma viviendo habitual y universalmente, por su espíritu, por su corazón y por los sentidos, en el conocimiento, amor y servicio de Dios ante todo ; es la piedad que ha llegado al término de su segunda etapa.

Pero el estado de perfección no está definitivamente establecido en un alma sino cuando ha adquirido la facilidad y la prontitud para conocer, amar y servir, lo primero, a Dios en todas las cosas, cuando puede ya hacer fácil y prontamente los sacrificios necesarios para mantener sin cesar su propia satisfacción en el lugar que le corresponde. Y este estado no es completo y acabado mientras esa alma no se sienta dispuesta a sacrificar hasta la vida antes que cometer una imperfección voluntaria: antes morir que buscarse a sí misma con preferencia a Dios, voluntariamente, en la más pequeña cosa: éste es el lenguaje de la perfección.

24.°La perfección religiosa.—El estado de perfección interior es, pues, aquel al cual un religioso se obliga a aspirar por sus votos. Aspirar a que la imperfección sea eliminada poco a poco, a que la gloria de Dios sea en todo definitivamente conocida, amada y buscada en primer término, a que la satisfacción personal no le usurpe jamás su lugar: tal es el fin de la vida religiosa.

Las vías superiores de la santidad no caen bajo la obligación de los votos como la vía de la perfección. Sin duda el religioso que ha dispuesto en su corazón las misteriosas ascensiones de la virtud no pondrá límite a su jornada en el camino de la perfección, como no lo pone Dios a sus llamamientos y a sus gracias, será feliz entrando en senderos más estrechos, si Dios le invita a ello; pero lo que le interesa ante todo es medir con la vista el camino que está obligado a recorrer y poner la mira en el fin al cual debe aspirar: este fin es la perfección, tercer grado de la piedad.

25. La perfección episcopal y sacerdotal.—Este es el estado en el cual, según Santo Tomás, deben estar constituidos los obispos, porque han recibido el magisterio de la perfección[180]. La perfección debe estar en ellos en estado activo, es decir, que no sólo deben ser perfectos,

sino también "perfeccionadores", encargados de conducir a los demás a la perfección[181]. La perfección en el religioso está en estado pasivo; el religioso aspira a la perfección, la recibe: el obispo tiene la perfección y la da.

Este es el estado que conviene al sacerdote, no por razón de las obligaciones contraídas por su ordenación o por su cargo, sino por razón de los actos sagrados que realiza; porque si quiere realizarlos dignamente, es preciso que tenga la perfección interior[182].

CAPÍTULO VII

LA PERFECCIÓN Y EL SACRIFICIO

— 26. La perfección no está en el sacrificio.

— 27. Mi aberració.

— 28. Mis fracasos.

— 29. Pero ¿seria más perfecto sacrificarse?

— 30. Hay sacrificios que son necesarios.

— 31. En qué medida.

— 32. El miedo al sacrificio.

26.°La perfección no está en el sacrificio.—La perfección en sí no exige de mí el sacrificio de mi satisfacción; lo que me pide es sólo que la ponga en su lugar, esto es, en segundo término. Así, por ejemplo, en el comer y en el beber no me exige sacrificios extraordinarios; puedo usar de las cosas que Dios me da, sin faltar en manera alguna a la perfección; lo esencial es que, en primera intención, lo haga por la gloria de Dios. "Sea que comáis, sea que bebáis", dice el Apóstol; no dice que no comamos ni que no bebamos. Comed y bebed, esto no es contrario a la perfección; hacedlo, pero al hacerlo, hacedlo por la gloria de Dios. Lo que precisa es que ni el placer ni la necesidad de comer o de beber sean el móvil dominante, la final y, sobre todo, la exclusiva intención del acto, porque en esto consiste la imperfección. Es necesario que el móvil eficazmente preponderante, que la intención principal sea, si no actualmente, por lo menos virtualmente, la gloria de Dios: en esto consiste la perfección. Esta cuestión de la intención actual y virtual será explicada más adelante[183].

La idea específica de la perfección no está en el sacrificio de mi satisfacción. Puesto que supongo que mi satisfacción es permitida y que no hay en ella ofensa de Dios, no está en contradicción con su gloria, no hay incompatibilidad alguna entre una y otra; basta que yo subordine la una a la obediencia de la otra y que las coloque en su orden esencial. Lo repito: la perfección no consiste en el sacrificio, sino en poner las cosas en su verdadero punto.

27.° Mi aberración.—¡Oh, cuán fácilmente me equivoco en este punto!. A la menor idea de perfección que me asalta recurro al sacrificio, hasta el punto de que la idea de perfección se confunde casi, para mí, con la idea de privación y de sacrificio: apenas la comprendo de otra manera. Cuando se apodera de mi corazón un fervor vehemente me lanzo por el camino de las penitencias y de las privaciones, creyendo que voy a encontrar luego en él la perfección. ¡Pobre extraviado! La perfección no está por ese camino.

Frecuentemente esos sacrificios son lo contrario de lo que se debe hacer. Porque mientras yo abrazo esas privaciones no pienso en enderezar mis caminos, continúo buscándome a mí mismo y el desorden persiste en el mismo estado. Con frecuencia también escojo esos sacrificios bajo la inspiración de mi capricho, de mis gustos del momento; hasta en su elección me busco a mí mismo. El acto mismo por el cual los escojo es, a menudo, acaso un desorden. Como actos satisfactorios pueden tener cierto valor, pero para conducirnos a la perfección no tienen ninguno; por lo menos con mucha frecuencia.

28.° Mis fracasos.—Por otra parte, esos sacrificios por mí elegidos tienen muchas veces el inconveniente de ser superiores a mis fuerzas y de no responder a las necesidades presentes de mi alma. Porque, en tanto que yo no haga la rectificación de mis intenciones, no estoy a la altura de esos sacrificios, no tengo las fuerzas suficientes para soportarlos. Por otra parte, la gracia, que proporciona su acción a los progresos de mi alma, no me es dada para eso, y entonces ¿qué sucede?— Que no produciendo esos ímpetus de generosidad los frutos que yo deseaba, no teniendo mi alma fuerzas para soportarlos, me desaliento, vuelvo a caer más bajo de lo que antes estaba, y el resultado más lastimoso de este triste ensayo es que creo imposible la perfección: me parece que he hecho todo lo que estaba en mi mano, que no he retrocedido ante el sacrificio, ¡y sólo he logrado descender!...

No podía suceder otra cosa: he hecho todo menos lo que era preciso hacer. ¿De qué sirve correr cuando no vamos por el camino que debemos llevar? Cuanto más aprisa se anda fuera del camino, más nos alejamos del término adonde vamos.

Por qué ir a buscar la perfección donde no está y no buscarla donde está?. ¿Por qué ir a buscarla lejos cuando la tenemos cerca?. En vez de sacrificar mi satisfacción, lo que debo hacer es enderezarla: ¡cuánto más sencillo es esto!. Aquí es donde está la perfección.

29.° Pero ¿sería más perfecto sacrificarse?—Pero, ¿no sería más perfecto sacrificar mi satisfacción?— Puede ser que si; pero antes de aspirar a lo más perfecto, está en el orden regular de las cosas aspirar primero a lo meramente perfecto: hacer sacrificios excesivos que la perfección no exige, mientras no hago lo primero que ella exige, es flagrante contradicción; es el caso de decir que lo mejor es enemigo de lo bueno.

Hay en esto un ardid, de los más pérfidos, del demonio, respecto a las almas de buena voluntad : muestra en esto su habilidad en alucinarnos, en sacar la cuestión de su quicio y en desviar nuestra atención del verdadero fin, bajo pretexto de un mayor bien que sabe perfectamente es imposible de realizarse. Por tanto, necesario es repetirlo, puedo disfrutar de satisfacciones legitimas, con la única condición, para ser perfecto, de ordenarlas en el lugar que les corresponde y dirigirlas de una manera actual o virtual, pero realmente eficaz, a la gloria de Dios.

30.° Hay sacrificios que son necesarios.—He dicho que la perfección "en sí" no exigía el sacrificio de mi satisfacción porque la idea de sacrificio, de renuncia a mi satisfacción, no es la idea específica de la perfección, no es lo que constituye su esencia; pero accidentalmente, por el hecho de mi naturaleza corrompida sobre todo, me veré frecuentemente obligado a practicar ciertas renuncias para restablecerme y mantenerme dentro del orden. Los sacrificios que para esto sean necesarios, debo hacerlos. Pero estos sacrificios no son exigidos por si mismos y como si en ellos consistiese la perfección ; sólo son empleados como medios indispensables o útiles para alcanzarla. Y precisamente por ser medios, de ellos trataré especialmente en la tercera parte de esta obra[184].

31.° En qué medida.—Así, volviendo a tomar el ejemplo antes puesto, si no quiero cercenar en el comer y el beber más que lo que es estrictamente pecado, sin cercenar jamás una sola de lassatisfacciones lícitas, me expondré indefectiblemente a dejar que mi satisfacción predomine, me aficionaré a ella en perjuicio de la gloria de Dios y me veré sumergido en el desorden. Si por el contrario no vacilo en privarme voluntariamente de satisfacciones cuyo sacrificio es útil al restablecimiento o a la conservación del orden en mi alma, entonces avanzo a grandes pasos.

Lo esencial no es, pues, ni privarme ni no privarme; lo esencial no está ahí, está más arriba: está en enderezar mis intenciones de tal suerte que vayan todas a Dios y a su gloria en primer lugar; he aquí lo esencial, he aquí el fin. Para esto no retrocedo ante ningún sacrificio necesario o útil ; pero si el sacrificio no me conduce a ese fin, ni siquiera pienso en él. De las satisfacciones lícitas disfruto libre y sencillamente bajo el beneplácito de Dios. Me preocupo, pues, más de enderezar mis intenciones que de privarme de unas u otras cosas: saber usar de todas las cosas es más perfecto que privarse de muchas, y con frecuencia hay más virtud y más provecho en utilizar y santificar un placer que en suprimirlo. La razón de esto ya la hemos dicho antes[185].

32.° El miedo al sacrificio.—Puede muy bien sucederme que sea víctima de un engaño bajo pretexto de ordenar mi satisfacción sin perjuicio de la gloria de Dios, o de ponerla a su servicio: y bajo apariencias de la gloria de Dios, estoy en el fondo más apegado a mi mismo que a Dios, y me busco a mí más que a Dios. ¡Son tan sutiles los ardides del amor propio y tan pérfidas las astucias del tentador!. ¿Cuántas veces no me acontece que hasta encuentro el especioso pretexto de la mayor gloria de Dios para legitimar, no solamente imperfecciones, sino verdaderos pecados?. ¿Qué es preciso hacer en este peligro?, porque éste es un peligro y un gran peligro. —Es necesario, sencillamente, que vigile para conservar recta y pura mi intención ; ver sinceramente si no trato de equivocarme y engañarme a mí mismo,lo cual indica la conciencia, con bastante claridad, a aquel que quiere interrogarla seriamente ; y por lo demás, entregarme y abandonarme a Dios. Porque Dios se encarga de desvanecer las ilusiones involuntarias allí donde las haya; se encarga de arrancar a una alma engañada la satisfacción que la tiene embaucada; y cuando esta satisfacción le es arrancada violentamente, entonces es cuando siente las proporciones que su afición había tomado. La dificultad de la separación indica el grado de concupiscencia en la posesión[186]. Al tratar del examen de conciencia[187]veré el medio práctico de evitar las ilusiones del amor propio; y en la segunda parte[188] veré cuáles son las dos clases de sacrificios impuestos, de una parte, por la voluntad manifestada de Dios, y de otra, por su voluntad de beneplácito.

CAPÍTULO VIII

EL ESTADO DE MI ALMA

— 33. ¿En qué estado me encuentro?

— 34. La utilidad humana.

— 35. En la vida ordinaria.

— 36. El interés de Dios y el mío no son incompatibles.

— 37. En la vidaespiritual.

— 38. ¡Si quisiera sondearme!

33.° ¿Enqué estado me encuentro?— ¿En qué estado se encuentra mi alma en punto a perfección?... ¡Ay! ¿Acaso no vivo habitualmente en el desorden? ¿No es mi vida un continuotrastorna del orden? Veámoslo. ¿Por qué motivos obro yo habitualmente? ¿No es ante todo y sobre todo por mí mismo? ¿Cuál es la preocupación dominante de mis pensamientos? ¿Cuál es la tendencia preferente de mis afectos? ¿Cuál el móvil preponderante de mis acciones? ¿No soy yo mismo, mi placer, mi conveniencia, mi interés, mi humor, mi capricho, mis gustos? ¿Siempre yo, yo en todas partes?...

Hablo del bien que hago, o que creo hacer, pues no se trata aquí de pecado formal. Si; en esta parte de mi vida que es, con mucho, la más importante, puesto que ocupa casi todos mis instantes ; en esta continua sucesión de acciones buenas o indiferentes de que se compone el curso de mi vida, lo que veo ordinariamente, en primer lugar, es a mí mismo, lo que amo soy yo mismo, lo que busco es mi contento, mi gusto, mi placer. Me pongo en general antes que Dios, mi placer antes que su gloria... ¡Instinto de la mala naturaleza!... ¡Trastorno!...¡Desorden!... ¡Dios mío!. ¿Es posible que mi vida sea un perpetuo desorden? ¡Ay! Todo lo que yo me imagino ser mis buenas acciones, mis obras de justificación... todo esto no es más que un sucio y hediondo trapo (Is. 64, 6)[189].Y si el bien que yo creía en mí, y del que tal vez me jactaba con demasiada facilidad, si este bien es vil y mezquino, ¿qué objeto de horror debo ser a los ojos de Dios, cuando la infección más asquerosa de numerosos pecados viene sin cesar a aumentar la perversión?... Si mis pretendidas justicias no son más que inmundicias, ¿qué soy yo, Dios mío?...

34.ºLa utilidad humana.—Pero es conveniente examinarme de más cerca: la regla de mi vida debería ser ver, amar y buscar la utilidad divina antes que la utilidad humana, y subordinar la utilidad humana a la utilidad divina. La utilidad divina de las cosas, su eficacia para servir al progreso de la vida divina en el alma, ¿cuándo la he medido? ¿Qué es lo que conozco de ella? ¿Cuál es la criatura en la que yo estoy habituado a ver, amar y buscar principalmente la gloria de Dios?... La regla universal, constante, primera, instintiva de mis juicios, de mis afectos y de mis acciones, es mi interés "humano"[190]. Esto lo veo bien, lo veo fácilmente, lo veo en todas partes; y como lo veo, lo amo y lo busco y en ello me detengo.

Pero ¡la gloria de Dios!... Acontecimientos, personas, cosas, todo esto lo juzgo bueno o malo según las mayores o menores ventajas humanas que encuentro para mí o para los demás;

acontecimientos, personas, cosas, todo esto lo llamo bueno o malo según la mayor o menor satisfacción o utilidad humana que esto me trae a mí o a los demás. La regla habitual de mis ideas y de mis palabras es la utilidad humana ; acontecimientos, personas, cosas amo o detesto, en general, según la mayor o menor satisfacción que en ellos encuentro. La regla ordinaria de mis afectos es la utilidad humana. Lo mismo en cuanto a personas que en acontecimientos y en cosas, busco o evito en todo, por costumbre, lo que me agrada o lo que me desagrada, lo que me sirve o lo que me perjudica humanamente, a mí o a los demás: la regla más universal de mis acciones es la utilidad humana.

35.° En la vida ordinaria.—Si con ánimo resuelto yo pusiese mis juicios, mis gustos, mis inclinaciones y mis hábitos en parangón con las máximas del Evangelio, ¿los encontraría conformes con estas máximas? Así, por ejemplo, la pobreza, la mansedumbre, la humildad, las lágrimas, el hambre y sed de justicia, la misericordia, el amor a la paz, las persecuciones, las calumnias, los oprobios, todas esas cosas que Nuestro Señor llama bienaventuranzas, el mundo las califica de desdichas o tonterías. Las realidades presentes de mis conversaciones y de mi conducta, ¿se asemejan más a las de Nuestro Señor que a las del mundo?... Respecto al amor a mis enemigos, al amor a las cruces, a las privaciones, a la vida retirada y oculta, sencilla y sobria, al desprecio de mí mismo, al odio de todo lo que es ocasión de escándalo y obstáculo para la vida divina; respecto a la confianza en la divina Providencia, a la eficacia de la oración, a la utilidad del ayuno y la abnegación, a la limosna, en una palabra, en punto a los consejos evangélicos, ¿soy digno de ser llamado discípulo de Jesús?... En las vicisitudes de los acontecimientos diarios, generales o particulares, ¿cuál es mi preocupación y cuál mi facilidad en ver el adelanto del reino de Dios en mí y en la humanidad?. Porque ésta es la gran significación de los acontecimientos, y así es como los miran Dios y los hombres de Dios. Pero yo estoy ajeno todavía a las ideas de Dios, y muy lejos aún de las miras de los hombres de Dios. El mundo humano está abierto de par en par para mí, y en cambio muy cerrado el mundo divino.

36.° El interés de Dios y el mío no son incompatibles.—Digámoslo tina vez más: el mal no está en que yo piense en mis intereses, ni en que yo mire a la utilidad humana de las cosas; mi satisfacción, aun siendo simplemente instrumental, puede muy bien juntarse a la gloria de Dios, y muchas veces hasta debe juntarse a ella. Nunca me lo repetiré demasiado: para su gloria y para mi felicidad en Él ha querido Dios que yo crezca, que yo ejercite mi espíritu, mi corazón y mis sentidos; y para crecer en ese ejercicio quiere que yo emplee los instrumentos puestos a mi disposición ; y para manejar útilmente esos instrumentos quiere que use del placer criado; de consiguiente, no hay incompatibilidad entre mi satisfacción y su gloria; la una no excluye a la otra, la una llama a la otra, pero es menester que la satisfacción no predomine ni sea puramente humana, como sucede más o menos habitualmente en mí. No, en verdad; en el curso ordinario de mi vida no creo que haya un pensamiento, un afecto, una acción, en los que la gloria de Dios tenga en absoluto todo su lugar, salvo, tal vez, las raras ocasiones en las que he aceptado plenamente un sufrimiento.

37.° En la vida espiritual.—Pero al menos en el terreno espiritual, ¿son más rectos mis caminos? — Ahí, sin duda, busco un poco más el interés de Dios, pero ¡cuántas veces es suplantado por las miras del interés personal! Mis ejercicios de piedad me parecen buenos cuando me causan contento; tengo por buena una ocupación a que me he dedicado si me ha

producido mucha satisfacción, pero si no he experimentado gusto, encuentro todo eso malo. ¿Cuál es la regla de estos juicios? — Mi satisfacción personal.

Voy de muy buena gana a buscar consuelos en la comunión, en la meditación, en la oración. Todo esto está bien si con esos consuelos busco el medio de animarme y de fortificarme para cumplir mi deber: ¡el alma tiene tanta necesidad de gozo para estar alerta en el servicio de Dios![191]... Pero la razón de mis preferencias por tal o cual ejercicio no es, frecuentemente, sino el placer que en él encuentro, del cual disfruto y en el cual me detengo. Es a mí a quien veo, a mí a quien amo, a mí a quien busco en todo esto. Y ¿cuál es la razón de mi fidelidad más exacta a tal ejercicio, o de mis constantes infidelidades a tales otros? — Mi consuelo. Cuando encuentro este consuelo que voy buscando, y con el cual me contento, me jacto del éxito de estos ejercicios, los creo perfectos y a mí con ellos, y mientras esto marcha así bien, persevero gustosamente en ellos. Pero ¡llega la sequedad!... Todo está perdido, todo está vacío, los ejercicios no valen ya nada, y yo menos todavía que ellos, los abandono y me desaliento. ¡He aquí cómo juzgo hasta de los mismos ejercicios de piedad!... Están muy llenos de mí mismo y muy vacíos de Dios.

En las demás obras sobrenaturales, de sacrificio y de caridad, por ejemplo, ¡qué lugar no tienen las preocupaciones de la estimación de las gentes, los anhelos de la alabanza, las esperanzas del agradecimiento, los deseos de éxito, etc.!. ¡Cuánta necesidad siento de complacerme en lo que hago!... ¿No estoy, por lo regular, triste y desalentado cuando no cosecho todo esto?. ¿ No mido con demasiada frecuencia el valor de mi trabajo por la suma de goces que me procura?. ¿No me aficiono a él en la proporción de los consuelos que tengo?. ¿No me apego a él según la satisfacción que me brindan? Juicios, afectos y acciones están, aquí también, regulados por mi amor propio.

38.° ¡Si quisiera sondearme¡—Vida natural, vida espiritual, casi todo está en mi inspirado, regulado, dirigido, dominado por mi satisfacción. ¡Qué terrible examen de conciencia si quisiera entrar en los detalles de mis pensamientos, de mis afectos y de mis acciones!... ¡Cómo vería en todo, por todas partes y siempre, el maldito instinto de mi satisfacción egoísta suplantar más o menos la gloria de Dios!... ¡En todo!... ¡Ay, jamás llegaré a saber cuán gran desorden hay en mi vida!... Yo, en todas partes lo primero... Dios, relegado sin cesar al segundo lugar o apartado por completo: en lo que hago, en lo que me acontece, en lo que busco o en lo que evito, soy yo mismo a quien veo en primer término; amo o detesto por mi interés... ¿Me sirve esto para la gloria de Dios? — He aquí la primera pregunta que debería estar acostumbrado a hacerme, en presencia de todas las cosas, y que tan rara vez me hago... ¿Me sirve esto para mi utilidad o para mi placer? — Esto es lo que miro siempre en primer lugar, cuando sólo debería mirarlo en segundo y únicamente como consecuencia o como medio de la glorificación divina... ¿He sabido jamás lo que es la perfección?

CAPÍTULO IX

EL ESTADO GENERAL

— 39. El estado de la sociedad.

— 40. Las ideas de la Biblia.

— 41. Los siglos de fe.

— 42. Las ideas actuales.

39.° El estado de la sociedad.—Este mal es también el gran mal de la sociedad. Todo en la sociedad está organizado para el hombre;el interés humano lo domina todo, lo inspira todo, lo dirige todo, lo resume todo. ¿Qué lugar tiene la gloria de Dios en las familias, en las asociaciones, en las corporaciones constituidas? ¿Dónde está la idea de Dios en la industria, en el comercio, en las ciencias, en la política, en la historia, etcétera?— En las relaciones humanas el interés humano es el que absorbe universalmente las ideas, los afectos y los esfuerzos; todo converge hacia él. La idea de Dios y de su gloria se va debilitando y desapareciendo; el hombre excluye a Dios.

Tomo el ejemplo de la historia, que es tal vez el más patente. La historia debería ser el esplendente cuadro de la gloria de Dios a través de las vicisitudes humanas, de la acción divina en medio de las agitaciones de los pueblos. Pero hoy no es más que el triste cuadro de las convulsiones de la humanidad. Así todo es mentira en su origen y en su fin. Esta es la gran herejía revolucionaria, el hombre en el lugar de Dios.

40.° Las ideas de lo Biblia. —¡Qué contraste con lo que nos muestra la Biblia!. En la vida de los patriarcas se ve que Dios, su Dios, era todo para ellos: Él domina, inspira, dirige eficazmente su vida; en su historia se siente a cada instante pasar el soplo de Dios. Lo mismo ocurre en toda la historia del pueblo escogido: Dios es el centro de todo. Si las pasiones humanas le arrastran a veces hasta olvidarse de Él, los castigos le obligan bien pronto a recordarlo; y bajo el azote de la justicia, el grito que se escapa y que pide la victoria sobre los enemigos, es siempre en primer lugar el honor de Dios. "Libradnos, ¡oh Dios! por la gloria de vuestro nombre." (Salmo, 78, 9)[192]. Y cuando se ha logrado la victoria se regocijan, sobre todo, de que Dios ha sido glorificado (Ex. 15, 1)[193]. Cuando Moisés (Núm. 14, 13)[194], Judit (Jud. cap. 9.)[195], Esther (Est. cap. 14.)[196] quieren obtener la salvación de su pueblo, invocan la gloria del nombre de Dios, y por este motivo de su gloria Dios salva a su pueblo (Salmo 105, 8)[197]. ¡Qué lugar no ocupa en los salmos la gloria de Dios!. Ella es el fin supremo y constante de estos sublimes cantos.

41.° Los siglos de fe.—En las edades y países de fe Dios tenía un lugar más práctico y más vivo en las costumbres de los pueblos fieles. Nada lo expresaba mejor que el lenguaje popular. En los modismos y frases de la conversación familiares donde mejor se refleja el estado de las almas. Ahora bien, ¿cuándo y cómo se hablaba de Dios en los tiempos y en los países en que las ideas de fe dominaban?— El nombre divino resonaba a cada instante y con oportunidad y verdad admirables. Se decía con tanta sencillez como profundidad: "gracias a Dios, bendito sea Dios, si Dios quiere, con la ayuda cíe Dios", y otras frases semejantes; las escrituras y documentos privados principiaban con la señal de la cruz, los documentos públicos, con la invocación a la Santísima Trinidad, las leyes se dictaban en nombre de Dios; la costumbre de las primicias, legado de la Ley antigua, consagrándole los primeros frutos de las cosas; la autoridad paterna, judicial y civil obrando como por delegación divina; el respeto a las personas, a las solemnidades y a las cosas santas; el horror que inspiraba la blasfemia, y las penas severas con que era castigada, y tantas otras costumbres, muchas de ellas olvidadas y abandonadas ya, atestiguaban prácticamente que la idea divina ocupaba en todo el primer lugar: Dios vivía y reinaba en las ideas, en las leyes, en las costumbres, en las prácticas y en las

instituciones. La miseria humana existía entonces, como existe ahora, como existirá siempre; pero Dios era ensalzado y acatado por encima de la miseria humana: se le reconocía como rey de las almas y de los cuerpos, de los individuos y de los pueblos, del tiempo y de la eternidad, y su realeza y su soberanía eran proclamadas por encima de todo.

42,° Las ideas actuales.—En nuestro siglo utilitario, si se recurre todavía a Dios es más bien por la necesidad que de El se tiene que por el motivo de su gloria. ¡Todavía se conoce el amor de la concupiscencia, pero el de la benevolencia!... Pedir ante todo que Dios sea glorificado, y regocijarse sobre todo de que lo sea, lo hacen sólo algunas almas que desgraciadamente son cada vez menos en número. Y esta grande herejía que rompe la unión de Dios con el hombre, la coordinación del uno al otro, todos la aspiramos, penetra en todas partes, obscurece las inteligencias, extravía los sentimientos, pervierte las acciones. "Dios sabe cuán vanos y falsos son los pensamientos de los hombres."(Salmo 93, 11)[198]. Esta atmósfera nublada y malsana se ha insinuado hasta en el santuario y en el claustro, y lentamente, en pequeñas dosis, pero constantemente infiltra su veneno en todas partes.

¡Oh, qué terrible es tener que andar en esta niebla densa como las tinieblas y respirar esta atmósfera pesada como la muerte!,.. ¡Y qué difícil es arrojar el virus introducido en el organismo espiritual y sanear completamente el conocimiento, los afectos y las acciones Sin embargo,si queremos vivir es preciso hacerlo, es preciso a toda costa; si no, el virus, insinuándose cada día más profundamente, nos matará, matará en nosotros toda vitalidad cristiana y nos acarreará la putrefacción de los cadáveres. ¡Ah, cuán enfermos estamos!

CAPÍTULO X

¿DÓNDE ESTÁ EL MAL?

— 43. El centro del mal.

— 44. El mal está en no ver o en ver mal.

— 45.Valor de los libros sentimentalistas

— 46. Los dogmas forman a los pueblos.

43. El centro del mal.—A la luz de estos principios puedo analizar mejor el mal de mi vida. El mal no está solamente en la parte inferior del alma, donde ésta sufre la tiranía de las pasiones que exigen satisfacciones desordenadas. Hay indudablemente ahí muchas agitaciones, muchas heridas que me hacen lanzar crueles gemidos y suspirar como San Pablo: "¡Desventurado de mí!, ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte?" (Rom. 7, 24)[199].El mal está ahí, sí; pero está más alto todavía.

La voluntad también está enferma. Flaca y siempre fluctuante, no sabe buscar su apoyo en Dios; y entregada a sí misma, no tiene energía para resistir a las solicitaciones perversas de la naturaleza, y su cobardía da lugar a muchas caídas. El mal está ahí también; pero está más alto todavía.

La inteligencia está más atacada, tal vez, que la voluntad y la sensibilidad: no conoce o conoce mal. Y cuando no conozco, o conozco mal, ¿para qué me sirven la voluntad y la sensibilidad si no es para extraviarme siguiendo las falsas indicaciones del espíritu? "Cuando un ciego guía a otro ciego, ambos caen en la fosa."(Mat. 15, 14)[200]

44.°El mal está en no ver o en ver mal. — El mal más profundo de mi alma está, pues, en la inteligencia, está en las ideas. Porque juzgo las cosas desde el punto de vista de mi interés egoísta y de mi placer ; y viéndolas así, así las aprecio y así obro en consecuencia. La acción y la voluntad están viciadas, sobre todo, porque lo está la inteligencia. Mis acciones dependen de mis afectos, mis afectos, de mis ideas; y desde el momento que mis ideas son falsas, mis afectos y mis acciones resultan falseados. "Verdaderamente", dice el P. Surin, "nuestros defectos proceden casi todos de la perversidad de nuestros juicios y de que no referimos las cosas criadas a su principio, como deben hacerlo los hijos de Dios."[201] . "La vía de la justicia, he ahí nuestra vía", dice San Agustín. "¿ Cómo no caer en esta vía cuando se carece de luz?. Por esto, en esa vía, la primera necesidad es ver, el gran negocio es ver."[202]. Si ver es la primera necesidad y el gran negocio, no ver es la gran desgracia, ver mal es el gran peligro. Mi mayor mal es, pues, no ver o ver mal.

45.°Valor de los libros sentimentalistas.—Ahora me doy cuenta del valor de esos libros de piedad que tanto abundan por todas partes y cuya ciencia consiste toda en conmover la sensibilidad. ¡Curar el alma con emociones cuando el gran mal está en la inteligencia!... Verdaderamente, es pretender curar una enfermedad del pecho poniendo ungüento en el pie!.Éste es todo el valor de esos libros. ¿Quién nos volverá a enseñar la piedad teológica de los grandes siglos de la fe?.

En verdad, es cosa de preguntarse si esta exuberancia, por desgracia demasiado fecunda, de literatura sentimentalista en la piedad, no es una plaga tan desastrosa como la literatura inmunda que nos salpica con sus nauseabundas producciones. Porque al fin el libro inmundo sólo se dirige a las almas que bullen en un ambiente grosero, pero los libros de piedad se dirigen a esas almas superiores a las cuales Dios ha confiado la misión de atraer y levantar a las masas a regiones altas y puras. Al rebajar y marchitar estas almas, ¿esos libros no causan, de rechazo, un daño mayor y más grave a la sociedad a la que esas almas, mal dirigidas, no podrán ayudar a levantarse, puesto que ellas mismas no se elevan ya?. Tanto más cuanto que las almas superiores son relativamente escasas en número, y el mal que se les hace perjudica a todas aquellas a quienes hubieran debido atraer. El sentimentalismo en la piedad explica el materialismo en la sociedad. Y hay una enseñanza profunda en la marcha paralela de estas dos literaturas.

46.° Los dogmas forman a los Pueblos.—"Los dogmas forman a los pueblos", ha dicho de Bonald; ésta es una de las frases más profundas de ese profundo pensador. Si forman los pueblos también forman los individuos. "No me cansaré de repetirlo", dice de Maistre, otro gran pensador, "el hombre vale según lo que cree."[203]. El hombre, en efecto, vale por sus ideas y es lo que son sus ideas. La decadencia de la verdad es lo que produce en el mundo la desaparición de la santidad (Salmo 11, 2)[204].

Por eso la primera y la más urgente necesidad para mí es rectificar mis ideas sobre mí mismo, sobre las criaturas y sobre el uso que de ellas debo hacer. Mientras no rectifique esto nada se restablecerá en mí; mientras mis esfuerzos no tiendan directamente a eso serán estériles, La fe

es la que purifica el corazón (Hech. 15, 9)[205]. La fe es el conocimiento de la verdad, la verdad es la gloria de Dios vista en todo, y la verdad es el elemento primero y director de la piedad. Cuando yo haya logrado este conocimiento de la verdad, claro, habitual y dominante, mi corazón será pronto purificado y mi vida será piadosa.

CAPÍTULO XI

EL ENDEREZAMIENTO

— 47. Saber y ver.

— 48. Influencia del hábito sobre los actos.

— 49. La intención de la mañana, su valor.

— 50. Intención actual y habitual.

— 51. Transformación completa.

47.º Saber y ver.—¿Pero nosabía yo, ya, que es preciso hacer todo por la gloria de Dios? — Lo sabía, sin duda, pero, ¿lo veía?... Una cosa es saberlo y otra cosa es verlo. ¿Qué importa un conocimiento, más o menos especulativo, confiado a la memoria, donde queda dormido?... ¿Qué importa el saber que no dirige la voluntad?... Lo que importa es el conocimiento práctico, positivo, vivo, no por actos sin cesar repetidos, lo cual sería imposible, sino llegando a constituir un estado de alma y a formar un hábito interior.

¿He visto prácticamente esta permanente lucha de mi propia satisfacción contra la gloria de Dios?... ¿Esta preferencia, esta dominación habitual de mi interés egoísta?... ¿Este hábito de verlo todo con relación a mi placer humano?... El mal está en no ver esto, en no pensar en ello y en perpetuar en mí, por el hecho positivo de mi conducta diaria, "hábitos" de espíritu más o menos extraviados.

48.° Influencia del hábito sobre los actos. —Porque el valor de mis actos depende mucha de mis hábitos, pues el estado interior de las facultades modifica profundamente la naturaleza de sus acciones; y así el estado de pecado mortal quita en absoluto todo valor eterno y meritorio a los actos, aun a los heroicos, ejecutados en tal disposición. "Las mejores intenciones y las acciones más hermosas", dice San Pablo, "no impiden que yo sea nada, que nada tenga, que nada valga, si no tengo caridad." (I Cor. 13, 1.)[206]¡A cuántos pecados arrastra por otra parte su carencia!.

De la misma manera, si mis hábitos interiores, si mis tendencias ordinarias son venialmente culpables, sin quitar todo su valor a las acciones buenas, disminuyen singularmente su mérito y son fuente de numerosas faltas; y si vivo en estado de imperfección, este estado repercute inevitablemente sobre los actos si no le son sustraídos por una intención contraria. Sea cualquiera esta intención, ya sea actual o ya sea habitual, es necesario que tenga virtud, por lo menos, para alcanzar al acto y sustraerlo a la influencia opuesta.

49.º La intención de la mañana, su valor.—¿Pero no enderezo mi intención todas las mañanas, ofreciendo y dirigiendo todas mis acciones del día a la gloria de Dios? — Sin duda, y esto es muy bueno; pero esto que hago por la mañana es un acto, y un acto no destruye un hábito: puede momentáneamente interrumpirlo y producir cierto efecto, hasta que la costumbre vuelva a preponderar. Este acto no destruye el hábito que tengo de juzgarlo todo desde el punto de vista de mi interés y de mi egoísmo; tanto menos, cuanto que es un acto de la voluntad, y un acto de la voluntad no es directamente contrario a un hábito de la inteligencia. Si yo no tuviese un hábito contrario, la intención de la mañana extendería normalmente su virtud sobre todas las acciones del día; pero el hábito de buscarme a mí mismo está ahí, y este hábito está en posesión, y hasta que el hábito de la piedad no venga a suplantarlo, no se interrumpe más que momentáneamente por los actos rectamente dirigidos.

Es un hecho que a pesar de esta buena intención de la mañana continúo viendo y procurando habitualmente mi interés y mi satisfacción en primer término; la idea prácticamente inspiradora y directora de mi conducta es siempre la de mi interés, y la buena intención no la ha corregido apenas. Tanto menos podía corregirla cuanto menos veía yo el principal asiento del mal.

Entonces, ¿esta dirección de mi intención por la mañana, no tiene valor alguno? Tiene uno muy grande. En primer lugar es un acto muy meritorio, puesto que está completamente dentro del orden; además, podrá extender su influencia a todos aquellos actos en los que no predomine el buscarme a mí mismo; y por último, por su repetición diaria, podrá ayudar a criar en mí el gran hábito de ver, amar y buscar a Dios, lo primero y ante todo.

50.º Intención actual y habitual.—¿Es, pues, necesario pensar "actualmente"... en la gloria de Dios en cada una de mis acciones? En manera alguna; como tampoco es necesario ver actualmente mi interés en todo para que, sin embargo, yo me busque habitualmente a mí mismo. ¿No es verdad que por la fuerza de la costumbre veo, amo y busco mi interés, mi placer y mis gustos, sin casi pensar en ello, inconscientemente, por decirlo así, instintivamente?. Esto se hace por sí solo. Es propio de todo hábito definitivamente asentado en el alma, el hacer obrar sin que el alma tenga una atención clara a su influencia: el hábito se percibe tanto menos cuanto más arraigado está. Tengo de tal suerte el hábito de obrar por mí, que ya no lo advierto; me domina tan completamente, que ya no lo siento.

Pues bien; es preciso llegar a formar en mí un hábito de esa intensidad para la gloria de Dios. Es necesario que el conocimiento, amor y servicio de Dios invadan todas mis potencias y las dominen tan completamente, que ya no necesite percibirlas de manera distinta. Es necesario que la piedad llegue a ser el movimiento primero de mi alma, en el mismo grado que lo es ahora el buscarme a mí mismo. Es necesario que el movimiento de la gracia ocupe el lugar, el oficio y el imperio poseídos ahora por el movimiento de la naturaleza; es necesario que lo divino obre en mí en las mismas condiciones en que ahora obra lo humano. Es necesario que se establezca en mi alma una orientación y como una imantación de la fina brújula del alma, que la haga dirigirse siempre hacia Dios y, por último, fijarse en Él. Entonces habré llegado a la perfección, e iré a Dios tan fácil, tan prontamente, iba a decir tan naturalmente, como voy ahora a mí mismo. ¿Cuándo sucederá esto?...

He aquí el fin. En la tercera parte veremos los medios para alcanzarlo[207].

51.° Transformacióncompleta.—En suma, es una transformación completa la que hay que hacer : hay que invertir mi vida entera, hay que volver de arriba abajo mis pensamientos, mis

afectos y mis acciones, hay que modificar profunda y radicalmente mi manera, excesivamente humana, de ver, de amar y de obrar. Es necesario que adquiera ideas nuevas sobre todas las cosas, afectos nuevos para todas las cosas, una conducta nueva en todas las cosas; es necesario desnudarme del hombre viejo, con sus acciones, y revestirme del nuevo (Col. 3, 9l0)[208]. ¡Cuán profundas son estas palabras tan sencillas: ver, amar y buscar a Dios en todo, y todo para Dios!.

Sin saberlo, sin reflexionar, por la pendiente de mi naturaleza he llegado a ver, amar y desear todo para mí. El lugar indebidamente dado a mi satisfacción es preciso dárselo ahora a la gloria de Dios. ¡Qué trabajo!. Cuando ésta esté instalada al frente de todos mis pensamientos, sobre todos mis afectos, en la raíz de todas mis acciones, sólo entonces podré decir : he llegado a la perfección. ¿Cuándo seré perfecto, Dios mío?

LIBROIV

LAS CUMBRES

He aquí las altas regiones de la piedad. Trátase ahora de hacer desaparecer el "reparto", la yuxtaposición de una parte del interés humano, que queda todavía al lado y fuera del divino; y este reparto o división debe borrarse del todo, a fin de que no haya para mi vida ningún fin fuera de Dios, y que la unión de mi ser a su ser y de mi vida a su vida sea absoluta.

Voy a ver en dos grados sucesivos cómo ese interés languidece primero en el olvido, y muere en seguida en el anonadamiento. Languidez y muerte de lo "humano": éstos son los dos grados superiores de la piedad. Estas ascensiones pertenecen a lo que se llama la vida unitiva.

En esas regiones superiores ciertos estados del alma son llamados vida mística, porque el alma entra entonces en los secretos de la intimidad divina: Dios la esconde, lejos de la agitación de los hombres, en el secreto de su rostro (Salmo30, 21)[209],y en el misterio de esta intimidad Dios obra operaciones tan misteriosas como ese mismo secreto; y de estas misteriosas o místicas operaciones de Dios es de donde han tomado estos estados superiores del alma el nombre de "vida mística".

CAPITULO I

LA SANTIDAD

Cuarto grado de la piedad

— 1.Trabajo hecho y trabajo por hacer.

—2. Los actos de la santidad.

—3. El estado de santidad.

— 4. La mayor gloria de Dios.

— 5. La indiferencia.

1.º "Trabajo hecho y trabajo por hacer.—Cuando haya llegado a ese bienaventurado estado de un alma en el que todo está enderezado, cuando haya alcanzado ese tercer grado de la piedad, o sea la perfección, ¿estaré ya en la cumbre? — Estaré ya muy alto, aunque sin embargo lejos todavía de las cumbres; estoy sobre una primera eminencia, muy difícil de alcanzar y a la cual llegan pocas almas, pero sobre esta altura se levantan otras: son las altas cumbres que tocan el cielo.

Sobre la perfección ordinaria está la santidad. La perfección ha alejado definitivamente el primer mal, ha expulsado el desorden de las preferencias humanas; y se llama perfección porque vuelve el estado de mi alma puro de todo trastorno. Elbien se ha obtenido, Dios es lo primero ; pero la pureza interior está lejos de haber alcanzado toda su expansión; hay grados infinitos en el desarrollo superior de mi purificación integral.

En los tres grados considerados hasta aquí, el alma se ha purificado sucesivamente del mal del pecado mortal, del pecado venial y de las imperfecciones. Está ahora desembarazada, libre, curada ; va a poder lanzarse por la carrera del bien sin mezcla, de la luz sin nubes, del amor sin división.

Se ha hecho una gran obra ; el desorden de preferir mi interés a la gloria de Dios ha desaparecido, pero mi unión con Dios está lejos aún de su consumación; mi satisfacción está sometida, pero todavía no ha vuelto a entrar en Dios. Hay que emprender un nuevo trabajo, o más bien, son las ascensiones del alma que continúan, pues el principio de vida que hay en ella va desarrollando su acción en un movimiento sin interrupción.

El alma entra en la santidad.

2.° Los actos de la santidad.— ¿Qué es la santidad ? — Un ejemplo me lo hará comprender fácilmente. El comerciante, que en un negocio licito puede ganar doscientas pesetas, ¿se contentará con cien? — Evidentemente no. La condición fundamental de las negociaciones comerciales es que cada cual procure lealmente lo que conviene a sus intereses. Esto es lo que asegura la emulación, el progreso y el éxito.

Yo estoy obligado a procurar la gloria de Dios ; es el fin esencial de mi vida; las criaturas me han sido dadas para esto. Pero entre las criaturas hay unas que procuran la gloria de Dios más que otras. Si no quiero que mi conducta no sea más irracional que la del más inepto comerciante, debo escoger las criaturas que más procuran la gloria de Dios. Si no me cuido de elegir aquellas que me son más útiles para este fin, voy claramente contra la razón y contradigo con mi conducta el principio fundamental de mi existencia. Si quiero poner en este negocio — el único esencial — el cuidado y exactitud que los hombres ponen en sus negocios materiales, debo hacer distinción entre las criaturas y escoger aquellas que procuran más la gloria de Dios. Esta elección de lo más perfecto es el acto propio de la santidad.

3.° El estado de santidad.—Mas la santidad es un estado, un estado está constituido por un hábito, y el hábito está caracterizado por la facilidad y prontitud en hacer los actos propios de ese estado: la santidad será, pues, la prontitud y la facilidad en ver, amar y escoger, en todo, aquello que procure la mayor gloria de Dios. Diliges ex toto... Cuando todas las potencias, el

espíritu, el corazón y los sentidos han adquirido esta facilidad; cuando en todas las cosas es pronta y fácilmente conocida, amada y abrazada la mayor gloria de Dios, entonces es cuando la santidad está establecida en el alma.

El trabajo propio por medio del cual se logra llegar a ese estado, es el de ver en las criaturas no ya simplemente la gloria de Dios, lo cual es objeto de los tres grados precedentes, sido ver en qué grado cada criatura concurre a esta gloria, y hacer la elección de aquellas que más contribuyen a ella. El lema de San Ignacio: "A mayor gloria de Dios"[210],es la fórmula de este trabajo. Se obliga uno a esto cuando se hace lo que se llama el voto de lo más perfecto; voto hecho por muchos santos, entre otros, por Santa Teresa, Santa Juana de Chantal y San Alfonso María de Ligorio.

4.° La mayor gloria de Dios.—Dos cosas caracterizan este estado: primera, la preocupación única de la mayor gloria de Dios; segunda, el olvido de sí mismo. Ante todo, la preocupación de la mayor gloria de Dios. En los tres grados anteriores el cuidado principal del alma ha sido establecer el equilibrio entre su propia satisfacción y la gloria de Dios, impedir que aquélla usurpe el lugar de ésta y establecer el honor de Dios en el punto culminante de su vida: ahora el orden está ya realizado, la paz afirmada, la satisfacción sometida definitivamente. No se trata ya de establecer el equilibrio entre mi satisfacción y la gloria de Dios; hay que establecerlo mucho más arriba. Ya no me ocupo sino de los intereses de mi Dios, y peso cada una de las criaturas para saber cuál es la que tiene más valor para Él.

Hay aquí una gran ascensión del alma; vive ésta únicamente con la preocupación y la necesidad de glorificar a su Dios por los mejores medios posibles; el celo de su casa la devora (Salmo 68, 10)[211];no aspira mas que a honrarle y no vive sino para serle agradable; Dios es su todo; su gloria es toda su hambre y toda su sed (Mat. 5, 6)[212]; su beneplácito es su único alimento (Juan 4, 34)[213];no apetece nada del cielo ni quiere nada sobre la tierra, fuera de Dios y de su gloria; Él es el Dios de su corazón y toda su herencia por toda la eternidad (Salmo 72, 25)[214]. Los deseos de su corazón y las múltiples necesidades de su cuerpo se resumen en esta sed única(Salmo62,2)[215].

5.° La indiferencia.—Así dominada y absorta, el alma olvida su satisfacción, la satisfacción "humana" criada y el goce falso que proviene de la criatura y que tiende a detenerla fuera y al lado de la gloria de Dios. Aquí es donde se realiza la indiferencia tan recomendada por San Ignacio, y éste es el segundo carácter de la santidad. "El hombre", dice, "debe hacerse indiferente respecto a todas las cosas criadas, en todo lo que es concedido a la elección de su libre albedrío y no le está prohibido; de suerte que no quiera más salud que enfermedad, riquezas que pobreza, honras que desprecios, vida larga que vida corta, y así en todo lo demás, deseando y eligiendo únicamente lo que le conduce con más seguridad al fin para el cual ha sido criado."[216]

Así, en este estado, mi placer humano me es indiferente, no pienso más en él, lo olvido ; mis miradas son atraídas más arriba; estoy tan dispuesto al dolor como al gozo, al desprecio como al honor, a la privación como a la abundancia, a la muerte como a la vida; todas estas cosas, en sí mismas, me son iguales; una sola cosa me interesa, la mayor gloria de Dios. Si hay mayor gloria de Dios en el dolor, el santo acepta con gozo el dolor; si la hay mayor en la dicha, recibe la dicha con sencillez. Para Él una sola cosa establece diferencias entre las criaturas: la mayor gloria de Dios. Que esta mayor gloria se encuentre aquí o allá, poco le importa ; dondequiera

que la ve, allí se precipita sin cuidarse del goce o del dolor: se precipitaría en el infierno, si en el infierno pudiese dar mayor gloria a Dios.

CAPÍTULO II

LA MUERTE MISTICA

— 6. Misterio de vida y de muerte.

— 7. Lo humano.

— 8. Debe morir.

— 9. Setninatur... surget.

—10. El tránsito.

6.° Misterio de vida y de muerte.— Pero qué, puede el alma llegar a olvidar toda satisfacción y a vivir puramente para Dios, sin acordarse de su interés personal? —Hay aquí un gran misterio que importa explicar, a fin de evitar los descarríos del quietismo: es un misterio de vida

de muerte. Hay en mí algo que debe morir y hay algo que debe desembarazarse de esa muerte, para revivir. ¿Qué es lo que debe vivir? — Todo lo que es recto y viene de Dios. ¿ Qué es lo que debe morir?— todo lo que es falso y viene del hombre. Y esto que viene del hombre es lo que se llama "lo humano".

7.° Lo humano.— ¿Qué es, pues, lo "humano"? — Lo humano, en un sentido exclusivo y como por oposición a lo divino, es todo aquello que en mí y en mi movimiento está separado de Dios, y que contraría mi unión a Dios, verdadero fin de mi vida. Cuando la satisfacción falsa me apega a lo criado, cuando la independencia de mi actividad me sustrae a la acción divina, permanezco en lo humano. Así, mi satisfacción es humana cuando busca el reposo de su contentamiento fuera de Dios; mi movimiento es humano cuando se produce en mí y por mí, independientemente de la acción de Dios; en una palabra, todo aquello que en mi movimiento vital no está animado y dirigido por la vida divina, todo lo que está fuera de la unión, todo eso es humano, es "lo humano".

8.° Debe morir.—¿Y por qué todo eso debe morir ? — Porque yo he sido hecho para Dios, para Él solamente; porque mi vida consiste en estar unido a Él, animado por Él, regido por Él, y todo lo que de Él me separa debe desaparecer, y sólo eso debe desaparecer. ¿Sobre qué punto deben, pues, recaer y realizarse esas operaciones que en el lenguaje místico se designan con las palabras, despojo, renuncia, muerte, etc.? — Única y exclusivamente sobre aquello que me separa y universalmente sobre cuanto me separa de Dios.

No se trata, pues, de la destrucción de mi alma, ni de mi cuerpo, ni de mis facultades, ni de mis aptitudes, ni de mis aspiraciones, ni de mi actividad, ni de mis instrumentos, ni de mis placeres,

ni de mis esperanzas, ni de mi felicidad: es más bien la depuración o purificación de todos esos elementos por medio de la destrucción de cierta

viscosidad que me apega a las criaturas y de cierta independencia que me aleja de Dios; es el desasimiento de mi ser, rompiendo los lazos que lo tienen encadenado a las cosas de aquí abajo. Lo que es preciso romper, destruir y extirpar no soy yo, son esas ligaduras; en cuanto a mí, yo debo ser libertado. Y aplicando aquí las palabras de San Juan Bautista, si hay un "yo" que deba disminuirse y aniquilarse ante Dios, a fin cíe que Él crezca (Juan 3, 30)[217], este "yo" es el del egoísmo que se busca a sí propio, olvidando a Dios; este "yo" es el de la naturaleza que se mueve sin Dios.

9.° Seminatur... surget.—Por tanto, todo lo que tiende a "retener" mi vida en un estado meramente natural, humano, aislado de Dios, debe morir, es decir, sufrir esa transformación, transformación de la que la muerte del cuerpo me suministra la imagen más patente.

"El cuerpo", dice San Pablo, "a manera de semilla es puesto en la tierra en estado de corrupción, y resucitará incorruptible;es puesto en la tierra abyecto, y resucitará glorioso; es puesto en la tierra débil, y resucitará lleno de vigor; es puesto en la tierra como un cuerpo animal, y resucitará como un cuerpo todo espiritual... Digo esto, hermanos míos, porque la carne y la sangre no pueden poseer el reino de Dios, ni la corrupción poseerá esta herencia incorruptible... Es necesario que este cuerpo corruptible sea revestido de incorruptibilidad, y que este cuerpo mortal sea revestido de inmortalidad. Y cuando este cuerpo haya sido revestido de inmortalidad, entonces se

cumplirá esta palabra escrita: "La muerte ha sido absorbida por una victoria." (I Cor. 15, 42—54)[218]. Todos los días vemos al cuerpo, y todo lo que es del cuerpo, descender por grados hacia la muerte y desaparecer por fin en el sepulcro.

10.° El tránsito.— "Hablamos con mucha propiedad en nuestro idioma francés", dice San Francisco de Sales, "cuando llamamos a la muerte paso (trépas), y a los muertos antepasados, (trépassés); significando que la muerte, entre los hombres, no es sino un paso de esta vida a la otra, y el morir no es otra cosa que pasar los limites ele esta vida mortal para ir a la vida inmortal."[219]

El cuerpo no perece sino que es transformado, y para ser transformado pasa por la disolución progresiva y por esa especie de aniquilamiento, que es la muerte. Todo lo que es "humano", mortal, corruptible, abyecto, débil y animal en el hombre, está sujeto a la misma ley; todo eso está condenado a declinar y morir para ser transformado y resucitar en la incorrupción, en la gloria, en la fuerza yen un ser todo espiritual.

Así es como todo lo que es satisfacción "humana" desaparece poco a poco y muere para resucitar en la gloria de Dios. Ya hemos visto como esta satisfacción cae en la languidez que precede a la muerte. En efecto, el olvido y la indiferencia, que es uno de los caracteres de la santidad, no es otra cosa que la languidez y decaimiento, por los cuales las satisfacciones naturales se encaminan a la muerte o tránsito. Luego veremos, en el capitulo IV, cómo llega esta muerte.

CAPÍTULO III

LA TRANSFORMACIÓN

— 11. Quotidie morior.

— 12. Renovación.

— 13. La elevación por grados.

—14. El voto de lo más perfecto y las pequeñeces.

1l.° Quotidie morior.—Perono ocurre enteramente lo mismo en la muerte de las satisfacciones humanas, como en la muerte del cuerpo. Morimos todos los días (1 Cor. 15, 31)[220] esto es tan verdad de las satisfacciones como lo es del cuerpo; todos los días caen algunos jirones hasta el momento en que la última pared de la cerca de separación se desploma, terminando la muerte. Para el cuerpo se aplaza la resurrección hasta el fin de los tiempos, y entonces se efectuará toda entera de una vez; pero las satisfacciones, a medida que van muriendo, van resucitando en la gloria de Dios, y así acontece que, olvidando su satisfacción o inmolándola por la gloria de Dios, el santo la vuelve a encontrar transformada, resucitada, purificada en esa misma gloria.

Por eso el santo no está jamás sin satisfacción. El plan primitivo, que ha colocado la gloria de Dios en primer lugar y la felicidad del hombre en el segundo, nunca se altera. El olvido de sí mismo, el negarse y aborrecerse a sí mismo y el morir a sí mismo no son más que la transformación de la muerte en la vida, la absorción de la muerte en la victoria. "Aquel que quiera salvar su alma la perderá, y el que pierda su alma por mí la encontrará." (Mat. 16, 25)[221]. Es menester perderlo todo a fin de encontrarlo todo. Se pierde lo humano y se encuentra lo divino.

12.° Renovación.—"No se puede", dice San Francisco de Sales[222], "permanecer mucho tiempo en esta desnudez, despojado de toda clase de afectos. Por esto, según el aviso del santo Apóstol, después que nos hayamos desnudado de las vestiduras del viejo Adán, conviene revestirnos con los vestidos del hombre nuevo, esto es, de Jesucristo; porque habiéndolo renunciado todo, hasta los afectos de las virtudes, por no poner el amor ni en éstas ni en otras, más que en cuanto el beneplácito divino lo permitiere, conviene revestirnos de nuevo de muchos afectos, y quizá de aquellos mismos que habíamos renunciado y resignado ; pero este revestirse ha de ser, no ya porque nos sean agradables, útiles, honrosos y propios para contentar el amor que nos tenemos a nosotros mismos, sino porque son agradables a Dios, útiles a su honor y destinados a su gloria." "Así se va todos los días desmoronando nuestro hombre exterior, y el interior se va renovando de día en día." (2 Cor. 4. 16)[223].

13.°La elevación por grados.— ¡Dios mío, qué cosa tan elevada es la santidad... y cuán perfecto es preciso ser para alcanzarla! Perfecto, en verdad, pues es necesario haber recorrido el camino de la perfección para entrar en las regiones de la santidad. Una observación general: estos grados de la piedad se sobreponen unos a otros; son como peldaños por los cuales el alma prepara sus ascensiones hacia Dios, de suerte que es imposible, de ordinario, subir a un grado superior sin pasar por los grados inferiores.

Es claro, en efecto, que un alma no podría establecerse en el aborrecimiento y fuga del pecado venial antes de haberse afirmado contra el pecado mortal, ni evitar habitualmente las

imperfecciones en tanto que no evita los pecados veniales, ni ser santa antes de ser perfecta. Indudablemente, el grado superior comienza a formarse mientras el grado precedente acaba su perfeccionamiento. No quiere esto decir que a veces no se practiquen en los grados inferiores actos de un grado superior. Un pecador, por ejemplo, saldrá a veces de su infeliz estado por un acto digno del más alto grado de santidad; pero de una manera general, no se puede aspirar y llegar a uno de esos estados sino siguiendo los grados que a ellos conducen.

Esto es importante para la dirección de las almas. Cada grado tiene sus deberes y sus luces especiales. Suponer a un alma luces que no tiene, e imponerle deberes que están sobre sus fuerzas, es exponerse a graves errores. El voto de lo más perfecto, por ejemplo, no debe ser permitido más que a solas algunas almas privilegiadas en las que el estado de perfección está sólidamente formado.

14.°El voto de lo más perfecto y les pequeñeces.—Santa Teresa hace una observación importante. El que se obliga, dice, por el voto de lo más perfecto, no debe detenerse en bagatelas, en pequeños detalles de la vida, para preguntarse a cada momento en cuál de esos pequeños detalles se encuentra la mayor gloria de Dios. Esto sería pueril y ridículo; la vida a si estaría llena de inquietudes, sujeta a escrúpulos y a ilusiones. No, no hay, como dice la santa, que entretenerse en coger lagartijas; se trata de las grandes disposiciones del alma. El alma debe constituirse en un gran olvido de sí misma, en un gran desprecio de. todo lo criado, en un inmenso deseo de la gloria de Dios: estos sentimientos deben ser su alimento diario. Después, fidelidad sencilla y constante en las cosas pequeñas, elección generosa de lo más perfecto en las circunstancias de alguna importancia.

Por lo demás, ya lo he dicho, las luces son proporcionadas a los deberes. Un alma en los grados inferiores, no teniendo la luz correspondiente a este estado superior, se ilusionará fácilmente buscando lo más perfecto y caerá en la exageración y en el escrúpulo. Por el contrario, la que ha llegado a esa altura no temerá estos escollos, porque tiene luz suficiente para evitarlos. El sol de Dios brilla sobre ella con intensidad bastante grande para iluminar a lo lejos los objetos grandes y pequeños y hacérselos ver en su verdadera luz. ¡Oh!, ¡qué bienaventurada es el alma que sabe contentarse con la luz de Dios, contar con ella para caminar, abrir los ojos a sus rayos y seguirla en sus crecimientos!

Por otra parte, Santa Teresa fué llevada en la práctica a modificar su voto de tal suerte, que no considerase como más perfecto sino lo que le fuese confirmado como tal por su confesor: era el medio más seguro para evitar inquietudes y escrúpulos.

CAPÍTULO IV

LA CONSUMACIÓN

Quinto grado de la piedad

— 15. Las dos coronas.

— 16. La inmolación.

— 17. Conclusión suprema.

— 18. Beati mortui.

— 19. El hombre razonable.

— 20. Deseo de San Francisco de Sales.

15.° Las dos coronas.—He visto en el estado precedente cómo la satisfacción "humana" languidece en el olvido; voy a ver ahora cómo muere en la inmolación. Éste es el coronamiento de la santidad, la más alta grada de la escala que sube de la tierra al cielo (Gén. 28, 12)[224]. Un ejemplo va a introducirme también en el conocimiento de ese estado: es un hecho conocido de la vida de Santa Catalinade Sena. He aquí cómo lo relata su confesor:

"Nuestro Señor se apareció un día a la santa teniendo en su mano derecha una corona de oro y piedras preciosas, y en su mano izquierda una corona de espinas. "Ten presente, hija mía muy querida", le dijo, "que has de llevarlas ambas en ocasiones y tiempos diversos. Escoge la que quieras. Si llevas en la vida terrena la corona de espinas, te reservaré la otra para la eterna. Si prefieres ahora la de oro y piedras preciosas, la de espinas quedará para después de tu muerte." —"Hace mucho tiempo, Señor", contestó la santa, "que no tengo voluntad propia; sólo quiero vuestro beneplácito: no me toca, pues, elegir. Sin embargo, ya que vuestra voluntad es que conteste, os diré que elijo en este mundo siempre de acuerdo con vuestra bienaventurada pasión y buscar siempre por vos mi alegría en el sufrimiento." Entonces la santa, en un ímpetu de fervor, tomó la corona de espinas y la puso con sus dos manos en su cabeza, con tal violencia que las espinas se la horadaron toda alrededor."[225]

Escoger el sufrimiento y las tribulaciones, por un ardiente deseo de purificación absoluta, ya desde este mundo, y por no apartarse un punto de la imitación de Nuestro Señor, a fin de que antes de la muerte todo sea dejado y consumado.

16.° La inmolación.—Aquí el alma no tiene que pesar en la balanza cuál es la mayor o menor gloria de Dios: este trabajo lo ha hecho ya en el estado precedente. Tiene ahora, con facilidad y prontitud, el conocimiento, amor y deseo de la mayor gloria de Dios en todo; ve fácilmente dónde se encuentra esa mayor gloria, la ama con vehemencia y la escoge prontamente; este hábito está ya en ella bien formado. No vacila ante ningún sacrificio donde pueda encontrarse un poco más del honor de su Dios.

¿Qué le queda por hacer? ¿Qué grado puede subir todavía?—Le queda esa satisfacción humana que ha olvidado y hacia la cual se había hecho ya indiferente. La ha sacrificado ya cuantas veces veía que este sacrificio era del agrado divino, pero queda en ella bastante todavía: son los últimos vestigios de las adherencias que retardan y ponen trabas a su vuelo. El alma quiere ahora acabar el holocausto, despegar, quemar, consumirlo todo, por un supremo deseo y verdaderas ansias de inmolación, desprendimiento y renuncia de lo criado y de unión a Dios solo.

Lo que caracteriza este estado es el ansia de inmolación, el hambre de sufrimientos, la sed de sacrificios, la pasión por las cruces. O sufrir o morir es el ansia de Santa Teresa de Jesús; no morir sino sufrir es el grito, más asombroso todavía, de Santa María Magdalena de Pazzis. El alma no quiere ya dejar que subsista en ella nada de lo criado, nada de apego a las criaturas, nada de apego a sí misma : "¡Dios solo!... ¡Dios solo!..."

Ella se inmola, ella inmola todo, todo lo que tiene, todo lo que ella es; se anonada para no dejar vivir en ella más que a Jesús. "Vivo, mas no soy yo el que vivo, sino Cristo quien vive en mí." (Gá1. 2, 20)[226]. El alma está crucificada con Jesús (Gá1, 2, 19)[227];para ella el mundo está muerto y crucificado, como ella lo está para el mundo(Gá1. 6, 14)[228]; está muerta y su vida está escondida con Jesucristo en Dios (Col. 3, 3)[229].

17.° Conclusión suprema.—Este estado sublime,última palabra de toda santidad aquí abajo, es una conclusión lógica del principio de la creación: Dios es mi único fin esencial, mi único todo. El alma se dice, por tanto: Si la gloria de Dios es mi único bien esencial, si Dios es el único todo de mi vida, si en su gloria está toda mi felicidad, cuanto más sea Él solo el objeto de mis preocupaciones, Él solo el término de mi amor, Él solo el fin de mis esfuerzos, mejor también alcanzaré mi fin. Por consiguiente, cuanto más yo desaparezco en Él, más queda absorbida en su gloria esta satisfacción que tengo a su lado, más se anonada ante Él todo lo que es mío y más también está en mí Dios solo. Por tanto. aniquilaré en mí todo lo que es mío, aniquilaré todo lo que es de la criatura, y no descansaré sino cuando sienta todo definitivamente aniquilado y sólo Dios reine en mí, como dueño único, sobre las ruinas de toda afición y de todo apogeo a lo criado. "Bienaventurados", dice el alma, "los muertos que mueren en el Señor." (Apoc. 14, 13)[230].

Y entonces el santo, armándose de indignación contra sí mismo, llama sobre sí las privaciones y los tormentos. Dios, sobre todo, concurre a esta demolición de la criatura con devastaciones interiores, y la suprema felicidad del santo es poder al fin cantar la única gloria de Dios sobre las ruinas de todas las satisfacciones terrestres: Diliges ex tato... Amarás al Señor, cantarás su gloria con todo tu corazón, con todo tu espíritu, con toda tu alma, con todas tus fuerzas... con "todo"... ¡ Oh triunfo! Ahí está el santo... Si; ahora todo, todo es para Dios, puesto que ya no tiene nada para él sino en Dios...

18.° Beati mortui. — Comprendo el gozo, los éxtasis y arrobamientos de los santos y de los mártires en medio de sus inmensos dolores. Cuanto más obra en ellos el sufrimiento, con más fuerza estalla en ellos la alegría porque ven caer uno tras otro, bajo los golpes del dolor, los últimos restos de lo criado en ellos; ven a Dios invadiendo al fin todo su ser, ven la muerte absorbida por una victoria(1 Cor. 15, 54)[231], ven realizarse en ellos ese sueño supremo del amor, en el que Dios es todo en todas las cosas (1 Cor. 15, 28)[232], y a medida que cae un lienzo del muro de separación (Efes. 2, 14)[233], triunfan con un nuevo gozo. Su dolor es su más grande alegría. Bienaventurados los pobres, bienaventurados los que lloran, bienaventurados los limpios de corazón, bienaventurados los maldecidos, los perseguidos, los calumniados (Mat. 5, 3—11)[234]: el Señor lo ha dicho y ellos lo experimentan; todas estas bienaventuranzas están en ellos: ¡Oh suprema felicidad de los santos!... ¡Oh inefable deleite del sufrimiento !... ¡ Oh santa bienaventuranza de la muerte!... Beati mortui!... El que no ha gustado un poco siquiera de esto no puede conocer nada del gozo ni saber lo que es la felicidad.

19.° El hombre razonable.—El santo que ha llegado a esta suprema conclusión de toda santidad es el único hombre verdadera y completamente razonable; es el único, en efecto, que saca todas las conclusiones y que alcanza todas las consecuencias del gran principio que dirige toda la vida humana; es el único que llega, de una manera absoluta, al fin para el cual ha sido criado. Sólo él ha visto la consumación de todo fin y el fin de toda consumación ; sólo él sabe la

amplitud infinita del gran mandamiento: conocer, amar y buscar a Dios en todas las cosas (Salmo 118, 96)[235].

Y si le ha sido preciso pasar por despojamientos y destrucciones sin número, siente que nada de su ser ha perecido en estas tormentas, que nada de lo que debe vivir se ha perdido. Al contrario, su vida, su verdadera vida se ha librado en toda su pureza y libertad, ha pasado por un baño en el cual el cuerpo ha dejado todas sus manchas, ha pasado por un crisol en el cual el oro ha depositado sus escorias. Pista es también una de las señales de la verdadera santidad: sus penitencias saben inmolar lo que es necesario sin comprometer en nada lo que es vital. ¡Cuán higiénicas son las mortificaciones de los santos, para el alma, ante todo, y aun para el mismo cuerpo!

Las exageraciones diabólicas concluyen siempre por quebrantar lo que seria preciso conservar, y conservan lo que sería necesario quebrantar; el santo, guiado por Dios, hiere atinadamente, demuele con discreta oportunidad y edifica con gran prudencia; es, por excelencia y de una manera absoluta, el hombre razonable.

20.° Deseo de San Francisco de Sales.—"¡Oh, hija mía!" escribía San Francisco de Sales a SantaJuana, "cuánto deseo que seamos un día del todo anonadados en nosotros mismos, para vivir del todo en Dios y que nuestra vida sea oculta con Jesucristo en Dios. ¿ Cuándo viviremos, pero no ya por nosotros mismos, sino viviendo Jesús en nosotros? Voy a meditar un momento sobre esto, y pediré al Sagrado Corazón del Salvador por nuestro pobre corazón."[236]

CAPÍTULO V

EL PURGATORIO

— 21. Nada entra en el cielo sin purificarse.

— 22.Detención del purgatorio.

— 23.Purificación y glorificación.

— 24, Glorificación detenida.

— 25.Purificación continuada.

21.° Nada entra en el cielo sin purificarse.— ¡Con cuánta energía debería yo apropiarme los deseos de San Francisco de Sales! Porque, esta purificación total del ser humano, este tránsito completo de mí mismo al reino del Hijo muy amado, que me hace digno y capaz de participar de la compañía de los santos en la luz (Col. 1, 12 y sg.)[237], deben hacerse y acabarse en mí antes de entrar en el cielo. Nadie entrará hasta que este trabajo se haya llevado a cabo. Lo que no se haya hecho en este mundo se hará en el purgatorio, si es que este trabajo está ya comenzado; porque el pecado mortal es la presa eterna del infierno. Es preciso pasar por la muerte para llegar a la vida.

Si; todo este trabajo casi infinito de la purificación de mi ser, este despojo de lo criado, este aniquilamiento de los apegos falsos, esta transformación de lo humano, se harán, como

condición previa, para entrar en el cielo. "La carne y la sangre no poseerán el reino de Dios, ni la corrupción la incorruptibilidad", dice San Pablo, "es necesario que lo que es corruptible revista la incorruptibilidad, que lo que es mortal revista la inmortalidad." "Hasta su completa purificación", dice San Juan de la Cruz, "el alma no podrá poseer a Dios aquí abajo, por la pura transformación del amor, ni allá arriba, por la clara visión."[238]. Si en este mundo no puede Dios consumar con el alma esa unión completa que se llama el desposorio místico, sino después de aniquilar todo lo humano, ¿cómo podría sin esto consumar en el cielo la eterna unión de la gloria?

22.° Detención del purgatorio.—¡Dios mío!. ¿Qué será, pues, el purgatorio?... ¿Será preciso que sus llamas consuman en mí todo, no sólo los pecados, no sólo las imperfecciones, sino todo lo que es humano?... ¿Todo lo criado?... ¿Todas sus adherencias fuera de Dios?... ¿Que obren la completó transformación de mi ser?... Si en este mundo esas operaciones son tan largas y tan dolorosas en los santos; si para realizarlas son necesarias tantas cruces, tanta mortificación y tantas tribulaciones; si el desprendimiento de todas las cosas me hace estremecer, ¡Dios mío!, ¿qué será para mí el purgatorio?...

Ahora me explico el pequeño número de almas que entran directamente en el cielo, y también la doctrina de la Iglesia sobre el purgatorio, y la perseverante insistencia de esta tierna y cariñosa madre en recomendar la oración por los difuntos. "Cuando llegare mi tiempo, en los umbrales de la eternidad", dice el Señor, "juzgaré las justicias." (Salmo74, 3)[239].He aquí el juicio de las justicias.

23.° Purificación y glorificación.—Desde el punto de vista de su purificación interior, todas las almas serán iguales en el cielo; no habrá una más purificada que otra, puesto que todas deben estar igualmente purificadas. Desde este punto de vista la vocación es la misma para todos; todos son llamados a llegar a la cima suprema. En este sentido, el mandamiento que me obliga a amar a Dios con todo mi ser tiene la misma latitud absoluta para mí que para los santos y para los ángeles: la palabra de Dios en su gran mandamiento, ex toto, tiene un rigor sin límites. Lo mismo en mi alma que en la del ángel no puede subsistir ni mancha, ni impureza, ni imperfección alguna. Soy, pues, llamado a la pureza perfecta, a la consumación suprema.

Pero aquí es necesario recordar una distinción. Hay, en efecto, en el trabajo de la vida interior y en sus ascensiones por los cinco grados de la piedad, dos partes: una negativa, que es la de la purificación; otra positiva, que es la de la glorificación. Durante esta vida mortal esas dos partes del desarrollo divino no van jamás la una sin la otra. Toda purificación va acompañada de una dilatación del alma y de un aumento de méritos.

24.° Glorificación detenida.—En qué medida se hace la purificación acabo de verlo recorriendo los cinco grados de la piedad, puesto que estos grados están de hecho caracterizados por los progresos de la purificación interior; pero en qué medida el alma aumenta su capacidad divina y sus méritos eternos, esto es un secreto de Dios. Sé las miserias de que me voy despojando, pero no sé las riquezas que voy adquiriendo. Cuál sea la grandeza que la virtud ha alcanzado en mí, cuál sea la extensión de mis méritos y la altura a que ha llegado mi alma, qué lugar tendré en el cielo: todos estos misterios sólo me serán revelados en la claridad de la vida futura.

Sé que en este mundo la gracia es dada a cada uno de nosotros según la medida de la donación de Cristo (Efes. 4, 7)[240]; sé que en la otra vida la gloria responderá a la medida de la gracia que yo haya hecho fructificar aquí abajo; sé que poseeré en la eternidad el desarrollo que yo haya adquirido en el tiempo; sé que lavándome de las manchas del mal me engrandezco al mismo tiempo; y esto es todo lo que sé.

Digo mal; sé más todavía: sé que cada uno tiene su medida en este mundo y que en el firmamento de los elegidos cada estrella tendrá diferente brillo (1 Cor. 15, 41)[241]; sé que el trabajo de crecimiento y de glorificación termina irrevocablemente con la muerte, que cada uno permanecerá eternamente con la medida de méritos que tenga en el momento del tránsito a la otra vida (Ecles. 11, 3)[242]. "Es preciso que yo haga las obras de aquel que me envió, mientras es de día ; viene la noche cuando nadie podrá trabajar." (Juan 9, 4)[243].

25.° Purificación continuada. — Por consiguiente, de las dos obras que se hacen simultáneamente durante el período de la existencia terrestre, la una cesa instantánea y completamente con la muerte, es la obra de rni glorificación; la otra, si es necesaria, continúa más allá del sepulcro, hasta su completa terminación, es la obra de mi purificación. Sus operaciones, en este caso, se hacen en un lugar determinado por la justicia misericordiosa del Juez supremo, que se llama purgatorio. Lo que se efectúa en ese lugar es, pues, una purificación completamente desnuda, sin méritos, sin aumento de ser, sin otro provecho que la purificación misma. El purgatorio me conducirá al grado de pureza absoluta que se requiere para comparecer ante Dios, y tendrá el alma, al salir de él, el mismo grado de mérito que tenía al entrar. ¡Ah!. ¡Cuánto me importa componerme con mi contrario mientras estoy con él todavía en este mundo, y antes que me ponga en manos del juez, y el juez me entregue en las del alguacil, y sea echado en la cárcel!. Una vez allí no saldré hasta que pague el último cuadrante (Mat. 5, 25)[244]. Es preciso ser muy insensato y tener poca fe para condenarme yo mismo a una prisión rigurosa y a una expiación sin beneficios, cuando puedo ahora tanto ganar santificándome.

CAPÍTULO VI

OJEADA GENERAL

La unidad

— 26. La unidad.

— 27. La simplicidad.

— 28. La fuerza.

— 29. La división.

— 30. Las tres luchas.

— 31. Nada para hacer la unidad.

26.° La unidad.—En este principio de mi creación encuentro verdaderamente el fundamento de la vida espiritual; el edificio de la santidad descansa por completo sobre él. Las últimas consecuencias del más perfecto heroísmo, así como los primeros comienzos de la fuga del pecado, son conclusiones de este principio; él es el centro de todo en la vida espiritual. Todas las verdades, aun aquellas que parecen más fundamentales, se reducen a este principio y se deducen de él. Es fácil de ver, en efecto, que el espíritu de fe, el amor de Dios, el celo, la pureza de intención, la conformidad con la voluntad de Dios, la humildad, la abnegación, la mortificación, etc., no son más que conclusiones o aplicaciones de ese principio.

Habiendo llegado a ver con claridad meridiana esta verdad, madre y señora de todas las demás verdades, paréceme que me encuentro sobre la cima del monte de Dios, y desde esta altura puedo comenzar a contemplar, con todos los santos, cuál sea la anchura y la largura, y la altura y la profundidad(Efes.3, 18) [245]. Esta verdad ilumina con luz más completa las verdades de la fe, los principios de la moral y las virtudes cristianas; con su ayuda puedo profundizar mejor los textos de la Sagrada Escritura, las palabras de la Iglesia y los escritos de los santos. Toda otra verdad es menos general, menos universal y menos central. Esta luz me da la clave de la doctrina espiritual. Sin ella, sólo puedo particularizarme en alguna verdad más o menos importante, pero que no será nunca toda la vida interior. El primer fruto que de ella saco es, pues, la unidad: unidad de mis ideas, unidad de mis aspiraciones, unidad de mis esfuerzos, unidad de toda mi vida, que debe ser dominada y dirigida toda hacia ese fin único.

27.° La simplicidad. — La unidad engendra la simplicidad; la unidad de vista trae la unidad de camino y la unidad de medios. Así desaparecen las múltiples complicaciones de las prácticas espirituales, los incoherentes y fatigosos pormenores de variados ejercicios piadosos, en cuyo laberinto el alma carece de dirección, de luz y de vida. La piedad que no es ilustrada es complicada; la verdadera piedad es sencilla. Esto lo veremos mejor todavía cuando hablemos de los ejercicios de la piedad.

28.° La fuerza.—El más hermoso fruto de la unidad es la fuerza; la gran causa de las debilidades interiores es la agitación y la división. "Todo reino dividido contra sí mismo será destruido." (Luc.17)[246]. El alma desparramada, dividida en las mil preocupaciones de los sentidos, consume sus fuerzas en detalles y las pierde; pero en cambio, cuánta fuerza cuando sus potencias están concentradas en la unidad, concentradas en Dios! "Buscad al Señor y permaneceréis firmes; buscad incesantemente su rostro." (Salmo 104, 4)[247]. "Buscad a Dios y vivirá vuestro espíritu." (Salmo 68, 33)[248]. "He aquí lo que dice el Señor a la casa de Israel: Buscadme y viviréis." (Amos 5, 4)[249].

No hay poder comparable al de un alma unificada en el conocimiento, amor y deseo de Dios. En primer lugar, tengo este primer poder que resulta de la reunión misma de las fuerzas de mi ser. ¿Quién será capaz de medir el poder de un hombre cuyas facultades están completamente unidas en un mismo esfuerzo? Cuando la inteligencia, la voluntad, las pasiones y las fuerzas del cuerpo están juntas, concentradas y como comprimidas sobre un mismo objeto, no hay poder en el mundo comparable a éste. Y cuando a este poder se viene a unir el poder mismo de Dios, pues concentrándose en Dios el hombre hace pasar a sí la fuerza de Dios, ¿cómo asombrarse del prodigioso dominio que ejercen los santos?. ¿Cómo asombrarse del poder de su oración y de la eficacia de su acción?. ¡Dios mío! Cuándo estaré así unido en Vos del todo, a fin de ser fuerte por Vos?... "Quiero depositar en Vos mi fortaleza" (Salmo 58, 10)[250]; y Vos, Dios mío, que sois admirable en vuestros santos, Vos, el Dios de Israel, me daréis vuestro poder y vuestra fortaleza(Salmo 67, 36)[251].

29.° La división.—No hay que ir a buscar en otra parte más que en nuestra división íntima, la asombrosa debilidad que hay en nosotros para el bien. Si se ha podido decir con razón que lo que constituye la fuerza de los malos es la debilidad de los buenos, ¿cuál es la causa de esta debilidad?—La división, la falta de unidad. No solamente la división que separa los individuos, a los unos de los otros, y que impide toda unidad de miras, toda cohesión de voluntades y toda concentración de esfuerzos: esta división no es sino fruto de otra, más profunda y más lamentable, la división que existe en el fondo de cada alma.

Basta con frecuencia penetrar y ver el estado de una sola alma, para darse cuenta del estado de la sociedad. Porque el estado general de la sociedad no es más que la reproducción exterior y como el calco, en un grado inferior, de lo que pasa en el mundo superior de la piedad.

30.º Las tres luchas.—He examinado mi alma, ¿qué he encontrado en ella ?—Mis gustos, mi capricho como regla práctica de mis ideas, de mis determinaciones y de mi conducta. Es así que mis conveniencias no son la regla seguida por Dios en la dirección del universo; luego, por este hecho, estoy separado de Dios en pensamiento, en voluntad y en acción. Primera lucha.

Además, mis conveniencias no son la regla impuesta a mis semejantes y seguida por ellos. Cada uno tiene sus caprichos, sus gustos y sus conveniencias, y si cada uno se toma por regla a sí mismo, sobreviene la división universal de ideas, de resoluciones y de esfuerzos. Segunda lucha.

En fin, mis conveniencias egoístas no son tampoco la regla trazada a mi vida. Mis gustos son inconstantes, los caprichos de un momento dado no son los del momento siguiente, las necesidades del cuerpo no son las del alma, los clamores de las pasiones se cruzan y se multiplican sin fin; de todo esto resulta la división en mi interior. Y por otra parte, estos caprichos me lanzan fuera de mí, en busca de las criaturas, con sus divergencias múltiples hasta el infinito. Y he aquí por dónde se divide el espíritu más todavía, los afectos se dividen también y luchan unos con otros, las acciones tienen la incoherencia de la precipitación y la agitación de la fiebre; el alma sale de sí misma por todos sus poros; es como un fuelle agujereado por todas partes, como un pozo desmoronado cuya agua se escapa por las grietas de las piedras, como una máquina dislocada cuyas piezas están desunidas: división, lucha conmigo mismo. Tercera lucha.

31.° Nada para hacer la unidad. — ¿Dónde está la idea de Dios, dominando y concentrando todas las ideas? ¿Dónde el amor de Dios, dominando y concentrando todos los afectos? ¿Dóndeel ansia de buscar y servir a Dios, dominando y concentrando todas las acciones?. La idea de Dios, el amor de Dios, el deseo de Dios, todo esto no es ya más que una pequeña pieza que tiene su lugar al lado de otras piezas en la máquina de la vida, que se agita con ellas, que choca con ellas y que no es mucho más que ellas: es la división sin fin, la multiplicación de la debilidad que ha llegado hasta la más lamentable extremidad.

Desunión e impotencia: éste es el estado de cada uno y el estado de todos; y es el estado de todos porque es el estado de cada uno[252]. Esterilidad de los esfuerzos de cada uno sobre sí, esterilidad de los esfuerzos de cada uno sobre el conjunto, impotencia del trabajo sobre sí mismo, impotencia del trabajo sobre la sociedad: la causa está en la división interior. Hago grandes esfuerzos. v a pesar de ellos no adelanto cosa alguna: ésta es la queja de gran número de almas. ¡Cuántos esfuerzos hechos sobre la sociedad, y la sociedad decae cada día más!. ¡Oh

piedad, divina unidad, devolvednos las ascensiones de la vicia! ¡Oh Dios mío! ¡Haced que en mí y en todos se realice la magnífica promesa de vuestro profeta: Vuestra gloria, acogiendo, reduciendo y concentrando toda nuestra vida en la unidad! (Is. 58, 8)[253].

CAPÍTULOVII

OJEADA GENERAL

La paz

— 32.La libertad.

— 33. La igualdad de ánimo.

—34. La Paz.

— 35. La gloria y la paz.

32.° La libertad.—Citando Dios llega a ser lo único necesario para mí, entonces es también mi único señor. Sé que cuando me hago esclavo de alguno para obedecer a su imperio, quedo esclavo ele aquel a quien obedezco, sea del pecado para recibir la muerte, sea de la obediencia para recibir la justicia. Ahora me emancipo de toda servidumbre y me hago esclavo de Dios solo (Rom. 6, 16—22)[254]. Nada me importan las criaturas; nada me importan la felicidad o el sufrimiento, el descanso o los tormentos, la abundancia o la privación, el honor o el desprecio, la salud o la enfermedad, la vida o la muerte. ¿Qué me importa?. Nada de esto es mi fin necesario; soy libre de todo esto, estoy por encima de todo.

El todo de mi vida está más alto, y todas las criaturas, agradables o desagradables, son para mí, igualmente, medios para llegar a lo único necesario. Sé que Dios me dará siempre estos medios, tanto cuanto sea necesario para el fin único de mi vida. Descargo, pues, sobre Él toda mi solicitud, porque Él tiene cuidado de mí (I Pedro 5, 7)[255]. Y yo no tengo más que aceptar lo que Él me da; me sirvo de ello cuando tengo necesidad, y cuando ya no me sirve lo desecho: soy el señor. De este modo no soy esclavo de ningún ser, de ningún acontecimiento; soy independiente de ellos, indiferente hacia ellos. Cuando tengo la verdad, la verdad, que es el término superior de la piedad, me hace libre, verdaderamente libre, completamente libre (Juan 8, 32)[256]. Cuando la verdad, pasando por la caridad, llega hasta la libertad, entonces es la piedad completa. ¡Oh santa libertad de los hijos de Dios!. ¿Es acaso pagar demasiado caro el comprarte dando por precio todas las frivolidades de la vanidad criada? Estas frivolidades son las mallas de la red que me tenía preso. Mi alma escapó cual pájaro de la red de los cazadores, fué rota la red y yo quedé libre (Salmo 123, 7)[257].

33.º La igualdad de ánimo.—Con la libertad conquisto la igualdad de alma y la paz. Los afectos de mi alma siendo transferidos a Dios, mi único necesario, no se ven ya importunados por la división de la criatura; las agitaciones de aquí abajo no pueden ya alcanzar a mi alma que se ha desembarazado de ellas, y vive en región más encumbrada. Pueden producirse abajo, en esa región de los sentidos y de la sensibilidad que confinan con el mundo inferior, pero no suben jamás a la parte superior del alma, que vive en Dios y mora en las regiones de la paz. Mi alma

conserva su igualdad de temple y de acción a través de las cosas todas, agradables o desagradables. Ahora que todo le trae este crecimiento de vida, que es su única ambición, ahora que por la piedad sabe utilizar todas las cosas con la mira puesta en el fin único, las vicisitudes humanas no imprimen ya al alma esos vaivenes semejantes a los que sufre el cuerpo en el mar revuelto de las muchedumbres.

34.º La paz.—Cuando la piedad ha restablecido el orden en todo, descanso en la tranquilidad del orden, que es la paz[258]. Y ésta es la paz verdadera, la paz profunda, la paz de Dios, que sobrepuja a todo lo que es de los sentidos (Fil. 4, 7)[259]. Es la paz que Jesucristo llama su paz, y que es infinitamente diferente de la paz del mundo (Juan 14, 27)[260]. Cuando he cumplido la justicia, dando a Dios lo que es de Dios y a la criatura lo que es de la criatura, la justicia da su fruto, que es la paz (Is.32.17)[261]. Pasando sobre las colinas de la justicia llego a las montañas de la paz (Salmo 71, 3)[262]. Los ángeles lo anunciaron en Belén: La paz del hombre sigue siempre a la gloria de Dios (Luc. 2, 14)[263].

La paz es la última palabra de la felicidad del hombre, es el resumen supremo de las promesas divinas y el último canto de triunfo de la Iglesia sobre la tumba de sus hijos. Cuando un fiel abandona la muerte para entrar en la vida, el representante de Dios y de la Iglesia dice, en nombre de Dios y de la Iglesia, tres palabras que son el lazo de unión del tiempo y de la eternidad: Requiescat in pace. ¡El descanso en la paz !... ¡Qué palabras y qué deseo!... Es el deseo de la eternidad, porque la paz sólo es definitiva en el cielo.

35.° La gloria y la paz.—Y he aquí cómo, en último análisis, mi vida viene a resumirse en estas dos palabras que Nuestro Señor hizo cantar a los ángeles sobre el pesebre de Belén, como mensaje completo de su venida a este mundo: Gloria a Dios, paz al hombre. Ahí está, en efecto, todo el fin de la Encarnación y de la Redención: procurar y reparar la gloria de Dios y la paz del hombre. La gloria expresa todo lo que el hombre puede dar a Dios, y la paz expresa todo lo que Dios da al hombre; la gloria es el hombre morando en Dios, la paz es Dios morando en el hombre. Porque hay esta doble morada del hombre en Dios y de Dios en el hombre, y la una es inseparable de la otra y la una sigue siempre a la otra. "Permaneced en mí y yo en vosotros", dice el Salvador (Juan 15, 4)[264]. "El que permanece en la caridad", dice el Apóstol de la caridad, "ése permanece en Dios y Dios permanece en él" (I Juan 4, 16) [265]. Debo morar en Dios por la gloria a fin de que Él more en mí por la paz. Y esta morada y este cambio de la gloria y de la paz, es mi vida en el tiempo y en la eternidad.

CAPÍTULO VIII

A LOS SACERDOTES

— 36. Antagonismo entre el ministerio y los ejercicios de piedad.

— 37. El sacerdote se busca a sí mismo.

— 38. Busca la utilidad de los demás.

— 39. Destruir el enemigo común.

— 40. El centro y la circunferencia.

— 41. Exhortación.

36.° Antagonismo entre el ministerio y los ejercicios de piedad.—Ese principio esclarece también un punto importante de la vida sacerdotal. ¿No es una paradoja extraña que un eclesiástico se encuentre alejado de la vida interior por causa de su ministerio?... El ministerio del sacerdote es esencialmente espiritual, no se ocupa sino en cosas de Dios y que conducen a Dios ; todo el día del sacerdote que se dedica a su ministerio está consagrado al servicio de Dios y empleado en una obra sobrenatural; el efecto normal de esta ocupación debería ser, unir profunda, íntima y constantemente el sacerdote a Dios. ¿Por qué sucede a veces que, por el contrario, lo separa, como acontece desgraciadamente hoy, con alguna frecuencia?

De dónde viene este duelo a muerte entre los ejercicios de piedad y el ministerio?. ¿Cómo dos rosas tan semejantes pueden contrariarse tanto?—Problema difícil es su reconciliación, y eso que los consejos y las recomendaciones sobre este punto capital se renuevan con más o menos frecuencia, mas no por eso se llega siempre y en todos a obtener resultados completamente satisfactorios. Para que cese la lucha, se recomienda que a cada una de aquellas dos cosas se le reserve su campo especial, sin que el ministerio sacerdotal y la piedad se invadan uno a otro. Nada es tan instable como el equilibrio ficticio, une se funda en convenciones, no en principias.

37.° El sacerdote se busca a sí amismo.— Bienconsiderado el fondo de las cosas, no debería haber lugar a hablar de conciliación ni de reconciliación entre dos cosas tansemejantes, en absoluto, como éstas. ¿No sería mas prudente buscar un enemigo común a ambas, que es quien, deslizándose entre ellas, las divide y mata en realidad, a la una y a la otra?. Porque, desgraciada mente, en algunos casos el ministerio no se mantiene mejor, sino tan cual como los ejercicios de piedad, y cuando el uno se resiente los otros se resienten también, el mal hecho al uno redunda en los otros. Este enemigo mortal podemos descubrirlo con ayuda del principio que hemos meditado.

¿Qué es, en efecto, lo que busca en su ministerio el sacerdote en quien la piedad va paralizándose?, ¿qué miras tiene?, ¿qué es lo que ama? — Dos cosas: la primera, a sí mismo; se pone demasiado a sí propio en primer término, en muchas de sus intenciones. ¡Cuánta solicitud y cuántas miras personales!... ¡Cuántas ideas que no siempre son las de Dios y su Iglesia!... ¡Cuántos hábitos y prácticas que no están del todo conformes con el espíritu de la liturgia y de la disciplina!... ¡Y después, las satisfacciones del éxito, los contentos del agradecimiento, las aspiraciones y el anhelo del aplauso, y qué sé yo cuántas cosas más!... Mil variedades del amor propio. Todo esto tiende a predominar en el corazón, y lo que se inspira en este espíritu no va dirigido a Dios.

38.° Busca la utilidad de los demás.—No siempre en las miras que el sacerdote tiene sobre sí mismo, en los diferentes actos de su ministerio, su vista conserva toda aquella sencillez y claridad que hacen que todo el cuerpo llegue a ser luminoso. Así como se ve a sí mismo ve también a los demás. ¡Y tiene tantas almas que ver... y tantas cosas!... No siendo su vista bastante sencilla no sabe ya referir esta multiplicidad de almas y de cosas al gran centro de unidad, y se deja compartir. Dios no es ya tan puramente visto en las almas ni las almas tan rectamente vistas en Dios como lo reclamarían las ascensiones de la gloria divina Aun la misma idea de la salvación que hay que procurar toma a veces, quizá, no sé qué aspecto demasiado utilitario y demasiado humano, mezclándose con multitud de otras utilidades y

consideraciones más o menos temporales, cuya orientación hacia la criatura es a todas luces demasiado grande. Ciertamente, el sacerdote no puede permanecer totalmente extraño a ninguno de los intereses del crecimiento o progreso humano, puesto que su oficio es orientar a todos hacia Dios, y no puede ignorar lo que tiene obligación de dirigir. Pero tenga cuidado, al ocuparse en esto, de no orientarse a sí mismo hacia la criatura, en vez de orientar la criatura hacia Dios.

Desde el momento en que miro a la criatura, de qué me he de asombrar si encuentro lo quebusco?Buscad y encontraréis (Mat. 7, 7) [266]. Desde el punto que me desvío, por poco que sea, del camino recto, me coloco en una dirección falsa, y cuanto más ando más me alejo: esto es fatal. Y si en ocasiones ocurre ut cum spiritu ceeperitis, nunc carne consummemini (Gal. 3.3)[267] esa terrible desdicha sólo prueba una cosa, y es que los que a eso llegan han extraviado hasta el fin su marcha por el camino equivocado. Los que se preservan de llevar hasta el fin su marcha por el camino falso, ¿a qué lo deben?—Únicamente a que reparan sus quiebras, de vez en cuando, retirándose a ejercicios espirituales. Reparar las quiebras: ésa es la frase, bien significativa... ¡Dios mío!, si anduviésemos por el buen camino, por el único camino, no habría tanta necesidad de remediar pérdidas, sino bastaría sencillamente conservarse en la rectitud debida.

39.°Destruir el enemigo común.—Si se buscase a Dios se le encontraría. Aquí también se han alterado los términos; lo secundario ha usurpado el primer lugar, el orden ha sido trastornado. ¿Qué hay, pues, que hacer?—No hay evidentemente reconciliación alguna que efectuar entre los ejercicios de piedad y los del ministerio, no hay antagonismo entre ellos, no hay que sacrificar lo uno a lo otro, ninguno de los dos vive a expensas del otro; lo que hay que hacer es apartar al enemigo común, que no es otro sino el poner las miras en la criatura y el buscarse a sí mismo, lo cual mata a la vez el ministerio y los ejercicios de piedad.

Realizad la unidad en vosotros, ved a Dios, amad a Dios, buscad a Dios; Dios y su gloria, ante todo, en vuestro ministerio y en vuestros ejercicios; cuando os pongáis en este punto céntrico veréis cómo todo converge en él. El ministerio fortificará entonces vuestros ejercicios y éstos activarán vuestro ministerio; serán actos diferentes de un mismo trabajo. En vez de verse traída y llevada en sentidos opuestos, el alma pasará de lo uno a lo otro sin vaivenes, sin esfuerzos, sin distracciones, en el sentido etimológico y profundo de esta expresión[268]..Entonces la oración se alimentará por el ministerio, el ministerio se enfervorizará con la oración, el sacerdote verá y encontrará a Dios en el ministerio y en la oración: maravillosa unidad que es la verdad, fuera de la cual el alma estará perpetuamente dividida y debilitada.

40.° El centro y la circunferencia.—Ved, pues, a Dios en las almas y a las almas en Dios. Según expresión de Jeremías, ved en el trono de la eterna y soberana gloria la fuente de toda santificación (Jer. 17, 12)[269].Buscad menos vuestra satisfacción y vuestro contento; descansad en Dios y no en vosotros mismos ni en las criaturas, ved ahí vuestro centro y entonces todo, todo convergerá al mismo fin. La geometría enseña que en todo círculo no hay más que un centro, que es un punto único, el vínculo de los demás. Apenas se sale del centro, ya no hay unión ni concentración. En la piedad no hay tampoco más que un centro, un punto que atrae todo a sí, que une todo, que retiene todo, a saber: la gloria de Dios, su santa voluntad y su santo servicio. Si permanezco en ese punto único, si me fijo puramente en ese único centro, todo converge, todo viene a parar a él. La infinita multiplicidad de los puntos de la circunferencia, esto es, las múltiples preocupaciones de las criaturas deben terminar todas

en Dios y en su gloria; nada distrae de él, todo lleva a él. Fuera de esto, nada une; todo, por el contrario, divide.

¡Oh! Permaneced, permaneced en el centro, y así vuestro ministerio tendrá el mismo efecto que vuestra oración, cada una de vuestras ocupaciones exteriores será tan santificante como la oración, y en este caso ¡qué poder de santificación!. Haciendo que todos los actos del día concurran al mismo fin y produzcan el mismo efecto, el alma será llevada a Dios simultáneamente sobre las dos alas del trabajo y de la oración. ¡Maravillosas ascensiones, admirable progreso!. ¡Qué pronto sería santo el sacerdote si comprendiese así su ministerio!.

Así lo comprendían los santos. Se les veía pasar sin transición de la oración a la acción y de la acción a la oración, sin hacer casi diferencia entre la una y la otra, porque en la una y en la otra encontraban a Dios, a quien buscaban únicamente. Buscaban y encontraban a Dios en la sucesión necesaria de ocupaciones diversas, pero en la unidad de un mismo propósito.

41.° Exhortación.—¡Oh! ¡Sacerdotes de Dios, mirad, oid!... Aquí está el secreto de vuestra fuerza, el tesoro de vuestro poder... ¡Ah! ¡Si supierais!... Permaneced, pues, unidos, unificados en Dios, y nada os resistirá. Porque todo lo que nace de Dios triunfa del mundo, y la victoria que triunfa del mundo es nuestra fe (1 Juan 5, 4)[270].¡Oh! ¡Sacerdotes, si quisierais!... La fe, la vista fija en Dios, y siempre su gloria... ¡y seréis invencibles!... Contrauna sola alma unificada en Dios el mundo entero no puede nada, ella sola es más fuerte que el mundo; contra ella todos los poderes son impotentes, todas las fuerzas son débiles.

Aprended dónde esta la prudencia, dónde está la fortaleza, dónde está la inteligencia, para que así sepáis también dónde está la estabilidad de la vida, el sustento del alma y la luz de sus ojos, la victoria y la paz (Bar. 3, 14)[271]. ¡Oh! ¡Sacerdotes, si supierais! ¡Si quisierais!... La fe, la vista fija en Dios, la unidad... y la victoria es vuestra.

CONCLUSIÓN

He aquí, pues, lo que San Pablo llama el término de la vocación sobrenatural en Jesucristo ; réstame ya entrar de lleno en la carrera, a ejemplo del gran Apóstol. "Por lo que hace a mis ganancias", dice él, "me han parecido pérdidas al poner los ojos en Cristo. Y en verdad, todo lo tengo por pérdida en comparación del sublime conocimiento de mi Señor Jesucristo, por cuyo amor he abandonado y perdido todas las cosas, y las miro como basura por ganar a Cristo. No es que lo haya logrado ya todo ni que sea ya perfecto,pero sigo mi carrera por ver si alcanzo aquello para lo cual fui destinado o llamado por Jesucristo. Hermanos míos, yo no juzgo haber alcanzado el fin de mi carrera; mi única mira es, olvidando lo que es secundario y atendiendo sólo a lo principal, ir corriendo hacia el fin señalado para ganar el premio a que Dios llama desde lo alto por Jesucristo. Pensemos, pues, así todos los que somos perfectos; y si vosotros pensáis en esto de otra suerte, confío también en que Dios os iluminará y sacará del error. Mas en cuanto a lo que ya hemos llegado, tengamos los mismos sentimientos y perseveremos en la misma regla. Hermanos míos, sed imitadores míos y poned los ojos en aquellos que así proceden, conforme al ejemplo nuestro que tenéis." (Fil. 3, 7— 17)[272]

SEGUNDA PARTE

EL CAMINO

CAPÍTULO PRELIMINAR 2

LA VOLUNTAD DE DIOS

— 1. Quién debe trazar el camino.

— 2. El reino de los cielos.

— 3. Las dos entradas.

— 4. Las dos voluntades de Dios.

— 5. Las dos moradas del Espíritu Santo.

— 6. Su unión.

— 7. División de esta parte.

1.° Quién debe trazar el camino.—Conozco el término de mi vocación sobrenatural, el fin único de mi vida ; sé adónde debo ir, adónde deben dirigirse mis esfuerzos. Pero para llegar ahí hay un camino que seguir, un camino del cual es preciso no apartarse, so pena de no alcanzar el fin. Este camino es único, como el fin que hay que conseguir. ¿Qué camino es éste?.

Lo he visto en el "Padrenuestro": este camino es la voluntad de Dios[273].Esa voluntad es la que me señala el camino que debo recorrer. En la múltiple variedad de criaturas espirituales y corporales, hay unas que son útiles para mi fin, otras que son perjudiciales; unas son más provechosas, otras lo son menos: hay que hacer una elección entre ellas. ¿Cómo haré esta elección?.

Si quiero hacerla por mí mismo la haré según mis ideas y mis gustos, y esto será de nuevo el gran desorden, esto es, yo antes que Dios, que es precisamente el desorden que hay que evitar a toda costa. Por otra parte, ¿qué sé yo de lo que hay en la criatura?. ¿Cómo sabré lo que es útil para el servicio de mi Dios, y lo que no lo es?. Dios, que ha hecho la criatura, es el único que sabe lo que hay en ella; sólo Él puede decírmelo; a Él, pues, a su voluntad corresponde determinarme las criaturas que debo emplear para su gloria.

2.° El reino de los cielos.—"No es aquel que se limita a decirme: Señor, Señor, el que entrará en el reino de los cielos, sino aquel que hace la voluntad de mi Padre, que está en el cielo; éste es el que entrará en el reino de los cielos." (Mat. 7, 21)[274]. El reino de los cielos es aquel donde se canta la gloria de Dios, porque es propio de los cielos anunciar la gloria de Dios (Salmo18, 2)[275]. Dondequiera que resuenan alabanzas a Dios, allí está el reino de los cielos. El cielo comienza aquí abajo en las almas santas y continúa plenamente en los esplendores eternos; el reino de los cielos es, pues, el reino de la alabanza a Dios.

¿Y qué es la entrada en este reino?—Es principiar a alabar a Dios. Cuando comienzo a glorificar a Dios entro en el reino de los cielos, y cada vez que comienzo una nueva alabanza, una nueva

manera de glorificar a Dios, viene a ser una nueva entrada, o mejor, la entrada en una nueva morada de este reino, pues en el reino del Padre celestial hay muchas moradas (Juan 14, 2)[276]. Esta última entrada será aquella que me ligará por toda la eternidad en la morada donde alabaré a Dios por los siglos de los siglos (Salmo 83, 5)[277].

3.° Las dos entradas. — Pero hay dos clases de entradas de este remo: o bien yo entro en él, o bien él viene a mí. En efecto, nuestro Señor dice las dos cosas. Entro en él cuando procuro la gloria de Dios, y de esta suerte comienzo ya desde este mundo a vivir en los cielos (Filip. 3, 20)[278], puesto que desde aquí principio a cantar la gloria de Dios. Viene a mí cuando recibo los clones de Dios. Así, dice Nuestro Señor, el reino de Dios está dentro de vosotros (Luc.17. 21)[279], y en el "Padrenuestro" me manda pedir que su reino venga a mí Desde aquí abajo, pues, el reino ele Dios entra en mi y yo entro en él. Y cuando suene la hora de la eternidad, entonces total y definitivamente entraré en él para alabar a Dios por siglos eternos, y entrará en mí para inundarme de felicidad sin fin (Mat. 6, 10)[280].

Pero cómo y por qué vía se efectúa esta entrada?. Nuestro Señor dice que no es precisamente por la oración: la oración no es el camino. Más adelante veré que la oración es un medio, un gran medio, pero un medio que sólo sirve con toda eficacia cuando se está en el camino. Fuera del camino, el que emplea este medio, el que dice "Señor, Señor", no entrará. ¿Cuál es, pues, el camino?. Uno solo, la voluntad de Dios. El que hace la voluntad de Dios entrará en su reino; ése únicamente, y no los demás.

4.° Las dos voluntades de Dios.—Éste es el camino que me es necesario tomar y seguir; mas para tomarlo y seguirlo es preciso conocerlo. La voluntad de Dios es una; "pero", dice San Francisco de Sales, "bien que, en verdad, su divina Majestad no tiene más que una y simplicísima voluntad, nosotros la señalamos con nombres diferentes según la variedad de medios por los cuales la conocemos, variedad según la cual estamos también diversamente obligados a conformarnos con ella"[281].

Los varios medios por los que se manifiesta la voluntad divina pueden reducirse a dos, que son como las dos manos de Dios. Con una mano Dios me traza las reglas de lo que yo debo hacer, establece las barreras y el cauce que deben, digámoslo así, encerrar, encauzar, contener y proteger mi movimiento vital. Éste es el lado fijo, el elemento estático de la vida sobrenatural. Todas las leyes, reglas, indicaciones e instituciones que sirven para dirigir y contener mi acción pertenecen a este aspecto de la voluntad divina, que se llama voluntad "manifestada". Se llama así porque planta, a lo largo de mi camino, los signos indicadores que me manifiestan la línea que debo seguir.

Con la otra mano Dios obra en mí, excita y anima e imprime el impulso y el movimiento sobrenatural. Este es el lado móvil, el elemento dinámico de mi vida divina. Todo lo que es inspiración, movimiento bueno, acción íntima de Dios, pertenece a ese aspecto de su voluntad, que se llama voluntad de "beneplácito". Se llama así, porque en su acción vivificante sobre mí, Dios manifiesta las complacencias de la bondad misericordiosa en que se inspira.

5.° Las dos moradas del Espíritu Santo.— Y a la verdad, ¿qué son, en el fondo, esas dos manifestaciones de la voluntad de Dios, sino las dos maneras de habitar en nosotros el Espíritu Santo, conforme a la promesa hecha por Jesucristo a su Iglesia?. La voluntad es el atributo propio del Espíritu Santo. Anunciando su venida, dijo Jesucristo a sus Apóstoles: "El Espíritu de

verdad morará con vosotros y estará dentro de vosotros." (Juan 14, 17)[282]. Morará con vosotros: ésta es, como si dijéramos, la habitación en la casa, esto es, en la Iglesia: ésta es la asistencia pública, exterior, oficial, digámoslo así, por la que el Espíritu de verdad mantiene las leyes de Dios y dirige y asiste a los encargados de interpretarlas. Estará dentro de vosotros: ésta es la habitación íntima, personal, del Espíritu de santidad, obrando en el alma y produciendo en ella esa misteriosa operación de la vida eterna.

De una parte hay, pues, un poder regulador que me da la forma exterior de lo que yo tengo que hacer; de le otra, un movimiento excitador que me da la animación interior de una parte, laautoridad social destinada a contener; de la otra, la acción individual destinada a vivificar: de una parte, el cuerpo; de la otra, el alma de la vida cristiana.

6.° Su unión.—Es claro, por consiguiente, que estos aspectos de la voluntad divina, estas dos manos de Dios, estas dos moradas del Espíritu Santo no pueden estar separadas en la formación de mi vida. Mi actividad debe encontrarse a la vez contenida por una parte, y animada por otra por el Espíritu de Dios. Mientras las reglas de la voluntad manifestada, estables, fijas y firmes sirven de molde al exterior, las operaciones vivas y variadas del beneplácito divino animan, amasan y trasforman la pasta y la hacen penetrar en todos los contornos del molde. Así es cómo las dos manos de Dios se combinan para encerrar y excitar mi movimiento.

7.° División de esta parte. — He aquí, pues, tres cosas: reglas exteriores de mi acción para con Dios, secretos interiores de la acción de Dios en mí, combinación viva de éstos dos elementos constitutivos de mi vida. Tengo, por consiguiente, tres cuestiones que plantear aquí: 1ª cuáles son las reglas trazadas a mi acción por la voluntad manifestada; 2ª cuál es la parte de acción que el beneplácito soberano ejerce en mi vida; 3ª cómo llegan estas dos acciones a combinarse y a unirse. Los tres libros siguientes serán dedicados a la solución de estas tres cuestiones. Cuando yo sepa cuál debe ser mi acción, cuál es la acción de Dios y cuál debe ser la unión de mi acción a la acción divina, conoceré mi camino, sabré por qué vía se eleva el alma hasta la glorificación del Criador.

Por eso esta segunda parte se divide en tres libros que llevan por titulo:

El primero, la voluntad manifestada.

El segundo, la voluntad de beneplácito.

El tercero, el concurso de ambas voluntades.

Es bueno hacer notar, que si la necesidad de expresarnos con claridad exige esta división de tres ideas y su exposición por separado, no se sigue por eso que la voluntad manifestada vaya sin la voluntad de beneplácito, puesto que en las realidades vivas de mi marcha hacia Dios están aliadas y unidas como el vapor lo está a los tubos que lo contienen, como está el agua al canal por donde fluye. Tampoco es preciso concluir que la piedad activa y la piedad pasiva, tal cual aquí se entienden, sean dos estados sucesivos del alma: son los dos factores de un mismo movimiento. Para comprenderlas mejor, estudiaré en primer lugar cada una de ellas separadamente, como por método de análisis; y, después de la consideración parcial de cada una en dos libros distintos, llegaré a ver la síntesis viva en el tercer libro.

LIBRO I

LA VOLUNTAD MANIFESTADA

Ésta es la voluntad que fija el deber, que traza al hombre el camino del bien, por el cual debe marchar, y que le protege contra los senderos del mal, de los cuales debe apartarse; ella es la que, marcando el camino del cielo, indica a la vez la dirección que es preciso seguir y las barreras que es necesario no traspasar. Sus indicaciones son indispensables al hombre, pobre extraviado perdido en el desierto de este mundo y que sin ellas sería incapaz de volver a encontrar el camino de la patria.

Dos puntos hay que considerar aquí: primero, dónde y cómo se manifiesta y se declara esta voluntad de Dios; segundo, cómo debo yo responder y corresponder a ella, En primer lugar, la manifestación de Dios; en segundo, la respuesta del hombre; manifestación de las órdenes y de los deseos divinos, regla de mi actividad : respuesta de mi actividad y de mi vida a las órdenes y a los deseos de Dios. En otros términos, señales de la voluntad divina, de una parte ; piedad activa, de otra parte. He aquí las dos cosas que tengo que meditar en este primer libro.

CAPÍTULO I

MANDAMIENTOS Y CONSEJOS

— 1. Las manifestaciones divinas.

— 2. Los mandamientos de Dios.

— 3. Los mandamientos de la Iglesia.

— 4. Los consejos.

1.° Las manifestaciones divinas.—Dios, que en otro tiempo habló a nuestros padres en diferentes ocasiones y de muchas maneras, nos ha hablado últimamente por medio de su Hijo, a quien constituyó heredero universal de todas las cosas y por quien crió también los siglos (Hebr. 1, 1)[283]. Dios habló y habla, porque no deja de dar testimonio (Hech. 14, 16)[284]. Ha hablado por sus profetas y por los hombres a quienes ha inspirado, ha hablado Él mismo viniendo a vivir nuestra vida humana, y continúa hablando por medio de su Iglesia. Esta palabra de vida que Dios, en su infinita bondad, ha multiplicado de tantas maneras y en tantas épocas, viene prácticamente a condensarse, como línea de conducta, en los mandamientos de Dios, en los mandamientos de la Iglesia y en los consejos evangélicos.

2.° Los mandamientos de Dios.—Los mandamientos me manifiestan la voluntad más general y más absoluta de Dios, mi Padre: esta voluntad se refiere absolutamente a todos. Aquí está la fuente y la regla primera de todas las obligaciones; es lo que se impone en primer término a la piedad. Las otras manifestaciones de la voluntad de Dios sólo sirven para explicar, determinar

y aplicar las prescripciones generales establecidas en los mandamientos: los mandamientos de la ley de Dios, son, pues, la regla primera y fundamental de la piedad, y su observancia es el primer deber.

Hay en los mandamientos dos partes, escritas separadamente por el dedo de Dios en las dos tablas de la Ley. La primera regula los intereses divinos, la segunda los humanos; Dios y el hombre, relaciones divinas y relaciones humanas; esto es toda la religión. Y los mandamientos regulan lo que concierne a Dios y lo que concierne al hombre, resumiéndose finalmente en el amor a Dios y el amor al prójimo. No solamente lo que Dios ha escrito sobre las dos tablas del Sinaí, sino todo lo que ha dicho en la ley y en los profetas viene en conclusión a condensarse en estos dos preceptos(Mat. 22, 40)[285].

3.° Los mandamientos de la Iglesia. — Los mandamientos de la Iglesia son la voz de miMadre, explicándome y determinándome ciertos puntos de la voluntad de Dios, mi Padre. La Iglesia tiene misión de acomodar a los tiempos y a las personas las prescripciones divinas, y de especificar, según las necesidades, ciertos detalles prácticos y ciertas aplicaciones particulares. Ésta es la segunda regla de la piedad.

Siendo la piedad completa, al mismo tiempo, verdad en el espíritu, caridad en el corazón y libertad en la acción, la Iglesia, encargada de trazar y proteger su marcha, tiene también a la vez el magisterio de la verdad, el imperio de la caridad y la disciplina de la libertad. En virtud de este triple poder, que es infalible, promulga las leyes de su dogma, de su moral y de su disciplina, y estas tres categorías de leyes son a la vez la regla y la protección de la piedad. Por las leyes de su dogma la Iglesia guarda la verdad a mi espíritu y le traza los caminos de la misma; por las leyes de su moral conserva la caridad en mi corazón y le muestra el camino de ella; por las leyes de su disciplina guarda la libertad en mi acción y le determina el uso que ha de hacer de ella: por sus mandamientos la Iglesia es, pues, la que nutre y guarda mi piedad. Y si quiero tener en mi espíritu la verdad, en mi corazón la caridad y en mi acción la libertad, en una palabra, si quiero tener en mi vida la piedad, debo conformarme a las leyes de la Iglesia. La piedad no es conservada en su verdad, en su caridad y en su libertad, sino por la protección de la santa Iglesia, mi Madre.

4.° Los consejos. — Dios no manifiesta solamente sus voluntades absolutas, obligatorias bajó pena de pecado, sino que se digna también hacer conocer sus deseos. Y así como los mandamientos expresan sus voluntades absolutas, los consejos indican sus deseos. Los mandamientos determinan el mal que es necesario evitar y el bien que es preciso ejecutar; los consejos, teniendo su base primera en los mandamientos, se elevan por encima de ellos y trazan el camino de lo mejor y de lo perfecto: revelan al hombre los secretos de sus ascensiones superiores y le marcan los senderos por los cuales puede elevarse hasta la consumación en Dios.

La vía de los mandamientos es obligatoria, de tal suerte que todo apartamiento voluntario de ella llega a constituir una desobediencia formal al Señor soberano; los senderos de los consejos son libres, en el sentido de que la negligencia en avanzar por ellos no constituye una ofensa propiamente dicha hacia la divina Majestad, y queda reducida a una simple privación de bien y a una disminución de perfección.

Los consejos son numerosos, pues los hay interiormente para todos los estados del alma, y exteriormente para todas las situaciones sociales; están muy extendidos, pues alcanzan hasta las últimas cumbres del desposorio místico del alma con Dios. Esto es decir que no todos

convienen a todos, que varían según las almas, por razón de su situación exterior, y que se gradúan para una misma alma según sean sus ascensiones interiores.

CAPÍTULOII

LOS DEBERES DE ESTADO

— 5. Doble objeto.

— 6. Aplicación de los mandamientos.

—7. Elección de los consejos.

— 8. Para los sacerdotes.

—9. Para los religiosos.

— 10. Para los seglares.

5.° Doble objeto.—La práctica requiere para los mandamientos una aplicación; para los consejos una elección. Entre los mandamientos no hay que escoger, puesto que todos deben ser observados, pero hay que hacer aplicación de ellos, y esta aplicación varía también según las condiciones exteriores y las disposiciones interiores. Respecto a los consejos, no pudiendo ser cumplidos todos por todos, la elección se impone.

¿Qué es lo que viene a precisar la aplicación necesaria de los mandamientos y la elección oportuna de los consejos?. Son los deberes de estado. Los deberes de estado no son, en manera alguna, una categoría de obligaciones o de direcciones distintas de aquellas que están contenidas en los mandamientos y en los consejos ; su objeto propio es especificar concretamente los modos prácticos de ejecución y la parte personal de atribuciones que a cada uno convienen.

Por tanto, su objeto es doble. En ellos encuentro determinadas estas dos cosas: 1ª la manera propia y personal con que yo debo practicar los mandamientos; 2ªla parte especial de los consejos evangélicos a los cuales me es posible y me es conveniente conformarme.

6.° Aplicación de los mandamientos.—Idénticos para todos y absolutos en su substancia, los mandamientos no pueden ser practicados por todos en las mismas condiciones. El principio es general, la aplicación debe ser especial; el precepto enuncia el principio general, el deber de estado precisa la aplicación especial.

El cuarto mandamiento, por ejemplo, que tiene por objeto la autoridad, alcanza universalmente a todos los hombres. Porque en la organización social nadie puede existir sin ejercer autoridad o ser súbdito, el mandamiento es, pues, universal; pero para su cumplimiento ¡qué diferencias entre los superiores y los inferiores! Y para aquéllos, padres, profesores, patronos, jefes de todas clases, ¡cuántas diferencias en el ejercicio de los poderes tan múltiples de la sociedad!. Lo mismo ocurre con los inferiores: hijos, discípulos, servidores, empleados, subordinados de tantas clases, ¡hay tantas variedades en las condiciones de su

obediencia al poder! Todos tienen un precepto general que observar, y cada uno lo observa diferentemente según su estado. Las leyes y las reglas particulares de cada estado dicen a cada uno cómo debe adaptarse al precepto común.

Esto por lo que hace a la autoridad. Y lo mismo sucede respecto a la adoración, el honor y el culto de Dios, la caridad, la castidad, la justicia y la verdad, reguladas por otros mandamientos y precisadas prácticamente por los deberes de cada estado.

7.° Elección de los consejos.—Respecto a la perfección y a los vínculos por los cuales puede uno a ella estar obligado, los hombres se clasifican en tres estados: sacerdotes, religiosos y seglares. Hay sin duda consejos, como los de la paciencia, la humildad, la mansedumbre, etc., que convienen a todos estos estados. Muchos principios generales de espiritualidad pueden ser estudiados y meditados en los mismos libros por los sacerdotes, los religiosos y los seglares. Sin embargo, la práctica de esos consejos no puede separarse del conjunto de los deberes profesionales, con los que ha de concordar aquélla.

Pero hay también, para la oración y, sobre todo, para el desprendimiento, consejos que son muy especiales a cada estado. La perfección sacerdotal, religiosa y seglar no se despoja de lo humano y no va a lo divino por los mismos caminos. Los principios de santificación difieren aún dentro de cada estado: ni todos los sacerdotes llenan las mismas funciones, ni todos los religiosos siguen las mismas constituciones, ni todos los seglares ejercen la misma profesión. Y la práctica de los principios de perfección tiene variantes necesarias y con frecuencia bastante características, según las diferentes especialidades de f unciones sacerdotales, de constituciones religiosas y de profesiones sociales.

8.° Para los sacerdotes.—Los deberes de estado para los sacerdotes están contenidos en las leyes eclesiásticas. Estas leyes son de dos clases, leyes litúrgicas y leyes de disciplina. Las leyes litúrgicas, tomando esta palabra en su acepción más amplia, regulan las relaciones del sacerdote

conDios; las leyes de disciplina regulan sus relaciones con la criatura: las unas le despojan en algún modo de sí mismo, las otras le conducen a Dios: son dos operaciones que en el fondo sólo constituyen una y que ordenan el hombre a la gloria de Dios.

En las leyes litúrgicas es donde se precisan para ellos los tres mandamientos, así como los consejos que determinan sus relaciones con Dios, y ahí es donde encuentran su forma sacerdotal. Asimismo, en el derecho canónico es donde se precisan, para su conducta eclesiástica, los mandamientos de la segunda tabla, como los consejos que regulan sus relaciones con las criaturas, y ahí también es donde hallan su forma sacerdotal. De modo que el miembro del clero debe buscar y descubrir la regla más próxima y la forma más apropiada de la piedad clerical en esa doble categoría de las leyes propias de su estado.

9.° Para los religiosos.—Para los religiosos los deberes de estado están expresados en la regla de su respectiva religión: la regla es la expresión completa de las obligaciones especiales que les incumben. Dios ha puesto un cuidado paternal en trazarles, hasta en sus más pequeños detalles, su voluntad sobre ellos. Dos partes esenciales resumen toda regla religiosa: la una, ritual, regula las obligaciones respecto a Dios; la otra, disciplinar, despoja al hombre de sí

mismo y de todo lo criado, en la medida y forma particular de cada instituto religioso. Aquí también encontramos las dos operaciones fundamentales de toda piedad.

Así, pues, preceptos y consejos se reúnen y encarnan para el religioso en su regla, revistiendo

en ella esa forma especial que da a la vida monástica su fisonomía especial. Y la piedad del monje aparecerá en su verdadera forma religiosa si sabe buscar en su regla la ley más inmediata de su movimiento hacia Dios.

10.° Para los seglares.—Los deberes de estado están fijados por las reglas de la profesión propia de cada uno. El magistrado tiene las reglas de su deber, el militar los reglamentos de su cuerpo, el comerciante, el abogado, el médico, el obrero, el padre de familia, la madre y los hijos, todos y cada uno en su situación tienen obligaciones respectivas que les son propias y que están trazadas por reglas más o menos explícitas, o por costumbres que tienen fuerza de ley.

Estas obligaciones, propias del deber profesional, son para los seglares la regla más próxima de su piedad. Si la piedad del sacerdote no es sacerdotal sino por su conformidad con las leyes eclesiásticas; si la piedad del religioso sólo es religiosa por la observancia de la regla, "la piedad" del seglar únicamente es verdadera en y por las prácticas de sus deberes profesionales. Cada estado tiene de esta manera una forma propia de su piedad, y esta forma es querida por Dios de tal suerte que la piedad del sacerdote no es la del religioso ni la del seglar, y la de éste no es la del sacerdote ni la del religioso.

CAPÍTULO III

CONOCIMIENTO DEL DEBER

Obligación general

— 11. Piedad activa.

—12. Conocer, amar y ejecutar.

—13. Necesidad de conocer el deber.

— 14. La ignorancia.

—15. La ilusión.

11.° Piedad activa.—Tal es la voluntad general de Dios. A esta voluntad corresponden obligaciones que constituyen lo que puedo llamar la parte activa de la piedad, puesto que dichas obligaciones me determinan lo que debo hacer y me indican la parte de acción personal que Dios exige de mí en la obra de su gloria y de mi santificación.

Debo obrar, en efecto, y poner en acción mis facultades en la ejecución de las órdenes y deseos de Dios; debo marchar por el camino que me ha sido trazado. ¿Y cómo puedo marchar?—Por los tres grupos de facultades que hay en mi: yo puedo conocer, puedo amar y puedo ejecutar. Ya he visto que cuando la dirección de mi conocimiento, de mi amor y de mi acción va a Dios, esto constituye la piedad[286].La parte de esta orientación que se efectúa por el concurso de mi actividad personal debe, pues, Llamarse "piedad activa", o la parte activa de la piedad. La piedad activa, por consiguiente, es la parte de acción que yo tengo que desarrollar en el conocimiento, amor y servicio de Dios.

12.° Conocer, amar y ejecutar.—Si yo debo conocer mi fin, debo también conocer el camino; si debo amar mi fin, debo amar también el camino que a él me lleva; si he de buscar el término final de mi vida, debo seguir los senderos que a él conducen. La gloria de Dios es mi fin, su voluntad es mi camino. Ahora bien: la gloria de Dios, que es mi fin, según he visto[287],exige a mi inteligencia que la conozca, a mi voluntad que la ame, a mi acción que la procure. Esta tripleobligación se impone, del mismo modo, respecto a la voluntad de Dios: mi inteligencia debe conocerla, mi voluntad respetarla y amarla, mi acción ejecutarla. Conocer, amar y procurar la gloria de Dios constituye la esencia de la piedad; conocer, amar y ejecutar la voluntad de Dios es el camino que conduce a mi fin.

13.° Necesidad de conocer el deber. — Debo ante todo conocer la voluntad de Dios: debo conocerla si quiero seguirla y no andar en tinieblas (Juan. 8, 12)[288], y si no quiero exponerme a carecer completamente de prudencia y de discreción (Efes. 5, 17)[289]. El conocimiento es también aquí la primera condición del bien: debo pedir a Dios que alcance yo pleno conocimiento de su voluntad, con toda sabiduría e inteligencia espiritual, a fin de que camine en este mundo siguiendo una conducta digna de Dios, agradándole en todo, produciendo frutos en toda clase de obras buenas y adelantando en la ciencia de Dios (Col. 1, 9)[290]. Es necesario que así como los ojos de los siervos están mirando siempre las manos o insinuaciones de sus amos, así como la esclava tiene fijos sus ojos en las manos de su señoría, así también nuestros ojos estén clavados en el Señor, Dios nuestro (Salmo 122, 2)[291], para consultarle en todas las cosas y conocer su voluntad.

14.° La ignorancia. — Dos males son de temer, la ignorancia que no conoce y la ilusión que conoce mal. En primer lugar, la ignorancia culpable que no se cuida de corregirse y reformarse con nuevos sentimientos, sino que, conformándose con el siglo, no se toma el trabajo de averiguar qué es lo bueno, lo más agradable y perfecto que Dios quiere de nosotros (Rom. 12, 2)[292]. Síguese después esa ignorancia, mezcla de distracción y de ligereza, que no se para a reflexionar en nada y deja que su vida sea llevada por la corriente de los sucesos. Viene, en fin, la ignorancia involuntaria, fruto de las tinieblas de nuestra pobre inteligencia, contra la cual es preciso luchar toda la vida, pidiendo, sobre todo, a Dios dé luz a nuestro espíritu e ilumine nuestras tinieblas (Salmo 17,29)[293].

15.° La ilusión.—La ilusión es, tal vez, el mal más común. ¡Gozamos tanto forjándonos ilusiones!... ¡Dios mío!Así se vive... y sobre todo, así se muere!... Alimentarse de ilusiones es la gran necesidad y la constante preocupación del interés personal. ¡Cuán hábil es en forjárselas!... Pero en ninguna parte es la ilusión tan frecuente y tan funesta como en este

punto de la voluntad de Dios. ¡Hay tanto interés en no verla demasiado, o en verla sólo lo bastante para tranquilizar la propia conciencia sin recargarla demasiado!...

¡Estoy tan habituado a ver a través del prisma del interés personal, y a acomodar mis obligaciones al gusto de mis conveniencias! Antes que la voluntad de Dios consulto mi interés; ¡lo tengo tan cerca y dándome tanta prisa!. Su voz sabe dejarse oír muy bien, y el ruido que hace en mis oídos altera el sonido de la voz de Dios, de tal manera que ésta no me llega ya completa. Es siempre el primer objeto que se presenta ante mi vista, y me es difícil pasar por encima de él para ver directamente la voluntad de Dios; y cuando mis ojos descubren esta divina voluntad, a través del prisma engañador de mi sensualidad, mi vista está desviada, los objetos no aparecen ante ella tales como son, y caigo en la ilusión. ¡Y cuántas veces caigo!... Mis entrañas están llenas de ilusiones (Salmo 37, 8)[294].Mis entrañas, es decir, mi sensualidad; éste es el depósito siempre lleno... ¡Qué plenitud, Dios mío, de ilusiones!... ¡Cuánta necesidad tengo de vigilar y refrenar mis inclinaciones naturales, y tener a raya mi sensualidad para que no derrame esa triste plenitud de ilusiones sobre mi alma, y tener siempre en la mano la lámpara encendida que me ayudará a ver claro! (Luc.12, 35)[295]. ¡Señor, haced que vea! (Luc. 18, 41)[296].

CAPÍTULO IV

CONOCIMIENTO DEL DEBER

Obligaciones especiales

— 16. Conocer los mandamientos.

— 17. El espíritu de los mandamientos.

— 18. Conocer los mandamientos de la Iglesia.

— 19. Conocer los consejos.

— 20. Conocer los deberes de estado.

— 21. Necesidad de la dirección.

16.° Conocer los mandamientos.—Debo conocer mi deber; debo, por consiguiente, conocer las manifestaciones que me lo precisan; y puesto quela voluntad de mi Señor se manifiesta en los mandamientos de Dios y de la Iglesia y en los consejos, debo aplicarme a adquirir un conocimiento, por lo menos suficiente, de los preceptos que me obligan y de los consejos que me conciernen. Y como preceptos y consejos vienen concretamente a condensarse, y para mí personalmente a precisarse en mis deberes de estado, debo sobre todo dedicarme al conocimiento claro y exacto de éstos. Conoceré mi deber más o menos bien según las luces que tenga acerca de estos cuatro puntos.

Conocer los mandamientos de Dios, instruirme en la ley divina, saber las obligaciones que me impone, conocer por lo menos los puntos esenciales... Del conocimiento que de todo eso tenga dependerá necesariamente mi piedad. Bien instruido en mis deberes, mi piedad será ilustrada y sólida; si, por el contrario, estoy a obscuras respecto a mis deberes, mi piedad

quedará en las tinieblas y será falsa. La verdadera piedad ama la luz, porque el que obra la verdad viene a la luz (Juan 3, 21) [297]. Ahora sé lo que significa: "Hacer la verdad."[298]

17.° El espíritu de los mandamientos.—Pero es necesario conocer el espíritu más que la letra. Es a la vez gran error y gran imperfección el no conocer más que el aspecto exterior de la ley, ver el lado material del precepto, sin darse cuenta del motivo que lo inspira y del fin a que tiende. Cuando sólo se conoce la ley de esta manera se observa con fidelidad mecánica y farisaica, lo cual no trae vida alguna al alma. Sé que el fin de la ley no cae bajo el precepto[299] ;pero sé también que la ley no se ha establecido para el justo, sino para los injustos (1 Tim. 1, 9)[300]. Si me atengo, pues, sólo a lo que cae bajo la ley, caigo yo mismo bajo la ley, y quedo convicto de no estar en la justicia; pero si soy guiado por el espíritu, entonces no estoy bajo la ley (Gá1. 5, 18)[301]. Sabemos que la ley es buena, pero para aquel que la practica legítimamente, siguiendo su espíritu (1, Tim. 1, 8) [302].En efecto; si me someto por necesidad y como por un constreñimiento de la voluntad, a la obligación exterior, soy esclavo de cierta materialidad que me encadena y víctima de la letra que me mata (2 Cor. 3, 6)[303]y si soy muerto por la letra, ¿qué vida puede quedar en mí?... Sólo el espíritu da vida.

18.° Conocer los mandamientos de la Iglesia. — La piedad verdaderamente recta procura conocer, en cuanto puede, las leyes de la Iglesia, se complace en estudiarlas porque sabe que la Iglesia, asistida por el Espíritu de Dios, tiene la misión de esclarecer, según los tiempos y las necesidades, el camino que los cristianos tienen que seguir. La voz de la Iglesia es la voz del pastor, y las ovejas conocen la voz del pastor y le siguen porque conocen su voz; mas al extraño no le siguen porque no conocen la voz de los extraños (Juan 10, 4)[304].Las ovejas que tienen la verdadera piedad escuchan muy a gusto la voz de la Iglesia; cualquiera otra voz suena mal en sus oídos. Esta predilección por la voz de la Iglesia, esta necesidad de oírla y entenderla, esa repugnancia hacia cualquiera otra voz y cualquiera otro espíritu que no sea el suyo es una de las señales más características de la verdadera piedad. Esta señal no engaña nunca, y por el contrario, su ausencia es uno de los peores indicios.

19.° Conocer los consejos.—Si yo no pusiese mi cuidado más que en conocer los preceptos formales sabría lo bastante, sin duda, para evitar el pecado; pero no sabría lo bastante para elevarme a las alturas de la virtud. Podría no ofender a Dios demasiado; pero ignoraría los grandes secretos para agradarle. Lograría poco más o menos preservar mi alma de la enfermedad y de la muerte; pero no sabría llevarla hasta los grandes manantiales de la vida. Conocería las primeras líneas de los designios de Dios sobre mí, pero la grandeza de sus ideas, las magnificencias de sus deseos seguirían ocultas para mí. Si quiero, como los santos, comprender la anchura y la largura, la altura y la profundidad, saber sobre todo la caridad de Cristo, que excede a toda ciencia, y llegar así a toda la plenitud de la vida de Dios (Efes 3, 18)[305] y verme colmado de sus dones, tengo necesidad de meditar los consejos, meditándolos, a fin de penetrar su sentido divino y su alcance infinito.

En esta manifestación de sus deseos Dios ha revelado bellezas, grandezas y riquezas que han encantado la vista de los santos. ¡Oh, cuán ignorados son estos secretos de Dios!. El ojo humano no está ya bastante familiarizado con esta luz.

Si yo supiera meditar el Evangelio y las epístolas de San Pablo! ¡Si leyese con frecuencia los escritos de los grandes doctores de la santidad, que han dicho maravillas tan espléndidas sobre estos consejos que ellos han observado! ¡Cuántas cosas se aprenden en la escuela de San

Francisco de Sales, por ejemplo, de San Juan de la Cruz, de Santa Teresa, de Santa Catalina de Sena y de Santa Catalina de Génova!

20.° Conocer los deberes de estado.—Éste es el conocimiento práctico por excelencia, donde vienen a precisarse y aplicarse los conocimientos precedentes. ¡Pobres deberes de estado!... ¡Qué frecuente es ignorarlos..., comprenderlos mal..., falsearlos por las ilusiones del interés personal!... ¡Cuántas veces nos forjamos obligaciones especiales sin causa alguna que las legitime, mientras no tenemos cuidado de las obligaciones reales, impuestas por los deberes de nuestro estado! ¡Ah! Si yo conociese los deberes de mi estado no necesitaría crearme ocupación alguna fuera de él, no tendría obligación alguna que imponerme, pues ellos me trazan todo lo que es necesario para proveer a las aspiraciones de mi alma.

Los deberes de estado, ya lo he dicho[306], me especifican la manera propia con que yo debo personalmente guardar los mandamientos, y la parte propia de los consejos evangélicos que personalmente debo practicar. ¿Qué tengo que buscar fuera de esto?. ¿No está acaso ahí, toda completa, la voluntad de Dios? Si salgo de ahí, ¿qué voy a buscar si no es mi voluntad propia, dejando la de Dios? ¡Gran ganancia será, en verdad, substituir mi voluntad a la de Dios! Ésta es la perfidia del demonio y la necedad de mi orgullo: bajo pretexto de un bien mayor soy llevado a hacer mi voluntad propia y a perder de vista la regla soberana y única, que es la voluntad de Dios.

21.° Necesidad de la dirección.—En este asunto de los deberes de estado la dirección es una fuente de luces frecuentemente indispensable, especialmente para los simples fieles. No entra en nuestro propósito tratar de esta materia. Remitimos a nuestros lectores a lo que han escrito sobre esto San Francisco de Sales y otros maestros de la vida espiritual, sobre la necesidad de un director, manera de elegirlo, de tratar con él, etc.

Es necesario decirlo y repetirlo una vez más: el camino único es la voluntad de Dios. Ella sola me traza mi acción, toda mi acción: todo lo que yo haga y que no esté claramente trazado por ella, está fuera del camino.

CAPÍTULO V

AMOR Y EJECUCIÓN

— 22. Amar el deber.

— 23. El yugo divino.

—24. Las especies humanas.

— 25. Fidelidad en la ejecución.

— 26. Generosidad en la fidelidad

22.° Amar el deber. — No basta que el espíritu conozca; es preciso además que el corazón ame, porque el fin del precepto es el amor (1 Tim. 1, 5)[307].

Es más necesario amar la obediencia que temer la desobediencia: es ésta una de las máximas más favoritas de San Francisco de Sales. Desde el momento que conozco la voluntad de Dios debo adherirme a ella y amar lo que sirve para manifestármela. El libro de la santidad lleva por título: Hacer la voluntad de Dios. Esto es lo que debo fijar en mi voluntad, ésta es la ley que es necesario grabar en media de mi corazón (Salmo 39, 8)[308].

23.° El yugo divino.—La voluntad de Dios es frecuentemente penosa para la naturaleza, cuyas tendencias perversas contraría; es el yugo que es necesario sufrir, la carga que es preciso llevar (Mat.11, 30)[309]. Pero si me adhiero a esa voluntad, si la amo, este yugo se hace suave y la carga ligera. Si sufro la ley como a la fuerza, si sólo considero, según la expresión de San Pablo, que estoy bajo su yugo pesado, entonces me aplasta (Gál. 5, 18)[310]; pero si la abrazo con todo mi corazón, entonces ella me conduce y lleva. Lo que es duro en la ley es el precepto, lo que pesa es la obligación; pero lo que es suave es la voluntad de Dios, que veo y amó bajo esa ruda apariencia; lo que es ligero es el beneplácito divino, que me atrae a sí o esas exterioridades penosas.

24.° Las especies humanas.—Mi amor no debe pues detenerse en el hecho externo, sino adherirse a la voluntad soberanamente amable de Dios, que se manifiesta por la ley. Del mismo modo amaré a la Iglesia en sus leyes, porque es para mí el órgano de Dios; amaré a mis superiores, porque son para mí los intérpretes vivos de la voluntad de Dios. No me detendré en los accidentes humanos, que podrán alguna vez no ser del todo amables, sino que veré más allá el hecho divino que se me manifiesta hasta por esos medios. Recordaré, según el hermoso pensamiento de un autor ruso, "que en la Iglesia, bajo las especies de una sociedad visible y humana, se oculta la substancia divina, y que todo lo que puede parecer anormal en la historia de la Iglesia pertenece a las especies humanas y no a la substancia divina"[311]. La señal de un corazón puro y recto es saber discernir y amar la substancia divina bajo las especies humanas, la voluntad de Dios en hombres llenos de defectos. ¡Ah, es tan fácil y tan común alegar los defectos del hombre como pretexto para emanciparse de la voluntad de Dios!.

25.° Fidelidad en la ejecución.—El amor, en fin, debe producir la fidelidad en la acción: fidelidad generosa y constante a todo lo que sea la voluntad de Dios; fidelidad hasta en las cosas más pequeñas, viendo en ellas, no su pequeñez en sí misma, lo cual es propio de espíritus mezquinos, sino esa otra gran cosa que es la voluntad de Dios, que debemos respetar con grandeza aun en las cosas pequeñas. En este sentido dice San Agustín: "Las cosas pequeñas son cosas pequeñas, pero ser fiel en ellas es cosa grande."[312]

Así en los detalles, que a veces son algo gravosos, de las leyes de disciplina o de rúbricas el sacerdote reconoce, ama y respeta esa cosa grande y santa que es la voluntad de Dios; así también, en las prescripciones asaz minuciosas de su regla, el religioso sabe ver y respetar esta voluntad siempre grande, siempre infinita, hasta en los más ínfimos detalles. Nuestro Señor está todo entero, tan grande, tan vivo, tan adorable, en una hostia pequeña como en una grande, lo mismo en la más pequeña partícula como en la hostia entera, y con la misma adoración recojo las partículas que una hostia grande. Una cosa parecida sucede con la voluntad de Dios: las más insignificantes prescripciones de mi regla la contienen toda entera, y

en ellas la adoro y la acato con la misma devoción que en las cosas grandes; no dejo perder partícula alguna de este bien sagrado (Ecli.14, 14)[313].

26.° Generosidad en la fidelidad.—Y así como en la comunión, por pequeña que sea la hostia, me engrandezco por mi contacto con Dios nuestro Señor, así también en la fidelidad al deber, por pequeñas que sean las observancias a que me someto, siento que mi alma se ensancha y se dilata por mi contacto con Dios. ¡Es cosa tan grande llegarse a Dios!... Y esto es lo único que busco en mi fidelidad a las cosas pequeñas: establecer entre Dios y yo un contacto más perfecto, más continuo, más absoluto, de tal manera, que al fin no haya punto alguno que de Él me aparte.

No es, pues, la fidelidad a la prescripción o a la práctica por sí misma la que me atrae, no; esto sería una mezquindad: es la fidelidad a la prescripción y a la práctica para el contacto divino, y esto es infinito. Así se explica la anchura, el desahogo y la libertad que vemos en el alma de los santos: los veo fieles en todo, y al mismo tiempo libres en todo: se siente que no están apegados más que a Dios solamente, y que su alma nada quiere que no sea Él; son exactos en todo, pero con esa exactitud viva, flexible, generosa que se acomoda a todas las necesidades: no conocen la rigidez farisaica, las escrupulosas minuciosidades ni las inquietudes meticulosas.

Cuando yo comprenda como ellos que mi fin no es ajustarme a la prescripción, sino ajustarme a Dios por la prescripción, encontraré también como ellos esta anchura en la exactitud, esa facilidad en ser fiel, esa grandeza en la pequeñez; como ellos también no me sentiré prisionero, sino libre, no me ahogaré, sino que me ensancharé hasta en los detalles más insignificantes, en apariencia, de las reglas que tenga que observar. Corrí gozoso por el camino de tus mandamientos cuando tú ensanchaste mi corazón (Salmo 118, 32)[314].

CAPITULO VI

PIEDAD SACERDOTAL

— 27. Las vocaciones.

— 28. La forma de las vocaciones.

— 29. Liturgia y derecho canónico, forma de la piedad sacerdotal.

— 30. El buen sacerdote lo sabe.

— 31. El espíritu litúrgico y canónico.

27.° Las vocaciones.—Hay en la Iglesia, cuerpo místico de Cristo, funciones múltiples que ejercer, según la multiplicidad de las necesidades de dicho cuerpo místico. Así como en mi cuerpomaterial hay órganos variados para proveer a las diversas necesidades de la vida, así también en la Iglesia hay vocaciones diferentes que asignan a cada uno la parte especial de acción que le está señalada para la utilidad general del cuerpo. Cada uno de nosotros tiene su vocación propia, es decir, que cada uno es llamado en su vida a una determinada situación, a

una función útil. Dios no ha criado a los hombres a la ventura; hay en el tiempo y en el espacio un maravilloso encadenamiento entre las almas y las vocaciones.

Las vocaciones se dividen en tres grupos generales, según se ha visto ya en el capítulo II. Unos, y éste es el mayor número, tienen la vocación común de la vida ocupada en el cuadro de la familia natural. En ese grupo, las ocupaciones son muy diversas; pero en general su objetivo dominante es el cuidado de los intereses humanos.

Otros tienen la vocación superior del sacerdocio y llegan a ser los representantes de los intereses divinos. Otros tienen la vocación más especial de la vida religiosa, y son como los profetas de la unión de Dios con el hombre.

28.° La forma de las vocaciones.—A un destino especial debe responder una forma especial. No todo instrumento es apto para toda clase de obras. El alma debe, pues, recibir la formación conforme a su misión; y las leyes propias de cada estado vienen a darle precisamente esta formación. En esas leyes encuentro, no sólo la determinación práctica del trabajo que yo tengo que hacer en mi vida para Dios, sino también la adaptación de mi alma a ese trabajo. Si tengo interés en no errar el camino, si tengo justo empeño en no inutilizar mi existencia, debo cumplir las leyes de mi estado que me señalan fielmente la parte personal de mi deber y me forman y me adaptan a todas las exigencias de mi vocación.

¿Qué es, pues, la vocación? Es la forma especialbajo la cual quiere Dios que cada uno se desenvuelva, a fin de glorificarle en el cuerpo de los elegidos: cada uno tiene su fisonomía propia y todos están unidos.

29.° Liturgiay derecho canónico, forma de la piedad sacerdotal.—El sacerdote verdaderamente piadoso experimenta un gran gozo en conocer estudiar y profundizar las leyes de su estado: leyes litúrgicas y leyes de disciplina; ahí está todo para él. Buscar a Dios, olvidarse de sí mismo, esto es toda la piedad, y ambas cosas están, para el sacerdote, admirablemente reguladas en esas leyes. En ellas tiene, pues, toda la forma de su piedad. Lo que busque fuera de esto será falso y engañador; cualquiera otra clase de piedad no es la piedad sacerdotal. Llamadla piedad mundana, piedad modernista o con cualquier otro epíteto horrible que profane ese hermoso nombre; jamás será bastante sangriento para fustigar esa triste manía de buscar la piedad donde no está: la piedad sacerdotal está en la observancia de las leyes litúrgicas y disciplinares, y nada más que en esto.

30.° El buen sacerdote lo sabe.—El buen sacerdote lo sabe, sabe qué tesoro contienen para él esas admirables leyes de su Madre la Iglesia; por esto hace de ellas el objeto preferido de sus meditaciones, de sus lecturas piadosas, de sus estudios tranquilos; bebe en ellas luces fecundas y grandes fuerzas; los libros de la Iglesia son sus libros de predilección; sus textos oficiales son el alimento que con preferencia escoge su inteligencia. ¿Y dónde encontraría nada más sano ni más bello?. Y sobre todo, ¿dónde encontraría mejor expresada la palabra de su Dios y su voluntad santísima?

¡Oh, qué hermosa es la piedad sacerdotal!..., ¡hermosa, grande y robusta!... ¡Cómo sobrepuja a esa otra "piedad anémica"[315] de aquellos que piden sus inspiraciones a esos mil fuegos fatuos, tan vanos como brillantes! Ahí tenéis, ¡oh sacerdotes! la fuente de la vida: bebed en ella a grandes tragos... ¿Por qué abandonar la fuente de la vida e ir a excavar pozos, a fabricar

aljibes agrietados que no pueden retener las aguas? (Jer. 2, 13.)[316]. Si vuestra vida entera estuviese vaciada por completo en ese molde; si no permitieseis que ningún hábito ni ideas extrañas la deformasen, ¡cuál sería vuestra grandeza!... Vuestra mayor debilidad y vuestro más terrible castigo consisten en descuidar las leyes de vuestro estado. Todo lo que no sea esto, no está a vuestra altura y os empequeñece.

31.° El espíritu litúrgico y canónico.— El sacerdote debe hacer penetrar la liturgia en sus relaciones divinas y el derecho canónico en sus relaciones humanas, de tal suerte que llegue a adquirir su espíritu : sólo el espíritu vive, la letra es muerta. La liturgia y el derecho canónico no son formas puramente exteriores y muertas; circula bajo su corteza una savia poderosa. Y si importa poseer la corteza, importa más todavía tener la savia. ¡Qué consuelo es para el presente y qué esperanza para el porvenir ver sacerdotes, y sobre todo asociaciones sacerdotales que se aplican a hacer revivir en ellos la integridad de esta corteza y la fecundidad de esta savia!. La liturgia y el derecho canónico, en su letra y en su espíritu, son la vida sacerdotal en la plenitud de sus formas, son el sacerdote colocado por encima del hombre y cerca de Dios, el ministro de las cosas santas salido de la condición inferior de la humanidad y constituido en la región de las cosas divinas (Hebr. 5, I)[317] son, en una palabra, el sacerdote en la plenitud de la verdad y en la omnipotencia de su vocación.

CAPÍTULO VII

PIEDAD RELIGIOSA

— 32.La piedad religiosa tiene su forma en la regla.

— 33. El religioso no se explaya fuera de su regla.

—34. La corteza es dura.

— 35. Toma este libro y cómelo.

32.° La piedad religiosa tiene su forma en la regla.—El religioso verdadero y santo sabe que su regla es para él la más fiel y la más completa expresión del deber. También él quiere de veras ir a Dios y despojarse de sí mismo. ¿Acaso no se ha hecho religioso únicamente con ese fin? Caridad y humildad son las dos virtudes que para él resumen todo, si es que estas dos virtudes no son, en algún modo, una misma virtud, o más bien los dos polos de ese mundo que se llama la piedad. Porque no puede amar sino despojándose y sólo se despoja para amar.

Es necesario salir de sí mismo para ir a Dios: son ambas cosas como los dos movimientos de la respiración espiritual, que no se pueden separar y que, aunque distintos, no constituyen más que una sola respiración. Cesa de verse, de amarse y de buscarse, para ver, amar y buscar a Dios : aquí está su piedad y así es como va a Dios.

En su regla encuentra el religioso este deber, único y doble, trazado en sus dos partes que él no separa nunca en su conducta. La caridad, el amor a Dios, encuentra su vía, su forma perfecta, en la parte donde están trazadas las reglas de los divinos oficios. La humildad, el desprendimiento de sí mismo, tiene su vía, su forma perfecta, trazada en la parte donde están

contenidos los estatutos disciplinares. He aquí, pues, la forma de su piedad, tal como Dios la exige de él; cualquiera otra forma no es la suya, no es la que Dios quiere de él. Dios quiere que su humildad y su caridad, es decir, su piedad, revista esta forma, y ha puesto cuidado en trazarle los detalles en su regla; por consiguiente, para el religioso todas las demás formas de piedad personal son falsas, contrarias a la voluntad de Dios y contrarias a su perfección. ¡Oh, qué triste es ver a un religioso engañarse hasta el punto de buscar en prácticas particulares, o en costumbres extrañas a su regla, una perfección que no logra ser más que una mezcla híbrida y contrahecha !...

33.°El religioso no se explaya fuera de su regla.—DiceSan Francisco de Sales que "hay cierta sencillez de corazón en la cual consiste la perfección de todas las perfecciones, y es esa sencillez que hace que nuestra alma no mire más que a Dios y que se mantenga del todo recogida y encerrada en sí misma para dedicarse, con toda la fidelidad que le es posible, a la observancia de sus reglas, sin derramarse a desear ni querer emprender otra cosa más que esto"[318].

No; el verdadero religioso no se lanza a desear ni emprender cosa alguna fuera de su regla: ella sola basta a su piedad, ella contiene para éltoda la voluntad de Dios. Por eso la estudia con amor, la medita y la rumia despacio, a fin de transformarla en si mismo, o más bien, de transformarse él mismo en ella. Sabe que no encontrará a Dios sino siguiendo las disposiciones litúrgicas de su regla, sabe que no se despojará de sí mismo sino observando las prescripciones disciplinares de sus constituciones o estatutos: siguiendo por otro camino, ni encontraría a Dios ni se desprendería de sí mismo; lo sabe. Sabe que ahí, en su regla, está su perfección, toda su perfección; ahí, y no en otra parte, y ahí la busca con toda la energía de su ser. ¡Oh, qué santidad y qué plenitud de vida hay en el alma religiosa "que se mantiene así recogida y encerrada del todo en sí misma", para inspirarse en el espíritu de su regla, aspirar su jugo y alimentarse de su substancia, sin lanzarse a otras empresas!...

34.° La corteza es diera. — La regla, en su expresión, conserva ordinariamente una fisonomía fría y severa que no da entrada ni a los extravíos dela imaginación ni a los del sentimiento ; pero no por esto deja de ser la expresión perfecta de la voluntad de Dios ni deja de contener la forma esencial de la piedad religiosa. El que sabe romper esta corteza y descubrir el sabroso fruto que encierra cosecha rica, abundante y sano alimento. Únicamente las almas extraviadas por el sentimentalismo ignoran los tesoros de piedad contenidos en la regla.

Se objeta que en la regla no hay nada para el corazón. r qué es, pues, vuestro corazón?...¿Acaso se nutre sólo de gemidos y exclamaciones, y su único movimiento es lanzar suspiros de paloma?[319]. Si así fuera, la piedad no encontraría casi nada en la Escritura Santa, nada en las leyes de la Iglesia, nada en los escritos de muchos grandes doctores.

35.0Torna ese libro y cómelo.—Toma ese libro, devóralo : te causará amargura en el vientre, mas en tu boca será dulce como la miel (Apoc. 10 10)[320].El ángel de la regla, digámoslo así, dice esto mismo a todo religioso. El verdadero religioso oye este lenguaje, lo comprende y lo pone en práctica ; no encuentra extraño tener que comer un libro, y lo come. Esta comida, ciertamente, no es fácil ni agradable, es seca y dura, pero se le ha dicho: "toma y come", y él la toma y la come. No le da cuidado el amargor del vientre, esto es, el trabajo del desprendimiento de sí mismo, que es lo primero que obra la regla siempre; y experimenta en

la boca la dulzura de la miel, es decir, encuentra a Dios, verdadera miel y verdadera dulzura del alma.

El religioso sentimentalista se asombra de tener que comer un libro: en su opinión, no se puede comer semejante cosa. Y además le infunde pavor esa amargura del vientre que es el primer efecto, el primer resultado de esta comida. ¿Por qué no le pone Dios en seguida la miel en la boca? ¡Oh, la miel!... Realmente, esto es lo único que busca. Pues bien; si queréis tener en la boca la dulzura de la verdadera miel, esto es, la caridad que gusta de Dios, es preciso comer este libro de vuestra regla, y cuando lo hayáis comido os causará en primer lugar amargor en el vientre, agitará la parte inferior para producir el desprendimiento de vosotros mismos, y después, en la parte superior, encontraréis a Dios, que será la miel y la dulzura de vuestra alma.

CAPÍTULO VIII

EL ESPÍRITU DE PIEDAD

— 36. El encuentro divino.

— 37. Saber atravesar el velo.

— 38. No hacer distinción entre las cosas mandadas.

— 39. Dejar mis prácticas para tomar las de Dios.

— 40. Los hijos de Dios nacen de Dios.

36.° El encuentro divino.—En suma, lo que importa conocer, amar y observar ante todo, en la ley, no es la ley misma, es la voluntad cuya expresión es: esto es lo que se necesita conocer, amar y buscar. Si veo esto, veo todo; si no veo esto, no veo nada. Si me adhiero a la voluntad de Dios directamente, llego en derechura a mi fin. ¿Cuál es mi fin? — Ir a Dios y unirme a É1 para glorificarle y lograr mi bienaventuranza. En este encuentro, en esta unión de mi alma con Dios, está su gloria y mi felicidad. ¿ Dónde encontraré a Dios? — Allí donde está su voluntad. La unión de mi alma con Dios es una unión moral, es decir, una unión de voluntades: lo encuentro, pues, cuando mi voluntad encuentra la suya, y me uno a Él cuando mi voluntad se une a la suya. Allí donde no veo su voluntad, no me uno con Él. En

el orden de mi unión a Él, Dios, para mí, no está sino allí donde está su voluntad.

Mas el hombre animal que no percibe aquellas cosas que son del Espíritu de Dios[321], no ve en sus obligaciones sino el lado material, y su alma, absorbida por completo por este aspecto material, se encuentra alejada de Dios. Cualquiera que sea la ocupación que Dios exija de mí, cualquiera que sea la clase de trabajo a que su voluntad me llame, aunque fuera la ocupación más vulgar y el trabajo más grosero, Dios está allí porque allí está su voluntad; está allí mismo, transparentándose detrás de ese ligero velo. El alma de vista torpe no lo ve; sólo percibe el velo de la obligación material que la tiene ocupada y en el cual detiene sus miradas; y cuando siente deseos de encontrar a Dios, se vuelve hacia otro lado para ver si lo encuentra en los ejercicios de devoción, y aquí no lo encuentra porque no está aquí su voluntad: su voluntad está únicamente en la obligación del momento.

37.° Saber atravesar el velo.—Cuando tengo una obligación que cumplir, si yo supiera no dejarme detener por el velo no miraría atrás para ir lejos a buscar a Dios, cuando está delante de mí y lo tengo, como se dice, tocando. Si mirase con más atención, si procurase ver detrás del velo, vería a Dios que está allí y me llama: Ven, me está diciendo, estoy aquí, mi voluntad está aquí, mi gracia está aquí; porque su gracia está allí donde está su voluntad. Aquí estás conmigo y voy a ayudarte. ¡Bienaventurado aquel a quien Dios ayuda en su trabajo! (Salmo 83, 6)[322].

Cuando comprendo de esta suerte mis obligaciones; cuando veo en ellas a Dios, presente en su voluntad; cuando sé que es ahí donde puedo encontrarlo, me lanzo de lleno al cumplimiento de mi deber, para sumergirme del todo en Dios. ¡Dios mío! Cuán ciego es preciso estar para no veros en toda obligación que nos imponéis! Un velo cubre su corazón; pero cuando se convirtiere a Dios, este velo caerá (2 Cor.3, 15)[323].

38.° No hacer distinción entre las cosas mandadas.—Si procuro conocer la voluntad de Dios, si me adhiero a ella y me esfuerzo en cumplirla, la encuentro siempre grande, siempre perfecta, siempre idéntica a sí misma, siempre santa y adorable. Importa poco que esté en puntos de importancia o en detalles, en disposiciones que me sean penosas o fáciles; para mí siempre es la misma voluntad la que busco y la misma voluntad que encuentro, la misma voluntad que cumplo. La importancia distinta de los preceptos y de los consejos me indica la gradación que debo seguir en su observancia; pero en los unos yen los otros adoro igualmente la voluntad de Dios. Que Dios me envíe al trabajo o a la oración, que exija de mi una cosa honrosa o vulgar, que su ley me sea manifestada por este medio o el otro, todo esto puede variar, pero no me inquieto por ello: sé que Él no cambia jamás (Salmo 101, 28)[324], y a Él y a su voluntad es a lo que yo me adhiero. "Dios mío, cuán frecuentemente nos engañamos", dice San Francisco de Sales; "una vez más os lo repito: no hay que mirar a la condición exterior de las acciones, sino a la interior, esto es, a si Dios las quiere o no las quiere."[325]

39.° Dejar mis prácticas para tomar las de Dios.—Jamás me engaño más neciamente que cuando pretendo hacer consistir la piedad en ciertas devociones y prácticas particulares. ¿Qué voy buscando en esas prácticas de mi elección?. ¡Ay! Mi voluntad propia, mis gustos, mis caprichos. Por mucho que haga en poner toda la buena voluntad deseable, esta buena voluntad no pasará nunca de ser una mala voluntad, pues no es conforme a la voluntad de Dios.

Clama sin cesar, dice el Señor a su profeta: haz resonar tu voz como una trompeta, declara a mi pueblo sus maldades, y a la casa de Jacob sus pecados. Todos los días me requieren como si hubiesen vivido justamente y no hubiesen abandonado la Ley de su Dios; así me demandan razón de los juicios o decretos de mi justicia y quieren acercarse a Dios. Cómo es, me dicen, que nosotros hemos ayunado, y tú no nos has hecho caso? ¿Cómo es que hemos humillado nuestras almas, y tú te haces el desentendido?— Es, responde Dios, porque en vuestro ayuno estaba vuestro antojo (Is. 58.1)[326].

40.° Los hijos de Dios nacen de Dios.—Los hijos de Dios no nacen de la sangre, ni de la voluntad de la carne, ni de querer de varón, sino que nacen de Dios solamente(Juan 1, 13)[327]. Que es como decir, según palabras cíe San Juan de la Cruz: "El poder de llegar a ser hijos de Dios, esto

es, de transformarse en Él, es dado solamente a aquellos que no han nacido de la sangre, es decir, de las disposiciones naturales; ni tampoco de la voluntad de la carne, esto es, del capricho de la naturaleza; ni aún de la voluntad del hombre. Y aquí por voluntad del hombre se entiende cualquier manera humana de juzgar y comprender según la razón sola. A ninguno de éstos es dado llegar a ser verdaderos hijos de Dios. Esta dicha se ha reservado a los que son nacidos de Dios."[328]. Así las prácticas, las devociones, las oraciones y las mortificaciones inspiradas por las disposiciones naturales, por los caprichos dela naturaleza, por los gustos de la voluntad humana, no están en el camino único de la verdadera piedad. La piedad nace únicamente de Dios y de su voluntad: ella conoce, ama y ejecuta la voluntad de Dios, y sólo por este camino la piedad procura su gloria.

LIBRO II

LA VOLUNTAD DE BENEPLÁCITO

Conozco los carriles del camino que me lleva a Dios ; es preciso ahora conocer el vapor: el tren no puede avanzar sobre los carriles sin el vapor que le da el movimiento. Por tanto, después de haber considerado la voluntad manifestada, que fija y mantiene las reglas de mi acción, es necesario considerar la voluntad de beneplácito, que es la que da el impulso divino.

En la voluntad manifestada he visto dos cosas: 1ª cómo se manifiesta; 2.a cómo debo yo corresponder a ella. Estas dos cosas son también las que tengo que ver respecto a la voluntad de beneplácito. ¿Cómo se manifiesta esta voluntad?— No es ya por medio de palabras ni de preceptos, sino por medio de operaciones: es la parte de acción que Dios se reserva en la construcción de mi vida. ¿Cómo debo yo corresponder a ella? — No es tanto por la acción como por la sumisión. ¿Cuáles son, pues, en mí y sobre mí las operaciones del beneplácito divino?. Primera cuestión. ¿Cómo debo yo someterme a estas operaciones por la piedad pasiva?. Segunda cuestión. Ésa es toda la materia de este libro.

¿Esnecesario, por ventura, repetir que la piedad pasiva no es más que uno de los aspectos de la piedad completa ; que no es un estado superior que suceda al estado precedente de la piedad activa; que la una y la otra van simultáneamente juntas, y que se combinan y van aliadas constantemente en la marcha de la vida cristiana?. Esta alianza la mostraremos en el libro siguiente.

CAPÍTULO I

LA ACCIÓN DIVINA

— 1. En los brazos de Dios, y mis pequeños pasos.

— 2. Los cuidados de Dios para conmigo.

— 3. El fresco.

— 4. Todo contribuye al bien de los elegidos.

— 5. Maravillosa oportunidad del trabajo divino.

1.° En los brazos de Dios, y mis pequeños pasos.—"Nosotros, Teótimo, como hijos pequeños del Padre celestial, podemos ir con Él de dos maneras. Porque primeramente podemos andar por los pasos de nuestro propio querer, conformándole con el suyo, teniendo siempre con la mano de nuestra obediencia la de su intención divina, y siguiéndola por doquiera que nos guiare, que es lo que Dios quiere de nosotros por su voluntad manifestada... Pero podemos también ir con Nuestro Señor dejándonos simplemente llevar de su beneplácito divino, como un niño se deja llevar en brazos de su madre."[329]

"Porque Nuestro Señor, durante nuestra peregrinación en esta miserable vida, nos conduce de estas dos maneras: o nos lleva de la mano, haciéndonos andar con Él, o nos lleva en los brazos de su providencia. Nos tiene de la mano cuando nos hace andar en el ejercicio de las virtudes. Su bondad divina nos quiere conducir bien y tenernos de la mano en nuestro camino; pero quiere también que demos nosotros nuestros pequeños pasos, es decir, que hagamos de nuestra parte lo que podamos con la ayuda de su gracia. Pero Nuestro Señor, habiéndonos llevado de la mano... nos lleva después en sus brazos y hace obras en nosotros, en las cuales parece que nada hacemos."[330]

Así habla San Francisco de Sales. Al estudiar la voluntad manifestada cíe Dios he visto la manera con que Dios "quiere que yo dé mis pequeños pasos"; ahora, en el estudio de su beneplácito, voy a ver cómo "Él me lleva en sus brazos".

2.° Los cuidados de Dios para conmigo. — Dios tiene cuidado de cada uno de nosotros (1 Pedro 5, 7)[331]. ¿No es verdad que cinco pajarillos se venden por dos cuartos, y con todo ni uno de ellos es olvidado de Dios? No temáis, pues, que Dios os olvide: más valéis vosotros que muchos pajarillos (Luc. 12, 6 y sig.)[332].

Este cuidado de Dios es el cuidado de la gallina por sus polluelos (Mat. 27, 37)[333], el del pastor por sus ovejas (Juan cap. 10)[334], el de una madre por su hijo. Os llevaré en mis pechos y os acariciaré sobre mi regazo. Como una madre acaricia a sus hijos, así os cuidaré y os consolaré (Is. 66, 12)[335]. ¿Puede una madre olvidar a su hijo y descuidar el fruto de sus entrañas? Pues aun cuando ella pudiese olvidarlo, yo nunca podré olvidarme de ti (Is. 49, 15)[336].

Esta voluntad de Dios, siempre ocupada en mi santificación (1Tes. 4, 3)[337], me sigue en todos los detalles de la vida para conducirme al fin supremo de mi creación. Hay tanto que hacer en mi alma, que Dios trabaja en ella sin cesar. Así, no soy solamente yo el que, con ayuda de la gracia, trabaja por la gloria de Dios; es también Dios mismo, y mucho más que yo, quien trabaja en mí para su gloria, y trabaja en mí sin mí y a veces a pesar mío.

Estas operaciones de Dios son las que principalmente realizan la santidad en mi alma. Lo que yo hago en la piedad activa, en orden a mi santificación, es muy poca cosa. No es por aquí por donde yo hago grandes progresos: sólo doy pasos cortos, y muy cortos en realidad, con los cuales adelanto muy poco. Mi mayor progreso se realiza cuando Dios me lleva en sus brazos. La acción de su beneplácito es el principal instrumento de mi progreso interior. Entonces avanzo, no ya con mis pequeños pasos, sino con los grandes pasos de Dios: El me lleva muchísimo más que lo que yo ando.

3. º El fresco.—Un fresco magnífico había sido cubierto con argamasa: un accidente feliz hace caer un día la argamasa y reaparece la pintura con toda su belleza. ¿Pero, quién quitará las manchas dejadas por mil menudos restos del mortero?. ¿Quién retocará los pequeños detalles para devolver al cuadro la frescura y el primor de su primera hermosura?. Es preciso un artista, y un artista de la talla del primer maestro; cualquiera otro que se ponga a retocarlo corre riesgo de causar en el cuadro daños irreparables.

Mi alma es la imagen de Dios, cuadro magnifico donde el mismo Dios ha pintado su semejanza (Gen. 1, 26)[338]. Por el pecado original, primero, y después por el pecado mortal, la imagen de Dios ha sido cubierta y su semejanza destruida. Una vez el Bautismo y más tarde la Penitencia han hecho que vuelvan a aparecer los rasgos de la semejanza divina; pero, ¡ah, cuánto detalle sucio! ¡Cuántas manchas quedan todavía!. ¿Quién las quitará? — Únicamente Aquel que ha hecho el cuadro; sólo PA es bastante hábil para retocarlo. Y en efecto, Él se reserva hacer esta operación: nadie toca al alma más que Dios. El que la hizo es el único que puede rehacerla[339].

4.° Todo contribuye al bien de los elegidos. — Si quiero conocer el modo general de esta acción no tengo más que recordar la palabra del Apóstol: Todo contribuye al bien de aquellos a quienes la voluntad de Dios llama a la santidad (Rom. 8, 28)[340].

Todo; la expresión es absoluta. Por consiguiente, los detalles de los movimientos cósmicos, físicos y morales; las influencias ejercidas por todos los seres, ángeles, hombres, animales o plantas, sobre el desarrollo, aun el más insignificante en apariencia, de mi vida física, moral, intelectual y sobrenatural, todo concurre a esta acción. Dios obra por medio de todos esos instrumentos, pues si las criaturas son instrumentos para mí, lo son más todavía para Dios.

Y si quiero saber hasta qué punto contribuye todo al bien de los elegidos, no tengo más que comparar con ese texto de San Pablo este otro del Salvador: Ni un solo cabello caerá de vuestra cabeza sin permiso de vuestro Padre celestial (Luc. 21, 18)[341]. La caída de un cabello no es ciertamente un acontecimiento de importancia en mi vida. Pues bien; de este acontecimiento, que tan sin cuidado me tiene a mí, se ocupa Dios. Todo está vigilado por su soberana e indefectible inteligencia, que hasta los cabellos de mi cabeza tiene contados (Mat. 10, 30)[342].A tanto llega su solicitud.

Dios no cesa jamás de obrar sobre mi alma; el cuidado que de ella tiene es incesante; todo le sirve para purificarla y dilatarla. ¡Y con qué maravillosa delicadeza procede!. Todo está atemperado y medido en su acción, sabe tocar siempre en el punto, en el momento y de la manera más propicios. Si yo acepto su acción, avanza con rapidez y multiplica sus toques; si la rechazo, se retira suavemente, espera con paciencia y vuelve en otra ocasión, empleando otro procedimiento ; a veces usa de dulzura, a veces, de rigor.

5.° Maravillosa oportunidad del trabajo divino.—Sabe acomodarse a todos los estados del alma, utilizar todos los medios, escoger todos los momentos, tomar todos los caminos. El que guarda a Israel no dormita ni se duerme (Salmo 120, 4)[343]. Jamás está distraído ni negligente. Prosigue sin interrupción la ejecución de sus designios. Ha trazado el plan de mi vida y dirige su realización sin que nada le desvíe: nada, salvo mi falta de correspondencia, que contraría su trabajo .y sus designios. ¡Qué maravillas contemplaré cuando Dios, en el gran día de la eternidad, me descubra los secretos resortes de su acción sobre mi alma!... ¡Qué hermoso será, infinitamente hermoso, eternamente hermoso, contemplar en detalle cómo

"todo" ha contribuido al bien de mi santidad!... Éste será uno de los encantos del cielo, uno de los motivos de la alabanza eterna.

Aquí abajo Dios manifiesta muy poco, y como a disgusto y con pena, los secretos de su acción. Mi vista entenebrecida y torpe no ve más que la superficie, el espejismo exterior de los movimientos humanos; pero el designio cuya ejecución prosigue Dios, el resorte divino que mueve e impulsa, la acción divina que dispone y dirige todo a la santificación de los elegidos, esas profundidades misteriosas donde Dios oculta a nuestras miradas los .movimientos de su sabiduría, de todo esto, ¿qué conocemos?. No veo más que las apariencias exteriores que me engañan, que me parecen incoherentes porque no conozco ni el origen, ni el orden, ni el fin. ¡Qué pasmo de gozo y de admiración sentiré cuando me sean revelados, en el pleno día de Dios, los pormenores, la verdad, el esplendor de esta palabra!. Todo, todo contribuye al bien de aquellos a quienes la voluntad de Dios ha llamado a la santidad!...

Si la plena luz está reservada para el día de las grandes manifestaciones, no es menos cierto, sin embargo, que Dios me revela ya desde ahora, según las necesidades de mi progreso, algunos de los misterios de su acción. Quiere que yo los vea para que corresponda a ella, y yo puedo verlos y debo estar atento a verlos en la medida en que a Él le plazca revelármelos, y con el propósito de conformar mi acción a la suya.

CAPÍTULO II

OBJETO DE LAS OPERACIONES DIVINAS

— 6. La acción de Dios.

— 7. Su idea.

— 8. Su deseo.

—9. Ipse faciet.

6.° La acción de Dios.—Es ya haber entrado en la inteligencia del don de Dios el tener esas intuiciones que hacen sentir o presentir la acción de Dios en los acontecimientos interiores y exteriores de la vida. Sin embargo, me es posible, y es bueno para mí penetrar más a fondo en esta inteligencia del misterio divino. Si en efecto Dios obra en mí no es con el único fin de obrar; su acción no es un juego pasajero y estéril; si obra es porque quiere obtener un resultado, es porque se propone un fin.

Aquella acción es transitoria. Ciertas advertencias de Dios son rápidas como el relámpago; y aquellas que se prolongan más tiempo tienen un fin. Mi vida es una sucesión continuada de hechos diversos que varían sin cesar, que se renuevan continuamente, en los cuales se desarrolla la acción del beneplácito soberano sobre mí. A esta acción pasajera, mudable, múltiple debe mi alma someterse y adaptarse; esa acción es la que debo aprender a reconocer, acoger y recibir siempre.

7.° Su idea.—Pero, en definitiva, ¿debo adherirme, detenerme, descansar en este aspecto transitorio de mis relaciones divinas? No, lo que pasa, pasa; y eso pasa para ir a la eternidad. Más allá del aspecto temporal, hay el eterno. En esta acción de Dios, que pasa como el tiempo durante el cual obra, hay un germen de eternidad. Cuando Dios hace algo tiene siempre un deseo y una idea, obra impulsado por el deseo de realizar una idea: si yo quiero comprender y seguir su acción, en cuanto esto me es posible y permitido, es de suma utilidad para mí saber cuál es el deseo que le hace obrar.

Y para conocer su deseo, hay que referirse a su idea. Ésta es lo eterno. Y puesto que aquí me preocupo sobre todo de su acción especial sobre mí, lo que necesito conocer es su deseo actual y su idea eterna respecto de mí. Su idea eterna sobre mí es la misma que ha presidido a mi creación ; la he visto desde el principio, en el capítulo preliminar de la primera parte de esta obra; su idea es que yo viva, que yo viva de Él, para Él y en Él.

Que yo viva: es decir, que yo crezca hasta aquella medida de conocimiento, de amor y de ser para la cual me ha criado, y según la cual quiere que yo le glorifique en el número de los escogidos y sea bienaventurado en su seno. Su idea es realizar esta edificación de mi ser en la caridad (Efes. 4, 16)[344],formar este "todo", uno y vivo, que es la piedad; ésta es su idea. Y jamás, en momento alguno ni en ninguna de sus operaciones sobre mí, se distrae ni se aparta de esta idea cuya realización prosigue por todos los medios y en todas coyunturas.

8.° Su deseo.—La idea de Dios sobre mí es, pues, general, puesto que se extiende a toda mi vida, cuyo plan abraza en conjunto; ella es la que inspira, la que dirige y la que encadena los acontecimientos de mi existencia; pero en particular, en cada suceso, en un momento dado, tiene un deseo particular, y este deseo es el que determina y mide su acción especial del momento.¿Y cuál es este deseo? — Es colocar en el edificio de mi vida la piedra que conviene colocar en aquel momento preciso y que es reclamada, digámoslo así, por el plano del edificio, según el estado actual de la construcción. Esta piedra es, por ejemplo, un conocimiento que conviene adquirir o enmendar o completar en el espíritu ; un hábito que es preciso corregir o desarraigar, o una virtud que conviene suscitar o fortificar en el corazón; una purificación que urge hacer en los sentidos, etc.... Dios sabe muy bien en qué estado se encuentra en mí el edificio de la piedad, sabe lo que está construido y lo que falta que construir, ve lo que se debe y lo que se puede hacer, y tiene el deseo, la necesidad, el tormento dicen los santos— de dirigir su obra hasta su perfecta terminación; e impulsado por ese deseo, obra en cada acontecimiento avanzando más o menos, según la condescendencia o la resistencia que en mí encuentra. Ah, si Él estuviese libre siempre para hacer lo que le place!... ¡Si pudiera proseguir y realizar todos sus deseos..., realizar toda su ideal...

9.° Ipse faciet. — Dejad libre el camino a Dios, tened confianza en El y El hará(Salmo 36, 5)[345]. El hará: este verbo me choca; es absoluto, sin régimen que restrinja su alcance y limite su aplicación. Hará no solamente esto o lo otro, no sólo en este momento o en el de tnás allá, sino todo y siempre. Todo; es decir, toda su obra en la plenitud que conviene. Y su obra es la vida; la vida viene de Él y Él hará la vida.

Y la hará Él mismo; Ipse. Se ocupará, y se preocupará en ella, la dirigirá, la comenzará y la acabará: será su obra. Él tiene la idea, tiene el deseo y El ejecuta. ¡El obra es tan grande y Él desea tanto llevarla a cabo!. Así, qué operaciones y qué progreso tan admirables realiza en aquellas almas donde sus designios no encuentran oposición! Los santos son la prueba de ello.

¿Y en mí?... Su idea sobre mi es tan alta, su deseo tan apremiante, su acción tan incesante... en todos los sucesos... ¡Si yo lo conociese!... Si lo comprendiese por lo menos en cuanto esto me es posible y necesario!

CAPÍTULO III

LOS DOS MODOS DE LA OPERACIÓN DIVINA

— 10. Despojar y revestir.

— 11. Consuelos y pruebas.

— 12. La intención de Dios.

— 13. Efectos divinos del gozo y del dolor.

— 14. Divino testimonio de amor.

10.° Despojar y revestir.—Nos es dado por una parte y por otra es indispensable conocer algunas, al menos, de las líneas generales del modo de obrar del Artista soberano. Según he visto en la primera parte de esta obra[346] para operarse en mi el desarrollo de la vida hay que hacer dos cosas, dejar la muerte e ir a la vida: es necesario apartar el mal por la purificación y edificar el bien por la glorificación de mi ser. Dios trabaja en conducirme a la vida ; tiene, por tanto, dos operaciones que proseguir simultáneamente hasta la terminación de su obra en mi: debe despojarme y debe revestirme; debe despojarme de lo humano y revestirme de lo divino. Y no puede hacer lo uno sin lo otro. Cuando los engranajes de una máquina están enmohecidos y torpes la limpieza se impone : hay que quitar, limpiar, purificar. Después, cuando el metal ha quedado limpio y brillante, se pone un poco de aceite para que el movimiento sea suave y rápido. Esto mismo debe hacerse en mí. La corrupción del placer criado ha enmohecido, más o menos profundamente, los engranajes de mis facultades; las aficiones criadas han apegado mi alma a la criatura; es necesario limpiar. Es necesario después el aceite de dulzura que da la facilidad del movimiento y el poder para la marcha y el progreso[347].

Estas dos operaciones deben hacerse en todas mis facultades, en todos los puntos de mi ser, hasta la completa terminación y perfecta realización de la vida.

11.° Consuelos y pruebas. — En este doble trabajo emplea Dios los instrumentos que tiene en su mano. Todas las criaturas que están en contacto conmigo son manejadas por Él para la ejecución de esta obra. Estos contactos son múltiples y diferentes según las almas y según los estados de un alma. Sin embargo, como los toques del Artista eterno y los golpes de sus instrumentos no tienen en definitiva más que el doble objeto que hemos dicho —desprendernos de lo criado y elevarnos a Dios—, las diversas impresiones en el alma, de parte de Dios, pueden reducirse a estas dos: el sufrimiento y el consuelo. Bajo estas dos modalidad. puedo clasificar y considerar todos los procedimientos de la acción divina. Hay criaturas de las i cales se sirve para probarme a fin de desprenderme; hay otras con las que me alivia y consuele.

Alterna y combina estas dos maneras de obrar, mezclando más o menos el dolor y el gozo, prolongando un placer o un sufrimiento, reemplazando el uno por el otro: como en el orden material hace suceder la lluvia a un sol espléndido, y la calina a la tempestad. Veré realmente, en el capítulo siguiente, cómo las operaciones divinas son, de ordinario, una alternativa de dones que consuelan, iluminan y encantan, y de supresiones que desolan, ciegan y vuelven impotente. Pero lo que encanta en esas operaciones es la dulzura que nace de la amargura, es el panal de miel en la boca del león (Juec. 14, 14)[348]. En el capítulo VIII veré cómo puede manar un río de gozo en medio de las aguas amargas del sufrimiento.

12.° La intención de Dios. —¿Y por qué los instrumentos de Dios, manejados por su mano, producen en mí los tinos el dolor y los otros el gozo?. ¿Cuál es la razón de los consuelos y de las pruebas de mi vida?— Dios no me envía ciertamente el consuelo con el pueril fin de recrearme, ni me envía el sufrimiento con el cruel objeto de torturarme; Dios no obra como un niño ni como un verdugo ; obra como padre: su conducta respecto de mí es siempre seria y paternal. Su propósito esencial, del cual no le permite apartarse su paternidad, es que en todo para mí quiere ser padre, esto es, darme la vida, y para conducirme a la vida tiene empeño en despegarme y en alentarme: tiene empeño en desasirme; he aquí la gran razón de los sufrimientos: tiene empeño en animarme; he aquí la gran razón de los consuelos. En su intención, ninguna criatura me ocasiona dolor sino en la medida de desprendimiento, de expiación y de reparación que me es necesaria; ninguna criatura me trae consuelo y gozo sino en la medida del fervor y ánimo de que tengo necesidad. Los sufrimientos nos desprenden de la criatura, los consuelos nos elevan a Dios: he aquí su intención.

13.° Efectos divinos del gozo y del dolor.—¡Ah, los efectos del gozo santo..., los efectos del sufrimiento sagrado... en una alma en que la operación divina no encuentra muchos obstáculos voluntarios!... ¡El gozo comunica tanto fervor y vigor, tanto entusiasmo y ardor para el bien!. Determina corrientes de generosidad y de sacrificio, necesidades de ascensión y de desarrollo: es el sol de la vida. Penetra hasta los huesos y hasta la medula, y lleva a todas partes el bienestar y la fecundidad (Salmo 50,10)[349].

¿Es acaso el dolor menos penetrante?— ¡Ah! Ciertamente, también sabe atravesar hasta la separación del alma y del espíritu, y hasta las junturas y los tuétanos, hasta los últimos pliegues de las intenciones del corazón. En la tierra no hay escuela tan sabia como la del dolor para aleccionar al hombre en la virtud: la cruz nos enseña mil cosas de las cuales los libros no dan ni siquiera idea. El dolor cristiano es omnipotente para cortar lazos, para destruir escorias, para purificar manchas. El es el que lleva al alma la santa libertad del desasimiento, la robusta energía de la abnegación, el varonil heroísmo del sacrificio. ¡Son tan hermosos, tan grandes y tan preciosos los frutos de las pruebas, por lo menos aquellos que la tribulación tiene misión de traerme de parte de Dios!

14.° Divino testimonio de amor.—No es muy difícil a la naturaleza reconocer en el gozo una sonrisa de Dios. Al alma a quien Dios consuela le parece que está contento de ella y ella este contenta de El. Es indudable que el consuelo es, de parte de Dios, una prueba de su amor. ¡Pero el sufrimiento!. ¡Ah, el sufrimiento!... ¡Supremo misterio de amor!. ¡El sufrimiento bajo todas sus formas, sufrimiento interior y exterior, sufrimiento del espíritu, del corazón y de los sentidos, es también un testimonio, todo divino, del amor de Aquel que tanto me ama!

Dios no me ama nunca tanto como cuando me envía un sufrimiento. Y es fácil convencerme de esto. Entre amigos, la prueba de afecto más consumado, el más alto grado de amistad es prestar a un amigo, por amor, un servicio que le será doloroso, pero necesario. Dar gusto, decir cosas lisonjeras y halagüeñas, todo esto no excede la altura ni la capacidad de los afectos

más vulgares y necios; pero decir una verdad amarga, comunicar una desgracia abrumadora, pedir un sacrificio desgarrador, dar un consejo o hacer una advertencia desagradable, hacer todo esto como amigo y porque la amistad nos cía, no solamente derecho, sino valor y fuerzas para ello, esto es la última palabra de la amistad. Pues así es como obra Dios conmigo. Dios se resigna a hacerme sufrir por amor: su amor le empuja, su amor le apremia a ello. Es una operación necesaria para la purificación y dilatación de mi vida, y su amor no le permite dejarme languidecer y marchitarme lejos de Él, sin emplear todos los medios para hacerme vivir en Él. ¡Hasta ese punto me ama!. ¡Dios mío, cuán poco comprendo vuestro amor!

CAPÍTULO IV

LA MARCHA DEL TRABAJO DIVINO

— 15. La aguja y el hilo.

— 16. Triple despojo exterior.

— 17. Triple despojo interior.

— 18. Concordancia con los cinco grados de la piedad.

— 19. Los dones deDios pueden llegar a ser obstáculos.

15.° La aguja y el hilo.—Si quiero darme cuenta un momento de cómo Dios mezcla el gozo y el dolor, y del procedimiento por el que, ordinariamente al menos, Él conduce al alma, debo estudiar la marcha y progreso cíe ese trabajo divino. Nadie, que yo sepa, ha dado un resumen más profundo y más sucinto que el Padre Antonio del Santo Sacramento, en su "Retiro de diez días"[350].Sus enseñanzas son las que voy a seguir aquí.

Sólo Dios es Dios; sus dones no son Él: sólo son los instrumentos de sus operaciones. Los dones mismos que entran en el alma y que la penetran, entran como precursores y preparadores del lugar que deben hacer a Dios. No están, pues, destinados a quedarse en el alma, sino a pasar por ella solamente: no deben ser más que medios por los cuales Él entra; y si permanecen en el alma, usurpan el lugar de Dios. Según la graciosa comparación de San Francisco de Sales[351], mientras la aguja está en la tela no puede penetrar el hilo : la aguja sólo se introduce en la tela para hacer pasar el hilo. Así también los dones de Dios deben meramente atravesar el alma para que Dios penetre en ella. Cada don, por consiguiente, debe ser como postergado, o si se quiere aniquilado, a fin de dejar lugar a otro don superior. Si no me voy, el Paráclito no podrá venir a vosotros (Juan 16, 7)[352]. Lo que es precursor debe desvanecerse y desaparecer, dejando que Dios se engrandezca (Juan 3, 30)[353].

16.° Triple despojo exterior. — Los primeros dones por los cuales Dios comienza sus operaciones en el alma son, ordinariamente, los consuelos: están destinados a conquistar la parte inferior del alma, la parte sensible, a desasirla de las criaturas y atraerla y apegarla a Dios. Logrado este efecto, los consuelos regularmente desaparecen a fin de que el alma no se aficione a ellos; porque los consuelos no son Dios. Si el alma se pegara a ellos detendría toda la

labor, por decirlo así, de la vida divina. Por esto los consuelos deben desaparecer a los golpes de la sequedad que viene a anonadar este primer don de Dios.

Cuando la sequedad ha realizado su obra, estoes, cuando ha despojado suficientemente al alma de todo apego a los consuelos, Dios suele enviar otro don superior: son las luces destinadas a conquistar la inteligencia, a desprenderla de la vista de la criatura y darle el conocimiento de Dios: el alma entonces podrá tener conocimientos profundos sobre los misterios de la fe. Cuando tiene las miradas de su inteligencia afirmadas en la fe y separadas de las criaturas, las luces son apagadas, y sobrevienen a veces las tinieblas: nuevo despojo.

A las tinieblas que han destruido las luces suceden entonces los grandes deseos. los abrasadores ardores que tienen por misión conquistar la voluntad para Dios. Bajo su influencia el .alma es devorada por la necesidad de promover la gloria de Dios, tiene gran celo por la salvación de las almas y la dilatación de la Iglesia. Terminada esa operación, estos ardores son anonadados por el tedio y la impotencia.

Cuando este nuevo despojo haya acabado, Dios concederá al alma un gran poder para obrar, una gran facilidad para hacer lo que anteriormente había deseado. Pero el alma podría aún complacerse en esta facilidad para obrar, detenerse y pegarse a ella, y esto es un peligro. Sin quitársela, Dios le suprimirá el gozo; el alma no tendrá fruición alguna en sus actos, porque no tendrá calma ni paz. Dios, en efecto, le hace entonces pasar por nuevos despojos.

17.° Triple despojo interior.—Por los dones precedentes Dios ha obrado sucesivamente sobre la sensibilidad, sobre la inteligencia y sobre la voluntad; las ha desapegado de las criaturas y las ha atraído a sí; les ha quitado las falsedades del conocimiento, del amor y del deseo de las criaturas, para traerlas al conocimiento, al amor y al deseo de El mismo, es decir, a la piedad. Ahora va a sacudir y conmover estas potencias, para saber hasta dónde puede contarse con la solidez de su obra, y proseguir su trabajo en esta empresa a fin de terminarla.

Aunque estas potencias estén, en efecto, bien desasidas de las criaturas, pero podrán no estarlo todavía de sí mismas. Todavía les quedan restos profundos de la preocupación de sí mismo, del amor y de la dominación del propio yo fuera de Dios. Y es preciso que la mentira, la vanidad y la esclavitud de este egoísmo desaparezcan enteramente para que la piedad alcance su suprema perfección.

Dios va a trabajar en ello, empezando por agitar la parte inferior con espantosas tentaciones de impureza, de ira y otras. Todo se trastorna en las pasiones.

Después de esto puede Dios pasar aun más adelante y llegar a devastar la inteligencia y la voluntad, por las tinieblas, el tedio y las angustias y opresiones interiores, y hasta no hallar el alma paz en parte alguna.

La obra del anonadamiento puede ir más allá todavía; puede Dios quitar al alma la virtud activa, quiero decir, esa facilidad de obrar que había conservado a través de las precedentes tempestades ; en ese momento sobreviene como una impotencia total para obrar: no le queda al alma más que un poder, el de sufrir y aceptar.

Este poder de sufrir y aceptar, o virtud pasiva, acaso le será también quitado. La pobre alma, aniquilada, deshecha por los golpes, no conserva siquiera, en sí y por sí, el poder de sufrirlos, de aceptarlos: no le queda, en su fondo humano, ni la energía de aceptar. No puede nada, absolutamente nada. Se la ha privado de todo: todo en ella está destruido y anonadado. De ella nada nace. De su seno no surge ni un pensamiento, ni un sentimiento, ni un acto. Ya no

hay en ella un movimiento "humano", ninguna vida puramente natural: es la muerte mística. Todo está consumado. En ese momento, todo obstáculo a la plena entrada de Dios ha desaparecido: así es que entra y toma posesión de esta alma mediante el desposorio místico, que realiza el estado ele unidad.

En este estado, el alma no tiene más movimiento que el de Dios; en ella no se produce ningún movimiento de la naturaleza para determinar por sí misma, al menos eficazmente, sus actos ; todos éstos los determina la voluntad de Dios, único y soberano motor de sus facultades. Dios es quien realiza en ella todas sus obras (Is. 26, 12)[354]. Sus facultades, desprendidas en absoluto de la tiranía de las criaturas y de la de su propia independencia, son ahora libres por entero, soberanamente activas, en el único movimiento de la voluntad de Dios[355].

18.º Concordancia con los cinco grados de la piedad— Estas diferentes operaciones de Dios hacen subir al alma sucesivamente por los cinco grados de la piedad: los consuelos llegan al principio de la vida espiritual y corresponden, bastante comúnmente, a los dos primeros grados de la fuga de los pecados; las luces acompañan frecuentemente el tercer grado de la perfección; los grandes deseos y la facilidad para obrar son dados al cuarto. Las otras operaciones comenzadas algunas veces en este último grado, no se realizan en su mayor parte sino en el quinto.

Es conveniente considerar este camino de la santidad hasta sus más altas cumbres: de esta suerte comprendo un poco lo que son los santos, veo mejor la distancia que de ellos me separa y me animo a comer este pan substancioso del desprendimiento, que ha de darme fuerzas para llegar, siguiendo sus huellas, hasta el monte de Dios (3 Reyes 19, 7 y sg.)[356].

19.° Los dones de Dios pueden herrar a ser obstáculos.—Pero lo que sobre todo me importa

no olvidar es que los dones mismos de Dios podrán llegar a ser en mí un obstáculo a su entrada, si me aficiono y apego a ellos. ¡Tan riguroso es el principio fundamental de la piedad: ver, amar y servir a Dios sólo!... ¡Hasta tal punto es un desorden mi apego a una criatura cualquiera, fuera de Dios!. No debo ver más que sólo a Dios ante todo, amarle a Él sólo ante todo, buscarle y servirle a Él sólo ante todo. Sus dones, aun los más espirituales y los más directamente destinados a mi progreso hacia Él, pueden ser un obstáculo a este progreso, si me apego a ellos; y para no apegarme es preciso que sean anonadados. Nada me dice mejor hasta qué punto es esencial el orden y hasta qué punto este principio de mi creación es el único fundamento de la santidad.

¡De qué manera tan luminosa veo surgir así la distinción entre los dones, que pasan, y la glorificación del nombre, que permanece!. De este modo sé más profundamente hasta qué punto es mi único bien el adherirme a Dios. También me persuado de que sólo las operaciones de Dios llevan a mi alma a esa unión con Él que constituye la piedad. Y, por consiguiente, toda la esperanza de mi adelanto debe fundarse en ese trabajo. Si, mi bien consiste en adherirme a él, en poner mi esperanza en el Señor mi Dios (Salmo 72, 28)[357].

CAPÍTULO V

LA PIEDAD PASIVA

— 20.Tener el camino abierto.

— 21.Aceptar.

— 22.Reconocer, acoger, sufrir.

— 23.Aceptación simple.

— 24.La paz en la aceptación.

— 25.El descanso en Dios.

— 26.Definición de la piedad pasiva.

20.° Tener el canino abierto.—Para corresponder a esta voluntad de beneplácito divino que obra tan misericordiosamente en mí, ¿qué tengo yo que hacer?—La correspondencia directa, inmediata de mi alma no está aquí tanto en la acción como en la aceptación. A la voluntad manifestada debo responder directa y formalmente, andando los pequeños pasos de la piedad activa. Lo que la voluntad de beneplácito reclama de mi, como correspondencia propia e inmediata, es dejarme llevar en los brazos de Dios: dejad el camino abierto a Dios, entregaos a Él, y Él, Él hará. Mientras Él hace, yo debo corresponderle. Y mi correspondencia a su acción consiste en entregarme a Él, en dejarle abierto el camino, en darle entrada libre y acción libre en mi alma.

¿Qué es dejarle el camino abierto?— Es por una parte cumplir y hacer lo que me manda por su voluntad manifestada, darle esa acción que Él espera de mi parte, andar con Él esos mis pequeños pasos que constituyen la piedad activa. Es claro, en efecto, que si yo no hago lo que Dios me exige, me cierro a su acción, porque oponiéndole el dique de mi insumisión y rebeldía me pongo en lucha con Él. No es menos evidente, por el contrario, que cuando cumplo su voluntad manifestada estoy, por esa acción, ampliamente abierto a las operaciones ulteriores de su beneplácito. La correspondencia queda establecida entre mi alma y Él. Hay, pues, ahí una comunicación: es uno de los resultados, por consiguiente, de la piedad activa, y su efecto más santificante, el tener el alma accesible a las influencias divinas, el dar entrada libre a los movimientos inspiradores y vivificantes de la gracia;. mas esta comunicación sucede ya a un movimiento divino.

21.° Aceptar.—Porque — y esto lo explicaremos en el libro siguiente — no es mi acción la que precede a la acción de Dios: la comunicación primera y principal no se hace por mi acción, sino por mi aceptación. Aceptar el beneplácito divino, someterme a lo que hace en mí y para mí, por aquí es, ante todo y sobre todo, por donde abro el camino a Dios; por aquí es por donde dejo entrada libre a su acción y paso franco a sus operaciones. Mi papel aquí es, pues, pasivo: se limita a aceptar, a dejar hacer, a dejarme llevar y conducir, a adorar y a dar gracias. Dios me lleva en sus brazos y yo me entrego a Él con toda confianza. Dejar el camino libre a Dios, aceptar su acción, no rehusarle cosa alguna, esto es lo que Llamo la piedad pasiva, o la parte pasiva de la piedad. La disposición única, esencial, es la sumisión: sumisión amorosa, sin reserva, sin inquietud, sin curiosidad, sin murmurar, a toda la acción de Dios, a toda su voluntad, a todo su beneplácito.

22.º Reconocer, acoger, sufrir.— Pero cómo se hace esta aceptación? En qué consiste esta sumisión?— Consiste en que mi espíritu reconozca, mi corazón acoja y mis sentidos soporten los acontecimientos del beneplácito divino "como operación de Dios". Cuando en los hechos dirigidos por Dios mi espíritu sabe reconocer, y mi corazón desea acoger, y mis sentidos se prestan a sufrir la "operación divina", entonces hay aceptación perfecta del beneplácito soberano.

Y lo que es necesario reconocer, acoger y soportar de tal suerte que nos adhiramos a ello, no es, en manera alguna, el hecho en sí mismo, por ejemplo, un consuelo, una luz, una tribulación, etcétera: el hecho no es más que el instrumento de Dios, y ya he visto en el capítulo anterior que el adherirse al instrumento podía llegar a ser un obstáculo a la acción de Dios. Recibir el consuelo por el consuelo es marchitarse en un pasatiempo, sufrir la prueba por la prueba es condenarse a sucumbir aplastado; pero aceptar el consuelo o la prueba como operación divina, o mejor, aceptar en el consuelo y en la prueba la operación divina es recibir el impulso para mi progreso. Por tanto, lo que es necesario aceptar en el hecho, y a lo que debo adherirme en todos los hechos, es a la acción de Dios: es necesario reconocer, acoger y soportar los acontecimientos providenciales, cualesquiera que sean, como operación divina. ¡feliz el alma que, no deteniéndose demasiado en sus impresiones naturales de gozo o de dolor, empieza a sentir, gustar y comprender la necesidad que Dios experimenta de operar en ella!. A medida que nos hacemos menos sensibles a lo humano, nos vamos haciendo más sensibles a lo divino: cuando el espíritu sabe salirse de lo criado llega a ver o a entrever en los sucesos providenciales la idea de su Criador; el corazón que quiere desprenderse de los afectos de la naturaleza y tender a Dios el vuelo llega a gustar en los acontecimientos el deseo de su Dios; aun los mismos sentidos, cuando se endurecen para el gozo lo mismo que para la pena, se sienten invadir por la operación purificadora y vivificante. ¡Oh, los grandes secretos de vida! ¡Qué hermosa es la existencia conocida, gustada y sentida a la luz de este resplandor divino!

23.° Aceptación simple. — No me es ciertamente necesario tener siempre un conocimiento claro de los designios de Dios ni darme cuenta de sus razones y maneras de obrar. Con frecuencia tendrá gusto en darme a entender todo esto de uno u otro modo, pero obra también otras veces sin dar a conocer los motivos; me basta entonces saber que obra según su deseo y su idea, y someterme a su acción pura y sencillamente, sólo porque es acción suya y para conformarme con su deseo y realizar su idea; que yo bese su mano y adore sus disposiciones, y que Él sea libre de modificar su movimiento según los designios de su beneplácito, sin que mi afición a tal gozo, o mi repulsión por tal o cual pena, vengan a ponerle trabas ni obstáculos; que haga lo que bien le plazca según su deseo actual y su idea eterna, yo acepto toda su acción únicamente porque viene de Él y porque va a Él: ésta es la verdadera y perfecta aceptación.

24.° La paz en la aceptación.—Surge aquí una cuestión importante. ¿Dios obra sin cesar en mí, es necesario que sin cesar haga yo también actos de aceptación? — En manera alguna. Esto, en primer lugar, sería cosa imposible; porque si yo quisiera corresponder positivamente con un acto de sumisión a cada detalle de la acción del beneplácito divino, cada una de mis respiraciones no sería suficiente. No es preciso para esta aceptación semejante revolución "humana", que sería uno de los grandes obstáculos para la acción de Dios. Dios ama la calma (3 Reyes 19, 11)[358];el lugar de su acción es la paz (Salmo 75, 3)[359]. Lo que su acción exige de mí es la quietud. El niño que es llevado en brazos de su madre, tiene acaso necesidad de agitarse para mantenerse en los brazos que le llevan?

Una de las grandes dolencias del hombre es la agitación, y una de las cosas que menos sabe hacer es mantenerse tranquilo, por la confianza, en los brazos de Dios. Hasta cuando me mandan el descanso me afano por saber qué es preciso hacer para descansar, y empiezo a hacer esfuerzos para lograrlo. El único medio bien conocido de reposar es comenzar por no agitarse: esto es precisamente lo que aquí se requiere. Es necesario, dicen los autores místicos, dormirse en el beneplácito divino. Dormiré y descansaré en una paz inalterable, porque Vos, Dios mío, habéis asegurado mi confianza (Salmo 4, 10)[360].

25.° El descanso en Dios.—Pero es el descanso en Dios, en la acción de Dios, en la vida de Dios; no el descanso negligente, perezoso y egoísta en mí mismo y en lo criado; ese descanso que siente necesidad de no hacer nada, que tiene horror a hacer, que es el desorden[361] y que es la segunda forma de la dolencia humana. No; nada de ese descanso que es la pérdida de la vida, mientras que el descanso en Dios es la primera condición de la vida, que está esencialmente compuesta de descanso y de movimiento. Al alma que se abre a Dios, que se entrega a Él, Dios la invade, la penetra, la anima con su soplo, la llena de su vida, pone en acción todos sus resortes, la conduce, la mantiene y le hace producir los verdaderos actos de la santidad.

El que permanece en Jesucristo debe andar como El mismo anduvo (1 Juan 2, 6)[362]. Si yo sé permanecer en Él con la tranquilidad de la verdadera aceptación, permanecerá en mí por su acción y me hará dar mucho fruto (Juan 15, 5)[363]. Cuando comprendo y practico el verdadero descanso en Dios, mi alma viene a ser semejante a una máquina cuya llave está abierta: el vapor puede entrar, circular sin obstáculos y poner todo en movimiento. Pero cuando me agito o descanso fuera de Dios, la llave está cerrada: Dios se queda en la puerta de mi alma, su acción no me penetra, y su deseo y su idea no se realizan.

26.° Definición de la piedad pasiva.—La primera condición de mi vida es, pues, tener el camino abierto a Dios, y esto es lo que he llamado "piedad pasiva". Es el lado receptivo, la parte pasiva de la piedad cristiana. — ¿Qué es, pues, la piedad pasiva?— Es una disposición del alma que se mantiene accesible a las influencias divinas a fin de ser animada y dirigida a las obras propias de la vida sobrenatural, por las operaciones del beneplácito soberano. En el libro siguiente veré cómo esta pasividad conduce a la verdadera actividad, y cómo una y otra no constituyen más que una sola piedad.

CAPÍTULO VI

ESPERANDO A DIOS

— 27.Estado de espera.

—28.Volver a la calma.

— 29.Cuándo es necesario conocer el trabajo de Dios.

— 30. Evitar la curiosidad.

—31.Atención y sumisión.

— 32.El director espiritual.

27.° Estado de espera.—Es, pues, una disposición general, única, un estado del alma en el cual es preciso constituirme, o mejor, en el cual es preciso dejarme constituir por Dios mismo, puesto que, según la expresión del Salmista, no duermo ni descanso sino por virtud de la confianza en la cual Dios me ha establecido(Salmo 8, 10)[364]. Si no os hacéis como niños no entraréis en el reino de los ciclos (Mat. 18, 3)[365]. ¡Qué difícil se hace a nuestro amor propio, ¡oh Dios mío, volver a ser niños! Y si todavía hemos entrado tan poco en el reino de los cielos, a pesar de nuestros esfuerzos, es porque, extraviados y descaminados en nuestra acción y agitación, no hemos sabido hacernos niños en los brazos de Dios.

He aquí cómo habla San Francisco de Sales del supremo grado de esta santa indiferencia y abandono al beneplácito de Dios: "Me parece que el alma que está en esta indiferencia y que nada quiere, sino que deja querer a Dios lo que a Él agrade, tiene su voluntad en una expectación sencilla y general; tanto más cuanto que esperar no es hacer ni obrar, sino permanecer expuesto a algún acontecimiento. Y si os fijáis, la expectación del alma es verdaderamente voluntaria, aunque no es una acción, sino una simple disposición a recibir lo que sobreviniere, y cuando los sucesos llegan, la expectación se convierte en consentimiento o aquiescencia; pero antes de que sobrevengan el alma está en espera, indiferente a todo lo que a la voluntad divina le plazca ordenar."[366]

28.° Volver a la calca.—Tal es el grado de calma y tranquilidad a que es preciso llegar en la "aceptación" del beneplácito divino: calma singularmente enérgica, poderosamente atenta, que tiene los ojos del alma elevados hacia Aquel que habita en los cielos. Como los criados tienen los ojos fijos en las manos de sus amos, como la sirvienta tiene sus ojos fijos en las manos de su señora, así el alma, en esta calma, tiene sus ojos fijos en Dios, en espera de su misericordia (Salmo I22, 1).[367]

Evidentemente no puedo alcanzar de un salto esta perfección: es obra larga; tanto más larga cuanto que me es preciso volver de muy lejos para emprenderla: me he extraviado en las vías de mi voluntad propia, de mi agitación y de mis distracciones; no he sabido escuchar la voz de Dios ni prestarle atención, ni interrogarle, y él me ha dejado ir en pos de los deseos de mi corazón y seguir sus devaneos (Salmo 80, 12)[368].Y de aquí es preciso volver. ¿Cómo se establecerá esta calma expectante?— Por grados. La piedad comienza poco a poco, lentamente, con la fuga del pecado, para elevarse hasta la consumación. Puesto que la voluntad de Dios es la vía que conduce a la piedad, es claro que el camino está en relación con el fin. Si hay grados para llegar al fin, también los hay en el camino.

Al principio aceptaré de un modo muy imperfecto la acción de Dios: mis pasiones, mis hábitos de buscarme a mí mismo, mi incurable ilusión de querer obrar por mí mismo, me lanzarán frecuentemente fuera de los brazos de Dios. ¿Qué deberé hacer?. De tiempo en tiempo, un acto de aceptación para restablecer en mi alma un poco de esta calma con vigilancia (Cánt. 5, 2)[369], y de esta santa indiferencia y confiado entregamiento a la voluntad divina, que son las señales distintivas de la piedad pasiva. Estos actos, al principio raros e imperfectos, se multiplicaran y se perfeccionarán poco a poco, y la disposición general de aceptarlo todo de la mano de Dios irá extendiéndose y afirmándose.

29.° Cuándo es necesario conocer el trabajo de Dios.—Tengo, pues, que hacer un acto de aceptación para reponerme en la sumisión cuando me he salido de ella; del mismo modo deberé hacerlo también cuando me vea expuesto a salirme. Dios hace muchas ele sus operaciones en mí sin exigirme, habitualmente, otra cosa que mi consentimiento pasivo; pero su acción es a veces más apremiante. Ciertos golpes dados en mi alma, poco afirmada todavía en la piedad pasiva, corren riesgo de ser desconocidos, desviados, amortiguados, por decirlo así, por mi resistencia, o bien trocados y convertidos en provecho de mi satisfacción y en detrimento de la gloria de Dios; es, pues, necesario a veces conocer más expresamente algunas particularidades de esta acción de Dios sobre mí, a fin ele aprender por lo menos a no desconocerla. Cuando esto es necesario Dios me lo manifiesta. Él sabe hablar, y cuando habla sabe hacerse entender. El alma que desea mantenerse sencillamente en la sumisión a su divina voluntad, sabe muy bien cuándo habla Dios y sabe muy bien cuándo ella le rehúsa alguna cosa; ya hable por atractivos o por remordimientos, por acontecimientos o por impresiones, por la voz de los superiores o por la de los sufrimientos, su palabra es siempre bastante clara para ser comprendida por el alma cuando ésta es verdaderamente humilde y dócil a las enseñanzas de Dios (Juan 6, 45)[370]. Dios obra siempre, y su acción exige sumisión ; habla con más o menos frecuencia, y cuando habla basta para entenderle la atención que produce en toda alma el deseo sincero de su aprovechamiento y la sumisión a Dios.

30.° Evitar la curiosidad. — Para oír bien a Dios el alma que está animada de buenos deseos debe desconfiar de toda curiosidad. Debo, pues, precaverme primeramente contra cierta curiosidad desconfiada u orgullosa, que pretende fiscalizar la obra de Dios; después, contra la curiosidad vana y sensual que trata de satisfacerse y contentarse a sí misma. Dios no se revela ni al orgullo ni a la sensualidad ; no gusta tampoco que se sospeche de Él ni entrega sus secretos para que sean pasto de la necedad; y por lo demás tiene sus razones y sus momentos para revelar sus misterios: es necesario saber respetar su silencio y esperar su luz.

No debo pretender inquirir lo que está sobre mi capacidad ni escudriñar lo que excede a mis fuerzas. Las preocupaciones de mi pensamiento deben concentrarse sobre lo que Dios tiene mandado por su voluntad general, que es lo que constituye la piedad activa ; para las demás obras suyas en mí debo guardarme de la curiosidad. No es necesario que yo vea por mis ojos lo que está oculto para mí. Es preciso que huya de esa multitud ele deseos que me llevan a querer escudriñar cosas superfluas, y de esa curiosidad que pretende indagar las obras de Dios (Ecli. 3, 2224)[371].

31.° Atención y sumisión.—Dios mío, me parece que tengo un verdadero deseo de vivir según lo pide de mí vuestro beneplácito. Haced pues, os lo suplico, que mis deseos correspondan a los vuestros; dadme que conozca y me someta, hasta donde lo quiere vuestra voluntad. Queréis que yo conozca en cierta medida vuestra acción y que me someta a ella sin medida: dadme la sinceridad de la atención y la sencillez de la sumisión. Sinceramente atento, nada ignoraré de lo que Vos deseáis descubrirme; sencillamente sumiso, no intentaré indagar cosa alguna que Vos queráis ocultarme: la atención tendrá mi deseo conforme a vuestro deseo, mis ojos abiertos a vuestra luz, mi oído atento a vuestra voz ; la sumisión mantendrá mi acción correspondiendo a vuestra acción: por la atención adquiriré lo que tanto me falta, el sentido divino de los sucesos de mi vida; por la sumisión llegaré a la tranquila seguridad del descanso en la confianza: la sinceridad de la atención me hará evitar los descarríos de la indolencia y distracción, y de la dejadez y negligencia ; la sencillez de la sumisión me preservará de las curiosidades indiscretas y de las agitaciones e inquietudes. ¡Dios mí! Haced que os comprenda y que os siga.

32.° El directorespiritual.—A fin de quitar todo motivo de inquietud y de ilusión Dios ha establecido intérpretes oficiales de su palabra: el director espiritual tiene misión para reconocer y explicar los llamamientos de Dios. Si yo no quiero desconocer ninguno debo vigilar con cuidado y paciencia mi interior y dar cuenta a mi director: la palabra me vendrá de él. Cuando Nuestro Señor derribó a Saulo en el camino de Damasco, para hacer de él San Pablo, aquello fué una señal extraordinaria de su voluntad especial sobre él. El lobo rapaz (Gén. 49, 27)[372] derribado lo comprendió: Señor, ¿qué queréis que haga? — Levántate y entra en la ciudad, donde Ananias, mi sacerdote, te dirá lo que debes hacer(Hech. 9, 6)[373]. Dios no le explica, por sí mismo, su voluntad sino que lo envía al hombre que tiene misión de explicarla.

CAPÍTULO VII

GOZOS Y PENAS

— 33. Dificultad de aceptar bien el consuelo.

— 34. San Juan de la Cruz aconseja que se rechace.

— 35. Dificultad de aceptar bien el sufrimiento.

— 36. No pedir nada; no rehusar nada.

33.° Dificultad de aceptar bien el consuelo.—Conviene, en la práctica, considerar separadamente los dos modos de la operación divina y ver cómo debo aceptar uno y otro. Ambos son bastante difíciles de ser debida y útilmente aceptados. No digo que ambos sean difíciles de aceptar, porque el consuelo se acepta fácilmente; pero aceptarlo bien no es ya cosa tan fácil. Y todo bien considerado, no sé si la aceptación pura del consuelo no es más difícil que la del sufrimiento. No es común, cuando Dios me envía un consuelo, ver ante todo la mano de Dios que me lo regala, amarlo sobre todo como operación divina, y no detenerse sino en el fruto espiritual que Dios quiere producir en mi por medio del consuelo: mi primer movimiento es detenerme en el mismo consuelo, complacerme en él y no amar más que el gozo que por él experimento. Estoy agradecido a Dios por el placer que me envía, al cual soy sensible, del cual disfruto y en el que descanso; y no pienso en darle gracias por su acción ni sobre todo por el fruto espiritual que quiere producir en mí, que es mi aprovechamiento y progreso hacia Él, y así el consuelo se convierte para mí en fin, cesa de ser medio. Esto es una vez más el desorden, el trastorno tan conocido y tan común.

Si quiero evitar este desorden debo habituarme a no desear tanto el consuelo, sabiendo como sé que no es Dios, sino simplemente un instrumento de Dios; a no hacer nada para procurarlo directamente, a soportar generosamente su privación cuando me es impuesta, a recibirlo con sencillez cuando plazca a Dios mandármelo, a gozar de él sin agitación, a verlo desaparecer sin pena, teniendo mi vista fija tan sólo en lo único necesario: la gloria de Dios, a la cual debe venir a parar todo consuelo[374].

34.° San Juan de la Cruz aconseja que se rechace.—San Juan de la Cruz va más lejos todavía: sin cesar trabaja en persuadir al alma de que los consuelos no son Dios, sino un instrumento en manos de Dios para producir en mí las ascensiones misteriosas hacia su gloria: cuanto más

pronto pasa el instrumento más permanece solo, puro y completo el efecto espiritual. Por esto aconseja que se renuncie al consuelo, que se le despida y se le rechace, aun cuando estemos seguros de que viene de Dios. De esta suerte, dice, no se corre jamás el riesgo de apegarnos a él más que a Dios, ni de ser engañados por los falsos consuelos del demonio[375]. Rechazar el consuelo supone más energía y mortificación y conduce sin duda a progresos más rápidos; aceptarlo con sencillez exige más humildad, porque sólo la humildad sabe evitar las ilusiones del amor propio en el consuelo.

35.° Dificultad de aceptar bien el sufrimiento.—Si en el gozo abuso con demasiada facilidad, también es de lamentar cómo me desaliento o me irrito en la pena. Basta, con frecuencia, cualquiera pequeña contrariedad para abatirme; una ligera amargura me pone triste y disgustado, y si me sobreviene alguna cruz un poco más pesada quedo aplanado : soy como una planta delicada que teme los golpes del viento y de la lluvia, del calor y del frío. El hábito del placer ha creado en mi alma un temperamento muelle, incapaz de soportar el menor trabajo, y de esta suerte las operaciones purificadoras de Dios, en vez de producir en mí frutos de verdadero progreso, sólo sirven, por culpa mía, para aumentar mi mal.

Otras veces me sublevo, me pongo agrio y me irrito en el dolor. Y si alguna vez lo soporto, es de mala gana y murmurando, y no reflexiono que obrando así rechazo a Dios y a su amor. ¡Terrible costumbre de verlo todo por los sentidos, de apreciarlo todo por la medida de mi satisfacción!. ¡Llego hasta a desconocer el amor de Dios!... A despreciarlo y aún a insultarlo, porque la murmuración es un insulto al amor. ¡Cuántos esfuerzos de este amor he hecho estériles hasta ahora !... ¡Cuántas veces he rechazado a Dios en el momento en que su amor venía a mi bajo su ropaje más austero, sí, pero no el menos misericordioso!... ¡Dios mío, si yo os hubiera comprendido!... ¿Os comprenderé mejor en lo sucesivo?...

36.° No pedir nada; no rehusar nada.—De cualquier modo que venga, todo sufrimiento viene de Dios. Viniendo de Dios tiene una misión que llenar en mi alma: viene a purificarla, a desasirla de lo criado, a elevarla. El dolor es un enviado de Dios; debo recibirlo y dejarle cumplir su misión; aceptarlo: éste es todo mi deber. No es preciso pedirlo: a no ser por una inspiración particular del Espíritu de Dios, que rara vez se da antes del quinto grado de la piedad, es siempre una presunción, y por consiguiente un peligro, el pedir pruebas. No pedir nada, no rehusar nada: máxima favorita de San Francisco de Sales, que puede servir de fórmula para la marcha de la vida cristiana a través de las tribulaciones y de los consuelos.

Hay, por lo demás, un largo camino que recorrer para llegar hasta la aceptación total, amorosa y agradecida de todo lo que Dios envía, sin rehusarle nunca cosa alguna. ¿No estoy sin cesar ocupado en alejar de mí todos los sufrimientos que puedo? ¿No es éste el principal cuidado de mi vida? Continuamente estoy procurando huir del dolor: ¡cuántos medios empleo, cuántos afanes, cuántas precauciones tomo cada día para evitarlo!. En ninguna cosa despliego tanta habilidad ni tanta diligencia. No digo con esto que sea un mal el procurar evitar ciertos sufrimientos: emplear para esto los medios que Dios ha establecido a ese efecto puede hasta ser un acto de virtud[376].Debo, en efecto, en cuanto de mí dependa, preservar mi ser de lesiones funestas. Es también un deber cuidar, para Dios, de mi salud corporal y espiritual; me es conveniente también apartar ciertos sufrimientos que sin ser una lesión o un peligro son, sin embargo, un obstáculo real por el entorpecimiento que pueden ocasionar a mis facultades. Hay, pues, sufrimientos contra los cuales puedo y debo precaverme.

Pero, en fin, si tengo algún deseo de sufrir, ocasiones sobradas se me presentarán en que podré hacerlo sin pedir nada a Dios. Cuando recuerdo a San Francisco de Sales, que jamás encendía fuego a fin de sentir el frío como Dios se lo enviaba, o bien dejando que las moscas

ensangrentaran su frente calva, sin ahuyentarlas; a San Benito Labre guardando en su persona los insectos, comprendo cuán grande es el campo abierto a la aceptación pura y sencilla de los sufrimientos de cada día. Es conveniente recordar, sin embargo, que el amor a los sufrimientos guarda proporción con el grado de elevación del alma, y que, salvo casos excepcionales, sólo las almas elevadas a la santidad son capaces de arrostrar los sufrimientos heroicos.

CAPÍTULO VIII

¡GRACIAS!

— 37. Manera de decir gracias.

— 38. El río de gozo.

—39. El dolor extinguido.

— 40.Maravillosa fuerza para el progreso espiritual.

37.° Manera de decir gracias.— ¿Pero cómo es preciso aceptar el sufrimiento? — Digámoslo en seguida: con agradecimiento. Con agradecimiento digo, no con gozo: el gozo frecuentemente no depende de mí, Dios me lo da como recompensa; pero el agradecimiento depende siempre de mí. Al primer golpe de vista y para un alma que no está habituada puede parecer difícil llegar hasta el agradecimiento cuando somos víctimas de las apreturas del dolor; en realidad, creo que es más fácil decir un "gracias" con resolución que estar gimiendo con paciencia. Para eso es preciso un arranque de generosidad: digo un arranque, porque esto sólo se hace bien por un impulso del corazón.

Cuando se presenta et sufrimiento, me decido a un acto muy breve, muy generoso: "¡Dios mío, gracias!" Y esto es todo. No hay necesidad de insistir sobre este acto ni de repetirlo muchas veces febrilmente, como para hacer arraigar violentamente en el alma, en seguida y de un modo permanente, un sentimiento de agradecimiento, no; debo contentarme con este acto, con ese "gracias" pronunciado con rapidez y con viveza. Cuando me hacéis un regalo, os digo sencilla y cordialmente "gracias", y esto basta a mi gratitud y a vuestro favor, porque ese "gracias" os dice que mi amor ha comprendido vuestra generosidad. Del mismo modo debo portarme con Dios cuando se digna hacerme su gran regalo, el dolor. "¡Dios mío, gracias!" ¡Cuánta elocuencia hay en este "gracias"!... Él dice a Dios que comprendo su acción y su amor: ¡una sola palabra entre amigos dice tantas cosas!...

38.° El río de gozo.—¡Y qué efectos en mi alma! Parece que al . saltar este "gracias" ha abierto una brecha en lo más profundo de ella. Pero esto pasa en tales profundidades que antes nunca hubiese sospechado que existiera semejante inmensidad en mi alma:aquí no tienen ya los sentidos participación alguna. En esas profundidades, antes desconocidas para mí (este "gracias" es quien me las revela), siento que, como por una hendidura misteriosa (se diría que este "gracias" es un golpe de lanceta que ha abierto esa hendidura), mana como una fuente hasta entonces ignorada; fuente que a veces de un solo golpe, a veces lentamente, llena las profundidades más intimas. El alma es inundada de un agua sabrosa, cíe un gozo tan suave,

tan tranquilo, tan penetrante, que ningún otro gozo que venga de fuera puede compararse a él.

Cualquiera que beba el agua de las alegrías exteriores tendrá otra vez sed; por el contrario, el que beba del agua profunda nunca jamás volverá a tener sed; antes el agua que yo le daré vendrá a ser dentro de él un manantial de agua que manará sin cesar hasta la vida eterna (Juan 4, 13)[377]. Este acto de agradecimiento es el que la hace manar... Del seno de aquel que cree en mí manarán, como dice la Escritura, ríos de agua viva (Juan 7, 38)[378]. No, nada es comparable a esta suavidad; y cuando se ha gustado se comienza a comprender el gozo y la alegría de los santos en el sufrimiento (2 Cor. 7, 4) [379]. En ellos manaban torrentes de esta agua viva; bebían del torrente y por eso levantaban la cabeza triunfantes (Salmo 109, 7) [380]. Sin duda el primer "gracias" no hará manar este río de gozo (Salmo 45, 5) [381]; pero lo que al principio no es más que un hilo imperceptible de agua no tarda en convertirse en arroyo, en torrente y aún en río caudaloso. Vosotros, todos los que tenéis sed, venid a estas aguas (Is. 55, I)[382].

39.º El dolor extinguido.—Otro resultado de este "gracias" es hacer al alma como invulnerable al dolor aceptado de esta manera. El cuerpo continuará sufriendo si el dolor es corporal, pero el alma no sufre; al contrario, goza: el agua que la inunda ha expulsado todo dolor. El alma ha recobrado como si dijéramos una parte del don primitivo de la impasibilidad; y si el dolor era puramente interior, por ejemplo, una afrenta, una calumnia, una humillación, etc., el sentimiento del sufrimiento queda como suprimido: si queda alguna amargura, esta amargura es agradable porque ella es la que trae el gozo.

Este "gracias" es como el leño que Dios mostró a Moisés, que, arrojado en las aguas amargas, las trocó en dulces (Éx. 15, 25)[383]. Ved cómo se ha cambiado en paz mi amarguísima aflicción (Is. 38, 17)[384]; toda amargura me es dulzura desde el momento que me abre la fuente sellada cuyas aguas hacen germinar en mí como un paraíso de delicias (Cánt. 4, 12, 13)[385]. Así se realiza no sé qué maravillosa mezcla de amargura y de dulzura, de gozo y de sufrimiento, donde la amargura engendra la dulzura y la dulzura se conserva en la amargura: este gozo es el único verdadero, porque todo gozo que no nace y se conserva en la amargura se corrompe, y se corrompe pronto. Pero éste es fuerte y vivificante y lleva la vida hasta la médula de mis huesos (Is. 66, 14)[386]: jamás se corrompe; jamás corrompe; es la fuerza y la vida de mi alma. De esta suerte mi dolor es mi alegría, y así la aceptación agradecida del sufrimiento llega a ser el verdadero medio de no sufrir. Gozar del sufrimiento es el gran secreto de los santos, es la fuente sellada en el jardín cerrado.

40.° Maravillosa fuerza para el progreso espiritual.—Nada es tal vez tan poderoso como este "gracias" para el progreso espiritual de mi alma; nada lleva la vida con tanta abundancia e impetuosidad hasta las últimas profundidades; y es porque nada abre tan completamente el camino a Dios. Esta sola práctica bastaría para santificar mi alma en poco tiempo; ella sería en mí la garantía de todas las virtudes y la condición de su progreso. ¡Oh, si yo me penetrase bien de esto!... ¡Si yo quisiera!...

¡Pero el demonio es tan hábil para excitar y sublevar mi sensibilidad!... ¡Sabe exagerar tan bien las reclamaciones de la naturaleza!... De esta manera llega a secar de un solo golpe la fuente de mis gozos más puros y más profundos, de mis progresos más rápidos y de mis méritos más preciosos. ¡Cruel bandido! Bajo pretexto de evitarme las molestias del viaje, me despoja, me golpea cruelmente y me deja medio muerto en el camino (Luc. 10, 30)[387]. Esto es todo lo

que voy ganando con querer huir del sufrimiento. ¡Oh, cuántos tesoros hay en esa expresión, gracias!

CAPÍTULO IX

EL ACÍBAR

— 41. Mirar la prueba de frente.

— 42. Masticar el acíbar.

— 43. Evitar las suposiciones de la imaginación.

— 44. Mis ojos elevados hacia Dios y mis pies en el suelo.

— 45. Abandonar a Dios todo nuestro cuidado.

41.° Mirar la prueba de frente.—Otra práctica muy útil para aceptar bien el sufrimiento—pues siendo éste el modo de acción de Dios más frecuente y más poderoso, es conveniente considerarlo detenidamente—otra práctica muy útil, digo, es contemplar las cosas por el aspecto que más nos disgusta, y aceptarlo de antemano. "Yo me atengo", dice de Maistre, "a mi eterna máxima de suponer siempre que puede suceder el mal y asombrarme siempre de que suceda el bien."[388]. Cuando me veo amenazado por alguna prueba dejo, por una parte, tomar alas a mi imaginación, excitarse mi sensibilidad ante el temor, e instintivamente me inclino, por otra, a esperar el desenlace más favorable: de esta manera me dejo llevar por los cálculos de mi satisfacción, sin pensar en descansar en la voluntad de Dios, que debería ser mi única regla. Cuando mi imaginación está sobrexcitada, e irritada mi sensibilidad, si el mal que yo temía acontece, sufro cien veces más, pues he tenido cuidado de centuplicarlo por los temores de los cuales me he dejado arrebatar.

Si yo supiera descansar en la voluntad de Dios, la prueba me encontraría tranquilo y fuerte. Pues bien; el verdadero medio de descansar en la voluntad de Dios, sin que nada pueda perturbar mi reposo, es esta práctica de aceptar en una situación dada todo lo que pueda serme más molesto, si a Dios le place enviármelo. Cuando enfrente de una prueba he mirado con valor su aspecto más negro; cuando, sondeando mi corazón, llego a sentir que está dispuesto a todo, con la gracia de Dios; cuando mi sacrificio está hecho, completamente hecho, con toda la amplitud que Dios quiera dar a su acción; cuando hago constar en mí la enérgica resolución de tomar el cáliz de manos de Dios y beberlo por completo, hasta las heces, sin vacilación ni reserva; si sobre todo me mantengo firme a la vista de este cáliz, sin temblar lo más mínimo, entonces ¡vive Dios! nada puede ya alterarme; entonces verdaderamente siento que el amor es tan fuerte como la muerte, y el celo tan inflexible como el infierno (Cánt. 8, 6)[389].Ni el temor, ni la inquietud, ni la turbación hacen presa en mi: estoy en una igualdad de ánimo y una serenidad de corazón imperturbables.

42.°Masticar el acíbar. — Unjoven estudiante, de edad de quince años, al cual sus compañeros dieron la pesada broma de introducirle acíbar en la boca mientras dormía, concibió tal ira y furor que juró vengarse. No encontrando ninguna venganza digna de él, compró una buena

cantidad de acibar y se condenó a masticarlo constantemente durante ocho días, hasta que llegó a no sentir ya el gusto. Venid ahora, les dijo, y repetid vuestra broma: ese gusto no me hace ya ningún efecto.

¡Oh, si yo supiese también paladear acíbar!... ¡Es decir, mirar de frente una pena hasta conseguir que no me cause impresión alguna!... Éste es el más rudo, pero también el más dulce de todos los remedios. El alma que ha mascado su acíbar, que ha previsto un sufrimiento hasta lograr no sentir ya su gusto, esta alma está dispuesta a todo, desasida de todo, insensible a todo. Creo que nadie sabe, verdaderamente, lo que es la paz si no ha pasado por esto ; nadie sabe, sino éste, la fuerza que da al alma el descansar en la voluntad de Dios.

43.ºEvitar las suposiciones de la imaginación.—Esto lo han practicado los santos: San Juan de la Cruz lo recomienda. Esta práctica indudablemente supone en el alma una verdadera energía; con todo, no es más que una conclusión lógica del principio meditado en toda esta segunda parte: la regla de mi conducta debe ser la voluntad de Dios y no mis gustos. Por lo demás,no hay que confundir esta práctica con otra, justamente reprobada por los autores ascéticos y que consiste en representarnos males imaginarios, y exagerarlos y tantear nuestras fuerzas preguntándonos si, caso de que sobreviniesen, podríamos soportarlos, a fin de darnos cuenta de si verdadera mente amamos a Dios sobre todas las cosas. Todo esto son peligrosos sueños de la imaginación.

Pero aquí no hay nada que semeje a esto. Es preciso principiar por hacer callar a la imaginación y a la sensibilidad, y hacer un llamamiento a la fría razón y a la voluntad enérgica. Nada de suposiciones imaginarias: es una situación real y actual que es preciso medir con mirada fría, es un desenlace probable que hay que aceptar con voluntad tranquila, es la voluntad de Dios que es necesario abrazar con los dos brazos de mi inteligencia y de mi voluntad, sin que nada pueda separarme de ella. Quién, exclama San Pablo, quién podrá separarnos del amor de Cristo?. ¿Será la tribulación, la angustia, el hambre, la desnudez, los peligros, las persecuciones o la espada?. Según está escrito, por ti, ¡oh Señor! somos entregados cada día en manos de la muerte, somos tratados como ovejas destinadas al matadero; pero en medio de todas estas cosas triunfamos por virtud de Aquel que nos amó. Por lo cual estoy cierto de que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo venidero, ni la fuerza, ni los honores, ni los desprecios, ni otra ninguna criatura podrá jamás separarnos del amor de Dios." (Rom. 8, 35, 39)[390]. Estoy cierto, dice San Pablo. ¡Cómo había medido todas estas cosas con mirada fría!... ¡Cuán tranquilo está y seguro de su triunfo!... Verdad es que el gran Apóstol podía hablar por experiencia: había atravesado y dominado todos esos obstáculos. ¡Dios mío! dadme la sabiduría necesaria para imitarle.

44.° Mis ojos elevados hacia Dios y mis pies en el suelo.—En resumen, la piedad pasiva consiste exclusivamente en la sumisión al beneplácito de Dios. Por aquí sobre todo se forma en mí la piedad, por aquí principalmente llego a conocer, amar y servir a Dios en todas las cosas, puesto que en todas las cosas existe su voluntad. Por tanto, si de veras deseo mi progreso, mi atención debe fijarse principalmente en este hábito de sumisión práctica al beneplácito divino en todo. Mis ojos están sin cesar elevados hacia Dios, dice el Salmista (Salmo 24, 15)[391]. Perfectamente, dice San Agustín; mas si vuestros ojos están siempre elevados hacia arriba, ¿ qué hacéis con vuestros pies, supuesto que no miráis ya al suelo? Mis pies, dice el Profeta, Dios mismo se encarga de evitar que caigan en los lazos[392]. Yo no tengo más que fijar mis ojos en Dios y en hacer su voluntad; de mí marcha y de mi progreso se encarga Dios.

45.° Abandonar a Dios todo nuestro cuidado. — ¡Dios mío! ¿Cuándo lograré esta plena y perfecta conformidad con toda vuestra voluntad? (Col. 4, 12)[393]. ¿Cuándo sabré dejarme llevar, como un niño, en brazos del beneplácito divino, "sin entretenerme en desear y querer las cosas, sino dejando querer y hacer a Dios por mí, como más le agrade de tal suerte que no haya en mí otro querer ni otro no querer sino lo que Dios quiere o no quiere, y que ése sea todo mi contento y regocijo dejando en sus manos toda mi solicitud; tanto más cuanto que tiene cuidado especial de mí, según dice el santo Apóstol? (I Pedro 5, 7)[394].Y notad que dice: toda nuestra solicitud, tanto la que tenemos para recibir los sucesos como para querer o no querer... No, Señor, no quiero acaecimiento alguno; a Vos os dejo que lo queráis todo a vuestro gusto por mí, y en lugar de quererlo, os bendeciré porque lo habéis querido. ¡Oh Teótimo, "qué excelente es esta ocupación de nuestra voluntad, cuando ella nos libra del cuidado de querer y elegir los efectos del beneplácito divino, por alabarle y darle gracias por ellos!"[395]

LIBRO III

CONCURSO DE LAS DOS VOLUNTADES

Puesto que yo tengo mi acción y Dios tiene la suya, es necesario unirlas. ¿Y cómo unirlas?— Esto es lo que vamos a ver ahora. Es ésta una cuestión vital y práctica entre todas.

El objeto propio de este libro es, pues, la unión del movimiento humano al movimiento divino, de suerte que la marcha de mi piedad se realice en un movimiento único, del cual mis actos sean el cuerpo y Dios sea el alma : se trata, por consiguiente, aquí de mostrar la concordancia de la voluntad manifestada con la voluntad de beneplácito, la correspondencia de la piedad activa con la piedad pasiva, a fin de ver, en su marcha, la unidad viva de la piedad completa ; se trata de establecer la unión y de combatir la separación ; la separación produce lo "humano"[396].Ya he visto en la primera parte cómo, en el orden del fin, el

separar mi satisfacción de la gloria de Dios produceel goce humano, al cual es necesario combatir y destruir; en el orden del trabajo, el separar mi acción de la acción de Dios produce el "movimiento humano", que es necesario también combatir y destruir.

La separación produce "lo humano"; la unión, "lo cristiano". En el orden del fin, la unión de mi ser al ser de Dios, de mi vida a su vida, de mi felicidad a su honor, realiza el término de la vida cristiana; en el orden del trabajo, la unión de mi actividad a la de Dios constituye el movimiento cristiano; y la unión es lo que se debe guardar y realizar en todo. Mostrar, pues, cómo se ha de efectuar la unión y cómo se ha de combatir la separación es todo el objeto de este tercer libro.

CAPITULO I

NECESIDAD DEL CONCURSO

— 1. El acuerdo necesario.

— 2. Es Dios quien obra.

— 3. Por su voluntad de beneplácito.

— 4. En nosotros.

— 5. El querer.

— 6 Y el hacer.

I.° El acuerdo necesario.—Dios tiene su acción y exige la mía; la acción de Dios es la principal, la mía es secundaria; ambas concurren a la misma obra. ¿Cómo, en que proporción, con qué orden se unen estas dos voluntades? El resultado común de estas dos acciones es la formación en mí de esta disposición única, de esta vida una que es la piedad. Me importa mucho en la práctica saber cómo mi acción debe unirse a la de Dios. Si no sé esto corro el riesgo de estorbar la acción de Dios y de sustituir la suya con la mía, o, no prestando la mía en la medida que Él quiere, vengo a poner trabas a la suya. Si mi acción no va acorde con la de Dios, el trabajo de la piedad sufre necesariamente, porque cuando dos acciones concurren a un mismo fin, el efecto útil que producen está en proporción del concierto que hay entre ambas. Por otra parte, lo que yo hago independientemente del movimiento divino, no pertenece propiamente a la piedad, que es esencialmente una vida sobrenatural hecha en mí por Dios. ¿Cómo, pues, la piedad activa se une a la piedad pasiva? ¿Qué relaciones hay entre ambas? ¿Cuál es su conexión vital? ¿Cuál es su encadenamiento orgánico?

2.° Es Dios quien obra.—Cuando se quiere penetrar algo los misterios de la vida interior es preciso siempre acudir a San Pablo, el gran teólogo que fué arrebatado hasta el tercer cielo. Aunque él se declara incapaz de revelar los secretos de esa vida, sin embargo cada una de sus palabras, parece resonar como un eco de las alturas eternas. "Dios es", dice San Pablo, "el que obra en nosotros, por un puro efecto de su buena voluntad, no sólo el querer sino el ejecutar." (Filip. 2, 13)[397]. Es Dios quien obra : estas palabras del Apóstol tienen una profundidad de sentido infinita. No dice sólo, Dios es quien nos da los medios de querer y de hacer; dice más enérgicamente, Dios es quien obra. San Pablo no considera simplemente aquí la gracia, que es el medio puesto a mi disposición por Dios y el resultado de la operación de Dios. Este medio lo consideraré más adelante; no estoy todavía en los medios, estoy en el camino. Con San Pablo considero aquí la operación misma de Dios en su fuente esencial.

Es Dios quien obra, Él mismo: es El, dice el Apóstol, Deus est. No hay, pues, nada obrado, sino lo que Él obra ; no hay nada vivo, sino lo que Él penetra y vivifica. Allí donde Él no obra, nada existe ; y allí donde su operación viene a animar, sólo hay vivo lo que Él pone en movimiento: ni puede haber más.

3.° Por su voluntad de beneplácito.— ¿Cómo obra Dios?—"Por un puro efecto de su buena voluntad", dice el Apóstol. Su bondad, su voluntad de hacer bien a su criatura, es la causa determinante de todas las operaciones vitales que quiere producir en mi. En la obra criadora hizo todo cuanto qúiso en el cielo y en la tierra, en el mar y en todos los abismos (Salmo 134, 6)[398]; en la obra de providencia, por la cual rige lo que ha criado, y en la obra muy íntima de santificación, por la cual vivifica las almas, no toma consejo sino de su voluntad(Efes. 1,

11)[399]. Nos ha predestinado a ser hijos suyos adoptivos por Jesucristo, por un puro efecto de su buena voluntad (Efes.1,5)[400];y todas estas operaciones diversas de la santidad son hechas por el mismo indivisible Espíritu, repartiéndolas a cada uno según quiere (1Cor. 12, 11)[401].

4.° En nosotros. — ¿Ydónde obra Dios?—Obra en nosotros : es, pues, una operación personal, Lo que Dios hace en mí lo hace para mí y no lo hace sino en mí y conmigo. Quiere construir el edificio de mi vida según el plan de mi vocación, trazado por Él; y el plan de mi vocación es absolutamente personal mío, porque cada uno tiene su don propio: Dios tiene especial cuidado de dirigir las operaciones de la construcción eterna según las exigencias y las proporciones de la vida de cada uno.

Y esta operaciones una operación íntima: es la vida interior la vida divina que Dios trabaja en edificar; quiere alcanzar hasta las potencias más secretas del alma y hacer que circule la savia sobrenatural en los canales más profundos de mi ser. Los instrumentos de esta acción pueden ser exteriores: ya hemos visto[402]que Dios se sirve de todas las criaturas, espirituales y materiales, como instrumentos de sus operaciones; pero, cualquiera que sea su instrumento, su operación se dirige siempre al interior, y hasta allí llega cuando no es detenida. Lo que Dios quiere construir en mí es la vida interior de la piedad.

3.° El querer.— Y qué es lo que Dios obra en mí?— Dos cosas, dice San, Pablo; obra primero el querer, y obra en seguida el ejecutar.

Obra el querer: éste es el primer resultado de la acción del beneplácito divino; es la acción preveniente de Dios que viene a determinar, animar y poner en movimiento mi acción. Lo que San Pablo llama el querer (velle) es el primer movimiento de mi acción. Y este primer movimiento no será un movimiento de vida sobrenatural, no será una acción verdadera de la piedad activa, sino en cuanto la acción de beneplácito le haya dado el impulso. El punto de partida de la vida divina, la primera fuente de animación sobrenatural está, pues, en esta operación preveniente de Dios: las verdaderas fructificaciones de la piedad activa no comienzan sino con el hervor de la savia divina. Lo que se produce independientemente de esta influencia no puede ser otra cosa que un querer humano, estéril y muerto.

6.° Y el hacer.—La acción del beneplácito divino obra en segundo lugar el ejecutar; pero el ejecutar hasta su perfecta terminación: tal es, en efecto, el sentido de la palabra de San Pablo: perficere. Mi alma, que es la vida de mi cuerpo, está toda entera en el cuerpo entero y toda entera en cada una de sus partes; así Dios, que por su acción quiere ser la vida de mi alma, está todo enteró en todas mis acciones y todo entero en cada una de ellas; y así como en el cuerpo entero cada uno de sus miembros no tiene vida sino en la medida que el alma lo anima, así todas mis acciones y cada una de ellas no tienen vida divina sino en cuanto la acción de Dios las penetra. Mi acción, en toda su extensión, está medida por la acción concurrente de Dios; está sostenida, conducida, vivificada, mantenida y acabada por ella.

Mi vida, en general, como cada acción particular,tiene la medida de perfección y de vitalidad sobrenatural que le viene de la operación del beneplácito divino; por consiguiente, recorro los cinco grados de ascensión de la piedad según que las operaciones de Dios pueden influir en mí y animarme para trasportarme hacia las alturas.

CAPÍTULO II

NATURALEZA DEL CONCURSO

— 7. Fuente y medida de mi acción.

— 8. El encuentro.

— 9. La unión.

— 10. La electricidad.

— 11. El contacto divino.

7.° Fuente y medida de mi acción.—La primera parte de esta obra[403]me ha mostrado una doble relación, de origen y de subordinación, entre mi satisfacción y la gloria de Dios: el honor divino es anterior y superior a mi felicidad: Las mismas relaciones se encuentran entre la acción divina y la mía: la acción divina es anterior y superior a la mía, de suerte que la mía tiene su fuente y su medida en la de Dios.

Tiene su fuente, porque ningún acto sobrenatural puede nacer sino es al soplo de Dios: el impulso divino es el que determina, el que anima y pone en movimiento mis facultades.

Tiene también su medida: mi acción está mantenida, sostenida, dirigida y medida por la de Dios: yo no puedo preceder, ni exceder, ni abandonar el movimiento divino sin volver a caer, totalmente o en parte, en la muerte de una agitación puramente humana y natural.

Ahora bien: en este proceso de la piedad, mi parte de acción es lo que he llamado la piedad activa; la parte de acción de Dios, o más bien, la correspondencia a la acción de Dios, es lo que he llamado la piedad pasiva. Se sigue de ahí que la piedad activa tiene su fuente y su medida en la piedad pasiva: ésta es la que da a la piedad activa su primer impulso, la que anima y determina su primer movimiento; ella es en seguida la que sostiene, mantiene, mide y dirige el movimiento criado por ella.

Y así es cómo estas dos partes de la piedad se unen, sin poder ser separadas nunca: la separación es la muerte, y en la muerte no hay piedad ; la unión es la vida, y la piedad es una vida: no hay, pues, vida ni piedad sin la unión de la piedad activa a la piedad pasiva, y la unión supone que la piedad pasiva anima a la piedad activa como el alma anima al cuerpo.

8.° El encuentro.—He aquí cómo procede el desarrollo de esta unión: Dios me previene, obra sobre mí por un acto cualquiera de su beneplácito, acto interior o exterior, consolador o crucificante; unas veces es una inspiración, un accidente, un encuentro, en una palabra, uno cualquiera de esos actos providenciales que se ejercen sobre mí continuamente. Esta acción que se hace sobre mí, pero inicialmente sin mí, que me previene y que se me impone en cierta manera, ¿qué obra en mi? — Es como una invitación, una excitación, una solicitación; sugiere una idea, un sentimiento o una acción. Y este primer movimiento, ¿qué pide de mí ?—Que yo lo acepte; es decir, que mi espíritu sepa reconocerlo, que mi corazón quiera acogerlo y que mis sentidos se sometan a recibirlo como operación divina: éste es el deber de la piedad pasiva,

según hemos visto[404]. Este primer movimiento es propiamente la gracia actual preveniente, la que obra el querer.

Ante esta excitación mi libertad puede conducirse de dos maneras, puédese cerrar o abrir. Si yo me cierro; si, demasiado sensible a una impresión natural, me impaciento o me desaliento en una prueba; si me entretengo en un consuelo, o si la disipación exterior o la apatía interior me hacen extraño a los toques divinos, no hay correspondencia a la acción de Dios. En este caso permanezco frío, vacío, sin animación espiritual, fácilmente olvidadizo, o desganado, o incapaz de cumplir mi deber: me quedo en la mentira, en la vanidad y en la esclavitud de mi inercia o de mi movimiento puramente humano; mis pensamientos, mis sentimientos y mis acciones no son animados por la influencia divina, a la cual voluntariamente me he cerrado. No hay ni piedad pasiva ni piedad activa; ha faltado la sumisión y por eso ha faltado también el cumplimiento del deber.

9.° La unión.—Pero si por una franca aceptación me abro a la solicitación divina entro entonces en comunicación efectiva con el Autor de la vida. La operación por la cual me ha prevenido va a prolongarse en mi, me acompañará, me sostendrá y me fortificará hasta el cumplimiento del deber para el cual me es dado este auxilio ; y así es visto el deber en la luz de Dios, amado en el movimiento de Dios, cumplido en la fuerza de Dios; entonces es cuando el deber tiene una perfección acabada, con tal que yo quiera mantenerme bien en ese estado de correspondencia que permite al movimiento divino continuar su acción y producir su efecto. Este auxilio que así me es dado, por la operación providencial, no es otra cosa que la gracia actual concurrente.

Estas excitaciones divinas van renovándose sin cesar a través de los sucesos de mi vida, van multiplicándose y guardando proporción con mis deberes, de suerte que ningún deber queda sin las excitaciones y el concurso de la operación sobrenatural.

Cuando estas excitaciones y el concurso divino me han llevado bastante cerca de Dios para realizar las condiciones de la justificación, la corriente de animación santa que circula en mí deposita como una savia divina que transforma interiormente mi ser y le comunica propiamente la vida sobrenatural: es la gracia santificante. Por ella son transformados mis actos, mis sentimientos y mis ideas por ella mi actividad se encuentra verdaderamente como fundida en la actividad divina; por ella son mis facultades habilitadas, adaptadas, elevadas a la altura sobrenatural del deber cristiano de la vida interior. Pero, como .ya lo he dicho, no ha llegado todavía el momento de apreciar aquí, en su naturaleza íntima, esos medios enteramente divinos que son la gracia preveniente o concurrente y la gracia santificante; esto se hará en la tercera parte. Basta ahora con haber indicado el enlace de los medios con las operaciones.

He aquí, pues, cómo soy conducido a la unión vital con Dios, cómo mi espíritu llega a unirse a sus miras, mi voluntad a conformarse con su voluntad, mi acción a concordar con su acción, mi vida a juntarse con la suya.

Y así es cómo se hace la unión de la piedad activa a la piedad pasiva, y así es cómo mi piedad es una sola y viva operación, de la que Dios es el motor y yo soy el cooperador; es la vida de Dios en mí y mi vida en Dios; Él está en mí por su acción, yo estoy en Él por mi acción, y unido con Él produzco abundantes frutos de piedad (Juan 15, 5)[405].

10.° La electricidad.—Si bien Dios está en todas partes presente por su poder, su ciencia y su substancia, sin embargo para la realización de mi unión vital con Él no me es accesible más que

en un solo punto, el de su acción presente sobre mi: ahí está el punto de contacto donde es necesario que yo llegue a tocarle si quiero que la corriente, de la vida sobrenatural circule en mí. "Nadie puede venir a mí", dijo el Salvador, "si el Padre que me envió no le atrae." (Juan 6, 44)[406]. Ir a Dios es necesario; éste es el deber de la piedad activa; pero para ir hay una condición previa, que es, ser atraído. Ser atraído es el hecho de la piedad pasiva; ser atraído e ir es la piedad completa. Mas, para ser atraído, son necesarias dos cosas: 1.ª que Dios obre; 2.ª que yo me ponga en contacto con esta acción de Dios. ¿Cómo obra Dios?—Por su beneplácito. ¿Cómo me pongo yo en contacto con esta acción?. Por la aceptación. En el momento en que acepto, toco, por decirlo así, a Dios, y seguiré tocándole todo el tiempo que permanezca apoyado sobre Él por mi cooperación. En el instante mismo en que llego al punto de contacto se establece la comunicación y se produce, si se me permite la comparación, como una corriente de electricidad divina; y mientras yo permanezca apoyado, el fluido sobrenatural circula, y circulando en mí, me hace obrar sobrenaturalmente. No soy yo quien, por mí mismo, puedo ponerme en contactó con Dios; es Él mismo quien se anticipa y quien me atrae si yo no quiero resistirle.

Electrizado, digámoslo así, por Dios, soy levantado, llevado al cumplimiento del deber presente. Cualquiera que sea la operación divina, sea prueba o consuelo, desde que yo la acepto y me apoyo sobre ella, dispuesto a cooperar al movimiento divino, siento circular en mí la energía vital sobrenaturalmente necesaria y correspondiente a las obligaciones del deber actual. Y la corriente divina no quedará interceptada sino cuando yo me aparte, dejando de corresponder a Dios; se restablecerá cuando una nueva aceptación me ponga otra vez en contacto y restablezca mi cooperación.

11.° El contacto divino.—Este contacto se establece en toda su perfección por el "gracias" de la aceptación, por ese "gracias" penetrante que sabe discernir y ver, lo mismo en el consuelo que en la tribulación, lo que es operación divina, y que no dejándose dominar, ni por las fascinaciones del placer ni por los temores del dolor, va del todo derecho a adherirse al trabajo hecho por Dios y al resultado querido por Él. Mientras más atraviesa el "gracias" lo sensible para penetrar directamente y únicamente hasta la operación y la idea de Dios, más íntimo es el contacto. Y entonces ¡qué actividad!

Hasta ahora he consentido recrearme neciamente con los consuelos y me he dejado aplanar o irritar cobardemente por las tribulaciones. ¿Por qué?—Porque, demasiado sensible a favor de mí mismo y desconociendo la acción de Dios, no he sabido ponerme sinceramente en contacto con Él ; y así el placer me ha debilitado y el sufrimiento me ha postrado.

Cuando algunas veces he sabido decirle de modo más inteligente "gracias" en los consuelos, ¡qué atractivo he sentido hacia mi deber!. ¡Qué luz para conocerlo!. ¡Qué fervor para amarlo!. ¡Qué facilidad para cumplirlo!. En esos momentos de entusiasmo parece que ningún deber cuesta trabajo... ¡se le ve, se le ama, se cumple tan bien!. La electricidad divina levanta el alma.

Pero sobre todo, sobre todo cuando al golpe de una prueba contesto con un "gracias" cordial, ¡oh, entonces!... Ya he dicho antes[407]el gozo que nos resulta; ahora es preciso decir aquí la fuerza que nos levanta, el ardor que nos arrastra, la luz que nos inunda. Es la fuerza que llega hasta hacer a los mártires triunfadores en sus suplicios, es el ardor que arrebata a los apóstoles en su sacrificio, son las luces que concluyen por hacer verdaderamente profundas las intuiciones de las almas que han sufrido. Todos los heroísmos del deber, lo mismo los que son tranquilos y ocultos, como los entusiastas y brillantes, son hijos de este sublime "gracias" que se pronuncia en el sufrimiento. Es que en ninguna parte se hace tan íntimo y poderoso el contacto con Dios; es que nada abre tan plenamente el alma a la circulación de la vida divina.

Todas las sublimidades del sacrificio son accesibles a las almas que saben conservarse en esta comunicación. ¡Ah, Señor, si el hombre supiera!. Esto es lo que los santos llaman la correspondencia a Dios, que tanto recomiendan.

Esta correspondencia no conduce sin duda en todos los momentos a las sublimidades, porque las sublimidades no son de todos los momentos; pero conduce siempre a la perfección de las acciones porque la perfección conviene a todas las acciones cristianas.

CAPÍTULO III

LA ALIANZA DIVINA

— 12. Solicitación y unión.

— 13. La unión va haciéndose y acabándose.

— 14. Nisi Dominus.

— 15. Surgite postquam sederitis.

— 16. Naturalismo, quietismo, cristianismo.

— 17.Aceptación.

12.° Solicitación y unión.— En suma, es un verdadero desposorio el que se verifica entre mi voluntad y la voluntad de Dios, entre mi alma y Dios. Por una primera acción de su beneplácito,

Dios solicita mi consentimiento; otorgado el consentimiento, se hace la unión. La unión contraída se consuma en la acción, y de esta acción mutua de dos voluntades unidas nacen los hijos, que son los actos de la piedad.

13.° La unión va haciéndose y acabándose.—Pero este desposorio no es perfecto desde su principio. Se renueva, y al renovarse, se perfecciona en cada solicitación de Dios y en cada aceptación de mi parte: así. es como el hombre interior se renueva de día en día hasta que mi voluntad, uniéndose con la de Dios, pierde por fin su acción "propia"[408]en la acción de Dios, así como la esposa pierde su nombre para tomar el de su marido. En el momento en que la voluntad de Dios llega, mediante operaciones sucesivas, a atraer y transformar enteramente mi voluntad, es cuando se consuma definitivamente y se celebra lo que los santos llaman el desposorio místico. Ése es el estado de unidad. Así como en el desposorio humano son dos en una misma carne, puede decirse también que en el desposorio místico son dos, a saber, Dios y el alma, en un mismo espíritu (1Cor. 6, 16 17)[409].Ésta es la ocasión de recordar el texto de San Juan: "El poder de llegar a ser hijos de Dios lo dió a todos los que le recibieron, que son los que creen en su nombre y procuran su gloria, los cuales no nacen de la sangre, ni de la voluntad de la carne, ni de querer de hombre, sino que nacen de Dios por la gracia." (Juan 3, 12, 13)[410].

14.° NisiDominus.— En el salmo 126 David ha cantado maravillosamente este desposorio de la voluntad humana con la voluntad divina, su cooperación mutua y los hijos que nacen de su unión. Si el Señor, dice, no es el que edifica la casa de su gloria, en vano se fatigan los que trabajan en fabricarla. Trabajarán, pero será el trabajo del hombre, trabajo sin Dios, vacío de Dios, por consiguiente, un trabajo vano que permanecerá en la vanidad y vendrá a parar en vanidad, pues toda criatura que no está llena de Dios es vana y vacía (Salmo 126)[411].

Si el Señor no guarda la ciudad de la satisfacción humana, para preservarla del desorden, vana será también la vigilancia del hombre que quiera guardarla.

Sí, vanidad es levantaros antes de amanecer, esto es, hacer que se anteponga vuestra voluntad a la de Dios, vuestra acción a la suya; vanidad verdaderamente, porque la acción humana, anteponiéndose a la de Dios, excluiría la acción de Dios: lo "humano" no es más que vanidad y nada en el orden de la piedad.

¡Oh! Vosotros los que coméis el pan del dolor ; vosotros en quienes obra el beneplácito divino, que ordinariamente y del modo más eficaz obra por el dolor; vosotros a quienes Dios nutre con este substancioso pan, prestad atención: antes de levantaros para vuestra acción, permaneced sentados aceptando la acción de Dios: después de permanecer sentados en la aceptación de la piedad pasiva podréis, con seguridad y provecho, levantaros para los actos de piedad activa.

No os agitéis, pues, y no os apresuréis tanto; sabed que es necesario que Dios dé a vuestra voluntad, su amada esposa, el sueño de la muerte; vuestra voluntad debe descansar en la suya. Cuando así haya descansado, entonces veréis nacer los herederos de Dios y vuestros hijos: son los actos, llenos de vida y de fuerza, de la verdadera piedad, viva y fecunda; son, a la vez, la recompensa de Dios, que ha obrado en vosotros, y fruto vuestro también porque habéis obrado con Él.

Estos actos de la piedad, hijos de vuestra unión, hijos de vuestro desprendimiento y de vuestra muerte, son poderosos y fuertes como flechas en manos de un hombre robusto.

¡Dichoso el hombre que sabe Llenar con estas flechas la única aljaba de su único deseo! (Al tratar del "examen", en la tercera parte, veremos qué aljaba única es esa y cómo se la llena.) Cuando esta aljaba está llena de esas flechas, los enemigos podrán presentarse a las puertas de la ciudad humana, para perturbar la satisfacción del hombre y detener el trabajo de la gloria de Dios; pero ya pueden venir: estas flechas les infundirán miedo, les impedirán la entrada en la ciudad y les prohibirán acercarse a los alrededores del templo.

15.° Surgite postquam, sederitis. — He aquí, pues, cuál es la primera palabra, el primer secreto de la piedad: "aceptación"; aceptación de la acción del beneplácito divino. Todo parte de aquí, todo comienza aquí, todo depende de esto. Surquepostquam sederitis: permaneced sentados antes de levantaron, levantaos después que hayáis descansado.

Esas tres palabras sirven admirablemente para caracterizar a la vez, en este punto, tanto la verdad cristiana como los dos errores extremos que se le oponen. El naturalismo dice surgite, levantaos, y suprime lo que sigue; el quietismo dice sedetitis, permaneced sentados, y omite lo que precede; el cristianismo dice surgite postquam sederitis, levantaos después que hayáis descansado, ni omite ni suprime nada. El naturalismo niega la acción de Dios, el quietismo descarta la acción del hombre, el cristianismo reclama la unión y la sumisión de la acción del hombre a la acción de Dios. Y, cosa admirable, este descanso y esta acción, este descanso del apoyo en Dios y esta acción con Dios, se juntan y combinan siempre para constituir en mí la

vida divina, que esencialmente está compuesta de reposo y de acción. ¿No es toda vida una actividad descansada?

16.° Naturalismo, quietismo, cristianismo. — Por otra parte, el naturalismo y el quietismo no son simplemente errores de lo que yo llamo el camino: se engañan de la misma manera sobre el fin y sobre los medios. Tal vez no será inútil abrir aquí un pequeño paréntesis para caracterizar en su conjunto estos dos errores, que resumen las tendencias divergentes de la falsedad humana.

Respecto del fin, el naturalismo suprime o tiende a suprimir la gloria de Dios, no dejando subsistir más que el placer humano; respecto del camino suprime o tiende a suprimir la acción divina, no poniendo su confianza sino en el trabajo humano. Respecto de los medios, suprime o tiende a suprimir la gracia, no confiando sino en las industrias humanas. Dios más o menos descartado de la vida, del trabajo y de los instrumentos del hombre; he aquí el naturalismo y todas sus tendencias.

El quietismo, por el contrario, suprime o tiende a suprimir la parte del hombre en la esperanza de su salvación, para no dejar subsistir más que la gloria de Dios como fin; suprime o tiende a suprimir la actividad humana, para no dejar lugar más que a la acción divina como camino ; suprime o tiende a suprimir los ejercicios y medios espirituales, para no dejar obrar más que a la gracia como medio: el hombre mutilado en su fin, en su actividad y en sus medios; he aquí el quietismo con todas sus tendencias.

La idea específica del cristianismo es la unión sin alteración, pero con subordinación de lo humano a lo divino; la salvación del hombre unida y subordinada a la gloria de Dios como fin; acción del hombre unida y sometida a la acción de Dios como camino; ejercicios de piedad del hombre unidos y sometidos a la gracia de Dios corno medios; he aquí el cristianismo. Y precisamente estas tres partes de la coordinación y de la subordinación de lo humano a lo divino, son el objeto de las tres partes de la presente obra.

17.° Aceptación.—Mi acción debe, pues, unirse a la acción de Dios. Como el alma está unida al cuerpo sin absorberlo ni alterarlo sino que, por el contrario, le presta su perfección propia, animándolo y rigiéndolo, así Dios quiere llegar a ser el alma de mi alma, la vida de mi vida; quiere por su acción animar y dirigir mi acción, y al animarla y dirigirla unirla a la suya tan íntimamente como en mi vida natural lo está la actividad de mi cuerpo a la de mi alma.

Ahora bien, lo que da a mi cuerpo su actividad propia es su receptividad de la acción del alma : el cuerpo obra en la medida en que recibe la influencia del alma. Otro tanto acaece también, en cierto modo, entre Dios y yo : mi piedad activa es viva según que, por la aceptación de la piedad pasiva, la acción del beneplácito divino viene a animarla y a regirla; y la gran palabra de la aceptación es "gracias".

Ya he dicho antes cómo este "gracias" abría la fuente de los grandes gozos; he dicho también cómo abría la fuente de las grandes acciones; en realidad, pues, es la gran llave que abre todo el camino de la piedad. Si yo la acepto plenamente, la acción de Dios produce en mí su efecto completo, y mi acción puede tener el suyo; si no la acepto más que en parte, la acción de Dios está embarazada en parte, y la mía menoscabada en otro tanto por lo menos, y habitualmente en más todavía; porque si mi aceptación no responde a toda la acción de Dios, mi acción responderá difícilmente a toda mi aceptación; en fin, si yo no acepto nada absolutamente, la acción de Dios queda paralizada y la mía muerta, y yo vuelvo a caer en el vacío de mi vanidad.

CAPÍTULO IV

ACCIÓN DIVINA Y ACCIÓN HUMANA

— 18. La acción divina, justa y eterna.

— 59. La acción humana, falsa y pasajera.

— 20. Nonne homines estis?

— 21. La acción cristiana.

18.° Acción divina, justa y eterna.—La acción de Dios es siempre verdadera, completamente verdadera, adecuadamente verdadera, porque es totalmente conforme a las ideas de Dios, que son la verdad. Siendo siempre conforme a esas ideas, es siempre justa y adecuada, concuerda en todos los puntos con todas las necesidades de mi alma, como también con todas las condiciones exteriores. En la acción de Dios no hay nada que repugne, nada de vacilante, nada incompleto, nada de incierto, nada de irresoluciones ni de incoherencias ni de contradicciones, todo se encadena y enlaza, todo se sigue y se sostiene. Además, las ideas de Dios son eternas, y todo lo que es conforme a ellas participa de esa su eternidad; La acción de Dios es, pues, eterna; lo que Él hace no hay que rehacerlo ni retocarlo, permanece por toda la eternidad (Salmo 116, 2)[412].

19.° La acción humana, falsa y pasajera.—Mas las ideas del hombre son falsas. El hombre, en cuanto hombre, no ve más que lo criado, lo humano, lo inferior, la utilidad pasajera, el interés engañador de la criatura. Todo hombre es mentiroso (Salmo 115, 2)[413]; Dios sólo es verdadero (Juan 17, 3)[414].

La acción del hombre, en cuanto es conforme a las ideas del hombre, es también falsa, mentirosa y vana; no es nunca completamente justa y adecuada; flaquea siempre por alguno o por muchos lados. Si en un sentido parece adaptarse bien, con frecuencia es opuesta en los otros.

Las ideas falsas del hombre son necesariamente caducas, y llega indefectiblemente un día en que perecen (Salmo 145, 4)[415]; y con ellas perecen las acciones que les son conformes, pues las acciones toman de las ideas su caducidad. Por consiguiente, en tanto que yo permanezco hombre, estoy por la falsedad condenado a la caducidad. Todo lo que es del hombre está condenado a muerte: ideas y acciones, todo lo que es del hombre debe perecer ; todo pasa, nada permanece.

20.° Nonne homines estis? — Pero qué, ¿no debo yo ser hombre?—No. San Pablo reprocha a los corintios el ser hombres: "Pues habiendo entre vosotros", dice, "envidia y discordias, ¿no es claro que sois carnales y que procedéis como hombres? Porque diciendo uno: yo soy de Pablo, y el otro: yo de Apolo, ¿no estáis mostrando ser aún hombres?" (1 Cor. 3, 3)[416]. "¿Qué quería hacer", dice San Agustín, "de esos hombres a quienes reprocha el ser hombres?

¿Queréis saberlo?—Escuchad al Salmista: Yo he dicho: vosotros sois dioses, vosotros todos sois hijos del Altísimo (Salmo 82, 6)[417]. A esto es a lo que Dios nos llama, a no ser ya hombres; pero no podremos elevarnos a esta condición superior, en la que no seremos ya hombres, si no principiamos por reconocer que somos hombres: por la humildad es por donde llegaremos a esta altura, porque si llegamos a creer que somos algo cuando nada somos (Gál. 6, 3)[418], no solamente no recibiremos lo que no somos, sino que perderemos lo que somos."[419]

Es necesario que yo cese de ser hombre, que cese de aislarme y de marchitarme en lo humano; es necesario que mis ideas, mis sentimientos y mis acciones cesen de ser ideas, sentimientos y acciones del hombre. ¿Y qué es preciso para esto?—Es preciso que se unan a la idea, al deseo y a la acción de Dios. ¿Y cómo se unirán?—Por la aceptación de la acción de Dios. La piedad pasiva, es para mí la puerta de la vida.

21.° La acción cristiana.— Desde el momento que la vida entra por esta puerta, mi acción se encuentra asida y gobernada por la acción divina; ya no soy yo quien determina y dirige en mí un movimiento puramente humano; ceso de ser hombre y me hago cristiano. El cristiano es el hombre unido a Dios; el cristianismo es la unión de lo humano a lo divino ; unión vital, sin alteración ni división, unión en la cual el hombre conserva y perfecciona su actividad. Y cuando toda la actividad humana está unida al movimiento divino que la rige, entonces el hombre es perfectamente cristiano, entonces puede decir como San Pablo : "Vivo yo, pero no yo, es Cristo quien vive en mi." (Gál. 2, 20)[420].

El ideal para mi es, pues, dejarme dirigir por la operación divina, hasta tal punto de perfección que todas mis potencias sean animadas y regidas por Dios y conducidas por Él a operar en la plenitud de su actividad.

Entonces mis conocimientos no serán simplemente humanos, bajos y falsos, sino que, iluminados por el rayo de luz divina, se harán cada vez más las verdaderas y Sublimes intuiciones de la vida; entonces mis virtudes no serán mezquinas cualidades naturales e interesadas, sino que, penetradas por el calor eterno, serán ricos frutos de santidad ; entonces mis acciones no se sucederán al azar, coma vulgaridades vacías y vanas., sin enlace ni trabazón, sino que, animadas y regidas por el movimiento sobrenatural, informadas y avaloradas por la gracia, todas, hasta las más comunes, tendrán un sentido y un valor infinito.

CAPÍTULO V

LA DIRECCIÓN DIVINA

— 22. Dios me pide el cumplimiento del deber.

— 23. De todo el deber.

— 24. Nada más que el deber.

— 25. Vías extraordinarias.

— 26. Dios hace todas nuestras obras.

— 27. Ni fatalista ni quietista.

22.° Dios me pide el cumplimiento del deber. —Si con lealtad y generosidad sé entregarme a la dirección divina estoy seguro de ser siempre atraído por la operación del beneplácito soberano a hacer y hacer bien, en la medida y tiempo que Dios quiere, lo que Dios pide de mí. Lo que Él pide de mí es el cumplimiento de los deberes de la piedad activa, es decir, la observancia de los mandamientos y la de los consejos, dentro de los deberes de mi estado. Tratándose del sacerdote, la fidelidad a las leyes eclesiásticas; del religioso, la conformidad con su regla; del seglar, el sacrificio a su deber profesional. Dios me pide esto : el deber, todo el deber, nada más que el deber.

Pide el cumplimiento del deber y lo pide en absoluto. Porque si Él obra en mí, no es para eximirme de obrar,, sino para hacerme obrar con Al y por Él. Éste es el honor que me dispensa: querer asociar mi acción a su acción.

23.° De todo el deber.—Me exige todo el deber, pero no todo a la vez. Esto es precisamente lo que es propio de la acción del beneplácito divino, fijar la parte en cada circunstancia y dar la medida de lo que exige la voluntad general de Dios. Por su voluntad manifestada Dios no determina, no especifica, la medida prácticamente posible ni el momento preciso en que tal o cual obligación debe ser cumplida; me dice en general los conocimientos que debo adquirir, las virtudes que he de practicar, las acciones que debo ejecutar según las exigencias de mi vocación; así es que a las leyes particulares corresponde fijar respectivamente al sacerdote, al religioso, al padre de familia, etc., los conocimientos, las virtudes y las acciones que para ellos son obligatorias o deseables.

¿Pero en qué momento, en qué medida, de qué manera es necesario adquirir esos conocimientos, practicar esas virtudes, ejecutar esas acciones?—Esto es lo que la voluntad manifestada no precisa en detalle, y esto es lo que la voluntad de beneplácito viene a determinar: ella es la que, disponiendo los sucesos, suscitando las ocasiones, me obliga a conocer, a saber o a aprender tal parte de mi deber, me pone en la necesidad de practicar tal o cual virtud, me conduce a ejecutar tal acción ; ella es la que en el momento propicio me impone o me sugiere los desprendimientos y los sacrificios de que soy capaz y que corresponden a los designios de Dios sobre mí, y si yo quiero seguirla me conducirá progresivamente a todos los primores y a las alturas más sublimes del deber, sin olvidar ni confundir ni alterar nada: ella basta para todo. ¡Dios conduce tan bien!

Y así, desde la fuga del pecado mortal hasta el fin de toda consumación, se suben los grados de la piedad por un movimiento inspirado y sostenido sin cesar por el beneplácito divino.

24.° Nada más que el deber.—La acción de Dios no pidemás que eso. La observación de los deberes de estado, de las leyes eclesiásticas para el sacerdote, de la regla para el religioso, del deber de su profesión para el seglar, esto es cuanto reclama de nosotros la dirección que Dios nos imprime. Pero ¿qué, no me exige Dios más que la observancia de los mandamientos y de los consejos conformes con mis deberes de estado?—Nada más. Su acción, por lo menos en las vías ordinarias, no me hará traspasar esos límites. Éste es precisamente el sello de la acción de Dios, el carácter por el cual se la reconoce infaliblemente: roda acción que me arrastre fuera de los caminos de la voluntad manifestada de Dios, es sospechosa.

Dios, en efecto, no da una dirección divergente t las dos manifestaciones de su voluntad; la una ir ve para explicar la otra. Con sus signos más exteriores, fijos, seguros, mantenidos por la

autoridad infalible de la Iglesia, la voluntad manifestada me da siempre el medio de comprobar, según el consejo de San Juan, si los espíritus vienen de Dios (1 Juan 4, 1)[421],si los impulsos interiores que recibo son efectivamente de su beneplácito. La voluntad manifestada sirve así de comprobante, de garantía y de interpretación a la voluntad de beneplácito. Esta es, por otra parte, la economía general del plan de Dios en el organismo de la Iglesia: darme en lo que es exterior — leyes, instituciones, sacramentos, etc. — el medio sensible que contiene, comprueba y garantiza el elemento interior, vivo e invisible.

Los que tienen la desgracia de separar los dos aspectos de la voluntad divina se condenan, bien sea a perecer en el fariseísmo, conservando sólo la voluntad manifestada, o bien a extraviarse en las ilusiones del iluminismo, o en las aberraciones del juicio privado, pretendiendo escuchar tan sólo la voluntad de beneplácito. Yo, que las quiero de continuo unidas, estoy seguro de tener siempre el impulso interior y la garantía exterior.

25.° vías extraordinarias.—Y si a Dios le place llevarme por vías extraordinarias, no tengo más que dejarme conducir por Él desde el momento en que yo esté seguro de que es Él verdaderamente quien me conduce. Pero es de notar que las vías extraordinarias de Dios no son jamás contrarias a las vías ordinarias: son superiores a éstas y su continuación, son una expansión más elevada del espíritu contenido en las vías ordinarias. Dios las revela, sobre todo, a fin de mostrar a las almas que la letra mata donde precisamente se encuentra el espíritu verdadero que vivifica; le agrada despejar este espíritu de las nubes y trabas de la letra, y hace que resplandezca puro, dilatado, vivificante; y lo muestra así a las almas que languidecen sentadas en las tinieblas y sombras de la letra.

26.° Dios hace todas nuestras obras.— Heaquí, pues, cuál es la unión de las dos voluntades. La voluntad manifestada me traza de una manera fija y general el camino que debo seguir, el deber que debo cumplir ; la voluntad de beneplácito me lleva por este camino, me pone en marcha, hace mucho sin mí, y por su movimiento me anima a hacer aun aquello mismo que yo tengo que hacer, y que ella misma me determina y me mide cada vez. Por esto dice el Profeta: "Vos sois, Dios mío, quien hacéis todas nuestras obras en nosotros." (Is. 26, 12)[422].Dios me toma, me lleva, me conduce, me traza el camino, me sostiene, me da la fuerza y la vida. Mientras yo no me separe de su beneplácito estoy seguro de avanzar.

He aquí cómo la pasividad conduce a la actividad, cómo mi receptividad de la acción divina es la condición vital de mi acción, en fin, cómo se hace la unidad de movimiento, que es el punto supremo de mi unión con Dios. Debo, en efecto, llegar a este término final de la unidad, en el que su movimiento y mi movimiento no son ya dos, sino uno. ¡La unidad !...

27.° Ni fatalista, ni quietista.— ¿Qué distancia tan grande, pues, de la aceptación cristiana del beneplácito divino a la resignación inerte de los fatalistas! El efecto de la aceptación para ellos es la muerte, para mí es la vida; ellos se aploman en su resignación, yo me levanto por mi aceptación; el golpe recibido los sumerge en la indiferencia de la inercia, el toque divino produce en mí la vital energía del deber; ellos ceden ante la brutalidad de los hechos, yo me uno a la vitalidad de la acción de la providencia, por la que me conduce Dios.

¡Cuánto dista la aceptación cristiana, tal como nosotros la entendemos de la quietud estéril de ciertos herejes! Ellos cuentan con Dios para no tener nada que hacer, y yo cuento con Él para tener la fuerza de hacerlo todo con Él y por El; ellos esperan de Dios, no un impulso, sino una

absorción; yo espero de Él la unión de mi actividad a su acción, a fin de llegar a la unión de mi vida a su vida. Su manera de concebir el conjunto de Dios disminuye y aniquila lo que ellos son y lo que de Él tienen; yo, en cambio, concibo el secreto de Dios como la fuente de mi exaltación, la perfección de mi ser, la causa de mi dicha.

CAPÍTULOVI

LAS RESOLUCIONES HUMANAS

Su esterilidad

— 28. Las resoluciones fracasadas.

— 29. El movimiento humano.

— 30. Las prácticas de mi elección.

— 31. Las ruinas.

28.° Las resoluciones fracasadas.—Un breve recuerdo ahora de mi vida pasada y una mirada sobre mi estado presente. En el pasado, ¡cuántas resoluciones estériles!... ¡Cuántos ensayos que han acabado mal porque habían principiado mal!. ¡Cuántas veces, levantado por verdaderos movimientos divinos, me he perdido en seguida en la conmoción estéril de mi agitación humana! En unos ejercicios, por ejemplo, en una festividad o en otra circunstancia particular, algún toque señalado de Dios ha hecho vibrar mi corazón. Este primer movimiento era bueno, venía de Dios, era la acción de Dios. ¡Si yo hubiese sabido corresponder a él sencilla y fielmente, con esta tranquilidad enérgica de la sinceridad que me hubiera mantenido conforme a Él, apoyado sobre Él y guiado por Él!...

Pero el movimiento humano me arrastró en seguida... Cesé de mantener mi apoyo en Dios y me lancé a tomar resoluciones, a formar planes de vida, a comenzar prácticas de oración y de mortificación, en las que el apresuramiento corría parejas con la multiplicidad, y en las cuales acumulaba indiscreciones e imprudencias. Estas resoluciones impetuosas tenían dos gravísimos inconvenientes. Porque, en el fondo, su agitación revela que todo este movimiento nacía de mí y dejaba ya de tener su origen en Dios; contaba con mis fuerzas y me apoyaba en mis resoluciones, propias mías, para "determinar" la corriente del bien. ¡Como si el menor movimiento de vida divina no debiera ser criado por las invitaciones de la misericordia vivificante!

Su inquietud revela además que, nacido demí, este movimiento quería continuar viviendo de mí sólo: contaba conmigo mismo y me apoyaba en mis resoluciones propias para "medir" y sostener la acción de Dios. ¡Como si no fuese la acción divina la que debe sostener, contener y medir la mía!

De esta manera, por el movimiento engañador de la naturaleza fui llevado a tener doblemente fe en mi mismo ; mi punto de partida y mi punto de apoyo eran transportados a mí, en vez de quedar en Dios: ésta era la doble dolencia de esa clase de resoluciones.

29.° El movimiento humano. — Estas resoluciones me lanzaron así en mi acción propia, en mi iniciativa aislada, en esa conmoción estéril de la agitación humana, que no estaba ni animada ni regulada por Dios; era mi acción, que tomando la delantera pretendía trazar el camino, señalar la pauta y dar la medida a la acción de Dios ; era apoyarme en mí, era la confianza en mí mismo. ¡Dios mío, qué equivocado vivía! ¿Cómo asombrarme de la fragilidad y fracaso de esos andamiajes?. Todo eso no estaba edificado por Dios, y por eso todo mi trabajo "humano" resultó vano: invanum laboraverunt.

30.° Las prácticas de mi elección. —Esta desgracia me acontece con demasiada frecuencia: voy a buscar penitencias de mi elección, ejercicios de piedad de mi gusto, ocupaciones y virtudes de mi agrado, y entretanto olvido, descuido y rehúso ver y aceptar las penitencias y las cruces que Dios me impone diariamente, y hasta murmuro tal vez y me quejo de los sacrificios que me envía, por ejemplo, con las inclemencias del tiempo, con la malignidad de los hombres, con enfermedades corporales, con reveses en la hacienda o con algunas pruebas interiores. ¿Por qué estar tan preocupado de mí mismo y tan poco de El?. ¿Por qué tanto afán en agitarme, y tan poco cuidado en corresponderle?. ¡Cuántos toques, cuántos impulsos y cuántos movimientos buenos desconozco, desecho o esterilizo!. Lo que Dios me envía está exactamente hecho a la medida de mi alma y responde perfectamente a las necesidades de la misma; lo que yo escojo, por instinto de la naturaleza, tiene el doble inconveniente de contrariar la acción de Dios y de no ser conforme a las necesidades de mi perfeccionamiento espiritual. Así, lo que hago con capa de piedad suele ser un obstáculo que se opone en mí a la perfección de la misma piedad.

31.° Las ruinas.—Pero entonces, ¿no habré yo de tomar ya más resoluciones?—Ciertamente será necesario tomarlas, pero no de esa naturaleza. Porque el hecho es que esas resoluciones hasta ahora sólo han tenido por resultado el lanzarme en el embarazo y en la agitación, entregarme a mi acción personal y poner trabas a la acción de Dios; el hecho es que muy pocas de esas resoluciones han durado, y que sus frutos han sido nulos. Un fruto, sin embargo, ha quedado, y éste muy malsano: es el hábito de faltar a la palabra dada a Dios. ¡Cuántas promesas hechas, y renovadas, y reiteradas con protestas de fidelidad, con compromiso de honor, en las circunstancias más solemnes!... ¡Y de todo esto sólo quedan... ruinas! Ruinas de mis promesas, ruinas de mi palabra, ruinas de mi honor! Cuando el "querer" no viene de Dios, el "hacer" que procede del hombre es pobre y defectuoso como el hombre.

Nada hay más deplorable. Es mejor, mucho mejor, no hacer promesa ni voto alguno, que hacerlo y no cumplir lo prometido (Ecles. 5, 4)[423].No hay nada que falsee tanto un alma, nada que le quite el respeto de Dios, de las cosas sagradas y de sí misma, nada que enerve y debilite en ella todo sentimiento elevado y toda energía firme, nada que destruya la delicadeza de la fe y de toda virtud, nada que pervierta la rectitud de loa juicios, de los afectos y de las acciones como esta desdichada costumbre de prometer a Dios y no cumplir lo que se promete. No es raro encontrar, en almas alejadas del todo de la religión, un fondo de rectitud, una energía de resolución, una delicadeza de honor donde la verdad hace maravillas cuando llega a manifestarse; pero jamás. producirá estos efectos en almas habituadas a prometer mucho y a cumplir poco.

CAPÍTULO VII

LAS RESOLUCIONES HUMANAS

Su necedad

— 32. El ejemplo de San Pedro.

— 33. Dios sabe muy bien lo que me es necesario.

— 34. ¡Yo lo sé tan poco!

— 35.La negligencia.

32.° El ejemplo de San Pedro.— ¡Qué insensato soy!. Desde el momento en que Dios se reserva el dirigir mi marcha y el conducirme, es necedad en mí querer obrar por mí mismo, antes que Él y prescindiendo de Él; es lanzarme fuera de sus brazos, es pretender darle lecciones, tomarle la delantera y dirigirle. Éste fué el agravio de San Pedro en el caso anteriormente citado[424],donde, impulsado por su afecto humano, se dejó arrastrar a exhortar a su Maestro. El movimiento humano fué fatal para este hombre que era, sin embargo, el hombre de la sinceridad sin reservas y de la generosidad sin vacilaciones; este movimiento es el que más tarde le llevará hasta negar a Jesús, y este movimiento es el que, en la ocasión citada, le mereció esta tan dura reprensión: "Quítateme de delante, Satanás, que me escandalizas." (Mat. 16, 22)[425]. Severa reprimenda, palabras duras que indican lo mucho que el Hombre-Dios detesta el movimiento humano, palabras y reprensión que Dios dirige también a toda alma que pretende marchar por í misma, adelantarse a su acción divina, siendo por este hecho un obstáculo para Él. ¿ Cuántas veces he merecido esta misma reprensión?

33.° Dios sabe muy bien lo que me es necesario.—No conozco locura mayor. Sé que mi Dios es mi luz, mi movimiento, mi fuerza y mi vida; sé que es mi Padre, cuidadoso de mi progreso y atento a mi santificación, que está deseando llevarme en sus brazos; sé que atempera su acción según el estado actual de mi alma, que jamás permitirá que sea tentado más allá de mis fuerzas, que no permite la tentación más que a fin de acarrear por ella el verdadero provecho de mi alma (1 Cor. 10, 13)[426];sé que es infinitamente sabio, que ve infinitamente mejor que yo mi estado interior, mis necesidades, la manera de conducirme, los medios propicios, los peligros que hay que evitar, el fin que hay que alcanzar; sé que desea mi perfección mil veces más que yo mismo, que ésta es, por decirlo así, la preocupación de su amor; sé todo esto... ¡Y soy tan imprudente e insensato que me desprendo de sus brazos y pretendo andar solo!... ¡Y para ir a Dios me arrojo fuera de los brazos de Dios!... ¿Puede haber locura más deplorable?...

34.° ¡Yo lo se tan poco. — ¿Qué sé yo de las verdaderas necesidades de mi alma? ¿Qué sé yo de los remedios que le son necesarios, del alimento que le es conveniente? Mi alma, sus enfermedades, sus debilidades, sus necesidades, sus aptitudes, son otros tantos misterios para mí... Cuando yo pretendo por mí mismo curarla, cuidarla, fortificarla y levantarla, acumulo imprudencias, errores y caídas; pero Dios, ¡qué bien la conoce y cuánto la ama!... Y sus cuidados y su acción son siempre proporcionados al estado de mi alma. "Incapaz, dice San Juan de la Cruz[427], de elevarse por sus propias fuerzas a la altura de lo sobrenatural, Dios la mueve y la pone en ello, dando ella su consentimiento. Y así, si entonces el alma quiere obrar de suyo, de fuerza (en cuanto en sí es) ha de impedir con su obra lo que Dios le está

comunicando, que es el Espíritu, porque se pone en su propia obra, que es de otro género y más baja que la que Dios le comunica, y esto sería "apagar el Espíritu". (1 Tes. 5, 19)[428].

35.° La negligencia.—La otra necedad, que es también del todo humana y que es necesario evitar con tanto cuidado como el agitarse tomando resoluciones, prescindiendo de Dios, es la negligencia en no tomar ninguna resolución o casi ninguna: son los dos extremos del hombre, el querer obrar sin Dios y el no querer obrar a una con Dios. Si no me es permitido desconocer la operación del beneplácito divino, para el cumplimiento de la voluntad manifestada, tampoco está en el orden hacer caso omiso de la voluntad manifestada, bajo pretexto de sumisión a la voluntad de beneplácito. La una no debe separarse de la otra: yo no me salvaré sin Dios, pero tampoco Él me salvará sin mí. Desde el momento en que Él me manifiesta sus órdenes, es que espera mi trabajo; debo, pues, estar resuelto a dárselo. Si no es bueno querer adelantarse a Dios, no lo es tampoco quedarse atrás. Él me pide que le siga: seguir no significa pasar el primero; tampoco significa quedarse quieto en un sitio: significa que debo obrar, pero en consecuencia y en conformidad con una acción que precede y que regula la mía. ¡Ah, si yo supiera seguir... seguir a Dios! ¡Si por fin las dos oscilaciones opuestas de mi naturaleza, hacia la agitación del orgullo que quiere marchar sin Dios y hacia el sueño de la pereza que deja ir a Dios sin mi, si estas dos oscilaciones pudieran resolverse en este único movimiento vital que se llama seguir a Dios!... ¡Vivir de Dios, por Dios, en Dios, para Dios!...

CAPITULO VIII

LAS RESOLUCIONES CRISTIANAS

— 36. Facilidad de la marcha cristiana.

— 37.El yugo divino.

— 38. La confianza en Dios.

— 39. Sobriedad en las resoluciones.

— 40. Unidad.

— 41. Oportunidad.

36.° Facilidad de la marcha cristiana. — ¡Dios mío, cuánto más sencilla y más fácil es la verdadera piedad!. Mi yugo es suave y mi carga ligera, dice a todos el Maestro de la piedad. Es necesario comenzar siempre por recibir la acción de Dios, a fin de que mi acción esté animada por ella; asirme de su mano, a fin de que mi mano esté sostenida y dirigida por la suya. Me aplicaré, pues, a rehusarle lo menos que sea posible en la sumisión, a fin de hacerme por esta sumisión capaz de corresponderle, lo más posible, en la acción; velaré para dejarme animar y dirigir por Él, a fin de obrar por Él, con Él y para Él. ¡Cuán sencilla es esta disposición!. ¡Cuán sencilla y cuán fuerte!. ¡Cómo se avanza cuando, como un niño pequeño, nos dejamos llevar en brazos de Dios!. ¡Qué facilidad, qué seguridad, qué vigor en mis pequeños pasos de la piedad activa, cuando estoy asido de la mano de Dios, por la aceptación de la piedad pasiva!. ¡Cómo se cumple del todo el deber de la voluntad manifestada, cuando soy conducido por la

operación de la voluntad de beneplácito! ¡Cuán viva es mi acción cuando está animada por la de Dios!

37.° El yugo divino.— A esta unión y a esta cooperación me invita el Salvador. ¡Oh,tú, me dice, que tienes tantos trabajos y tantas cargas, ven a mí!. ¿Por qué permaneces en tu agitación, aislado en los esfuerzos de un trabajo que te abruma, aplastado bajo una carga que excede a tus fuerzas?. Ven a mí, únete a mí, no quieras estar solo en tu fatiga y bajo ese peso; deja el yugo, o más bien esa argolla de tu trabajo, ese yugo que tú te fabricas y que te impones tú mismo con tu agitación: ése es el que resulta duro, el que te hiere y te aplasta porque estás tú solo para llevarlo y no está en proporción con tus fuerzas ni con tu vocación. Toma mi yugo sobre ti; el mío, digo, éste que yo he preparado para ti, éste que yo he medido para tu estatura, éste que yo he proporcionado a tus fuerzas y a tu vocación.

Es un yugo y no una argolla, porque yo quiero llevarlo contigo; quiero que se apoye constantemente sobre mí al mismo tiempo que sobre ti, y sobre mi mucho más que sobre ti; quiero estar contigo siempre en el trabajo y en la fatiga, y no echaré nunca la carga sobre ti; pero tú, en cambio, podrás echarla mucho sobre mi: toma mi yugo, trabajaremos juntos y verás cuán cómodo y suave es este trabajo hecho en común. ¡Qué descanso encontrarás para tu alma!. Verás qué fácil es con mi yugo llevar las cargas que yo mismo tengo cuidado de prepararte. Porque si tú llevas mi yugo tomarás también mis cargas, cesarás de imponerte a ti mismo esas cargas demasiado pesadas. Yo sé lo que tú puedes y lo que tú debes hacer, y yo proporciono siempre la tarea a tus fuerzas y a las exigencias de tu vocación: consiente en hacer la experiencia y sentirás que mi yugo es suave y mi carga ligera (Mat.11, 28)[429].

¡Diosmío, soy todo vuestro!. ¡sed Vos el autor de mi salvación! (Salmo 118, 94)[430]. Alma mía, sé al fin sumisa a Dios: Él es mi Dios y mi Salvador. El es mi sostén y no me apartaré de El; enEl está mi salvación, mi gloria, mi auxilio y mi esperanza (Salmo61, 68)[431].

38.° La confianza en Dios.—Sí, Dios mío, quiero conservarme cerca de Vos, apoyarme en Vos, a fin de recibir la vida de Vos; quiero contar con Vos, tener fe en Vos, y mi confianza será viva y práctica. No será un sentimiento vago, general,indefinido, sin punto de apoyo determinado; será una realidad concreta : tendré, instante por instante, fe en la acción presente, viva, de mi Dios; tendré fe en la habitación y en la operación del Espíritu Santo en mí, tendré fe en la caridad que me tiene Dios (1 Juan 4, 16)[432].

Y mi fe será un apoyo real, efectivo, de toda mi vida en la vida de Dios, de. toda mi acción en la acción de Dios, de toda mi acción presente en la acción presente de Dios .

Y con este punto de apoyo, ¡qué seguridad tendrán mis resoluciones en su principio y qué firmeza en su marcha! iluminadas con esta luz, ¡qué exactitud tendrán para responder a las necesidades de mi alma, qué precisión para ajustarse al plan de mi vida!. Animadas por este movimiento, ¡qué fervor de decisión y qué vigor de ejecución! Sostenidas por esta fuerza, ¡qué energía para resistir, qué constancia para perseverar!. Comunicando con esta fuente de vida, ¡qué frutos traerán, de santificación en el tiempo, de glorificación para la eternidad!

39.º Sobriedad en las resoluciones.—Pero, en fin, en la práctica, ¿qué resoluciones hay que tomar? Porque es necesario tomar alguna: sin resolución fija, el deber corre gran riesgo de

quedarse en el vacío o en el olvido. Son necesarias resoluciones. ¿Cuáles?—En general, bastan pocas, y éstas que sean oportunas.

Son necesarias pocas: hay almas que irán siempre a Dios por los pequeños detalles sucesivos, circunstanciales, que corresponden mejor al alcance de su espíritu; estas almas no deben abandonar ese camino, que es bueno para ellas : que vayan así, sencillamente, y llegarán suavemente. Pero aun estas mismas no deben sobrecargarse demasiado ni multiplicar sus prácticas con exceso, a fin de no extenuarse : la sobriedad es madre de la salud.

40.° Unidad.—Otrasalmas tienen sobre todo necesidad de unidad. En la constante variedad de sucesos providenciales y de obligaciones profesionales les es necesaria una mira directora, una idea sintética, con ayuda de la cual puedan orientarse y vivir. A estas almas el detalle las mata, la unidad les hace vivir. No saben andar en la selva; les gustan más las cumbres desde donde se ven amplios horizontes. También éstas tienen necesidad de conocer, y conocer bien, el deber práctico en sus pormenores y en sus aplicaciones; necesitan conocerlo, amarlo y cumplirlo hasta en la minuciosa delicadeza de sus más pequeñas circunstancias. Pero este conocimiento en ellas se hace por el camino de la unidad : en esta luz ellas ven; fuera de esta luz sienten su vista turbada e incompleta. A decir verdad, éstas son las almas para las cuales se ha escrito la presente obra, y a ellas nos dirigimos constantemente. Es del todo evidente que las resoluciones de estas almas deben llegar a simplificarse y a unificarse cada vez más. Puesto que no saben penetrarse bien del valor de los detalles, si no es contemplándolos en su lugar preciso y en el encadenamiento de sus funciones, importa que logren esta unidad de golpe de vista que les es necesario. El capítulo siguiente mostrará más especialmente para estas almas cómo se realiza ese movimiento hacia la unidad.

41.° Oportunidad.—Comoquiera que sea, ya haya que marchar por vía de detalles o por vía de unidad, importa que la resolución o las resoluciones sean verdaderamente prácticas y correspondan bien a la parte precisa y actualmente necesaria del deber. Si mi resolución no queda demasiado atrás del deber, por negligencia o cobardía, o si no se lanza a pasar más allá de él, por exageración, será buena y eficaz. Que sea, pues, proporcionada, por una parte a mis fuerzas y por otra parte a mis obligaciones; que mida a la vez lo que puedo y lo que debo, pero lo que puedo y lo que debo "ahora", en el estado presente de mis recursos vitales y de mis obligaciones actuales para con Dios.

CAPÍTULO IX

LA RESOLUCIÓN FUNDAMENTAL

— 42. Una resolución madre y señora.

— 43. No inquietarse por el presente.

— 44. Ni por el porvenir.

— 45. Súplica para la confianza.

42.° Una resolución madre y señora.—Puesto que busco con insistencia la unidad y tengo necesidad de adelanta en este camino, es necesario ante todo que tome y mantenga una resolución... madre y señora... de la cual deben nacer... sucesivamente... a su tiempo... y sobre la cual deben apoyarse siempre... las resoluciones especiales... que lleguen a ser necesarias, según la marcha de la vida interior.

Esta resolución, que da y mantiene la vida, pertenece a la piedad pasiva, es su expresión práctica; las resoluciones variables, que nacen y se sostienen por la influencia de la resolución fundamental,pertenecen a la piedad activa, son su aplicación actual, precisa y concreta: su unión mutua.

La resolución una y unificadora,viva y vivificante, la que comienzo a comprender un poco más y cuyos frutos deseo gustar, es la de mantenerme, por la confianza práctica, en correspondencia con Dios; la de vigilar en mantenerme, por la aceptación, abierto a su acción ; aplicándome con mi cooperación a conservarme y mantenerme apoyado efectivamente en Él.

Esta resolución dará entrada al movimiento divino, y por el impulso de este movimiento seré llevado a tomar, en el momento preciso, la o las resoluciones oportunas y requeridas entonces mismo para cumplir exactamente mi deber. Así, nacidas de Dios y no de mí, apoyadas en Dios y no en mí, estas resoluciones particulares, y aun singulares si es preciso, tendrán toda la sobriedad, toda la verdad que les es necesaria. Evitaré de esta manera el exceso de carga, el embarazo y la ilusión; tendré también más facilidades para llevar a cabo, con la ayuda divina, lo que haya emprendido bajo el impulso de Dios. Es necesario que no haya nada mío, por mí solo, en mis resoluciones ; nada de mi movimiento aislado, nada de mi imaginación extraviada, nada de mi voluntad propia. En nuestra vida no haya nada del hombre, y esto hará que todo sea de Dios, dice la venerable Madre Chappuis[433]. Lo que es del hombre no se mantiene; sólo lo que es de Dios es firme y duradero.

43.° No inquietarse por el presente.—Y ahora, para el estado actual de mi alma veo que tengo que corregir dos defectos, que son dos inquietudes : la inquietud del presente y la inquietud del porvenir.

Para el presente, mi buena voluntad se deja fácilmente dominar por no sé qué ansiedad medrosa que pérfidamente tiende a persuadirme que no sabré acertar a cumplir con mis deberes; temo ser demasiado distraído, o demasiado cobarde, o demasiado débil. ¡Ah! Ciertamente: distraído, cobarde y débil por mí mismo lo seré siempre. Jamás desconfiaré demasiado de mí mismo, jamás estaré bastante convencido de que el deber está por encima de mí. Pero, en fin, ¿es ésa una razón para estar inquieto?. La desconfianza de sí mismo no es la inquietud, es justamente lo contrario: la desconfianza de sí mismo llama a la confianza en Dios, y la confianza en Dios no deja ningún lugar a la inquietud.

¿Qué es lo que significa la inquietud?—Significa que me obstino en tener confianza en mí; porque si estoy inquieto es únicamente en tanto en cuanto siento cuán ruinoso es mi punto de apoyo en mí mismo. ¿De dónde viene, pues, la inquietud?—Procede de mi incorregible manía de confiar en mí más que en Dios: busco en mí la luz, el movimiento y la fuerza necesaria para el cumplimiento del deber: no los encuentro, y me inquieto y vacilo. ¿Cuándo sabré ser recto? ¿Cuándo sabré acudir a Dios y confiar en Él?... Se hace siempre lo bastante cuando se mantiene cada uno en las manos de Dios... porque la mano de Dios da siempre superabundantemente lo que es necesario para cumplir el deber.

44.° Ni por el porvenir.—La preocupación perturbadora de mirar hacia adelante en el camino, de hacer suposiciones y de tomar disposiciones para el porvenir, es también una falta de

confianza. El porvenir no es nuestro ; el porvenir es de Dios. No andéis, pues, tan acongojados por el día de mañana, que el día de mañana hartos cuidados traerá por sí; bástale a cada día su propio afán, su propia malicia, dice el Salvador (Mat. 6, 34)[434].No soy yo quien he de regular la marcha. Es necesario seguir a Dios para no andar en tinieblas y tener la luz de la vida (Juan 8, 12)[435].No puedo tener más que un solo cuidado, si me es permitido tener alguno, puesto que San Pablo nos dice que no debemos inquietarnos por "nada"(Filip. 4, 6)[436],y San Pedro me exhorta a descargar "toda" mi solicitud en Dios, pues Él tiene cuidado de mí (1 Pedro 5, 7)[437]. Los dos discípulos, lo mismo que el Maestro, condenan los cuidados inquietos. Pero, en fin, si hay alguna solicitud tranquila, razonable y seria es la del momento presente: que tenga cuidado de mantenerme en la mano de Dios y en su mano cumplir mi deber actualmente presente, esto basta plenamente para mi vida.

45.º Súplica para la confianza.—¡Oh Maestro mío! Concededme esta gracia de saber esperar, comprender y seguir vuestro movimiento, de saber permanecer en Vos a fin de obrar por Vos y con Vos; dadme la sinceridad y la flexibilidad necesarias para corresponder a vuestra acción; dadme el descanso de la confianza, a fin de que tenga la seguridad del trabajo; dadme que viva de Vos, para Vos y en Vos; dadme que evite los dos. grandes escollos, que son, agitarme fuera de Vos y pretender descanso lejos de Vos. ¡Oh, no! Dios mío, no quiera yo ni la agitación del orgullo presuntuoso ni el descanso de la pereza indolente, sino la sincera y viva correspondencia de mi acción a vuestra acción: alejad de mí los sobresaltos inconstantes del naturalista y la indolencia negligente del quietista, y dadme la viva unión del verdadero cristiano.

CAPÍTULOX

EL CONCURSO RESTABLECIDO

— 46. El extravío.

— 47. Las consecuencias.

— 48. Aceptarlas.

— 49. La contrición humana.

— 50. La detestación divina.

—51. La reparación divina.

—52. ¡Gracias, Dios mío!

46.° El extravío.—Deseando avanzar hacia el único fin de mi vida siento cuánto debo mantener y perfeccionar en mí el estado de viva correspondencia a la acción de Dios. ¡Si yo pudiera, Dios mío, conservarme en contacto permanente y en perfecto acuerdo con Vos!... Pero, Señor, ¡cuántas veces me extravío! ¡Cuántas veces el movimiento o la inercia de mi naturaleza me alejan de Vos! Lejos de Vos, ceso de estar animado por Vos, y caigo.

Y así caído, ¿qué debo hacer?. ¿Inquietarme?—En manera alguna: esto sería una nueva necedad, otro desvío, y a veces otra caída sobre la anterior, pues la inquietud es injuriosa a Dios. ¿Qué haré, pues?—Aceptar, lo más llanamente y lo más prontamente que sea posible, el castigo que sigue a todo desorden, esto es, aceptar la abyección de mi propia falta y todas sus consecuencias penales. Mi extravío no ha sido querido por Dios; pero ha sido permitido por Él. Este extravío es seguido de un castigo, de ciertas consecuencias vengadoras que son queridas por Dios: con frecuencia Dios permite una falta para sacar de ella un medio de curación; hay males que no se curan sino cayendo. Necesario es que haya escándalos, como dijo el Salvador por San Mateo (Mat. 18, 7)[438].

47.ºLas consecuencias. — Las consecuencias penales de una falta son, por ejemplo, la humillación exterior ante los otros, la humillación interior ante mí mismo y ante Dios, las penas expiatorias, los golpes profundos que de rechazo, y a veces intensos, sobrevienen al alma, la cual es conmovida, debilitada y pasmada con ellos; las repercusiones muy extensas que vienen a veces de resultas de una falta nuestra, en los diversos acontecimientos exteriores de la vida, etc.; porque no sé nunca hasta qué distancia y hasta qué profundidad puede tener resonancia una falta. Estas consecuencias las quiere Dios, y de esta manera manifiesta su detestación al pecado; no ha querido la falta, pero quiere la pena que le es condigna; su voluntad está, pues, ahí. La falta es acción mía, las consecuencias penales de mi falta son acción de Dios, acción de su beneplácito que restablece el orden perturbado por mi acción.

48.° Aceptarlas.—Para destruir el extravío de mi acción no tengo más que unirme a la acción

de Dios, y me uno a ella aceptándola Dar gracias a Dios por la humillación de mis faltas es el verdadero medio de aprender las vías de la justificación (Salmo118, 71)[439]. En estas consecuencias, que son justo castigo a mi falta, está toda entera la voluntad de Dios. Si yo las acepto sin inquietarme de lo que puedan ser, sometiéndome a todo lo que en este punto sea del beneplácito divino, es imposible que esté más práctica, más verdadera y más íntimamente unido a Dios.

En esta práctica del agradecimiento por la humillación de una falta hay un arrepentimiento de singular eficacia y de una calma verdaderamente divina. Todo lo que yo pudiera decir, pedir o prometer a Dios, todo lo que yo pudiera hacer con todos los fervores del arrepentimiento y del pesar, no llegará jamás a la altura de esta simple aceptación. Todos esos hermosos fervores son muy frecuentemente mi movimiento "humano”, mi manera, propia mía, de detestar el pecado. Y esta manera no es la buena; porque aquello que estoy más inclinado a detestar y a sentir es precisamente lo que debería aceptar, es decir, la humillación.

Suele ser más común detestar las consecuencias penosas del pecado que el pecado mismo. La detestación humana es así: busca y pretende siempre la satisfacción del hombre antes que la gloria de Dios.

49.ºLa contrición humana.—Y cuando detesto las consecuencias de mi pecado, o sea las molestias e inconvenientes de que es causa, conservo, frecuentemente acaso, aficiones secretas a mi desorden interior; es decir, que en realidad detesto la acción vengadora de Dios y continúo amando mi acción mala. Singular contrición, en verdad, que rayaría casi en ironía, si la necedad humana no excusase algún tanto una burla tan grosera: a esto llamo "mi" contrición. Es demasiado "mía", por desgracia, pues no procede apenas de Dios.

¿Me asombraré de que esta contrición humana produzca tan pocos frutos de conversión divina? ¿En cuántos casos esta pretendida contrición no sirve de almohada a la conciencia, para dormir tranquila en el mal? Siento en mí cierta detestación, y sin querer examinar demasiado el punto concreto sobre que recae, me tranquilizo sobre mis disposiciones interiores ; y así permanezco en un estado de alma que tiene alguna semejanza con el del ladrón que, habiendo sido hecho preso, está pesaroso, no de haber robado, sino de haber sido cogido: peligrosa disposición que, después de una falta, tiende a esterilizar lo que Dios hace inmediatamente para curarla.

50.° La detestación divina. — Pero cuando acepto las consecuencias vengadoras de mi iniquidad, entonces hago pasar a mí la detestación misma de Dios al pecado, y si las acepto plenamente y sin reserva, me apropio, hago mía toda la detestación de Dios contra mi pecado; de esta manera lo detesto, no ya solamente como puedo detestarlo yo mismo, sino como Dios lo detesta, y no simplemente como Dios detesta el pecado en general, sino como detesta ahora esta falta mía particular, en la cual he caído, y en la medida en que Él mismo la detesta. Por tanto, cuando no he sabido aceptar la acción de Dios (todas mis faltas proceden de ahí), no tengo más que decir: gracias, Dios trío, gracias por esta humillación, y al instante me vuelvo a encontrar en los brazos de Dios, unido a Él para vengar el desorden que me ha separado un momento de Él. Este acto pone en el alma tanta tranquilidad y fuerza, que casi está uno tentado a exclamar con la Iglesia:¡O felix culpa![440]...

51.° La reparación divina.—Por este acto de aceptación estoy unido a Dios, no sólo para la detestación de mi falta, sino también para la reparación: el arrepentimiento es divino, y el buen propósito lo es también. ¡Qué digo, el buen propósito!. No es solamente el buen propósito de reconstruir en mí el edificio de la gloria sagrada, cuarteado o derribado por mi falta, es efectivamente la construcción hecha inmediatamente y restablecida por la mano ele Dios. Dios mismo repara los estragos del pecado, ¡y qué reparación!. Él sabe, mejor que nadie, el mal causado en el edificio divino de mi vida; lo ve, lo mide en todo su conjunto, nada escapa a su mirada; yo no sé nunca hasta dónde se extienden las grietas y las ruinas, las roturas y la destrucción ; lo veo tanto menos cuanto que el primer efecto del pecado es cegar. Por tanto, soy incapaz ele hacer una reparación a propósito.

Mas puesto que Dios está ahí, no solamente castigando sino reparando, no tengo ya ni dificultad ni inquietud: no tengo más que aceptar su acción, unirme a Él, seguir su trabajo cooperando al mismo, e inmediatamente veo volver a levantarse el edificio divino, según el verdadero plan de mi creación, y muy pronto el mal está reparado; no solamente el mal actual y pasajero del pecado particular que acabo de cometer, sino también el fondo malo que lo ha ocasionado. Porque Dios sabe aprovechar los actos para curar los hábitos : no se contenta con rellenar las grietas, sino que restaura principiando por los cimientos; no se contenta para su gloria con un edificio vacilante, recubierto con un revoque engañador, ama lo sólido ; lo que Él construye lo construye sobre roca, y lo que hay que restaurar lo restaura perfectamente... si se le deja hacer. ¡Dios mío! ¿Cuándo sabré yo dejaros construir... y restaurar?... ¿Cuándo sabré yo, con un acto de gracias, unirme a vuestro trabajo de construcción y de reparación? ¡Oh, los efectos reparadores de un buen gracias!

52.° ¡Gracias, Dios mío!—¿Quiere esto decir que esta práctica de "gracias", para las consecuencias vengadoras de mi falta, sea toda la formade la contrición y resuma todo lo que hay que hacer para la reparación debida a Dios? — No, en manera alguna. Al hablar de los medios, en la tercera parte de esta obra, veré la necesidad del sacramento de la Penitencia y la necesidad, la naturaleza y los motivos de contrición. Aquí sólo tengo cuidado de una cosa: restablecer lo más prontamente posible la correspondencia a la acción divina. La falta la ha

interceptado, y el "gracias" es para mí el procedimiento más rápido, el más sencillo y el más justo de volverme al contacto divino.

¡Oh"gracias", "gracias" divino, qué grande eres, qué fecundo, qué poderoso, qué santo!... Tú contienes todos los tesoros de vida y de fortaleza, de tranquilidad y de paz; tú eres la mina inagotable donde yo encuentro a Dios. Quiero decirte y repetirte siempre, en el gozo y en el dolor, en mis progresos y en mis caídas, siempre, en toda ocasión: ¡Gracias, Dios mío!...

Bonum mihi, Domine!... Así, Dios mío, yo permaneceré en Vos y Vos en mí, y llevaré al fin abundantes frutos de santificación (Juan 15, 5)[441].

TERCERA PARTE

LOS MEDIOS

CAPÍTULO PRELIMINAR 3

— 1.Necesidad de los medios.

— 2.Los instrumentos de Dios.

— 3. Mis instrumentos.

— 4.En Dios tenemos la vida, el movimiento y el ser.

—5. Lo que es esencial, y lo que varía.

— 6. División.

1.° Necesidad de los medios.—Conozco el fin, conozco el camino, tengo verdadero deseo de avanzar por este camino hacia ese fin; ¿qué es lo que me falta?. Los medios; porque los medios son necesarios para caminar por este camino hasta alcanzar el fin. Tengo necesidad de comer el pan de Dios, para andar el camino de su voluntad hasta el advenimiento de su reino y la santificación de su nombre: sabiendo el fin, conociendo el camino, teniendo los medios, lo tendré todo. Y estos medios, ¿ cuáles son?

Desde el comienzo de esta obra[442] el principio fundamental me ha mostrado que entre Dios y yo todo ser o movimiento de ser que viene a ponerse en contacto con mi vida está destinado a servir de instrumento a mi crecimiento para la glorificación soberana. Este principio debía ser enunciado desde el principio a fin de poner en claro las nociones del fin y del camino. El conocimiento de este principio es indispensable, según liemos podido convencernos, para comprender el plan de mi vida, el orden y el desorden, las leyes de mi progreso y las de mi trabajo.

Pero esta noción general, esencial a la dirección de mi vida, si es suficiente para mostrar el plan, no lo es para realizar su ejecución: la ciencia del arquitecto que traza el plan y la del empresario que dirige el trabajo han de ser completadas con la habilidad del obrero que maneja los instrumentos. Después de haber estudiado en la primera parte el plan de mi vida y

en la segunda las reglas del trabajo, debo en esta tercera parte estudiar los procedimientos de ejecución, el manejo de esos instrumentos, que son las criaturas.

2.° Los instrumentos de Dios.—Y las criaturas, ¿de quién son instrumentos?— Son los instrumentos de los trabajadores que construyen el templo de la gloria divina ; por consiguiente, son ante todo los instrumentos de Dios, que es el obrero principal; son además mis instrumentos, instrumentos para mí, que soy llamado a ser el obrero secundario.

Dios sabe la utilidad de los instrumentos que Él emplea, y sabe emplearlos. No me toca a mí fiscalizar el empleo que hace de ellos; pero lo que sí me incumbe, lo qué me es necesario en cierto orden, es ver la aplicación y el resultado sobre mí del trabajo de esos instrumentos. Cualquiera que sea, en definitiva, el instrumento empleado por Dios, el resultado constantemente producido e: la gracia. La gracia es, pues, sobre mí el medio divino, inmediato, único, constante, y Él es sobre todo el que tengo interés en conocer a fin de que en este punto de aplicación práctica llegue a conformar mis medios con los de Dios.

3.° Mis instrumentos.—En cuanto a las criaturas que son mis instrumentos y que yo debo manejar, es necesario que conozca su utilidad, es necesario que conozca su manejo, es necesario, sobre todo, que mis facultades adquieran aptitud y habilidad para utilizarlas bien. Pero nadie es buen obrero si no ha llegado a adquirir el golpe de vista y la destreza de manos que, a una con el amor al oficio, producen las obras perfectas. Y para formar el gusto, la vista y la destreza hay en cada oficio ciertos procedimientos, ciertos secretos técnicos; asimismo los hay para formar esta soberana aptitud y habilidad del alma que se llama la piedad. Lo que me resta, pues, considerar, al menos en su economía general, son las industrias y las prácticas propias para poner mis facultades en estado de usar bien de las criaturas. Digo "al menos en su economía general", porque, no habiéndome ocupado hasta ahora más que en las grandes y principales líneas del fin y del camino, continuaré haciendo lo mismo respecto a los medios.

¿Cuáles son las prácticas que me pondrán en estado de usar bien de las criaturas?—Sé que la obra de mi crecimiento divino necesita una doble operación: de una parte, el desasimiento de todo lo criado; de otra parte, la adaptación a lo divino. De aquí dos órdenes de prácticas piadosas, destinadas las unas a desasirme y desprenderme de todo lo de aquí abajo, las otras a elevarme y adherirme a lo de arriba: las que me habitúan al desprendimiento de lo de acá abajo son las prácticas de penitencia, las que me habitúan a buscar lo de allá arriba son las prácticas de oración. Tendré, pues, que considerar los principios generales concernientes al uso de las prácticas de penitencia y de las prácticas de piedad.

4.° En Dios tenernos la vida, el movimiento y el ser.—He visto que en la gloria de Dios está la plenitud de mi fin esencial, que en su voluntad está la regla soberana de mi movimiento, que en su gracia está mi gran medio vital: fin, principio, medio, Dios es todo para mí. En Él vivimos porque es el medio, el sustento de nuestra vida; en Él nos movemos porque Él es el principio y la regla de nuestro movimiento; en Él somos porque Él es el fin en el cual descansamos (Hech. 17, 28)[443]. Su gloria es el fin de mi ser, su voluntad es la regla de mi movimiento, su gracia es el medio de mi vida. Él es el fin, Él es el principio, Él es el medio, Él es todo, mi Dios y mi todo.

5.° Lo que es esencial, y lo que varía.—A la gloria de Dios está unida y subordinada mi satisfacción; a la acción por la cual me anima y me rige debe estar unida y subordinada mi acción personal. A la gracia deberán, de la misma manera, estar unidas y subordinadas mis prácticas de piedad. Así en el fin, en el camino y en los medios, Dios es en todo lo esencial, el primero, el señor; yo en todo el súbdito, el segundo, el siervo.

Además, he visto cómo mi satisfacción, extraviada primero lejos de Dios, vuelve, se absorbe y se transforma en la unidad, dejando en el anonadamiento las falsedades de "lo humano"; he visto también cómo mi acción, agitándose al principio al lado de la acción divina, vuelve a entrar, se absorbe y se transforma en la de Dios, destruyendo la independencia del movimiento humano ahora he de ver aquí, del mismo modo, cómo la multiplicidad de Iris prácticas espirituales se condensa y se vivifica en la unidad de las influencias de la gracia. En las tres relaciones de fin, de camino y de medios existe el mismo movimiento de subordinación, de transformación y de unión : en las tres hay la misma ascensión hacia la unidad.

La gloria de Dios, la voluntad de Dios, la gracia de Dios, sobrenaturalizándome cada vez más, van destruyendo progresivamente y aniquilando en mi satisfacción, en mi acción y en mis medics lo que nace de mí y se aparta cíe Dios; van absorbiendo, transformando y uniendo lo que viene de Dios y lo que ha sido hecho para la unión eterna. Veo así las tres nubes de mi mortalidad disiparse en los resplandores del gran sol que se levanta en mi alma: la multiplicidad se borra ante la unidad, la criatura se adhiere al Criador, y así Dios, que al principio era el primero antes de todos, concluye por transformar todo en Él (Col. 1.17)[444]: Él es todo en todas las cosas (I Cor. 15, 28)[445].

6.° División.—Esta parte se dividirá en tres libros.

El primero tratará de las prácticas de penitencia.

El segundo tratará de los ejercicios de piedad.

El tercero estará dedicado a la gracia.

LIBRO I

LAS PRÁCTICAS DE PENITENCIA

En primer lugar voy a estudiar los medios del hombre: primero los medios de corrección de mi conducta antigua, de despojo del hombre viejo, que es el hombre de la corrupción, de los malos deseos y del error; después los medios de renovación espiritual, de revestimiento del hombre nuevo, que ha sido criado conforme a Dios en la justicia y santidad de la verdad (Efes. 4, 22)[446]. Los medios de despojo son las prácticas de penitencia; los medios de revestimiento son las prácticas de oración. Es necesario emplear estas dos clases de medios y es conveniente unirlos (Tob. 12, 8)[447]. puesto que debo alejarme y desasirme de lo criado para elevarme a Dios, y las grandes operaciones del espíritu del mal en mi solo son combatidas victoriosamente con la unión de estos dos medios (Mat. 17, 20)[448].

Las prácticas de oración o ejercicios espirituales serán el objeto del libro siguiente; en éste voy a considerar las prácticas de penitencia, su valor, su oficio y su uso.

Soy espíritu, corazón y sentidos ; por el espíritu, por el corazón y por los sentidos he cometido faltas que deben ser expiadas, he contraído aficiones que deben ser destruidas, he sufrido pérdidas que deben ser reparadas; me son necesarias, pues, las prácticas de penitencia; me son necesarias para los sentidos, me son necesarias para el corazón y me son necesarias para el espíritu. La obra de expiación ante Dios y de reparación en mí se hace: en los sentidos, por la mortificación; en el corazón, por la abnegación ; en el espíritu, por la humildad. De aquí la necesidad general de la penitencia: prácticas de mortificación para los sentidos, prácticas de abnegación para el corazón, y prácticas de humildad para el espíritu. He aquí la materia de los capítulos siguientes.

CAPÍTULO 1

LA PENITENCIA

— 1. La justicia.

— 2. La pena.

— 3. La misericordia.

— 4. Su unión.

— 5. La redención.

— 6. Adimpleo quæ desunt.

1.º La justicia.—Según la observación, antes citada, de San Agustín, la hermosura del orden es tal que la fealdad de la falta no puede subsistir un instante sin la belleza de la reparación[449]. La justicia soberana tiene sus derechos, que son imprescriptibles. Sin cesar ajusta, y no puede estar sin ajustar, al orden eterno la acción de las criaturas libres. Si yo obro el bien, responde inmediatamente a mi acción con las recompensas del mérito: a medida que glorifico a Dios entro en participación de las bienaventuranzas del tiempo y de la eternidad. Si haciendo el mal niego a Dios la gloria que le debo, la justicia venga en mí en seguida el orden violado ; me hago reo de la pena en la medida en que me hago sujeto de la iniquidad: la pena es el inevitable reato del pecado. La justicia, pues, me impone la penitencia como expiación del desorden de mi vida.

2.° La pena.—Pero ¿por qué la justicia recurre al sufrimiento como expiación de la falta ?—El movimiento que me aparta de Dios es un movimiento falso hacia el placer criado, y porque quiero gozar indebidamente, por esto merezco ser reducido al orden por el castigo. El mal es corregido por aquello mismo que le es contrario. En la misma medida en que me desvío hacia los deleites desordenados, en esa misma debo sufrir los tormentos (Apoc. 18, 7)[450]: es la ley del tiempo y es la ley de la eternidad; así lo exige la justicia, que mide y pesa exactamente los placeres de la falta con los tormentos del castigo, de suerte que la gloria divina, lesionada por el goce, es reparada por el sufrimiento. El hombre paga finalmente siempre a Dios lo que le debe, dice otra vez San Agustín: si no se lo paga haciendo lo que debe, lo paga sufriendo lo que

debe; de una manera o de otra la deuda se satisface[451]. Y la justicia no perdonará ni la cantidad más pequeña (Mat. 5, 26)[452] .

No puede suprimir una pena, como tampoco puede suprimir un mérito. Su inexorable función es ajustar, y ajusta exactamente siempre los méritos y los deméritos.

3.° La misericordia.—Pero Dios no tiene una mano solamente. Todos los caminos de Dios son misericordia y verdad (Salmo 24, l0)[453]. Si tiene la mano rigurosa de su justicia, que es inflexible en sus castigos, tiene también la mano suave de la misericordia, que es soberanamente blanda en sus atenciones; si la justicia tiene por misión reparar el orden esencial de la gloria divina, a la misericordia corresponde a su vez reparar el alma misma; su función es levantar lo que está caído, rehacer lo que ha sido destruido, devolver lo que se había perdido. Dios ha querido hacer misericordia al hombre cuando sólo hizo justicia al ángel; no reparó los ángeles que cayeron y ha reparado los hombres que pecaron; y para esta restauración la misericordia tiene secretos que cautivan, delicadezas que solicitan, invenciones de bondad infinitamente adorables. Si nada engaña a la justicia, nada cansa a la misericordia; ésta es tan tenaz y constante en su benevolencia como aquélla lo es en su exactitud.

4.° Su unión.—Y según los designios de Dios sobre la humanidad, sus dos manos están llamadas a cruzarse sin cesar sobre la cabeza del culpable; las bendiciones de la misericordia están destinadas a armonizarse con las severidades de la justicia. Dios desea que se haga siempre en mí el encuentro de la misericordia y de la verdad, el abrazo de la justicia y de la paz (Salmo 34, 11)[454]; y precisamente en el terreno de la penitencia es donde se realizan este encuentro y este abrazo. La justicia no cederá nada de sus penas, pero la misericordia se apodera de esas mismas penas y las hace reparadoras de mi vida actual y meritorias de otra vida mejor. Al mismo tiempo, y con las mismas obras que yo pago mis deudas a la justicia, se levanta mi ser hacia las alturas de donde había caído.

Así toda falta llama a una pena, y toda pena es lo primero vindicativa: éstas son las exigencias de la justicia. Pero es además medicinal: éstos son por lo menos los designios de la misericordia.

Yo no puedo sustraerme a las exigencias de la justicia, pero sí puedo no corresponder a los designios de la misericordia. Y si, como un condenado, sufro a pesar mío la pena de la justicia, mi penitencia es estéril para mí porque entonces no repara las degradaciones de mi vida. Cuando, por el contrario, por mi libre concurso me adapto a los designios redentores, mi penitencia llega a ser a la vez expiadora y reparadora, satisface a Dios y purifica mi ser, destruye el mal y edifica el bien, y al pagar mi deuda aquí abajo amontona tesoros allá arriba.

Es, pues, para mí un negocio de sumo interés saber adaptarme a la obra reparadora, a fin de que las exigencias vindicativas no se hallen jamás separadas de los beneficios reparadores. ¡Oh, Dios mío, cuánto deseo no expiar como réprobo, sino reparar como predestinado!

5.° La redención.—Pero ha sido necesaria todavía una intervención de amor incomprensible para facilitar el encuentro y el abrazo de la justicia y de la misericordia. En la persona del Redentor se obró este prodigio, que se consumó en la Cruz. Dios se hizo hombre, y vino a sufrir en su carne humana las pruebas de la vida y los tormentos de la muerte, santificando las unas y los otros y dando a ambos, con la infinita virtud de la divinidad, un valor infinito de expiación

y de reparación. Tomó sobre sí nuestras dolencias y cargó con nuestras penalidades. Por causa de nuestras iniquidades fué Él llagado, y despedazado por nuestras maldades; fué castigado para darnos la paz y herido para devolvernos la salud (Is. 53, 4 y sg.)[455]. Por su cruz ha dado a la pena su verdadero valor expiador y su poder reparador.

Acumuló un tesoro infinito, y ese tesoro ha sido todavía aumentado, desde el punto de vista de su aplicación, por los méritos de la Virgen de los Dolores, de los mártires y de los santos. Hay

en él, para todas las almas y para todos los siglos, méritos con que pagar lo que pide la justicia y para hacer triunfar la misericordia.

6.° Adimpleo quæ desunt. — ¿De qué manera llegaré a reparar como predestinado? Uniéndome a las reparaciones del Redentor. ¿Cómo me uniré a esas reparaciones?— Cumpliendo en mi carne lo que resta que padecer a Cristo (Col. 1, 24)[456]. Sus méritos son como una bebida que yo debo incorporarme por las prácticas personales de penitencia. Cuando sé tomar y aceptar las pruebas purificadoras, en unión y conformidad con los designios del Salvadory las ideas de Dios, completo en mí la obra redentora, comenzada para mí, pero no acabada sin mí.

Y puedo completarla no solamente en mí y para mí, sino también para los demás. Porque al decir que él completa en su carne los sufrimientos de Cristo, San Pablo añade que lo hace para el cuerpo entero de la Iglesia. Puedo así tener el consuelo de hacer una penitencia eficaz para mí y para la Iglesia.

CAPÍTULO II

LA MORTIFICACIÓN

Su oficio

— 7. El bienestar y el vigor perdidos.

— 8. Expiación y reparación.

— 9. La mortificación .

— 10. Verdaderas y falsas mortificaciones.

— 11. La mano de Satanás y la mano de Dios.

— 12. El espíritu de la Iglesia.

— 13. El espíritu de Los santos.

7.º El bienestar y el vigor perdidos.—Todas mis fuerzas de acción deben ser conservadas para Dios, a fin de ponerlas al servicio de su gloria. Y para servirle mis sentidos necesitan vigor interiory bienestar exterior; ésta es la doble condición de su libertad, y de toda libertad. Pero a

medida que se dejan dominar por los halagos del placer pierden progresivamente esta doble condición de su libertad. Primeramente se hacen esclavos de las criaturas que los dominan. Aun cuando conservan su vigor interior son, sin embargo, como el prisionero que lleva las manos atadas con cadenas, o como el pájaro que tiene liga en las alas: las trabas del placer les quitan la condición exterior de su libertad; no tienen ya su facilidad para el servicio de Dios.

Y pronto su vigor interior se echa a perder: se hacen pesados, groseros, torpes, perezosos ; después muelles, afeminados, blandos; y por último la degeneración, las dolencias, los achaques y las enfermedades de todas clases son las consecuencias extremas del abuso de los deleites: la degradación destruye el lado interior de su libertad. Ya no tienen la fuerza necesaria para el servicio de la soberana majestad. Así queda disminuido mi ser y frustrada la gloria de Dios.

8.° Expiación y reparación.—El hombre que se ha dejado engañar por el placer, sintiendo su decadencia en sí mismo y su deuda con Dios, siente la necesidad de pagar a Dios y la de realzarse él mismo. Y un instinto profundo le dice que la pena es el instrumento de expiación y de reparación. Toda alma que quiere reparar en sí lo humano y volver a encontrar lo divino recurre, por un misterioso impulso, al sacrificio, y recurre con tanta más energía y denuedo cuanto mayor es la necesidad que experimenta de salir del mal y d levantarse en el bien. La severidad de las privaciones, la austeridad de los sufrimientos ejercen sobre ella un poderoso atractivo. El amor de los santos hacia todo lo que crucifica la carne,con sus vicios y sus concupiscencias (Gál. 5, 24)[457], es un distintivo universal: todos están clavados en la cruz con el Salvador (Gal. 2, 19)[458]. Están clavados en la cruz a fin de verse libres de su deuda para con Dios y para librarse ellos mismos. "Siempre", dice San Pablo, "traemos en nuestro cuerpo la mortificación de Jesús, a fin de que la vida de Jesús se manifieste en nuestros cuerpos. Porque nosotros, bien que vivimos, somos continuamente entregados en manos de la muerte por amor de Jesús, para que la vida de Jesús se manifieste asimismo en nuestra carne mortal." (2 Cor. 4, 10 y sg.)[459].La mortificación debe ser el camino de la vida.

9.° La mortificación.— Mortificar significa matar, hacer morir. ¿Y qué es preciso mortificar? — "Mortificad vuestros miembros, que son terrestres" (Col. 3 5)[460] dice San Pablo. ¿Pero es necesario que demos la muerte a nuestro propio cuerpo? — Es éste un castigo que el pecado ha merecido, y en realidad deberá sufrirlo sin poder sustraerse a él; pero éste es un castigo cuya economía se reserva Dios. Sólo Él, por la vía del deber, de la enfermedad, de los accidentes, o por otra diferente, se reserva el poder de "dar la muerte".

Yo no tengo el derecho de muerte sobre lo que Dios ha puesto en mí, antes bien tengo obligación de conservar mi vida. Pero hay en mí algo que viene de mí y no de Dios: soy un hombre pecador. "Hombre y pecador, dos palabras", dice San Agustín, "en las cuales hay dos cosas, una que viene de la naturaleza y otra de la culpa, una que Dios ha hecho y otra que he hecho yo. Y yo debo destruir lo que yo he hecho, a fin de que Dios salve lo que Él ha hecho[461]. "Mortificad vuestros miembros", dice San Pablo, y a continuación precisa lo que es necesario hacer morir. "Mortificad", dice, "los miembros del hombre terreno que hay en vosotros : la fornicación, la impureza, la abominación, las pasiones deshonestas, la concupiscencia desordenada y la avaricia." (Col. 3, 5)[462]Lo que Dios quiere no es la muerte del impío, sino su conversión y su vida (Ezeq. 33, II)[463]. No son los muertos los que alaban a Dios; lo que le bendice es la vida.

10.°Verdaderas y falsas mortificaciones.— Qué discernimiento debe haber en la mortificación para distinguir en mí el hombre y el pecador, entre la naturaleza y la culpa, a fin de destruir la muerte y salvar la vida! El punto difícil de la mortificación es saber romper la red y dar libertad al pájaro, matar el microbio y curar al enfermo, separar la vida de la muerte. Toda mortificación es verdadera cuando extirpa y mata lo que hay que extirpar y matar, y fortifica lo que hay que fortificar.

Las mortificaciones falsas, porque también hay mortificaciones falsas, hieren sin discernir, y bajo el impulso del genio del mal llegan fatalmente a matar lo que es necesario conservar y a conservar lo que sería necesario matar : en vez de crucificar en la carne los vicios y las concupiscencias, matan al hombre dejando en él sus pasiones y multiplicando frecuentemente sus vicios.

11.°La mano de Satanás y la mano de Dios.—No hay sacrificio alguno que sea querido por sí mismo[464]. La idea del sacrificio por sí mismo es diabólica porque es idea homicida; conduce lógicamente, respecto al individuo, al término fatal del suicidio, y respecto a las sociedades, a las abominaciones de los sacrificios humanos. ¡Cuántas aberraciones y monstruosidades nos muestra la historia en el curso de los siglos en todos los pueblos!. Por todas partes aquel que San Agustín llama el príncipe de la muerte[465], va sembrando la muerte. Uno de sus triunfos más sabrosos es apoderarse de esta idea del sacrificio, que es una de las ideas religiosas más fundamentales, y hacer de ella un instrumento de muerte. El sello diabólico se reconoce infaliblemente en el hecho de ser atentatorio a la dignidad y a la integridad de los miembros y de las facultades del hombre : es destructor de la vida, es homicida.

Nada de lo que es divino degrada. Sin duda Dios exige a veces el sacrificio de un miembro, de una facultad, de la salud, de la vida misma; pero lo exige con la mira del bien general. Si causa heridas son heridas que traen la salud, si da la muerte es a fin de hacer brotar la vida: "Heriré y yo sanaré", dice el Señor(Deut. 32, 39)[466]. Sabe, para cada uno de los hombres, cuándo el sufrimiento y la muerte son útiles para su vida, pues vida y muerte obedecen a Dios en interés de la existencia de sus elegidos. Así, pues, las envía según sus designios de justicia y de misericordia, y en el fondo la enfermedad y la muerte trabajan para la vida.

12.° El espíritu de la Iglesia.— ¡Cuán instructivo es consultar en este punto el espíritu de la Iglesia! En la construcción de sus templos y de sus monasterios, en sus ceremonias y en sus fiestas, en las artes y en las ciencias, la Iglesia anima, exalta, aprueba y bendice todo lo que nos eleva y nos dignifica, todo lo que purifica y desprende, todo lo que puede ennoblecer y espiritualizar los sentidos. Ella tiene, es verdad, sus alegrías y sus galas; pero, ¡qué distancia entre su canto y la música de las pasiones, entre el lujo de una iglesia y el de un salón o de un tocador! El mundo organiza todo con la mira puesta en el deleite que rebaja, la Iglesia consagra todo con la mira puesta en el desprendimiento que eleva; el fin del mundo es el placer, el fin de la Iglesia es la elevación; ella tiene los mismos alientos para las severidades y para las suntuosidades que engrandecen, y los mismos anatemas para las crueldades y para las sensualidades que degradan: he ahí su espíritu. Por él se explican, para el uso de las cosas sensibles, todas las concesiones y todas las prohibiciones de su disciplina. En la habitación y en el vestido, en el alimento y enlos banquetes, en los regocijos y en las recreaciones, en todas partes su lenguaje es el de San Pablo: "Hermanos míos, todo lo que es conforme a la . verdad, todo lo que respira pureza, todo lo justo, todo lo que es santo, todo lo que os haga amables,

todo lo que sirve al buen nombre, toda virtud, toda disciplina loable.., todo esto buscadlo, amadlo y estudiadlo." (Filip. 4, 8)[467].

13.° El espíritu de los santos.— Nada hay más instructivo que el espíritu de los santos. Fueron duros para su cuerpo, y la historia de la Iglesia da testimonio de cómo supieron, cuando fué necesario, entregarlo a los suplicios de los verdugos y a las torturas de la penitencia: dieron satisfacción a la justicia, pero salvaron su vida. Cuando la justicia divina no les exigía el sacrificio de la salud o de la existencia supieron cuidar y conservar el vigor de sus miembros. Es una observación que ya hice antes, cómo en general sus mortificaciones tienen un sello higiénico[468]. La sobriedad del ayuno, la sencillez de las comidas, el uso de los alimentos amargos, si bien contrarían el gusto, favorecen la pureza de la sangre; la dureza de la cama, la brevedad del sueño, la aspereza del cilicio, lo basto de los vestidos, la excitación de la disciplina, favorecen la circulación. El cuerpo se desprende así de las impurezas de la vida animal, se preserva de los malos humores y llega a ser un instrumento más dócil, y más fuerte al mismo tiempo, para servir a las. operaciones del alma. Éste era el fin que ambicionaban los santos. Por esto sus penitencias llevan habitualmente este doble sello de severidad y de prudencia: severidad para reprimir los apetitos desarreglados, los instintos sensuales, los deleites enervantes; prudencia para evitar las lesiones y las deformaciones, la debilidad y la degeneración.

CAPÍTULO III

LA MORTIFICACIÓN

Reglas generales

— 14. El amor que destruye y el odio que conserva.

— 15. Nada de sensualismo cobarde.

— 16. El agente libertador.

—17. Nada de crueldad degradante.

— 18. La crueldad necesaria.

— 19. El remedio.

— 20. Querer la curación.

14.° El amor que destruye y el odio que conserva.—Yo no puedo consentir legítimamente, por mí mismo, en ninguna degradación de mi vida. Ahora bien, yo puedo degradarme imprudentemente, bien sea por exceso de severidad, bien sea por exceso de sensualidad; ni en un sentido ni en otro me son permitidos los excesos. En el uso de las mortificaciones debo, por consiguiente, mantenerme a igual distancia del sensualismo cobarde y de la crueldad degradante. El que ama su alma la perderá, y aquel que sepa odiarla en este mundo la conserva para la vida eterna (Juan 12, 25)[469]. Hay, pues, según testimonio del Salvador, un amor que destruye y un odio que guarda la vida. El amor destructor es la cobardía sensual, el

odio guardián es la sabia y prudente severidad. Por tanto, nada de amor cobarde, pero nada tampoco de odio cruel. Si tengo el sentimiento de la justicia sabré vencer con energía el temor de la pena, y si tengo el instinto de la misericordia sabré no herir con golpes destructores de la vida.

15.° Nada de sensualismo cobarde.—La rebelión de los sentidos contra el espíritu exige que sean reducidos a la obediencia, tratándolos como a esclavos. Pan, castigo y trabajo: he aquí lo que necesita el esclavo, dice el Espíritu Santo; y si fuere de mala inclinación dale azotes y cepo. Si tienes un esclavo fiel cuida de él como de ti mismo, trátale como a un hermano (Ecli. 33, 25 y sgs.)[470]. Por consiguiente, sobriedad en el alimento, austeridad en la disciplina, trabajo continuado, castigo para las infidelidades, afecto sano y lleno de abnegación en la fidelidad: así es preciso mantener los sentidos, y así se hacen fuertes y resistentes, sanos y vigorosos, flexibles y vigilantes. La experiencia de todos los días nos enseña que la vida decae y se precipita a una decrepitud prematura con el desorden de las pasiones, o se desequilibra con las dolencias y enfermedades cuando Ios excesos en la alimentación acumulan los humores, cuando la molicie del régimen produce los enervamientos y cuando el trabajo cesa de absorber las energías vitales. El hombre es siempre castigado por donde peca: las cobardías blandas son la fuente de los mayores azotes corporales, mientras que los rigores prudentes son la garantía de un vigor sólido y de un bienestar real.

16.° El agente libertador.—Además de ser la mortificación un remedio para devolver o conservar el vigor, es también un agente libertador. Ella es la que, trayendo o manteniendo la sobriedad de gustos, disminuye las necesidades y con las necesidades, las ocasiones de servidumbre. Si sé emplearla con oportunidad llegaré a no sucumbir a ninguna necesidad ficticia, a no crearme nuevas y a disminuir, todo lo más posible, aquellas a las que estoy ahora sujeto. Sepa yo, como San Pablo, contentarme con lo que tengo; sepa soportar la pobreza y vivir en la abundancia, como hombre que está hecho a todo, a tener hartura y a sufrir hambre, a tener abundancia y padecer necesidad. (Filip. 4, II y sg.)[471]. Para orientarme más todavía en el uso serio y prudente de las mortificaciones, debo mirar a no ser esclavo de lo que tomo ni de lo que dejo, a no abatirme por el placer ni por la pena, a saber usar del goce y soportar la privación, a ser, en fin, libre, lo más libre posible, en el uso de todas las cosas.

17.° Nada de crueldad degradante.—Siempre que los engranajes interiores necesitan el aceite del gozo para marchar mejor, es necesario dárselo. ¡Qué profundo significado tienen las palabras esencialmente cristianas de recreo, refección, reposición!... ¡Re—crear, re—hacer, re—poner!... Esto es, en efecto, el objetivo de lo que se toma como descanso, alimento o sueño. La vida tiene necesidad de rehacerse, porque los órganos se gastan en el ejercicio de su actividad, y yo debo tomar los medios de rehacerla. Por esto, en las vías ordinarias, estoy obligado a tomar los medios reparadores en la medida en que sean necesarios para que funcionen debidamente mis órganos. El recreo lo mismo que el sueño, el alimento lo mismo que las medicinas, tienen por esta razón la seriedad, la dignidad y el valor de elementos reconstructores de mi vida. ¡ Cuán hermoso es todo cuando se sabe conformarse con la idea de Dios!. Lo que parece no ser así, y que de hecho no es para muchas gentes más que un pasatiempo, resulta ser para las almas serias una ganancia de vida; allí Sonde los insensatos se destruyen, los sabios y prudentes se reconstituyen. ¡Cuán bueno es poseer la noción de los caminos de la vida! (Salmo 15, 11)[472].

18.° La crueldad necesaria.—El odio de si mismo debe ser el guardián de la vida; éste es el espíritu del Salvador. No cometeré, por tanto, nunca una imprudencia inoportuna ni una indiscreción perjudicial. Sin embargo, si mi ojo, mi mano o mi pie llegan a ser para mí una ocasión de pecar, es decir, un obstáculo para mi vida, sabré, siguiendo el precepto del divino Maestro, cortarlos y arrojarlos lejos de mí (Mat. 5, 29)[473]. Se sacrifica un miembro para salvar los otros, se sacrifica la vida del cuerpo para salvar la vida del alma, como sesacrifica el cargamento para salvar la nave. Es una crueldad, pero es prudente crueldad; es una crueldad, pero el miedo y la negligencia de estos sacrificios necesarios serían una crueldad mucho más terrible. Toda crueldad es legítima y es alabada por el Salvador cuando es para conservar la vida.

19.° El remedio.—En suma, la mortificación es indispensable medicina, y por lo tanto debe ser dosificada y medida, corno lo es todo medicamento, en el modo y grado que convenga según la gravedad del mal que haya que curar y con relación a la capacidad del alma y del cuerpo a que debe ser aplicada. Toda mortificación no conviene a todos, como no todos los remedios convienen a todas las enfermedades; es necesaria la discreción en su uso. Es un error, leyendo la vida de los santos, por ejemplo, creer que yo debo o que puedo imitar todas sus penitencias. Ciertamente, si Dios me llamase a seguirles en el camino real de la cruz, sería esto una gracia insigne;pero yo apenas soy capaz de soportar la energía de los remedios que tan saludables eran para esas grandes almas.

Y puesto que no tengo capacidad para esto, ¿qué deberé hacer? — Es menester que me habitúe progresivamente a soportar la amargura ; que comience por las mortificaciones necesarias; que trabaje en vencer mi horror al sufrimiento ; que procure conservar un poco de alegría en todas estas penas; y en fin, que adquiera generosidad en los sacrificios que se me piden, sobre todo por los deberes de mi cargo y estado y por sucesos providenciales. Así es como de ordinario se forma el espíritu de penitencia y se vuelve a encontrar el vigor; y poco a poco los sentidos, probando la libertad que les va siendo devuelta, se estremecen cada vez menos en presencia del dolor y por fin se endurecen y se fortifican. El Espíritu de Dios puede entonces dominar al instinto de lacarne, y puedo llegar, en el modo y medida que el Señor quiera, a seguir, aunque de lejos, el ejemplo de los santos.

20.° Querer la curación.—Por lo demás, no hay nada como querer la curación de veras para saber tomar los remedios. El que se preocupa de evitar el sufrimiento más que de obtener la salud, ése no tomará nunca sino remedios ineficaces y adormecedores. Si quiero de veras y con energía verme libre de la enfermedad no repugnaré tomar el brebaje que sea necesario. El punto capital es aquí también la sinceridad: es necesario saber si quiero solamente entretenerme o si quiero de veras vivir; si quiero sólo gozar para mí o si quiero sinceramente trabajar para Dios; si mi ley es el placer o es el deber. Sólo cuando sentimos recta y sinceramente sobre la verdadera vida somos fuertes para sustraernos a los pequeños goces y para afrontar las penas y las privaciones bienhechoras, y nos hacemos cuerdos e inteligentes para evitar los excesos imprudentes. ¡Dios mío, dadme la gracia de saber andar por el camino real de la cruz, y la de ir a la vida por el camino del sufrimiento! Deseo no amar mi vida de manera que llegue a perderla, sino odiarla a fin de salvarla.

CAPÍTULO IV

LA MORTIFICACIÓN

Reglas especiales

— 21. Tres clases de mortificaciones.

—22. Las mortificaciones del deber.

—23. Las penitencias ocasionadas por el deber.

—24. Las penitencias providenciales.

—25. La aceptación de la muerte.

—26. Las penitencias voluntarias.

—27. La penitencia para otros.

21.° Tres clases de mortificaciones. — Conviene buscar algunas reglas más prácticas todavía. ¿Cuáles son especialmente las mortificaciones que hay que hacer? — Las hay de tres clases: todas ellas son divinas y las únicas que no son peligrosas. Las primeras son las que están impuestas por el deber; hay además otras que son reclamadas por la acción providencial, y en fin hay otras que son inspiradas por el Espíritu de Dios.

22.° Las mortificaciones del deber.—Hay en el deber dos clases de penitencias, las que impone directamente, y las que ocasiona.

Las que impone directamente: ¡cuántos placeres de los cuales estoy obligado a abstenerme porque están prohibidos!. En primer lugar, la ley de Dios me prohíbe todo lo que es corruptor y enervante, todo lo que es perjudicial a mí o a los demás. Sea cualquiera el capricho que yo pueda tener, no estoy jamás autorizado para tomar un placer que bajo una forma cualquiera sea de naturaleza tal que perjudique a mi vida o a los intereses de mi prójimo; debo abstenerme y contenerme.

En segundo lugar, la ley de la Iglesia me impone en ciertos días la obligación de la abstinencia y del ayuno; ésta es otra mortificación obligatoria. Esa ley puede ser dispensada; pero precisamente no debe serlo sino según las necesidades de mi vida, porque no puedo eximirme del ayuno o de la abstinencia sino cuando su observancia Llegue a ser perjudicial a mi salud o a mi deber profesional.

Por último, la regla impone al religioso el voto de castidad con todas sus consecuencias de clausura, sobriedad, austeridad en las vigilias, en los ayunos, en la disciplina, en la comida, en el vestido, en el lecho, etc.

Todas estas penas y privaciones se imponen en el mismo grado de gravedad que el deber mismo, y no es permitido tomarlas o dejarlas a capricho.

23.° Las penitencias ocasionadas por el deber. —El cumplimiento serio de las obligaciones de estado rara vez va sin alguna violencia o algún trabajo: con frecuencia es necesario cercenar las comodidades o el sueñe, contrariar a menudo los gustos y olvidar la tranquilidad, y alguna vez exponer la salud y aun la vida. Éstas son las exigencias del deber, y hay que aceptarlas

como son, sin que la conciencia pueda creerse autorizada a falsearlas, tratando sin derecho de atenuarlas o de exagerarlas.

Esta fuente de mortificaciones del deber, grandes o pequeñas, fluye con bastante abundancia y continuidad para saciar la sed de sacrificio en las almas generosas. Amar, por tanto, el deber con sus mortificaciones, que son todas voluntarias. Felices en aceptar todos los sacrificios que impone el deber, más felices todavía diciendo "gracias" en los sufrimientos providenciales, el alma llega a estar cada día más solícita para los pequeños actos de desprendimiento: postura más humillada en la oración, uso más sobrio y austero de la comida, sencillez más severa en el vestido, instrumentos secretos de aflicción corporal, etc. El hambre y la sed de inmolación les hacen buscar todo aquello que puede ayudarles a ofrecer mejor su cuerpo como una hostia viva, santa, agradable a Dios, manteniéndose en los justos y razonables límites de un culto esencialmente espiritual (Rom. 12, 1)[474]. Y en verdad, ¡cuán ingeniosas, variadas y hábiles son estas industrias ocultas de esas almas santas, para refrenar los apetitos desordenados de los sentidos!

El Espíritu de Dios es quien sugiere estas industrias, quien inspira el deseo de las mismas y quien regula su aplicación; a El solo debe el alma escuchar y seguir en este camino, a fin de evitar los extravíos. Y para estar siempre segura de no seguir más que al Espíritu de Dios, el alma debe someter siempre sus penitencias, aun las más secretas, a la aprobación previa del director de su conciencia. Las reglas religiosas, que son muy prudentes en materia de mortificaciones y que saben cuán necesario es discernir los espíritus para saber si son de Dios, no permiten ninguna práctica extraordinaria de penitencia sin la aprobación de los superiores.

27.° La penitencia para otros.—A medida que se ejercita en los caminos del sufrimiento, y que avanza ejercitándose en ellos, el alma generosa, libre ya de la múltiple tiranía de las criaturas sensibles, experimenta la necesidad de libertar en su derredor a otras almas de las cuales se compadece. Sabe que la virtud del sacrificio puede salir de ella y extenderse a los demás, sabe que ella se beneficia de los sufrimientos del Salvador y de los santos, y quiere, agradecida, devolver un poco de lo que ella ha recibido, sintiendo que hay más felicidad en dar que en recibir (Hech. 20, 35)[475]. Entonces es cuando expía, cuando repara, cuando sufre, primero por aquellas personas que le son más queridas y más próximas, después, ampliando su sacrificio, querrá sufrir por la conversión de los pecadores, por las misiones católicas, por la Iglesia entera. Es feliz uniendo su sacrificio al sacrificio del Salvador, y como San Pablo siente la necesidad de completar en su carne lo que falta a los sufrimientos de Cristo, para la Iglesia y para su cuerpo. ¡Maravilloso entusiasmo del sacrificio! ¡Santa locura de la cruz! ¡Manantial inestimable de reparación! ¡Cuántas almas, en el secreto de su penitencia, son las redentoras de nuestros crímenes, los pararrayos de la justicia, la salvaguardia de nuestra vida!

CAPÍTULO V

LA ABNEGACIÓN

Su oficio

— 28. Necesidad.

— 29. El mal que hay que apartar.

—30. Medida que es preciso guardar.

—31. El bien que hay que procurar.

28.° Necesidad.—Mi corazón tiene a la vez el poder de afección, por el cual tiende a fijarse y descansar en su fin, y el poder de determinación, por el cual se mueve hacia el lugar de su descanso.

Su vida es una combinación de movimiento y de reposo. Sé que su fin, que es el lugar de su descanso, es Dios, a quien soberana y únicamente debe adherirse por la caridad ; sé que su vida consiste en conformar y unir su movimiento a la acción que Dios ejerce sobre él, y que esta correspondencia debe llegar a ser tan íntima que haya entre los dos unidad de acción. Tal es "el ideal absoluto del camino y del fin”.

Su mal, lo sé también, es el amor propio, que hace que su poder de afección se detenga y se adhiera a lo criado, y que su poder de determinación no concuerde con la acción divina, apartándose de ella, por la independencia de su agitación o de su inercia. Ni el movimiento de su vida ni el reposo de su fin están entonces plenamente en Dios. He aquí su mal.

Y puesto que es necesario que la plenitud de su movimiento y de su descanso esté en Dios, necesita prácticas que lo aparten de su mal y lo traigan a su bien. ¿Cuáles son estas prácticas? Las prácticas de abnegación.

29.° El mal que hay que apartar.—Cuál es, pues, el oficio preciso de las prácticas de abnegación?— Apartar el mal de mi corazón y promover su bien. Apartar el mal es su oficio primero y directo; por consiguiente, combatir, disminuir, destruir las aficiones a lo criado; perseguir, borrar, aniquilar las extravíos de la independencia en los caprichos de la agitación y en las indolencias de la pereza; en una palabra, ahogar el amor propio: a esto deben dirigirse sus tiros; a esto y no a otra cosa. No les está permitido ni debilitar ni reprimir la fuerza de mis potencias afectivas. Al contrario; deben desembarazarlas de ciertos falsos afectos en los que gastan y emplean mal su fuerza esas potencias. ¡Cuánta energía se consume en la agitación o se adormece en la inacción!. Los afectos falsos hacen que degeneren los mejores instintos del corazón. Qué dichosa liberación la que me arranca ,a todas esas causas de debilidad y de impotencia!

30.° Medida que es preciso guardar.—En esta materia se requiere suma inteligencia y discreción. Es más fácil reprimir repentinamente un movimiento que dirigirlo bien, y sucede con frecuencia que se atrofia el vigor de una afección bajo pretexto de desasimiento provechoso. Ciertos procedimientos de vigilancia recelosa o de violencia brutal nos revelan, por sus resultados sensibles, cuán fácil es equivocarse en ese terreno. No consiste todo en reprimir; la represión, de suyo y por sí sola, está lejos de ser vital. Hay represiones discretas que sostienen, y éstas son las buenas; pero también hay represiones que ahogan, y éstas nada valen.

De la misma manera, no consiste todo en desasir; romper lis lazos que atan, o mal o demasiado, está bien; pero romper lazos vitales es funesta equivocación. El cirujano que recorre con su bisturí las carnes vivas necesita un exquisito conocimiento de todos los tejidos;

la menor equivocación le haría cortar un órgano esencial. En estas operaciones la muerte está muy cerca de la vida: si corta donde debe cortar, salva la vida; si se equivoca, causa la muerte.

Algo de esto ocurre siempre que es preciso cortar en carne viva. No todas las situaciones son igualmente delicadas y peligrosas; pero siempre se requiere la exactitud en los cortes. En la cirugía moral que se llama abnegación, esa exactitud importa mucho al adelanto de la vida. Si soy oportunamente contenido por prácticas que eviten los extravíos de mis caprichos, si soy excitado por medios que sacudan la atonía de mi pereza, si con oportunidad soy desasido y me levanto con buenas disposiciones que encaminen mis afectos hacia Dios, mi corazón adquirirá gradualmente el pleno desarrollo de su energía y de su vitalidad.

31.° El bien que hay que procurar.—Desarrollar la energía moral, éste es el segundo fin de la abnegación. Hay cierto vigor y virilidad que es buena para el corazón. La fortaleza debe infundirse en la dulzura de sus afectos y en la tranquilidad de sus resoluciones, y esta fortaleza se infiltra sobre todo por el canal de la abnegación. El hombre que sabe negarse a si mismo, renunciar a sus caprichos, prescindir de su sensiblería, moderar sus aficiones, llega a ser necesariamente un hombre de carácter firme y vigoroso para el sacrificio. Los grandes corazones están templados en la abnegación, y son de temple tanto más fuerte cuanto con más oportunidad saben anegarse en este baño. ¡Qué hermoso instrumento para la caridad es un corazón preparado en el temple y vaciado en el molde de la abnegación!. Un corazón así sabe amar a Dios, al prójimo y a sí mismo... ¿Y no desearé yo elevarme hasta esa esforzada caridad, centro vivo de toda la piedad?. Para esto me es necesario emplear las prácticas de abnegación que prepararán mi corazón para estas ascensiones.

CAPÍTULO VI

LA ABNEGACIÓN

Su práctica

— 32. El deber.

— 33. La regla.

— 34. El reglamento personal.

— 35. El desprendimiento.

32.° El deber.—En la práctica, la verdadera y prudente abnegación se forma en la fidelidad al deber: el deber es el que impone o sugiere, en su justa medida, las renuncias y los desprendimientos necesarios o más convenientes; y en el límite marcado por el deber es donde en realidad

debo saber sacrificar mi independencia y mis afectos: a él es necesario doblegarse y sujetarse y someter mi persona, mi tiempo y mis recursos. El deber exige el olvido de las comodidades, la victoria sobre los caprichos, los gustos y los hastíos de toda clase, el sacrificio de las preferencias o de las repugnancias; la santa y noble esclavitud del deber es la gran escuela de

la renuncia a todo lo que sea amor propio. Seré el hombre de mi deber amándolo en tanto en cuanto es deber, abrazándolo como voluntad de Dios, con todas las sujeciones y las incomodidades consiguientes, con sus molestias y sus trabajos, con sus cargas y sus inconvenientes: he aquí una resolución que me servirá eficazmente para contener los extravíos del corazón,

33.° La regla.—Y para dominar más prácticamente todavía las rebeliones de la naturaleza, las reclamaciones de la pereza y las intemperancias del humor, no hay nada mejor que tener una regla. El religioso tiene la suya, cuyas prescripciones minuciosas atan, contienen y sujetan su voluntad a las generosidades del deber. Garantida por el voto de obediencia, la regla doma los descarríos de la voluntad que a ella se somete. ¡Qué seguridad y qué plenitud de abnegación para el religioso que consiente en dejarse conducir!

El sacerdote tiene también sus reglas, menos estrechas que las del religioso, pero todavía muy "embarazosas", según la expresión de San Franciscode Sales, cuando quiere conformarse bien a ellas. ¡Y cuánta abnegación es necesaria para dedicarse a estudiarlas y a seguirlas!

Lasreglas y los reglamentos del deber profesional, en algunas carreras sobre todo, imponen a los seglares asombrosas sujeciones.

El hombre que cristianamente doblega y rinde su voluntad a estas exigencias, con la amplitud y la lealtad convenientes, se formará en una abnegación que puede llegar hasta el heroísmo. ¡Qué hermosos caracteres se desarrollan en esta fidelidad constante al deber! El estudiante, pongamos por ejemplo, el profesor, el militar y tantos otros están sometidos a severas prácticas, muy molestas con frecuencia. ¡Dichosos los que saben soportarlas con la energía espontánea de una voluntad generosa, en vez de ahogarse en el descontento de la obligación! ¡Ennoblece tanto la espontaneidad, deprime tanto la sumisión a la fuerza!

34.º El reglamento personal.—Muchas almas se sienten forzadas a completar las reglas que prescriben las obligaciones peculiares de su estado, con un reglamento del todo personal, más inmediatamente adaptado, por consiguiente, a sus necesidades propias y particulares. Y es ésta una industria recomendada en alto grado, y verdaderamente laudable, cuando este traje está bien proporcionado a la medida de aquel para quien se hace. Un niño no puede ponerse el traje de su padre, ni el obrero que va al trabajo puede echarse tanta ropa como el enfermo que tirita de frío. Quiérese decir con esto, que un reglamento personal debe ser sobrio, ajustado, práctico y ha de acomodarse a la situación interior y exterior de cada uno. Hecho en estas condiciones y aprobado por el director de conciencia es un poderoso instrumento de abnegación, y por consiguiente de desprendimiento espiritual.

35.° El desprendimiento.—Así se combate la falsa independencia del amor propio. ¿Cómo se destruyen los falsos afectos? — Hay tres clases de lazos que atan el corazón: el hombre está pegado, o a las cosas, o a las personas, o a sí mismo.

El afecto desordenado a las cosas se rompe, en el religioso por su voto de pobreza, en los demás por la limosna.

El afecto a las personas, en lo que tiene de embarazoso y pesado, se corrige para el religioso y el sacerdote por la ruptura, más o menos completa, de los vínculos de la familia, pues la

grandeza de su vocación les llama a un desprendimiento más completo. Y para las personas a quienes Dios destina a vivir en el ambiente de la familia no faltan nunca los ejercicios de abnegación: la práctica de soportarse mutuamente los defectos; el hábito de sacrificio que se olvida de sí mismo para pensar en los demás, que toma para sí lo más penoso o lo más molesto, dejando a otros lo fácil y lo agradable; el cuidado de no quejarse ni dar lugar a quejas de los demás; paciencia, alegría, bondad, igualdad de ánimo en toda circunstancia; compasión para las miserias, indulgencia para las faltas, perdón para las ofensas, etc., ¡qué escuela de abnegación! ¡Y cuántos medios y ocasiones de depurar nuestros afectos!

Por último, para vencerse contra el apego a sí mismo, las desgracias y las miserias, las contrariedades y las adversidades sacuden con bastante frecuencia el corazón, y el que quiere aplicarse a dominarse asímismo, tanto en sus arrebatos como en sus desalientos, tendrá abundantes ocasiones para hacerlo.

CAPÍTULOVII

LA HUMILDAD

Su práctica

— 36. Nada por mí.

— 37.Todo por Dios.

— 38.Nada para mí.

— 39.Todo para Dios.

36.° Nada pormí.—Las prácticas de humildad deben libertar el espíritu, como las prácticas de abnegación libertan el corazón, como las prácticas de mortificación libertan los sentidos. Mi espíritu está hecho para ver a Dios, y yo estoy siempre viéndome a mí mismo: la humildad viene a corregir este desorden. Y la primera cosa que dice la humildad es que yo no tengo nada por mí mismo. No dice que yo no tengo nada, sino que no tengo nada "por mí". Ni aun siquiera existo por mí mismo, y nada de lo que tengo viene de mí; ni la existencia ni ninguno de los dones de la existencia los tengo en mí por mí mismo; lo que yo tengo por mí es la nada.

Por mí tengo el pecado, la inclinación al mal, la debilidad, la imperfección, todas las miserias cuyo testimonio llevo en mí mismo.

Y la humildad, que es la verdad, me hace ver y reconocer la nada que yo soy por mí mismo. No pestañea ante las lecciones de su nada, que el hombre recibe en tantas ocasiones y bajo tantas formas. Reconocer nuestras faltas y errores, no obstinarse en las maneras de ver personales, convenir en nuestras imperfecciones y defectos, aceptar las humillaciones interiores y exteriores, pensar con preferencia contra sí y en favor de los demás, he ahí las cosas que la humildad inspira.

El orgullo no se aviene a reconocer sus defectos, siente despecho por sus faltas y busca razones contra toda razón para persuadirse a sí mismo de que tiene razón. El orgullo me lleva a mentirme a mí mismo y a querer que los demás mientan adulándome.

La humildad es sincera, con esa sinceridad inflexibleque no gusta que se le mienta y que no quiere jamás mentir a sí ni a los demás ni a Dios. Tiene horror a las excusas y a los subterfugios, a la hipocresía y a la mentira, a los pretextos y a las razones que se alegan para cohonestar lo que no se puede cohonestar. Para ella lo que es, es; lo que no es, no es. Ella entiende ver las cosas tales cuales son, y las mira con mirada fría, limpia e imparcial. No tiene más interés que el interés de la verdad, y su única necesidad es conocerla y reconocerla, aun cuando sea desagradable.

37.° Todo por Dios.—La humildad verdadera no desconoce ni niega ni aminora ninguno de los dones de Dios: conoce bien la responsabilidad de los talentos recibidos, reconoce los dones naturales y los sobrenaturales, sabe de dónde vienen. Y cuando estos dones, reconocidos por ella y utilizados gracias a ella, dan sus frutos, sabe atribuir esos frutos al Autor de los dones que los producen. El alma humilde ve muy bien que no tiene cosa alguna que no haya recibido, y se guarda bien de jactarse como si no lo hubiese recibido (1 Cor. 4, 7)[476].

La humildad que induce a ignorar o a negar los dones divinos es una cobardía perezosa que conduce a esconder el talento recibido; humildad falsa y adormecedora que sólo es buena para atrofiar las facultades, entorpecer el alma, debilitar su movimiento y disminuir su vida.

Así, naturalmente, el don que es ignorado no es utilizado; no viéndolo, no puedo tampoco ver la responsabilidad que le acompaña, no tengo idea ni de las ventajas que me trae ni de las obligaciones que me impone, y de este modo la semilla santa no es cultivada y no fructifica. Es necesario, pues, reconocer el don de Dios (Juan 4, 10)[477]. ¡Si supiera yo hacerlo!.

Reconocer el don de Dios no quiere decir que haya de ser exhibido al público. Sin duda hay obras que deben hacer brillar nuestra luz ante los hombres, a fin de que nuestro Padre celestial sea glorificado (Mat. 5, 16)[478] y ésas no pueden permanecer ocultas; pero hay otras, como la oración, el ayuno y la limosna, por ejemplo, que el Maestro de corazón manso y humilde recomienda que se hagan en el mayor secreto posible y bajo la mirada de Dios (Mat. 6, 1,19)[479]. Solamente la humildad sabe con sencillez hacer en público lo que debe aparecer y en secreto lo que debe permanecer oculto, teniendo siempre, en uno y otro caso, la mira puesta en glorificar a Dios: como la sinceridad le hace reconocer la nada del hombre, así también la sencillez le ha hecho reconocer los dones de Dios.

38.° Nada para mí.—La humildad, que hace utilizar los talentos recibidos, no los deja nunca detenerse en el goce egoísta e interesado. ¿Es en mí donde debo hacer se fije la vista, la estimación y la alabanza de los demás?—No, dice la humildad. ¿Es en mí donde han de limitarse mis conocimientos, los placeres, las facilidades que me son dadas por las criaturas que me sirven?—No, dice la humildad. ¿Es en mí donde han de fijarse mi vista, mis conocimientos, para gozar de mí en mí? No, repite una vez más la humildad; no, nada debe circunscribirse a mí, a mi interés egoísta, a mi satisfacción. El orgullo no sabe ver más que su interés en todas partes; la humildad ve el interés de Dios por encima de todo, el interés del prójimo más que el suyo propio, y su interés en el de Dios. No quiere reputación sino en la medida que conviene al honor de Dios; en todo lo demás prefiere el desfavor y las privaciones. Toda mira que termina en el hombre le parece pequeña, baja, mezquina y despreciable; no quiere esa postura encorvada del alma que se repliega y se busca a si misma; necesita elevación.

39.° Todo para Dios.—La humildad es la gran ciencia del olvido de sí mismo; es también la gran preparación para el conocimiento de Dios. A medida que yo me veo menos a mí mismo soy más apto para ver más perfectamente a Dios; mi vista, menos encerrada en la bruma del interés personal, se abre más pura a la luz celeste. Cuando mi vista ha sido iluminada de este modo, yo me refiero a mí mismo y refiero conmigo todas las cosas a Dios: veo el fin, veo el camino y veo los medios; echo a andar y llego. Las prácticas de humildad son así los verdaderos instrumentos' que desembarazan la vista de sus propias ilusiones y las que la preparan para el conocimiento de la verdad, condición suprema de la piedad.

CAPÍTULO VIII

LA HUMILDAD

Su grandeza

— 40. Todo y nada.

— 41. La verdadera grandeza.

— 42. La humildad de los santos.

— 43. Humildad, santidad, unidad.

40.° Todo y nada. —Así se perfecciona esta gran virtud sobre la cual descansa todo y por la cual comienza todo; nada para mí, nada según yo, nada por mí: todo para Dios, todo según Dios, todo por Dios. A medida que yo salgo de mí mismo, Dios entra en mí y me transforma en Él; a medida que me despojo de mí mismo, me revisto de Él; a medida que El va siendo más para mí, todo en todas las cosas, yo voy siendo cada vez más nada en todo. Así, mi humildad crecerá en la misma proporción que los dones de Dios. Yo desaparezco para dejar lugar a Dios; es necesario que Él crezca y que yo mengüe (Juan 3, 30)[480], hasta el día en que, siendo completos el desprendimiento y la humildad, no teniendo ya nada mío en mí, siendo todo de Dios y para Dios, sea consumado con El en esa feliz unidad que Jesucristo, en su oración, pidió para mí a su Padre (Juan 17, 23)[481], y que es el coronamiento de la humildad y el fin supremo de toda vida humana.

41.° La verdadera grandeza.—¡Cuán cierto es que la humildad es mi única grandeza, y el orgullo mi única pequeñez!. La humildad transfiere todo el hombre a Dios, y hasta podríamos añadir, todo Dios al hombre. Ella dilata mi pobre corazón humano y lo hace capaz de todos los dones de Dios, ¿qué digo? de Dios mismo; ella me hace participante de la naturaleza divina (2 Pedro 1, 4)[482], como por ella también quiso Dios ser participante de la naturaleza humana: exinanivit semetipsum (Filip, 2, 7)[483].

El orgullo encierra al hombre y lo aísla en sí mismo, cierra su corazón a todo lo que no sea él mismo y aparta los dones que podían engrandecerlo. Tan cierta es esta palabra del Salvador: La humildad exalta, y el orgullo rebaja (Luc. 14, 11)[484].

42.° La humildad de los santos.__ El que no comprende la santidad se pregunta cómo los santos, enriquecidos con todos los dones de Dios y resplandecientes con esas divinas joyas, pueden ser humildes. La verdad es que sólo el santo puede ser perfectamente humilde, y que María, la más grande, la más incomparable de las criaturas, ha sitio la más humilde. ¿Qué es, en efecto, el orgullo, sino vivir por mi y para mí?. ¿Y qué es la humildad, sino vivir por Dios y para Dios?. El orgullo pretende tener todo de sí mismo y lo atribuye todo a sí mismo; la humildad recibe todo de Dios y atribuye todo a Dios; por consiguiente, cuanto más ella recibe, más grande es, pues más puede devolver. Yo tengo poco de los dones de Dios porque mi orgullo me impide recibirlos; creo tener mucho por mí mismo, y no sé ni pedir ni recibir. Además, no sé atribuir y referir a Dios ni aun aquello poco que tengo; guardo una gran parte para mí y lo ordeno a mi satisfacción, y en esto es en lo que yo soy más orgulloso.

Lo propio de la santidad es recibir todo de Dios, nada de sí mismo, y referirlo todo a El sin guardar nada para sí. Aquel que más recibe es el que más devuelve, y véase cómo el mayor santo ha sido, precisamente por eso, el más humilde de los hombres. No tiene nada suyo ni nada para si; todo lo que tiene es de Dios y para Dios. Lo ha recibido todo, ¿cómo podría gloriarse como si no lo hubiera recibido? (1 Cor. 4, 7)[485]. No niega ninguno de los dones de Dios, no desconoce ninguno; sabe lo que ha recibido, sabe la grandeza de los tesoros que hay en él, pero sabe también que no son para su satisfacción egoísta, y teme desviar uno solo de esos dones de su fin propio.

43.º Humildad, santidad, unidad.—La humildad se consuma, pues, en la santidad. ¡La santidad!. He aquí, en resumen, su progresión. Al principio predominan mi satisfacción, mi voluntad y mis medios de acción. Bajo la acción divina que me hace subir los peldaños de la santidad, la gloria de Dios va ocupando el lugar de mi satisfacción y la transforma; mi voluntad se va conformando con la suya; su gracia va reemplazando mis medios de acción y los simplifica en la unidad de su acción. Y este camino de la justicia va remontándose y creciendo como la luz del sol, desde que despunta el alba hasta el día perfecto (Prov. 4, 18)[486], hasta el día de Cristo Jesús (Filip. 1, 6)[487] en, el que no tendré satisfacción sino en su gloria, ni más voluntad que la suya, ni más movimiento que el de su gracia. Él es mi Dios y mi todo[488]. Vivo yo, mas no yo, es Jesús quien vive en mí (Gal. 2, 20)[489]. ¡Oh humildad! ¡Oh santidad! ¡Oh unidad! ¡Qué hermoso es inmolarse así a la gloria de Dios, conformarse con la voluntad de Dios y entregarse a la gracia de Dios!... ¡Qué hermoso es estar así tres veces anonadado y sacrificado a la gloria de Dios, en la voluntad de Dios y por la gracia de Dios!...

LIBRO II

LOSEJERCICIOSDE PIEDAD

Entendida en toda su grandeza la "piedad" es la unidad total de mi vida. Esta palabra encierra esencialmente en sí la doble idea de "unidad" y de "vida". Esta unidad y esta vida han sido hasta aquí el objeto constante de mis meditaciones. Según lo anunciaba en la Introducción[490], mi cuidado en la primera parte no ha sido considerar, urcas tras otras, las diversas disposiciones o hábitos que entran en la constitución de mi ser espiritual; no he considerado en particular ninguna virtud, ni en su materia ni en su práctica. Asimismo, en la segunda parte no he estudiado al pormenor ninguna de las reglas de mi acción, ninguna de las operaciones de Dios. No; mi objetivo aquí no es el análisis de las partes, es la consideración del todo, del todo en su unidad y en su vida. Por esto al contemplar el fin, mis miradas se han

concentrado única y exclusivamente sobre aquella disposición que es la unidad y la vida de todas las disposiciones. Al considerar el camino, sólo he visto la economía general de las leyes y de las operaciones de Dios. ¿Quiere esto decir que, al reservar los esfuerzos de mi vista para el todo, haya negado las partes que no me he dedicado a considerar? El ojo del hombre no es universal; sólo ve bien fijándose, y sólo se fija determinando y aplicando la vista a un solo objeto.

De la misma manera voy ahora a considerar los ejercicios de piedad, no en particular y como al pormenor, sino únicamente según la economía del plan seguido hasta aquí: los veré en su conjunto y en su conexión, y no hablaré de tal o cual ejercicio sino siguiendo las necesidades de la unidad y de la vida. La unidad y la vida en el conjunto de ejercicios: he aquí el objeto preciso de este libro segundo.

No es esto decir que esa consideración del conjunto sea la negación de los métodos y de los consejos del pormenor, tan provechosos y tan admirables como se encuentran en un sinnúmero de excelentes libros espirituales. ¿Desde cuándo la afirmación del todo es la negación de las partes? Si, ciertamente, se dirá y se repetirá : los métodos y prácticas autorizados por la santa Iglesia son dignos de veneración, y ninguno puede ser por sí incompatible con la unidad y la vida que aquí se reconocen y afirman. Y justamente las indicaciones generales que voy a exponer ahora servirán para que yo haga uso con oportunidad de las buenas prácticas, de los buenos métodos y de los buenos consejos, y para asegurar más su eficacia.

Por tanto, "unidad" y "vida": nada se dirá aquí sino dentro del orden de estas dos ideas generales. En este segundo libro, después de un capítulo dedicado a recordar el objeto de los ejercicios, estudiaré los tres defectos que se oponen precisamente a la unidad y a la vida: el fariseísmo, que se opone principalmente a la vida; el aislamiento, que destruye sobre todo la unidad: y la inconstancia, que contraría la una y la otra. Y después de haber visto los defectos que dividen y atrofian, veré el medio que une y vivifica.

CAPÍTULO I

OBJETO DE LOS EJERCICIOS DE PIEDAD

— 1.Doble objeto.

— 2. Medios de formación.

— 3. Mal empleados, son medios de deformación.

— 4. El ansia de Dios.

— 5. Ejercicios del espíritu, del corazón y de los sentidos.

1.º Doble objeto.—Acabo de ver, en el libro precedente, los medios de despojarse de lo humano; hay que estudiar los que hacen revestirse cíe lo divino. Tales son los ejercicios de piedad. Por ejercicios de piedad entiendo todas las prácticas de culto que, poniéndome en relación directa con Dios, son para mí el canal de su gracia y el alimento de mi alma: prácticas

públicas y privadas, obligatorias y voluntarias, oraciones y sacramentos, etc., todo está comprendido en esta denominación genérica de prácticas de piedad.

Tienen respecto a mí una doble función: hay primeramente unas que tienen por objeto preparar mi alma, volverla hacia Dios y establecer en ella las disposiciones necesarias para la entrada de la gracia; hay otras cuya función propia es traerme la gracia, de la cual son como los canales. En este doble sentido las prácticas santas son el alimento de mi alma, pero no porque ellas mismas sean la luz y la fuerza que me dan la vida. Como se dice de San Juan Bautista, no son ellas la luz, pero están para dar testimonio de la luz (Juan 1, 8)[491]; y prestan un doble testimonio, porque me adaptan a lo divino y porque lo introducen en mí. Las prácticas especialmente introductoras de la gracia las estudiaremos en el libro siguiente, al mismo tiempo que la gracia. Aquí voy a ver ahora las prácticas que preparan el alma y forman sus disposiciones y conservan propiamente el nombre de ejercicios de piedad.

2.° Medios de formación.—La disposición fundamental, única, que debe dominar mi vida es la piedad, esto es, el conocimiento, amor y servicio de Dios. Los ejercicios tienen por objeto formar, desarrollar y perfeccionar en mí esta disposición: por esto son llamados ejercicios de piedad, es decir, ejercicios propios para formar la piedad. Son los medios adaptados a esto. Si son los medios, no son el fin; si no son el fin, no son la piedad ; porque la piedad—ya lo he visto en la primera parte[492]—consiste esencialmente en el fin conocido, amado y procurado. Son, pues, los instrumentos de la piedad, los instrumentos destinados a formarla.

Si son medios, no tienen valor sino como medios; por consiguiente, si los empleo con otro objeto, o si los empleo torpemente, pierden su valor. Si no los utilizo al objeto para el cual han sido hechos, lejos de ser un bien para mí serán un mal: sólo son un bien para mí en la medida en que me sirven para alcanzar mi fin supremo. No debo amarlos ni emplearlos, ni por capricho por lo que hace a mí mismo, ni por sistema por lo que hace a ellos mismos, sino con la mira puesta en la gloria de Dios, cuyos instrumentos son para mí.

3.° Mal empleados, son medios de de formación. — Cuando yo hago consistir toda mi piedad en los ejercicios espirituales y me imagino que ellos son la piedad, tomo los medios por el fin y me paro en el camino; fomento con esto mi natural vanidad, mi necesidad de satisfacción, mi sentimentalismo y todas mis pequeñas o grandes pasiones de orgullo y de sensualidad. Loque en último término busco es a mí mismo y mi placer, y si algo busco de Dios es frecuentemente con a mira puesta en mi gusto; Dios viene a ser para mí un medio de satisfacción. El orden es invertido por completo, y lo que practico bajo el nombre de piedad es todo lo contrario a ella. Esto se llama falsa piedad, falsa devoción: falsísimas en verdad, puesto que son precisamente lo más opuesto a la piedad y a la devoción.

Así sostengo mis defectos con aquello mismo que debería destruirlos; hago servir para buscar mi satisfacción personal lo que no debería servir sino para buscar a Dios. ¿De dónde procede este desorden?—Del olvido del fin. Me olvido, en efecto, de que los ejercicios de piedad no son más que medios, no los empleo como instrumentos útiles para mi fin, y desde este momento vienen. a ser pasto de mi orgullo, cosa en extremo deplorable, porque no hay peor orgullo que el que se nutre de alimentos espirituales. Es, pues, para mí de la mayor importancia no ver en los ejercicios de piedad más de lo que son en realidad y no emplearlos sino en la obra a que están destinados, esto es, en la dilatación de mi vida para la gloria de Dios. Deben formar en mi esa disposición única y fundamental que tanto hemos meditado hasta aquí, deben mantenerla, desarrollarla y perfeccionarla. Este es su único objeto.

4.° El ansia de Dios.—Por tanto, mi atención y mis cuidados deben dirigirse, en primer término, sobre esta disposición interior, disposición que viene a ser como una necesidad a la cual el alimento de los ejercicios debe a la vez saciar y excitar. Este apetito, esta necesidad de Dios, este deseo de alimento divino, es el que es preciso vigilar ante todo, porque la verdadera señal de salud espiritual es sentir en su interior el ansia sobrenatural de Dios, del mismo modo que un apetito bueno es el más seguro indicio de salud corporal.

Si siento en mí esta ansia divina, si es esto lo que aplaco con el uso y empleo de los ejercicios, si la siento crecer y fortificarse con este espiritual alimento, ¡ Dios sea bendito!, la salud de mi alma es perfecta, no tengo más que proseguir mi camino: mi apetito, satisfecho y excitado sin cesar por esos mis ejercicios, irá en aumento hasta el día en que no podrá ya ser saciado sino con la aparición de la gloria de Dios (Salmo 16, 15)[493].

Pero es mala señal si disminuye; es preciso despertarlo, excitarlo y aguzarlo a toda costa. Si llega a ser nulo, estoy muerto o ando muy cerca de estarlo, y los alimentos de los ejercicios no me aprovecharán más que lo que aprovecharían a un moribundo o a un cadáver los alimentos o las medicinas; a no ser que, animado del deseo de volver a encontrar esta vida sobrenatural, los emplee sinceramente en la obra de mi resurrección espiritual, porque empleados así tienen hasta el poder de resucitar a los muertos. Yo soy la resurrección y la vida, dice el Salvador ; el que cree en mí, aunque hubiere muerto, volverá a la vida, y todo aquel que vive y cree en mí no morirá jamás (Juan 11, 25 y sg.)[494]. Los ejercicios de piedad participan de este poder de resurrección y de vida que Nuestro Señor les comunica. Cuando se practican bien, pueden devolver la vida a los muertos y conservar los vivos hasta la vida eterna.

5.° Ejercicios del espíritu, del corazón y de los sentidos.—Puesto que la piedad es la obra del espíritu, del corazón y de los sentidos, son necesarios ejercicios adaptados a estas tres clases de facultades y propios para ejercitarlas y dirigirlas a Dios. El espíritu tiene los suyos para formarse en el conocimiento de Dios: tales son, por ejemplo, los sermones, las lecturas, las meditaciones, los exámenes, etc. El corazón tiene los suyos para formarse en el amor de Dios: tales son las exhortaciones, la oración, las obras de abnegación y sacrificio de todas clases. Los sentidos tienen los suyos para formarse en el servicio de Dios: tales son las ceremonias del culto, las devociones, los cantos, etc.

Hay en el arsenal cristiano una variedad infinita de armas y de provisiones para la lucha espiritual; no debo temer que me falten; lo esencial es saber hacer buena elección y buen uso de ellas.

CAPÍTULO II

LA FIDELIDAD FARISAICA

— 6. Fidelidad exterior.

— 7. Las flores del jardín de la Iglesia.

— 8. Mi ramillete.

— 9. Prácticas obligatorias.

— 10. Prácticas de consejo.

— 11. Prácticas potestativas o voluntarias.

6.° Fidelidad exterior.—Si tengo idea bien clara de lo que son los ejercicios de piedad me libraré de tres defectos muy comunes y muy funestos: la fidelidad farisaica, el aislamiento y la inconstancia.

Cuando considero los ejercicios depiedad como si fueran el todo de la piedad, pongo el grado sumo de mi perfección en la fidelidad mecánica a las prácticas exteriores y me encierro en un formulismo estrecho. Grande y santa y hermosa cosa es la fidelidad a mis ejercicios, pero cuando esto lo convierto en el fin mismo de la piedad, no es ya más que una prisión estrecha donde el alma vegeta sin aire, sin expansión y sin vida. Esto viene a ser el fariseísmo, del que con enérgica expresión dejó dicho Jesucristo que filtra un mosquito y se traga un camello (Mat. 23, 24)[495]. Se hace escrúpulo si se falta a algunas prácticas pequeñas, y en cambio sólo se concede una atención muy secundaria al interior; se ignora y se pierde lo que constituye la verdadera vida.

Todo lo que sea el lado exterior y mecánico. de los ejercicios es un accesorio útil, como lo es la disposición y arreglo cíe un banquete. La disposición de las comidas puede variar sin perjudicar a la salud si el apetito es bueno; del mismo modo los métodos, las horas, las fórmulas y las prácticas exteriores pueden variar sin perjudicar a la vida interior, si de veras se tiene hambre de Dios.

7.° Las flores del jardín de la Iglesia. Si empleo los ejercicios en su verdadero objeto me veré libre de prácticas inútiles; en vez de recargarme con un gran número, lo cual resultaría fatigoso, sólo tomaré aquellas que son verdaderamente útiles a mi progreso. Hay en la Iglesia, jardín cerrado del Esposo celestial, una variedad casi infinita de flores, quiero decir de prácticas piadosas que responden a las mil necesidades variadas de las almas. Todas estas flores, cuando verdaderamente pertenecen al jardín del Esposo, esto es, cuando estas prácticas están aprobadas por la Iglesia, son muy hermosas y muy buenas. Emanaciones del Espíritu de Dios, o fructificaciones del alma de la Iglesia, o florescencias embalsamadas del corazón de los santos, esparcen el buen olor de Jesucristo y perfuman las almas de santidad. ¡Oh!.¡Cuán bueno es cogerlas!

8.° Mi ramillete.—Pero no todas convienen a todos. Si existe una variedad tan abundante, es precisamente para satisfacer las necesidades infinitamente variadas de las almas. En esta multitud de flores cada uno puede escoger según sus necesidades y sus gustos, y puede estar seguro de encontrar siempre satisfechos completamente sus deseos. Es necesario elegir, porque querer tomarlo todo sería abrumarse y pretender una cosa imposible; querer rechazarlo todo sería desflorar la piedad. Hay que hacer un ramillete, y cada uno debe componer el suyo. La elección de flores y su colocación depende del estado del alma; porque tal ejercicio puede ser conveniente a uno y no serlo a otro; tal conjunto de ejercicios, que está muy bien concebido para tal estado, sería ridículo para otro estado distinto.

¿Pero cómo hacer este ramillete? ¿Qué flores escogeré? ¿Cómo las dispondré?—Para hacerlo con acierto debo primeramente fijar la mira en el fin supremo y no perderlo de vista, puesto que cada flor sólo tiene utilidad para este fin; en segundo lugar estudiar las necesidades de mi alma, sus flaquezas, sus aptitudes, su estado actual, a fin de hacer la elección y disposición que le son necesarias; en tercer lugar consultar a mi director: sin él haré frecuentemente un ramillete desacertado. Si observo estas tres condiciones estoy seguro de hacer una buena elección de ejercicios, un buen arreglo de vida: mi ramillete de flores espirituales me aprovechará y correré atraído por el olor de sus perfumes (Cánt. I, 3)[496].

9.° Prácticasobligatorias.—Pero en mi ramillete no todas las flores tendrán la misma importancia; hay unas que tienen más brillo y perfume que otras. En los ejercicios unos son más importantes que otros: así hay unos que son obligatorios, otros que son de consejo y otros que son enteramente voluntarios. Los que son obligatorios, como los sacramentos, la misa y la oración en el tiempo fijado por precepto para los fieles, la misa y el oficio para el sacerdote, los puntos esenciales de la regla para el religioso, éstos deben ser antepuestos a todo; para éstos fidelidad absoluta y amor invariable. A éstos debo aficionarme con todas las potencias de mi alma ; me están impuestos; son, por tanto, el alimento necesario de mi piedad : sin este alimento caería de inanición y no podría avanzar en el camino que he de recorrer. Nada debe ser preferido en mi estimación tanto como estos ejercicios, los cuales deben ocupar el lugar esencial en la distribución del día. Si soy sacerdote, la misa y el oficio deben ser el objeto de mis cuidados más asiduos; en ambas cosas debo buscar mi alimento principal; mi oración, sobre todo, debe procurar nutrirse con los ricos manjares que la Iglesia ha preparado allí para sus sacerdotes ; porque la oración del sacerdote difícilmente tendrá su forma y valor sacerdotales si no toma estas dos cosas, sobre todo en la misa y en el oficio.

10.° Prácticas de consejo. — En las prácticas que son de consejo, como los puntos ordinarios de la regla para el religioso, la meditación, las lecturas piadosas, las devociones fundamentales, etc., debo procurar también ser fiel a ellas en cuanto lo permita la flaqueza de mi naturaleza. Después de los ejercicios de obligación nada debo amar tanto como las prácticas que son de consejo, procurando no entretenerme en prácticas, de mi elección con perjuicio de ellas, pues sé que son muy ricas también para el sustento de mi alma.

11.° Prácticas potestativas o voluntarias.—En el banquete espiritual los ejercicios de obligación son los manjares fuertes, las prácticas de consejo son los platos ligeros; por último vienen los entremeses, que son las prácticas completamente voluntarias o libres. Algunas pueden ser convenientes, pero es necesario que sean pocas y bien elegidas. Estas pequeñeces no deben abundar en un banquete formal: el que sólo se nutre de bagatelas revela que tiene alterada su salud. Sólo tomaré, pues, prácticas voluntarias en cuanto esto pueda serme conveniente para sostener y alentar mi fidelidad a las prácticas más serias.

Además, en todo aquello que es de libre elección debo saber conservar bastante libertad para no sujetarme irrevocablemente a cosa alguna, porque, variando las necesidades del alma a medida que ésta va haciendo sus progresos en la virtud, las prácticas que sean útiles en un momento dado pueden ser perjudiciales más adelante, y por el contrario, prácticas que no son convenientes al principio se hacen necesarias después.

CAPÍTULOIII

EL AISLAMIENTO

Efectos generales

— 12. Definición.

— 13. Los cajoncitos.

— 14. De mala gana.

— 15. La esterilidad.

12.° Definición.—El segundo defecto, el que rompe sobre todo la unidad, es el aislamiento. Llamo así a la costumbre de dividir el día en partes sin ilación, truncadas, aisladas, dedicadas separadamente cada una de ellas a una ocupación distinta, sin que haya entre ellas correspondencia ni influencia ni lazo de unión vital. No se trata aquí de la santa, provechosa y necesaria costumbre de una reglamentación armónica y viva de la vida, que fije a cada ocupación su lugar y su momento, según las exigencias del deber y de los acontecimientos: la regularidad es una grande e indispensable cualidad; el que quiere vivir para Dios debe vivir con regla. Ya hemos visto antes la necesidad de que cada cual se conforme a las reglas de su estado[497]. Esta necesidad se ha recordado de nuevo en el capítulo anterior.

Pero en ninguna parte son sinónimas estas dos palabras: regularidad y aislamiento; pretender esto sería tanto como pretender que la salud y la enfermedad son sinónimas. El aislamiento es, en efecto, la dolencia y la muerte de la regularidad. Aislar, amojonar, cerrar, todo esto significa detener la circulación de la vida, establecer una separación mortal que hace el efecto de una ligadura o de una amputación en un miembro del cuerpo. Es necesario desembarazar la regularidad del aislamiento, a fin de devolverle su libertad y su fecundidad.

13.° Los cajoncitos. — Triste enfermedad, en verdad, este aislamiento, verdadera disección anatómica. Esta perversión materialista de la regularidad, esta reglamentación mecánica, hace cíe la vida un mueble con varios compartimientos. A tal hora abro uno de ellos, es el de la meditación: media hora y lo cierro; ya he concluido por hoy. Llega otra hora y abro otro, es el del rezo: tres cuartos de hora y vuelvo a cerrarlo. Y así hago con los demás ejercicios y ocupaciones: cada uno de ellos tiene su cajón correspondiente. Los ejercicios de piedad están de esta suerte aislados en aquella parte del día a ellos dedicada, y, separados así del curso de la vida, no tienen sobre el alma más que la influencia del momento que a ellos dedico, y esto... ¡si es que la tienen!... El conjunto de mi vida resulta descosido y sin unidad.

El pensamiento de Dios está encerrado en esos compartimientos de ejercicios y no sale apenas sino en los intervalos fijados, en la hora consabida. Si algunas veces aparece no es como un hábito del alma, es como un acto transitorio; es un recuerdo de la memoria o una chispa de la imaginación, y no un principio de vida; no compenetra mi ser, no inspira mis pensamientos, no forma mi amor, no dirige mis acciones; debería ser la vida de mi vida y no es más que un accidente; debería unificar mi alma, unificar mis acciones, mis afectos y mis ideas, unificar mi vida entera y hacer de ella un todo compacto y coherente ; pero vivo muy lejos y apartado de ese pensamiento, y de esta suerte mi vida como mis ejercicios no tienen unidad, son una

sucesión, sólo materialmente ordenada, de pormenores, pero en lucha frecuentemente entre sí mismos.

14.° De mala gana. — Por eso practico mal estos ejercicios. No dando ellos la debida dirección a mi vida y no siendo el alma de ella, resultan para mí una carga pesada, disuenan mucho en el conjunto de mis ocupaciones y de mis preocupaciones, y mi alma, viéndose obligada a violentarse para detener el curso de sus habituales disposiciones y forzada a elevarse hasta los sentimientos requeridos para esos ejercicios, tiene prisa por desembarazarse y verse libre de esta violencia que sufre, y por concluirlos cuanto antes. Resultan para mí una labor penosa que comienzo con disgusto, que despacho de prisa y corriendo, como quien no tiene más deseo que echar de sí una carga que le abruma, y procura eximirse de ella cuando le es posible. Por esto sucumbo a la precipitación y a la repugnancia, resultado muy natural, dada esta triste manera de aislar los ejercicios de piedad; y si no siempre llego hasta ese extremo, sin embargo mis ejercicios no tienen expansión alguna; no les concedo sino el tiempo justamente necesario, y por esta causa no progresolo más mínimo.

15.° La esterilidad. — Aislando mis ejercicios los esterilizo y los anulo. "La religión verdadera y viva", dice Solowjew, "no es una especialidad, no es un incidente de la vida, no es un estado separado ni un rincón apartado en la existencia humana. Revelación directa de lo absoluto, la religión no puede ser una de tantas cosas: o es todo, o nada."[498]. Esto que dice Solowjew de la religión digo yo también de los ejercicios de piedad, que son su aplicación a la vida práctica. Si no son todo en mi vida, si no la penetran en su conjunto nada son.

Y siento bien tristemente la verdad de esto. ¿Por qué mis ejercicios se arrastran penosamente como si fuesen unos moribundos?. Porque no siendo ellos todo en mi vida, no siendo más que un rincón apartado en ella, no son nada: son como unos moribundos que están siempre a punto de dar el último suspiro y en los cuales me cuesta gran trabajo mantener un soplo de vida. Todo los mata, y ellos mismos entre sí se matan los unos a los otros, porque descosidos, independientes y aislados unos de otros, chocan con todo y chocan entre sí. Todos estos choques son mortales. Más adelante veré cómo pueden evitarse y cómo los ejercicios pueden llegar a vivir una vida robusta volviendo a ser el todo de mi vida.

CAPITULO IV

EL AISLAMIENTO

Efectos particulares

— 16. La meditación aislada.

— 17. La oración de los antiguos.

— 18. La meditación viva.

— 19. Las distracciones.

— 20. La unidad del trabajo y de la oración.

— 21. Los salmos.

16.°La meditación aislada.—En ninguna parte es tan funesta la invasión de este formulismo aislador como en la meditación. Los santos ponderan de un modo extraordinario este ejercicio de la meditación y lo aconsejan con grandes instancias. Y a fin de que las almas se formen en él, los maestros espirituales les recomiendan que se dediquen todos los días a tener, por lo menos, media hora de meditación. Excelente consejo cuyos frutos son incomparables en aquellas personas que saben practicarlo de una manera viva. Pero aquí se introduce este defecto que todo lo paraliza. El aislamiento viene a encerrar la meditación en esta media hora de rutina ; se hace este ejercicio para darse a sí mismo testimonio de que se ha hecho; se guardará en él, más o menos completo, el tiempo de reglamento; y esto es todo. Después que hemos invertido el tiempo convenido y la reputamos ya como hecha y acabada, no volvemos a acordarnos de ella y no tiene apenas comunicación práctica alguna, o tiene muy poca, con las ocupaciones del resto del día: nos imaginamos que este pequeño ejercicio, demasiado exterior y muy inferior, constituye algo así como toda la oración, y no sabemos apenas lo que es la "vida de oración".

Encerrando y aislando de esta manera la meditación se ha llegado a matar la contemplación. Hoy no hay apenas, verdaderamente contemplativas, más que algunas almas de sincera y sencilla rectitud que, quizá sin haber sabido jamás meditar mucho en forma, han buscado a Dios en la sencillez de su corazón, se han conservado con humilde fidelidad bajo la dirección del Espíritu Santo, y la acción íntima y viva del Espíritu de vida las ha llevado a conversar con Dios, sin esfuerzo y como por una efusión natural de su ser.

17.° La oración de los antiguos.—En otro tiempo, según lo acreditan las reglas de las órdenes antiguas[499],los fieles eran menos formulistas y menos exclusivistas, cuidaban más de la unidad de los ejercicios y de la circulación de la vida en todos los actos de piedad. En primer lugar, se rezaba el oficio canónico en las respectivas horas del día: era éste un punto importante de la devoción, aun para los seglares piadosos. Como devoción privada se rezaban los salmos, y seguramente con más gusto y con más inteligencia del texto sagrado que lo que hoy se hace comúnmente. Se tomaba parte en las funciones litúrgicas de una manera efectiva, pues las ceremonias estaban lejos de ser letra muerta como lo son hoy para un gran número de almas. Y en este rezo, frecuentemente repetido en el curso del día, y en esta participación en las funciones santas, el alma entraba sencillamente en contacto con Dios, vivía en comunicación con Él y allí percibía el jugo con que alimentar su oración en sus horas de tiempo libre y en sus horas de ocupación profesional.

La regularidad viva y substancial de esta alimentación, sana y conforme a la liturgia, establecía una gran corriente cíe unidad; las ideas, los sentimientos y las acciones se nutrían de una misma substancia, se transformaban y se elevaban: por aquí es por donde el alma iba a Dios. ¿Qué son, en efecto, las prescripciones exteriores del culto, sino el canal regulador de la oración? Cuando el alma se constituye en esta corriente litúrgica, en la que por una parte bebe en la primera fuente de las enseñanzas y de los sentimientos divinos, y por otra parte está sumisa a los toques del Espíritu que enseña a orar, ¿cómo no ha de ir a Dios?. De hecho, las almas fieles a esta conducta iban a Él. Las disposiciones interiores. fluyendo de este frecuente trato divino, llegaban a ser las disposiciones habituales, prácticamente dominantes y eficazmente directoras de la vida: el alma vivía de ellas, la vida se transformaba progresivamente en un estado de meditación permanente, y por fin llegaba a la contemplación.

18.° La meditación viva.—Si la media hora de meditación que hoy está en las costumbres de toda alma un poco cuidadosa de su progreso espiritual no se aislase tanto en una concepción con frecuencia demasiado formulista; si en vez de ser una pieza suelta como otra cualquiera, y yuxtapuesta a las demás en el curso de la jornada, tendiese a ser ,como el resumen, el alma y el corazón de todo el día; si la sangre de los otros ejercicios y actos diarios viniese a vivificarse aquí; si en vez de hacerla brotar tan exclusivamente de un método, a veces muy convencional, y de libros superficiales, procurásemos hacerla provenir de las entrañas del alma y de la vida ordinaria; si ella fuera la que pusiese en acción el oficio, la misa, las oraciones, los incidentes y todas las ocupaciones del día y de la vida, llevando y dirigiendo todo esto a Dios; si por ella aprendiésemos a leer en nuestra vida la acción de Dios sobre cada uno de nosotros, a verle en sus relaciones vivas con nuestra alma; si, en fin, no encerrásemos tanto la meditación dentro de los límites de esa media hora, y tendiera a invadir las restantes horas del día, criando en el corazón como una necesidad de volver a sumergirse, de vez en cuando, algunos instantes en plática fervorosa con Dios, entonces sería más poderosa y fácil; nos costaría mucho menos y nos aprovecharía mucho más. El aislamiento lo mata todo, pero a ninguna cosa perjudica tanto como a la meditación.

19.° Las distracciones.—Elaislamiento es lo que mantiene las distracciones. El hábito que tengo de no pensar apenas más que en mí mismo mientras estoy entregado a mis ocupaciones; de obrar en mis asuntos por mí mismo, sin contar con Dios y sin darle apenas intervención en mi vida, o mejor dicho, sin ponerlo en la cima de todo, pues éste es su lugar; este hábito, digo, me conduce a una idea errónea, cual es la de que en la oración no debo pensar sino únicamente en Dios. Así hago en mí mismo como dos partes distintas: una con la cual quisiera vivir en el cielo, todo en Dios, y otra con la cual quiero vivir en la tierra, todo para mí, y me jacto o al menos pretendo que mi alma pase de un punto a otro, de manera que cuando está en un lado pierda el recuerdo del otro. Reconozco que cuando estoy entregado a mis ocupaciones pierdo muy fácilmente el recuerdo de Dios, y es porque mis asuntos ocupan el lugar de preferencia en mi vida.

Pero cuando estoy en la oración... ¿lo estoy alguna vez, Dios mío?..., las distracciones no cesan..., me asaltan..., me abruman.., continuamente mi espíritu vuelve a caer en ellas, y, a pesar de mis esfuerzos, no logro unirme íntimamente con Dios[500]. Es que, en efecto, lo que pretendo es cosa e ostra naturaleza. El alma no cambia de hábitos con la misma facilidad que el cuerpo cambia de trajes: si no hubiera más dificultad que la que hay para cambiarse el traje de trabajo por el traje de los días de fiesta, la oración sería cosa fácil; boro felizmente no sucede esto en el alma: los hábitos son permanentes y el alma los lleva a todas partes consigo. Si yo tengo la costumbre de pensar en mí sin pensar en Dios; de pensar en mi trabajo, en mis asuntos y en todas las demás cosas y afanes de la vida sin acordarme de Dios, llevaré esta costumbre a la oración y el único remedio para no llevarla es cambiarla.

20.° La unidaddel trabajo y de la oración.— ¿Pero cómo cambiarla?—Unificando mi vida, suprimiendo esa necia división en compartimientos que rompe todo y echa a perder todo. Ciertamente, mi vida necesita un reglamento como el árbol necesita la corteza y como mi alma necesita un cuerpo: el reglamento es la corteza, es el cuerpo. Pero si es preciso una corteza para el árbol y un cuerpo a mi alma, también es necesario que haya savia para la corteza y que

haya un alma para el cuerpo: es necesario, pues, un espíritu que informe y anime al reglamento de mi vida. ¿Cuál es este espíritu que debe circular por todo, animando todas las partes del cuerpo?—No tengo más que recordar el gran principio: Todo en mi vida debe ser dirigido y encaminado a la gloria de Dios. Yo debería, por tanto, acostumbrarme a ver y a consultar a Dios lo mismo en mi trabajo que en mis ejercicios de piedad; a tratar mis asuntos con Él lo mismo cuando me ocupo en ellos que cuando estoy orando; a vivir con Él, tanto en el trabajo como en la oración.

La verdadera religión consiste en mi unión con Dios: debo vivir con Él, por Él y en Él. Mi trabajo no debe ser más humano que mi oración, ni mi oración debe ser más divina que mi trabajo. Debo trabajar con Dios, así como hablo con Él; esperar de Él la dirección de mi trabajo del mismo modo que espero la inspiración de mi oración; en mis ocupaciones mirarle como en la oración, y en mi oración hablarle de mis ocupaciones.

21.° Los salmos.—Cuando reflexiono en esos salmos que la Iglesia pone todos los días en boca de sus sacerdotes, como la forma más perfecta de sus pláticas con Dios, me llama la atención esto: David sucesivamente, casi sin transición y mezclándolo todo admirablemente, se ocupa de la gloria de Dios y de sus intereses personales, canta las alabanzas de su Dios y lanza los gritos de su miseria. Todo esto se mezcla, se interrumpe, se enlaza y no forma más que una sola oración: el alma sube de la tierra al cielo, vuelve del cielo a la tierra y siempre habla a Dios. En medio de los más sublimes transportes de amor y de alabanza, el Profeta mezcla el relato de sus miserias, de sus angustias y de sus peligros, y no estima que una cosa sea menos digna que la otra de los oídos de Dios. Esta es la oración del Profeta; en ella se siente que su conducta era en todo semejante; de esta manera Dios y él eran uno solo, los intereses del hombre estaban unidos a los intereses de Dios, su vida era una.

¿Por qué la Iglesia me hace rezar esos salmos todos los días, si no es para decirme: he ahí tu modelo, unifica así tu vida y tu oración?. ¡Si al fin yo supiera hacerlo!... ¡Si yo supiera estar con Dios lo mismo en mi trabajo que en mi oración!... Si yo supiera tratar todo con Él, confiarle todo a Él, darle la dirección de todo, entonces vería todas las cosas en la luz de Dios, y las cosas vistas en esa luz no me causarían distracciones porque no me desviarían de Dios. Así mis acciones y mis oraciones constituirían una misma y única corriente, un mismo y único estado sobrenatural; esto sería la piedad, la verdadera piedad. Fiat! Fiat!...

CAPÍTULO V

LA INCONSTANCIA

— 22. Inconstancia de mis caprichos.

— 23. De mis procedimientos demasiado exteriores.

— 24. De mi debilidad.

—25.Remedio: sinceridad yconfianza.

22.° Inconstanciade mis caprichos.—El tercer defecto es la inconstancia. Si en mis ejercicios busco mi satisfacción es bastante común que varíen según la variedad de mis caprichos: un día seré fiel porque encuentro gusto en ellos; al día siguiente seré negligente porque la cosa se me hace penosa; si siento consuelo se apodera de mí el entusiasmo; si por el contrario estoy árido y seco lo abandono todo: soy como una veleta que da vueltas según el viento que reina. La división de mi espíritu entre el deber y el placer me hace ser inconstante en todos mis caminos (Santiago 1, 8)[501].

Y también me acontecerá que andaré mariposeando, pasando de un ejercicio a otro, desflorándolos todos sucesivamente sin detenerme con fijeza en ninguno. Siguiendo la comparación de San Francisco de Sales, imitaré a las avispas que, imponiéndose a sí mismas una perpetua inquietud y un apresuramiento inútil, van por todas partes chupando y huroneando y se encuentran al fin sin tener dónde cobijarse, sin provisiones y sin vida[502].Si por el contrario, busco en las flores de mis ejercicios la miel de la verdadera devoción, "imito a las abejas, que no salen de su colmena si no es para libar las flores con que han de fabricar la miel, se asocian para fabricarla, no tienen prisa si no es para esto; este su apresuramiento es ordenado, y no hacen en sus casas y celdas sino la labor olorosa de la miel y de la cera; su vista, su olfato y su gusto no tienen otro objeto en qué fijarse más que en la belleza, en el perfume y en la dulzura de las flores ordenadas para su propósito; y, fuera de la bondad de su obra, tienen un retiro muy amable, provisiones agradables y vida muy alegre con lo que acumulan con su trabajo"[503].

¡Oh! Si yo supiera descansar sobre las flores ordenadas para mis designios, y buscar únicamente con qué hacer una vida en que se fabricase lamiel de la gloria divina y la cera de mi santificación, tendría también un retiro muy amable en mi alma, provisiones agradables y vida contentisima.

23.° De mis procedimientos demasiado exteriores.—Cuando yo me conduzco en los ejercicios espirituales a la manera de las avispas, sin buscar en ellos la miel de la gloria divina, basta frecuentemente bien poca cosa para interrumpir mi trabajo.En efecto, como yo no estoy adherido a estos ejercicios sino por el lado exterior, una interrupción, una infidelidad, rompen la cadena de unión y nada me queda: así sucede que me desaliento pronto, soy fácilmente desconcertado, mi vida espiritual está frecuentemente en ruina. Si por el contrario pongo la mira sobre todo en el interior, llegando a ser esto un hábito, entonces el hábito no desaparece por uno o muchos actos; a pesar de algunas negligencias o infidelidades exteriores siento que mantengo siempre la cadena, no se interrumpe nada de lo esencial y no me desaliento. Tengo entonces mayor fijeza en todos mis actos; mis infidelidades podrán retardar algo la marcha, pero no me arrojan fuera del camino.

24.° De mi debilidad.—He aquí, pues, dos causas de inconstancia: los caprichos de mi satisfacción y las decepciones de mis procedimientos demasiado exteriores. Hay además una tercera, que es mi debilidad; debilidad de mis hábitos, debilidad de mi naturaleza. He dejado que se vicien mis facultades adquiriendo malos hábitos, y en estos extravíos he perdido parte de mis fuerzas: las malas tendencias me imponen una tiranía pesadísima que nunca me abruma tanto como cuando quiero desembarazarme de ella.

Por otra parte, ¡mi naturaleza es tan débil por sí misma, y los estragos del pecado original han menoscabado de tal suerte mis potencias y debilitado su energía, y han depositado en mí

tantos gérmenes de desorganización y de muerte!. ¿Será preciso añadir que las fascinaciones tentadoras son numerosísimas y apremiantes?.

Por todas estas causas soy débil, y porque soy débil soy inconstante. "Siento que en mí, es decir, en mi carne nada bueno hay. Pues aunque hallo en mí la voluntad para hacer el bien, no hallo cómo cumplirlo. Por cuanto no hago el bien que quiero; antes bien hago el mal que no quiero. Y si hago lo que no quiero, ya no lo obro yo, sino el pecado que mora en mí. Y así es que cuando yo quiero hacer el bien encuentro la ley del mal incrustada en mí. Me complazco en la ley de Dios según el hombre interior, mas veo otra ley en mis miembros, que resiste a la ley de mi espíritu y me sojuzga a la ley del pecado que está en los miembros de mi cuerpo. ¡Desventurado de mí!. ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte?—La gracia de Dios por Jesucristo Señor nuestro." (Rom. 7, I8—25)[504].

25.° Remedio: sinceridad y confianza.—Esta debilidad de mi miseria se hace sentir y produce la inconstancia en la economía entera de mi vida, y especialmente en el empleo de los remedios que se llaman los ejercicios de piedad. ¿Cómo curarla?. ¿Por la fidelidad a mis ejercicios?. Pero precisamente esto es suponer hecho lo que hay que hacer: si puedo ser fiel a mis ejercicios puedo serlo también a los demás deberes; si la in

constancia no, alcanza a mis ejercicios es que está ya curada.

San Pablo indica un remedio único, la gracia de Dios por Jesucristo. ¿Qué quiere decir la gracia de Dios?— Quiere decir que debo esperar mi fuerza de Dios únicamente; esperarla con sinceridad y con paciencia. Con sinceridad en primer lugar, con esa plena sinceridad de fe que sabe confiar en Dios sin dudas ni vacilaciones (Santiago 1, 6)[505]. Con paciencia además, porque si no basta un día para pasar de la debilidad de la infancia a la madurez de la edad viril, tampoco las enfermedades del alma desaparecen de repente, en un momento de sinceridad: toda obra vital se realiza por una progresión lenta y proporcionada. Puedo ser profundamente sincero con Dios, y sin embargo arrastrarme todavía con pesadas languideces y ser traído al retortero con humillantes inconstancias: la debilidad no quita nada a la sinceridad: tengo suma necesidad de recordar esto a fin de no desalentarme ni desmayar. Cualesquiera, pues, que fueren mi debilidad y mi inconstancia, sólo tengo necesidad de sinceridad para abrir en mí las vías a la gracia ; y entrando la gracia, ella fortificará mi debilidad y corregirá mi inconstancia: ni debilidad alguna ni inconstancia de ningún género deben desalentar a la sinceridad. ¡Ah!. Si yo fuese bastante humilde para mantenerme en la sinceridad de la verdadera contrición, no estaría mucho tiempo gimiendo sobre mi inconstancia, y la eficacia de una regularidad prudente, sobria, firme y viva se afirmaría y se manifestaría no solamente en mis ejercicios sino también en mi vida entera.

CAPITULO VI

EL EXAMEN DE CONCIENCIA

— 26. Los ejercicios deben estar unidos.

— 27. El examen es el ejercicio lazo y director.

— 28. El medio para la unidad.

— 29. Testimonio de los santos.

— 30. Los actos son transitorios.

— 31. Los hábitos son las cuerdas que es necesario pulsar.

26.° Los ejercicios deben estar unidos.—He visto los defectos; voy a ver ahora el medio de conseguir la unidad. Mi alma es substancialmente una; una y toda entera en el cuerpo, una y toda entera en cada una de las partes del cuerpo. Está en todas ellas sin extensión, y obra en taco el cuerpo sin división en su substancia. Una en su substancia, debe llegar a ser una en la acción de sus potencias: es el objeto de su vida y el término de su movimiento. Los ejercicios espirituales, que son el sustento de esta vida y el medio de este movimiento, deben conducirla a esta unidad; deben establecer la grande y única disposición, que es la busca única de lo único necesario; deben unir todas sus fuerzas, dirigiéndolas a la gloria de Dios; deben destruir la multiplicidad y la división que existen siempre cuando se pierde de vista el fin, que es lo que verdaderamente lo une todo.

¿Pero cómo podrán los ejercicios espirituales producir la unidad, si ellos mismos no están unidos?. ¿Cómo destruir la multiplicidad y la división, si la multiplicidad y la incoherencia los tienen a ellos divididos?. Esa multiplicidad no crea la unidad ni la división hace la unión; es de rigor, por consiguiente, que estén unidos entre sí, les es necesario un centro y un lazo común, es de toda necesidad que sean dirigidos a su verdadero objeto; de no ser así, en vez de ser medios serán obstáculos. Por esto es necesario que haya un ejercicio director y regulador.

27.° El examen es el ejercicio lazo y director.— Cuál es este ejercicio, a la vez central y director?. ¿Cuál es, en la múltiple variedad de prácticas piadosas, aquella de la cual dependen las otras y de la cual reciben su dirección y su unión?—Un carácter distintivo me la dará a conocer: el ejercicio director debe ser aquel en el cual pueda deslizarse menos el mal general, que no es otro sino el buscarse a sí mismo. Y es más: no puede ser ejercicio director, de una manera completa y segura, sino aquel en el cual este mal esté absolutamente excluido por la naturaleza misma del ejercicio. Si, en efecto, pudiera deslizarse en él algo de este mal de buscarme a mí mismo, sería yo lanzado fuera del camino y alejado de mi fin por el ejercicio mismo destinado a llevarme a él. Pero ¿acaso hay algún ejercicio en el cual no pueda yo alimentar mi vana satisfacción?. En la oración, en la meditación, en la misa, en la comunión, etc., puedo fácilmente buscar, por interés humano, las dulzuras y los consuelos: ninguno de éstos, por consiguiente, es el ejercicio director. Pero ¿qué satisfacción podré yo encontrar en el examen de conciencia?...

Por otra parte, siendo el objeto de los ejercicios conducirme a Dios, la primera condición es que yo vea dónde estoy, adónde marcho, qué dirección llevo, qué obstáculos y peligros encuentro, qué medios me son necesarios para vencerlos ; sin esto es imposible avanzar con seguridad. Pues bien, todo esto me lo dice el examen. El examen es, por tanto, el ejercicio central y regulador.

28.° El medio para la unidad.—Voy, por consiguiente, a ver aquí cómo el examen es el medio que realiza la unidad de los ejercicios, y por la unidad de los ejercicios la unidad de la piedad. Es necesario, aquí sobre todo, no dejarme dominar por una idea de método particular y nuevo.

El objeto de estas reflexiones no es un método ni una particularidad ni una novedad; el objeto es la unidad que hay que procurar.

Que para hacer el examen yo siga el orden de los mandamientos, o el orden de mis deberes para con Dios, para con el prójimo y para conmigo mismo; que yo haga tales o cuales actos, consideraciones o reflexiones; que lo comience y lo concluya con tales oraciones, invocaciones o actos de gracias, etc., etc., todas éstas son particularidades de aplicación que encuentro muy variadas y muy bien indicadas en muchos libros excelentes; de todos esos métodos y de todos esos consejos soy libre para escoger y seguir lo que verdaderamente responda mejor a las necesidades de mi alma.

Aquí sólo voy a considerar un aspecto más generaldel examen, que es su influencia sobre la unidad de los ejercicios. El modo particular de hacerlo puede variar, pero lo que no debe variar

es la influencia unificadora. Y voy a dedicarme a ver la manera de mantener esta influencia por encima y en beneficio de todos los procedimientos particulares,

29.° Testimonio de los santos.—Los santos reconocen que el examen tiene una importancia soberana en la dirección y en la concentración de la vida. Éste es el pensamiento de San Ignacio, quien durante mucho tiempo no empleó en la dirección espiritual de sus compañeros más que el ejercicio del examen y el uso frecuente de los sacramentos. En las constituciones de su orden se da tal importancia al examen que no se dispensa nunca de él; la enfermedad u otras necesidades graves pueden eximir de la oración y de los otros ejercicios; del examen, jamás. La razón natural había ya demostrado a Pitágoras la importancia del examen, y lo recomendaba a sus discípulos como el verdadero medio de adquirir la sabiduría. San Juan Crisóstomo lo tenía en tanta estima que aseguraba que si durante un mes solamente lo hiciésemos bien nos constituiríamos en un perfecto hábito de virtud[506].San Basilio, en sus constituciones, dice que ante todo, para preservarse del mal y hacer algún progreso en el bien, es necesario poner este ejercicio como un centinela, a la cabeza de todos nuestros pensamientos, a fin de que el ojo de este centinela los modere y los dirija[507]. Todos los santos doctores están de acuerdo en atribuir al examen esta importancia capital.

30.° Los actos son transitorios.—Pero hay que saber hacerlo. Frecuentemente, por fijarnos demasiado en pormenores nimios, nos tomamos mucho trabajo y adelantamos muy poco; y así nos desanimamos fácilmente y llegamos a descuidar y tal vez a abandonar este ejercicio, importantísimo entre todos los demás. Si quiero llegar a hacerlo bien y darle su verdadera utilidad directora y unificadora, es conveniente recordar algunos principios teológicos.

La teología, de acuerdo con la filosofía, me enseña que por su naturaleza el acto es transitorio y el hábito permanente; el acto pasa, la costumbre queda. Si se trata de faltas veniales sé que en el estado de gracia son borradas por un acto de virtud sobrenatural que a ellas siga. Estos actos no dejan, por tanto, huellas en un alma que en el curso del día hace necesariamente un número bastante de actos sobrenaturalmente buenos, puesto que la supongo en estado de gracia. ¿Qué utilidad puede haber, pues, en volver en el examen sobre actos de los cuales nada queda?. ¿Qué conocimiento de mi alma podrá darme la revisión de todos esos detalles?. La Iglesia me enseña que no estoy obligado a confesar esas faltas; ¿por qué, pues, ocuparme detenidamente de ellas, convirtiéndolas en lo fundamental de mi examen?.

Esto se aplica a los actos completamente transitorios que no tienen ningún enlace íntimo y esencial con un hábito interior. Porque respecto a aquellos que dependen de un hábito, no

pueden ser borrados sino por un acto que venga a interrumpir el hábito y a interceptar la influencia ejercida por la costumbre sobre el acto. Luego veré la manera de examinarlos.

Si se trata de faltas mortales, el acto no es ya borrado por una virtud cualquiera; sólo la caridad perfecta tiene este poder ; el pecado queda borrado por ella. Sin duda este acto, aun borrado por la caridad, debe ser sometido al poder de las llaves; es necesario, por consiguiente, examinarlo. Pero las faltas mortales no abundan, gracias a Dios, en un alma que piensa en su perfección, y su huella es bastante marcada para no ofrecer dificultad alguna al examen.

31.° Los hábitos son las cuerdas que es necesario pulsar.—El mero conocimiento de los actos no me llevará nunca al conocimiento cabal de mi alma; jamás por ellos solos llegaré a hacer un verdadero examen de "conciencia", en el sentido profundo de esta palabra. Su conocimiento puede servirme, es verdad, y es a veces hasta necesario pero es preciso penetrar más hondo. La conciencia es lo que hay de más íntimo y más secreto en mi; es el santuario del templo. Si verdaderamente quiero hacer el examen de mi conciencia es necesario penetrar en este secreto interior, es preciso visitar este santuario. Y lo que mora en este santuario son los hábitos, las disposiciones del alma: cuando yo los conozca conoceré el estado de mi alma, de otra manera no. Aquí es donde es necesario que lleve las investigaciones de s u examen todo aquel que quiera adelantar en a vida espiritual.

"Espreciso", dice San Francisco de Sales, "reducir el examen a averiguar cuales son nuestras pasiones, porque el examen de los pecados pertenece a la confesión de los que no cuidan de su aprovechamiento. ¿Qué afectos ocupan nuestro corazón, qué pasiones le dominan y hacia qué parte se ha desviado más?. Pues por las pasiones del alma se reconoce el propio estado, examinándolas una a una. Y así como el que ha de tocar la citara va pulsando todas las cuerdas y templa las que están destempladas, estirándolas e aflojándolas, así también, después de haber tanteado el amor o el odio, el deseo, el temor, la esperanza, la tristeza y la alegría de nuestra alma, si las encontramos destempladas para el tono que queremos tocar, que es la gloria de Dios, podemos afiliarlas con su divina gracia y el consejo de nuestro padre espiritual."[508]

Lo importante, en efecto, es que las cuerdas de mi corazón estén acordes para lo que yo quiero tocar, que es la gloria de Dios, y el examen tiene por fin esencial mostrarme si esas cuerdas suenan bien en ese tono. Ahora bien; las cuerdas de mi corazón son mis disposiciones interiores; éstas son las que hay que pulsar para saber qué sonido tienen. ¿Cantan la gloria de Dios, o cantan mi satisfacción?. Cuando yo conozca su sonido, entonces es cuando habré hecho verdaderamente mi examen de conciencia.

CAPÍTULO VII

EL GOLPE DE VISTA

— 32. Su facilidad.

— 33. Su objeto.

— 34. Es la substancia del examen de conciencia.

— 35. La llave.

32.° Su facilidad.—Pero ¿cómo llegaré a hacerme cargo de este estado verdadero de mi alma?. ¿Cómo tomaré lo que podríamos llamar la fisonomía de mi corazón?. En un momento cualquiera, cuando quiero saber dónde estoy, cuál es el estado de mi alma, qué impresión domina en mi interior, me pregunto sencillamente: "¿Dónde está mi corazón?". Con esta pregunta trato únicamente de conocer cuál es la disposición dominante de mi corazón, la que le inspira, la que dirige, la que, por decirlo así, le tiene en sus manos. Muchas impresiones, muchas aspiraciones y muchos sentimientos se aglomeran apretadamente en el corazón; es éste un depósito insondable; pero sea cualquiera el número y la naturaleza de estas disposiciones, hay siempre una que domina. No siempre es la misma; el corazón humano tiene tantas fluctuaciones: un afecto sucede a otro afecto, una impresión sustituye a otra; pero hay siempre una que, ocupando el primer lugar,. Da al corazón su dirección y determina su movimiento. Ésta es, en suma, la que da la nota verdadera del alma; de ésta es preciso que yo me apodere ante todo si quiero tener la fisonomía de mi corazón.

Para hacerme cargo y apoderarme de ella me hago esta sencilla pregunta: ¿Dónde está mi corazón? — En el instante mismo en que me pregunto eso tengo la contestación dentro de mí. Esta pregunta me hace dirigir un golpe de vista rápido sobre el centro más íntimo de mí mismo, y en seguida veo el punto saliente; presto el oído al sonido que da mi alma, e inmediatamente recojo la nota dominante: es un procedimiento intuitivo, instantáneo. No hay necesidad de investigaciones de la inteligencia, de esfuerzos de la voluntad, de ejercicios de la memoria: veo y comprendo. Es un golpe de vista, in ictu oculi. Es simple y rápido: sería preciso que un alma no tuviese idea alguna de su interior, ningún hábito de entrar dentro de sí misma, para no darse cuenta de ello.

33.º Su objeto.—Unas veces veré que la disposición que me domina es el ansia del aplauso, u el deseo de alabanzas, o el temor de una censura; otras veces es el desabrimiento, nacido de una contrariedad, de una conversación o de un proceder que me ha mortificado, o bien el resentimiento procedente de una reprensión agria y dura; otras veces es la amargura producida por la suspicacia, o el malestar mantenido por una sensualidad, o el desaliento causado por una dificultad o un fracaso; otras veces es la rutina, fruto de la indolencia, o la disipación, fruto de la curiosidad y de la alegría vana, etc.; o, por el contrario, el amor de Dios, la sed de sacrificio, el fervor encendido por un toque señalado de la gracia, la plena sumisión a la voluntad de Dios, el gozo de la humildad, etc. Buena o mala, lo que urge averiguar es cuál sea la disposición principal y dominante, porque hay que ver el bien lo mismo que el mal, pues lo que se trata de conocer es el estado del corazón: es preciso que yo vaya directamente a examinar el gran resorte que hace mover todas las piezas del reloj.

Sucede a veces que este gran resorte es una disposición persistente, que se mantiene por mucho tiempo, por ejemplo, una amargura o una antipatía; otras veces es una impresión que sólo ha sido momentánea, pero cuyo poder ha bastado para imprimir durante cierto tiempo un movimiento característico a mi corazón; por ejemplo, la aceptación generosa de un sufrimiento: ha sido un hecho instantáneo, y sin embargo ha dejado en el corazón algo que le hará obrar por espacio de uno o de varios días.

34.° Esla substancia del examen de conciencia.—Cuando me he dado cuenta de esta disposición dominante, sea buena o mala, mi examen de conciencia está substancialmente hecho; tengo de él lo esencial, el centro. En efecto, la disposición dominante, determinando

finalmente los movimientos de mi corazón, es como la resultante de las fuerzas de los demás sentimientos, que vienen, por decirlo así, a condensarse y a resumirse prácticamente en ella. Podría, pues, en rigor contentarme con este golpe de vista esencial y por él consolidar lo que está débil, curar lo que está enfermo, recomponer lo que está roto, atraer lo que está separado y encontrar lo que se ha perdido (Ezeq. 34,4)[509].

De hecho, cuando en el curso del día quiero averiguar el estado de mi alma, esto es, hacer mi examen, me contento con este único golpe de vista, bien dirigido al centro del corazón. ¿Cómo voy? me pregunto, y en el acto veo mi interior. Corrijo y enderezo si hay algo que corregir y enderezar, y si todo va bien, me humillo y doy gracias a Dios. Y esto puedo hacerlo todos los instantes, millares de veces en un día. Es un acto sencillísimo; basta una mirada al corazón.

35.° La llave.—Este simple golpe de vista produce grandes efectos, pues mantiene o restablece, según los casos, en la única vía y dirige al único fin la resultante de las fuerzas del corazón. Y de hecho nada se le escapa, puesto que se apodera del centro de todo. ¿Qué necesidad tengo de preocuparme de los otros detalles?. No tengo que cortar las ramas del árbol cuando el mismo árbol está cortado, ni tengo que seguir el curso de los arroyos cuando estoy en la fuente de donde nacen.

Cuando por los cien pequeños agujeros de una regadera salta el agua como de un surtidor, ¿no sería un trabajo largo y penoso ir cerrando, uno tras otro, todos los agujeros para suprimir dicho surtidor?. Y si un poco más abajo hubiera una llave que bastaría cerrar para suprimir de un solo golpe la salida del agua, sería insensato fatigarse en cerrar los pequeños agujeros, tanto más cuanto que nos expondríamos a que volvieran a abrirse unos a medida que cerrábamos otros. El que en su examen se detiene en detalles y en lo externo pierde el tiempo cerrando pequeños agujeros..., el golpe de vista interior cierra la llave del agua... Detenerse en detalles y en lo exterior es permanecer en la circunferencia y obrar en la superficie del alma. Yo voy al centro y abarco mi alma entera cuando echo este golpe de vista profundo sobre la disposición dominante.

CAPITULO VIII

EL EXAMEN DE LOS DETALLES

— 36. El examen de las disposiciones secundarias.

— 37. Los procedimientos de la fructificación.

— 38. El examen sigue y secunda los progresos del alma.

— 39. No es una estadística.

— 40. La manía de los detalles.

36.° El examen de las disposiciones secundarias. — Pero, preocupándome exclusivamente de esta disposición principal, ¿no perderé de vista las otras disposiciones del corazón, que crecerán así en la sombra sin que yo me dé cuenta de ellas?—No hay peligro de esto. Esas

disposiciones no pueden abrirse paso para salir, puesto que la llave está cerrada, quiero decir que la disposición principal del corazón, y con ella todo el corazón, se encuentra vuelta y enderezada hacia Dios por el resultado del examen : todas las disposiciones secundarias están por lo tanto sujetas. Por lo demás, ya lo he hecho observar, la disposición dominante no es siempre la misma; los defectos se manifiestan cada uno a su vez, según las circunstancias, y desde el momento en que llegan a dominar por un ímpetu cualquiera, el examen se apodera de ellos y los reprime.

Por otra parte, a medida que los defectos van disminuyendo y desapareciendo bajo la influencia del examen, como la nieve a la acción de los rayos del sol, aquellos que al principio eran ignorados por estar en lo más profundo, cubiertos por las capas superiores de los defectos más salientes, aparecen y salen a la superficie en cuanto los que estaban encima han desaparecido. Hay, en efecto, en el alma como capas superpuestas de disposiciones, y cada una de ellas es más fina y más tenue a medida que están más profundas. De esas capas mi vista sólo se da cuenta, como en todas las cosas, de la que está en la superficie. Es necesario saber contentarse con esta mirada.

37.º Los procedimientos de la fructificación. La naturaleza no procede nunca por detalles, pero va siempre de lo simple a lo compuesto. Toma una semilla y concentra su acción sobre el principio vital, oculto en la unidad y simplicidad de este primer elemento. Los principios de esta acción son bastante informes; frecuentemente son esbozos que parecen hasta groseros. Pero por la expansión del principio vital los contornos se dibujan pronto, las formas se perfeccionan, las diversas partes se terminan y la progresión natural del trabajo alcanza, por fin, la finura perfecta de cada detalle, la proporción armónica de las partes y la unidad viva del conjunto. Éste es el trabajo de la naturaleza. ¿Quién ha visto nunca que un árbol principie a desarrollarse por la extremidad de las hojas?.

La gracia sigue análogo procedimiento: es depositada en mí como una semilla. El reino de los cielos es semejante a un grano de mostaza (Mat. 13, 31)[510]. Esta semilla comienza su trabajo por esbozos elementales : son los principios de la vida espiritual, la lucha contra los pecados y los defectos graves. A medida que prosigue la acción, el trabajo se perfecciona, las virtudes crecen, la invasión de la vida va alcanzando a los detalles, hasta el momento en que todo termina y se acaba en la santidad.

38.° El examen sigue y secunda los progresos del alma.—Mi examen debe seguir necesariamente esta progresión, puesto que su objeto es darse cuenta y secundar a la vez este trabajo. Pues bien, yo sigo esta progresión si mi examen se aplica ante todo a apoderarse de la disposición dominante del alma. ¿Qué me indica, en efecto, esta disposición sino el estado actual del trabajo de la gracia en mí?. Al averiguarlo veo dónde está realmente el trabajo de fructificación de la gracia en mi corazón, veo el estado real y actual de mi piedad. Y como el principio de este trabajo es rudimentario y no se revela sino por grandes líneas, no podré en mi examen darme cuenta de mis disposiciones sino en esas grandes líneas, que son las únicas que aparecen en ese momento. Cuando el germen comienza a echar su primer tallo no puedo todavía ver acabadas ni las hojas ni las flores.

Pero a medida que el trabajo avanza, me basta mirar, y mi mirada sigue el trabajo y lo va percibiendo en los detalles, a medida que éstos van apareciendo. Voy sondeando cada vez más en mis disposiciones interiores, siguiendo la progresión del trabajo de la gracia. De esta manera el santo llega a hacerse cargo de todos los movimientos más sutiles de su corazón,

hasta en sus más delicados matices: el santo puede hacer esto porque el trabajo de la gracia ha llegado en él hasta ese punto. El objeto del examen es, pues, indagar el estado del trabajo de la gracia y seguirlo.

Pero su objeto es además secundario. Quiero ver, en efecto, a fin de facilitar la marcha de la gracia, a fin de separar los obstáculos, a fin de impedir las desviaciones. La indagación sería sólo una curiosidad estéril si no tuviese por objeto asegurar el desarrollo del principio vital cuyos movimientos vigilo. Este doble resultado de indagación y de facilitación se alcanza maravillosamente con el golpe de vista del examen interior.

39.º No es una estadística.— ¿Lo lograría también con sólo el examen de los detalles?—De ninguna manera. Supongo, por ejemplo, que con mi examen llegue a saber con toda exactitud el número de mis distracciones; si me limito simplemente a saber este número con toda exactitud, ¿me revelará él la causa del mal?. Y si no me la revela, ¿para qué me sirven esos números?. Por contrario, si desde luego, con una mirada dirigida a lo más profundo de mi corazón he averiguado la causa del mal, ¿qué me importa que sus manifestaciones exteriores hayan sido 10 ó hayan sido 20?. Esto será de importancia capital para los pecados mortales, cuyo número debo conocer para acusarme de ellos; pero en lo que es venial la cuestión del número es siempre una cuestión accesoria, útil sin embargo. Cierto que no puedo desatenderla del todo, hasta el punto de no cuidarme para nada de los hechos exteriores, porque frecuentemente los actos externos son los que revelan la situación interior. Su número puede también ser un revelador, y lo es; pero, sin descuidar la cuestión del número, no debo hacer de ella la cuestión capital y exclusiva del examen.

Supongamos que en el orden del bien me dedico a contar y a sumar, por ejemplo, el número de oraciones, de prácticas y de jaculatorias, tan santificantes y tan recomendables. ¿Es seguro que su acumulación dará la medida de mis progresos?—Las manías contraídas por muchas personas devotas dan suficiente testimonio de que la preocupación dominante de llegar en sus pequeñas devociones a una cifra determinada y mecánica, es un manantial de ilusiones. No, no hay que quedarse en lo meramente exterior; es necesario no creer que el amontonar cifras indique precisamente, por sí mismo, un aumento de savia; lo que importa es favorecer el estado y la dirección de esa savia espiritual. Lo que importa conocer bien es la disposición del corazón: se trata de analizar y comprobar una situación, y no de hacer una estadística.

40.° La manía de los detalles.—Nunca me persuadiré bastante de la necesidad, de la sencillez y de la eficacia de ese golpe de vista interior que constituye lo esencial del examen. ¿Qué es, Dios mío, lo que tantas veces me ha desalentado en este ejercicio y me ha llevado hasta abandonarlo, sino el cansancio y la inutilidad de mis esfuerzos, hechos por o para recorrer todos los detalles?. ¡La manía de los detalles!... Tarea larga, penosa y estéril; con menos hay bastante para hastiarse.

¡Cuánto más anima esta sencillez del golpe de vista!. Indudablemente supone una buena voluntad eficaz y un deseo sincero de conocerme y de adelantar. Supone también una tendencia tan sólida como recta en el alma, una ingenuidad sin doblez para con Dios y para conmigo mismo, una resolución imperturbable de ver lo que existe realmente en mí, y no lo que yo tenga interés en ver. Es necesario, pues, renunciar a la mentira, echar fuera los cálculos ruines y mezquinos.

Si tengo miedo de mirarme a mí mismo, si por ese instinto del alma apegada a un defecto al que no quiere renunciar, desvío la vista por miedo de ver demasiado, jamás haré bien mi

examende conciencia. Pero este mismo miedo de ver demasiado, ¿ no es ya un golpe de vista cuya terrible necesidad se me impone como un examen violento, necesidad que viene a ser la causa de mi malestar interior y de mis remordimientos?. Si yo supiese resueltamente decidirme a penetrar en mi interior con ese verdadero y sincero golpe de vista examinador y purificador de mi espíritu, sentiría cuánto menos penoso es hacer este examen que sufrir el otro.

CAPITULO IX

CONTRICIÓN Y RESOLUCIÓN

— 41. Necesidad.

— 42. Contrición perfecta.

— 43. Contrición imperfecta.

— 44. Subir de una a otra.

— 45. Una resolución.

— 46. Unión de los tres elementos del examen.

41.° Necesidad. —¿Pero puedo contentarme con este golpe de vista?. ¿Consiste todo en ver?—No, no es eso todo, pero es el principio de todo. ¿Para qué quiero ver?—Ya lo he dicho[511]: a fin de secundar el movimiento de la gracia, el movimiento de ascensión hacia Dios. Es preciso enderezar los extravíos si los hay, afirmar y desarrollar el movimiento bueno cuando éste existe. La vista de mi interior debe, pues, acarrear la contrición y la resolución : la contrición, que endereza el mal ; la resolución, que afirma el bien ; la contrición, que mira el camino recorrido ; la resolución, que mira el camino por recorrer.

42.° Contrición perfecta.—La contrición debe llegar a inspirarse, como motivo esencial, en el amor perfecto, en el amor de Dios por Él mismo y para su gloria. El único todo de mi vida es llegar a procurar la gloria de Dios en todo; incesantemente debo acercarme a ese fin. La contrición es precisamente el movimiento que aproxima mi corazón a él, alejándolo del mal. Este movimiento sería incompleto si no tendiese a este finsupremo.

Por lo demás, siendo la gloria de Dios el centro y la cumbre de todo, todo conduce a ella con tal que se quiera llegar. Por consiguiente, todos los motivos de contrición y de amor, todos los medios propios para desarrollarlos, conducen a este fin si yo quiero dirigirlos a él. Lo esencial es no detenerme en el camino, poner allí la mira y subir hasta esa cúspide. Puedo utilizar, según me convengan, las industrias sugeridas por los santos, las prácticas recomendadas a este efecto por los autores espirituales; pero siempre a fin de elevar mi alma hasta el conocimiento, amor y servicio de Dios, que es la cima de mi vida.

43.° Contrición imperfecta.—Los motivos de contrición imperfecta, como son el temor del infierno, el deseo del cielo, la fealdad del pecado, la hermosura de la virtud, etc., son motivos buenos y útiles; la Iglesia los aprueba y los santos los recomiendan, Dios mismo recurre a ellos en u palabra sagrada para determinar a los hombres a glorificarle: me es provechoso, pues, recurrir a ellos. Pero ¿de qué modo?—Como el sastre recurre a la aguja para hacer pasar el hilo. La aguja es necesaria porque sin ella no se podría introducir el hilo en la tela; pero la aguja no debe permanecer en la tela, sino que debe pasar, porque si se queda, el hilo no entrará. Así también los motivos de temor pueden y frecuentemente deben servir de introductores al hilo puro del ardor; pero para servirle de introductores es preciso que ellos pasen y quede él; porque la perfecta caridad echa fuera el temor (1 Juan 4, 18)[512]. Puedo, pues, pedir a Dios que traspase mis carnes con la aguja de su temor, con el temor de sus juicios (Salmo 118, 120)[513]:la llaga que me cause será buena si por ella fluyen los humores del mal y penetra la verdadera piedad. Si; ¡que penetre el temor y que éste introduzca el amor!.

44.° Subir de una a otra.—Me es, pues, conveniente recurrir al temor de los juicios de Dios: hay en esto un poderoso remedio contra el mal, un aguijón penetrante que me ayuda a salir de él, un preservativo enérgico que me garantiza contra las caídas; pero debo estar en guardia contra esta manera de pensar, que podría ser egoísta y mezquina y vendría a hacerme sensible únicamente a la pérdida de los goces de que me priva el pecado. Si permanezco así, encogido en mí mismo, me condeno a no hacer ningún progreso; permaneceré aplastado por el temor, preocupado de mí solamente, no veré en Dios sino su rigor, obedeceré a la fuerza, mi vida será un tormento y un continuo suplicio, amenazada por una parte por el pecado y por otra parte por Dios. Así es como se llega a encontrar la religión molesta y penosa.

Pero cuando el alma se dilata en el amor ; cuando se eleva en la verdadera y sólida piedad; cuando la contrición la trae al conocimiento, amor y servicio de Dios, entonces, si el arrepentimiento continúa teniendo su aguijón que se deja sentir, este aguijón lleva consigo tanta dulzura que el dolor está como anegado en un océano de infinita felicidad. Es preciso estar reñido consigo mismo para condenarse a sufrir en la contrición imperfecta, cuando se puede encontrar bienestar y dilatación en la contrición perfecta. ¿Será necesario añadir que ésta borra por sí misma el pecado, mientras la imperfecta o atrición no lo borra sino con la absolución sacramental?

45.° Una resolución.—La contrición debe venir a condensarse en una resolución. Digo en una resolución, porque también aquí es preciso reducir todo a la unidad. Esta resolución, sea cualquiera el punto particular sobre que recaiga, debe llevarme a lo único esencial, es decir, al conocimiento de Dios, a la sumisión a su voluntad y a la conformidad con el movimiento de su gracia. Esta resolución puedo y hasta debo particularizarla, haciéndola recaer sobre el punto especial que domina en mi corazón ; debe enderezar la tendencia que más se haya apartado de Dios, o bien afirmar la que más se ha acercado a Dios, y poner así completamente mi corazón en presencia de la gloria de Dios, bajo la voluntad de Dios y en la gracia de Dios:a esto debemos venir a parar siempre.

46.° Unión de los tres elementos del examen. — Tales son los tres elementos constitutivos del examen de conciencia: el golpe de vista, la contrición y la resolución. Esos tres actos no son otra cosa que los tres elementos constitutivos de la piedad: ver, amar y servir. La unión de estos tres últimos elementos en un solo movimiento del corazón constituye la piedad ;

asimismo la unión de estos tres actos, golpe de vista, contrición y resolución, en un solo movimiento del corazón, constituye el examen completo.

De hecho, en el rápido examen que repito en el curso del día estos tres movimientos no son distintos; es un solo movimiento instantáneo, es el golpe de vista, in ictu oculi;y este golpe de vista es, a la vez, conocimiento, amor y servicio; mirada, contrición y resolución. Esas tres cosas no llegan a ser distintas sino en un examen más prolongado, en el de la noche, por ejemplo, en el que la debilidad de mi naturaleza me obliga a separar las piezas de este movimiento, a analizarlas una por una, a recorrerlas una tras otra, a fin de que así cada una de ellas sea más perfecta y el todo sea más acabado.

En el fondo, entre el examen y la piedad no hay más diferencia sino que ésta es un estado y aquél un acto: es el acto vivificador, el acto director que imprime el movimiento y da la dirección del mismo. Y así el conocimiento íntimo de la piedad y del examen de conciencia me hace ver que el examen es verdaderamente el ojo de la piedad.

CAPÍTULO X

DE LOS DIFERENTES EXÁMENES

— 47. El examen habitual.

— 48. El examen general, el centro y las dos circunferencias.

— 49. Las dos cuestiones fundamentales.

— 50. El examen particular.

— 51. El examen de previsión.

— 52. Facilidad para la confesión.

47.° El examen habitual.—Hora es ya de hablar de las diferentes especies de exámenes, si es que hay varias especies. Se distinguen comúnmente el examen general, el examen particular y el examen de previsión. Antes que éstos habría que poner lo que yo llamaría examen habitual. Este examen habitual no es otra cosa que el simple golpe de vista rápido, que con la simplicidad de un solo movimiento resume los tres movimientos constitutivos del examen de conciencia. Me parece haber explicado ya suficientemente su naturaleza y práctica, para que no haya necesidad de insistir más sobre esto. Si quiero hacer algún progreso en la piedad es necesario que me acostumbre a repetirlo con frecuencia: la repetición de este acto establecerá en mí el hábito de la piedad, y cuanta mayor sea la facilidad que yo logre adquirir para hacerlo, más avanzará mi piedad hacia su completa expansión. En el santo que toca a la cúspide de la santidad este acto llega a ser el movimiento único de su vida; el acto se confunde con el hábito, y no se sabe ya si es un acto habitual o un hábito actual. Así se acerca a Dios, que es un acto puro. Dios mío, ¿cuándo me pareceré a Vos?

48.° El examen general, el centro y las dos circunferencias.—He dicho ya que para el examen

general era preciso separar las partes del mismo, o como dice San Francisco de Sales, tocar las cuerdas una después de otra. Paso, pues, sucesivamente del conocimiento al amor y al servicio de Dios, o dicho de otra manera, del golpe de vista a la contrición y a la resolución, y me detengo separadamente en cada una de esas tres partes.

El golpe de vista lo extiendo a todo el día y trato de ver cuál ha sido durante él mi disposición dominante. Hay, en efecto, en el día una disposición, un como estado predominante, o un movimiento al menos del corazón que caracteriza en conjunto el estado del alma y que da la fisonomía de todo aquel día. Veo en seguida si, en general, éste ha sido bueno o malo y por qué motivo: esto me salta a los ojos con la misma rapidez del golpe de vista. Una vez que me doy perfectacuenta de esto, estoy en el centro de mi corazón.

Desde el centro se ven fácilmente, y casi simultáneamente, todos los puntos de la circunferencia. Así, extendiendo mi mirada desde el centro hacia la circunferencia procuro ver, según la fuerza actual de mi vista interior, sobre una primera circunferencia los movimientos secundarios de mi alma, los que han podido ocuparla un instante, sin dominarla sin embargo del todo; éstos están por debajo del sentimiento dominante: ahí es donde veo los toques particulares de la gracia, las tentaciones del demonio y las diferentes agitaciones del corazón; después, en una segunda circunferencia, los hechos principales, palabras o actos que han nacido de estas disposiciones. El examen completo del todo como golpe de vista, se descompone de esta suerte en tres partes: en el centro, el sentimiento dominante, que es lo primero que veo; desde aquí, en una primera circunferencia, los sentimientos secundarios; y por fin, en una segunda, los actos principales nacidos de estas disposiciones.

49.º Las dos cuestiones fundamentales.—Para medir esto con facilidad y exactitud tengo que plantearme dos cuestiones : una relativa al aspecto pasivo de mi piedad; la otra, a su aspecto activo. Respecto a la piedad pasiva, ¿cómo he aceptado? Respecto a la piedad activa, ¿cómo he obrado?. En otros términos, y para repetir la comparación con la electricidad, que es gráfica, examino en la primera cuestión si se ha establecido la comunicación con el manantial del fluido, y en la segunda veo cómo ha funcionado la máquina. Por tanto, en primer lugar, ¿en qué situación me he mantenido respecto de Dios?. ¿He estado abierto o cerrado a su acción?. Abierto o cerrado, ¿por qué causa?. Esta es la disposición dominante, éste es el punto central. En segundo lugar, ¿cómo he conocido, amado y cumplido mis deberes?. Este es el funcionamiento de la máquina, éstas son las disposiciones y los actos consecutivos a la disposición dominante.

Estas dos cuestiones son vitales; me hacen ver la manera cómo he andado en el camino que conduce a Dios;veo de esta suerte los principales incidentes de la ruta, los buenos y los malos. Digo los principales incidentes, porque importa no pararse en detalles, que en esto suele consistir la tentación de la gente de buena voluntad en sus comienzos. No hay que detenerse sino en lo que es característico, en aquello que hace conocer el estado del alma: más vale mil veces no recoger todas las plantas, que perderse en el bosque.

Planteada así la cuestión, fácilmente y pronto se da la contestación a esas dos preguntas, y en breves instantes me doy cuenta de todo el día en n conjunto y en detalles, y conozco su fisonomía viva y su encadenamiento vital. ¡Oh, cuando se quiere ver!... Lo difícil no es ver, sino abrir los ojos y dirigirlos adonde deben dirigirse. ¡Oh, si yo quisiera ver!... ¡Dios mío, dadme la voluntad de ver!...

50.° El examen particular.—Su objeto es derribar a Goliat, esto es, la pasión dominante del corazón. Lo hago cada vez que practico el examen de la manera indicada. Al echar mi golpe de vista interior, preguntándome dónde estoy, he atacado al verdadero Goliat; mi examen particular está hecho. No me fijo de antemano en un punto particular para examinarlo, no me aíslo en un rincón de mi alma, no tengo que hacer estadísticas, sino fijar mi atención directamente en mi corazón y sobre la disposición que de hecho domina en él. Lo que tengo ante mí es un enemigo vivo que está ahí, que obra, a quien yo veo y del cual me apodero para derribarlo.

Este enemigo principal, esta disposición dominante, ya lo he dicho, puede variar de un día a otro y hasta dentro de un mismo día; pero estas mismas variaciones, estas oscilaciones de mi corazón me enseñarán a conocerlo mejor, me harán penetrar en profundidades adonde yo no llegaría de otra manera, y me harán entrever, en lo más hondo del mismo causas ocultas de cuya acción no puedo darme cuenta sino por las fluctuaciones que produce. Lo que así analizo, lo que tengo en mi mano, es mi corazón tal cual es; mi corazón vivo, con sus latidos, con sus alternativas de salud y de enfermedad. Nada es más eficaz para llegar al verdadero conocimiento y a la destrucción del verdadero Goliat. En suma, el examen particular no es otra cosa que el golpe de vista que constituye el centro de todo examen.

51.° El examen de previsión.—Debe servir al principio del día para asegurar durante él la buena dirección y hacerme evitar los extravíos a que estoy más expuesto. Si en ese momento echo la mirada profunda del verdadero examen, de manera que ponga mi corazón en presencia de Dios y lo fije sólidamente, enderezándolo al fin supremo,el éxito del día estará bien asegurado. "El circuito eléctrico está abierto." Antes de prever los detalles, lo cual puede ser conveniente, es importante establecer mi corazón con la mira puesta en el servicio de Dios y en el olvido de mí mismo, cosas ambas que lo abarcan todo. La previsión de las circunstancias en las cuales debo mantener esta disposición puede venir en seguida, pero esto no es esencial; lo esencial, aquí también, como siempre, es regular mi corazón.

52.° Facilidad para la confesión. — Si comprendo lo que constituye la esencia misma del examen de conciencia veré que en el fondo es uno y no múltiple: en toda ocasión es preciso ir al entro de mi corazón, y siempre penetro en él de a misma manera, con esa rápida y profunda mirada que me revela inmediatamente mi situación. Así, pues, gran sencillez.

Y además, gran facilidad: nada de largos rodeos,nada de fatigarse en detalles; basta un golpe de vista rápido sobre el conjunto del estado del alma. El mayor obstáculo al principio, mejor diré, el único obstáculo es que se quiere ver más de lo que es necesario y perderse en detalles. Con un poco de buena voluntad y haciéndose luz con ejercicio se llega pronto a corregirse de este efecto.

Es de gran eficacia porque así veo verdaderamente mi alma, mi conciencia; voy a la fuente y descubro las raíces.

Y además, ¡cuán útil es para la confesión!. Cuando durante una semana me he dado cuenta así de mi estado interior, voy a mi confesor y le digo: Durante esta semana mis disposiciones interiores han sido éstas y las otras, y éstos los actos principales que de ellas han nacido; en pocas palabras pongo el cuadro de mi alma ante su vista. Lee como en un libro abierto, ve mi estado, sigue el movimiento de mi corazón, sorprende, por decirlo así, las pulsaciones de la vida en mí, y puede en pocas palabras, él también, darme los consejos oportunos para mis necesidades. Cuando me pierdo en detalles mi confesión es muy larga, muy poco clara,

superficial siempre, y se parece algo a todas las confesiones vulgares. Mi confesor, que con esta confesión no puede enterarse suficientemente de mi estado interior, se ve precisado a hacerme advertencias y recomendaciones que poco más o menos se pueden aplicar a todos.

CAPITULO XI

A UNIDAD DE LOS EJERCICIOS

— 53. La sencillez del ojo.

— 54. El examen es el ojo de los ejercicios.

— 55. Es el preludio obligado de la meditación.

— 56. De todos los demás ejercicios.

— 57. La presencia de Dios.

— 58. E1 gran instrumento de la piedad.

— 59. Consultar los autores para los detalles de métodos.

53.° La sencillez del ojo. — Debo ver ahora cómo el examen de conciencia hecho así es verdaderamente el ejercicio central y director; cómo los demás ejercicios encuentran en él su dirección y su camino, su luz y su regla, su vínculo y su unidad. Puedo aplicar al examen, así practicado con la rapidez del golpe de vista, lo que Nuestro Señor dice de la sencillez del ojo: La antorcha de tu cuerpo es tu ojo. Si tu ojo fuere sencillo, todo tu cuerpo será resplandeciente; mas si fuere malo, también tu cuerpo será tenebroso. Mira, pues, que la lumbre que hay en ti no sean tinieblas. Y así, si todo tu cuerpo fuere resplandeciente, sin tener parte alguna de tinieblas, todo él será luminoso y te alumbrará como una antorcha de resplandor(Luc. 11, 34) [514]. Si el ojo del examen es sencillo y luminoso, todo el cuerpo de los ejercicios será resplandeciente y perfecto; mas si el examen es malo, todos los ejercicios estarán en tinieblas.

54.º El examen es el ojo de los ejercicios.—El ojo de los ejercicios es el examen. El examen no es todo el cuerpo de los ejercicios; él solo no sería suficiente. No es tampoco el corazón que distribuye la vida; el corazón son los ejercicios productores de la gracia, los sacramentos, la oración; de éstos viene la vida, de éstos se toma la savia: los sacramentos y la oración son los depósitos y los canales que derraman en mi alma los torrentes de la vida sobrenatural, son el corazón y las arterias del cuerpo místico de la piedad.

El examen es el ojo de este cuerpo. Por él veo, soy iluminado, evito los peligros, corrijo los defectos y enderezo los caminos. Por medio de él, y sirviéndome de antorcha, registro y veo claro todo mi interior; y de este modo no puedo permanecer en el mal, sino que me veo obligado a hacer la verdad, es decir, a adelantar en la piedad. Porque todo el que obra mal aborrece la luz y no viene a la luz para que sus obras no sean descubiertas; mas el que obra la verdad viene a la luz para que sean manifiestas sus obras, porque son hechas según Dios (Juan 3, 20)[515].

Es sumamente importante que esta luz del examenno sea tinieblas; porque si la luz que hay en mí es tinieblas, ¿qué serán las mismas tinieblas? (Mat. 6, 23)[516]. Si el examen está mal hecho, ¿en qué estado estarán los demás ejercicios?

55.° Es el preludio obligado de la meditación.—El examen es el preludio obligado, la preparación indispensable de todo ejercicio serio. En mi meditación, por ejemplo, no evitaré Los defectos que destruyen su valor si al comenzarla no me pregunto: "¿Dónde está mi corazón?" Sin esto podré dar oídos a mi indolencia y abandonar la misma meditación, o bien trataré en ella de saciar mi apetito de consuelos y nutrir así mi capricho y mi amor propio. De una manera o de otra no iré a Dios y mi meditación se frustrará. Si he enderezado mi corazón por medio de este rápido golpe de vista del examen, estos dos enemigos, mi indolencia y mi satisfacción, son arrojados fuera, y desde este momento nada impide que Dios entre en mí. Evidentemente, todas las dificultades no desaparecerán del todo por ese hecho : las distracciones, la sequedad y cien miserias más quedarán todavía; pero no siendo voluntario nada de eso, nada impedirá mi encuentro con Dios:estas mismas miserias son frecuentemente lo que más aprovecha al alma. El éxito verdadero de la meditación está, pues, asegurado.

56.° De todos los demás ejercicios.—Lo que es verdad de la meditación lo es también de los demás ejercicios, la misa, la comunión, el oficio, etcétera. Así cada uno de ellos es dirigido a su verdadero objeto; los peligros están señalados, los obstáculos apartados, el camino iluminado, el alma afianzada y el objeto alcanzado. Y no solamente se perfecciona cada uno de los ejercicios, sino que todos se une.,, todos convergen al mismo fin bajo la acción común del principio director. La acción del uno se une a la acción del otro, la sostiene y la fortifica; todos se sostienen entre sí como las piedras de una misma bóveda, como las placas de un mismo imán; y en definitiva su acción múltiple es una acción unificada. ¿Cómo no ha de ser fuerte el alma apretada en semejante haz? ¿Cómo no ha de avanzar, impulsada por semejante poder?

57.º La presencia de Dios.—Esto me conduce a hacer otra observación. Todo ejercicio piadoso comienza por el recuerdo de la presencia de Dios: es ésta una recomendación general para todos. Puesto que quiero hablar a Dios, debo evidentemente principiar por ponerme en su presencia. Pues bien; la manera verdaderamente práctica y sólida de ponerme en la presencia de Dios, es el examen de conciencia tal como lo comprendo aquí. Si me contento con traer a mi memoria el recuerdo de Dios, sin descender a mi corazón para enderezarlo, ese recuerdo me será conveniente, es indudable, pero no rectificará mis caminos; podré quedarme buscándome a mí mismo, y estando cerca de Dios no iré sin embargo a Dios. Esto es lo que acontece a algunas almas: adquieren el hábito de la presencia de Dios y de las oraciones jaculatorias, están llenas de ternura y de palabras afectuosas para Dios, ¡pero están también al mismo tiempo tan llenas de sí mismas y tan infatuadas de amor propio!. Y no es éste un caso problemático. ¡Oh, la busca del propio yo!...

Pero si escudriño mi corazón para ver dónde está, si enderezo sus movimientos dirigiéndolos a Dios y a su gloria, entonces estoy eficazmente en la presencia de Dios, le busco verdaderamente, voy a Él y le encuentro. Este acto se enseñorea de toda mi alma, se apodera del resorte que mueve mis facultades y las dirige a Dios; y si contraigo este hábito, llegaré verdaderamente a ver, amar y servir a Dios en todo. ¡Seré piadoso!...

58.° El gran instrumento de la piedad.—En resumen, el golpe de vista del examen será el principal instrumento con cuya ayuda formaré en mí la gran disposición una y viva que es la piedad. Es imposible seguir la gran vía que conduce al gran fin, sin el gran medio del examen, y no la seguiré pronta y fácilmente sino por medio del examen interior. San Francisco de Sales afirma que todo el que desea adelantar debe examinar sus hábitos y su interior. ¡Es tan sutil el amor propio, ha penetrado de tal suerte las ideas, los afectos y los hábitos, y ha invadido tan profundamente nuestro interior!... Es necesario perseguirlo en esas trincheras, arrojarlo fuera, y para arrojarlo es preciso entrar. A eso tienden todas estas reflexiones.

Fácil es ver que su objeto constante es apartar al alma de sus preocupaciones exteriores, para atraer su atención principal sobre el interior. Obrar sobre el interior a fin de reaccionar sobre lo exterior; purificar lo interior del vaso y del plato, para que esté también limpio lo que está fuera (Mat. 23, 26)[517]; separar el alma de las minuciosidades donde se detiene, se fatiga y se engaña, para traerla al principio que tiene olvidado; dar a su movimiento espiritual los verdaderos caracteres de la vida, la unidad y la simplicidad del trabajo interior, unidad de fin, de camino y de medios; aligerar las maneras de ser demasiado convencionales cuya multiplicidad llega a poner trabas al trabajo de la vida: tal es el fin ardientemente buscado aquí...

59.° Consultar los autores para los detalles de métodos.—Y ahora, ¿qué diré de los demás ejercicios? — Nada; porque me parece que si se ha comprendido el papel que desempeñan en la piedad, y si el examen de conciencia los mantiene en su verdadero camino, serán perfectos o no tardarán en llegar a serlo. Las cuestiones de método son, ya lo he dicho, accesorias y cambian necesariamente según las diferentes necesidades y las distintas disposiciones de las almas. No queriendo tocar aquí sino las cuestiones esencialmente conexas con el único principio, objeto de todo este trabajo, no estudio más que las relaciones esenciales, sin entrar en cuestiones de detalle, sobre las cuales, por otra parte, se encuentran excelentes consejos en los maestros de la vida espiritual.

LIBRO III

LA GRACIA

Sé que todas las criaturas, en manos de la Providencia y del Espíritu Santo, son instrumentos para la santificación de los elegidos; pero todos estos medios, en definitiva, no son más que los vehículos del gran medio que se llama la "gracia". Ésta es el lazo vital entre Dios y yo ; ésta es el verdadero agente de la unidad y de la vida; ésta es la verdadera formadora sobrenatural de mi piedad; ésta es la que excita y nutre mi alma, activando su marcha, dilatando su vida; ésta es en fin la que, transformándose en la luz de gloria, será mi vida por toda la eternidad.

Voy rápidamente a considerar su naturaleza, su fuente y su necesidad; mi flaqueza sin ella y los medios principales por los que se me comunica; terminando, como prenda de seguridad, con pina mirada de amor sobre la Madre y sobre el Autor de la divina gracia.

CAPITULO I

NATURALEZA DE LA GRACIA

— 1. Necesidad de un vínculo.

— 2. Su naturaleza.

— 3. La gracia actual.

— 4. La gracia habitual.

— 5. Efectos de la gracia santificante.

— 6. Las dos gracias combinadas.

1.° Necesidad de un vinculo.—He visto en la primera parte cómo debo adherirme a Dios únicamente, cómo mi vida debe identificarse con su vida, cómo mi ser debe estar unido a su ser: no puedo contraer unión sino con Él ; cualquiera otra unión debe romperse. De la misma manera, en la segunda parte, he visto cómo mi acción debe estar unida a la acción de Dios, mi trabajo a su trabajo, mi marcha a su marcha. — ¿Por qué medio puede realizarse una unión tan íntima? — Porque El es infinito, y yo soy finito, y no hay proporción alguna entre lo finito y lo infinito. Es necesario, por consiguiente, un término medio que participe a la vez de lo finito y de lo infinito, que toque a la vez al hombre y a Dios; es necesario un lazo misterioso, incomprensible, que descienda de Dios, toque al hombre y le eleve hasta Dios. Este medio, Dios lo ha criado y se llama la gracia.

2.° Su naturaleza. — ¿Qué es, pues, la gracia?— La gracia, dicen los teólogos, es un don sobrenatural y gratuito, que Dios hace a la criatura racional para conducirla a la vida eterna. La gracia es como una emanación sobrenatural de la virtud de Dios, que viene a elevar al hombre por encima de sí mismo, y habilitar sus potencias y su ser para la unión directa con Dios, para este mundo y para la eternidad. Es esencial y absolutamente sobrenatural; de tal manera que ninguna criatura, ni real ni posible, tiene ni puede tener en su naturaleza derecho a la gracia. Está por encima de todo; para los ángeles, para la Santísima Virgen, para la misma Humanidad santa del Salvador es un don gratuito y del todo sobrenatural. Para Cristo, para la Virgen, para los ángeles y para los hombres es el medio de la unión sobrenatural con Dios. Por ella, sólo por ella, mi vida se une a la vida de Dios, mi movimiento al movimiento de Dios.

3.° La gracia actual.—Hay dos clases de gracia : la gracia que es transitoria y la gracia estable, la gracia de acción y la gracia de unión, la gracia del trabajo y la gracia de la vida, la gracia actual y la gracia habitual.

La gracia actual es aquella que une mi acción a la acción de Dios, es la gracia pasajera del camino. ¿En qué consiste? Consiste en un movimiento sobrenatural, una excitación vital impresa a mis potencias a fin de hacerles obrar con Dios. En mi espíritu es luz que me ayuda a conocer a Dios y a los seres según Dios; en mi corazón es calor que me lleva a amar a Dios y a las criaturas por Dios; en mis facultades de ejecución es fuerza que me ayuda a servir a Dios y a servirme de las cosas para Dios: luz, calor y fuerza sobrenaturales; he aquí la gracia actual[518].

Se llama así porque es activa, impulsando a la acción, porque es el auxilio actual del momento presente, porque es dada y repetida para cada acto: es como el impulso de la mano de Dios que viene a ayudarme en cada una de las acciones que reclama de mí el cumplimiento del deber. previene

Este toque de la mano de Dios me prev para sugerirme el pensamiento, para inspirarme el deseo y excitarme a comenzar el acto que debo hacer: es la gracia preveniente. Sostiene en seguida mi vista en el conocimiento, mi corazón en el amor y mis fuerzas en la ejecución del deber, hasta su completa terminación: es la gracia concomitante. Por ella se establece y se mantiene el concurso de mi acción a la acción divina.

4,° La gracia habitual.—Aunque la excitación de la gracia actual impulsa a la vida, no da, sin embargo, ella misma la vida sobrenatural propiamente dicha; su acción transitoria no constituye a mi alma en un estado divino. Ese estado viene a constituirse por otra gracia, superior a ella, la gracia que es llamada santificante porque es la que obra la santidad, que también es llamada "habitual" porque es estable, porque permanece en el alma y la constituye en estado de gracia.

¿Qué es esta gracia? — Es la que Santo Tomás define: "una emanación de la Bondad divina en el alma, que por esta comunicación viene a hacerse pura y justa, agradable y semejante a Dios, merecedora de la vida eterna"[519].Es propiamente el don de la vida divina; es ella la que hace vivir al alma; por ella Dios vive en mí y yo vivo en Dios; ella me penetra y me transforma; es la virtud divina entrando en mi alma y animándola corno mi alma anima mi cuerpo.

5.° Efectos de la gracia santificante.—La gracia santificante me hace puro, destruye el pecado mortal, con el cual no puede cohabitar, y quita progresivamente los pecados veniales, las imperfecciones y todas las adherencias criadas; es el gran instrumento de purificación.

Ella me hace justo. Por su mediación se forman en mi las maneras de ver sanas, las virtudes divinas, los hábitos sobrenaturales; por ella se perfeccionan los dones y los frutos del Espíritu Santo, por ella se realizan las bienaventuranzas.

Ella me hace agradable y semejante a Dios. Las adherencias criadas producen deformidades que alteran en mí la semejanza divina, según la cual fui criado. La gracia reproduce los rasgos de esa semejanza, y por ella vuelvo a ser objeto de las complacencias del Eterno.

Ella da a mis acciones su valor meritorio: sin ella ningún acto tiene valor eterno; por ella, en cambio, no hay acto alguno en mi vida, por insignificante que sea, que no sea o pueda ser meritorio para la bienaventuranza del cielo.

Ella es la que hace la construcción de mi vida en Dios y según Dios; ella la que establece en mí la piedad y la que me da la capacidad para la gloria y la felicidad eterna; por ella me dilato y crezco para dar a Dios toda la gloria y alcanzar para mí toda la felicidad que constituyen mi fin; ella es la savia de la vida sobrenatural y va desarrollándose y haciéndome crecer en cada una de las acciones que yo hago con las excitaciones de la gracia actual, en conformidad con la voluntad de Dios.

6.° Las dos gracias combinadas.—Antes que el estado de gracia se realice en mí, la gracia actual me excita, me impulsa a hacer actos que me acercarán a la justificación; ella es entonces una

disposición para la vida. Cuando ya tengo la dicha de vivir la vida divina, la gracia actual emplea las fuerzas de animación sobrenatural depositadas en mí, las ejercita, y, ejercitándolas, las desarrolla. Sus continuadas excitaciones me ayudan continuamente a progresar, haciéndome utilizar los recursos sobrenaturales que están en mí. Por la influencia combinada de estas dos gracias se forma mi piedad; una y otra concurren a la obra.

La una, más activa, da el movimiento ; la otra, más estable, da la inclinación y la facilidad. La una, más variable, concuerda con la parte móvil de la existencia; la otra, más fija, se enlaza con el aspecto permanente de la vida. La una, transitoria, se especializa en el acto presente; la otra, más general, se extiende como un hábito fundamental a todos los actos. La una, a semejanza de Marta, va y viene según las necesidades; la otra, más parecida a María, tiene el alma más adherida a Dios; la una extiende, prolonga el resorte de mis facultades, haciéndoles posibles actos que naturalmente no están a su alcance; la otra modifica, transforma el fondo mismo de mi ser dándole un ser nuevo, una vida divina; la una recoge los materiales, la otra Los organiza, y entre ambas construyen.

De esta manera mi voluntad, excitada y sostenida por la gracia actual; nutrida, engrandecida y perfeccionada por la gracia habitual, está en la ley de Dios y medita en ella día y noche; soy así como el árbol plantado junto a las corrientes de las aguas, cuyos frutos se presentan en sazón y cuyas hojas son perennes. Y todas mis acciones prosperan para la gloria de Dios y mi eterna bienaventuranza (Salmo 1, 2)[520].

CAPITULO II

FUENTE DE LA GRACIA

— 7. Los méritos del Salvador.

— 8. La acción de Dios.

— 9. Los depósitos.

— 10. Mi acción.

7.° Los méritos del Salvador.—Don sobrenatural, la gracia es esencialmente gratuita. Si es gracia, dice San Pablo, claro está que no es producida por nuestras obras; de otra suerte la gracia no sería gracia (Rom.11,6)[521]. Dada por el Criador, perdida por el pecado, fué recobrada por el Salvador, que vino a buscar y a salvar lo que había perecido (Luc.19, 10)[522].Este medio divino de la vida divina viene a los hombres por Aquel que es el HombreDios, y que, siendo Dios se hizo hombre, a fin de que, participando de ambas naturalezas, pudiese elevar la naturaleza humana a la participación de la naturaleza divina. En la unión hipostática de sus dos naturalezas, es el lazo de unión, el mediador entre Dios y los hombres (1 Tim. 2, 5)[523];por Él Dios desciende hasta mí, y por Él yo subo hasta Dios; en Él habita corporalmente toda la plenitud de la Divinidad, y en Él somos llenos de los dones de la gracia (Col. 2, 9)[524].Todas las gracias que yo recibo son el fruto de su sangre, pues plugo a Dios poner en Cristo la plenitud de todo ser y reconciliar por Él todas las cosas consigo, restableciendo la paz entre el cielo y la tierra por medio de la sangre que derramó en la Cruz. (Col. 1, 19)[525].

8.° La acción de Dios.—Jesucristo es la fuente; pero ¿por qué canales fluyen hasta el campo de mi alma las aguas de la gracia?— He visto antes[526]que por las operaciones del beneplácito divino se produce una inmensa y perpetua corriente de gracias. Las criaturas, que sirven de instrumentos a Dios, son instrumentos de gracia. En los múltiples contactos que yo tengo, de todas maneras y en todos los instantes, recibo una multitud de auxilios sobrenaturales, continuamente variados y renovados según las necesidades de la vida.

Y no solamente las operaciones del beneplácito, sino también las reglas de la voluntad manifestada son gracias para mí. ¡Qué innumerables gracias no se nos comunican en el magisterio doctrinal de la Iglesia que mantiene la fe, en la organización sacerdotal que nutre la caridad, en la severa disciplina que garantiza la libertad!. De modo que los socorros sobrenaturales llegan hasta mí por ambas partes de la voluntad divina.

9.° Los depósitos.—Estos canales están continuamente abiertos y continuamente descienden por ellos las gracias necesarias. Ellos no se cierran, pero yo puedo cerrarme, y entonces las gracias que por ellos fluyen no penetran en mí. Si yo me mantengo abierto recibo, según mi medida, la plenitud de lo que ellos contienen para mí.

Pero hay más. Nuestro Señor ha establecido depósitos especiales de gracias también especiales, de los que basta nombrar los dos mayores, la oración y los sacramentos. El uno está al alcance de todo el mundo y en él puede cada uno tomar a su voluntad, en todo tiempo y sin medida; en el otro la dispensación está especialmente confiada a la Iglesia y tiene ésta la administración; sólo desea derramarlo en abundancia sobre los fieles. Al final de este libro se hablará de estos dos depósitos.

10.° Mi acción.—Yo no puedo con un derecho estricto merecer la gracia primera, esto es, la gracia que me justifica sacándome del estado de pecado; esta gracia es siempre absolutamente gratuita: en tanto que ella no venga a transformar el fondo de mi naturaleza, ninguno de mis actos tiene proporción suficiente con la gracia para poder merecerla. Sin duda que los esfuerzos hechos con el único auxilio de la gracia actual tienen cierto mérito de congruencia, pero no un mérito de derecho estricto para recibir gracias más abundantes.

Por el contrario, una vez que la vida divina ha sido comunicada a mi alma, cada uno de los actos animados por esta vida se hace meritorio de nuevas gracias. La gracia actual y la gracia habitual pueden ser aumentadas así a cada momento, según que yo hago fructificar los recursos de vida que hay en mí.

CAPITULO III

NECESIDAD DE LA GRACIA

— 11.En general.

— 12.Para ver.

— 13. Para querer.

—14Para obrar.

— 15. No tenemos lo suficiente.

— 16. Vida nueva.

11.°En general.—Todo mi bien es elevarme hasta Dios. ¿Quién, si no Él, puede elevarme hasta Él?. Sin Él no puedo ir a Él. Ninguna criatura está a la altura de Dios; ninguna criatura puede elevarme hasta Dios. Y yo, ¿qué puedo?— Por mí mismo no puedo salir de mí. Cuando me ,apoyo en mí no salgo de mí, permanezco en mí buscándome a mí mismo; y si elevado por Dios ceso de apoyarme en Él y me apoyo en mí, caigo enseguida; es la recaída buscándome a mí mismo, es el desorden.

Dios solamente es toda mi fortaleza, mi apoyo, mi refugio y mi libertador; Él es mi sostén, mi protector y mi salvación (Salmo 17, 2)[527]. Yo soy la vid, dice Nuestro Señor, vosotros los sarmientos; el que está unido conmigo, y yo con él, ése da mucho fruto, porque sin mí nada podéis hacer(Juan 15, 5)[528]. No dice, sin mí podéis hacer muy poco; sino, sin mí nada podéis hacer.

Sin Él yo no puedo ni poco ni mucho, no puedo absolutamente nada[529].

12.° Para ver.—Siquiero convencerme prácticamente de mi impotencia no tengo más que recordar lo que tengo que hacer: conocer, amar y servir a Dios como mi fin, y a su voluntad como mi camino. Ahora bien; ni el conocimiento ni el amor ni la ejecución que constituyen la piedad están en mi poder.

El conocimiento de Dios, aquella vista de Dios que es mi verdadero fin, aquella vista a la cual soy llamado por el designio misericordioso de mi Criador, está absolutamente fuera del alcance natural del ojo de mi inteligencia. No hablo solamente de la vista eterna, cara a cara, que será la bienaventuranza eterna del cielo y que no existirá más que en los esplendores de la luz de la gloria; hablo de esa vista velada de la fe, de la vista de Dios en el espejo de los seres y de su acción en el enigma de sus movimientos. De esta vista no soy capaz de distinguir por mí mismo ni el rayo más ligero.

No somos suficientes o capaces, dice San Pablo, por nosotros mismos para concebir ni un buen pensamiento como de nosotros mismos, sino que nuestra suficiencia o capacidad viene de Dios (2 Cor. 3, 5)[530]. Así, no ya el conocimiento pleno, pero ni un simple pensamiento ni un principio de idea sobrenatural tengo en mí por mí mismo. Para ver sobrenaturalmente a Dios y la acción de Dios, en el espejo de las cosas y en el enigma de sus movimientos, es menester ver en la luz de Dios. Sólo esta luz da al ojo de mi inteligencia la penetración sobrenatural y esa ampliación o extensión de vista que se llama la fe, con ayuda de la cual descubro los misterios.

13.° Para querer.—, Puede acaso mi voluntad elevarse por sí misma a ese amor de Dios que se llama la caridad, que es la más divina de las virtudes divinas, que es el alma y la vida de todas las virtudes, y que es el verdadero lazo de unión entre el hombre y Dios?. La caridad, dice San Pablo, ha sido derramada en nuestros corazones por medio del Espíritu Santo que se nos ha dado (Rom. 5, 5)[531]. Ella es la obra, es el don, el gran don del Espíritu Santo. Sé que es Dios quien obra en mí el querer y el hacer (Filip. 2, 13)[532]; sé que la voluntad y el esfuerzo del hombre no alcanzan hasta ahí, y que sólo la misericordia de Dios obra esta elevación (Rom. 9,

16)[533]. La caridad es de tal manera la obra de la gracia, que los teólogos se preguntan si es distinta de la gracia santificante. Por tanto, para querer el bien de Dios, para amar la gloria de Dios tengo necesidad del movimiento de Dios, sin el cual me pierdo lastimosamente en el amor de mí mismo y de las criaturas para mí. La gracia, que es la luz del ojo de mi inteligencia para darle la vista de la fe, es también el calor de mi corazón para darle el impulso del amor.

14.° Para obrar.—Soy tan incapaz, sin la gracia, de hacer la menor obra en orden a mi salvación, que la pronunciación misma de una sola palabra es superior a mis fuerzas. "Nadie", dice San Pablo, "puede llegar a decir, Señor Jesús, sino por el Espíritu Santo." (1 Cor. 12, 3)[534]. Si la simple invocación del nombre del Salvador, la invocación meritoria y santificante que es un acto de piedad, si esta simple invocación está a una altura inaccesible a las fuerzas solas de mi naturaleza, cuál es la obra, cuál es el acto de que yo soy capaz?. En la fortaleza de Dios yo puedo todo (Filip. 4, 12)[535]; lo que es imposible a mis fuerzas de hombre, es posible a Dios (Luc. 18, 27)[536]. Así, con la fuerza de Dios, puedo ejecutar las obras más sobrenaturales de mi vocación; pero con la fuerza de mis potencias naturales no puedo elevarme a ningún acto de verdadera piedad sobrenatural. Mis fuerzas necesitan ser robustecidas, levantadas por la virtud sobrenatural de la gracia, que las adapta a las operaciones de la vida divina.

15.° No tenernos lo suficiente.—Puedo por mis facultades naturales conocer, querer y obrar; pero no es eso el conocimiento, el amor y la acción que constituyen la piedad cristiana; la piedad es obra esencialmente sobrenatural, que supone en el alma una vida sobrenatural. Los actos de esta vida sobrenatural se ejercitan por mis facultades naturales, pero únicamente en virtud del principio sobrenatural que las anima. Mis facultades prestan a la gracia el concurso de su acción, por ellas obra la gracia; pero ésta es el agente principal, el motor esencial, la causa vital. Mi cuerpo no obra naturalmente sino por virtud de mi alma; así también mi alma no obra sobrenaturalmente sino por virtud de la gracia. El alma produce las obras naturales sirviéndose de los órganos del cuerpo, y la gracia produce las obras sobrenaturales sirviéndose de las potencias del alma. Mi alma es tan incapaz, por sí misma, para las operaciones de la vida sobrenatural, como lo es mi cuerpo para las operaciones de la vida natural: la una y el otro poseen los elementos primeros y como la materia de esta vida, pero les falta la forma[537]: no somos suficientes, según la profunda expresión de San Pablo (2 Cor. 3, 5)[538]. En el cuerpo es imposible la menor operación vital sin el alma, y en el alma la menor operación sobrenatural, sin la gracia; porque la vida del cuerpo es el alma, la vida del alma es Dios[539].

16.° Vida nueva.—Es, pues, una vida nueva y superior la que me es necesaria, es la vida sobrenatural; y soy criado a esta vida por Dios, como fui criado a la vida del cuerpo: es una segunda creación. Porque la gracia es la que nos da la salvación por la fe; y esto no viene de nosotros, sino que es un don de Dios y no de nuestras obras, para que nadie pueda gloriarse. Somos hechura suya en la gracia, como lo fuimos en la naturaleza; criados en Jesucristo para obras buenas, preparadas por Dios para que nos ejercitemos en ellas (Efes. 2, 8)[540]. Para toda obra buena he sido criado, hecho de nada, sacado de la nada. Toda obra buena es en mí una creación, es decir, alguna cosa que Dios saca de mi nada, porque por mí mismo yo soy nada: yo no tengo nada en mi ser natural que pueda dar nacimiento a esta vida. Sin duda mi ser natural es el elevado a esta participación divina; pero la vida misma no es sacada de mí, es creada por Dios en mí.

Soy, pues, por mí mismo tan incapaz de una buena obra sobrenatural como de mi propia creación. Una vez criado a la vida natural puedo ejecutar sus actos, una vez criado a la vida sobrenatural puedo también ejecutar sus actos; pero la creación viene de Dios. Por esto San Pablo la llama la criatura nueva (2 Cor. 5, 17)[541] la vida nueva (Rom. 6, 4)[542] el hombre nuevo que ha sido criado conforme a Dios en la justicia y la santidad de la verdad (Efes. 4, 24)[543]. Lo que aquí llama la justicia y santidad de la verdad es lo que en otro lugar ha Llamado "hacer la verdad en la caridad": son siempre los tres términos de la piedad. Para que yo tenga esta vida nueva, esta vida que es según Dios, semejante a la de Dios, esta vida que es la justicia y la santidad, es decir, la piedad; para que yo la tenga, digo, es necesario que yo sea criado. Todo viene de la gracia, todo: verdad, santidad, justicia, conocimiento, amor y servicio de Dios;la gracia es la que cría en mí la piedad cristiana.

CAPÍTULO IV

MI DEBILIDAD

— 17. El apoyo sobre mí mismo.

— 18. En mi saber.

— 19. En mi voluntad,

— 20. En mi actividad.

17.° El apoyo sobre mí mismo.—Esta vida nueva me es dada por la vid, de la cual soy el sarmiento; mi vida viene de la savia, mi savia viene del tronco. Sin él nada tengo, nada soy sino un cadáver. ¿De qué presumir?. ¿De qué envanecerme?. Si quiero presumir de mí mismo, me separo del tronco, detengo la savia y pierdo la vida. El miembro al que el alma no puede animar plenamente pierde sus fuerzas, languidece y muere.

¿No es esto lo que sucede con mi piedad?. Cada vez que quiero apoyarme en mí, contar conmigo y obrar por mí mismo, siento cierta languidez y debilidad, y caigo, me separo de mi vida. Si yo supiera analizar mi corazón y penetrar los acontecimientos de mi existencia vería que toda debilidad y toda caída ha sido ocasionada por la confianza en mí mismo: he sido débil o he caído precisamente cuando he querido andar por mí mismo y abandonar la mano de Dios, y la medida en que he abandonado su mano es la medida exacta de mi caída: ahí están la medida y el secreto de toda debilidad. El alma que cuente consigo misma caerá siempre, la que nunca cuente consigo no caerá jamás.

Ahí están también la medida y el secreto de toda fuerza. En cuanto a mí, dice San Pablo, de nada me gloriaré sino de mi flaqueza, porque el poder de Dios brilla mejor en la flaqueza del hombre. Así que, con gusto me gloriaré de mis flaquezas para que haga morada en mí el poder de Cristo. Por esta causa yo siento satisfacción y alegría en mis enfermedades, en los ultrajes, en las necesidades, en las persecuciones, en las angustias en que me veo por amor de Cristo, pues cuando estoy débil, entonces con la gracia soy más fuerte (2 Cor. 12, 510)[544].

18.° En misaber.—Para conocer mi debilidad es necesario que yo vea hasta qué punto cuento conmigo mismo en mis ideas; en mis afectos y en mis acciones.

En mis ideas, ¿no es cierto que cuento sobre todo, y con frecuencia hasta exclusivamente, con los recursos de mi inteligencia?. ¿Qué ayuda pido a Dios en mis trabajos de espíritu, en mis reflexiones, en mis cálculos y en mis previsiones?. Si preparo algún proyecto, si estudio alguna ciencia, aun las sagradas, si profundizo alguna consideración, ¿confío en la gracia más que en mi propia valía?. ¿Recurro a ella más que a mí mismo?. ¿Es ella verdaderamente la luz inspiradora y directora de mis juicios y de mis conocimientos?. ¿ Es ella la señora de mi inteligencia?. ¿Vive mi espíritu en ella y por ella?. En suma, la gracia ocupa un lugar bastante reducido en la vida de mi espíritu. Se mueve éste demasiado por sí mismo, obra por sí mismo, se apoya en sí mismo más que en Dios, y en sus luces propias más que en las de la gracia. ¿Cómo asombrarme, por tanto, de mis tinieblas, de mi ignorancia, de mis errores, de mis ilusiones?. El que me sigue no anda en tinieblas; mas tendrá la luz de la vida, ha dicho el Autor de la gracia (Juan 8, 12)[545]. Sólo se ve bien en la luz de Dios.

19.° En mi voluntad.—Mi corazón no está mucho más, tampoco, bajo la acción práctica de la gracia: los toques de la gracia no son el principio habitual de sus movimientos. Sus afecciones, sus ímpetus, sus resoluciones son comúnmente muy naturales. Cuento sólo conmigo mismo para querer, para decidir; me aficiono a muchas cosas por un impulso puramente humano, de suerte que rara vez es la influencia de la gracia la que domina en mí. No debo, por lo tanto, asombrarme de mis inconstancias, de mis cobardías, de mis desmayos ni de mis desalientos. ¡Oh! Si la gracia penetrase una vez profundamente en mi corazón, lo dominase y lo dirigiese, ¡cuán fuerte, constante e inquebrantable sería yo!. Pero ¡cuán difícil es arrojar de los últimos repliegues del corazón esta confianza en mí que procede del amor de mí mismo y que continuamente viene a parar en dicho amor!. Sólo se ama bien en el movimiento de Dios.

20.° En mi actividad.—Y mis acciones, ¿están acaso más impregnadas de la acción de la gracia?

Voy, vengo, me agito mucho, me muevo sin cesar y no adelanto un paso. Es la enfermedad general; se diría que el mundo tiene fiebre: éste es el signo más evidente de la materialización universal. La materia obra en el ruido y en la agitación; la acción del espíritu es suave, tranquila y silenciosa: la materia es el ruido, el espíritu es el silencio. ¡Qué alboroto, qué baraunda, qué agitación por todas partes en mi derredor!... Y en mí, ¿ha caso más calma?... La gracia es, por contrario, suave, apacible, reposada y callada, y, sin embargo, poderosísima y eficaz.

La agitación humana no es más que impotencia y esterilidad; la acción de Dios es suavidad y fuerza. Tiene una fuerza invencible para alcanzar el fin, y una suavidad inalterable para disponer los medios útiles a su fin (Sab. 8, 1)[546]. Fuerza y suavidad, nada la detiene y nada la irrita: nada la detiene en su marcha hacia el fin, nada la irrita en el empleo de los medios; es el carácter de la sabiduría, es decir de la gracia. Cuando ella me penetra, me agito menos y hago algo; cuando obro sin ella, me revuelvo mucho y no logro nada. ¡Cuánta calma en los santos y cuánta fuerza!...

¡En mí, cuánta agitación y qué impotencia!... ¿Cuándo sabré dejar a la gracia que ponga la paz en mí, y me dé fuerzas?. ¿Hasta cuando seré semejante al enfermo a quien devora la fiebre?. Este se agita, y agitándose, se va extenuando y se mata. ¡Justo castigo!. El que confía en sí mismo se fatiga mucho y pierde terreno siempre; el que se apoya en Dios, con poco trabajo avanza rápidamente. Que al fin, Dios mío, duerma y descanse en la paz no turbada, porque habréis asegurado mi esperanza (Salmo 4, 9)[547]. Sólo se obra bien en la fuerza de Dios.

CAPÍTULO V

REMEDIOS PARA LA DEBILIDAD

— 21. Ejemplo de San Pedro.

— 22 .No asombrarme.

— 23. Confianza.

— 24. Las recaídas.

21.° Ejemplo de San Pedro.—Mi gran fuerza consiste en conocer mi debilidad y miseria, y mi debilidad en creerme fuerte. No soy nada, no puedo nada por mí mismo; cuanto mejor lo comprenda, mejor lo sentiré y más fuerte seré. El mayor de los santos es aquel que mejor comprende su nada. En todas las cosas estoy hecho a todo, dice San Pablo, porque todo lo puedo en Aquel que me conforta (Filip. 4, 12)[548]. La ilusión más obstinada del hombre es querer contar consigo mismo. Esta presuntuosa confianza sólo se cura con caídas, cuando puede curarse.

¡Qué ejemplo el de San Pedro!. Fué necesario que llegara al fondo de la apostasía, para que tocase el fondo de su nada y se curase de su presunción; no se hubiera indudablemente curado de otra manera. Las reiteradas amonestaciones del Salvador fueron impotentes para iluminarle; ¡tan ciega y obstinada es la presunción! ¡Dios mío, cuántas caídas he dado hasta aquí!... ¡cuántas doy todavía!... ¡Continuamente me encuentro sumergido en el fondo del desorden, que consiste en buscar mi satisfacción a expensas de Dios! Aquí caigo siempre... ¿Por qué?. Porque siempre quiero confiar en mí y contar con mis fuerzas... ¡Presunción! ¡Orgullo!... Tantas caídas no me han abierto todavía los ojos..., ¿los abriré ahora?. ¿Será necesario que caiga más abajo aún, para ver mejor mi nada?. ¡Dios mío, curadme y guardadme de la presunción!.

22.° No asombrarme.—En lo sucesivo procuraré no contar para nada con mis fuerzas. Mas ¿cómo llegar a no conocer nada, a no querer nada, a no hacer nada sino bajo la influencia de la gracia?— No es ésta, ciertamente, obra de un día: llegar a esto es alcanzar el término de la santidad, porque allí donde la gracia siembra sola, la gloria de Dios cosecha sola.

En fuerza del foco de concupiscencia que hay en mí, a causa también de mis malos hábitos, y sobre todo de mi amor propio, me sentiré todavía muchas veces inclinado a apoyarme en mí mismo, a obrar sin contar con la gracia, y caeré: el deseo de buscar mi satisfacción me arrastrará más o menos al desorden, según que me haya olvidado más o menos de la gracia. Pero al menos ya no me asombraré, no me turbaré, no me desalentaré: asombro, turbación y desaliento después de caer en una falta, todo esto es fruto del orgullo. Se creía perfecto y se ve imperfecto, por eso queda asombrado; se creía hermoso y se ve horrible, de aquí su despecho y turbación; se juzgaba fuerte y siente su flaqueza, de aquí su desaliento; y se obstina en no querer ir a la fuente única que da la bondad, la belleza y la fuerza. Si escucho a mi orgullo en su obstinación, esto será un mal mayor que la caída misma, porque es un nuevo descenso en la. caída, y esto impide que la humildad venga a sacar de la caída los frutos de salvación que sabe sacar de todo, incluso del pecado.

23.° Confianza.—He caído; sé que ha sido por haberme apoyado en mí, que soy como un bastón de caña cascada que al que se apoyare en él le horadará la mano y se la traspasará (Is. 36, 6)[549]. En vez de asombrarme, de impacientarme y de desalentarme, como me aconseja el orgullo, debo decirme a mí mismo: está bien; esto matará mi orgullo; y en seguida debo arrojarme en los brazos de Dios, que cura inmediatamente mi herida y me devuelve, por su gracia, la bondad, la belleza la fuerza. Hablaré a mi alma caída y le diré: ¿Por qué estás triste, alma mía, y por qué me conturbas?. Espera en Dios, porque todavía hemos de cantarle alabanzas, como que El es la salvación y la luz de mi rostro y mi Dios (Salmo 42, 5)[550]. De esta suerte mis propias miserias e imperfecciones quebrantarán mi orgullo y serán motivo para acercarme a Dios.

24.° Las recaídas.— Es también un ardid y una ilusión del orgullo el persuadirse, al salir de unos ejercicios, por ejemplo, que en lo sucesivo, gracias a las resoluciones que durante ellos hemos tomado, no tendremos ya más recaídas. ¡He hecho tan buenos propósitos! ¡He tomado tan firmes resoluciones! ¡Me siento tan decidido y tan fortalecido!.. Ahora voy a perseguir a mis enemigos, me apoderaré de ellos y no pararé hasta que los haya aniquilado; los destrozaré sin que puedan resistir y caerán debajo de mis pies (Salmo 17, 38)[551]. Estas palabras son magníficas cuando brotan de la confianza en Dios; este fuego de confianza sería hermoso si no estuviese activado por el soplo del orgullo; ¡todo eso revela demasiada confianza en mí y en mis resoluciones!...

Habrá todavía recaídas, porque aun tengo confianza en mí mismo; seré aún herido en la lucha, derribado tal vez; debo temerlo y preverlo. Los caminos de las caravanas de esclavos, en los grandes desiertos africanos, están marcados por líneas de huesos humanos, restos de cadáveres de pobres esclavos muertos en la marcha. En el camino de la perfección mi ruta está también sembrada de los restos de mi orgullo, que han ido cayendo en los sitios donde he dado una caída. Mis caídas son las que me instruyen. Frecuentemente no me reparo en mi excesiva confianza en mis propias fuerzas hasta el momento en que caigo; pero, al menos, al caer puedo ver mi confianza en mí mismo y mi debilidad. Es necesario que yo aproveche esto ; será para mí un gran medio de adelantar; y adelantaré en la proporción en que sepa transportar a Dios y a su gracia la confianza que ahora tengo en mí y en mis medios; y tendré la plena seguridad de mi aprovechamiento cuando la gracia divina sea todo mi apoyo y toda mi fuerza.

CAPÍTULO VI

LA ORACIÓN

— 25. Todos los ejercicios alcanzan la gracia.

— 26. Aspiración y respiración del alma.

— 27. Es necesario orar siempre.

— 28. Pedir en nombre de Jesús.

— 29. Por qué Dios se hace rogar.

— 30. Papel de la oración en la piedad.

25.° Todos los ejercicios alcanzan la gracia.—Réstame considerar un momento los ejercicios que obtienen la gracia. Sé cuán necesaria me es la gracia divina, sin la cual no puedo ni entrar ni adelantar en la vida interior; tengo, pues, también suma necesidad de los ejercicios que la obtienen. Bueno es notar, ante todo, que los ejercicios que disponen mi alma a la piedad, que la habitúan a volverse hacia Dios, a acercarse a Él y a someterse a su acción, me abren por sólo esto fuentes de gracias. ¿Qué es, en efecto, la gracia actualsino una impresión de luz, de movimiento de fuerza, comunicada a mis potencias por la acción divina que se ejerce sobre mí?. Todo aquello que me somete a esta acción y que me acerca a ella contribuye, pues, a aumentar en mí los movimientos divinos de la gracia actual. Por otra parte, si mi interior está justificado de la mancha del pecado mortal, todo acto que me acerca a Dios es meritorio de una nueva gracia santificante, y por este lado todo ejercicio piadoso es también, t n alguna manera, un canal de la gracia.

26.° Aspiración y respiración del alma.—Pero hay un ejercicio más divina, en cierto modo, y más substancial, que tiene un poder más grande para acercarnos a Dios, y un poder más pleno para alcanzar la gracia: es la oración. ¡La oración, gran medio de unión a Dios, gran canal de gracias!. ¡La oración, medio universal que está al alcance de todas las almas en todas las situaciones!. Es el primer medio del alma que quiere levantarse, y es también el medio supremo del alma que toca ya al cielo: medio de una eficacia soberana para aproximarnos a Dios y para obtener sus gracias.

Para acercarnos a Dios. ¿Qué es la oración? —Es la elevación del alma hacia Dios. ¿Qué es necesario para elevarme a Dios? — Dos cosas: salir de mí, e ir a Él. Para salir de mí es necesario sentir mi miseria; para ir a Él es necesario sentir su bondad. Sentir mi miseria, el vacío, la nada de mi ser, mi carencia de recursos y de vida en mí mismo, experimentar en mí la falta de aire vital, y entonces abrir hacia el infinito de Dios la ventana por la cual el aire divino penetrará en mis pulmones. He aquí la oración, he aquí sus dos movimientos de aspiración y de respiración, que corresponden exactamente a los dos movimientos fundamentales de la piedad, que son: desprenderme de mí mismo y elevarme a Dios.

27.° Es necesario orar siempre.—La oración es el alimento vital de la piedad. El alma piadosa se nutre de oración, como el pulmón se nutre de aire y el cuerpo de alimentos. Es menester orar incesantemente y no desfallecer, dice el Salvador (Luc. 18, 1)[552]. Es como si dijera: es menester respirar siempre, sin cesar. Para la piedad, dejar de orar es como para el pulmón cesar de respirar, esto es, el fin de la vida.

Si quiero vivir esta incomparable vida de la piedad, si quiero progresar en ella es preciso que aspire continuamente el aire divino, y que me exhale yo mismo en Dios. Bajo cualquier forma que yo practique la oración, sea por actos interiores o exteriores, sea por palabras que broten natural y espontáneamente de mi corazón, o sea por fórmulas u oraciones compuestas ya para este fin, poco importa; lo esencial es que yo respire. Esa respiración no exige que se haga en esta o en la otra forma determinada; puede hacerse por todos los movimientos de mi actividad vital. Todo acto ordenado del espíritu, del corazón y de los sentidos puede ser una oración, mejor dicho, debe ser una oración, puesto que Nuestro Señor dice:Oportet,es menester. ¿Y qué se necesita para que así sea?. Que este acto sea un alejamiento de mí mismo y una aproximación a Dios. De esta manera la vida llega a ser una oración, y la oración llega a ser

vital. Las fórmulas para orar no son precisamente necesarias sino en cuanto están mandadas en ciertas circunstancias o en cuanto contribuyen a mantener mi respiración divina.

28.° Pedir en nombre de Jesús.—He aquí la oración en su papel de preparación y de adaptación de mi alma a Dios. Tiene también además otro oficio, que es el de alcanzar la gracia. La oración obtiene la gracia en virtud de la promesa formal del Autor de la gracia. En verdad, en verdad os digo, si pidiereis al Padre en mi nombre, os será concedido (Juan 14, 13)[553]. Jesús se ha comprometido solemnemente, en su nombre y en nombre de su Padre; todo lo que pidamos nos será dado. Pero, dice, todo lo que pidamos en su nombre. ¿Qué quiere decir en su nombre? — Quiere decir que es preciso ser reconocido por Él, recomendado por Él, pertenecer a su redil. Quiere decir además que es necesario pedir con el mismo fin para el cual Él ha rescatado la gracia: la gloria de Dios y la paz del hombre; he aquí lo que Él ha procurado y reparado. Si pedimos así, para gloria de Dios y para nuestra salvación, alcanzaremos lo que pidamos. Nada de lo que así se pide puede ser rehusado, porque pedir así es pedir en nombre de Jesús. Pedid y se os dará, buscad y encontraréis, llamad y se os abrirá. Porque todo el que pide, recibe; el que busca, encuentra, y al que llama se le abre (Mat. 7, 7)[554]. Pedid fuerzas para vuestra acción y se os darán, buscad calor para vuestro corazón y lo encontraréis, llamad a la puerta de la luz para vuestro espíritu y la puerta se os abrirá. Si, Dios mío, pediré, buscaré y llamaré, porque deseo vivir: pediré para mí y para los demás,

para toda la santa Iglesia de Dios. ¡Hay tantos y tan grandes intereses por los cuales debo pedir!. Aumentaré mis peticiones, multiplicaré las súplicas y las solicitudes, a fin de que en mí y por mí se realicen, con arreglo a toda la amplitud de mi vocación, los designios en que el Amor quiere emplear mi vida.

29.° Por qué Dios se hace rogar.—¿Mas por qué Dios se hace rogar así para dar su gracia ? — Porque quiere que yo esté cerca de Él para darme sus dones. El fin de mi vida es ir a Él. Si no me hubiese impuesto la obligación de la oración, permanecería constantemente en mí mismo y abusaría de sus dones lejos de Él; gastaría mi vida como el hijo pródigo, y mientras me quedase algo que dilapidar alejado de Él, no pensaría en volver a Él: la necesidad me hace volver a Él. Cuando siento mi necesidad y me acuerdo de las riquezas de la casa de mi padre, me levanto y vuelvo a ella, es decir, ruego a Dios.

Y Dios espera a que me acerque a Él para abrazarme, esto es, para darme su gracia. Las tardanzas aparentes que a veces emplea respecto de mí, esos largos plazos que en algunas ocasiones pone a su munificencia no tienen otro objeto sino hacer que mi aproximación a Él sea más completa. ¡Qué bueno es Dios obligándome a orar por mucho tiempo!. Así me excita a elevarme hasta Él, a refugiarme en Él, a entrar en Él. ¡Dios mío!. ¿Cuándo comprenderé vuestras misericordias y las bellezas y grandezas de la oración?

30.° Papel de la oración en la piedad.— ¡Qué maravilloso instrumento de vida es la oración, con su doble poder de elevación y de intercesión!.

Sobre todo cuando este instrumento se combina con aquel otro, tan poderoso también, del examen. Mientras el examen endereza, vigila y dirige nuestras miras, nuestras intenciones y nuestros esfuerzos, la oración nos eleva, nos acerca y nos lleva a esa comunicación con Dios, que es toda nuestra vida[555]:la oración establece y perfecciona esa comunicación y la va haciendo progresivamente más íntima, más continua y más completa.

Y cuanto más se eleva el alma y más se une a Dios, más gracias alcanza. Su oración determina una multiplicación de gracia casi ilimitada, y la corriente divina circula con tanta mayor intensidad cuanto más poderosamente abre el circuito. ¡Cuántas corrientes y cuán robustas crea de este modo en la Iglesia la fuerza de la verdadera oración!. ¡Hermoso instrumento en manos de las almas que saben servirse de él!.

CAPÍTULO VII

LOS SACRAMENTOS

— 31. Signos sensibles.

— 32. Los siete sacramentos.

—33. Los gérmenes depositados.

— 34. Los derechos concedidos.

— 35. Los tesoros acumulados.

31.° Signos sensibles. — He aquí los grandes depósitos y los grandes canales de la gracia, instituidos por Jesucristo para el sustento sobrenatural de las almas: en ellos es donde principalmente se bebe la vida divina, y de ellos es de donde fluye con mayor abundancia. Ha querido el Salvador emplear estos medios sensibles para derramar sobre los elegidos de Dios los torrentes de la vida sobrenatural. Como en Jesucristo, así también en los sacramentos están unidos los dos extremos: en Él están unidos Dios y el hombre; en el sacramento la gracia divina está unida al signo sensible que la produce. ¿Para qué? — Para proclamar y realizar, de un extremo a otro de la creación, la gran idea divina, la que ha presidido a la gran obra y la ha determinado: la unión. Dios se ha unido al hombre en la persona de Jesucristo; ésta es la cumbre de la obra divina: Él une su gracia y la incorpora a signos materiales; éste es el extremo opuesto de la creación: y de esta suerte, toda criatura se encuentra unida por una corriente divina. Esta vida sobrenatural, que es tan sublime, la recibo por medio de criaturas que están por debajo de mí. De este modo la solicitud del amor ha sabido, por decirlo así, envolver mi ser y traerme, por el lado inferior y material, la gracia que debe espiritualizarme. Procediendo de las supremas alturas viene a manar debajo de mí, para llevarme a las cumbres donde tiene su primer origen.

32.° Los siete sacramentos.—Hay siete sacramentos, es decir, siete fuentes de vida suficientes para proveer a todas las necesidades sobrenaturales de mi existencia terrestre. En primer lugar el sacramento iniciador y sembrador de los gérmenes eternos, el Bautismo, que de un hijo de Adán hace un cristiano, hijo de Dios, de la Iglesia y de la eternidad. La Confirmación fecunda los gérmenes bautismales trayendo al alma los siete dones del Espíritu vivificador. La Eucaristía nutre la planta sagrada con una substancia que es la substancia misma del Hijo de Dios y del Hijo del hombre; alimento supremo de la vida divina y de la vida humana en el cristiano, puesto que Jesucristo tiene la plenitud de la vida divina y de la vida humana.

La Penitencia repara los estragos, sana las enfermedades y sana hasta la misma muerte, pues borra el pecado mortal, que es la muerte del alma. Maravilloso remedio que cura siempre, que nunca se agota ni engaña jamás; siempre fácil, siempre preparado, suficiente para todas las enfermedades y para todas las muertes; que no exige del enfermo o del muerto más que el deseo sincero de sanar o de volver a la vida. La Extremaunción, suprema consagración y última purificación de la vida terrestre, preparación de la vida eterna, en cuyos umbrales se encuentra el alma colocada cuando la recibe.

En fin, los dos sacramentos continuadores y conservadores de las semillas sagradas: el Orden, que consagra los propagadores de la vida divina, y el Matrimonio, que consagra los propagadores de la vida humana. Estos son los dos sacramentos sociales por excelencia; son los sacramentos, no ya del crecimiento individual, sino de la multiplicación social. Dios ha dispuesto que toda vida crezca y se multiplique.

33.º Los gérmenes depositados.—He recibido los sacramentos, he participado de ellos, ¿pero he sacado los frutos que debía sacar?. Hay tres cosas en los sacramentos y no tengo bastante fe en ellas; he aquí por qué no saco de ellos provecho satisfactorio, y por qué tampoco sé recurrir a ellos suficientemente. No tengo bastante fe ni en los gérmenes depositados ni en los derechos concedidos ni en los tesoros acumulados en ellos. Porque los sacramentos producen la gracia santificante con los gérmenes de los hábitos que la acompañan, la gracia sacramental con los derechos que le son inherentes, y la gracia actual con los tesoros que de ella dimanan.

Los gérmenes depositados. Todos los sacramentos producen la gracia santificante: el Bautismo y la Penitencia la crean allí donde no existe; los demás sacramentos la aumentan. ¿En qué medida? — Según la capacidad del alma que los recibe; porque, por sí mismos, los sacramentos tienen una eficacia ilimitada: son como un océano de donde se puede sacar agua sin que nunca se agote, son la fuente santa, manando siempre y para todos, y de la que cada cual lleva más o menos según el vaso que tiene.

Con la gracia santificante van juntos los hábitos infusos de las virtudes cristianas, semillas divinas depositadas al principio por el Bautismo y fecundadas después con la savia de todos los sacramentos recibidos. Si yo tuviese de veras la fe práctica en estos gérmenes y en esta savia, .la tierra de mi alma no permanecería tan estéril y yo produciría, para gloria de Dios, muchos más frutos que los que produzco.

34.° Los derechos concedidos. — Los sacramentos producen la gracia sacramental. ¿Qué es esta gracia?— Es un derecho fundado sobre la gracia santificante, en virtud del cual puedo reclamar y recibir en tiempo oportuno los socorros de gracia actual necesarios para el desarrollo de los frutos del sacramento. Cada sacramento tiene su objeto y su fruto: este objeto debe ser logrado, y este fruto debe ser preservado. Y para esto, por el privilegio mismo del sacramento, recibo un derecho a los auxilios que me son necesarios. En los tres sacramentos del Bautismo, la Confirmación y el Orden, este derecho descansa hasta en un carácter indeleble, De suerte que el bautizado tiene derecho a los auxilios que han de preservar su dignidad de cristiano; el confirmado tiene derecho a los auxilios que han de conservar su fuerza de soldado de Cristo; el penitente, a los que mantienen su curación; el que comulga, a los que sostienen los efectos del alimento divino; el enfermo, a los que prolongan su purificación hasta el instante de la muerte; el sacerdote, a los que son requeridos por su ministerio; el casado, a los que son necesarios para las inmensas responsabilidades de la paternidad.

¡Ah! ¡Si yo supiese conservar mis derechos y valerme de ellos!. Ciertamente, si Dios me los da no es para que yo los abandone, si me impone deberes es para que yo los cumpla, si me confiere derechos es para que los utilice. Los derechos son correlativos a los deberes; si no hago uso de los primeros no cumpliré los segundos. No, no tengo bastante fe en esos derechos sagrados, ignoro su valor, no pienso ni en aprovecharme de ellos ni en hacerlos valer: mis derechos abandonados dejan marchitarse los frutos de los sacramentos.

35.º Los tesoros acumulados.—Cada vez que recibo un sacramento produce en mi alma una

conmoción saludable: da luz a mi espíritu, calor a mi corazón, fuerza a mis potencias; es el impulso divino dado a mi vida. Si yo tuviese fe en Dios, fe en su gracia, fe en los instrumentos de su gracia, no sería tan frío, tan perezoso, tan apático para recibir, sobre todo, los dos sacramentos que deberían ser el cotidiano sustento y la reparación constante de mi interior. Todos los tesoros, por lo que hace a alimentos y a remedios, están ahí. Todo me invita a usar de ellos con frecuencia: la miseria que en mí siento, la facilidad con que me son ofrecidos, las exhortaciones que se me hacen, los ejemplos que se me dan, la experiencia que yo y otros muchos hemos hecho, los deseos de la iglesia y los deseos de Dios.

¡Y a pesar de todo permanezco frío!. ¡Es porque me cuido poco de vivir para Dios y según

Dios!. ¡Oh tesoros sagrados de la piedad!. ¿Os abandonaría tanto si de veras quisiera adelantar en la piedad? El que quiere enriquecerse no se hace así el desganado frente a una caja de caudales donde fácilmente puede coger, y a manos llenas. Es necesario que en lo sucesivo tenga una fe más viva, más práctica y más eficaz en los gérmenes, en los derechos y en los tesoros que encierran los sacramentos.

CAPÍTULO VIII

LA SANTÍSIMA VIRGEN

— 36. La Madre de mi piedad.

— 37. Dios te salve, María.

—38. Llena eres de gracia.

— 39. El Señor es contigo.

— 40. Bendita tú eres entre todas las mujeres.

36.° La Madre de mi piedad.—Sé cuánta necesidad tengo de la gracia y cuán débil soy por mí mismo, sé a qué alto grado de humildad me llama Dios y cuán lejos estoy de él. Cuando uno tiene ante su vista tales alturas, y siente en sí tan extremada debilidad, es un consuelo sentir la mano de Dios que jamás nos abandona y que nos está ayudando sin cesar. Consuela entregarse sin tasa ni medida en brazos de esta divina Providencia, que por las obras de su beneplácito viene a vivificar nuestra muerte, fortalecer nuestra debilidad, animar nuestra cobardía y a exaltar nuestra humildad. Consuela también, ver en la más alta cúspide de la santidad una madre incomparable, que viene a mi para sostenerme con su mano, para

alentarme con su corazón y para dirigirme con su mirada. Maria está allá arriba, muy cerca de Dios, reina de la humildad, madre de la divina gracia, madre de mi Dios y madre mía. Se inclina hacia mí para decirme: Yo soy la madre del amor hermoso y del temor y de la ciencia, es decir, de la piedad, pues estas tres cosas son la piedad. Y soy también la madre de la santa esperanza, porque la piedad que en mi calidad de madre formo y alimento en vosotros sobre la tierra, no tendrá su expansión plena sino en el cielo: aquí abajo la formación, allá arriba el gozo. Soy vuestra madre para el tiempo y para la eternidad; tengo para vosotros todas las gracias, las del camino y las del fin; en mí están todas las esperanzas, las de la vida de allá arriba y las de la fuerza aquí abajo para llegar al cielo. Venid, pues, a mí todos los que suspiráis por mi; venid y saciaos de mis dulces frutos. Mi espíritu, que os dará la vida, es más dulce que la miel, y más suave que el panal de miel mi herencia, a la cual os conduciré (Ecli. 24, 24)[556].

37.º Dios te salve, María. — ¡Oh dulce y santa Madre!. Si, yo quiero ir a Vos; sí, quiero poner mi mano en vuestra mano, mi corazón en vuestro corazón, mi mirada en vuestra mirada. Tengo un deseo tan grande y tan gran necesidad de vivir esta vida de la piedad, cuyos tesoros están en Vos. Os saludo, María; os saludo, Reina y Madre de la misericordia; sois mi vida, mi dulzura y mi esperaza. Hijo de la muerte, desterrado de la vida divina, clamo a Vos. A Vos suspiro gimiendo y llorando en este valle de lágrimas. Si, Madre y Protectora mía, volved a mí vuestras miradas llenas de misericordia. Sed mi madre, cread en mí esta vida que yo no puedo hacer por mí mismo. Esta vida de Dios, Vos podéis crearla en mí, puesto que sois la Madre de Dios; podéis crearla, puesto que la poseéis con una plenitud inconmensurable; podéis crearla, puesto que Dios os ha encargado que seáis mi madre y os ha dado para mí todas las riquezas de la vida. Madre de mi Dios, Madre de la divina gracia, Madre mía, hacedme vivir con Dios, en Dios y para Dios.

38.° Llena eres de gracia.—Desde el primer instante de su concepción inmaculada, María, preservada de toda mancha, fué adornada de gracias proporcionadas a su vocación, fué llena de gracia. Y durante todo el curso de su existencia mortal, fiel a su vocación, refirió constantemente a la única gloria del Altísimo todo lo que ella tenía de Él. Ni una partícula del don sagrado fué perdida, ninguna fué desviada, ninguna fué inutilizada. La inmensidad de los talentos recibidos fructificó por completo, sin que ninguna falta, ninguna imperfección, ninguna distracción, ningún apego a cosa criada viniese a detener su vuelo. María estaba desde el principio consumada en el estado de unidad, estaba en la cumbre de la santidad. Preservada de la mancha original, nunca tuvo necesidad de purificación alguna. Ninguno de los dones divinos se ha malogrado ni frustrado en ella: todos han ido, por tanto, a aumentar el tesoro de sus méritos, de su glorificación y de su dilatación en Dios. ¡Qué vida, qué méritos, qué santidad!... Fué llena de gracia. En mí, las enfermedades del alma ¡absorbed tantos recursos vitales!. En ella nada es absorbido. ¡Cuántos momentos de mi existencia dejo pasar estériles! Ella, por el contrario, utilizó en su absoluta plenitud todos los instantes que Dios le concedió.

Habiendo empleado así ella los dones de Dios, puede enseñarme a utilizarlos; colocada en la cima del camino, puede indicarme la manera de marchar; modelo acabado de todas las virtudes, puede atraerme con el olor de sus perfumes ; madre perfecta, puede educar a sus hijos; espejo de justicia, puede corregir mis imperfecciones. Si;puedo tener confianza en tal madre. Dios me ha hecho su hijo, y tengo seguridad de que mi madre ni me dejará ni consentirá sea indigno de ella un hijo que desea amarla, estar cerca de ella e imitarla. Cuanto más alta está, cuanto más perfecta es, mayor es mi confianza en ella: las madres no gustan de estar separadas de sus hijos.

39.ºEl Señor es contigo.—Ninguna es madre si no da la vida; la maternidad supone una comunicación de vida. María es madre y es Madre de Dios, porque de ella ha nacido Jesús, que se llama el Cristo (Mat. 1, 16)[557]. Ella ha dado la vida a Aquel que es la vida del mundo: ella es, por tanto, de una manera eminente la madre de mi vida, porque para mí el vivir es Cristo (Filip.1, 21)[558]. Cristo vino a fin de ser la cabeza del cuerpo del cual son miembros todos los rescatados; Él es la vid de la cual yo soy la rama. María, madre de la cepa, lo es por tanto también de los sarmientos.

Por el privilegio de su maternidad divina María está, en la intimidad divina, encumbrada sobre todas las criaturas. Ángeles y hombres, todo le es inferior, porque ninguna dignidad, ni angélica ni humana, es comparable a la dignidad de Madre de Dios. El Señor está con ella, y ella está con el Señor de una manera supereminente. Y para ser elevada a esta dignidad María ha tenido una plenitud de gracia y una plenitud de humildad ante la cual palidecen las grandezas reunidas de los ángeles y de los hombres. ¡Las grandezas de la Madre de Dios!..., todos los siglos las han cantado y no han dicho lo que son; todos los siglos las cantarán, según ella misma lo ha predicho (Luc. 1, 48)[559] y no dirán lo que son. Y ninguna criatura dirá jamás lo que es la Madre de Dios, y qué gracia y qué humildad la ha hecho Madre de Dios.

40.° Bendita tú eres entre todas las mujeres.—Llena de gracia en el privilegio incomparable de su perpetua virginidad, entrando en la intimidad del Señor por el privilegio más incomparable de su divina maternidad, María es bendita entre todas las mujeres en el privilegio de su maternidad humana. La gran bendición de la mujer es ser madre. Y María lo es más que todas las mujeres, pues tiene por hijas a todas las almas santificadas. Dios se sirve de ella para comunicar la vida sobrenatural a todos sus elegidos, estableciéndola como canal de las gracias que son distribuidas a los ángeles y a los hombres; nuestro Padre celestial ha querido que todos sus favores pasen por el corazón y por las manos de una madre, a fin de que sus hijos tengan todas las dulzuras de la familia.

Yo pertenezco a la familia de Dios (Efes. 2, 19)[560]. Dios, mi Padre, me da todo por María, mi Madre; y todos juntos, ángeles y santos, participamos de las gracias de nuestro Padre y de nuestra Madre. ¿Qué alma caerá en el desaliento si comprende un poco el corazón de su Dios y el corazón de Maria?. ¡Oh Dios mío, tengo confianza en Vos, estoy seguro de que me haréis santo!. ¡Oh Madre mía, Madre bendita entre todas las mujeres, en vuestros brazos me arrojo y por vuestra mediación espero obtener todo, la gracia y la fuerza, la virtud y la vida, la pureza y la gloria. Con vuestro socorro seré digno de Vos y de Dios, digno de cantar con Vos las alabanzas de nuestro Padre común, y de gozar en él, con Vos, de la beatitud eterna!

CAPÍTULO IX

JESUCRISTO

— 41. Invocación.

— 42. Dios, el hombre; su unión en Jesucristo.

— 43. En mi.

— 44. En el libro.

— 45. Éste no es más que un prefacio.

41.° Invocación.—Jesús mío, he hablado muy poco de Vos hasta aquí. ¡Es tan difícil hablar bien de Vos!. ¡Y yo sé hablar tan mal!. Quisiera ahora contemplaros y conoceros para decir algo de Vos; pero el asombro se apodera de mí como de Simón Pedro, y como él no sé más que arrojarme a vuestros pies y deciros: Maestro, apartaos de mí, que soy gran pecador (Luc. 5, 8)[561].

He hablado poco de Vos, y sin embargo no he hablado sino para Vos; no he buscado aquí más que una sola cosa, el secreto profundo de imitaros para llegar a ser semejante a Vos. Y he buscado las profundidades de este secreto, pues me parece que es un secreto profundo. No tengo la ambición de conocer como los santos cuál es la anchura y la largura y la altura y la profundidad (Efes. 3, 18)[562]. Reconozco mi pequeñez para alcanzar estas dimensiones. Sólo he querido y he aspirado a encontrar algo de la profundidad, buscar las primeras raíces y los primeros fundamentos de la caridad, que después alcanzará a medir todas las dimensiones.

42.° Dios, el hombre; su unión en Jesucristo.—He dicho en la Introducción[563]que este libro no era más que un prefacio, y es preciso demostrar esto al terminarlo. "El verdadero dogma central del cristianismo", dice Solowjew, "es la unión íntima y completa de lo divino y lo humano, sin confusión ni separación."[564]

Para gloria suya y para la felicidad de su criatura, Dios ha querido su unión con ella. La cima, absolutamente perfecta de esta unión es la persona adorable de nuestro Señor Jesucristo. Él es Dios y es Hombre; es Dios perfecto yHombre perfecto, Dios y Hombre unidos; juntos con una unión personal indisoluble, unidos sin confusión ni separación: ésta es la cumbre de la idea divina.

Durante siete siglos la Iglesia ha luchado contra herejías, renovadas sin cesar, que atacaban sucesivamente bajo todas sus fases este dogma primordial y fundamental del cristianismo. Desde los primeros gnósticos hasta los últimos iconoclastas, los herejes se han encarnizado unas veces contra la integridad de la naturaleza divina en el Cristo, otras contra la integridad de la naturaleza humana y otras contra la unión de ambas. Y la verdad salió de las tinieblas, y la unión divinohumana en Cristo ha permanecido siendo la base de la fe cristiana.

¿Para qué esas luchas?. ¿Por qué durante largos siglos se ha concentrado la intensidad de la vida de la Iglesia sobre este punto? — Porque Cristo es el fundamento del edificio humanodivino, y si la unión divinohumana se rompiere en Cristo se encontraría rota en la humanidad entera.

43.° En mí.—Es, pues, por Jesucristo, en su cuerpo y a su imagen, por quien cada hombre debe participar de la unión divina. ¿Qué es el cristiano? — Es el hombre que lleva en sí la imagen de Cristo y que es miembro de su cuerpo.

Y cómo llegar a ser miembro de su cuerpo y llevar su imagen? — Realizando en mí, en la medida que me es propia, esta unión que es la idea específica, el carácter esencial del cristianismo. La unión con Dios sin mezcla ni confusión, sin alteración ni lesión, sin separación ni división; la unión de mi ser al ser divino, de mi vida a la vida divina; la unión por la perfección de mi ser y de mi vida, por mi elevación a la participación de la naturaleza divina; la

unión por la subordinación de mi ser y de mi vida al ser y a la vida de Dios. Porque lo divino es superior y anterior a lo humano, y en la unión, de ambos lo superior debe regir a lo inferior. Así como el alma rige al cuerpo, así también Dios debe regir al hombre.

Este es el fondo, la substancia de la idea cristiana; es el cimiento del edificio, el esqueleto del cuerpo, la raíz de la planta. Si la construcción cristiana no tiene este sólido fundamento y esta substancia, no será más que una fachada pintada de barniz. Y el barniz es fácil de encontrar; más rara es la substancia.

44.º En el libro.—Pues bien, aquí he tratado de tener poco barniz y mucha substancia. Me parece, en efecto, no haber deseado ni pretendido ni visto más que una sola cosa: la unión divina, la unión de mi ser todo entero, a Dios únicamente. ¿Cómo he visto esta unión? — Por la gloria divina, fin supremo, resplandeciente, que lo domina todo, que todo lo atrae; por la renuncia de mi satisfacción y de todo mi ser, desprendiéndose de las fascinaciones de las criaturas, perfeccionándose al purificarse, y por este perfeccionamiento consagrándose a la gloria de Dios; por la sujeción de las criaturas y de sus placeres al único papel de meros instrumentos que les está asignado en el plan divino: éste es el objeto de la primera parte de este libro.

¿Cuál es el trabajo de la segunda parte? — Someter el movimiento humano al movimiento divino; para que lo divino llegue a regir en absoluto a lo humano, pues la unión del uno y del otro no puede subsistir sino dirigiendo lo divino a lo humano.

Y en la tercera parte, la simplificación y la unificación de los ejercicios de piedad, sus relaciones con la gracia y el movimiento divino, indican también cómo la unión divina es la única tendencia de todos los medios.

Hay, pues, aquí la substancia primera de la vida cristiana, desde su germinación hasta su mayor desarrollo, los secretos fundamentales de la formación de la vida humanodivina.

45.° Este no es más que un prefacio.—Pero no hay más que el esqueleto del cuerpo, el armazón del edificio, las raíces del árbol. ¡Oh Jesús! Vos sois la vid y yo el sarmiento (Juan 15, 5)[565]; Vos sois la cabeza y yo un miembro (Efes.1, 22)[566]; Vos sois la piedra angular, el cimiento (Efes. 2, 20)[567], y yo una pequeñísima piedra del edificio (1 Pedro 2, 5)[568]. En Vos debo yo crecer, en Vos debo ser edificado para la eterna gloria de vuestro Padre y de mi Padre, de vuestro Dios y de mi Dios. Sois así mi fin, pues en Vos debo consumarme en la unidad: deberé, pues, estudiar vuestra vida eterna en Dios, y vuestra vida mística en la Iglesia, a fin de contemplar mi fin.

Pero sois también mi camino. Porque habéis venido a vivir nuestra vida en medio de nosotros, haciendo la voluntad de vuestro Padre que os ha enviado a fin de guiarnos en el camino eterno (Salmo 138, 24)[569] con los ejemplos de vuestra vida y con las palabras de vuestras enseñanzas; y nadie va al Padre si no es por Vos (Juan .14, 6)[570].Deberé, pues, estudiar vuestra vida mortal y vuestras enseñanzas, a fin de encontrar mi camino.

Y habéis querido en vuestra humanidad ser mediador entre Dios y los hombres (1 Tim. 2, 5)[571], es decir, haceros nuestro medio vital, mereciendo para nosotros, con vuestros padecimientos y vuestra muerte, las gracias de la vida. Deberé pues, estudiar y meditar vuestros sufrimientos y vuestra muerte, a fin de encontrar en ese estudio los medios de mi vida.

Vos sois el tronco y yo la rama; Vos el cuerpo y yo el miembro. La rama vive con el árbol y de la vida del árbol, el miembro vive con el cuerpo y de la vida del cuerpo. Así, ¡oh Jesús! mi vida, vivo en Vos y de Vos. De Vos recibo la sangre y la savia divinas; de Vos espero mi crecimiento.

Sois, pues, mi fin, mi camino y mi medio. Lo habéis dicho Vos mismo: Soy el camino, la verdad y la vida (Juan 14, 6)[572].

¡Oh Jesús!. Sed mi Jesús y conducidme con Vos por los caminos de la piedad. Así serviré, amaré y veré a Dios en el enigma de la vida presente, y después cara a cara en los resplandores de la vida eterna (1 Cor. 13,12)[573]. Amén. Fiat!

CAPITULO X

RESUMEN GENERAL

— 46. La unidad.

— 47. La vida.

— 48. Mandamiento a nuestro alcance.

—49. Camino fácil.

— 50. Oración.

46.° La unidad.—En resumen, tres puntos se destacan muy salientes del conjunto de todo lo que hemos expuesto en esta obra; son como los tres puntos de mira de la piedad: la gloria de Dios, fin dominante de mi vida; el acto de "gracias", en aceptación de la voluntad de Dios, dominando el camino de la piedad; el golpe de vista del examen dominando los medios. Estas tres cosas se relacionan, se enlazan y vienen a constituir y formar una sola. Así toda la piedad es reducida a la unidad: unidad de fin, unidad de camino, unidad de medios, unidad de todo. "No hay más que un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo", dice el gran Apóstol. No hay más que un Dios, Padre de todos, el cual es sobre todos y hacia el cual debemos elevarnos: que está en todos nosotros para elevarnos a Él, y que nos da todas las cosas como medios de ir Él (Efes. 4. 5)[574].

¡Qué fácil es a un alma que ha comprendido esto adelantar por este medio, en este camino, hacia ese fin!. En verdad, la piedad así comprendida, así desembarazada de las múltiples complicaciones en las que frecuentemente nos extraviamos, ¿no está al alcance de todas las almas ávidas de perfección? Aparece grande, es verdad, grande e infinita como Dios. Ahora comprendo mejor la amplitud de esta palabra del Salvador: Sed, pues, vosotros perfectos, así como vuestro Padre celestial es perfecto (Mat. 5, 48)[575]. ¡Pero esta grandeza es tan sencilla en su unidad!.

47.° La vida.—La unidad está aquí en todas partes; en todas partes está también la vida. El capítulo que abre y explica la primera parte se titula "La vida"; y no he hecho, en realidad, en los cuatro libros que componen esa primera parte, sino meditar sobre los elementos, la organización, el crecimiento y la coronación de mi vida. La segunda parte me ha mostrado los

caminos de la vida. Y finalmente los medios de la vida han sido el objeto de la tercera parte. La obra entera lleva por título La vida interior. La vida es, en efecto, lo que he buscado sin descanso y sin rodeos: la vida en sus fuentes, pero la vida con Dios en el interior, no la vida de agitaciones en el exterior, que no es otra cosa, separada de Dios, más que el despilfarro de la existencia.

¡Dios mío!. Paréceme que he bebido en estas meditaciones un verdadero deseo de vivir; de vivir, es decir, de crecer siempre y por todos los medios; de crecer, pero en Vos, pero por Vos, pero para Vos; de crecer sin fin, sin descanso, hasta la eternidad del descanso en la paz.

48.° Mandamientoa nuestro alcance.— No, no; este mandamiento que hoy os doy no está sobre vosotros ni lejos de vosotros. No está en el cielo, de suerte que podáis decir: ¿quién de nosotros podrá subir al cielo para que nos traiga ese mandamiento y le oigamos y pongamos por obra?. Ni está situado a la otra parte del mar, para que os excuséis y digáis: ¿quién de nosotros podrá atravesar los mares y traérnosle de allá, para que podamos oír y hacer lo que se nos manda? ¡Oh no!.Este mandamiento está muy cerca de vosotros, en vuestra boca está y en vuestro corazón para que lo cumpláis. Considerad que hoy he puesto a vuestra vista la vida y el bien, de una parte, y de otra la muerte y el mal... Escoged, pues, la vida para que viváis; amad al Señor, vuestro Dios; haced su voluntad; uníos a Él siendo Él mismo, como es, vida vuestra y el que ha de daros larga vida (Deut. 30, 11—20)[576].

49.° Camino fácil.—Yhabrá allí una senda y un camino que se llamará camino santo; no le pisará hombre inmundo; y éste será para vosotros un camino recto, de tal suerte que aun los mas lerdos no se perderán en él (Is. 35, 8)[577].

He aquí delante de mí este sendero de la perfección, he aquí esta gran vía de la santidad: es la vía única, la vía que han seguido los santos. Pocos son los que saben encontrarla (Mat. 7, 14)[578], porque el que se mancha buscándose a sí mismo y a las criaturas no la conoce: éste anda por las vías múltiples y difíciles de las criaturas, mas ignora la vía de Dios (Sab. 5, 7)[579]. Esta no es difícil, es única, es directa, recta, corta, fácil, segura. Se puede marchar por ella sin temor y avanzar sin peligro. No es necesario tener, para andar por ella, ni sagacidad de juicio ni habilidad de ejecución. El hombre más sencillo, el más ignorante, aun el más mentecato no corre riesgo de extraviarse en ella; está al alcance de todos. Oigamos, pues, todos para terminar el consejo del prudente Tobías: Alaba al Señor en todo tiempo y pídele que dirija tus pasos y que estén fundadas en Él todas tus deliberaciones (Tob. 4, 20)[580].

50.° Oración.—Dios mío, Padre de mi vida, haced que dentro de toda la perfección posible y accesible a mi ser, hoy y todos los días de mi vida, dócil yo a la gracia de vuestro Espíritu Santo y fiel a mis medios de santificación, permanezca continuamente conforme con las disposiciones de vuestra Providencia y exacto observador de todos mis deberes, a fin de que para Vos ante todo, y para Vos sólo, crezca en Jesucristo siguiendo la verdad en la caridad, y que me regocije en la suprema y única gloria de vuestro nombre. Amén.

A. M. D. G.

----

[1] (Sab. 7, 13)

[2] Tengo suma complacencia en citar aquí a una hija de San Francisco de Sales, de las que mejor han compren-dido a su bienaventurado Padre, la venerable Madre María de Sales Chappuis, cuyas enseñanzas y vida concuerdan de un modo admirable con las teorías de este libro.

[3] Carta de 8 de Junio de 1606.

[4] Quoniam Deus lux est, et tenebrae in eo non sunt ullæ (1 Juan 1, 5).

[5] Eratis enim aliquando tenebræ, nunc autem lux in Domino (Efes. 5, 8). Tenebre in vobis, lux in Domino (S. Aug., Tract. I in Io. 6).

[6] Al decir general, entiendo que alcanza a la vez el conjunto del organismo de la piedad y una gran multitud de almas.

[7] Vos estis sal terræ; quod si sal evanuerit, in quo sa-lietur? (Mat. 5, 13.)

[8] Speciem quidem pietatis habentes, virtutem autem eius abnegantes (2 Tim. 3, 5)

[9] Fascinatio nugacitatis obscurat bona (Sab. 4, 12).

[10] Gatry, Perreyve.

[11] Intelligam in via immaculata, quando venies ad me. Perambulabam in innocentia cordis mei in medio domus meæ (Salmo 100, 2)

[12] Bonum est nos hic esse, faciamus hic tria tabemacula (Mat. 17, 4).

[13] Beatus vir cuius est auxilium abs te, ascensiones in corde suo disposuit in valle lacrymarum, in loco quail posuit (Salmo 83, 6).

[14] Subida del monte Carmelo 1. 3, c. 3

[15] Litteræ occident, spirits autor vivifica (2 Cor. 3, 6)

[16] Gratry, Perreyve.

[17] Martha, Martha, sollicita es et turbaris erga plurima (Luc. 10, 41).

[18] Porro unum est necessarium (Luc. 10, 41).

[19] Ædificavit domum suam super arenam, et descendit pluvia, et venerunt flumina, et flaverunt venti, et irruerunt in domum illam, et cecidit, et fuit ruina illius magna (Mat. 7, 27).

[20] .. iis qui ignorant et errant (Hebr. 5, 2).

[21] Fundamentum enim aliud nemo potest ponere præter id quod positum est (1 Cor. 3, 11).

[22] Secundum gratiam quææ data est mihi, ut sapiens archi-tectus fundamentum posui: alius autem superadificat. Unus- quisque autem videat quomodo superædificet (1 Cor. 3, 11).

[23] Manete in me et ego in vobis (Juan 15, 4).

[24] Egredietur virga de radice Iesse, et flos de radice eius ascendet, et requiescet super eum Spiritus Domini (Is. 11, 1).

[25] Digo: la fe se levanta sobre la razón, y no la fe nace de la razón. Aunque la fe, compuesta de un doble elemento divino y humano, como todo lo que pertenece al Hombre-Dios y viene de El, nace en realidad por su elemento hu-mano de la razón; sin embargo, su elemento divino, que es el principal y que nace de la gracia y de la revelación, no permite decir que la fe nace de la razón, como se dice que

Jesús nació de María. Al menos el lenguaje católico no ha autorizado jamás esta asimilación, a fin de evitar la herejía pelagiana.

[26] Cf. S. Thom., S. th. 2, 2, q. 4, a. 2.

[27] ... quos prædestinavit conformes fieri imaginis Filii sui (Rom. 8, 29).

[28] Induimini Dominum Iesum Christum (Rom. 13, 14).

[29] Omne datum optimum et omne donum pertectum de-sursum est, descendens a Patre luminum (Santiago 1, 17).

[30] Factus est homo in animam viventem (Gén. 2, 7).

[31] Cf. S. Thom., De Potentia § 10, a. i c.

[32] Habetis fructum vestrum in sanctificationem, finem vero vitam æternam (Rom. 6, 22).

[33] Gracia autem Dei vita eterna in Christo Iesu Domino nostro (Rom. 6, 23).

[34] Crescite (Gén. 1, 28).

[35] Sed neque exhibeatis membra vestra arma iniquitatis peccato; sed exhibete vos Deo tamquam ex mortuis viventes, et membra vestra arma iustitim Deo (Rom. 6, 13).

[36] Propter quod non deficimus; sed licet is, qui foris est, noster homo corrumpatur, tamen is, qui intus est, renovatur de die in diem (2 Cor. 4, 16).

[37] Véase el n.° 17.

[38] Omnia per ipsum facta sunt et sine ipso factum est nihil quod factum est (Juan 1, 3).

[39] Ipse dixit et facta sunt, ipse mandavit et creata sunt (Salmo 148, 5).

[40] Ipse dat omnibus vitam et inspirationem et omnia (Hech. 17, 25).

[41] In ipso enim vivimus et movemur et sumus (Hech. 17, 28).

[42] Fecisti omnia verbo tuo (Sab. 9, 1).

[43] Et hoc factum est quod ipse voluisti (Jud. 4, 4).

[44] Tuus est dies et tua est nox, tu fabricatus es auroram et solor, tu fecisti omnes terminos terræ (Salmo 73, 16).

[45] Tu fecisti cœlum et terram et quidquid cœli ambitu continetur (Est. 13, 10).

[46] Dominus creans cœlos, ipse Deus formans terram, et faciens eam, ipse plastes éius, non in vanum creavit eam (Is. 45, 18).

[47] Deus sapientia fundavit terram, stabilivit cœlus pru-dentia (Prov. 3, 17).

[48] Omnia in sapientia fecisti (Salmo 103, 24).

[49] Omnia in mensura, et numero, et pondere disposuisti (Sab. II, 21).

[50] Attingit a fine ad finem fortiter et disponit omnia suaviter (Sab. 8, I).

[51] Hæc dicit Dominus Deus, creans cœlos et extendens cos, firmans terram et quæ germinant in ea, dans Datum populo qui est super eam, et spiritum calcantibus eam: Ego Dominus, hoc est nomen meum, gloriam meam alteri non dabo (Is. 42, 1).

[52] Propter me faciam, ut non blasphemer, et gloriam meam alteri non dabo. Audi me, Jacob et Israel quem ego voco: Ego ipse, ego primus et ego novissimus (Is. 48, II).

[53] Ego sum alpha et omega, principium et finis, primus et novissimus (Apoc. 1, 8).

[54] Universa propter semetipsum operatus est Dominus (Prov. 6, 4).

[55] Cum bonum sit quod omnia appetunt, hoc autem habeat rationem finis, manifestum est quod bonum rationem finis important (S. Thom., S. th. z, q. 5, a. 4 c).

[56] Ideo quippe et finis dictus est summum bonum, quia propter hunc cætera volumus, ipsum autem nonnisi propter ipsum (S. Aug., De civ. Dei 8, 8).

[57] Ipse fecit nos et non ipsi nos (Salmo 99, 3).

[58] Manus tuæ fecerunt me et plasmaverunt me totum in circuitu (Job 10, 8).

[59] Et ait: Faciamus hominem ad imaginem et similitudi-nem nostram; et præsit piscibus maris, et volatilibus cœli, et bestiis, universæque terræ, omnique reptili quod move-tur in terra. Et creavit Deus hominem ad imaginem suam (Gén. I, 26).

[60] Formavit igitur Dominus Deus hominem de limo terræ, et inspiravit in faciem eius spiraculum vitæ, et factus est homo in animam viventem (Gén. 2, 7).

[61] Nemo enim nostrum sibi vivit, et nemo sibi moritur. Sive enim vivimus, Domino vivimus, sive morimur, Domino morimur. Sive ergo vivimus, sive morimur, Domini sumus (Rom. 14, 7 y sg.).

[62] Et omnem qui invocat nomen meum, in gloriam meam creavi eum, formavi eum et feci eum (Is. 42, 7).

[63] Finem loquendi pariter omnes audiamus: Deum time mandata eius observa; hoc est enim omnis homo (Ecles. I2, 13).

[64] Quid brevius, verius, salubrius dici potuit? Deum time, inquit, et mandata eius serva, hoc est enim omnis homo. Quicumque enim est, hoc est, custos utique mandatorum Dei; quoniam qui hoc non est, nihil est. Non enim ad veritatis imaginem reformatur remanens in similitudine vanitatis (De civ. Dei 20, 3).

[65] Deus caritas est (1 Juan 4, 8).

[66] Ut sint consummati in unum (Juan 17, 22).

[67] Tratado del amor de Dios 1. 2, c. 4.

[68] Per ipsum, et cum ipso, et in ipso, est tibi Deo Patri in unitate Spiritus Sancti, omnis honor et gloria (Canon missæ).

[69] Non pro eis autem rogo tantum, sed et pro eis qui credituri sunt per verbum eorum in me, ut omnes unum sint; sicut tu, Pater, in me et ego in te, ut et ipsi in nobis unum sint; ut credat mundus quia tu me misisti. Et ego claritatem quam dedisti mihi dedi eis, ut sint unum sicut et nos unum sumus. Ego in eis et tu in me, ut sint con-summati in unum (Juan 17, 20).

[70] Multi enim sunt vocati, pauci vero electi (Mat. 20, 16).

[71] Propter gloriam nominis tui, Domine, libera nos (Salmo 78, 9).

[72] Porro unum est necessarium (Luc. 10, 42).

[73] Universa propter semetipsum operatus est Dominus, et impium ad diem malum (Prov. 16, 4)

[74] Nec sineret bonus fieri male, nisi omnipotens et de malo facere posset bene (Enchir. 26).

[75] Beati qui habitant in domo tua, Domine; in sæcula sæoulorum laudabunt te (Salmo 83, 5).

[76] Hæc locutus sum vobis, ut gaudium meum in vobis sit et gaudium vestrum impleatur (Juan 15, II).

[77] Non est discipulus super magistrum, nec servus super dominuru suum (Mat. 10, 24).

[78] Lætamini in Domino et exsultate iusti (Salmo 3 1 , II).

[79] Lætamini in Domino et exsultate iusti (Salmo 31 , 11).

[80] Gaudete in Domino semper, iterum dico: gaudete (Filip. 4, 4).

[81] Pacem relinquo vobis, pacem meam do vobis; non quomodo mundus dat, ego do vobis (Juan 14, 27).

[82] Inebriabuntur ab ubertate domus tuæ et torrente vo-luptatis tuæ potabis eos (Salmo 35. 9)

[83] Intra in gaudium Domini tui (Mat. 25, 21).

[84] Qui solus habet immortalitatem (1 Tim. 6, 6). Sicut enim Pater habet vitam in semetipso, sic dedit et Filio habere vitam in semetipso (Juan 5, 26).

[85] Et dedit illis regionesgentium, et labores populorum possederunt, ut custodiant iustificationes eius et legem eius requirant (Salmo 104, 45).

[86] Et dicant semper: Magnificetur Dominus, qui volunt pacem servi eius (Salmo 34, 27).

[87] Teótimo 1. 4, c. 6.

[88] Deus servitute nostra non indiget, nos yero domina-tione illius indigemus, ut operetur et custodiat nos. Et ideo vents et solus Ddminus, quia non illi ad suam sed ad nostram utilitatem salutemque servimus. Nam si nobis indi-geret, eo ipso non verus Dominus esset, cum per nos eius adiuvaretur necessitas, sub quæ et ipse serviret (De doctr. Christ. t, 8, 24).

[89] Sicut adipe et pinguedine repleatur anima mea, et labiis exsultationis laudabit os meum (Salmo 62, 6).

[90] Dilexisti iustitiam et odisti iniquitatem, propterea unxit te Deus, Deus tuus, oleo lætitiæ (Salmo 44, 8).

[91] Libro II, capítulo IV y sg.

[92] Ab ipsis in seipso requievit (I De Gen. ad litt. r, 4, n. 26).

[93] Ut sit Deus omnia in omnibus (1 Cor. 15, 28).

[94] Quærite ergo primum regnum Dei et iustitiam eius, et hæc omnia adicientur vobis (Mat. 6, 33)

[95] Regnum ergo et iustitia Dei bonum nostrum est, et hoc appetendum, et ibi finis constituendus, propter quod omnia faciamus quæcumque facimus. Sed quia in hac vita mili-tamus, ut ad illud regnum pervenire possimus, quæ vita sine his necessariis agi non potest: apponentur vobis hæc, inquit; sed vos regnum Dei et iustitiam eius primum quaerite. Cum enim dixit illud primum, significavit quia hoc posterius quaerendum est, non torpore sed dignitate; illud tamquam bonum nostrum, hoc tamquam necessarium nostrum, neces-sarium autem propter illud bonum (S. Aug., De serm. Dei in monte 2, 53).

[96] Omnia enim vestra sunt, sive Paulus, sive Apollo, sive Cephas, sive mundus, sive vita, sive mors, sive præsentia, sive futura; omnia enim vestra sunt; vos autem Christi, Christus autem Dei (1Cor. 3, 22 y sg.).

[97] Quid est homo quod memor es eius?... gloria et honore coronasti eum et constituisti eum super opera manuum tua-rum. Omnia subiecisti sub pedibus eius, oves et boyes universas, insuper et pecora campi, volucres cœli et pisces maris (Salmo 8, 5-9).

[98] Et homo, cum in honore esset, non intellexit, compa-ratus est iumentis insipientibus et similis factus est illis (Salmo 48, 13).

[99] Spiritus omnia scrutatur etiam profunda Dei (1 Cor. 2, 10).

[100] Verbum breviatum faciet Dominus super terram (Rom. 9, 28).

[101] Ut consolentur corda ipsorum, instructi in caritate et in omnes divitias plenitudinis intellectus, in cognitionor mysterii Dei Patris et Christi Iesu, in quo sunt omnes thesauri sapientiæ et scientiæ absconditi (Col. 2, 2 y sg.).

[102] S. th. 2, 2, q. 83, a. 9 C.

[103] Nihil est autem esse quam unum esse. Itaque in quan-tum quidque adipiscitur unitatem, in tantum est (S. Aug., De morib. Manich. 1. 2, n. 8).

[104] In omnibus viis tuis cogita ilium, et ipse diriget gressus tuns (Prov. 3, 6).

[105] Nihil volitum nisi prius cognitum.

[106] La apreciación y la estima puede parecer que sólo son un juicio de la inteligencia, pero ambas no se completan sino por esta adhesión de la voluntad, por este amor apre-ciativo que les da su verdadero carácter. Por esta razón las atribuyo a la voluntad.

[107] Deus caritas est, et qui manet in caritate, in Deo manet et Deus in eo (1 Juan 4, 16).

[108] Scire etiam supereminentem scientiæ caritatem Christi, ut impleamini in omnem plenitudinem Dei (Efes. 3, 19).

[109] Impleta est terra possessione tua (Salmo 103, 24).

[110] Laudis eius plena est terra (Hab. 3, 3).

[111] Plenitudo ergo legis est dilectio (Rom. 13, 10).

[112] Iustum deduxit Dominus per vias rectas (Sab. L0, 10).

[113] Ves enim in libertatem vocati estis, fratres (Gál. 5, 13).

[114] Pietas ad omnia utilis est (1 Tim. 4, 6).

[115] Veritatem autem facientes in caritate, crescamus in illo per omnia qui est caput. Christus (Efes. 4, 15)

[116] Crescit in augmentum Dei (Col. 2, 19).

[117] Véase libro I, capítulo VI, n.° 29.

[118] Super omnia autem hæc caritatem habete, quod est vinculum perfectionis (Col. 3, 14).

[119] Augmentum corporis facit in ædificationenl sui in cari-tate (Efes. 4, 16).

[120] Nam in Christo Iesu neque circumcisio aliquid valet neque præputium, sed fides que per caritatem operatur (Gál. 5, 6).

[121] Filioli mei, non diligamus verbo neque lingua, sed opere et veritate (1 Juan 3, 18).

[122] Hoc est maximum et primum mandatum (Mat. 22, 38).

[123] Diliges Dominum Deum tuum ex toto corde tuo, et ex tota anima tua, et ex tota mente tua, et ex tota virtute tua (Marc. 12, 30).

[124] San Francisco de Sales, Cartas.

[125] Id., Cántico de los Cánticos, Prefacio.

[126] Filii hominum, usquequo gravi corde? utquid diligitis vanitatem et quæritis mendacium? (Salmo 4, 3).

[127] Viam mandatorum tuorum cucurri, cum dilatasti cor meum (Salmo 118, 32).

[128] Quis dabit mihi pennas sicut columbx, et volabo et requiescam? (Salmo 54, 7).

[129] Exerce autem teipsum ad pietatem, nam pietas ad omnia utilis est, promissionem habens vitæ que nunc est et futura (1 Tim. 4, 8).

[130] Est autem quastus magnus pietas cum sufficientia (1 Tim. 6, 6).

[131] Maiorem horum non habeo gratiam, quam ut audiam filios incoa in veritate ambulare (3 Juan 4).

[132] Veasé capítulo II, n.° 10.

[133] Es preciso leer todo el capítulo 13 de la 1ª Epístola a los corintios para ver cómo la caridad es el vínculo y el alma de todas las virtudes.

[134] Habentes speciem quidem pietatis, virtutem autem eius abnegantes (2 Tim. 3, 5).

[135] (Mat. 25, 15.)

[136] Libro I, n.° 27.

[137] Lauda, anima mea, Dominum. Laudabo Dominum in vita mea, psallam Deo meo quamdiu fuero (Salmo 145, 2)

[138] Vivet anima mea et laudabit te (Salmo 118, 175).

[139] Vivens, vixens ipso confitebitur tibi. (Is. 38, 19).

[140] Non mortui laudabunt te, Domine, neque omnes qui descendunt in infernum. Sed nos qui vivimns, benedicimus Domino ex hoc nunc et usque in sæculum (Salmo 113, 18).

[141] Non moriar, sed vivam, et narrabo opera Domini (Salmo 117, 17).

[142] Deus meus es tu, et oonfitebor tibi, Deus meus es tu, et exaltabo te (Salmo 117, 28).

[143] Crescite et multiplicamini (Gén. 1, 28).

[144] Amen, dico vobis, quamdiu fecistis uni ex his fratribus meis minimis, mihi fecistis (Mat. 25, 40).

[145] Et quicumque potum dederit uni ex minimis istis, ca-licem aquae frigidæ tantum, in nomine discipuli, amen, dico vobis, non perdet mercedem suam (Mat. 10, 42).

[146] Non est enim ocoultum quod non manifestetur, nec absconditum quod non cognoscatur et in palam veniat (Luc. 8, 17).

[147] (Mat. 25, 35).

[148] Qui autem efficit nos in hoc ipsum, Deus, qui dedit nobis pignus spiritus. Audentes igitur semper, scientes quoniam, dum sumus in corpore, peregrinamur a Domino; per fidem enim ambulamus et non per speciem; audemus autem et honam voluntatem babemus magis peregrinari a corpore et præsentes esse ad Dominum (2 Cor. 5, 5).

[149] Fascinatio enim nugacitatis obscurat bona, et in-constantia concupiscentiæ transverit sensum sine malitia (Sab. 4, 12).

[150] Ego Dominus diligens iudicium et odio habens rapi-nam in holocausto (Is. 61, 8).

[151] Espíritu de San Francisco de Sales (l. 18, c. 12).

[152] Ego non quæro gloriam meam... si ego glorifico meipsum, gloria mea nihil est (Juan 8, 50).

[153] Eritis sicut dii scientes bonum et malum (Gén. 3, 5).

[154] Ille homicida erat ab initio et in veritate non stetit, quia non est veritas in eo; cum loquitur mendacium, ex propriis loquitur, quia mendax est et pater eius (Juan 8, 44).

[155] Vanitas vanitatum, dixit Ecclesiastes, vanitas vanita-tum, et omnia vanitas (Ecles. 1, 2).

[156] Si non reddit faciendo quod debet, reddit patiendo quod debet. Nullo autem temporis intervallo ista dividuntur, ut quasi alio tempore non faciat quod debet, et alio patiatur quod debet; ne vel puncto temporis universalis pulchritudo turpetur, ut sit in ea peccati dedecus sine decore vindictæ (S. Aug., De libero arbitrio 3, 44).

[157] Expectatio creaturæ revelationem filiorum Dei æspec-tat, Vanitati enim creatura subiecta est non volens, sed propter eum qui subiecit eam, in spe quia et ipsa creature liberabitur a servitute corruptionis in libertatem filiorum Dei. Scimus enim quod omnis creatura ingemiscit et par-turit usque adhuc (Rom. 8, 19—22).

[158] Omnes enim peccaverunt et egent gloria Dei (Rom, 3, 23).

[159] Flebat irremediabilibus lacrymis (Tob, 10, 4).

[160] Videte si factum est huiscemodi: si mutavit gens deos suos, et certe ipsi non sunt dii, populus vero meus mutavit gloriam suam in idolum. Obstupescite, cœli, super hoc, et portæ eius, desolamini vehementer! (Jer. 2,10).

[161] Usquequo claudicatis in duas partes?... Si Dominus est Deus, sequimini eum (3 Reyes 18, 21).

[162] Nondum enim usque ad sanguinem restitistis, adversus peccatum repugnantes (Hebr. 12, 4).

[163] Quid superbit terra et cinis? (Ecli, 10, 9).

[164] Delicta quis intellegit? (Salmo 18, 13).

[165] Quis sapiens et intelleget ista intellegens et esciet haec?

[166] Comprehenderunt me iniquitates meæ et non potui ut viderem multiplicatæ sunt super capillos capitis mei (Salmo 39, 13).

[167] Sive ergo manducatis, sive bihitis, sive aliud quid fa-citis, amnia in gloriam Dei Licite (1 Cor.10, 31).

[168] Véase más adelante, n.° 50, la cuestión de la intención actual y habitual.

[169] Incurvaverunt animam meam (Salmo 6, 7).

[170] Conferencias XV (edición de Anney) pág. 284.

[171] Et assumens eum Petrus cœpit increpare ilium dicens : Absit a te, Domine, non erit tibi hoc. Qui conversus dixit Petro: Vade post me, Satana, scandalum es mihi, quia non sapis ea quæ Dei sunt sed ea quæ hominum (Mat. 16, 22).

[172] Quoniam ipse cognovit figmentum nostrum, recordatus est quoniam pulvis sumus (Salmo 102, 14).

[173] Quanta magis abominabilis et inutilis homo, qui bibit quasi aquam iniquitatem? (Job 15, 10).

[174] Diálogos primera parte, cap. XVII.

[175] Véase libro II, capítulo IX, n.° 48.

[176] Omne quodeumque facitis in verbo aut in opere, omnia in nomine Domini Iesu Christi, gratias agentes Deo et Patri per ipsum (Col. 3, 17).

[177] Sive ergo manducatis, sive bibitis, sive aliud quid fa-citis, omnia in gloriam Dei facite (1 Cor. 10, 31).

[178] Omnis consummationis vidi finem (Salmo 118, 96).

[179] Espíritu de San Francisco de Sales I. 1, c. 25 y 27.

[180] Status autem episcopalis ad perfectionem pertinet tam-quam quoddam perfectionis magisterium (S. th. 2, 2, q. 185, a. 8).

[181] Secundum Dionysium (Ecles. Hier. 6) perfectio pertinet active ad Episcopum, sicut ad perfectorem; ad monachum autem passive, sicut ad perfectum (Id. a. 1 ad 2).

[182] Ex hoc quod aliquis accipit sacrum ordinem, non po-nitur simpliciter in statu perfectionis; quamvis interior perfectio ad hoc requiratur, quod aliquis digne huiusmodi actus exerceat (Id. q. 184, a. 6 c.).

[183] Véase n.° 50.

[184] Véase la tercera parte, libro I.

[185] Véase libro 1, capitulo VII.

[186] Non est in carendo difficultas, nisi cum est in habendo cupiditas (S. Aug., De doctrina cristiana 1. 3, tr. 27).

[187] Tercera parte, libro II, capitulo VI, n.° 26 y sg.

[188] Segunda parte, libro I y II.

[189] Quasi pannus menstruatæ universæ iustitiæ nostram (Is. 64, 6).

[190] Véase libro IV, capítulo II, n. 7, la definición de lo humano.

[191] Véase. Segunda parte libro II, capítulo III, nº13

[192] Propter gloria nominis tui. Domine, libera nos (Salm 78, 9).

[193] Cantemus Domino, gloriose enim magnificatus est (Ex. 15, 1).

[194] Núm. 14, 13.

[195]Jud. cap. 9.

[196] Est. cap. 14.

[197] Et salvavit eos propter nomen suum, ut notam faceret potentiam suam (Salmo 105, 8).

[198] Dominus scit cogitationes hominum, quoniam vana sunt (Salmo 93, 11),

[199] Infelix ego home; quin me liberabit de corpore mortis huius? (Rom. 7, 24).

[200] Cæcus si cæco ducatum præstet, ambo in foveam cadunt (Mat. 15, 14).

[201] Fondéments de la vie spirituelle 1. II, cap. 2.

[202] Ipsa est enim via nostra iuste vivere. Quomodo autem non offendat in via, cui non lucet lumen? Ac per hoc in tali via videre opus est, in tali via videre magnum est (Tract. in Io. 35, 3).

[203] Lettres á Madame de Stourdza.

[204] Defecit sanctus, quoniam diminuta sunt veritates a filiis hominum (Salmo 11, 2).

[205] Fide purificans corda eorum (Hech. 15, 9).

[206] I Cor. I3, I.

[207] Véase especialmente la tercera parte, libro II.

[208] Exspoliantes vos veterem hominem cum actibus suis, et induentes novum, eum qui renovatur in agnitionem, se-cundum imaginem eius qui creavit illum (Col. 3, 9-l0).

[209] Abscondes eos in abscondito faciei tuæ, a conturbatione- hominum (Salmo 30, 21),

[210] Ad maiorem Dei gloriam.

[211] Zelus domus tux cumedit me (Salmo 68, l0).

[212] Beati qui esuriunt et sitiunt iustitiam (Mat. 5, 6).

[213] Meus cibus est, ut faciam voluntatem eius qui misit me (Juan 4, 34)

[214] Quid mihi est in cerio et a te quid volui super terram? Deus cordis mei et pars mea Deus in aeternum (Salmo 72, 25).

[215] Sitivit in te anima mea, quam multipliciter tibi caro mea (Salmo 62, 2).

[216] Exercit, spirit., Fundamentum.

[217] Illum oportet crescere, me autem minui (Juan 3, 30).

[218] Seminatur in corruptione, surget in incorruptione; se-minatur in ignobilitate, stuget in gloria; seminatur in infir-mitate, surget in virtute; seminatur corpus animale, surget corpus spirituale.... Hoc autem dico, fratres, cuia caro et sanguis regnum Dei possidere non possunt, neque curruptio incorruptelam possidebit.... Oportet enim corruptibile hoc induere incorruptionem, et mortale hoc induere immortali-tatem. Cum autem mortale hoc induerit inmortalitatem, tune fiet sermo qui scriptus est: Absorta est mors in victoria (I Cor. 15, 42 — 54).

[219] Tratado del amor de Dios I. 9, c. 13.

[220] Quotidie morior (1 Cor. 15, 31).

[221] Qui enim voluerit animam suam salvam facere, perdet eam; qui autem perdiderit animam suam propter me, in veniet eam (Mat. 16, 25).

[222] Tratado del amor de Dios 1. 9, c. 16.

[223] Sed licet is qui foris est noster homo corrumpatur, tamen is qui intus est renovator de die in diem (2 Cor. 4. 16).

[224] Viditque (Iacob) in somnis scalam stantem super terram et cacumen illius tangens cælum (Gén. 28, 12).

[225] Acta Sanctorum XII, 901.

[226] Vivo autem, iam non ego, vivit vero in me Christus (Gá1. 2, 20).

[227] Christo confixus sum cruci (Gá1, 2, 19).

[228] Mihi mundus crucifixus est et ego mundo (Gá1. 6, 14).

[229] Mortui enim estis, et vita vestra est abscondita cum Christo in Deo, (Col. 3, 3).

[230] Beati mortui, qui in Domino moriuntur (Apoc. 14, 13).

[231] Absorpta est mors in victoria (1 Cor. 15, 54).

[232] Ut sit Deus omnia in omnibus (1Cor. 15, 28).

[233] Medium parietem macerix soles ens (Efes. 2, 14).

[234] Mat. 5, 3-11.

[235] Omnis consummationis vidi finem, latum mandatum tuum nimis (Salmo118, 96).

[236] Cartas 1. 4, carta 160 (edición Leonard).

[237] ... qui dignos nos fecit in partem sortis sanctorum in lumine.... et transtulit nos in regnum Filii dilectionis suæ (Col. 1, 12 y sg.).

[238] Subida del monte Carmelo 1. 1.c. 4.

[239] Cum accepero tempus, ego iustitias iudicabo (Salmo. 74, 3).

[240] Unicuique autem nostrum data est gratia secundum mensuram donationis Christi (Efes. 4, 7).

[241] Stella enim a stella differt in claritate (1 Cor. 15, 41).

[242] Si ceciderit lignum ad austrum aut ad aquilonem, inquocumque loco ceciderit, ibi erit (Ecles. 11, 3).

[243] Me oportet operari opera eius qui misit me, donec diesest. Venit nox, quando nemo potest operari (Juan 9, 4).

[244] Esto consentiens adversario tuo, cito dum es in via cum eo: ne forte tradat te adversarius iudici, et iudex tradat te ministro, et in carcerem mittaris. Amen dico tibi, non exies inde, donec reddas novissimum quadrantem (Mat. 5, 25).

[245] Ut possitis comprehendere cum omnibus sanctis qua sit latitudo, et longitudo, et sublimitas et profundum (Efes. 3, 18).

[246] Omne regnum in seipsum dicisum desolabitur (Luc.17).

[247] Quærite Dominum et confirmamini, quærite faciem eius semper (Salmo 104, 4).

[248] Quæite Deura et vivet anima vestra (Salmo 68, 33).

[249] Quia hic dicit Dominus domui Israel: Quærite me et vivetis (Amos 5, 4).

[250] Fortitudinem meam ad te custodiam (Salmo 58, 10).

[251] Mirabilis Deus in sanctis suis. Deus Israel ipse dabit virtutem et fortitudinem plebi sua (Salmo 67, 36).

[252] Repito aquí una observación que he hecho al princi-pio. Estas expresiones "todos" y "cada uno" deben enten-derse moralmente, y tomarse en una acepción bastante amplia, para dar legitimo lugar a las numerosas excepcio-nes que son el consuelo del presente y la esperanza del porvenir.

[253] Gloria Domini colliget te (Is. 58, 8).

[254] Nescitis quoniam cui exhibetis vos servos ad obedien-dum, servi estis eius cui obeditis, sive peccati ad modem, sive obeditionis ad iustitiam?... Nunc vero liberati a peccato, servi autem facti Deo (Rom. 6, 16—22).

[255] Omnem sollicitudinem vestram proicientes in eum, quoniam ipsi cura est de vobis (I Pedro 5, 7).

[256] Cognoscetis veritatem, et veritas liberabit vos... si ergo vos Filius liberaverit, vere liberi eritis (Juan 8, 32).

[257] Anima nostra sicut passer erepta est de laqueo venantium. Laqueus contritus est, et nos liberati sumus (Salmo 123, 7)

[258] Pax est tranquillitas ordinis (S. Aug., De civ. Dei 1, 19, n.13).

[259] Pax Dei quae exsuperat omnem sensum (Fil. 4, 7).

[260] Pacem relinquo vobis, pacem meam do vobis; non quomodo mundus dat, ego do vobis (Juan 14, 27).

[261] Et erit opus iustitiae pax (Is.32.17).

[262] Suscipiant montes pacem populo, et colles iustitiam (Salmo 71, 3),

[263] Gloria in altissimis Deo, et in terra pax hominibus bonae voluntatis (Luc. 2, 14).

[264] Manete in me et ego in vobis (Juan 15, 4).

[265] Qui manet in caritate, in Deo manet et Deus in eo (I Juan 4, 16).

[266] Quærite et invenietis (Mat. 7, 7).

[267] (Gal. 3, 3).

[268] Distraer quiere decir separar o apartar en sentidos opuestos. ¡Cuántas almas se quejan de distracciones durante la oración! ¿Saben cuál es la causa? Las distracciones son la condición inevitable de toda alma que no está en su centro. A medida que ella vuelve a la unidad central de su vida, las distracciones desaparecen. El medio, por consiguiente, más eficaz de evitar las distracciones, es acercarse al centro de unidad.

[269] Solium gloria altitudinis a principio locus sanctifica-tionis nostræ (Jer. 17, 12).

[270] Quoniam omne quod natum est ex Deo, vincit mun-dum, et lime est victoria qua: vincit mundum, fides nostræ (1 Juan 5, 4).

[271] Disce ubi sit prudentia, ubi sit virtus, ubi sit intellec-tus, ut scias simul ubi sit longiturnitas vita et victus, ubi sit lumen oculorum, et pax (Bar. 3, 14).

[272] Quæ mihi fuerunt lucra, hæc arbitratus sum propter Christum detrimenta. Verumtamen existimo omnia detri-mentum esse, propter eminentem scientiam Iesu Christi Domini mei, propter quern omnia detrimentum feci, et arbi-tror ut stercora, ut Christum lucrifaciam.... Non quod iam acceperim aut iam perfectus sim; sequor autem si quo modo comprehendam, in quo et comprehensus sum a Christo Iesu. Fratres, ego me non arbitror comprehendisse. Unum autem, quæ quidem retro stint obliviscens, ad ea vero qum sunt priora extendens meipsum, ad destinatum persequor, ad bravium supernæ vocationis Dei in Christo Iesu. Qui-cumque ergo perfecti sumus, hoc sentiamus; et si quid aliter sapitis, et hoc vobis Deus revelabit. Verumtamen ad quod pervenimus, ut idem sapiamus, et in eadem perma-neamus regula. Imitatores mei estate, fratres, et observate eos qui ita ambulant, sicut habetis forman nostram (Fil. 3 7— 17).

[273] Véase primera parte, libro I, capítulo X, n.° 51.

[274] Non omnis qui dicit mihi: Domine, Domine, intrabit in regnum cœlorum ; sed qui facit voluntatem Patris mei qui in ccelis est, ipse intrabit in regnum cœlorum (Mat. 7, 21).

[275] Cœli enarrant gloriam Dei (Salmo 18, 2).

[276] In domo Patris mei mansiones multæ sunt (Juan 14, 2).

[277] In sæcula sæculorurn laudabunt te (Salmo82. 5).

[278] Nostra autem conversatio in cœlis est (Filip. 3, 20).

[279] Ecce enim regnum Dei intra vos est (Luc. 17. 21).

[280] Adveniat regnum tuum (Mat. 6, 10).

[281] Tratado del amor de Dios 1. 8, c. 3.

[282] Apud vos manebit et in vobis erit (Juan 14, 17)

[283] Multifariam multisque modis olim Deus loquens patribus in prophetis, novissime diebus istis locutus est nobis in Filio, quem constituit heredem universorum, per quem fecit et sæcula (Hebr. I, I).

[284] Et quidem non sine testimonio semetipsum reliquit (Hech. 14, 16).

[285] In his duobus mandatis universa lex pendet et pro-pheta: (Mat. 22, 40).

[286] Véase primera parte, libro II, capítulo 11, n.° 8 y 10.

[287] Véase primera parte, libro II, capítulo I.

[288] Qui sequitur me, non ambulat in tenebris (Juan. 8, 12).

[289] Nolite fieri imprudentes, sed intelligentes quæ sit voluntas Dei (Efes. 5, 17).

[290] Orantes et postulantes, ut impleamini agnitione volun-tatis eius, in omni sapientia et intellectu spiritali, ut ambu-letis digne Deo per omnia placentes, in omni opere bono fructificantes et crescentes in scientia Dei (Col. 1, 9).

[291] Ecce sicut oculi servorum in manibus dominorum suo-rum, sicut oculi ancillæ in manibus dominæ suæ, ita oculi nostri ad Dominum Deum nostrum, donec misereatur nostri (Salmo 122, 2).

[292] Et nolite conformara huic sæculo, sed reformamini in novitate sensus vestri, ut probetis quæ sit voluntas Dei bona, et beneplacens et perfecta (Rom. 12, 2).

[293] Quoniam tu illuminas lucernam meam, Domine; Deus meus, illumina tenebras meas (Salmo 17, 29).

[294] Quoniam lumbi mei impleti sunt illusionibus (Sal-mo 37, 8).

[295] Sint lumbi vestri præcincti et lucernae ardentes in manibus vestris (Luc.12, 35).

[296] Domine, ut videam (Luc. 18, 41).

[297] Omnis qui facit veritatem venit ad lucem (Juan 3, 21).

[298] Véase primera parte, libro II, capítulo II, n.° 9.

[299] Finis legis non cadit sub precepto (Axioma).

[300] Scimus quia lex iusto non est posita, sed iniustis (1 Tim. 1, 9).

[301] Quod si spiritu ducimini, non estis sub lege (Gá1. 5, 18).

[302] Scimus autem quia bona est lex, si quis ea legitime utatur (1 Tim. 1, 8).

[303] Littera occidit, spiritus autem vivificat (2 Cor. 3, 6).

[304] Oves ilium sequuntur, quia sciunt vocem eius. Alienum autem non sequuntur, sed fugiunt ab eo, quia non noverunt vocem alienorum (Juan 10, 4).

[305] Ut possitis comprehendere cum omnibus sanctis, quae it latitudo, et longitudo, et sublimitas, et profundum; scire etiam supereminentem scientiae caritatem Christi, ut im-pleamini in omnem plenitudinem Dei (Efes 3, 18).

[306] Véase capítulo II.

[307] Finis præcepti est caritas (I Tim. 1, 5).

[308] In capite libri scriptum est de me, ut facerem volun-tatem tuam Deus meus, volui et legem tuam in medio cordis mei (Salmo 39, 8).

[309] Iugum enim meum suave est, et onus meum leve (Mat. 11, 30).

[310] Si spiritu ducimini, non estis sub lege (Gál. 5, 18).

[311] Solowjew, La Russie et I'Église universelle P. II, c.10.

[312] Quod minimum est, minimum est; sed fidelem esse in minimis, magnum est. (De doctrina christiana 14, n. 35).

[313] Particula boni doni non te t,raetereat (Ecli. 14, 14).

[314] Viam mandatorum tuorum cucurri, cum dilatasti cor meum (Salmo 118, 32).

[315] Vida del P. Aubry, misionero en China, pág. 210.

[316] Dereliquerunt me fontem aquæ vivæ et foderunt sibi cisternas dissipatas, quæ continere non valent aquas (Jer. 2, 13.)

[317] Omnis namque pontifex ex hominibus assumptus pro hominibus constituitur in iis qua sunt ad Deum (Hebr. 5, I).

[318] Conferencias XIII (edición Annecy) pág. 235.

[319] Expresión del P. Aubry (vease su vida pág. 115).

[320] Accipe librum et devora illum, et faciet amaricari ven-trem tuum, sed in ore tuo erit dulce tamquam mel (Apoc. 10 10).

[321] Animalis homo non percipit ea quæ sunt Spiritus Dei (1 Cor. 2, 14).

[322] Iteatus vir cuius est ;mxilium abs te (Salmo 83, 6).

[323] Velamen positum est super cor eorum. Cum autem conversus fuerit ad Dominum, auferetur velamen (2 Cor.3, 15).

[324] Tu autem idem ipse es (Salmo 101, 28).

[325] Cartas 1. 3, carta 3 (edición Léonard).

[326] Clama, ne cesses; quasi tuba exalta vocem tuam, et annuntia populo meo scelera eorum, et domui Jacob peccata eorum. Me etenint de die in diem querunt et scire vias meas volunt; quasi gens quæ iustitiam fecerit et iudiciunt Dei sui non dereliquerit, rogant me iudicia iustitiæ; appro-pinquare Deo volunt. Quare ieiunavimus et non aspexisti?. Humiliavimus animas nostras et necisti? Ecce in die ieiunii vestri invenitur voluntas vestra (Is. 58, 1)

[327] Qui non ex sanguinibus, peque ex voluntate carnis, neque ex voluntate viri, sed ex Deo nati sunt (Juan 1, 13).

[328] Subida del monte Carmelo, 1. 2, c. 5.

[329] Tratado del amor de Dios 1. 9, c. 14.

[330] Sermón sobre la Presentación.

[331] Ipsi cura est de vobis (1 Pedro 5, 7).

[332] Nonnc quinque passeres veneunt dispondio? et unus ex illis non est in oblivione coram Dio. Nolite timere; multis passeribus meliores estis vos (Luc. 12, 6 y sig.).

[333] Mat. 27, 37.

[334] Juan cap. 10.

[335] Ad ubera portabimini et super genua blandientur vobis. Quomodo si cui mater blandiatur, ita ego consolabor vos (Is. 66, 12).

[336] Numquid oblivisci potest mulier infantem suum, ut non misereatur filio uteri sui? Et si illa oblita fuerit, ego tamen non obliviscar tui (Is. 49, 15).

[337] Hæc est voluntas Dei, sanctificatio vestra (1 Tes. 4, 3)

[338] Faciamus hominem ad imaginen et similitudinem nostram (Gen. 1, 26).

[339] Quem ipso creavit ut homo sit, cum ipse operatur ut iustus sit (S. Aug., De Genesi ad lit. 8, 23).

[340] Omnia cooperantur in bonum iis qui secundum propo-situm vocati sunt sancti (Rom. 8, 28).

[341] Capillus de capite vestro non peribit (Luc. 21, 18).

[342] Vestri autem capilli capitis omnes numerati sunt (Mat. 10, 30).

[343] Ecce non dormitabit neque dormiet qui custodit Israel (Salmo 120, 4).

[344] .. . in aedificationem sui in caritate (Efes. 4, 16).

[345] Revela Domino viam tuam, et spera in eo, et ipse faciet (Salmo 36, 5).

[346] Primera parte, libro IV capítulo V, n.° 23.

[347] Conviene hacer notar, que, a diferencia de las máquinas del hombre, donde la limpieza exige frecuentemente la detención de la marcha, las operaciones divinas purificadoras no estorban, sino que por el contrario, activan siem-pre mi acción propia; pues, según lo hemos dicho ya y explicaremos mejor en el libro siguiente, la piedad pasiva va unida a la piedad activa, para animarla.

[348] De forti egressa est dulcedo (Juec. 14, 14).

[349] Auditui meo dabis gaudium et lætitiam, et exsultabunt esa humiliata (Salmo 50, 10).

[350] Oeuvres du Pere Antoine du Saint-Sacrement.

[351] Tratado del amor de Dios 1. c. 16

[352] Si enim non abiero, Paraclitus non veniet ad vos (Juan 16, 7).

[353] Illum oportet crescere, me autem minui (Juan 3, 30).

[354] Omnia opera nostra operatus es nobis (Is. 26, 12).

[355] No será necesario decir que este estado de "despo-sorio místico" no tiene nada que ver con la quietud estéril de ciertos herejes, como, lo veremos en la segunda parte, libro III, capítulo III, n.° 16 y capítulo V, n.º 27.

[356] Surge, comede: grandis enim tibo restat via. Qui cum surrexisset, comedit et bibit, et amhulavit in fortitudine cibi illius... usque ad montent Dei (3 Reyes 19, 7 y sg.).

[357] Mihi autem adhærare Deo, bonum est, ponere in Domi-no Deo spem mean. (Salmo 72, 28).

[358] Non in commotione Dominus (3 Reyes 19, 11),

[359] Et factus est in pace locus eius (Salmo 75, 3).

[360] In pace in idipsum dormiam et requiescam, quoniam tu, Domine, singulariter in spe constituisti me (Salmo 4, 10).

[361] Véase primera parte, libro II, capítulo VI, n.° 35.

[362] Qui dicit se in ipso manere, debet, sicut ille ambulavit, et ipse ambulare (1 Juan 2, 6).

[363] Qui manet in me et ego in eo, hic fert fructum multum (Juan 15, 5).

[364] Domine, singulariter in spc constituisti nic (Salmo 4, 10).

[365] Nisi efficiamini sicut parvuli, non intrabitis in regnum cœlorum (Mat. 18, 3).

[366] Teótimo 1. 9, c. 15.

[367] Ad te levavi oculos meos, qui habitas in cœlis. Ecce sicut oculi servorum in manibus dominorum suorum, sicut oculi ancillæ in manibus dominæ suæ, ita oculi nostri ad Dominum Deum nostrum, donec misereatur nostri (Sal-mo I22, 1).

[368] Et non audivit populus meus vocem meam, et Israel non intendit mihi. Et dimisi eos secundum desideria cordis corum, ibunt in adinventionibus suis (Salmo 80, 12),

[369] Ego dormio et cor meum vigilat (Cánt. 5, 2).

[370] Et erunt omnes docibiles Dei (Juan 6, 45)

[371] Altiora te ne quæsieris et fortiora te ne scrutatus fue-ris; sed quæ præcepit tibi Deus illa cogita, et in pluribus operibus eius ne fueris curiosus. Non est enim tibi neces-sarium ea quæ abscondita sunt videre oculis tuis. In su-pervacuis rebus noli scrutari multipliciter et in pluribus operibus eius non eris curiosus (Ecli. 3, 22-24).

[372] Benjamin lupus rapax (Gén. 49, 27).

[373] Domine, quid me vis facere? Et Dominus ad eum: Surge et ingredere civitatem et ibi dicetur tibi quid te oporteat facere (Hech. 9, 6).

[374] Véase la primera parte, libro III, capítulo VIII, n.° 36

[375] Subida del monte Carmelo 1. 2, c. 2 y 1. 3, c. 33.

[376] Véase la primera parte, libro II, capítulo I, n.° 6 y libro III, capítulo VII, n.° 27.

[377] Omnis qui bibit ex aqua hac sitiet iterum ; qui autem biberit ex aqua quam ego dabo ei, non sitiet in æternum, sed aqua quam ego dabo ei, fiet in eo fons aquæ salientis in vitam aeternam (Juan 4, 13).

[378] Qui credit in me, sicut dicit Scriptura, flumina de ventre eius fluent aquae viole (Juan 7, 38).

[379] Superabundo gaudio in omni tribulatione nostra (2 Cor. 7, 4).

[380] De torrente in via bibet, propterea exaltabit caput (Salmo 109, 7).

[381] Fluminis impetus lætificat civitatem Dei (Salmo 45, 5).

[382] Omnes sitientes venite ad aquas (Is. 55, 1).

[383] At ille clamavit ad Dominum, qui ostendit ei lignum, quod cum misisset in aquas, versæ sunt in dulcedinem (ÉX. 15, 25).

[384] Ecce in pace amaritudo mea amarissima (Is. 38, 17).

[385] Fons signatus, emissiones tuæ paradisus (Cánt. 4, 12, 13).

[386] Gaudebit cor vestrum et ossa vestra quasi herba ger-minabunt (Is. 66, 14).

[387] Indicit in latrones, qui etiam despoliaverunt eum, et plagis impositis abierunt semivivo relicto (Luc. 10, 30).

[388] Lettre a Mlle. Constance, 6. Sept. 1817.

[389] Fortis est ut mors dilectio, dura sicut infernus æmulatio (Cánt. 8, 6).

[390] Quis ergo nos separabit a caritate Christi? tribulatio? an angustia? an fames? an nuditas? an periculum? an persecutio? an gladius? Sicut scriptum est: Quia propter te mortificamur tota die, æstimati sumus sicut oves occi-sionis. Sed in his omnibus superamus propter eum qui dilexit nos. Certus sum enim, quia neque mors, neque vita, neque angeli, neque principatus, neque potestates, neque instantia, neque futura, neque fortitudo, neque altitudo, neque profundum, neque creatura alia poterit nos separare a caritate Dei (Rom. 8, 35, 39

[391] Oculi mei semper ad Dominum, quoniam ipse evellet de laqueo pedes meos (Salmo 24, 15).

[392] Et quasi diceretur illi: Quid agis de pedibus tuis, cum ante te non attendis? Quoniam ipse evellet, inquit, de la-queo pedes meos (S. Aug., Enarr. in Ps. 31, 21).

[393] Ut sitis pleni et perfecti in omni voluntate Dei (Col. 4, 12).

[394] Omnem sollicitudinem vestræ proicientes in eum, quoniam ipsi cura est de vobis (I Pedro 5, 7).

[395] San Francisco de Sales, Teótimo 1. 9, C. 14.

[396] Véase la definición de lo humano, primera parte, li-bro IV, capítulo II, n.° 7.

[397] Deus est enim qui operatur in nobis et velle et per-ficere pro bona voluntate (Filip. 2, 13),

[398] Omnia quæcumque voluit Dominus fecit in cœlo, in terra, in mari et in omnibus abyssis (Salmo 134, 6).

[399] In quo etiam et nos sorte vocati sumus, prædestinati secundum propositum eius, qui operatur omnia secundum propositum voluntatis sum (Efes. 1, 11).

[400] Qui prædestinavit nos in adoptionem filiorum per Iesum Christum in ipsum, secundum propositum voluntatis suæ (Efes.1, 5).

[401] Hæc autem omnia operatur unus atque idem Spiritus, dividens singulis prout vult (1 Cor. 12, 11}.

[402] Segunda parte, libro II, capítulo I, n.° 5.

[403] Véase libro I, capítulo V.

[404] Segunda parte, libro II, capítulo V, n.° 22

[405] Qui manet in me et ego in eo, hic fert fructum multum (Juan 15, 5)

[406] Nemo potest venire ad me, nisi Pater cuí misit me traxerit eum (Juan 6, 44).

[407] Vease segunda parte, libro II, capítulo VIII, n.° 38.

[408] Véase primera parte, libro II, capítulo VII, n.° 36, la definición de esta palabra.

[409] Erunt enim, inquit, duo in carne una. Qui autem adhæret Domino, unus spiritus est.(1 Cor. 6, 16 17).

[410] Quotquot autem receperunt eum, dedit eis potestatem filios Dei fieri, his qui credunt in nomine eius, qui non ex sanguinibus, neque ex voluntate carnis, neque ex vo-luntate viri, sed ex Deo nati sunt (Juan 3, 12, 13).

[411] Nisi Dominus ædificaverit domum, in vanum laborave-runt qui ædificant eam. Nisi Dominus custodierit civitatem, frustra vigilat qui custodit eam. Vanum est vobis ante lucem surgere; surgite postquam sederitis, qui manducatis panem doloris. Cum dederit dilectis suis somnum, ecce hæreditas Domini, filii, merces, fructus ventris. Sicut sagittæ in manu potentis, ita filii excussorum. Beatus vir qui implevit de-siderium suum ex ipsis, non confundetur cum loquetur inimicis suis in porta. (Salm. 126)

[412] Veritas Domini manet in æternum (Salmo. 116, 2).

[413] Omnis homo mendax (Salmo 115, 2).

[414] Ut cognoscant te solum Deum verum (Juan 17, 3).

[415] In ilia die peribunt omnes cogitationes eorum (Salmo 145, 4).

[416] Cum enim sit inter vos zelus et contentio, nonne car-nales estis et secundum hominem ambulatis? Cum enim quis dicat: Ego quidem sum Pauli, alius autem: Ego Apollo, nonne homines estis? (I Cor. 3, 3).

[417] Ego dixi: Dii estis et filii Excelsi omnes (Salmo 82, 6).

[418] Nam si quis existimat se aliquid esse, cum nihil sit, ipse se seducit (Gá1. 6, 3).

[419] Quid volebat eos facere, quibus exprobrabat quia homines erant? Vultis nosse quid eos facere volebat? Audite in Psalmis: Ego dixi: dii estis et filii Excelsi omnes. Ad hoc ergo vocat nos Deus ne simus homines. Sed tune in melius non erimus homines, nisi prius nos homines,esse agnoscamus; i, e. ut ad illam celsitudinem ab humilitate assurgamus; ne cum putamus nos, aliquid esse cum nihil sumus, non solum non accipiamus quod non sumus, sed et amittamus quod sumus (S. Aug., Tract. in Io. 1, 4).

[420] Vivo autem, iam non ego, vivit vero in me Christus (Gál. 2, 20).

[421] Probate spiritus, si ex Deo sint (1 Juan 4, 1).

[422] Omnia enim opera nostra operatus es nobis (Is. 26, 12).

[423] Multoque melius est non vovere, quam post votum promissa non reddere (Ecles. 5, 4).

[424] Véase primera parte, libro III, capítulo III, n.° 12.

[425] Vade post me, Satana, scandalum es anihi (Mat. 16, 22)

[426] Fidelis autem Deus est, qui non patietur vos tentari supra id quod potestis, sed faciet etiam cum tentatione pro-ventum, ut possitis sustinere (1 Cor. 10, 13).

[427] Subida del monte Carmelo 1. 3, C. 12.

[428] Spiritum nolite exstinguere (1 Tes. 5, 19).

[429] Venite ad me, omnes qui laboratis et onerati estis, et ego reficiam vos. Tollite iugum meum super vos... et invenietis requiem animahus vestris. Iugum enim meum suave est, et onus moum leve (Mat. 1 1, 28).

[430] Tuus sum ego, salvum me fac (Salmo 118, 94).

[431] Verumtamen Deo subiecta esto, anima mea... quia ipse Deus meus et salvator meus, adiutor meus, non emi-grabo. In Deo salutare meum et gloria mea: Deus auxilii mei, et spes mea in Dco est (Salmo 61, 6-8).

[432] Et nos cognovimus et credidimus caritati quam habet Deus in nobis (1 Juan 4, 16).

[433] Circular a las Hermanas de la Visitación de Troyes pág. 42.

[434] Nolite ergo solliciti esse in crastinum; crastinus enim dies sollicitus erit sibi ipsi; sufficit diei malitia sua (Mat. 6, 34).

[435] Qui sequitur me non ambulat in tenebris, sed habebit lumen vitæ, (Juan 8, 12)

[436] Nihil solliciti sitis (Filip. 4, 6).

[437] Omnem sollicitudinem vestram proicientes in eum, quoniam ipsi cura est de vobis (1 Pedro 5, 7) .

[438] Necesse est enim ut veniant scandala (Mat. 18, 7).

[439] Bonum mihi quia humiliasti me, ut discam Iustifica-tiones tuas (Salmo 118, 71).

[440] Véase R. P. José Tissot, El arte de utilizar nuestras faltas, traducido por D. S. y M. (Potiers y Paris 1896).

[441] Qui manet in me, et ego in eo, hic fert fructum multum (Juan 15, 5).

[442] Véase la primera parte, libro I, capítulo VI.

[443] In ipso enim vivimus et movemur et sumus (Hech. 17, 28).

[444] Ipse est ante omnes, et onmia in ipso constant (Col. 1.17).

[445] Ut sit Deus omnia in omnibus (I Cor. 15, 28).

[446] Deponere vos secundum pristinam conversationem ve-terem hominem, qui corrumpitur secundum desideria erro-ris. Renovamini autem spiritu mentis vestræ et induite novum hominem, qui secundum Deum creatus, est in iustitia et sanctitate veritatis (Efes. 4, 22).

[447] Bona est oratio cum ieiunio (Tob. 12, 8).

[448] Hoc autem genus non eicitur nisi per orationem et ieiunium (Mat. 17, .20).

[449] Véase primera parte, libro II, capítulo VIII, n.° 44.

[450] Quantum glorificavit se et in deliciis fuit, tantum date illi tormentum et luctum (Apoc. 18, 7).

[451] Non sinitur anima non reddere debitum. Aut enim reddit pene utendo quod accepit, aut reddit amittendo quo bene uti noluit. Itaque si non reddit faciendo iustitiam, reddit patiendo miseriam; quia in utroque verbum illud debiti sonat (S. Aug., De libero arbitrio 3, 44).

[452] Non exies inde, donec reddas novissimum quadran-tem (Mat. 5, 26).

[453] Universæ viæ Domini misericordia et veritas (Salmo 24, l0).

[454] Misericordia et veritas obviaverunt sibi, iustitia et pax osculatæ sunt (Salmo 34, 11),

[455] Vere languores nostrns ipse tulit, et dolores nostros ipse portavit... Ipse autem vulneratus est propter iniqui-tates nostras, attritus est propter scelera nostra; disciplina pacis nostræ super eum, et livore eius sanati sumus... (Is. 53, 4 y sg.).

[456] Adimpleo ea quæ desunt passionum Christi in carne mea, pro corpore eius, quod est ecclesia (Col. I, 24).

[457] Qui autem sunt Christi, carnem suam trucifixerunt cum vitiis et concupiscentiis (Gál. 5, 24).

[458] Christo confixus sum cruci (Gal. 2, 19),

[459] Semper mortificationem Iesu in corpore nostro cir-cumferentes, ut et vita Iesu manifestetur in corporibus nostris. Semper enim nos, qui vivimus, in mortem tradimur propter Iesum, ut et vita Iesu manifestetur in carne nostra mortali (2 Cor. 4, 10 y sg.).

[460] Mortificate ergo membra vestra qum sunt super terram (Col. 3, 5).

[461] Homo es iniquus. Duo dixi domina, duo nomina: horno et iniquus. In istis duobus nominibus, unum est naturæ, alterum culpæ; unum tibi Deus fecit, alterum tu fecisti. Ama quod Deus fecit, oderis quod tu fecisti (sobre el Salmo 44 n ° 18)

[462] Mortificate ergo membra vestra qum sunt super terram, fornicationem, immunditiam, libidinem, concupiscentiam malam et avaritiam (Col. 3, 5).

[463] Nolo mortem impii, sed ut convertatur impius a via sua et vivat (Ezeq. 33, II).

[464] Véase la primera parte, libro III, capítulo VII, n.° 26.

[465] Diabolus præpositus mortis (De libero arbitrio 3, 29).

[466] Percutiam et ego sanabo (Deut. 32, 39).

[467] Quæcumque sunt vera, quæcumque pudica, quæcumque usta, quæcumque sancta, quæcumque amabilia, quæcumque bunæ fanæ; si qua virtus, si qua laus diseiplinæ, hæc cogitate (Filip. 4, 8).

[468] Véase la primera parte, libro IV, capítulo IV, n.° 19.

[469] Qui amat animam suam perdet eam, et qui odit ani-mam suam in hoc mundo, in vitam æternam custodit eam (Juan 12, 25).

[470] Panis, et disciplina, et opus servo... servo malevolo tortura et compedes: mitte ilium in operationem, ne va-cet... Si est tibi servus fidelis, sit tibi quasi anima tua: quasi fratrem sic eum tracta (Ecli. 33, 25 y sgs.).

[471] Ego enim didici in quibus sum sufficiens esse. Scio et humiliari, scio et abundare, ubique et in omnibus institu-tus sum, et satiari et esurire, et abundare et penuriam pati (Filip. 4, 11 y sg.).

[472] Notas mihi fecisti vias vita (Salmo 15, 11).

[473] (Mat. 5, 29).

[474] Exhibeatis corpora vestra hostiam viventem, sanctam, Deo placentera, rationabile obsequium vestrum (Rom. 12, 1).

[475] Beatius est magic dare quam accipere (Hech. 20, 35).

[476] Quid autem habes quod non accepisti? Si autem acce-pisti, quid gloriaris quasi non acceperis? (I Cor. 4, 7).

[477] Si scires donum Dei! (Juan 4, 10).

[478] Sic luceat lux vestra coram hominibus, ut videant opera vestra bona et glorificent Patrem vestrum qui in cœlis est (Mat. 5, 16).

[479] (Mat. 6, 1,19).

[480] Illum oportet crescere, me autem minui (Juan 3, 30).

[481] Ut sint consummati in unum (Juan 17, 23).

[482] Divinæ consortes naturæ (2 Pedro 1, 4).

[483] Se anonadó a si mismo (Filip, 2, 7).

[484] Quia omnis qui se esaltat humiliabitur, et qui se humi-liat exaltabitur (Luc. 14, 11).

[485] Quid autem habes quod non accepisti? Si autem acce-pisti, quid gloriaris quasi non acceperis? (1 Cor. 4, 7).

[486] Iustorum semita quasi lux splendens procedit et crescit usque ad perfectam diem (Prov. 4, 18).

[487] Perficiet usque in diem Christi Iesu (Filip. 1, 6).

[488] Deus meus et omnia.

[489] Vivo autem, iam non ego, vivit vero in me Christus (Gal. 2, 20).

[490] Nº 18

[491] Non erat ille lux, sed ut testimonium perhiberet de lumine (Juan 1, 8).

[492] Primera parte, libro II, capítulo II.

[493] Satiabor cum apparuerit gloria tua (Salmo 16, 15).

[494] Ego sum resurrectio et vita. Qui credit in me, etiamsi mortuus fuerit, vivet; et omnis qui vivit et credit in me, non morietur in aeternum (Juan 11, 25 y sg.)

[495] Excolantes culicem, camelum autem glutientes (Mat. 23, 24)

[496] Trahe me: post te curremus in odorem unguentorum tuorum (Cánt. 1, 3).

[497] Vease la segunda parte, libro I, capítulo V, n.° 25.

[498] Solowjew, La Russie et I'Lglise universelle P. III, c. 11.

[499] Véase Thomassin, Del oficio divino c. 4. § 2.

[500] No es en el momento de la oración cuando principio a estar distraído: lo estoy siempre que obro por mí o para mi sin acordarme de Dios. En el momento que en la oración, trato de volver a Dios no hago más que caer en la cuenta de que estoy distraído hace mucho tiempo.

[501] Vir duplex animo inconstans est in omnibus viis suis (Santiago 1, 8).

[502] Cartas I. 6, carta 26 (edición Leonard).

[503] San Francisco de Sales, Cartas 1. 6, carta 26 (edición Leonard).

[504] Scio enim quia non habitat in me, hoc est in carne mea, bonum. Nam velle adiacet mihi, perficere autem bo-num non invenio. Non enim quod volo bonum, hoc facio; sed quod nolo malum, hoc ago. Si autem quod nolo, illud facio, iam non ego operor illud, sed quod habitat in me, peccatum. Invenio igitur legem volenti mihi facere bonum, quoniam mihi malum adiacet; condelector enim legi Dei secundum interíorem hominem. Video autem aliam legem in membris meis, repugnantem legi mentis meæ et capti-vantem me in lege peccati quæ est in membris meis. Infelix ego homo, quis me liberabit de corpore mortis huius? Gratia Dei per Iesum Christum Dominum nostrum (Rom. 7, 18—25).

[505] Postulet autem in fide nihil hæsitans (Santiago 1, 6).

[506] Ex ea re tantum erit emolumentum, ut si id uno mense solo fecerimus, in perfecto virtutis habitu nos consti-tuemus (Hom. in Ps. 4, 8).

[507] Primum quidem omnibus modis cogitationem continere debemus, el pervigilis mentis inspectionem præficientes (De const. monast. c. 2).

[508] La vida devota parte 5, c. 7.

[509] Quod infirmum fuit non consolidastis, et quod ægrotum non sanastis, quod confractum est non alligastis, et quod abiectum est non reduxistis, et quod perierat non quæsistis (Ezeq. 34, 4).

[510] Simile est regnum cœelorum grano sinapis (Mat. 13, 31).

[511] Capítulo VIII, n.° 38.

[512] Perfecta caritas foras mittit timorem (1 Juan 4, 18).

[513] Confige timore tuo carnes meas, a iudiciis enim tuis timui (Salmo 118, 120).

[514] Lucerna corporis tui est oculus tuus. Si oculus tuus fue-rit simplex, totum corpus tuum lucidum erit; si autem nequam fuerit, etiam corpus tuum tenebrosum erit. Vide ergo ne lumen, quod in te est, tenebræ sint. Si ergo corpus tuum toto lucidum fuerit, non habens aliquam partem tenebra-um, erit lucidum totum, et sicut lucerna fulgoris illuminabit te (Luc. 11, 34),

[515] Omnis enim qui male agit, odit lucero, et non venit ad lucem, ut non arguantur opera eius. Qui autem facit veri-tatem, venit ad lucem, ut manifestentur opera eius, quia in Deo sunt facta (Juan 3, 20).

[516] Si ergo lumen, quod in te est, tenebræ sunt, ipsæ tenebræ quantæ erunt? (Mat. 6, 23).

[517] Pharisæ cæce, munda prius quod intus est calicis et paropsidis, ut fiat quod deforis est mundum (Mat. 23, 26).

[518] Est quidam effectus divinæ voluntatis, in quantum anima hominis movetur a Deo ad aliquid cognoscendum, vel volendum, vel agendum (S. Thom., S. th. I, 2, q. to, a 2 C.)

[519] Gratia est influentia divinæ bonitatis in animam, per quam, assimilata Deo, fit ei grata et vitæ æternæ digna (Opusc. 51 de Sacram. alt. c. 26).

[520] In lege Domini voluntas eius, et in lege eius meditabitur die ac nocte. Et erit tamquam lignum quod plantatum est secus decursus aquarum, quod fructum suum dabit in tempore suo. Et folium eius non defluet, et omnia quæcunque faciet prosperabuntur (Salmo 1, 2).

[521] Si autem gratia, iam non ex operibus, alioquin gratia iam non est gratia (Rom. 11, 6).

[522] Venit enim Filius hominis quærere et salvum facere quod perierat (Luc. 19, 10)

[523] Unus et mediator Dei et hominum, homo Christus Iesus (1 Tim. 2, 5).

[524] Quia in ipso inhabitat omnis plenitudo divinitatis cor-poraliter, et estis in illo repleti (Col. 2, 9).

[525] Quia in ipso complacuit omnem plenitudinem inhabi-tare, et per eum reconciliare omnia in ipsum, pacificans per sanguinem crucis eius sive quæ in terris sive quæ in cœlis sunt (Col. 1, 19).

[526] Segunda parte, libro III. capítulo II, n.° 8 y 9.

[527] Diligam te, Domine, fortitudo mea. Dominus firma-mentum meum, et refugium meum, et liberator meus. Deus meus adiutor meus, et sperabo in eum. Protector meus, et cornu salutis meæ, et susceptor meus (Salmo 17, 2).

[528] Ego sum vitis, vos palmites. Qui manet in me et ego in eo, hic fert fructum multum, quia sine me nihil potestis facere (Juan 15, 5).

[529] Non ait: quia sine me parum potestis facere; sed: nihil potestis facere. Sive ergo parum, sive multum, sine illo fieri non potest sine quo nihil fieri potest (S. Aug., Tract. in Io. 81, 3).

[530] Non quod sufficientes simus cogitare aliquid a nobis quasi ex nobis, sed omnis sufficientia nostra ex Deo est (2 Cor. 3, 5).

[531] Caritas Dei diffusa est in cordibus nostris per Spiri-tum Sanctum qui datus est nobis (Rom. 5, 5).

[532] Deus est enim qui operatur in vobis et velle et per-ficere pro bona voluntate (Filip. 2, 13).

[533] Igitur non volentis, peque currentis, sed miserentis est Dei (Rom. 9, 16).

[534] Nemo potest dicere: Dominus Iesus, nisi in Spiritu Sancto (1 Cor. 12, 3).

[535] Omnia possum in eo, qui me confortat (Filip. 4, 12). 2

[536] Quæ impossibilia sunt apud homines, possibilia sunt apud Deum (Luc. 18, 27).

[537] Con esta diferencia que el alma es una substancia que anima al cuerpo, y la gracia una cualidad infusa en el alma.

[538] Non quod sufficientes simus (2 Cor. 3, 5)

[539] Vita carnis tuæ anima tua, vita animæ tuæ Deus tuus (S. Aug., Tract. 47, 7 in Io.).

[540] Gratia enim estis salvati per fidem, et hoc non ex vobis. Dei enim donum est; neque ex operibus, ut ne quis glorietur. Ipsius enim sumus factura, creati in Christo Iesu, in opetibus bonis, quae præparavit Deus, ut in illis ambule-mus (Efes. 2, 8).

[541] Si qua ergo in Christo nova creatura (2 Cor. 5, 17).

[542] Ita et nos in novitate vitæ ambulemus (Rom. 6, 4).

[543] Induite novum hominem, qui secundum Deum creatus est in iustitia et sanctitate veritatis (Efes. 4, 24).

[544] Pro me autem nihil gloriabor nisi in infirmitatibus meis; nam virtus in infirmitate perficitur. Libenter igitur gloriabor in infirmitatibus meis, ut inhabitet in me virtus Christi. Propter quod placeo in infirmitatibus meis, in contumeliis, in necessitatibus, in persecutionibus, in an-gustiis pro Christo; cum enim infirmor, tunc potens sum (2 Cor. 12, 5-10).

[545] Qui sequitur me non ambulat in tenebris; sed habebit lumen vitæ(Juan 8, 12).

[546] Attingit a fine usque ad finem fortiter, et disponit omnia suaviter (Sab. 8, 1).

[547] In pace in idipsum dormiam et requiescam, quoniam tu, Domine, singulariter in spe constituiste me (Salmo 4, 9),

[548] Ubique et in omnibus institutus sum... omnia possum in eo qui me confortat (Filip. 4, 12).

[549] Ecce confidis super baculum arundineum confractum istum... cui si innixus fuerit homo, intrabit in manum eius et perforabit eam (Is. 36, 6).

[550] Quare tristis es, anima mea, et quare conturbas me?. Spera in Deo, quoniam adhuc confitebor illi, salutare vultus mei et Deus meus (Salmo 42, 5).

[551] Persequar inimicos meos et comprehendam illos, et non convertar donec deficiant. Confringam illos, nec poterunt stare, cadent subtus pedes meos (Salmo 17, 38).

[552] Oportet semper orare et non deficere (Luc. 18, 1).

[553] Amen, amen dico vobis, si quid petieritis Patrem in nomine meo, dabit vobis (Juan 14, 13).

[554] Petite et dabitur vobis, quærite et invenietis, pulsate et aperietur vobis. Omnis enim qui petit accipit, et qui quærit invenit, et pulsanti aperietur (Mat. 7, 7).

[555] Véase la segunda parte, libro III, capítulo II, n.° 11.

[556] Ego mater pulchræ dilectionis, et timoris, et agnitionis, et sanctæ spei. In me gratia omnis viæ et veritatis, in me omnis spes vitæ et virtutis. Transite ad me omnes qui concupiscitis me, et a generationibus meis implemini. Spiritus enim meas super mel dulcis, et hereditas mea super mel et favum (Ecli. 24, 24)

[557] De qua natus est Iesus, qui vocatur Christus (Mat. 1, 16).

[558] Mihi enim vivere Christus est (Filip. 1, 21).

[559] Ecce enim ex hoc beatam me dicent omnes genera-tiones (Luc. I, 48).

[560] Sed estis cives sanctorum et domestici Dei (Efes. 2, 19).

[561] Simon Petrus procidit ad genua Iesu, dicens: Exi a me quia homo peccator sum, Domine. Stupor enim cir-nudederat eum (Luc. 5, 8).

[562] In caritate radicati et fundati, ut possitis comprehen-dere cum omnibus sanctis, quæ sit latitudo et longitudo et sublimitas et profundum (Efes. 3, 18).

[563] Véase n.°, 3

[564] La Russie et l'Eglise universelle, Introduction p. XI,VI.

[565] Ego sum vitis, vos palmites (Juan 15, 5).

[566] Et ipsum dedit caput super omnem Ecclesiam (Efes.1, 22).

[567] Ipso summo angulari lapide Christo Iesu (Efes. 2, 20).

[568] Et ipsi tamquam lapides vivi superædificamini (I Pedro 2, 5).

[569] Deduc me in via æterna (Salmo 138, 24).

[570] Nemo venit ad Patrem nisi per me (Juan .14, 6).

[571] Onus et mediator Dei et hominum, homo Christus Iesus (1Tim. 2, 5).

[572] Ego sum via et veritas et vita (Juan 14, 6).

[573] Videmus nunc per speculum in ænigmate: tune autem facie ad faciem (1 Cor. 13, 12).

[574] Unus Dominus, una fides, unum baptisma. Unus Deus Pater omnium, qui est super omnes, et per omnia et in omnibus nobis (Efes. 4. 5).

[575] Estote ergo vos perfecti, sicut Pater vester cœlestis perfectus est (Mat. 5, 48).

[576] Mandatum hoc, quod ego præcipio tibi hodie, non su-pra te est, neque procul positum, nec in cœlo situm, tit possis dicere: Quis nostrum valet ad cœlum ascendere, ut deferat illud ad nos, et audiamus atque opere compleamus? Neque trans mare positum, ut causeris et dicas: Quis ex nobis poterit transfretare mare, et illud ad nos usque de-ferre, ut possimus audire et facere quod praeceptum est? Sed iuxta est sermo valde in ore tuo et in corde tuo, ut facias ilium. Considera quod hodie proposuerim in cons-pectu tuo vitam et honum, et e contrario mortem et malum... Elige ergo vitam, ut et tu vivas et diligas Domi-num Deum tuum, atque obedias voci eius, et illi adhæreas; ipse est enim vita tua et longitudo dierum tuorum (Deut. 30, 11-20).

[577] Et erit ibi semita et via, et via sancta vocabitur; non transibit per eam pollutus ; et hæc erit vobis directa via, ita ut stulti non errent per eam (Is. 35, 8).

[578] Et pauci sunt qui inveniunt eam (Mat. 7, 14).

[579] Ambulavimus vias difficiles, viam autem Domini ig-noravimus (Sab. 5, 7).

[580] Omni tempore benedic Deum, et pete ab eo ut vias tuas dirigat, et omnia consilia tua in ipso permaneant (Tob. 4, 20).